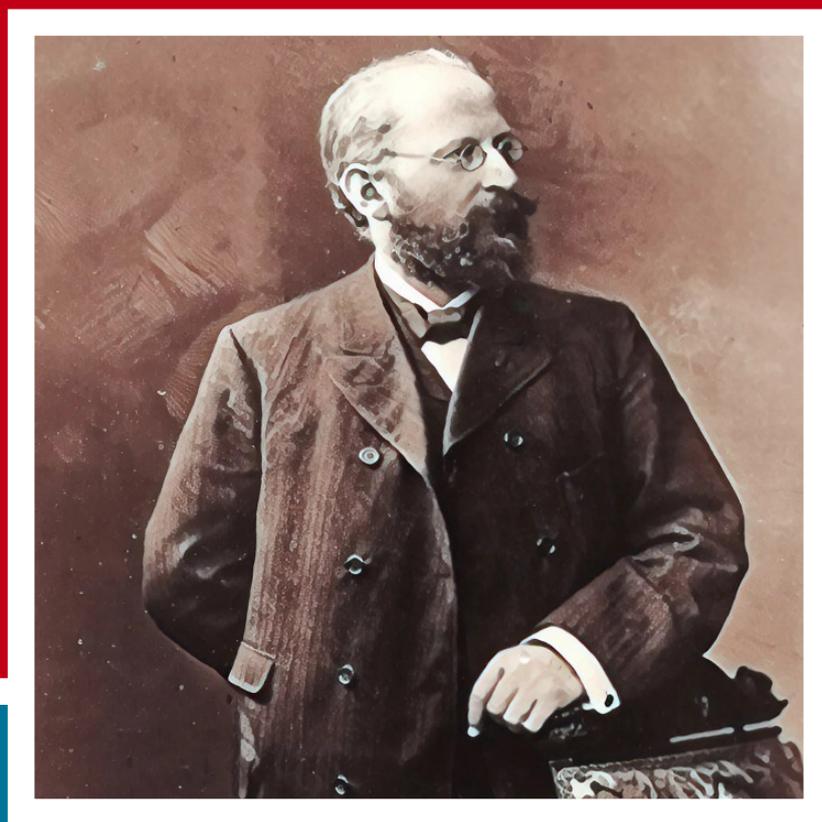


MARXISMO Y REVISIONISMO

La crítica bernsteiniana del marxismo
y sus premisas histórico-ideológicas

BO GUSTAFSSON



MARXISMO Y REVISIONISMO

**La crítica bernsteiniana del marxismo
y sus premisas histórico-ideológicas**

BO GUSTAFSSON

EDICIONES UNO EN DOS



Este libro no se hizo para languidecer en una estantería o en una carpeta de ordenador. Por ello te animamos a que lo compartas o hagas tu propia versión, y te lo lleves de viaje allá donde desees.

Tercera Edición, Madrid, 2023. Traducción castellana de Gustau Muñoz.
Traducido a partir de la edición alemana.

info@unoendos.net

<https://unoendos.net>

Ahora que está en tus manos, este libro es
instrumento de trabajo para construir tu educación.
Cuídalo, para que sirva también a quienes te sigan.

Para Kristina

ÍNDICE

PREFACIO (a la edición alemana)	10
INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO I. EL MARCO	15
A) ALGUNOS RASGOS DEL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LOS AÑOS NOVENTA DEL SIGLO XIX	16
B) LEGALIDAD Y PARLAMENTARISMO	20
C) LA TENDENCIA REFORMISTA EN EL SENO DEL SPD 1890-1895	22
D) EL INCREMENTO DEL FUNCIONARIADO	24
E) LA VERDADERA SITUACIÓN DEL MARXISMO EN EL SPD. EL PROGRAMA DE ERFURT	27
CAPÍTULO II. EL TESTAMENTO TEÓRICO DE FRIEDRICH ENGELS	32
A) EL CONTENIDO DE LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA	32
B) LA INTERPRETACIÓN DEL TERCER TOMO DE <i>EL CAPITAL</i>	46
C) LEGALIDAD Y REVOLUCIÓN	59
CAPÍTULO III. EDUARD BERNSTEIN: DEL MARXISMO AL REVISIONISMO	66
A) BERNSTEIN COMO MARXISTA	68
B) DEL MARXISMO AL REVISIONISMO	72
C) EL ESTUDIO DE BERNSTEIN DE LA REVOLUCIÓN DEL AÑO 1848	77
D) PROBLEMAS DEL SOCIALISMO	87
E) LA FILOSOFÍA DE BERNSTEIN	93
F) <i>LAS PREMISAS DEL SOCIALISMO Y LAS TAREAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA. UNA SÍNTESIS</i>	98
CAPÍTULO IV. BERNSTEIN Y LOS FABIANOS	108
A) JUICIOS DE LA ÉPOCA	110

B) BERNSTEIN SOBRE LOS FABIANOS	116
C) LOS FABIANOS Y EL SOCIALISMO INGLÉS 1883-1893	121
D) LA DOCTRINA DE LOS <i>FABIAN ESSAYS</i> DE 1889	127
E) ALGUNOS PUNTOS FUNDAMENTALES DE LA PROPAGANDA TEÓRICA DE LOS FABIANOS A COMIENZOS DE LOS AÑOS NOVENTA	132
F) LA TEORÍA ECONÓMICA DE LOS FABIANOS	134
G) FABIANISMO Y REVISIONISMO	141
H) RESUMEN	150
CAPÍTULO V. INSPIRADORES ITALIANOS	152
A) EL SOCIALISMO ITALIANO 1890-1900	153
B) PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	157
C) LABRIOLA: MARXISMO Y REVISIONISMO	160
D) CROCE: MATERIALISMO HISTÓRICO Y TEORÍA DEL VALOR	167
E) LA INFLUENCIA DE CROCE SOBRE BERNSTEIN	176
F) SAVERIO MERLINO: ¿BERNSTEIN <i>AVANT LA LETTRE</i> ?	181
G) RESUMEN	184
CAPÍTULO VI. MARXISMO Y REVISIONISMO EN FRANCIA	186
A) EL «CONSERVADURISMO REVOLUCIONARIO» DE SOREL	187
B) EL MARXISMO EN FRANCIA	191
C) DEL MARXISMO AL REVISIONISMO	199
D) LAS CARTAS DE SOREL A CROCE	204
E) SOREL COMO REVISIONISTA, I	208
F) SOREL COMO REVISIONISTA, II	217
G) EL REFORMISMO REVOLUCIONARIO DE JEAN JAURÈS	222
H) RESUMEN. BERNSTEIN Y EL REVISIONISMO FRANCÉS	237
CAPÍTULO VII. EL REVISIONISMO EN RUSIA: EL MARXISMO LEGAL	241
A) EL MARCO	242
B) EL MARXISMO LEGAL	244
C) LA CUESTIÓN DE LOS MERCADOS	248

D) LA TEORÍA DEL DESARROLLO SOCIAL DE STRUVE	253
A MODO DE RESUMEN	259
A) LAS CONDICIONES DE SURGIMIENTO DEL REVISIONISMO TEÓRICO	260
B) LOS RASGOS BÁSICOS DEL REVISIONISMO TEÓRICO	263
C) BERNSTEIN Y EL SURGIMIENTO DEL REVISIONISMO TEÓRICO	266
NOTAS	271

PREFACIO (a la edición alemana)

Rosa Luxemburg, V. I. Lenin y otros han observado el hecho de que, a pesar de su relativa homogeneidad, el revisionismo bernsteiniano no es en el fondo una creación de nueva planta sino, más bien, una *síntesis* que reúne elementos diversos procedentes de críticas al marxismo de origen burgués, pequeño-burgués o bien socialista-reformista. Rosa Luxemburg comparó en una ocasión el revisionismo de Bernstein con un «enorme montón de escombros» en el que trozos de todos los sistemas, fragmentos del pensamiento de todos los espíritus, grandes y pequeños, hallaban una sepultura común. Pero ni Rosa Luxemburg ni Lenin ni nadie ha intentado jamás identificar cada uno de esos fragmentos y reconstruir su procedencia. Este es precisamente el objeto de la presente investigación. Dejo al juicio del lector comprobar si el intento ha sido coronado por el éxito.

El estudio es el resultado de siete años de investigación en Suecia, Holanda, Alemania e Inglaterra; entre otros lugares, en el Instituto de Historia Económica de la Universidad de Uppsala, en el Archivo del Movimiento Obrero de Estocolmo, en el *Institut voor Sociale Geschiedenis* de Ámsterdam y en el *Institut für Weltwirtschaft* de Kiel. Fue presentado en enero de 1970 a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Uppsala en calidad de tesis doctoral.

Quiero aprovechar la ocasión para dejar constancia de mi agradecimiento a todos aquellos que de un modo u otro han prestado su apoyo a mi trabajo: Profesor Karl-Gustaf Hildebrand, Uppsala; Dr. Eric Hobsbawn, Londres; archivero Per Lind, Estocolmo; Gerd Caliesen, Copenhague, y muchos otros. Mi especial agradecimiento para Holger Heide, Frankfurt, que ha traducido el trabajo al alemán con el mayor interés por el tema así como con tanto conocimiento como escrupulosidad.

Uppsala, 12 de abril de 1972.
Bo Gustafsson

INTRODUCCIÓN

A principios del mes de marzo de 1899 Eduard Bernstein publicó un escrito de apenas 200 páginas titulado *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*. Todos aquellos que habían seguido el desarrollo de la Socialdemocracia alemana desde mediados de los años noventa del siglo XIX sabían de alguna manera que algo iba a ocurrir. En la revista teórica del Partido Socialdemócrata *Die Neue Zeit* había ido apareciendo desde octubre de 1896 un *Bandwurm* [1] desacomodadamente largo —incluso para esta revista— que se extendía de número a número. Era la serie de artículos de Bernstein agrupados bajo el título de «Problemas del socialismo». Esta serie fue caracterizada por el Profesor Julius Wolf como «puñetazo en el rostro de la teoría socialista conocida hasta ahora» y como «declaración abierta de guerra contra esta» [2]. Solo unos meses antes de la publicación del libro, Bernstein había dado lectura en el Congreso del Partido en Stuttgart a una declaración que recogía sus nuevas posiciones.

Pero no por esto causó menos sensación el libro de Bernstein. Pues Eduard Bernstein era junto a August Bebel y Karl Kautsky el marxista más destacado del SPD y con ello de toda la Segunda Internacional. En la época de las leyes de excepción de Bismarck había animado desde su exilio en la liberal Suiza a las fuerzas socialdemócratas de la patria. Esto lo llevaba a cabo por medio del periódico *Der Sozialdemokrat*, brillantemente redactado por él y que a pesar de la redoblada vigilancia fronteriza llegaba cada semana a manos de sus más o menos 10 000 suscriptores con la precisión del vencimiento de una letra de cambio. Tras su expulsión de Suiza, que acaeció el año 1888, se trasladó a la todavía más liberal Inglaterra, donde el «general» (Friedrich Engels) comandaba los batallones de la Segunda Internacional. Desde Londres alimentó entonces Bernstein durante años la prensa del partido con un flujo al parecer inagotable de artículos, reseñas y correspondencias.

Ahora este «ejecutor del testamento científico de Marx y Engels» (Wolf) declaraba que ya no creía en el marxismo de Marx y Engels, que la concepción materialista de la historia era unilateral, que la teoría de la plusvalía estaba de más, que la teoría de la concentración era errónea y que no existía ningún objetivo final para el partido. Lo único real era el «movimiento», es decir, la ampliación gradual de los derechos políticos y sindicales de los trabajadores. Lo que en último término pensaba lo había resumido en forma de consigna en el curso de una polémica con el socialista inglés Ernest Bax que había hecho agudizar los oídos a toda la Socialdemocracia alemana: «Francamente, me interesa muy poco y me parece que tiene muy poco sentido lo que comúnmente se entiende por «objetivo último del socialismo». Este objetivo, sea el que sea, no es nada para mí; el movimiento lo es todo» [3].

Más tarde explicaría que el acento había de cargarse sobre la palabra *mí* y no sobre *nada* —pero esto no mejoraba la cosa. Bernstein era evidentemente un renegado. Su defección se trataba en la prensa, en asambleas y desde las cátedras. «Parece que no es un marxista ortodoxo», comentaba G. A. Kleene desde la otra orilla del Atlántico [4]. Max Lorenz, que consideraba el problema «desde un punto de vista nacional», escribió muy comprensivo en los *Preußischen Jahrbüchern* de Dellbrück: «El resultado de todo lo que Bernstein ha estudiado es la ruptura con los principios del marxismo, de los que nada queda sin impugnar; ni la concepción materialista de la historia, ni la teoría de la plusvalía así como tampoco los principios y la táctica del Partido Socialdemócrata. Sin embargo, por motivos tácticos comprensibles, Bernstein no consuma la ruptura en una desgarradura: pretende continuar el marxismo y querer demostrar al final que Marx conserva la razón frente a Marx» [5].

Que todavía era marxista era algo que apenas solo él creía. Sus camaradas de convicciones no se lo creían. Pero creían que desde un punto de vista táctico se había conducido de un modo muy poco inteligente. Todo lo que quería ¡se desarrollaba previamente! «Estas cosas se *hacen*, pero *no se dicen*», le convenía el poderoso secretario del partido Ignaz Auer [6]. Lo que este pensaba aparecía con más claridad en una carta que algunas semanas más tarde escribió el dirigente de la «oposición alemana del sur» en el partido, Georg von Vollmar: «Desde Erfurt [7] hablo menos y actúo más. Y donde tengo que hablar, pienso más lo que de momento es tolerable por el partido. Solo puedo decir que estoy completamente satisfecho con lo conseguido... Desde este punto de vista práctico creo que nunca habría escrito, y en todo caso no de ese modo, tu muy difamado escrito... Padeces de hipertrofia de la conciencia, de un apremio de reconocer y comunicar sin tener en cuenta el estómago de tus invitados. Y esto produce luego sus molestias» [8].

Vollmar escribió sobre el Congreso del Partido que acababa de tener lugar en Hannover y que en principio había rechazado las posiciones de Bernstein, pero sin querer expulsarlo del partido lo siguiente: «La calle está ahora libre para que se dé el desarrollo que es de esperar; lo único que hay que hacer es no exigirle a la columna un ritmo de marcha demasiado fuerte; si se hace esto, todo irá bien» [9].

Vollmar tenía razón. Se había dado cuenta con fino instinto político de que la resolución redactada por Bebel no iba a significar en la práctica ningún obstáculo para la falange revisionista, que cada vez era más fuerte en el seno del partido, sino que por el contrario podía venir a legitimarla. Pero también estaba en lo cierto sobre las molestias de estómago que se podían presentar. Desde entonces, y a lo largo de muchos años, la cuestión de la revisión bernsteiniana del marxismo pasó a ser un asunto no solo del partido alemán sino de prácticamente todos los partidos de la Segunda Internacional. La revisión del marxismo era un hecho.

¿En qué consistía el verdadero significado del revisionismo? ¿Cuáles eran sus condiciones, cuáles sus consecuencias? ¿Por qué estalló justo con el fin del siglo? Respuestas para estos interrogantes no han faltado, incluso bajo la forma de tratamientos académicos. Algunas se originaron mientras todavía

tenía lugar la disputa y hoy parecen más bien contribuciones a la discusión [10]. Otras tenían menos colorido, pero eran bastante sumarias [11]. Biografías científicas modernas de Bernstein existen solo las de Peter Gay y Pierre Angel [12]. Con mayor o menor extensión se va tratando la cuestión del revisionismo bernsteiniano en la creciente literatura sobre la Socialdemocracia alemana [13]. Pero lo común a toda la literatura que hasta ahora ha aparecido sobre el revisionismo es que se centra en el revisionismo de Bernstein y que, por lo demás, estudia este fundamentalmente desde el punto de vista de la ciencia política.

La presente investigación también estaba originariamente determinada por la cuestión del verdadero significado de la revisión que Eduard Bernstein hizo del marxismo. Pero muy pronto resultó evidente que el revisionismo de Bernstein no era más que una parte de un fenómeno general. Por todas partes se hallaban en Bernstein huellas e indicios de influencias del socialismo inglés, francés e italiano, del socialismo de cátedra alemán y del neokantismo, de Sorel, de Croce y de otros. Todo esto indicaba una ampliación de la perspectiva y la investigación se debía adecuar a ella [14]. El resultado está a la vista en forma de una investigación de historia de las ideas sobre la formación del revisionismo durante los años noventa del siglo XIX.

La investigación no es, de ningún modo, biográfica. Se extiende hasta el cambio de siglo, es decir, hasta la época en que comenzó el gran debate. No entra en el debate mismo. Tampoco tiene la pretensión de hacer una descripción omnicomprendiva del medio en el que apareció el revisionismo. Su objetivo es el intento de averiguar, por medio de la descripción y el análisis de fuentes de la época, el contenido teórico concreto del revisionismo de los años noventa. Solo sobre esta base resulta posible formular determinadas conclusiones sobre el significado real del revisionismo y pasar a la consideración del problema, de más amplio alcance, que plantea la relación entre el revisionismo y el desarrollo global político, social y económico de la Europa de la época.

La investigación tiene dos puntos de referencia. El primero de ellos es el marxismo, con especial atención a las posiciones y manifestaciones de Friedrich Engels durante la primera mitad de los años noventa. Con ello se aclara la relación del revisionismo con la doctrina que intentaba revisar. El segundo punto de referencia es la forma de revisionismo desarrollada por Bernstein. Con ello se iluminan diversas variantes del revisionismo sobre el fondo de su forma históricamente más importante. Pues si esta investigación limita fuertemente el significado de Bernstein como pionero del revisionismo, sigue siendo no obstante verdad que él «dio su expresión más acusada a las correcciones a Marx, al reexamen de Marx» [15]. En contraste con los demás representantes del revisionismo era, además, en su condición efectiva de marxista antiguo, un revisionista de verdad.

El revisionismo es, dado su carácter, tan enciclopédico como el marxismo. Abarca, por lo menos, tres grandes campos de la ciencia social: economía, historia y política. El que entra en este terreno se expone con las máximas probabilidades al riesgo de sentarse no ya entre dos sino entre tres sillas. Desgraciadamente la alternativa es no sentarse. La elección se hace, pues, fácil. A

pesar de que el tema sea histórico, no tiene por ello trazas de perder actualidad. Para cuantos sustentan la opinión «pasada de moda» de que la historia es rica en enseñanzas el tema resulta valioso para la reflexión.

CAPÍTULO I. EL MARCO

«Actualmente hay que tener valor para ser reaccionario»

La Nouvelle Revue, 1894 [16].

La sociedad europea de los años noventa del siglo XIX estaba dominada, según H. Stuart Hughes, por el presentimiento de una decadencia inminente, por una angustiada inseguridad con respecto a cómo sería la nueva sociedad [17]. También hacen otros la misma observación. Pero ese tipo de presentimiento no puede haber sido muy general. Para muchos era la época del comienzo, del rápido avance en pos de una meta luminosa. Como Hughes subraya igualmente, los años noventa fueron el gran período de expansión en la historia del socialismo europeo [18]. Paso a paso se habían ido construyendo partidos obreros de masas o elementos de los mismos en toda Europa: Italia (1882), Rusia (1883), Inglaterra (1884), Bélgica (1885), Noruega (1887), Austria y Suiza (1888), y Suecia (1889) [19]. En un congreso, en París, que fue inaugurado el 14 de julio de 1889, el día del Centenario de la toma de la Bastilla, y en el que tomaban parte casi 400 delegados de 22 países, se fundó *de facto* una nueva Internacional socialista, la Segunda Internacional. La Internacional colocaba en primer plano una serie de tareas prácticas para los socialistas de Europa: la jornada de ocho horas, la prohibición del trabajo infantil, una mejor protección del obrero, prohibición del salario en especie, etc. Para conseguir todo esto había que construir partidos obreros socialistas allí donde no existiesen todavía, había que conquistar el sufragio universal, había que utilizar los parlamentos y el trabajo político debía unirse al trabajo sindical. Pero en la resolución que trataba de la jornada de ocho horas, etc., que había sido propuesta por el dirigente de los socialdemócratas alemanes, August Bebel, también se decía que la emancipación del trabajo solo se podía alcanzar si la clase obrera tomaba el poder político, expropiaba al capitalismo y socializaba los medios de producción [20]. Esto era algo decisivo. Significaba prácticamente que el congreso constructor de la Segunda Internacional se había colocado en el terreno del marxismo [21]. Por ello podía escribir Friedrich Engels solo unos días más tarde a F. A. Sorge, su compañero de armas del año 1848, lo siguiente: «Nuestro congreso está reunido y es un éxito brillante» [22].

A) ALGUNOS RASGOS DEL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL DE LOS AÑOS NOVENTA DEL SIGLO XIX

La fundación de la Segunda Internacional era un signo de que estaba superada la calma que había reinado desde la caída de la Comuna de París de 1871. El socialismo y sus problemas se convirtió en asunto de todos, amigos y enemigos. El naciente impulso del socialismo era una consecuencia del rápido cambio de la sociedad europea. Un presupuesto básico era el hecho de que la industrialización se había consolidado ampliamente en Europa en general y en el continente en particular. Pero se estaba desarrollando en gran medida un capitalismo industrial nuevo y modificado. Había comenzado la época de las grandes colusiones empresariales; en Alemania tomaban la forma de cárteles, sindicatos y *konzerns*. La cifra de cárteles conocidos pasó en Alemania de 14 en el año 1879 a 90 en 1885, a 210 en 1890 y a 260 en 1896 [23]. Una condición para el desarrollo de estas y análogas uniones empresariales era la rápida concentración empresarial. «El desarrollo se lleva a cabo mostrando tendencias a la formación de grandes empresas, tendencias a un creciente fortalecimiento de la gran industria y de la gran empresa», escribía en 1911 uno de los máximos estadísticos alemanes [24]. La proporción de ocupados en pequeñas empresas con respecto al total bajó del 59 % en el año 1882 al 47 % en el año 1895 y al 37 % en 1907. La proporción de ocupados en empresas medianas, por el contrario, aumentó del 19 % al 24 % y al 25 %. Con la máxima rapidez creció la proporción de las empresas grandes: del 22 % al 30 % y luego al 37 % [25]. Entre 1882 y 1907 aumentó la ocupación en cifras absolutas en las pequeñas empresas de 4,3 a 5,4 millones, en las empresas medias de 1,4 a 3,6 millones y en las grandes empresas de 1,6 a 5,4 millones. Es decir, todavía en el año 1907 la ocupación total en pequeñas empresas era equivalente a la de las grandes empresas. En cifras absolutas solo retrocedieron las empresas de un solo empleado. «No se puede hablar, desde luego, de una desaparición formal de las pequeñas empresas (empresas de cinco o menos personas)», escribió el estadístico que se acaba de mencionar [26].

Los marxistas le concedían el mayor interés a la *tendencia*, pues de persistir, los presupuestos económicos del socialismo madurarían rápidamente. También se interesaban en otros aspectos del nuevo capitalismo, como por ejemplo en la posición monopolista u oligopolista de las grandes empresas en el mercado. Ya en 1894 los socialdemócratas alemanes discutían en el Congreso de Frankfurt acerca del «significado de los trusts, alianzas, cárteles y parecidas organizaciones del gran capitalismo para nuestro desarrollo económico». Todos coincidían en que el nuevo desarrollo significaba «un paso hacia la realización del socialismo». Pero a partir de aquí las opiniones diferían. La mayoría veía en el poder de las grandes empresas un azote para los trabajadores y los consumidores. Pero otros, entre ellos Max Schipel (que durante

esta época se desplazaba lentamente dentro del partido desde la extrema izquierda hacia la derecha extrema), estaban convencidos de que los cárteles también llevarían a «condiciones de vida más regulares» y a una «mayor continuidad de la producción», en una palabra, que podrían amortiguar las crisis [27]. Esta era una idea que había sido difundida en Alemania por el Nestor de los socialistas de cátedra, el profesor Lujo Brentano. Este había dicho en un discurso el año 1889:

«Los cárteles son uniones de productores para prevenir, por medio de una adaptación planeada de la producción a las necesidades, la superproducción y las fatales consecuencias que la acompañan: caída de precios, bancarrota, desvalorización del capital, despido de trabajadores y escasez de pan» [28].

La idea de Brentano se quedó por el momento en una piadosa esperanza. Más importante era el hecho de que resultaba más fácil organizar sindicalmente a los trabajadores al no hallarse estos divididos en la misma proporción que antes entre muchas pequeñas empresas. Esto resultaba también necesario porque los nuevos acuerdos empresariales representaban indudablemente mayor poder. El movimiento sindical creció bruscamente. En Alemania el número de miembros de los llamados Sindicatos Libres, dirigidos por los socialdemócratas, pasó de 90 000 en el año 1888 a 294 000 en 1893 y a 680 000 en el año 1900, y al comienzo de la Guerra Mundial contaban con aproximadamente 2,5 millones [29]. también del lado de los asalariados se desplegaban las grandes organizaciones.

Consecuencia de este desarrollo fue también la aparición de una nueva capa social: la nueva clase media. Pues la gran empresa, la sociedad por acciones, las organizaciones, la prensa, el sistema educativo y la creciente administración estatal y local crearon una necesidad nueva y en aumento de categorías de empleo parcialmente nuevas como empleados, técnicos, profesores, periodistas, etc. El socialista de cátedra de mayor renombre junto con Brentano, Gustav Schmoller, saludaba esta tendencia con gran satisfacción porque la nueva capa social venía a contribuir a crear un tampón entre el capital y el trabajo, lo que era la meta declarada de los socialistas de cátedra [30]. En el VIII Congreso evangélico-social de junio de 1897, Schmoller proclamaba la «formación de una nueva capa media» [31]. Antes se había creído que la clase media estaba condenada a la decadencia. Pues bien, ahora había un nuevo rayo de esperanza. Se rechazó «la teoría del rompimiento del escalón intermedio de la escalera» (Schmoller). El teólogo Harnack se regocijaba de felicidad:

«¿No nos ha de llenar de alegría escuchar que no tenemos que *marchar hacia lo desconocido* sino que podemos desarrollar lo que tenemos laboriosamente y a conciencia?» [32].

Harnack no había entendido bien el significado del nuevo acontecer. La nueva capa media tenía menos que ver con la propiedad y la posesión que con tareas laborales nuevas y cualificadas. En Alemania, como en otros paí-

ses, la Socialdemocracia ya había experimentado que un grupo grande de esta clase media era arrastrado *de facto* al socialismo. Pero la experiencia no era totalmente positiva. Una parte tenía tendencias a desarrollar inclinaciones anarquistas, como por ejemplo los «Jóvenes», que en 1890 acusaban al partido de estar aburguesado. Engels denominó al episodio con cierta justicia «revuelta de literatos y estudiantes», y en su posterior carrera —fundamentalmente fuera del Partido Socialdemócrata— los «Jóvenes» siguieron en general el principio acuñado por Ignaz Auer de «¡Entrada a la izquierda, salida a la derecha!». Uno de ellos —Paul Kampffmeyer— fue más tarde un prominente revisionista [33]. La mayoría de los nuevos intelectuales socialistas era reclutada entre lo que Kautsky llamaba «el mundo literario posibilista» [34]. En esta época se discutió vivamente en la Socialdemocracia alemana la cuestión de la posición de los intelectuales en la sociedad y con respecto al socialismo [35]. Kautsky mismo pensaba que la cuestión de los intelectuales era casi tan importante como la cuestión de los campesinos. El problema, sin embargo, era que los intelectuales que se adherían a la Socialdemocracia se reclamaban de un socialismo reformista antes que de un socialismo revolucionario:

«La acusación contra el capital y la simpatía para con el proletariado —por lo menos con el explotado cuando no también con el proletariado combatiente— se han puesto de moda y comienza a ser verdadera para estos círculos la frase de Harcourt «Hoy todos somos socialistas».

En todo caso no es al socialismo revolucionario, proletario, al que rinden tributo nuestros poetas y pintores, nuestros intelectuales y periodistas, etc., en sus salones y cafés, en sus estudios y salas de audición, sino a una especie de socialismo que guarda una desesperada semejanza con el «verdadero socialismo» que retrata el Manifiesto Comunista de 1847» [36].

En el mismo año en que esto fue escrito —1895— un grupo de intelectuales socialdemócratas fundó en Alemania su propia revista, *El Académico Socialista*, que fue el órgano principal de la opinión revisionista en el seno del partido [37].

Pero la sociedad de los años noventa era sacudida no solo por modificaciones estructurales sino también por grandes modificaciones coyunturales que podían influir sobre la teoría y la política. Todo el decenio anterior había quedado marcado por la «gran depresión» de 1873 a 1896 [38]. Pero a principios de los años noventa la tendencia cambió de sentido y dio comienzo una alta coyuntura inversora. En Alemania la producción industrial tuvo un incremento del 45% entre 1893 y 1902, lo que significaba el mayor aumento en comparación con cualquier ciclo coyuntural desde los años sesenta [39]. El desempleo, que entre 1891 y 1895 había fluctuado entre un 3 y un 6 %, descendió para el resto del decenio del 1 al 1,5% [40]. Los salarios reales, que habían estado estancados a lo largo de los años ochenta, comenzaron a recuperarse lenta, pero seguramente a partir de la situación depresiva de 1891 [41]. De todos modos, los aumentos del salario real solo se mantuvieron hasta los primeros años

del nuevo siglo; a partir de entonces tales aumentos se veían recuperados por unos precios en constante incremento [42].

Ciertamente es muy posible que a partir de la mitad del siglo XIX haya tenido lugar en muchos países un aumento tendencial del nivel de vida. Y este hecho comenzaba a ser científicamente justificado precisamente a mediados de los años noventa [43]. Pero el auge que se desarrollaba desde comienzos de los años noventa resultaba más evidente en comparación con los oscuros años ochenta. La alta coyuntura tenía así casi la misma edad que la nueva dirección dentro del socialismo. Socialistas reformistas de la época establecieron también relaciones entre ambos fenómenos. Beatrice Webb escribió en marzo de 1895 en su diario:

«Olvidamos que el socialismo constitucional solo comenzó a crecer cuando ya se había dejado atrás los negros años de 1881 a 1885... Tenemos que educar y esperar los años «de las vacas gordas»» [44].

Con mayor precisión se expresa Bernstein en un manuscrito inédito que debió ser redactado más tarde:

«A mediados de los años noventa del siglo XIX se dio en Europa, y en Alemania no en último lugar, un *auge de los negocios* de una potencia y duración como no se conocía desde hacía mucho tiempo. Este auge produjo sobre mí una fuerte impresión. Y es que estaba en crasa contradicción con la teoría del aumento inevitable y de la creciente gravedad de las crisis económicas que habían de culminar finalmente en el derrumbe total de la economía tal como resulta con una lógica aparentemente aplastante de las exposiciones de Karl Marx en *El Capital* y como había sido propagado sobre todo por August Bebel con gran éxito en el Partido Socialdemócrata» [45].

Sin embargo, lo que Bernstein y otros revisionistas interpretaban erróneamente en esta época eran las consecuencias de este auge sobre la *relación* entre los ingresos del trabajo y los ingresos del capital. La alta coyuntura era una coyuntura del beneficio típica con una fuerte expansión en la producción de bienes de capital. Esto provocaba un rápido crecimiento de la renta, pero no un crecimiento igualmente rápido de la producción agrícola y de bienes de consumo. Como consecuencia se presentaron aumentos de precios que amortiguaban las subidas del salario real hasta frenarlas totalmente. Entretanto los empresarios podían vender en un mercado más caro que en el que habían comprado. Ya en 1903 vio R. E. May que en el período 1895 a 1900 «el beneficio de los empresarios ha aumentado más fuertemente que el salario de los trabajadores» [46]. Investigaciones posteriores han venido a confirmar este hecho. Entre 1893 y 1913 aumentaron las rentas del trabajo (en sentido amplio) en un 3% anual mientras que las rentas de los empresarios lo hacían en un 6% anual [47]. Grandes sectores de la clase obrera mejoraron seguramente su posición material desde muchos puntos de vista a lo largo del período. De esto también pudo dar cuenta Bebel [48]. Pero se tenía, sin embargo, la

impresión de que se había ensanchado la brecha entre los trabajadores y los capitalistas. Por este motivo los marxistas insistían cada vez más en el empobrecimiento *relativo*.

B) LEGALIDAD Y PARLAMENTARISMO

Los años noventa significaron desde un punto de vista político también una ruptura con el pasado, en particular para la Socialdemocracia. Tanto en Alemania como en Francia este decenio significó la irrupción parlamentaria del socialismo. Irrupción que tuvo una importancia particularmente grande para la Socialdemocracia alemana. En Alemania habían existido desde 1878 leyes de excepción contra la Socialdemocracia [49]. A pesar de esto —o más bien precisamente por esto— el partido se había fortalecido y había crecido. En esta época desarrolló de hecho la Socialdemocracia alemana los rasgos característicos que más tarde le harían aparecer en la Segunda Internacional como modelo a imitar para otros partidos: lealtad absoluta para con la organización, abnegación, creencia en la profunda injusticia del sistema establecido y convicción de que el necesario derrumbe de este solo era una cuestión de tiempo [50]. Mientras estuvo en pie la ley contra los socialistas estuvieron prohibidas para los socialistas la mayoría de las cosas: organizaciones, asambleas y publicaciones e, incluso, se asimilaron a asambleas los entierros y las fiestas. Estaba prohibido recoger cotizaciones así como alquilar locales a agrupaciones socialistas. Estaban previstos castigos especialmente duros para los cuadros activos y dirigentes, a los que también se podía desterrar de sus lugares de nacimiento. Entre 1878 y 1879 fueron desterradas en total unas 900 personas. En algunas ciudades fue ordenado por períodos el establecimiento del estado de sitio [51].

Sin embargo no se prohibió el Partido Socialdemócrata como tal, se prohibió tan solo su actividad. Podía tomar parte en las elecciones generales. En estas se mostraba que la ley contra los socialistas beneficiaba de hecho al crecimiento del Partido Socialdemócrata. Después de un retroceso temporal entre 1878 y 1881 las cifras muestran un ascenso constante de los votos recogidos por la Socialdemocracia durante este período: 1881, 312 000 votos; 1884, 550 000 votos; 1887, 763 000 votos, y en 1890 un aumento del doble hasta 1 427 000 votos [52]. Hacia finales de los años ochenta el movimiento sindical conoció también un desarrollo explosivo. El número de miembros creció de 90 000 en 1888 a 301 000 en el año 1890 [53]. En mayo de 1889 los mineros del Ruhr declararon una huelga general que desató una ola de huelgas en todo el país [54]. Poco solucionaba que el ministro del interior prusiano, Puttkamer, olfatease tras cada plante «la hidra de la violencia y la anarquía». Para amplios sectores de la clase dominante se hacía cada vez más claro que la ley antisocialistas antes fomentaba el avance de la Socialdemocracia que lo obstaculizaba [55]. Se habían demostrado erróneas las proposiciones de «látigo y pastel» que Bismarck preconizaba en política. En enero de 1890 el *Reichstag* denegó una

prolongación de la ley contra los socialistas [56]. Desde que Bismarck fue despedido en marzo el nuevo canciller introducía una nueva política: el «nuevo curso» de Caprivi.

La Socialdemocracia se encontró frente a una situación totalmente nueva: podía trabajar de nuevo en la legalidad. Desde luego todavía estaban en marcha planes para la represión violenta de la Socialdemocracia. Bajo la influencia del general jefe del Estado Mayor (hasta 1891) Conde de Waldersee, Guillermo II abrigaba planes para una ofensiva directa contra la Socialdemocracia. Todavía en marzo de 1897 declaraba ante el sucesor de Caprivi, Hohenlohe, que estaba «dispuesto y decidido a una lucha a vida o muerte» [57]. Esta cara de la política de los detentadores del poder apareció con claridad con motivo de la presentación en el *Reichstag* en diciembre de 1894 del proyecto de ley llamado de subversión y del proyecto de ley de presidios, los que en la práctica habrían hecho imposibles las huelgas [58]. Esto es importante para la comprensión de las concepciones que tenían los socialdemócratas tanto acerca de la cuestión de reforma y revolución como de la de su intervención táctica. La permanente hostilidad del poder estatal demostraba para los marxistas la necesidad de transformar la sociedad por medio de la revolución, mientras que aquellos que se situaban en una perspectiva reformista deducían del mismo hecho la necesidad de la legalidad a todo precio. Ambas posiciones tenían en común, de todos modos, la convicción de que para los objetivos de la Socialdemocracia la legalidad era más adecuada que la ilegalidad. Pero los planes de los más conservadores no encontraron ningún eco. En aquella situación no se daban, simplemente, las condiciones necesarias para una nueva intervención represiva contra la Socialdemocracia. El peso fundamental había pasado, metafóricamente, del «látigo» al «pastel».

En febrero de 1890 Guillermo II declaraba en un decreto que se había propuesto «orientar el ulterior desarrollo de nuestra legislación en la misma dirección en la que Mi abuelo, que en la Gloria esté, alentaba la asistencia a la parte económicamente más débil del pueblo en el espíritu de la ética cristiana» [59].

Convocó —a pesar del intento de sabotaje por parte de Bismarck [60]— una Conferencia para la protección y mejora del obrero a celebrar en Berlín. Y desde que Caprivi sustituyó a Bismarck en la Cancillería comenzó un período de reformas que llevaba el sello del nuevo Ministro de Comercio prusiano von Bernett. La política social fue activada, entre otras cosas, a través de la limitación de la jornada de trabajo para las mujeres y los menores de edad, del aumento del número de inspectores de industria, etcétera [61]. En sí no se podía hablar verdaderamente de grandes reformas. Tampoco se creía, de todos modos, que fuera posible domesticar a la Socialdemocracia. En realidad, la política social se configuró de tal modo que en primera línea lo que intentaba era impedir la proletarización de las capas pequeño burguesas [62]. Pero no por esto dejaba de constituir el signo de una nueva situación política. La época de la ilegalidad se había dejado atrás. La Socialdemocracia ya no se encontraría por más tiempo situada totalmente fuera de la sociedad burguesa. Había que desarrollar el trabajo de formación socialista, difundir la propaganda en

nuevas capas sociales, ampliar la organización y organizar sindicalmente a los trabajadores. En política había que luchar por la reducción de la jornada de trabajo, por la seguridad social, por el derecho a formar coaliciones y por un sistema electoral más justo. En estos temas aparecían abiertamente puntos de convergencia con la pequeña burguesía reformista y resultaba muy natural una cierta colaboración. Era tanto más natural cuanto que una parte de los liberales mismos declaraba que el Partido Socialdemócrata estaba en situación de transformarse de partido revolucionario en reformista [63].

Claro que para conseguir algo en el terreno de la política la Socialdemocracia había de aprovechar completamente el sistema parlamentario. A pesar de que el parlamentarismo alemán era un «constitucionalismo aparente» los resultados de las elecciones generales eran una importante medida de la fuerza y de la influencia del partido [64]. Y las cifras de votos subieron durante todo el período: de 1 427 000 en el año 1890 a 1 787 000 en el año 1893, a 2 107 000 en 1898 y a 3 011 000 en 1903... ¿No podían clamar los detentadores del poder en Alemania con Odilon Barret «La légalité nous tue»? Engels mismo estaba encantado con la aritmética de las victorias electorales: «Posiblemente podríamos llegar al poder hacia 1898», le decía a Bebel en octubre de 1891, y añadía: «Esto es un puro cálculo probabilístico basado en leyes matemáticas» [65]. No significa esto, desde luego, que Engels creyese que la clase obrera podría llegar al poder por caminos exclusivamente parlamentarios [66]. Así, le había dicho a Liebknecht en marzo de 1890 que estaba de acuerdo con él en que «*de momento* tenemos que actuar tan pacífica y legalmente como sea posible evitando toda ocasión de colisión». Pero subrayó las palabras «de momento» y reprendió a Liebknecht porque este se había apartado de la idea de una colisión violenta en cualquiera de sus formas y bajo cualesquiera circunstancias: «Esta vez has disparado decididamente por encima de la diana» [67]. Había, sin embargo, poderosas fuerzas en el seno del partido que únicamente querían ir por el camino parlamentario. El «nuevo curso» de Caprivi había dado la señal.

C) LA TENDENCIA REFORMISTA EN EL SENO DEL SPD 1890-1895

En el principio no era el verbo, sino la acción: también es válido esto para la historia del revisionismo. La señal dada por los detentadores del poder había sido recogida primero por la figura dirigente de la Socialdemocracia bávara, Georg von Vollmar —antiguo miembro de la guardia suiza papal y oficial bávaro— [68]. Ya en 1890 y en relación con la revuelta de los «Jóvenes» en el seno del partido, el dirigente de la Socialdemocracia austríaca, Víctor Adler, había expresado su inquietud a causa «del peligro opuesto: una fuerte tendencia al posibilismo que desde Nuremberg se va a hacer pronto de notar más molestamente» [69]. Sus profecías se iban a realizar más rápidamente de lo que él mismo había previsto. En junio de 1891 Vollmar pronunció un gran

discurso en Munich (el llamado discurso de Eldorado). Se refirió ya desde el principio al nuevo curso de la política del Gobierno. El nuevo curso le daba a la Socialdemocracia, en su opinión, motivo para revisar su táctica [70]. Declaró que la Socialdemocracia tenía ahora que luchar por «introducir, sobre la base de la ordenación social y estatal actual, mejoras de tipo político y económico» [71]. Sin embargo, lo notable del discurso estaba menos en esta declaración programática y en las propuestas prácticas que avanzaba que en la filosofía política con que fundamentaba su propuesta. Vollmar se despedía del socialismo revolucionario y se declaraba evolucionista:

«Hasta ahora se han dado grandes crisis en las que la Historia daba un salto o parecía darlo. Del mismo modo en que las relaciones naturales no se desarrollan a través de transformaciones en sucesión sincopada súbita e inmediata, así las ordenaciones sociales no se sustituyen unas a otras como unidades cerradas, inmediatas.

Se da aquí en tan mínima medida el hacer artificial como la ruptura súbita y la vuelta a empezar; por el contrario, lo viejo se transcrece paulatinamente, demasiado lentamente para el alto vuelo del espíritu, pero seguramente, en lo nuevo.

Estas múltiples raíces de lo actual en lo de ayer y del mañana en el hoy no dejan surgir ningún absoluto; todas las situaciones políticas y sociales son algo relativo, son formas de transición. Utilizar la forma actual para ejercer influencia sobre la configuración de la de mañana: esta ha de ser nuestra tarea» [72].

Este era el preludeo a una línea consecuentemente reformista sostenida por los socialdemócratas del sur de Alemania a lo largo de los años noventa. En el mismo año Vollmar hizo un nuevo avance y aconsejó una nueva posición en la cuestión de las nacionalizaciones en el marco del sistema establecido. De acuerdo con la línea general del partido, en la generalidad de los casos las nacionalizaciones solo servían para fortalecer el poder estatal con respecto al pueblo. Vollmar declaró que era de la opinión de que «la Socialdemocracia no tiene ningún motivo para combatir con particular celo las ideas del socialismo de estado en sí. Si por el contrario estableciésemos una serie de medidas propugnadas por nosotros para la puesta en marcha gradual de una ordenación social mejor, entonces podríamos ver cuáles pueden caracterizarse justamente como socialistas de estado» [73]. Sin embargo, la línea de Vollmar se dibujaba sobre todo con respecto a otras dos cuestiones. En primer lugar, él y la mayoría de los demás socialdemócratas dirigentes del sur de Alemania eran de la opinión de que podían y debían votar en lo referente al presupuesto en la Asamblea regional del sur de Alemania aun cuando se pudiese pensar que esto iba a reforzar la posición de los detentadores del poder. En segundo lugar, querían proteger con medios estatales «la economía agraria campesina en su lucha contra el capitalismo» [74]. La primera cuestión —la llamada «cuestión presupuestaria»— fue objeto a lo largo de los años noventa de discusiones en dos congresos del partido y fue decidida finalmente en Lübeck el año 1901. En este congreso se adoptó un proyecto de resolución preparado por Bebel que

en la práctica venía a decir que se podía votar como se quisiese. La otra cuestión —la llamada «cuestión agraria»— ya fue decidida en el Congreso de Breslau de 1895 al ser rechazada la propuesta de programa de política agraria formulada por los reformistas [75]. En aquella ocasión Engels había intervenido con su artículo «El problema campesino en Francia y Alemania» [76]. Esto no significó, sin embargo, que la «oposición sudalemana» estuviese descartada. Ya en el Congreso de Erfurt de 1891, Bebel había procedido severamente contra Vollmar a consecuencia del discurso de este, llamado de Eldorado. Engels le había aconsejado insistentemente a Bebel una táctica defensiva al máximo «hasta que ellos mismos se hayan puesto convenientemente en ridículo, entonces, brevemente, un aplastante fuego de artillería y el ataque decisivo a la bayoneta. En esto como en ninguna otra cosa vale la pena ahorrar la munición y las reservas hasta el último momento.

Cada vez que en la lucha contra bakuninistas, proudhonistas, profesores alemanes y demás gentuza nos hemos alejado de estas reglas nos ha tocado pagar por ello y, por este motivo, las pongo nuevamente a tu disposición» [77].

Así pues, Vollmar era fuerte. Representaba una tendencia en crecimiento dentro de la Socialdemocracia. Los dos presidentes del partido se dieron cuenta de esto. Después de Bebel hubo en el Congreso de Erfurt de 1891 «una porción de gente, hasta en los más próximos círculos de amigos, que simpatizaba totalmente o en gran parte con Vollmar, a pesar de que no lo dijiesen abiertamente; así Grillenberger y el mismo Auer, que incluso expresó abiertamente su simpatía por una parte de las concepciones de Vollmar» [78]. Un par de años más tarde Singer supo a través de Adler que la fracción parlamentaria estaba «mucho más <vollmareada> que el partido» [79]. Vollmar halló eco asimismo entre intelectuales de orientación liberal y reformista. Desde su traslado, en 1891, a Munich, Brentano mantuvo contactos con Vollmar [80]. Aquel tenía un antecesor en el partido en Paul Kampffmeier, que era una de las fuerzas impulsoras de los *Sozialistischen Monatshefte* [81]. Así, pues, a la aparición de Bernstein el terreno no estaba totalmente falto de preparación. Según el diagnóstico de Bebel la causa de la nueva tendencia era en última instancia el fuerte crecimiento del partido. Del mismo modo que el partido tenía que cubrir cada vez más puestos de todo tipo, el «elemento pequeño burgués» se hizo cada vez más fuerte «en la dirección». «La gente se encuentra contenta con su situación y pierde el suelo revolucionario bajo sus pies» [82].

D) EL INCREMENTO DEL FUNCIONARIADO

Bebel había aludido con estas palabras a un problema que había de ser cada vez más agudo a lo largo de los años noventa y que algunos años después induciría a Robert Michels a iniciar sus estudios sociológicos sobre las tendencias oligárquicas en la democracia moderna [83]. La cuestión de los funcionarios del partido era ya actual en el Congreso de Berlín del año 1892, cuando por primera vez se presentó una moción para limitar el aumento de

la remuneración de los funcionarios del partido [84]. La moción fue rechazada entonces y más adelante con la argumentación de que «los trabajadores ocupados o empleados por el partido... han de gozar de las mejores condiciones de trabajo» [85].

La cuestión de las remuneraciones solo era un aspecto del problema. Más importante era el incremento del número de funcionarios. Donde más fuerte era tal incremento era en el movimiento sindical. Solo disponemos de datos estadísticos para la época en torno al cambio de siglo, pero con seguridad estas cifras reflejan también la tendencia de los años anteriores. Entre 1900 y 1914 se triplicó la cifra de funcionarios con respecto al número de militantes [86].

Pero el «elemento pequeño burgués» en sentido propio se hallaba representado sobre todo en la fracción parlamentaria. Sus componentes habían alcanzado su posición dentro del partido en la época de la ley contra los socialistas ya que a ellos no les afectaban las represalias en forma de despidos dada su independencia económica. La lista de los parlamentarios del partido proletario correspondiente al año 1890 produce innegablemente bastante impresión [87]:

- 7 periodistas y redactores
- 6 comerciantes y negociantes
- 4 escritores
- 3 hosteleros
- 3 fabricantes de cigarros
- 2 jubilados
- 2 fabricantes
- 1 zapatero
- 1 litógrafo
- 1 editor
- 1 abogado
- 1 elaborador de cigarros
- 1 trabajador cigarrero
- 1 funcionario del partido
- 1 maestro sastre

También iba dominando cada vez más la capa de los funcionarios en los congresos del partido. Cuando Liebknecht tuvo que defender en el Congreso de Berlín su sueldo anual de 7200 DM se dirigió al congreso con estas palabras: «Ustedes, que se sientan ahí, son también en cierto modo aristócratas entre los trabajadores, me refiero en cuanto a ingresos. La población trabajadora de la zona minera sajona y los tejedores de Silesia verían en lo que ustedes ganan un sueldo propio de Creso. ¿Qué dirían ustedes si los tejedores reivindicasen que nadie había de tener un salario superior al suyo?» [88]. Pero tras el cambio de siglo apenas hubo trabajadores con la posibilidad de hablar en los congresos del partido. En el Congreso de Jena de 1911 apenas el 10% de los participantes eran trabajadores. El resto eran funcionarios del partido, periodistas del partido, funcionarios sindicales, empleados de las mutuas de enfermedad y cooperativas de consumo, etc [89].

Desde cierto punto de vista, la capa de funcionarios del partido formaba una base para el revisionismo [90]. Es seguro que los funcionarios eran receptivos con respecto a estas ideas. El revisionismo se distanciaba de transformaciones revolucionarias y colocaba, en lugar de esto, al trabajo diario práctico en el Parlamento, municipalidades, sindicatos y cooperativas de consumo en un primer plano. Era este un mensaje que había de ser recibido con placer por todos los funcionarios del partido o sindicales que en su actividad veían en primera línea el puesto, el empleo o, incluso, la plataforma de lanzamiento para un ascenso ulterior. No sirvió de mucho que Liebknecht, en el Congreso de Stuttgart de 1897, dijese desear una nueva ley antisocialistas «para ayudar a ponerse sobre sus pies nuevamente al revolucionarismo» [91]. Y es que la Socialdemocracia alemana llevaba camino de encontrar, como observaba el sutil Max Weber, su lugar entre las demás instituciones imperiales:

«La Socialdemocracia está hoy evidentemente en trance de convertirse en una poderosa máquina burocrática dando ocupación a un ejército de empleados, en un estado dentro del estado.

Como el estado, conoce ya en pequeña escala la oposición entre ministros, presidentes del gobierno y Asambleas regionales —los funcionarios del *partido*— por una parte, y los alcaldes: funcionarios sindicales y presidencias de las cooperativas de consumo, por la otra.

Se está creando ahora sus universidades con sus profesores que ya claman por la libertad de enseñanza, conoce sus «enemigos del Imperio», sus Asambleas regionales convenientemente reguladas, etc. Posee, sobre todo, como el estado, un creciente ejército de personas que tienen, ante todo, intereses en la ascensión... por lo demás, este ejército de empleados y de existencias dependientes del partido tiene sobre todo también intereses altamente materiales de *sustento*.

Los portadores de estos intereses no son solo aquellos que están formalmente empleados por el partido sino también los hosteleros que proveen de locales, los redactores de publicaciones socialistas, etc., etc. Para toda esta gente se abre una edad de oro; obtendrán su sustento al calor de la comuna directa o indirectamente, igual que ocurre en los demás partidos...

La cuestión es quién tiene que temer más todo esto *a largo plazo*, la Socialdemocracia o la sociedad burguesa. Yo personalmente pienso que la primera (¡Muy bien!), es decir: *aquellos* elementos que en ella son portadores de *ideologías revolucionarias*.

Ya hoy conoce todo el mundo la existencia de ciertas oposiciones dentro de la burocracia socialdemócrata. Y cuando se puedan desplegar totalmente las oposiciones entre los intereses materiales de sustento de los políticos profesionales por un lado y la ideología revolucionaria por otro, cuando, más adelante, ya no se pretenda expulsar a los socialdemócratas de las uniones de combatientes como sucede hoy, cuando se les acepte en las administraciones eclesiásticas, de las que se les expulsa hoy, solo *entonces* empezarán para el partido los verdaderos problemas internos (¡Muy bien!).

Solo entonces correrá la virulencia revolucionaria verdaderamente serios peligros y se mostrará que por ese camino a la larga no será la Socialdemocra-

cia quien conquiste las ciudades o el estado sino, al contrario, será el estado quien conquiste al partido (¡Muy bien!). Y no veo por qué la sociedad burguesa como tal ha de ver un peligro en esto» [92].

E) LA VERDADERA SITUACIÓN DEL MARXISMO EN EL SPD. EL PROGRAMA DE ERFURT

Ante este panorama se plantea inevitablemente la cuestión de qué posición ocupaba verdaderamente el marxismo en la Socialdemocracia alemana a comienzos de los años noventa del siglo pasado. Es fácil dar respuestas generales. Indudablemente, el SPD era el más marxista de todos los partidos socialistas del momento. Tampoco hay ninguna duda acerca de que mientras vivió Marx y después Engels tuvieron gran confianza en August Bebel, el más sobresaliente portavoz junto con Wilhelm Liebknecht de la Socialdemocracia alemana. Esto se deduce con mucha claridad de toda su correspondencia [93]. Engels pensaba también que Bernstein se desarrollaba muy bien en su etapa de redactor del *Sozialdemokrat* en Zürich durante los años ochenta [94]. Después de una inicial desconfianza con respecto a Kautsky le valoraba también cada vez más [95]. Sin embargo, rechazaba abiertamente a Wilhelm Liebknecht [96]. Mencionaba continuamente en sus cartas al ala derecha del partido, en particular a la fracción parlamentaria, y preveía una ruptura con ella antes o después [97].

Sobre Liebknecht se pronunciaba entre otras ocasiones en relación con la discusión del programa en el verano de 1891 en una carta a Bebel:

«¿Te maravillas preguntándote de dónde provienen las frases poco claras y confusas que figuran en el programa? Pero si son todas de Lbk en persona; durante años nos hemos peleado con él por ellas y él se entusiasma con ellas. Siempre ha sido poco claro en lo teórico y nuestra tajante formulación le causa horror todavía hoy. Por el contrario le gustan todavía hoy, como viejo miembro del partido popular, las frases sonoras que pueden significar cualquier cosa o incluso no pueden significar nada» [98].

Aun cuando, como reconocía Engels, Liebknecht tenía una inclinación infalible a colocarse en el último momento a la hora de las tomas de decisión prácticas de parte de los marxistas, debía parecer algo grave que el más importante representante del SPD junto con Bebel y además redactor del órgano central *Vorwärts* fuese «siempre poco claro en lo teórico» [99].

Si el ala derecha del partido se enfrentaba al marxismo [100] y una parte de la dirección se componía de marxistas inseguros, está claro que la situación de los últimos niveles por debajo de los cuadros dirigentes no podía ser muy satisfactoria desde el punto de vista de los marxistas. Es cierto que los mili-

tantes se radicalizaron fuertemente en la época de la ley antisocialistas. Pero todavía sigue abierta la cuestión de saber hasta qué punto era marxista esta radicalización [101]. A juzgar por las investigaciones que se hicieron sobre las lecturas de los trabajadores alemanes, a partir de los años noventa disminuyó más bien el interés por la literatura política. En las bibliotecas socialdemócratas se dejaba a préstamo, naturalmente, la publicación de Bebel *Die Frau und der Sozialismus* [La mujer y el socialismo], pero por lo demás se prestaba sobre todo literatura popular científico-natural y, cada vez más, literatura amena. Los escritos de Marx y Engels se prestaban, desde luego, pero a menudo se devolvían sin leer o leídos solo a medias [102]. La teoría marxista era cosa de los «teóricos». Según una estimación que se hizo hacia 1905 apenas el 10% de los militantes del Partido Socialdemócrata poseían «algunos conocimientos del razonamiento marxista» [103]. No podía pasar otra cosa en un partido que contaba con 400 000 militantes mientras que el número de suscriptores de la revista teórica *Neue Zeit* sobrepasaba los 6000. Antes de 1900 es seguro que el número de suscriptores era bastante inferior a 3000 [104]. En este marco se hace inteligible una frase de Kautsky contenida en una carta que le escribió en 1891 a Víctor Adler con ocasión de la próxima discusión del programa en el Congreso de Erfurt: «...pues esta vez se trata del nuevo programa. Y alguno de nosotros, los «marxistas», ha de estar presente» [105]

Antes de 1878, en que Engels publica su escrito polémico «Anti-Dühring», no se puede hablar realmente de una recepción del marxismo por parte de la Socialdemocracia alemana. Hasta entonces tanto Bebel como Bernstein habían sido «dühringuistas» [106]. Bernstein mismo se caracterizaba junto con otros socialdemócratas dirigentes —y sin incurrir en contradicción— como «todos un poco algo así como eclécticos socialistas» [107]. Gracias al estudio del Anti-Dühring, con su intención enciclopédica, se convirtieron todos —Kautsky incluido— en marxistas [108]. Todavía en 1883 Engels no veía a nadie en la Socialdemocracia alemana que les pudiese sustituir a Marx y a él «en los trabajos teóricos» [109]. Bernstein estaba completamente absorbido en su trabajo periodístico, lo mismo que Kautsky. Sobre este último Engels decía en 1885 que «no tiene en absoluto ni idea de lo que significa el trabajo científico» [110]. Todavía en 1889 le escribía a Bebel que «la relativa debilidad de la joven generación es muy fatal, también en el terreno teórico» [111]. Por todo esto antes de 1890 la teoría marxista no podía haber penetrado, evidentemente, con excepcional profundidad.

En Kautsky, que inicialmente había sido malthusiano, la influencia darwinista aparece con nitidez. Esto era algo típico en muchos marxistas alemanes [112]. Tal influencia se hace notar de dos maneras.

En primer lugar la dialéctica se veía considerablemente suplantada o mixtificada por una concepción trivialmente evolucionista [113]. Esto aparece de vez en cuando incluso en Bebel, como por ejemplo en la siguiente intervención en los debates del *Reichstag* alemán en 1893 sobre el llamado estado futuro propugnado por la Socialdemocracia:

«Sepan ustedes, señores, que esto lo hacemos como lo hacemos y que no nos dedicamos a proyectar detalles utópicos y a decir: la sociedad socialista tiene que ser así y así. *Esta se hace a sí misma*» [114].

Es cierto que añadía que el último paso presuponía la conquista del poder político, pero no por ello dejaba de dar su exposición la impresión de que según la concepción marxista el poder político caería como fruta madura en las manos extendidas del partido revolucionario.

En segundo lugar, el marxismo coloreado de evolucionismo que profesaban hacía que se hablase del socialismo como de un producto casi fatalmente predeterminado por el desarrollo social. Igual que el polluelo que va creciendo lentamente dentro del huevo hasta que un día, súbitamente, el instinto natural le hace abrir un agujero en el cascarón, la clase obrera dirigida por la Socialdemocracia había de crecer lentamente en el marco de la vieja sociedad y un día romper la vieja cáscara. Pero ¿de qué modo, bajo qué condiciones, con qué consecuencias ocurriría todo esto? —se negaban por principio a tomar postura con respecto a estas cuestiones a pesar de que se imaginaban que la transición había de realizarse en un futuro cercano [115].

A pesar de todo esto queda el hecho de que algunos de los dirigentes del partido, apoyados por Engels y los militantes radicales, se desarrollaron en sentido marxista cada vez más a lo largo de la segunda mitad de los años ochenta. Sobre la revista *Der Sozialdemokrat*, redactada por Bernstein, Engels decía en su carta de despedida a los lectores de la revista en 1890 que había sido «la mejor publicación que haya tenido jamás el partido... Los principios del partido han sido expuestos y mantenidos con rara claridad y certeza y la táctica de la redacción ha sido, casi sin excepción, la correcta» [116]. Acerca de la revista teórica se pronunciaba asimismo aprobatoriamente: «*Neue Zeit* se ha convertido en un instrumento poderoso que vale la pena mantener a cualquier precio», le escribía Engels a Kautsky en abril de 1893 [117]. Por aquella época la Socialdemocracia alemana ya estaba madura para adoptar su primer programa. No es ninguna casualidad que se impusiese por el cuarteto formado por Engels, Bebel, Bernstein y Kautsky. Precisamente contra este programa habría de iniciar la lucha más tarde Bernstein.

El programa fue adoptado en el Congreso de Erfurt de 1891. El programa anterior del SPD había sido adoptado en el Congreso de Gotha, en 1875, cuando la Unión General de Trabajadores alemanes (1863) de Lassalle y el Partido Obrero Socialdemócrata (1869) de Bebel y Liebknecht se unieron en un solo partido, el Partido Socialista Obrero de Alemania. El Programa de Gotha estaba marcado directamente por las concepciones de Lassalle. En el programa se decía que todas las demás clases fuera de la clase obrera «solo son una masa reaccionaria», que el partido se proponía alcanzar «el estado libre por todos los medios legales», así como «romper la ley de bronce del salario». El programa exigía también «para empezar a dar solución a la cuestión social, la creación de cooperativas de producción socialistas con la ayuda del estado» [118].

El programa había sido enérgicamente criticado por Marx en una carta a Wilhelm Bracke («Glosas marginales al Programa del Partido Obrero Ale-

mán»). Pero los socialdemócratas alemanes no tomaron nota de la crítica. Quizá pensaban que la acerba crítica de los dogmas lassalleanos heriría el amor propio de los lassalleanos del partido. Precisamente en esta crítica Marx escribió que el objetivo próximo no era crear el «estado libre» sino «la dictadura revolucionaria del proletariado» [119].

De acuerdo con Kautsky, Engels hizo publicar en el *Neue Zeit* la crítica de Marx antes de que el congreso se reuniese en Erfurt. La dirección del partido intentó abiertamente impedir la edición a través del editor del partido Dietz, pero se pudo apaciguar con «un poco de morfina y de bromuro tranquilizantes», es decir, tachando algunas frases que atacaban las tesis de Lassalle y dirigidas en una medida excesiva contra Liebknecht y otros [120].

El nuevo programa, que fue aprobado finalmente sin oposición por el congreso, había sido redactado en su parte teórica por Kautsky y en su parte práctica por Bernstein. Lo que más tarde atacó Bernstein está contenido en los seis primeros párrafos [121], cuyas frases esenciales son las siguientes:

(1) «El desarrollo económico de la sociedad burguesa conduce con necesidad natural a la decadencia de la pequeña empresa, cuya base está constituida por la propiedad privada de los medios de producción por parte del trabajador...

(2) Junto a esta monopolización de los medios de producción va la eliminación de las disgregadas pequeñas empresas por parte de enormes empresas gigantes... Pero todas las ventajas de esta transformación son monopolizadas por los capitalistas y los terratenientes. Para el proletariado y las capas medias en decadencia —pequeña burguesía, campesinado— significa un creciente incremento de la inseguridad de su existencia, de la miseria, de la opresión, de la esclavización, del envilecimiento, de la explotación.

(3) Cada vez es mayor el número de proletarios, cada vez es más masivo el ejército de trabajadores excedentes, cada vez más abrupto el enfrentamiento entre explotadores y explotados, cada vez más amarga la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, que ha dividido la sociedad moderna en dos campos antagónicos y que es el común distintivo de todos los países industriales.

(4) El abismo que se abre entre poseedores y desposeídos se agranda todavía por la acción de crisis consustanciales a la naturaleza del modo de producción capitalista que son cada vez más amplias y más devastadoras...

(5) ...

(6) Esta transformación social... solo puede ser obra de la clase obrera, porque todas las demás clases, a pesar de la oposición de intereses existente en su seno, descansan sobre la propiedad privada de medios de producción y tienen como meta común el mantenimiento de las bases de la sociedad actual» [122].

En 1899 Bernstein aceptaba solo el último párrafo entre todos estos y solo además en el caso de que las palabras «solo puede» se cambiasen por «tiene (que ser) en primera línea» [123].

Engels aceptaba, en lo esencial, el Programa. Pero en un comentario al Programa que permaneció inédito hasta que Kautsky lo publicó diez años después en *Neue Zeit* mostraba discrepancias en algunos puntos. En principio le

parecía que no se podía decir sin más que aumentaba el empobrecimiento de los trabajadores: «Esto no es cierto dicho de una manera tan absoluta. La organización de los trabajadores, su resistencia siempre creciente le pondrá quizá cierto freno al *crecimiento de la miseria*. Lo que sí que crece *seguro* es la *inseguridad de la existencia*. Esto lo introduciría» [124].

Pero le daba una importancia todavía mayor a otro punto: «Las reivindicaciones políticas... presentan un error grave. Lo que se tenía que haber dicho realmente *no está*». Criticaba a los socialdemócratas alemanes por colocar en primer plano cuestiones abstractas y generales, con lo que escondían las cuestiones «que se colocarían a sí mismas en el orden del día en la primera crisis política». La consecuencia es que el partido «se queda desorientado en el momento decisivo, que predomina la confusión y la división en los puntos más decisivos porque son puntos que nunca han sido discutidos». Esto era considerado por él como oportunismo: «Es oportunismo y nada más».

¿Cuáles eran, pues, «estos puntos delicados, pero muy importantes»? Se trataba de la cuestión del estado; dicho con más exactitud, la cuestión de cómo ha de ser la forma de estado a través de la cual había de tomar el poder la clase obrera:

«Si algo está claro es que nuestro partido y la clase obrera solo pueden llegar al poder a través de la república democrática. Esta es la forma específica de la dictadura del proletariado como ya ha mostrado la Gran Revolución francesa.

Es desde luego impensable que alguno de los nuestros fuese ministro como Miquel bajo un Káiser. Ahora, parece legalmente inviable la inscripción directa de la reivindicación de la república en el programa, a pesar de haber estado tan autorizado en Francia con Louis Philippe como actualmente en Italia.

Pero el mismo hecho de que no se pueda mantener abiertamente en Alemania un programa de partido republicano demuestra lo enorme que es la ilusión de poder implantar allí por una vía pacífica y cómoda la república y no solo la república sino también la sociedad comunista» [125].

Engels se vio asimismo inducido a mencionar en su crítica el «oportunismo que arraiga en gran parte de la prensa socialdemócrata», un oportunismo que provenía del «temor a una nueva edición de la ley antisocialistas» [126]. Qué poco intuía él entonces que ese temor ante una renovación de la ley antisocialistas iba a llevar a hacerle quedar a él mismo cuatro años después como reformista. A pesar de sus reflexiones le escribió a Sorge:

«Tenemos la satisfacción de que la crítica marxista ha penetrado rotundamente» [127].

CAPÍTULO II. EL TESTAMENTO TEÓRICO DE FRIEDRICH ENGELS

«Un verdadero diccionario universal, capaz de trabajar a cada hora del día o de la noche, comido o en ayunas, veloz en escribir y en comprender como el mismo diablo».

Karl Marx sobre Friedrich Engels [128]. |

De lo dicho hasta ahora se deduce que Engels jugó un importante papel en el sentido de fortalecer la posición del marxismo en la Socialdemocracia alemana. Esto se traducía no solo en que estaba dispuesto a prestar consejo teórico y político por carta sino también en la edición y reedición de la obra de Marx y en un importante trabajo publicístico propio. Tras la muerte de Marx publicó, por ejemplo, *Del socialismo utópico al socialismo científico* (1883), *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (1884) y *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (1888). En el año 1885 editó el segundo tomo de *El Capital* y en 1894 el tercero.

La concepción que tenía la Socialdemocracia de la época acerca de la naturaleza del marxismo estaba, así pues, marcada en tanta medida por Marx como por Engels. Los puntos de vista y el planteamiento de los problemas de Engels estaban en el centro del interés entre los marxistas. Esto aparece sobre todo en tres puntos: primero, en la cuestión del contenido de la concepción materialista de la historia; segundo, en la cuestión de la interpretación del tercer tomo de *El Capital*, y en tercer lugar, en la de la relación entre parlamentarismo y revolución. Estas tres cuestiones aparecen una y otra vez en la discusión interna de la Socialdemocracia y en las que se producían sobre ella a lo largo de los años noventa. En ellas jugaban un papel decisivo las interpretaciones y reinterpretaciones de las formulaciones engelsianas de los años 1890 a 1895. Estas últimas son, por así decirlo, el punto de referencia de las tomas de posición de Bernstein y otros revisionistas.

A) EL CONTENIDO DE LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

En la crítica a la concepción materialista de la historia que figura en *Las premisas del socialismo...* Bernstein afirma que Engels había modificado la

teoría en las cartas que a comienzos de los años noventa escribió a diferentes personas acerca de la concepción de la historia. Según Bernstein anteriormente Marx y Engels habrían conferido a los factores económicos «un poder de determinación casi ilimitado con respecto a la historia». Pero después de las explicaciones dadas por Engels en las cartas citadas ya no sería posible darle a la concepción materialista de la historia una interpretación «monista». Esta concepción «según las explicaciones introducidas por Engels» ya no sería «puramente materialista y, menos aún, económica». Bernstein pensaba evidentemente que después de las nuevas formulaciones engelsianas la concepción materialista de la historia había de ser interpretada más bien como una teoría-factor cuyo significado recae «en el peso que le confiera a la economía». Lo que quería abonar con esto es que «el estadio actualmente alcanzado por el desarrollo económico... permite a los factores ideológicos y, en particular, a los factores éticos un margen de maniobra mayor de lo que antes era la norma» [129].

Bernstein nombraba en este contexto al filósofo de Leipzig Paul Barth. No era por casualidad. Pues la idea de la relevancia que Bernstein confiere a las cartas engelsianas había sido expuesta tres años antes por Barth. Ya antes Barth había dado a entender que las formulaciones de Engels contenían confesiones que venían a modificar la concepción materialista de la historia [130]. Al fin y al cabo también Barth había dado lugar a las cartas de Engels sobre la concepción materialista de la historia.

En el contexto del renovado interés por el marxismo que siguió a la legalización del Partido Socialdemócrata, Paul Barth publicó en 1890 un ensayo titulado *La filosofía de la historia de Hegel y de los hegelianos hasta Marx y Hartmann* [131]. Barth fundaba su crítica en el conocido prólogo al escrito de Marx *Contribución a la crítica de la economía política* (1899) (véase más adelante la nota 48), en *El Capital*, tomos I y II (1867 y 1884), así como también en la edición alemana del escrito polémico dirigido contra Proudhon *Miseria de la Filosofía* (1885), y, por lo demás, también en los escritos de Engels y en primer lugar *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring* (1878) y también *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (1888).

A Barth le parecía que según la concepción representada por estas obras el desarrollo es «independiente de la política», que «por el contrario, un éxito político (descansa) siempre... sobre causas económicas» y que «la estructura económica... (determina) la moral de cada época, pero no se ve nunca determinada por la moral» [132]. La concepción de la historia de Marx y Engels era, según Barth, «el contrario directo de la hegeliana». Lo opuesto era para Barth la dialéctica tal como él la concebía, es decir, que el sujeto empírico se movía «en las formas absolutas, lógicas, en las oposiciones diametrales que se hacen pasar por contradictorias» [133]. Barth resumía su crítica con las siguientes palabras:

«Marx y sus adeptos autónomos tienen el gran mérito de haber puesto de manifiesto, aun cuando no por primera vez sí de la forma más penetrante, la parte que le corresponde a la economía en la génesis de todas, incluidas las más

elevadas, expresiones vitales de la sociedad; pero han evaluado con exceso esta parte, incluso la han elevado a causa exclusiva, suficiente. Esta medida errónea exigirá una rectificación en una futura teoría de la historia totalmente reelaborada. De momento la teoría marxista es dominante sin restricción en todos los partidos extendidos por los países de alto nivel cultural y es por ello de interés actual y merecía un análisis detenido» [134].

A esta concepción atribuida a Marx y Engels, Barth oponía la suya propia, una especie de teoría-factor. Barth destacaba tres momentos: primero, que ni la economía ni la política eran dominantes, sino que entre ambas esferas predomina una influencia recíproca. «El primado de la economía sobre la política es, pues, indemostrable tanto para el comienzo como para la evolución de la historia, es más adecuada la más estrecha acción recíproca entre ambas esferas vitales, que no corresponde a la metáfora de la base y la superestructura» [135]. Segundo, que el derecho —por no hablar de la religión, la filosofía o la moral— «(tiene) una existencia en parte independiente de la economía, que en el curso de la historia se fortalece cada vez más y que no recibe meramente influencias de los otros campos de la vida sino que también ejerce influencia sobre estos» [136]. Tercero, que las revoluciones sociales producidas por la historia no eliminan completamente los sistemas sociales anteriores. «En lugar de la negación lógica pura de lo existente aparece el cambio real negador solo en parte... La revolución de los deudores plebeyos romanos contra los acreedores patricios no les quitó a estos sus privilegios económicos y políticos sino que solo los limitó; a la igualdad política total solo se llegó después de dos siglos» [137]. Para el último punto Barth utiliza el mismo ejemplo que habría de utilizar algunos años más tarde Sorel en su polémica contra la concepción del marxismo acerca del papel de la revolución en la historia.

Parece que el escrito de Barth fue inmediatamente considerado por algunos marxistas como importante. Estaban inquietados por el reproche que Barth le lanzaba a la concepción materialista de la historia de «no haber visto la repercusión de factores no económicos sobre la economía» [138]. Mientras Engels declaraba que «había esperado algo menos banal y endeble» [139] el marxista francés Charles Bonnier escribía una reseña muy aprobatoria en *Neue Zeit*. Calificaba la obra de Barth como «aportación muy inteligente» [140]. En realidad esto solo era la expresión del hecho de que se encontraba desorientado ante la crítica de Barth. También daba a entender que la teoría marxista debía ser desarrollada en el futuro en la dirección señalada por Barth:

«Marx ha invertido la teoría hegeliana: ha hecho de las relaciones económicas que constituyen la cúspide en esta la base en su concepción de la historia. La negación de esta negación ha de consistir necesariamente en una nueva inversión por medio de la cual se ponga a la teoría marxista sobre su cabeza y lo que en ella constituye la cúspide se haga base en la nueva doctrina» [141].

Poco después de la publicación de esta reseña, Conrad Schmidt, en quien Engels había puesto muchas esperanzas, se dirigió a Engels y le pidió

que hiciese una crítica del libro. Este rechazó la proposición aludiendo a su trabajo sobre el tercer tomo de *El Capital*: «...y por lo demás, me parece que, por ejemplo, Bernstein también podría despachar esto muy bien» [142]. Pero de hecho ni Bernstein ni ningún otro podían «despachar esto». Schmidt le había llamado la atención a Engels sobre el libro de Barth antes de pedirle que lo criticase [143] y volvió a la cuestión varias veces al año siguiente [144]. El libro de Barth debe haber sido asimismo el motivo también de la carta que Joseph Bloch —fundador más tarde de la revista *El Académico Socialista*— le envió en septiembre de 1890 a Engels. En esta carta le preguntaba a Engels si las relaciones económicas eran, según la concepción materialista de la historia, el único momento determinante de la historia o si solo constituían la base de otras relaciones que se podían desarrollar también autónomamente [145]. En sus contestaciones a Schmidt, Bloch y otros, Engels criticaba el libro de Barth y explicaba el contenido de la concepción materialista de la historia.

Las cartas de Engels solo fueron publicadas después de su muerte. Por este motivo, la crítica pública a Barth se limitó por parte marxista a una aportación de Franz Mehring. Este ofrecía su crítica en un apéndice a su trabajo histórico y de historia de la literatura titulado *Die Lessing-Legende* (1893) [146] y bajo el rótulo «Acerca del materialismo histórico». Mehring sintetizaba muy clara y convincentemente los principios de la concepción materialista de la historia y polemizaba con éxito en muchos puntos contra Barth [147]. Mostraba también que las causas ideológicas hechas desaparecer por Barth de los trabajos de Engels se encontraban muy bien en Engels [148]. Pero no hizo frente a ciertos puntos de la crítica de Barth y no quiso reconocer el papel independiente de los factores ideológicos. Por el contrario, Marx, Engels y Kautsky, entre otros, habrían demostrado «por doquier la dependencia de las representaciones religiosas de los respectivos procesos inmediatos de producción de la vida». «El poder espiritual del cristianismo en tanto que factor independiente creador y actuante se evapora sin dejar rastro». Mehring le aseguraba a Barth que «el cristianismo tuvo un origen puramente económico» [149]. E igual razonamiento venía a hacerse válido para la filosofía. Barth había destacado lo siguiente:

«La filosofía... tiene su origen y su evolución en una clase especial, espiritualmente muy desarrollada, que si al principio todavía estaba estrechamente unida a la vida, sobre todo a la vida religiosa, del pueblo, formó pronto su propia vida que, gobernada por una tradición esotérica, pronto siguió sus propias leyes sin perder, no obstante, la capacidad de repercutir sobre la vida popular» [150].

A Mehring esto le parecía una «ilusión» cuyo significado era que «desde Heráclito a Paul Barth flota sobre la humanidad una cadena de naturaleza misteriosa, que sigue sus propias leyes y que le da a los pueblos, solo de arriba abajo, algunos codazos filosóficos» [151]. Mehring manifestó la misma escasa comprensión con respecto a las demás ideas de Barth referentes a la relativa autonomía de la filosofía [152]. A pesar de que declaraba introductoramente que el materialismo histórico no niega «los poderes ideales» sino que tan solo

los hace depender «en última instancia» [153] del modo de producción de la vida material, no estaba, evidentemente, preparado para utilizar esta concepción. Mehring encontró, de todos modos, oposición de parte socialdemócrata, igual que Barth la encontró de parte académica [154]. Paul Ernst, que pertenecía al grupo de los «Jóvenes» (véase el capítulo 1), publicó en *Neue Zeit* una crítica que recordaba en determinados puntos a Barth. Ernst mostraba que, por ejemplo, la religión había repercutido sobre la economía:

«Cuando los pueblos primitivos establecen una relación entre la religión y la producción de alimentos, *a priori* habría que suponer que con ello intentan consciente o inconscientemente favorecer la producción de alimentos. En realidad, no obstante, se puede pensar que en la mayoría de los casos la influencia de la religión es dañina. Cuando muchos pueblos hacen de una serie de medios alimenticios un tabú y prefieren dejar en el árbol o sobre la tierra aquellos que son tabú, incluso en épocas de escasez, en vez de utilizarlos, entonces la religión, riéndose de todo materialismo, vence incluso al hambre» [155].

Pero para Mehring este ejemplo no constituía ningún argumento contra el materialismo histórico. En su respuesta, por el contrario, se muestra dispuesto a atribuir a las ideologías —en este caso a la religión— un papel particularmente activo: «¿Riéndose de qué materialismo?... La religión ha comportado cosas mucho más graves que las que menciona Ernst: ha llevado a innumerables personas a las mazmorras, a la tortura, a la hoguera y al patíbulo, al martirio voluntario, pero ¿qué prueba esto en contra del materialismo histórico?

¿No entiende Paúl Ernst que si la concepción materialista de la historia les atribuye a las distintas esferas ideológicas una existencia histórica *autónoma* no les atribuye de ningún modo cualquier *eficacia* histórica? Paul Ernst demuestra un pensamiento metafísico, no dialéctico, al concebir la causa y el efecto como dos polos rígidamente contrapuestos, al olvidar completamente la acción recíproca. ¿Cuándo ha negado el materialismo histórico que un momento histórico, una vez aparecido en el mundo por la acción de otros momentos y de causas en último término económicas, es capaz de reaccionar sobre su propio entorno e incluso sobre sus propias causas?» [156].

Indudablemente, esto significaba una modificación de la posición por parte de Mehring. En su estudio *Über den historischen Materialismus* [Acerca del materialismo histórico], Mehring había descartado irónicamente la observación de Barth de que la filosofía de la Ilustración había influido sobre la lucha revolucionaria de las clases burguesas de la Francia del siglo XVIII. También había afirmado que después de los escritos de Marx, Engels y Kautsky se había evaporado «hasta el último rastro» el poder espiritual del cristianismo en tanto que factor autónomo y eficaz. Ahora, sin embargo, afirmaba con insistencia que el materialismo histórico no negaba en absoluto a las diferentes esferas ideológicas su eficacia histórica. ¿Qué había ocurrido? En el entretanto había recibido una carta de Friedrich Engels. Mehring había tomado casi literalmente su nueva posición de esta carta [157].

El episodio muestra en qué escasa medida estaba consolidada la teoría marxista en el seno de la Socialdemocracia alemana. Con unas sencillas observaciones de una crítica, que por lo demás no reflejaba ninguna comprensión real, Paul Barth había confundido a los marxistas dirigentes. Cosa que alcanzó incluso a Franz Mehring, cuya *utilización* de la concepción materialista de la historia había merecido la alta valoración de Engels. Este le había escrito a Bebel sobre la Lessing-Legende de Mehring: «Desde luego da alegría ver que la concepción materialista de la historia, que desde hace veinte años se ha quedado por regla general en mera frase sonora en los trabajos de la gente joven del partido, comienza por fin a ser aplicada como lo que es en realidad: un hilo conductor en el estudio de la historia» [158]. Sin embargo, Engels tenía objeciones que hacer por lo que se refería a la concepción de Mehring acerca del significado del método.

Esto explica por qué Engels intentaba clarificar detalladamente en una serie de cartas dirigidas a diferentes personas durante la primera mitad de los años noventa el significado de la concepción materialista de la historia y en particular el de la superestructura ideológica. ¿Cómo fue posible que la concepción materialista de la historia llegase a ser entendida tan burda y mecánicamente en particular entre los jóvenes académicos socialdemócratas? Marx y él mismo habían de tener una parte de la culpa. Dado que la teoría era nueva y tenía que luchar por ser reconocida se cargaron las tintas en demasía sobre el principio fundamental, «y no siempre había tiempo, espacio u ocasión para prestarles la atención que requieren a los demás momentos implicados en la interacción» [159]. Sin embargo, con respecto a la utilización práctica de la teoría, Engels pensaba que nada tenía que reprocharse a Marx y a él [160]. Con ello parece dar a entender que las exposiciones suyas y de Marx de la *teoría misma* padecerían las insuficiencias mencionadas.

La misma insuficiencia le atribuye Engels a la exposición de la concepción materialista de la historia hecha por Mehring. «Con ello descuidamos la parte formal con respecto a la de contenido, a saber, el modo según el cual aparecen tales representaciones, etcétera. Lo cual les brinda a los adversarios motivos muy bien recibidos para malentendidos y desfiguraciones, de lo cual Paul Barth es un ejemplo clarísimo» [161]. En calidad de «cocalpable más viejo» Engels no le quería hacer ningún reproche a Mehring «pero lo que sí que quiero es llamarle la atención sobre este punto de cara al futuro» [162].

Las cartas centrales a este respecto escritas por Engels son las dirigidas a Joseph Bloch el 21-IX-1890, a Conrad Schmidt el 27-X-1890 y al discípulo de Sombart Heinz Starkenburg (pseudónimo de W. Borgius) el 25-1-1894. Entre estas, la dirigida a Schmidt contiene con más detalle que las otras la concepción de Engels. En la carta a Bloch, Engels destacó cinco puntos fundamentales. Primero, que la historia de los hombres en acción se hace a través de la lucha y la cooperación entre ellos mismos. «Son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante —el acontecimiento histórico—, que, a su vez, puede considerarse producto de una potencia única, que, como un todo, actúa *sin consciencia* y *sin voluntad*» [163]. A través de la lucha de las

diversas voluntades entre sí aparece un resultado final que no es el esperado por ninguno de los partícipes. Esto conduce, en segundo lugar, a que la historia discurra «en forma semejante a un proceso natural y... (está) sometida en lo esencial también a las mismas leyes de movimiento». Estas «leyes de movimiento», tercero, están determinadas por las condiciones de que depende la acción de los nombres. Estas condiciones son de diversos tipos. Las que determinan inmediatamente la acción humana son las políticas e ideológicas: «... también desempeñan su papel, aunque no sea decisivo, las condiciones políticas, y hasta la tradición, que merodea como un duende en las cabezas de los hombres. También el Estado prusiano ha nacido y se ha desarrollado por causas históricas que son, en última instancia, causas económicas. Pero apenas podrá afirmarse, sin incurrir en pedantería, que de los muchos estados del norte de Alemania fuese precisamente Brandenburg, por imperio de la necesidad económica, y no también por la intervención de otros factores (y principalmente su complicación, mediante la posesión de Prusia, en los asuntos de Polonia, y a través de esto, en las relaciones políticas internacionales, que fueron también decisivas en la formación de la potencia dinástica austríaca), el destinado a convertirse en la gran potencia en que tomaron cuerpo las diferencias económicas, lingüísticas, y desde la Reforma también las religiosas, entre el Norte y el Sur. Difícilmente se conseguirá explicar económicamente, sin caer en el ridículo, la existencia de todos los pequeños estados alemanes del pasado y del presente o los orígenes de las permutaciones de consonantes en el altoalemán, que convierten en una línea de ruptura que corre a lo largo de Alemania la muralla geográfica formada por las montañas que se extienden de los Sudetes al Taunus» [164].

Todos estos factores pertenecientes a la superestructura social —constituciones, formas jurídicas, teorías políticas, jurídicas y filosóficas así como visiones religiosas y su ulterior desarrollo hasta convertirse en sistemas teóricos— «ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas» y Engels subraya que «en muchos casos» determinan sobre todo las *formas* de las luchas históricas. Engels no aclara qué es lo que entiende por «forma» en este contexto. Pero seguramente estaba pensando en el hecho de que las luchas sociales son conceptuadas por sus protagonistas a la manera, pongamos por caso, de luchas filosóficas o religiosas; por ejemplo: la lucha por la razón y contra lo irracional durante la Ilustración como reflejo de la lucha de la razón del orden social burgués contra la irracionalidad del feudal.

Pero las relaciones de producción —y este es el cuarto punto básico— son el factor determinante en última instancia en la historia.

«Según la concepción materialista de la historia, el factor que *en última instancia* determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el *único* determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacía, abstracta, absurda».

Y en quinto y último lugar, entre esta base económica y la superestructura política e ideológica se da una interacción. En esta interacción es preeminente el factor económico:

«Es un juego mutuo de acciones y reacciones entre todos estos factores, en el que, a través de toda la multitud infinita de casualidades (es decir, de cosas y acaecimientos cuya trabazón interna es tan remota o tan difícil de probar, que podemos considerarla como inexistente, no hacer caso de ella), acaba siempre imponiéndose como necesidad el movimiento económico. De otro modo, aplicar la teoría a una época histórica cualquiera sería más fácil que resolver una simple ecuación de primer grado» [165].

Engels había revelado así los diferentes elementos de la concepción materialista de la historia y, a grandes rasgos, las relaciones existentes entre ellos. Ahora bien, no había mostrado de qué modo pueden formar los diferentes planos de la estructura histórica un todo coherente y cómo puede *uno* de los planos —el económico— determinar a los demás dentro de esta totalidad. A esta tarea se dedicó en la carta a Conrad Schmidt.

Schmidt había de ocupar un puesto en el *Zürcher Zeitung* como redactor encargado de las noticias de la Bolsa. Esto le dio motivo a Engels para sus consideraciones. Para Engels, quien quisiese analizar el desarrollo del mercado de valores no se podía quedar tan solo en este sino que tenía que atender y seguir también el desarrollo del mercado de mercancías y de la producción, que constituían en verdad la base de las instancias más elevadas: «El bolsista no ve el movimiento de la industria y del mercado mundial más que en el reflejo invertido del mercado de dinero y de valores, por lo que los efectos se le aparecen como causas. Esto es un fenómeno que ya he podido observar en la década del 40, en Manchester, donde los boletines de la Bolsa de Londres no servían en absoluto para hacerse una idea del movimiento de la industria, con sus períodos de máxima y mínima, porque esos señores querían explicarlo todo a partir de las crisis del mercado de dinero, que, por lo general, solo tienen el carácter de síntomas» [166].

Ahora bien, ¿cuál era la causa de que el mercado monetario funcionase por una parte dentro de ciertos límites de acuerdo a su propia legalidad interna y que por otra parte estuviese de todos modos sujeto a largo plazo al desarrollo del mercado de mercancías y a la producción? Esta causa era para Engels la división social del trabajo. «Donde hay división del trabajo a escala social hay también independización de los trabajos parciales unos respecto de otros». A través de la progresiva división social del trabajo se va diferenciando una esfera detrás de la otra. Esto tiene dos consecuencias: por una parte una cierta independencia relativa entre las diversas ramas de la economía y por otra una dependencia recíproca. De esto se sigue que las diversas ramas de la economía, dada su calidad de sistemas relativamente independientes, siguen sus propias leyes de desarrollo. Pero también se sigue que aquéllas, en tanto que partes de un todo más amplio, se influyen unas a otras. Hasta aquí se podría decir que Engels y Barth coinciden. Pero Engels pensaba (al igual que

Marx) que era todavía posible dar un paso más y sacar a la luz una estructura interna determinada, una jerarquización de las diferentes partes del sistema. Tanto el comercio como la moneda y las finanzas aparecen sobre la base de la producción, están ligados a esta y a la larga no pueden existir sin ella. La producción es la base del comercio y de la moneda. Desde este punto de vista se puede decir que el comercio, la moneda y las finanzas se levantan sobre la producción como su superestructura. De esto se deduce que el comercio, por ejemplo, obedece dentro de ciertos límites a sus propias leyes de desarrollo. También ejerce influencia sobre el desarrollo de la producción. Pero en última instancia, de todos modos, el desarrollo del comercio está ligado al desarrollo de la producción y es dependiente de este. Engels puso como ejemplo el descubrimiento de América: «El descubrimiento de América fue debido a la sed de oro, que ya antes había impulsado a los portugueses a recorrer el continente africano, pues el gigantesco desarrollo de la industria europea en los siglos XIV y XV, así como el correspondiente desarrollo del comercio reclamaban más medios de cambio de los que Alemania —el gran país de la plata entre 1450 y 1550— podía proporcionar».

Esto era un ejemplo de cómo la «base» determina a la «superestructura». Pero la superestructura puede, a su vez, ejercer un reinflujo hasta cierto grado sobre la base:

«La conquista de la India por los portugueses, los holandeses y los ingleses, entre 1500 y 1800, tenía por objeto *importar* de aquel país. A nadie se le ocurría exportar algo a la India. Sin embargo, qué influencia tan enorme ejercieron a su vez sobre la industria esos descubrimientos y esas conquistas que solo obedecían al interés del comercio: lo que creó y desarrolló a la gran industria fue la necesidad de exportar *a esos países*».

Engels iluminaba así, con ayuda de ejemplos procedentes de sistemas parciales de la economía, el principio básico de la concepción materialista de la historia: la dependencia de la superestructura respecto de la base económica. Pero todavía dio un paso más. Siguiendo con ejemplos procedentes de la economía mostró que sectores económicos secundarios, terciarios, etc., con respecto a la producción, podían, bajo ciertas condiciones, marcar el desarrollo del sector económico primario. Es decir, la «superestructura» podía determinar la «base» y no al contrario. Esto ocurrió temporalmente en el caso del capital financiero en relación con el capital productivo:

«En cuanto el comercio de dinero se separa del comercio de mercancías, sigue, bajo determinadas condiciones y dentro de los límites impuestos por la producción y el comercio de mercancías, un desarrollo independiente, con sus leyes especiales y sus fases, determinadas por su propia naturaleza. Y cuando, por añadidura, el comercio de dinero se desarrolla y se convierte también en comercio de valores —con la particularidad de que estos no comprenden únicamente los valores públicos, sino que a ellos vienen a sumarse las acciones de las empresas industriales y del transporte, merced a lo cual el comercio de dinero se impone directamente sobre parte de la producción,

que en términos generales es la que lo domina—, la influencia que el comercio de dinero ejerce a su vez sobre la producción se intensifica y complica. Los banqueros son los propietarios de los ferrocarriles, las minas, etc. Estos medios de producción tienen un doble carácter, pues su utilización ha de servir unas veces a los intereses de la producción como tal y otras a las necesidades de los accionistas en tanto que banqueros. El ejemplo más patente de ello nos lo ofrecen los ferrocarriles norteamericanos, cuyo funcionamiento depende de las operaciones que en un momento dado pueda realizar un Jay Gould, un Vanderbilt, etc., operaciones que nada tienen que ver con cualquier línea en particular ni con sus intereses como medio de transporte. E incluso aquí, en Inglaterra, hemos visto las luchas por cuestiones de límites que durante decenios enteros han librado entre sí las distintas compañías ferroviarias, luchas en las que se invirtieron sumas fabulosas, no en interés de la producción ni del transporte, sino exclusivamente por causa de unas rivalidades cuyo único fin era facilitar las operaciones bursátiles de los banqueros accionistas» [167].

Con esta exposición Engels quería decir prácticamente lo siguiente:

1) que los distintos elementos de la superestructura —estado, derecho, ideologías— se han desarrollado a partir del desarrollo de la base económica, a partir de esta, y simultáneamente, junto a ella;

2) que la superestructura es dependiente de la base: a largo plazo esta determina el desarrollo de aquella;

3) que a pesar de su dependencia con respecto a la base, la superestructura posee una autonomía relativa, condicionada, porque se desarrolla a partir de la base, pero se singulariza con lo que crea sus propias estructuras características que obedecen a leyes específicas;

4) que la base y la superestructura se han de influenciar mutuamente porque, por un lado, se encuentran en una dependencia recíproca y por otro poseen, no obstante, cierta independencia la una respecto de la otra;

5) que la autonomía relativa de la superestructura puede ser tan grande, bajo ciertas condiciones, que puede convertirse temporal o parcialmente en el factor primario y determinante de todo el desarrollo.

Pues con la sociedad ocurre lo mismo que con la economía. A través de la progresiva división social del trabajo se van singularizando una institución detrás de la otra de la esfera de la producción obteniendo así una cierta independencia relativa con respecto a ella, influyendo sobre ella, pero ligada a ella en último término:

«La sociedad crea ciertas funciones comunes, de las que no puede prescindir. Las personas nombradas para ellas forman una nueva rama de la división del trabajo *dentro de la sociedad*. De este modo, asumen también intereses especiales, opuestos a los de sus mandantes, se independizan frente a ellos y... ya tenemos ahí el estado. Luego, ocurre algo parecido a lo que ocurre con el comercio de mercancías, y más tarde con el comercio de dinero: la nueva potencia independiente tiene que seguir en términos generales al movimiento de la producción, pero reacciona también, a su vez, sobre las condiciones y la marcha de esta, gracias a la independencia relativa a ella inherente, es decir, a la que se le ha transferido y que luego ha ido desarrollándose poco a poco. Es

un juego de acciones y reacciones entre dos fuerzas desiguales: de una parte, el movimiento económico, y de otra, el nuevo poder político, que aspira a la mayor independencia posible y que, una vez instaurado, goza también de movimiento propio. El movimiento económico se impone siempre, en términos generales, pero se halla también sujeto a las repercusiones del movimiento político creado por él mismo y dotado de una relativa independencia: el movimiento del poder estatal, de una parte, y de otra el de la oposición, creada al mismo tiempo que aquel».

¿Hasta dónde podía llegar la —discutida, pero innegable— influencia de la superestructura sobre la base? Por lo que se refiere al estado, en general podría acelerar o frenar el desarrollo económico, llevarlo por determinadas vías y cerrarle el paso a otras. Este argumento puede razonarse por muy diversas vías. Como resultado de influencias externas —como la conquista, por ejemplo— el estado podría aniquilar, p. ej., la base económica, «con lo que, en determinadas circunstancias, podía antes aniquilarse todo un desarrollo económico local o nacional». Bajo las condiciones actuales, por el contrario, este caso produce «casi siempre resultados opuestos, por lo menos en los pueblos grandes: a la larga, el vencido sale, a veces, ganando —económica, política y moralmente— más que el vencedor» [168].

Con las demás partes de la superestructura social ocurría, según Engels, sustancialmente lo mismo: aparecían a partir de la división social del trabajo, adquirían una cierta autonomía con respecto a su origen, se encontraban en interacción con este, pero a la larga no dejaban de ser dependientes de este. La relación de dependencia con respecto a la base económica se hacía, sin embargo, simultáneamente, cada vez más complicada. Este era el caso, por ejemplo, en el terreno del Derecho:

«La base del derecho de herencia, presuponiendo el mismo grado de evolución de la familia, es una base económica. A pesar de eso, será difícil demostrar que en Inglaterra, por ejemplo, la libertad absoluta de testar y en Francia sus grandes restricciones respondan en todos sus detalles a causas puramente económicas. Y ambos sistemas repercuten de modo muy considerable sobre la economía, puesto que influyen muy particularmente en el reparto de los bienes» [169].

Pero como en un estado moderno el Derecho no es solo la expresión de la situación económica general sino también «una expresión *coherente en sí misma*», no puede reflejar fielmente las relaciones económicas. Un código no podría nunca ser «la expresión ruda, sincera, descarada, de la supremacía de una clase». Engels pensaba en este punto entre otras en las leyes acerca de la jornada normal de trabajo, de protección al trabajo, etc., que habían sido incluidas en el Derecho burgués como consecuencia del acrecentado poder de la clase obrera. El resultado sería que la relación entre el desarrollo del Derecho y la base económica se haría cada vez más compleja y contradictoria:

«Por donde la marcha de la «evolución jurídica» solo estriba, en gran parte, en la tendencia a eliminar las contradicciones que se desprenden de la traducción directa de las relaciones económicas a conceptos jurídicos, queriendo crear un sistema armónico de Derecho, hasta que irrumpen nuevamente la influencia y la fuerza del desarrollo económico ulterior y rompen de nuevo este sistema y lo envuelven en nuevas contradicciones (por el momento, solo me refiero aquí al Derecho civil)» [170].

La interacción entre base económica y superestructura sería más indirecta por lo que se refiere «a las esferas ideológicas que flotan aún más alto en el aire», es decir, la religión, la filosofía, etc. En principio estas tendrían «un fondo prehistórico de lo que hoy llamaríamos necedades, con que la historia se encuentra y acepta». Estas representaciones —acerca de espíritus, fuerzas mágicas, etc.— estarían en una determinada relación con las condiciones económicas, pero más negativa que positiva: «El bajo desarrollo económico del período prehistórico tiene, por complemento, y también en parte por condición, e incluso por causa, las falsas ideas acerca de la naturaleza». Se podría decir, ciertamente, que estas representaciones míticas serían progresivamente superadas por el aumento del conocimiento de la naturaleza motivado por la necesidad económica. Pero sería «una pedantería querer buscar a todas estas necedades primitivas una explicación económica».

Engels pensaba con respecto a la filosofía que para «el período burgués» era de lo más fácil encontrar una interacción con las condiciones económicas, a través de las condiciones políticas. Hobbes habría sido un «absolutista» en una época en las que en Europa florecía la monarquía absoluta, Locke habría sido en religión y política «el hijo del compromiso de clases de 1688» y los deístas ingleses y sus sucesores, los materialistas franceses, «los auténticos filósofos de la burguesía». En la filosofía alemana, desde Kant hasta Hegel, «se impone el filisteo alemán, unas veces positiva y otras veces negativamente».

Ahora bien, la parte filosófica de la superestructura social también es muy dúctil en el espacio y en el tiempo y por esto pueden aparecer a veces combinaciones de una economía poco desarrollada, por un lado, y una filosofía altamente desarrollada, por otro. Pero también en este caso el auge filosófico habría de tener como condición previa un ritmo económico pujante a partir de bajos niveles de partida:

«Como campo circunscrito de la división del trabajo, la filosofía de cada época tiene como premisa un determinado material de ideas que le legan sus predecesores y del que arranca. Así se explica que países económicamente atrasados puedan, sin embargo, llevar la batuta en materia de filosofía: primero fue Francia, en el siglo XVIII, respecto a Inglaterra, en cuya filosofía se apoyaban los franceses; más tarde Alemania respecto a ambos países. Pero en Francia como en Alemania, la filosofía, como el florecimiento general de la literatura durante aquel período, era también el resultado de un auge económico. Para mí, la supremacía final del desarrollo económico, incluso sobre estos campos, es incuestionable, pero se opera dentro de las condiciones impuestas por el campo concreto: en la filosofía, por ejemplo, por la acción de

influencias económicas (que a su vez, en la mayoría de los casos, solo operan bajo su disfraz político, etc.) sobre el material filosófico existente, suministrado por los predecesores. Aquí, la economía no crea nada *a novo*, pero determina el modo cómo se modifica y desarrolla el material de ideas preexistente, y aun esto casi siempre de un modo indirecto, ya que son los reflejos políticos, jurídicos, morales, los que en mayor grado ejercen una influencia directa sobre la filosofía» [171].

Engels pensaba haber contestado con esto también a la crítica de Barth:

«Por tanto, si Barth cree que nosotros negamos todas y cada una de las repercusiones de los reflejos políticos, etc., del movimiento económico sobre este mismo movimiento económico, lucha contra molinos de viento. Le bastará con leer *El 18 Brumario*, de Marx, obra que trata casi exclusivamente del papel *especial* que desempeñan las luchas y los acontecimientos políticos, claro está que dentro de su supeditación *general* a las condiciones económicas. O *El Capital*, por ejemplo, el capítulo que trata de la jornada de trabajo, donde la legislación, que es, desde luego, un acto político, ejerce una influencia tan tajante. O el capítulo dedicado a la historia de la burguesía (capítulo 24). Si el poder político es económicamente impotente, ¿por qué entonces luchamos por la dictadura política del proletariado? ¡La violencia (es decir, el poder del estado) es también una potencia económica!» [172].

Esta es la explicación más extensa que dio Engels de la concepción materialista de la historia y la hemos expuesto aquí con cierta amplitud a causa del papel central que jugó en la discusión teórica posterior. La carta a Starkenburg no añade nada sustancialmente nuevo excepto ciertas ejemplificaciones [173] y una formulación de la interacción existente, a su modo de ver, entre economía e ideología:

«Cuanto más alejado esté de lo económico el campo concreto que investigamos y más se acerque a lo ideológico puramente abstracto, más casualidades advertiremos en su desarrollo, más zigzagueos presentará su curva. Pero si traza usted el eje medio de la curva, verá que, cuanto más largo sea el período en cuestión y más extenso el campo que se estudia, más paralelamente discurre este eje al eje del desarrollo económico» [174].

Se puede resumir de la siguiente manera la concepción del contenido del materialismo histórico expresada por Engels en estas cartas: Marx y Engels se inclinaban en sus primeras recapitulaciones de la teoría a concederle al aspecto económico un peso superior al que le corresponde. No se cometió este error, sin embargo, en las aplicaciones concretas de la teoría. Ni Marx ni Engels habían pensado nunca que los elementos de la superestructura ideológica no tuviesen ningún tipo de influencia en la historia ni que estuviesen determinados por la base económica hasta el más mínimo detalle. Para Engels, el desarrollo de la base económica —de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción— era la causa última y la fuerza motriz decisiva de

la historia. Por «causa última» Engels entendía no una *causa finalis* sino más bien el equivalente a «en último término», «finalmente» y «a largo plazo». Es decir: la significación de la base económica se mostraba particularmente para los más importantes acontecimientos históricos, para largos períodos y para la sociedad humana en general. Viceversa, la superestructura política e ideológica podría ganar importancia decisiva para períodos cortos, para estados singulares o para acontecimientos históricos singulares o de menor importancia. Las ideologías ejercían su influjo, según Engels, fundamentalmente sobre la forma de las luchas históricas, en contraposición a su contenido. Éstas tenían su propia causalidad, relativamente autónoma, que podía conducir temporalmente a una ausencia de coincidencia entre la base económica y la superestructura ideológica. Pero en el caso general, las ideologías eran reflejos indirectos —mediados por la política— de la base económica. Los límites de la autonomía de las ideologías estaban, pues, determinados por el grado de su dependencia con respecto a la estructura económica: las ideologías seguían sus propias leyes, pero en el marco de su dependencia general de la base económica. Simultáneamente había una interacción, según Engels, entre base y superestructura así como entre los diferentes elementos tanto de la base como de la superestructura. *Interacción sobre la base de la necesidad económica como determinante en última instancia: tal era la concepción general del contenido del materialismo histórico que Engels exponía en sus cartas.*

Desde luego, no se trataba, de ningún abandono de antiguas posiciones centrales. La concepción materialista de la historia seguía siendo «monista» en el sentido de que en las cartas se le atribuía al modo de producción y a sus modificaciones la influencia decisiva sobre el desarrollo histórico. Se suscita, sin embargo, la cuestión de hasta qué punto habían destacado Marx y Engels anteriormente del mismo modo el papel de la superestructura social. Según Engels esto se había hecho en las aplicaciones prácticas, pero no en la formulación general de la teoría. Para Bernstein, las modificaciones que se habían efectuado en la cuestión de la formulación general de la teoría eran de tal calibre que las exposiciones posteriores estaban en oposición con las anteriores. Marx y Engels le habrían adscrito anteriormente a los factores económicos «un poder de determinación casi ilimitado sobre la historia». Pero «después de las explicaciones aducidas por Engels» la teoría ya no era «puramente materialista ni, mucho menos, puramente económica». Para Engels existía una oposición contraria, para Bernstein era contradictoria. La cuestión era, pues, si las explicaciones de Engels se podían presentar como continuación de elementos ya presentes en las anteriores formulaciones de la teoría general o si, por el contrario, no tenían nada que ver con ellos.

Bernstein partía del resumen clásico de la concepción materialista de la historia formulado por Marx en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* [175]. Acerca de este resumen escribió Bernstein: «En general, la consciencia y la voluntad de los hombres aparece como un factor muy subordinado a los movimientos materiales» [176]. Esta impresión era totalmente correcta. Pero produce idéntica impresión también la formulación ge-

neral de la relación entre ideología y economía que Engels escribió en su carta a Heinz Starkenburg (ver más arriba).

De lo que carece la formulación anterior (1859) no es tampoco de la existencia de ideologías en tanto que fuerzas históricamente eficaces o de hombres históricamente actuantes sino de la *interacción* entre la base y la superestructura. Los elementos del modelo son los mismos en 1859 y en 1890. Pero a las formulaciones de la primera versión les falta una parte del *funcionamiento* del modelo. Desde luego que este aspecto se halla implícito en el primer modelo también. El hecho de que no apareciese expresamente en las formulaciones se explica seguramente en parte porque Marx —como él mismo decía— presentaba «el resultado general» y en parte porque quería destacar lo nuevo y lo esencial de la nueva visión en contraste con las anteriores.

La categoría de interacción, que es más amplia que la unilateral causalidad, la habían estudiado Marx y Engels en Hegel y Engels la había tratado en su trabajo *La dialéctica de la naturaleza* escrito entre 1873 y 1866 [177]. Ya desde la crítica a Feuerbach de 1844 habían destacado ambos en su actividad publicística la gran importancia de la acción histórica activa de los hombres [178]. La influencia de las tradiciones y desgracias encuentra expresión sobre todo en el estudio de Marx *El 18 Brumario de Louis Bonaparte* [179]. Marx había escrito aquí: «La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos». Tanto su propia actividad revolucionaria como su tenaz esfuerzo para hacer que el movimiento obrero socialista de la época llegase a aceptar precisamente la teoría marxista dan también testimonio de que atribuía una gran importancia a los factores políticos e históricos. En su concepción de la historia subrayaba —y este es uno de los rasgos más importantes y peculiares de la misma— que «la realidad... impulsa para devenir pensamientos». Pero era consciente, con certeza, de que esto no era toda la verdad, pues acto seguido venía a declarar «que el pensamiento impulsa a su realización» [180]. En sus cartas sobre la concepción materialista de la historia de los años noventa Engels se interesa sobre todo por la parte nombrada en segundo término de su concepción. Estas cartas estaban pensadas únicamente como una interpretación del contenido de la teoría en una época en que la teoría había sido vulgarizada por sus adeptos.

B) LA INTERPRETACIÓN DEL TERCER TOMO DE *EL CAPITAL*

El segundo de los problemas fundamentales que Engels legó y que se situaron en el primer plano de la discusión teórica del siguiente período se refiere a la interpretación del tercer tomo de *El Capital*. El primer tomo fue editado por Marx mismo en 1867, pero murió —en 1883— antes de la publicación de las siguientes partes de su obra. En el primer tomo había formulado dos leyes que representan sus contribuciones personales a la ciencia económica. En

primer lugar, la llamada ley del valor. Según esta ley, el valor de las mercancías está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Por tiempo de trabajo socialmente necesario Marx entendía el tiempo de trabajo requerido «para producir cualquier valor de uso bajo unas condiciones de producción dadas socialmente normales con el grado socialmente promedio de intensidad y habilidad del trabajo» [181]. La otra ley era la ley de la plusvalía. De acuerdo con esta, el beneficio de los capitalistas proviene no del capital «muerto», es decir, materias primas, maquinaria, etc., sino exclusivamente del capital «vivo», es decir, de la fuerza de trabajo. Marx llamaba al primer tipo de capital «capital constante» porque su valor se traspasa sin variaciones al producto final. Al segundo tipo le llamaba «capital variable» porque su valor experimenta una variación en el curso del proceso de producción. Si, por ejemplo, una mercancía requiere diez horas de tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción, esas diez horas representan la medida del valor de la mercancía. El obrero obtiene tan solo, sin embargo, una parte de este valor, la que corresponde al capital variable o al salario. Si la producción de las mercancías que el obrero compra con su salario requiere cinco horas, entonces está claro que el obrero ha producido durante las primeras cinco horas de la jornada de trabajo el valor que corresponde a su salario. Durante las otras cinco horas trabaja gratis para el capitalista y produce para este un valor excedente o plusvalía como lo llamaba Marx. Con estos dos instrumentos fundamentales trabajó Marx el primer tomo de *El Capital*.

Sin embargo, numerosas observaciones que Marx hizo en este primer tomo mostraban que las leyes formuladas en él habían de ser modificadas [182]. El tipo de modificaciones a introducir fue descrito por Engels en el prólogo al segundo tomo de *El Capital* editado por él en 1885. En este prólogo exhortaba también a los economistas de la época, en particular a los seguidores de Rodbertus, a tomar parte en un concurso. Engels escribió:

«Según la ley ricardiana del valor, dos capitales que emplean la misma cantidad de trabajo vivo y con la misma remuneración, producen en tiempos iguales —suponiendo que todas las demás circunstancias sean idénticas— productos de igual valor y plusvalía o ganancia en cantidad también igual. Pero si emplean cantidades desiguales de trabajo vivo, no pueden producir una plusvalía o, como dicen los ricardianos, una ganancia de tipo igual. Pues bien, lo que ocurre es precisamente lo contrario. En realidad, capitales iguales, cualquiera que sea la cantidad, pequeña o grande, de trabajo vivo que empleen, producen en tiempos iguales, por término medio, ganancias iguales. Se encierra aquí, por tanto, una contradicción a la ley del valor, contradicción descubierta ya por Ricardo, y que su escuela fue también incapaz de resolver. Rodbertus vio también esta contradicción; pero, en vez de resolverla, la convirtió en uno de los puntos de partida de su utopía (*Zur Erkenntnis*, etc., p. 131). La tal contradicción había sido ya resuelta por Marx en el manuscrito titulado *Contribución a la crítica* [183]; la solución se encuentra, con arreglo al plan de *El Capital*, en el libro III. Aún habrán de pasar varios meses antes de su publicación. Por tanto, los economistas que pretenden descubrirnos en Rodbertus la fuente secreta de Marx y un

precursor aventajado de este, tienen aquí una ocasión de demostramos lo que puede dar de sí la economía rodbertiana. Si son capaces de explicarnos cómo, no ya sin infringir la ley del valor, sino sobre la base precisamente de esta ley, puede y debe formarse una cuota media de ganancia igual, entonces discutiremos mano a mano con ellos. Pero, tienen que darse prisa» [184].

El problema enunciado por Engels resultaba de que las diferentes empresas producían mercancías con la ayuda de capitales de muy diversa composición. Algunas empresas empleaban relativamente mucha fuerza de trabajo, es decir, capital variable, y relativamente poco capital constante. Por el contrario, otras empresas utilizaban relativamente poco capital variable y relativamente mucho capital constante. Si la plusvalía era producida exclusivamente por el capital variable, entonces el beneficio variaría según el capital invertido, es decir, según la proporción en que estuviesen el capital constante y el capital variable. En las empresas en las que el capital variable tuviese una gran importancia proporcional, la tasa de beneficio había de ser muy elevada. En las empresas en las que tuviese escasa importancia, por el contrario, la tasa de beneficio sería baja. Pero esto contradecía la realidad. Se podía demostrar que capitales del mismo tamaño, en libre concurrencia y bajo condiciones normales, producían beneficios de la misma cuantía. Esto quiere decir, que la tasa de beneficio es en general la misma independientemente de la composición del capital. De esto se seguiría que el capital constante también producía plusvalía. Pero esto habría estado en contraposición con la ley de la plusvalía de Marx, según la cual tan solo produce plusvalía el capital vivo. La teoría de Marx parecía estar condenada, condenada a naufragar ante uno u otro de estos escollos:

O bien las mercancías son intercambiadas en relación con el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. *Entonces* capitales del mismo tamaño, pero de diferente composición no producen un beneficio de la misma cuantía.

O bien capitales del mismo tamaño, pero de diferente composición, producen un beneficio de la misma cuantía. *Pero entonces* las mercancías no serán intercambiadas en proporción al tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción.

Si la teoría marxista no se quería hundir, Marx tenía que poder mostrar que la ley del valor se podía compaginar con la tasa media de beneficio. Este era el problema. La solución, que Marx expone en el tercer tomo de *El Capital*, la había encontrado ya en 1862, pero hasta la edición del tercer tomo se hallaba oculta en manuscritos y cartas a Engels [185]. En aquel momento Engels le sugirió a Marx que expusiese la solución ya en el primer libro «porque te será reprochado inmediateamente con *toda seguridad* y es mejor resolverlo por adelantado» [186]. Pero Marx no quería perturbar sus círculos. La solución tenía que venir en el tercer tomo tal como estaba planeado porque suponía que previamente había sido descrito el proceso de circulación del capital. Tampoco quería estropear el método dialéctico de desarrollo. Por lo demás, tampoco

tenía inconveniente —como decía— en tenderles una trampa a los filisteos y a los economistas vulgares [187].

Los meses que según las palabras de Engels en el prólogo al segundo tomo de *El Capital* habían de transcurrir hasta la publicación del tercer tomo se convirtieron en nueve años. Entretanto, gran número de economistas se ocuparon del problema; entre otros el gran estadístico Wilhelm Lexis, el químico y hombre de negocios americano Peter Fireman así como el economista Conrad Schmidt [188]. Sus soluciones apuntaban en la misma dirección que la del propio Marx. Fireman llegó casi a la solución marxista. Esto lo reconoció Engels en el prólogo al tercer tomo cuando este apareció finalmente el año 1894. Fireman puso «en efecto... el dedo en la llaga» [189].

¿En qué consistía, pues, la solución de Marx? «Toda la dificultad —escribió— proviene del hecho de que las mercancías no se cambian simplemente como tales *mercancías*, sino como *productos de capitales* que reclaman una participación proporcionada a su magnitud en la masa total de la plusvalía, o participación igual si su magnitud es igual» [190]. Sin embargo o bien la ley del valor o bien la tasa media de beneficio tenían que ceder. Como la tasa media de beneficio era un hecho, la ley del valor había de ser modificada y la modificación estaba comprendida en las premisas dadas. Si había una misma tasa de beneficio en ramas de producción que estaban produciendo mercancías con diferentes proporciones de capital constante y capital variable, una parte de la mercancía tendría que ser vendida a precios por debajo de su valor-trabajo y otras a precios por encima de su valor-trabajo.

El siguiente ejemplo, puesto por Marx mismo, puede ilustrar la solución [191]. Se suponen tres sectores cada uno de los cuales produce mercancías utilizando 100 unidades de capital. Las 100 unidades, sin embargo, se reparten en diferentes proporciones entre capital constante y capital variable. Se supone la misma habilidad e intensidad en el trabajo, de forma que cada trabajador produce la misma plusvalía en relación a la unidad de capital variable:

Sector	Capital constante	Capital variable	Plusvalía	Tasa media de ganancia	Valor de la mercancía	Precio	Diferencia entre valor y precio
I	70 k	30 v	30 m	20%	120	120	+10
II	80 k	20 v	20 m	20%	110	120	± 0
III	90 k	10 v	10 m	20%	110	120	- 10
Total	240 k	60 v	60 m	20%	360	360	± 0

De la tabla se desprende que la ley del valor es incompatible con la existencia de una tasa media de beneficio. Si las mercancías se cambiases de acuerdo a su valor-trabajo, los capitalistas del sector I, que utilizan relativamente mucho capital variable, obtendrían una ganancia de 30 unidades para sus 100

unidades de capital. Y, viceversa, los capitalistas del sector III, que utilizan relativamente poco capital variable, obtendrían una ganancia de solo 10 unidades para sus 100 unidades de capital. Como todos los capitalistas buscan el máximo beneficio, los capitalistas del sector III retirarían capital de este sector y lo invertirían en el sector I. Con lo cual disminuiría la producción del sector III mientras aumentaría la del sector I, lo que conduciría a que los precios de los productos del sector III aumentasen mientras que los de los productos del sector I bajarían. Este proceso continúa hasta que todos los capitalistas acaban por obtener una tasa media de beneficio [192]. En el ejemplo propuesto la tasa media es del 20 % (que resulta de una plusvalía total de 60 m con respecto a un capital total de 240 k más 60 v). El resultado es, pues, que las mercancías del sector I se venden a unos «precios de producción» que están *por debajo* del valor de las mercancías. Y, simultáneamente, las mercancías del sector III se venden a «precios de producción» que están *por encima* de su valor. En el sector II, que representa la proporción media, coinciden el valor y el precio de las mercancías [193].

Marx consideró que esta solución era correcta por dos motivos. Primero, porque la suma de los valores de las mercancías iguala a la suma de los precios de las mercancías. Segundo, porque la suma de las plusvalías es igual a la suma de los beneficios [194]. Esto significaba, ciertamente, que la ley del valor no conduce directamente los procesos de cambio y distribución. Pues de acuerdo con la solución, bajo condiciones capitalistas, cuando la plusvalía se distribuye entre el capital independientemente de su composición a causa de la competencia, las mercancías se cambian no conforme a su valor-trabajo sino conforme a los precios de producción, es decir, al «precio de coste» más la tasa media de beneficio [195]. Pero para Marx tampoco podía ocurrir otra cosa en una economía capitalista de empresarios privados no regulada [196]. De este modo, los precios que se habían formado como resultado de la competencia capitalista quedaban determinados en último término por la ley del valor [197]. De otra forma, para Marx, quedarían sin explicar tanto la naturaleza de los precios como la de los beneficios [198]. Desde un punto de vista técnico, Marx razonaba manifiestamente como Fireman: «En las ciencias exactas, sin embargo, no se acostumbra nunca a considerar una perturbación mensurable como una refutación de una ley» [199]. Pero era precisamente esta «perturbación» la que en opinión de los críticos planteaba el problema. La crítica más completa fue realizada por Eugen von Böhm-Bawerk en su escrito *Zum Abschluß des Marx'schen Systems* [200]. Pero para la discusión teórica entre los socialistas eran de más importancia otras dos contribuciones, las de Werner Sombart y Conrad Schmidt. En una carta dirigida a Sombart, que fue encontrada hace poco tiempo [201], Engels reconoce la existencia de un problema:

«¿Cómo ocurre en realidad el proceso de igualación? Este es un punto muy interesante sobre el que Marx mismo no dice mucho. Pero todo el modo de ver las cosas de Marx no es una doctrina sino un método. No proporciona dogmas acabados sino puntos de referencia para la ulterior investigación y el método *para* tal investigación. Aquí hay, pues, que realizar una parte del trabajo que Marx no llevó a cabo en ese primer esbozo» [202].

Solo un par de meses después se ocupó Engels más de cerca del problema, cosa que hizo bajo la impresión, precisamente, de las críticas de Sombart y Schmidt. La reseña de Sombart al tercer tomo era en conjunto positiva y rechazaba la posición de Böhm-Bawerk [203]. Igual que muchos otros, Sombart se aproximaba con gran interés al marxismo. Sus palabras significaban algo así como una revolución en el mundo académico alemán:

«Hay que alegrarse de la lucha que, precisamente en torno al marxismo, ha de hacer arder uno de los puntos más delicados de la economía política. Va a tener lugar una gran cacería; los espíritus, finalmente despertados de sus sueños por los marginalistas, van a chocar con fuerza unos contra otros. Pero esto es precisamente lo bueno: pelear *ad majorem gloriam scientiae*.

Habrán algunos compañeros de especialidad, singularmente entre los más viejos, que no podrán reprimir una sonrisa ante estas palabras: ¿es verdaderamente serio querer traer de nuevo al mundo de los vivos a alguien tan muerto y enterrado como Karl Marx, querer hacer nuevamente objeto de la crítica su sistema diez veces «refutado», querer colocarlo precisamente en el centro de la discusión científica?

Bien, nosotros, los más jóvenes, cuidaremos de que así sea, pues no nos encontramos al final sino justo al principio de la crítica marxiana y no podemos reprimir del todo el asombro que nos produce el hecho de que se haya querido hablar de una «crítica» antes de que el sistema estuviese completo» [204].

Con estas palabras introducía Sombart una amplia discusión en la economía y sociología alemanas que había de tener por centro a Tönnies, Troeltsch y Sombart mismo. La discusión revivió todavía tras la muerte de Engels paralelamente a la aparición de los escritos revisionistas de Bernstein. Es la versión alemana de la crítica al marxismo de Croce, Sorel, Struve y otros en Italia, Francia y Rusia [205]. El estudio de Sombart sobre Marx se convirtió, en este contexto, en un modelo para muchos.

A pesar de que Sombart se mostraba muy benevolente con respecto a la teoría marxista como un todo, pensaba que el tercer tomo de *El Capital* iba a provocar «una negativa generalizada» [206]. Para solucionar el problema propuso una serie de medidas drásticas. También Marx habría aceptado que en el capitalismo el intercambio de mercancías no se halla determinado inmediatamente por la ley del valor. ¿Por qué, entonces, se debería conservar esta en tanto que dato empírico? ¿No bastaría con reconocer su justificación lógica? Este era el primer punto de vista fundamental de Sombart:

«En los hechos: si se quiere una fórmula para caracterizar el valor en Marx, es esta: en él el valor no es un hecho empírico sino conceptual... un medio auxiliar de nuestro pensamiento del que nos servimos para hacer comprensibles los fenómenos de la vida económica, es un hecho lógico» [207].

Sombart sabía muy bien que las intenciones de Marx eran las opuestas. Pero pensaba que lo esencial del concepto del valor era que las mercancías eran productos del trabajo y esto era «en principio, solamente un hecho técnico»:

«El concepto del valor en su determinación material en Marx no es otra cosa que la expresión económica del hecho de que la fuerza productiva social del trabajo constituye la base de la existencia económica» [208].

Este tipo de consideración, que poco tiempo después fue adoptado, con más o menos cambios, tanto por Labriola como por Croce y Bernstein, la aplicaba Sombart también a la teoría de la plusvalía:

«Es necesario para la comprensión solo que nos coloquemos en el punto de vista de una sociedad de economía mercantil. El punto de partida es el tiempo de trabajo social, «el *quantum* de trabajo del que dispone la sociedad»... Este encuentra su expresión en un determinado *quantum* de producto que supone un determinado valor.

La plusvalía es, entonces, en su determinación formal, el valor del *quantum* de producto que constituye un excedente por encima de la otra parte (resto), de alguna manera fijada, del producto social: objetivación del «plustrabajo» de la sociedad.

El plustrabajo, por ejemplo, también tendría que ser rendido en una sociedad socialista: en tanto que «trabajo que excede la medida de las necesidades dadas» [209].

Así, la plusvalía, según Sombart, debía «entenderse solo en tanto que «hecho social»». El proceso de trabajo está para producir valores de uso con que satisfacer necesidades. No es necesario el cálculo de valores. Basta con constatar los precios, costes, salarios y beneficios empíricos dados en el mercado. Sombart se unía así —inconscientemente— en este punto a la corriente de la economía política que estaba representada en aquella época entre otros por Pareto y Cassel y que se quería distanciar de cualquier forma de ley del valor [210].

Como Sombart negaba la existencia empírica del valor y de la plusvalía, rechazaba también la conexión empírica subrayada por Marx entre el valor y la plusvalía por una parte y el precio y el beneficio por otra. Este era su segundo punto de vista fundamental. Pero en este punto el conflicto con Marx tenía que resultar aún más agudo. Pues para Marx, la función de las leyes del valor y de la plusvalía no se limitaba solo a que determinasen en último término los precios y los beneficios. El valor y la plusvalía también tenían una existencia *histórica*: por lo tanto el precio de producción y la tasa media de beneficio habían *aparecido* alguna vez [211].

Sombart no veía esta posibilidad. Esto habría significado, ciertamente, que las primeras empresas capitalistas deberían haber aparecido en ramas de la producción con una alta proporción de capital variable. Pues la plusvalía sería creada tan solo por la fuerza de trabajo pagada con capital variable. Consecuentemente, la tasa de beneficio se habría tenido que ir igualando sucesivamente y los precios de producción habrían tenido que formarse a partir de los valores mientras que la producción habría aumentado y los precios habrían disminuido en estas ramas intensivas en trabajo con la consecuencia de que la actividad empresarial capitalista se habría ido desplazando cada vez más hacia los sectores más intensivos en capital:

«Pero la producción capitalista comienza en parte a desarrollarse, históricamente, también precisamente en las ramas del último tipo: minería, etc. El capital no habría tenido ningún motivo para salir de la esfera de la circulación, en la que se encontraba muy a gusto, para pasar a la esfera de la producción si no hubiese existido la perspectiva de un «beneficio habitual» el cual —y esto ha de ser considerado— ya existía antes que cualquier producción capitalista en el beneficio comercial...

«Las ramas de la producción más florecientes todavía hoy son en parte precisamente aquellas que tienen una elevada composición de capital como la minería, las fábricas químicas, las cervecerías, los molinos a vapor, etc. ¿Se puede decir que de estos sectores se han ido retirando los capitales, se han ido yendo los capitales, hasta que la producción se ha limitado de acuerdo con esta fuga y los precios han subido?» [212].

Sombart estaba, desde un punto de vista «teórico», preparado para tomar la plusvalía como punto de partida para llegar hasta el beneficio. Pero el ajuste supuesto por Marx entre tasas de beneficio más altas y más bajas en capitales de composición diversa hasta llegar a una tasa media de beneficio era, en su opinión, resultado de «operaciones mentales, no fenómenos de la vida real. Quiero suponer, además, que también era esta la opinión de Marx, al menos mientras Engels no me asegure lo contrario» [213].

Engels no le aseguró formalmente lo contrario (y esto lo demandaba Sombart en el supuesto de que Engels coincidía con él en la interpretación del papel de la ley del valor) [214]; pero en realidad, sin embargo, sí que lo hizo. En una atenta carta, Engels le aseguraba a Sombart: «...usted ha dicho, en lo fundamental, lo correcto» [215]. Pero acto seguido pasaba a repetir los puntos de vista de Marx. Primero, que la igualación de la tasa de beneficio «se efectúa objetivamente, en los hechos, inconscientemente». Segundo, que los valores de las mercancías han tenido alguna vez una existencia real inmediata. En la práctica, quería persuadir a Sombart para que él mismo llegase a la prueba:

«En los comienzos del intercambio, cuando los productos se convertían lentamente en mercancías, se cambiaba aproximadamente *en proporción a los valores*. El trabajo utilizado en dos objetos era el único criterio para su comparación cuantitativa. Así pues, entonces el valor tenía una *existencia real inmediata*.

Sabemos que esta realización inmediata del valor en el cambio se acabó, sabemos que hoy ya no se da. Y creo que no le presentará demasiadas dificultades mostrar, a grandes rasgos por lo menos, aquellos eslabones intermedios que conducen desde el valor inmediatamente real de que hemos hablado hasta el valor de la forma capitalista de producción, que se halla tan profundamente escondido, que nuestros economistas pueden simplemente negar su existencia. Sería una complementación muy valiosa de *El Capital* una verdadera exposición histórica de este proceso que si bien exige un estudio muy trabajoso también es verdad que promete unos resultados ampliamente compensadores» [216].

Pero Sombart no se dejó persuadir. Algunos años después, además, desapareció su interés por la problemática marxista [217].

Engels tampoco obtuvo ninguna ayuda de Conrad Schmidt a pesar de que ambos pertenecían al mismo partido. Schmidt no fue tan lejos como Sombart, pues al contrario que este, veía que existía necesariamente una conexión entre precio y valor, beneficio y plusvalía:

«La ley del valor es una hipótesis encaminada a la explicación de la realidad. Si los precios naturales de competencia no estuviesen en ninguna relación con la ley del valor, es decir, si fuesen inteligibles independientemente del todo de aquella hipótesis, entonces los opositores tendrían razón.

Pero el hecho de que el precio natural de las mercancías singulares se separe del valor de las mismas, no demuestra en sí mismo ni lo más mínimo en contra de la necesidad de la teoría del valor.

Veamos las cosas más de cerca. El «precio natural» comprende los costes de producción incrementados por la tasa media de beneficio del capital adelantado. ¿Y cuando es *beneficio medio* el beneficio? Cuando coinciden el porcentaje de beneficio que corresponde a los capitales adelantados con el porcentaje medio general de acuerdo con el cual producen beneficios los demás capitales.

¿Pero de qué depende, a su vez, la cuantía de este porcentaje, es decir, la tasa media de beneficio de acuerdo con la que produce beneficios la totalidad de los capitales?

Con respecto a esta cuestión la competencia no nos dice absolutamente nada. La concurrencia que se establece por todas partes entre los diversos capitales a la caza de oportunidades de obtener los más altos beneficios solo explica el hecho de que el porcentaje de beneficio de los diferentes sectores muestre una tendencia a la igualación, pero no dice nada acerca de la *cuantía* de ese porcentaje de beneficio que se ha igualado. Esto nos *remite a la hipótesis de la teoría del valor*, si es que no queremos que el fenómeno quede totalmente sin explicar» [218].

Así pues, para Schmidt, la ley del valor tenía validez en tanto que «punto de partida teórico necesario, hipótesis indispensable, iluminadora. Sin ella no hay ninguna posibilidad de comprensión teórica del engranaje económico de la realidad capitalista» [219]. Pero no quería ir más allá. Esto se desprende de las respuestas que Engels daba a sus cartas. En una de tales cartas Schmidt había dicho que la ley del valor era una «ficción». La respuesta que dio Engels a esta crítica contiene, de hecho, lo más importante de lo que Engels tenía que decir acerca de esta cuestión. Decía: «Las objeciones que usted hace a la ley del valor afectan a todos los conceptos, considerándolos desde el punto de vista de la realidad» [220]. Para Engels, tanto los precios de producción como la ganancia media habían de ser concebidos en tanto que valores estadísticos aproximativos. En un elocuente párrafo de su larga carta intentó convencer a Schmidt de que todos los conceptos no eran en el fondo otra cosa que aproximaciones:

«¿Es que el feudalismo ha correspondido alguna vez a este concepto? Fundado en el reino de los francos occidentales, desarrollado en Normandía por los conquistadores noruegos, mejor elaborado en Inglaterra y en la Italia meridional por los normandos franceses, fue en el efímero reino de Jerusalén,

que nos ha legado en sus Cortes de Jerusalén la expresión más clásica del orden feudal, donde más se aproximó a su concepto. ¿Era por eso una ficción este orden, porque no conoció, en su forma clásica, una corta existencia más que en Palestina, y eso, en gran parte, solo sobre el papel?

¿O quizá son también ficciones los conceptos admitidos en las ciencias naturales porque no siempre corresponden exactamente a la realidad? A partir del momento en que admitimos la teoría de la evolución, todos nuestros conceptos de la vida orgánica solo corresponden a la realidad de forma aproximada. De lo contrario, no habría transformaciones, en el momento en que coincidieran absolutamente concepto y realidad en el mundo orgánico, habría terminado la evolución.

El concepto de pez implica la existencia del agua y la respiración por medio de branquias; ¿cómo quiere usted pasar del pez al animal anfibio sin hacer estallar ese concepto? Pues ha estallado efectivamente; conocemos toda una serie de peces cuya vejiga natatoria ha evolucionado hasta el pulmón y que pueden respirar aire. ¿Cómo quiere usted pasar del reptil ovíparo al mamífero que trae al mundo unos pequeños seres vivos, sin hacer que choquen con la realidad uno de los dos conceptos o los dos a la vez? Y en realidad poseemos, con los monotremas, toda una subcategoría de mamíferos ovíparos —en 1843 vi en Manchester los huevos del ornitorrinco y, en mi gran ignorancia, me burlé de esa estupidez: ¡como si un mamífero pudiera poner huevos! ¡Y el caso es que hoy está probado! ¡No haga usted con el concepto de valor como yo con el ornitorrinco, al que luego tuve que pedir disculpas!» [221].

Esta carta fue escrita un día después de la carta a Sombart y no parece que Engels encontrase nada justificado en las objeciones. Pero al mes siguiente volvió a la cuestión en otra carta a Schmidt en la que le agradecía «su tenacidad a propósito de la <ficción>» [222]. «Existe ahí realmente una dificultad —continuaba— que he podido salvar tan solo debido a que ha insistido usted sobre su <ficción>.» Insistía en que la solución dada por Marx era satisfactoria [223] y expresaba la esperanza de que Schmidt estuviese «convencido, por el pasaje de Marx, de que, para la producción mercantil, la ley del valor es por lo menos algo más que una ficción necesaria». Pero la solución de Marx tenía una insuficiencia. No estaba «claramente precisada y subrayada, y esta última circunstancia me ha impulsado a desarrollar brevemente este punto en el *Neue Zeit*, partiendo de las objeciones de Sombart y de las suyas» [224]. El resultado fue un estudio —el último de Engels— que vio la luz después de su muerte en *Neue Zeit* bajo el título «Ley del valor y tasa de beneficio» [225]. Treinta y seis años antes Engels había subrayado en su recensión de la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx que el «método lógico» de Marx no era en realidad otra cosa más que «el método histórico, despojado únicamente de su forma histórica y de las contingencias perturbadoras» [226]. Ahora tenía que intentar reconstruir esta forma histórica.

Como punto de partida tomaba el bosquejo del problema hecho por Marx. Para Marx, la ley del valor tenía una validez histórica también por lo que se refiere a la sociedad precapitalista en su forma más común: aquella sociedad simple de campesinos y artesanos en la que los productores eran ellos mis-

mos propietarios de sus medios de producción cambiando sus productos entre ellos [227]. Si en una sociedad de este tipo le costaba a un zapatero un total de diez horas la producción de un par de zapatos, y un sombrerero utilizaba el mismo tiempo para producir un sombrero, esas diez horas constituirían la medida del valor de los productos. ¿Pero qué ocurriría si el capital constante utilizado era diferente en valor de un producto a otro? Esta situación sería posible, sin más, en esas condiciones precapitalistas sin influir sobre la ley del valor:

«Si I tiene más gastos, estos se reponen mediante la parte mayor de valor de su mercancía que viene a reponer esta parte «constante», razón por la cual se verá obligado a convertir de nuevo en elementos materiales de este capital constante una parte mayor del valor total de su producto, mientras que II, si es verdad que percibe menos, también tiene que hacer revertir una parte menor. Por consiguiente, partiendo de este supuesto, la diferencia existente entre las cuotas de ganancia sería, como vemos, un factor indiferente, del mismo modo que es hoy indiferente para el obrero asalariado el saber en qué cuota de ganancia se traduce la cantidad de plusvalía rendida por él y del mismo modo que es también indiferente en el comercio internacional la diversidad de las cuotas de ganancia que rigen entre las diversas naciones en cuanto a su cambio de mercancías. (...) Cualquiera que sea el modo como se fijen o regulen los precios de las distintas mercancías entre sí, su movimiento se halla presidido siempre por la ley del valor. Cuando disminuye el tiempo de trabajo necesario para su producción, bajan los precios; por el contrario, los precios suben cuando el tiempo de trabajo necesario para su producción aumenta y las demás circunstancias permanecen invariables» [228].

Lo que Marx formula aquí con otras palabras no es ni más ni menos que un comentario aclaratorio teórico de la conocida regla de Alberto Magno y Tomás de Aquino para la fijación del precio justo en la sociedad medieval: *labores et expensae*.

Engels explicaba que era algo natural que en las sociedades precapitalistas de pequeños productores los valores de cambio se rigiesen según las cantidades de trabajo necesarias para la realización de los productos, pues los productores —el campesino, el herrero, el constructor de carros— sabían muy bien el tiempo de trabajo que necesitaba cada uno [229]. Así pues, en todo el período de la producción simple de mercancías, la ley del valor había tenido una validez inmediata:

«La ley del valor de Marx tiene, pues, una vigencia económico- general, que abarca todo el período que va desde los comienzos del cambio por medio del cual los productos se convierten en mercancías hasta el siglo xv de nuestra era. Y el cambio de mercancías data de una época anterior a toda la historia escrita y que en Egipto se remonta, por lo menos, a 3500 y acaso a 5000 años, en Babilonia a 4000 y, tal vez, a 6000 años antes de nuestra era. La ley del valor rigió, de este modo, durante un período de cinco a siete mil años» [230].

La primera transformación aparece con el gran capital comercial en forma de sociedades mercantiles (Fugger, Welser, Vöhlin, Höchstetter, Hirschvogel, etc.). «Es aquí donde nos encontramos por vez primera con la ganancia y la

cuota de ganancia» [231]. Al principio había habido una tasa de ganancia común para cada «nación», es decir, para los venecianos, genoveses, hanseáticos, holandeses, etc [232]. A través de la concurrencia, estas tasas de ganancia localmente determinadas comenzaron a igualarse. El proceso se aceleró tras la revolución comercial de 1492.

Con la siguiente gran transformación, es decir, la aparición del capital industrial, hubo, en la interpretación de Engels, cambios en los principios de la formación de los precios. Esto había empezado a desarrollarse ya en la Edad Media en tres sectores: el de las compañías de navegación, la minería y el textil.

De estos tres sectores había sido el último el de mayor importancia porque en él fue donde el comerciante se transformó en empresario. (La minería, destacada a este respecto por Sombart, fue dejada de lado por Engels con una alusión a su carácter de corporaciones monopolistas). Para estos capitalistas industriales en proceso de formación, la tasa de ganancia del capital comercial existía ya como dato empírico. ¿Qué es lo que le podía impulsar al comerciante a convertirse, en esta situación, en empresario?

«Solamente una cosa: la perspectiva de ganar más, vendiendo al mismo precio que los otros. Y esta perspectiva la tenía, en realidad. Al tomar a su servicio a los pequeños maestros, rompía los límites tradicionales de la producción, dentro de los cuales el productor vendía el producto por él elaborado, y nada más. El capitalista comercial compraba la fuerza de trabajo, que seguía poseyendo provisionalmente su instrumento de producción, pero que ya no poseía la materia prima. De este modo, le aseguraba al tejedor trabajo fijo, pero al mismo tiempo podía reducir su salario de modo que una parte del tiempo que trabajaba fuese trabajo no retribuido. Esto permitía al empresario apropiarse una plusvalía, además de la ganancia comercial que de antiguo venía percibiendo» [233].

El mismo proceso se había repetido, aun cuando en un marco mucho más amplio, con la aparición de la manufactura y, más tarde, con la aparición de la gran industria. Así, paso a paso, los valores se habrían ido transformando en precios de producción y las plusvalías en beneficios.

Pero ¿qué ocurría cuando los precios de producción se elevaban por encima del valor de las mercancías en ramas de la producción con una baja relación entre capital variable y constante y cuando, en ramas de la producción en las que esta relación era alta, caían los precios de producción por debajo de los valores? Engels contestaba brevemente a la cuestión. En el caso citado en último término habrían dificultades «pues las ramas de producción que arrojan una plusvalía superior a la normal, es decir, aquellas que tienen un elevado capital variable y un bajo capital constante, o, lo que es lo mismo, una composición orgánica baja, son precisamente, por su naturaleza, las que más tarde y de un modo más incompleto se someten a la explotación capitalista, sobre todo la agricultura» [234].

En el caso contrario, sin embargo, es decir, en aquellas ramas de la producción que utilizan relativamente mucho capital constante y poco capital variable, y en las que por lo tanto, los precios de producción se elevan por encima

de los valores de las mercancías, la igualación no encuentra, para Engels, ninguna dificultad.

«En efecto, las mercancías de esta clase, cuando empiezan a producirse por métodos capitalistas y son lanzadas al comercio capitalista, compiten con las mercancías del mismo tipo fabricadas por procedimientos precapitalistas, que resultan, por consiguiente, más caras. Esto le permite al productor capitalista, aun renunciando a una parte de la plusvalía, obtener, sin embargo, la cuota de ganancia vigente en su localidad, la cual no guarda, originariamente, la menor relación directa con la plusvalía, ya que había nacido del capital comercial mucho antes de que existiese una producción capitalista y de que, por tanto, fuese posible una cuota de ganancia industrial» [235]

El proceso de igualación, así pues, debía haberse producido fácilmente en una dirección y con dificultades, por el contrario, en la otra. Pero ¿existía una dependencia entre la igualación en una dirección y la igualación en otra dirección? ¿Cómo se podían elevar los valores de las ramas de producción intensivas en capital hasta el nivel de los precios de producción si simultáneamente no descendían los valores de las ramas intensivas en trabajo paralelamente hasta el mismo nivel? Engels coincidía abiertamente con Sombart en la idea de que la producción capitalista se había aparecido en las ramas intensivas en capital. Gracias a la alta productividad del trabajo que se derivaba de este hecho las mercancías podían ser producidas en estas ramas con unos costes relativamente más bajos que en el artesanado tradicional, el que marcaba la pauta respecto al nivel de los valores como consecuencia de que era numéricamente dominante. Por esto, las primeras empresas capitalistas obtenían una plusvalía extraordinaria o una ganancia extraordinaria de tal magnitud que podían elevar los precios de producción por encima de los valores manteniendo además una ventaja concurrencial con respecto al artesanado.

Se trataba de una igualación de los valores y los precios entre empresas capitalistas con alta proporción de capital constante por una parte y empresas artesanales por la otra. Pero la igualación de la que se habla en el tercer tomo de *El Capital* era una igualación de los valores a los precios de producción entre empresas *capitalistas* con una proporción relativamente alta o baja de capital constante con respecto al capital variable. Si el empresariado capitalista había surgido primeramente en los sectores de relativamente mucho capital constante ¿qué estímulo existía entonces, si es que existía alguno, para que el capital afluyese a sectores de baja proporción de capital constante? La cuestión se plantea con más fuerza si se piensa que la oferta de capital para la inversión no ha podido ser avasalladora. Naturalmente, desde el principio han tenido que existir empresas capitalistas con estructuras de capital muy diferentes a causa de la imperfección del mecanismo de mercado. Pero esto no soluciona el problema. Pues cuanto más imperfecto sea el mecanismo de mercado menos probable será que puedan formarse precios y ganancias medias por medio de la concurrencia. Pero incluso aunque se pudiese pensar que empresas con una alta proporción de capital constante y empresas con

una alta proporción de capital variable, cada una por su parte, hubiesen podido vencer en la concurrencia al artesanado tradicional queda, sin embargo, abierta la cuestión de cómo pudo tener lugar un proceso de igualación horizontal a través de transferencias de capital. Friedrich Engels no dio respuesta a este interrogante. No pudo, evidentemente, llegar hasta aquí [236]. Así quedaba clausurada, en lo sucesivo, la discusión del tercer tomo de *El Capital* en el seno de la Socialdemocracia alemana. Ni Sombart ni Schmidt respondieron. Rudolf Hilferding volvió de nuevo sobre el problema nueve años después en su crítica a Böhm-Bawerk seguramente porque le parecía que en este terreno todavía quedaban cuestiones no resueltas [237]. Pero, significativamente, en la introducción a su trabajo observaba que de la disputa *ad majorem scientiae gloriam* que buscaba Sombart nunca había resultado nada. El único que parece haberse ocupado de esta cuestión es el economista y socialdemócrata Alexander Helphand (Parvus). Marx había citado como condición para que las mercancías se cambiasen a sus valores lo siguiente «que ningún monopolio natural o artificial permita a uno de los contratantes vender por más del valor o le obligue a desprenderse de sus mercancías por menos de lo que valen» [238]. Pero para Helphand el monopolio era precisamente lo característico de las relaciones precapitalistas. El modelo empírico de precapitalismo que Parvus conocía en su patria, Rusia, difería completamente del que Marx y Engels tuvieron presente [239]. Pero las observaciones de Helphand no tuvieron ningún eco.

Nadie sacó conclusiones verdaderamente convincentes. Quien había marcado el camino en todo momento había muerto. Cuando Conrad Schmidt publicó en 1897 en el periódico del partido *Vorwärts* una reseña de la crítica de Marx de Böhm-Bawerk, arrió la bandera [240]. No hubo ninguna reacción.

C) LEGALIDAD Y REVOLUCIÓN

Como se desprende de lo dicho en el capítulo introductorio, el desarrollo de la Socialdemocracia alemana a partir del comienzo de los años noventa está marcado por dos factores: la legalidad reconquistada y la rápida expansión de la influencia parlamentaria. No resulta muy difícil de comprender que Engels profetizase en 1891 que el Partido Socialdemócrata llegaría al poder en 1898. Y para subrayar la prudencia de su juicio añadía inmediatamente que Bebel creía que ¡se llegaría ya en 1895! [241]. Cuando, por lo tanto, en 1895 resultaba de actualidad la edición del artículo de Marx escrito hacía casi 50 años sobre la revolución de 1848 en Francia, no solo pareció algo natural que Engels escribiese una introducción, sino también que se ocupase en ella de la revolución *pacífica* que parecía próxima en Alemania. Y también esto se decidió Engels a hacerlo.

La introducción de Engels causó gran impresión tanto a sus contemporáneos como a la posteridad. En ella, escribió Sombart en su artículo conmemorativo dedicado a Engels, se traza una clara línea divisoria «con respecto al

revolucionarismo que va extendiéndose» y se muestra, asimismo, la justeza de la concepción (compartida por Sombart) del marxismo como «realismo social-político». La introducción era «una especie de epílogo al drama de la propia vida, una especie de confesión» y contenía al mismo tiempo «las últimas exhortaciones lanzadas por el moribundo al proletariado en lucha» [242]. Bernstein escribió cuatro años más tarde en sus *Premisas*: «No se puede valorar lo suficiente lo beneficioso de este escrito, que puede calificarse con justicia como su testamento político, para el movimiento socialista. En cuanto a su contenido, es más importante de lo que puede parecer a simple vista. Desde luego que ni la introducción como tal es el lugar más adecuado para extraer las consecuencias que se siguen de confesiones hechas con tanta franqueza, ni tampoco se podía esperar de Engels que él mismo hiciese la revisión de la teoría que había que hacer. Si lo hubiese hecho, habría tenido necesariamente que llevar a cabo, si no abiertamente sí en el fondo, un ajuste de cuentas con la dialéctica hegeliana. Esta constituye el elemento traidor de la doctrina marxista, la trampa tendida en el camino que conduce a cualquier consideración consecuente de las cosas. Engels no quería o no podía liberarse de ella» [243].

Para Bernstein, esta introducción tenía que dar lugar a una «corrección... de toda la concepción de la lucha y de las tareas de la Socialdemocracia» [244]. Se intuye que Bernstein apunta aquí a algo de mucha importancia. Pero no dice qué. La explicación se encuentra unas páginas después. Se trataba de que, en su opinión, en esta introducción Engels «ensalzó con una decisión como nunca antes la utilización del sufragio universal y la actividad parlamentaria como medio para la emancipación de los trabajadores y se despidió de la idea de la conquista del poder político por medio de asaltos revolucionarios» [245].

Así fue interpretada por todo el mundo, comprendidos los marxistas. Se manifestó una discrepancia, no obstante, cuando Kautsky publicó en 1909 en su escrito *El camino hacia el poder* (su última protesta contra el revisionismo, que crecía enormemente) unas cartas de Engels de las que se desprendía que después de ser presionado por la dirección del partido en Berlín introdujo algunas modificaciones en el manuscrito protestando inmediatamente de tener que aparecer como «pacífico adorador de la legalidad *quand même*» [246]. Sin embargo, todavía en 1918 Rosa Luxemburg expresaba en su discurso programático pronunciado en el congreso constitutivo de la Liga Espartaquista la idea de que la introducción era, en conjunto, una buena expresión de la concepción engelsiana del parlamentarismo [247]. Solo en 1925 cambió esta opinión al demostrar el entonces director del Instituto Marx-Engels de Moscú, Riazánov, que en la corrección se habían practicado supresiones [248]. Riazánov estaba persuadido de que la dirección del partido en Berlín había acertado y con ello falseado el texto contra la voluntad de Engels. A partir de entonces se adoptó por lo general este punto de vista, en todo caso por los marxistas, a pesar de que al año siguiente Bernstein publicó dos cartas que mostraban sin lugar a dudas —aun cuando Bernstein dejó pasar sin observaciones determinados puntos oscuros— que había sido el mismo Engels quien había hecho las supresiones [249]. Hace solo pocos años que se dilucidó finalmente la cuestión al publicar Hans-Josef Steinberg la contestación de Engels

a la primera de las dos cartas citadas [250]. Hasta entonces se había creído que esta respuesta se había perdido [251].

¿Cuál era el contenido de la introducción publicada en 1895? Se puede resumir brevemente en lo siguiente. Desde el período revolucionario de 1789-1848, las condiciones de la lucha de la clase obrera habían sufrido grandes transformaciones como consecuencia de la revolución industrial. Anteriormente Marx y Engels habían creído que bajo condiciones favorables era posible que una minoría revolucionaria hiciese una revolución social en interés de la mayoría: «¿No se daban pues todas las perspectivas para que la revolución de la minoría se trocase en la revolución de la mayoría?» [252]. Igualmente, la Comuna de París había mostrado «cuán imposible era también por entonces... este poder de la clase obrera» [253]. Solo cuando la industrialización se había impuesto seriamente por el continente y cuando había formado una clase obrera industrial que a través de la homogeneidad de las condiciones de vida también podía homogeneizarse ideológicamente, más exactamente, sobre bases marxistas, se habían creado las condiciones básicas para la toma del poder [254]. Al mismo tiempo, tras la derrota de la Comuna de París de 1871, el centro de gravedad del movimiento socialista se desplazó de Francia a Alemania. Aquí, la Socialdemocracia entendió transformar el sufragio universal «de medio de engaño que había sido hasta entonces en instrumento de emancipación» [255]. Más adelante, Engels muestra con expresividad el incremento de la fuerza de la Socialdemocracia de unas elecciones a otras. «El estado había llegado a un atolladero y los obreros estaban al principio de su avance» [256].

Así, la clase obrera se había provisto de un «método de lucha completamente nuevo»:

«Se vio que las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones. Y se tomó parte en las elecciones a las dietas provinciales, a los organismos municipales, a los tribunales industriales, se le disputó a la burguesía cada puesto, en cuya provisión mezclaba su voz una parte suficiente del proletariado. Y así se dio el caso de que la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales» [257].

Ya no se podía contar con la rebelión al viejo estilo. Las condiciones habían cambiado en favor de la fuerza militar y en contra de los insurrectos. La lucha de barricadas se hacía difícil en las grandes ciudades modernas y el armamento de los ejércitos se había mejorado radicalmente. «Tendría que estar loco el revolucionario que eligiese él mismo para una lucha de barricadas los nuevos distritos obreros del Norte y el Este de Berlín» [258]. Ahora se trataba de que las masas tenían que intervenir desde el principio en la transformación de las relaciones. Las masas «tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida». Esto también se había empezado a comprender en los países latinos. También en ellos se reconocía que

el «lento trabajo de propaganda y la actuación parlamentaria» eran las tareas más inmediatas. Solo así resultaría posible ganar a las masas populares. Engels resumía así la tarea prioritaria:

«Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual; (...): tal es nuestra tarea principal» [259].

La introducción se cerraba con un símil grandioso en el que se comparaba a la Socialdemocracia en el Imperio alemán con los cristianos del Imperio romano. También los cristianos habrían fundado «un peligroso partido de la subversión», dedicado también a minar «la religión y todos los fundamentos del estado», que habría sido también «sin patria» y que habría tenido «una fuerte representación en el ejército». Diocleciano comprendió y «dictó una ley contra los socialistas, digo, contra los cristianos. Fueron prohibidos los mítines de los revoltosos, clausurados e incluso derruidos sus locales, prohibidos los distintivos cristianos —las cruces—, como en Sajonia los pañuelos rojos. Los cristianos fueron incapacitados para desempeñar cargos públicos, no podían ser siquiera cabos». Pero ¿qué ocurrió con el partido subversivo? Engels contesta:

«También esta ley de excepción fue estéril. Los cristianos, burlándose de ella, la arrancaban de los muros y hasta se dice que le quemaron al emperador su palacio, en Nicomedia, hallándose él dentro. Entonces este se vengó con la gran persecución de cristianos del año 303 de nuestra era. Fue la última de su género. Y dio tan buen resultado, que diecisiete años después el ejército estaba compuesto predominantemente por cristianos, y el siguiente autócrata del Imperio romano, Constantino, al que los curas llamaban el Grande, proclamó el cristianismo religión del estado» [260].

Aunque el símil no aclaraba la ambigua cuestión de *cómo* llegó el cristianismo a convertirse en la religión del estado venía a indicar que los cristianos se habían introducido en el estado previamente existente.

Así pues, ¿era correcto concluir, como lo hacía Bernstein, que Engels abjuraba en este su testamento político de la revolución adhiriéndose a la acción parlamentaria? Si se lee atentamente, se llega a otra conclusión. El texto ofrece, y no solo en la forma en que fue presentado en 1895, una clara base para este tipo de interpretación. En realidad, no tenía nada de especialmente significativo que Engels predicase en 1895 la necesidad de aprovechar el parlamentarismo: este era ya entonces un instrumento muy eficaz para los esfuerzos de la Socialdemocracia. El mensaje de Engels hubiese sido reformista si en él hubiese aconsejado a la Socialdemocracia que pusiese toda su confianza en el sistema parlamentario establecido. Pero Engels no hizo tal cosa. En la introducción se leía, ciertamente, que la clase obrera tenía que dirigirse a la meta a través de una áspera guerra de posiciones. Pero con ello solo se ponía de relieve que la victoria no se podía obtener «de un *solo* gran golpe»

[261]. Como la legalidad representaba inconvenientes para la clase dominante mientras que tenía ventajas para la Socialdemocracia, era de prever que antes o después el gobierno habría de tomar sus precauciones contra la «subversión». ¿Cómo tenía que reaccionar la Socialdemocracia en tal caso? Engels daba una clara indicación:

«Pero no olviden ustedes que el Imperio alemán, como todos los pequeños estados y, en general, todos los estados modernos, es un *producto contractual*: producto, primero, de un contrato de los príncipes entre sí y, segundo, de los príncipes con el pueblo. Y si una parte rompe el contrato, todo el contrato se viene a tierra y la otra parte queda también desligada de su compromiso» [262].

Finalmente, Engels declaraba también que centrarse sobre el parlamentarismo no significaba que la Socialdemocracia renunciase al derecho a la revolución. En este contexto se refería a «nuestros camaradas extranjeros». Esto era o una indirecta contra los dirigentes del Partido de Berlín o una ayuda a estos, pues el llamado proyecto de ley contra la subversión, que se discutía en las comisiones parlamentarias del *Reichstag* entre el 14 de enero y el 25 de abril, habría introducido, de haber sido aprobado, un serio endurecimiento en las leyes orientadas contra la Socialdemocracia. En todo caso, lo que Engels pensaba quedaba claro:

«Huelga decir que no por ello nuestros camaradas extranjeros renuncian, ni mucho menos, a su derecho a la revolución. No en vano el derecho a la revolución es el único <derecho> *realmente* <histórico>, el único derecho en el que descansan todos los estados modernos sin excepción...» [263].

Parece, pues, que Bernstein leyó en la introducción de Engels lo que quiso leer. Esta impresión queda reforzada si se tienen en cuenta las frases que Engels suprimió a instancias de Richard Fischer, August Bebel, Paul Singer e Ignaz Auer desde Berlín [264]. Con respecto a la alusión al significado moral de las anteriores luchas de barricadas que aparece en la introducción que vio la luz, Engels había querido añadir: «Este es el punto decisivo a retener también al investigar las posibilidades de eventuales luchas callejeras en el futuro» [265]. Las demás supresiones aconsejadas por la dirección del partido tienen el mismo carácter [266]. Igual ocurre con el contenido de las cartas que Engels escribió a Kautsky y a Lafargue con motivo de la mutilación de su introducción [267]. Consideraba la legalidad parlamentaria, ciertamente, como un medio importante, pero solo como eso: como un medio. En realidad no existen motivos para suponer un cambio fundamental de las concepciones de Engels con respecto a este punto. Lo mismo se desprende del artículo que publicó en Francia, Alemania e Italia titulado «El socialismo en Alemania 1891-92»:

«¡Cuántas veces no nos habrán requerido los burgueses a renunciar, bajo cualesquiera condiciones, al uso de medios revolucionarios y a permanecer dentro de los límites de la legalidad ahora, ahora que la ley de excepción ha sido suprimida y que el derecho común ha sido restablecido para todos, in-

cluso para los socialistas! Desgraciadamente, no les podemos hacer ese favor a los señores burgueses. Lo que, sin embargo, no impide en absoluto que en este momento no seamos nosotros quienes «rompan la legalidad». En absoluto; la legalidad trabaja tan primorosamente a nuestro favor que estaríamos locos si la violásemos mientras las cosas vayan como van. Es mucho más importante ahora preguntarse si no serán precisamente los burgueses y su gobierno quienes violarán la ley y el derecho para triturarnos violentamente. Estaremos preparados ante esta expectativa. Y mientras tanto, burgueses: «¡Disparen ustedes primero, señores!».

Sin duda: ellos *van* a disparar primero. Un buen día, los burgueses alemanes y su gobierno se cansarán de contemplar con los brazos cruzados la marea desbordante del socialismo; entonces irán a buscar refugio en la ilegalidad, en la violencia. ¿De qué les servirá?... El momentáneo predominio contrarrevolucionario puede quizás aplazar por algunos años el triunfo del socialismo, pero solo para que este triunfo sea más completo y más definitivo» [268].

Pero si nada induce a pensar que Engels hubiese modificado su punto de vista con respecto a la cuestión de la relación entre el parlamentarismo y la revolución, parece un tanto confuso que no esperase para la publicación de su artículo a que el problema de la nueva legislación antisubversiva estuviese resuelto. ¿Por qué tenía que aceptar que su «texto se resintiese algo ante consideraciones medrosas frente a proyectos de ley antisubversivos por parte de nuestros amigos berlineses?» La respuesta está en que, desde un principio, la reedición se vio forzada por la idea bien presente del proyecto de ley antisubversiva. Si el proyecto era aprobado existía, de hecho, el riesgo de que el escrito no pudiese ser publicado ya [269]. Pero de todos modos, del contenido de la carta recientemente encontrada, en la que Engels acepta las supresiones de determinados pasajes, se desprende que existía una discrepancia fundamental entre el planteamiento que hacía Engels de la cuestión de la relación entre legalidad y revolución y el que hacía la dirección del partido:

«He tomado nota de vuestros graves escrúpulos ante las posibilidades a pesar de que aún con la mejor voluntad no alcanzo a ver en qué consiste la irresolución ni en la mitad. No puedo aceptar que os entreguéis en cuerpo y alma a la legalidad absoluta, a la legalidad bajo cualesquiera condiciones, a la legalidad aunque las leyes sean violadas por sus propios autores, en una palabra: que os propongáis prescribir la política de ofrecer la mejilla izquierda cuando os hayan pegado una bofetada en la derecha... Soy de la opinión de que no ganáis nada predicando la absoluta renuncia a la ofensiva. Ninguna persona se lo cree y *ningún* partido de ningún país va tan lejos como para renunciar al derecho de resistir a la ilegalidad con las armas en la mano.

Por otra parte, también tengo que tener en cuenta que los extranjeros — franceses, ingleses, suizos, austríacos, italianos, etc. — también leen mis cosas y de ninguna manera me puedo comprometer tanto ante ellos...

Bueno, *en absoluto* puedo ir más lejos. He hecho todo lo que me ha sido posible para ahorrarnos contrariedades en el debate. Pero haríais mejor manteniendo el punto de vista de que el compromiso de la legalidad es de naturaleza jurídica, no moral...

Pero vosotros —o por lo menos algunos de entre vosotros— habéis tenido la debilidad de no haberos enfrentado debidamente a las pretensiones del enemigo: entender el compromiso de la legalidad también en un sentido *moral*, como algo vinculante bajo cualesquiera condiciones, en vez de decir: Tenéis el poder, vosotros hacéis las leyes; si las infringimos, nos podéis tratar de acuerdo con esas leyes, lo soportamos y se acabó. Fuera de esto no tenemos ningún deber ni vosotros ningún derecho. Esto es lo que hicieron los católicos cuando las Leyes de Mayo y los antiguos luteranos en Meißen... y no les podéis desmentir el punto de vista. El proyecto de ley antisubversión se va a malograr de un modo u otro, algo así ni se puede proclamar ni mucho menos llevar a la práctica; si esa gente tiene el poder os van a amordazar y a fastidiar de un modo u otro...

«¡Pensad en vuestras propias ilegalidades cuando la ley antisocialistas, la misma que se os quiere volver a imponer! Legalidad tanta cuanto nos convenga y hasta cuando nos convenga, pero ¡nada de legalidad a todo precio, ni siquiera en la fraseología!»[270].

En cierto modo, este era el verdadero testamento de Engels [271]. Seguía siendo el mismo revolucionario de siempre y lo casi conmovedor de la situación era que estaba convencido de que también lo eran los dirigentes del partido de Berlín. Para estos, la cuestión del objetivo final, sin embargo, se había ido relativizando más y más a medida que se implicaban en las cuestiones del momento. También el partido había crecido y se había convertido en una poderosa organización y los dirigentes de Berlín le daban mucha importancia a su continuidad y a su crecimiento futuro. De hecho, ¿qué era medio y qué era objetivo? En una atmósfera dominada por estos planteamientos la visión de la legalidad y la revolución iba modificándose paso a paso.

La herencia que Engels dejó tras de sí era muy significativa. Pero como muy frecuentemente ocurre, los herederos querían utilizar la herencia de modo diferente a lo que esta estaba inicialmente destinada. Podría parecer como si la obra de Engels desembocase en tres problemas no resueltos o que, precisamente, desembocase en tres motivos para la revisión de la teoría originaria. No era nada rara esta interpretación entre los contemporáneos. En uno de los tres puntos, el de la teoría del valor, Engels se enfrentaba realmente ante un problema que, tanto entonces como más tarde, entrañaba grandes dificultades. Sin embargo, por lo que se refiere a la concepción materialista de la historia, no se trataba más que de un problema aparente: lo que él dijo a este respecto encontraba como oposición tan solo una forma vulgarizada de la concepción materialista de la historia. En algunos puntos introducía explicitaciones a enunciados teóricos antes formulados de un modo excesivamente sumario. En cuanto al problema de revolución y legalidad, por último, fueron sobre todo circunstancias externas las que dieron la impresión de que en las últimas tomas de posición de Engels había un retroceso. Al igual que los revisionistas, también Engels chocaba con nuevos problemas y experiencias en una sociedad que estaba cambiando muy rápidamente. Pero su reacción ante esto fue, de hecho, muy diferente a la de aquellos.

CAPÍTULO III. EDUARD BERNSTEIN: DEL MARXISMO AL REVISIONISMO

Las premisas del socialismo y las tareas de la Socialdemocracia... intentaba suministrar la fundamentación teórica exigida por la necesidad y posibilidad de una política básicamente reformista de la Socialdemocracia así como caracterizar la democracia y en esbozos generales las líneas maestras de tal política».

Eduard Bernstein [272]. |

En el capítulo anterior se ha puesto en claro el significado que Eduard Bernstein atribuía a la Introducción de Friedrich Engels al escrito de Marx *Las luchas de clases en Francia 1848-1850* al aparecer en 1899 por primera vez consecuentemente como revisionista. Bernstein se apoyaba en la observación introducida aparentemente por Engels en este artículo según la cual en la nueva situación era necesario que la Socialdemocracia se liberase de los clichés del pasado y aprovecharse al máximo las ventajas de la legalidad y el parlamentarismo. Había pasado la época en la que era posible que una pequeña minoría revolucionaria al frente de una heterogénea masa popular derribase el sistema social establecido por medio de un súbito ataque sorpresa. Las revoluciones podían empezar con proclamación de la altanera consigna de «Liberté, Egalité, Fraternité». Pero como Marx había escrito, finalizaban con «Infanterie, Kavallerie, Artillerie». Querían acabar con el terror. Pero el resultado había sido un terror que no acababa. Pues de la derrota de la revolución surgía la contrarrevolución victoriosa. Eso es lo que había ocurrido en 1848 y también en 1871.

Ahora —en 1895— las condiciones eran según Engels otras. Gracias al rápido progreso de la industrialización había aparecido una clase obrera nueva, grande, creciente y homogénea y como superestructura, a partir de los años ochenta del siglo XIX, habían ascendido partidos socialdemócratas de masas influidos por el marxismo. En las cifras de votos de las estadísticas electorales y en el número de componentes del movimiento sindical podía todo el mundo comprobar el progreso seguro y disciplinado como unidades militares de estos partidos. «Su crecimiento es tan espontáneo, tan continuo, tan imparable y al mismo tiempo tan tranquilo como un proceso natural», había escrito Engels en su Introducción. También había mostrado expresivamente cómo este desarrollo bajo el signo de la legalidad había impulsado a una parte de los detentadores del poder a pensar en desesperados planes de golpes de estado mientras que para la Socialdemocracia significaba «músculos vigorosos y

carrillos colorados», el aspecto de «la eterna juventud». Había dado comienzo una nueva época.

Esto significaba, no según todo lo que hemos visto, que la época de las revoluciones suponía, para Engels, una etapa definitivamente superada. Esto también lo sabía, con seguridad, Bernstein [273]. Para Engels se trataba, esencialmente, de una cuestión de táctica, es decir, de una adaptación de la estrategia revolucionaria a una situación que había cambiado. Hasta entonces, la legalidad y el parlamentarismo no le habían ofrecido a la Socialdemocracia posibilidades reales de preparar el asalto final. Ahora había posibilidades de propaganda y de organización y en espacios de tiempo regulares —en las elecciones— se podía comprobar tanto la propia fuerza como la del adversario. Pero como la legalidad beneficiaba al partido revolucionario, no era probable, según Engels, que estuviese demasiado tiempo vigente. No era de esperar que los detentadores del poder aguardasen pasivamente su propia caída. La crisis estallaría, si no lo había hecho antes, cuando la Socialdemocracia hubiese alcanzado la mayoría parlamentaria. Entonces la legalidad dejaría paso a la ilegalidad. Pero no a iniciativa de la Socialdemocracia sino a iniciativa de los dominadores. Evidentemente esto sería de un gran valor político para la Socialdemocracia por su repercusión en la opinión pública, sobre todo en el seno de las clases intermedias. Pues aun cuando estas clases no estuviesen dispuestas a solidarizarse con el partido obrero en un ataque a lo establecido, ante un ataque de los dominadores al partido obrero, en el mejor de los casos opondrían resistencia o, cuanto menos, se mantendrían neutrales. La burguesía liberal había jugado ya un importante papel al impedir en 1890 la prolongación de la ley antisocialistas. También en lo referente a las clases intermedias —y en particular a la gran clase campesina—, así pues, resultaba beneficioso esperar, organizar y hacer propaganda.

Esta concepción se basaba en el supuesto de que la Socialdemocracia era revolucionaria. Pero esta suposición era extremadamente problemática. Esto lo sabía Bernstein. También sabía que el desarrollo se orientaba más y más en un sentido reformista. La falange que se iba fortaleciendo dentro del partido no era de izquierda sino de derecha. La lucha entre estas se reflejaba en las argumentaciones unas veces marxistas y otras veces reformistas de la dirección del partido. Pero la prudencia de la actuación en contra de la «oposición sudalemana» mostraba que la dirección del partido no se sentía lo suficientemente fuerte como para tomar una decisión. A pesar de retrocesos temporales y de contraataques de los marxistas en el seno del partido, la Socialdemocracia alemana se orientaba lenta, pero seguramente en un sentido que le hacía receptiva a un mensaje de un tipo nuevo.

En este momento entró Bernstein en escena. Bernstein percibía con claridad las nuevas tonalidades y era receptivo ante las nuevas incitaciones. Ya veremos más adelante hasta qué punto era receptivo. Hizo suyo el nuevo elemento táctico que contenía el pronunciamiento político de Engels de la mencionada Introducción a *Las luchas de clases en Francia 1848-1850* de Marx, lo aisló, lo ofreció a la luz pública y lo llevó hasta sus últimas consecuencias.

Este era el punto de partida del revisionismo bernsteiniano. Pero una vez separada esta importante piedra de su fundamento, se hizo muy difícil mantener en pie el edificio. Si la época de la revolución ya había acabado, también tenían que haber desaparecido las condiciones de la revolución, pues las revoluciones no surgen de la nada. Marx y Engels habían enseñado que las revoluciones eran la consecuencia necesaria de irreconciliables antagonismos entre las clases. Bernstein, por tanto, tenía que investigar si esto era correcto. Y esto le llevó finalmente a una crítica del marxismo desde la A a la Z. Bernstein criticaba la concepción materialista de la historia, la dialéctica, la creencia en la importancia de las revoluciones, la teoría de la plusvalía, la teoría de la concentración creciente de las rentas, del capital y de las empresas en el capitalismo, la teoría de la crisis y la teoría del estado. A todo esto oponía la creencia en la realización gradual del socialismo por medio de las cooperativas de consumo, el movimiento sindical y la política local. Así, Bernstein se vio motivado con inexorable consecuencia a derribar la totalidad del edificio levantado por Marx y a construir uno nuevo en su lugar. Tal era la esencia de su revisión del marxismo y precisamente era ella la que le confería a su escrito acerca de las premisas del socialismo y las tareas de la Socialdemocracia, a pesar de todas sus contradicciones, de su carácter somero y de sus limitaciones, un perfil tan acabado y armónico [274]. Esto explica también su importancia en la historia de las ideas.

Las posiciones de Bernstein ya han sido tratadas más arriba. En lo sucesivo se enfocarán elementos diversos de su revisionismo en relación con predecesores, contemporáneos e inspiradores. No se trata, por tanto, de proceder aquí a un inventario completo del revisionismo bernsteiniano. Aquí solo se discutirán los rasgos esenciales de su concepción y su desarrollo previo. Descubriremos, procediendo a este cometido, que ciertos problemas han de ser vistos de diferente forma a como se contemplaban hasta ahora.

A) BERNSTEIN COMO MARXISTA

Lo que hay que subrayar antes que nada es que Bernstein era, antes de su cambio, uno de los marxistas alemanes de mayor renombre. Era el que más próximo había estado a Engels después de Bebel [275]. Había conquistado esta posición tras una carrera relativamente corta en el seno de la Socialdemocracia alemana [276]. Entre 1871 y 1878, antes de trasladarse a Suiza, se ganaba el sustento como empleado de la Banca Rothschild en Berlín [277]. En el año 1872 se adhirió al partido de Bebel y Liebknecht y sirvió al partido en los siguientes seis años como propagandista y agitador. En aquella etapa se encontraba, como muchos otros socialdemócratas alemanes, bajo la intensa influencia de Eugen Dühring, cuyo *Curso de Economía Nacional y Socialismo* había aparecido en 1872.

«En lugar del grito de guerra según Marx y según Lasalle, parecía anunciarse otro grito de guerra: este bajo la advocación de Dühring, Marx y Lassalle. Y no poca parte de la culpa de esto recaía sobre mis limitaciones» [278].

A Bernstein le gustó el socialismo bajo la «forma pragmático-positiva» que le daba Dühring. «Lo que más me convencía de Dühring era su fuerte acentuación del elemento liberal en el socialismo» [279]. Bernstein solo se hizo marxista después de leer el escrito polémico de Engels *La subversión de la ciencia por el Sr. Eugen Dühring*, «Me pareció irrefutable en todos los puntos esenciales y se convirtió así en mi credo socialista» [280]. Esto ocurrió el invierno de 1878-79 mientras trabajaba en Lugano como secretario particular de Karl Höchberg. Este era discípulo del neokantiano Friedrich Albert Lange y políticamente se orientaba hacia una especie de socialismo ético [281]. Pero antes de que Bernstein fuese reconocido por Marx y Engels como marxista entró en una ocasión en serio conflicto con ellos. Karl Höchberg, que apoyaba financieramente al Partido Socialdemócrata, prohibido entonces en Alemania, quería también influir sobre él en un sentido ético-político. Para ello fundó en Zúrich una revista, *Jahrbuch für Sozialwissenschaft*. Bernstein pertenecía a la redacción [282]. En esta revista se publicó, anónimamente, un artículo titulado «Rückblicke auf die sozialistische Entwicklung in Deutschland» [283], que estuvo a punto de provocar una ruptura entre el partido alemán y Marx y Engels. El autor del artículo era Karl Flesch. Había sido revisado por Höchberg y Karl Schramm y Bernstein había añadido algún párrafo. Los autores del artículo criticaban al partido alemán por haber intentado unilateralmente ganarse a la clase obrera en vez de a las personas con formación y a los poseedores. Propugnaban además que el partido tenía que proponerse más objetivos cercanos en vez de dejarse guiar por «un estado futuro reluciente en la lejanía» [284]. El artículo imputaba al partido una parte de la culpa de su prohibición en Alemania:

«El partido muestra precisamente ahora, bajo la presión de la ley antisocialistas, que no está dispuesto a recorrer el camino de la revolución violenta, sangrienta, sino que está decidido, a pesar de algunas impropiedades y algunos excesos anteriormente cometidos, de los que, como todos los demás partidos en su juventud, ha de reconocerse culpable, a ir por el camino de la legalidad, es decir, de la reforma.

Así cuanto más pausado, objetivo y reflexivo aparezca en su crítica de lo establecido y en sus propuestas de cambio del mismo, menos posibilidades habrá de que se repita la actual estratagema con la que la reacción consciente ha amedrentado a la burguesía con el terror al fantasma rojo. Y menos temerán los hombres independientes a ir de la mano de los proletarios y menos se dejarán embaucar por las calumnias que hacen de nosotros una banda de «locos fanáticos», de «estúpidos delincuentes» y de «lumpenes ávidos de barricadas»» [285].

Es altamente probable que Bernstein tomase parte en la elaboración del artículo pues, hasta cierto grado, simpatizaba con su orientación general [286]. Marx y Engels, que reaccionaron vivamente contra el artículo en una circular

dirigida a Bebel, Liebknecht, Bracke y otros, temían que Höchberg y su círculo pudiesen determinar la línea política del órgano del partido recientemente creado en Zúrich y amenazaban con romper públicamente con el partido alemán [287]. Sin embargo, tras algunas complicaciones, la cuestión acabó por resolverse. Bernstein y Bebel fueron a Canossa, es decir, al «Engelsburg» de Londres y obtuvieron allí plena absolución. En enero de 1881 Bernstein se hizo cargo de la redacción del órgano del partido *Der Sozialdemokrat*. El episodio del artículo de la revista de Höchberg, no obstante, tiene su importancia. Pues diez años más tarde aparecía en Bernstein el tipo de socialismo que anunciaba el artículo [288].

Bernstein obtuvo como redactor del *Sozialdemokrat* la confianza casi total de Engels [289]. Cosa comprensible, pues sus artículos expresaban puntos de vista estrictamente marxistas. En muchos puntos, las diferencias con sus artículos anteriores llegan casi a la contradicción [290]. En aquella época Bernstein redactó también algunos escritos en los que exponía sus posiciones teóricas de entonces: «Die Bedeutung der gewerkschaftlichen Organisation der Arbeiter» [La relevancia de la organización sindical de los trabajadores] y «Gesellschaftliches und Privateigentum» [Propiedad social y propiedad privada] (ambos en 1885). En el primero desarrollaba el tema de la importancia de la lucha sindical. Pero también advertía acerca de sus peligros y limitaciones:

«El olvido de la totalidad a favor de lo singular, el abandono de la tarea fundamental por la tarea secundaria». Mientras el sistema capitalista de producción no fuese transformado, la lucha sindical de la clase obrera sería una tarea digna de Sísifo pues las crisis que continuamente se producen hacían «ilusorias todas las conquistas». Por esto, la lucha del movimiento obrero se tenía que orientar fundamentalmente en un sentido político. «Dirigir esta es tarea del partido *político* obrero, de la Socialdemocracia» [291]. En el escrito citado en último lugar, que discurría más en el terreno de los principios, Bernstein afirmaba enfáticamente que el único camino al socialismo pasaba por la expropiación de la propiedad burguesa. Rechazaba con la misma determinación la idea lassalleana de que la propiedad cooperativa podía levantarse al lado de la propiedad privada capitalista:

«...nadie es socialista si no suscribe completamente y sin reservas la frase clásica de *El Capital*: «La concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad capitalista. Los expropiadores son expropiados»» [292].

Haciendo referencia al censo industrial de 1882, Bernstein afirmaba que la propiedad se concentraba tanto dentro de la industria como dentro del comercio o la agricultura. «Esta concentración, que se ha convertido en ley natural tanto para la industria como para el comercio y la agricultura, y muy particularmente la forma colectiva de la propiedad por acciones que es la consecuencia de aquella, forman los *elementos materiales de la forma colectiva de la propiedad*, de los que el socialismo dice que son *previamente producidos por el mismo desarrollo de la sociedad capitalista*» [293]. El resultado es «primero, una acumulación cada vez mayor de producción en manos de no

productores (capitalistas), y segundo, con el incremento de la producción, una miseria creciente de los verdaderos productores desposeídos (los obreros)» [294]. Como las clases privilegiadas no van a desprenderse voluntariamente de sus privilegios, la clase obrera tendrá que liberarse «por el camino revolucionario» [295].

Bernstein sintetizaba en 1891 las leyes económicas básicas de desarrollo del capitalismo moderno del siguiente modo:

«Así es el curso del desarrollo de la moderna producción, que en todos los campos de la actividad humana construye sus palacios sobre ruinas: *sobre la ruina de los pequeños provocada por los grandes*. Así, los magníficos grandes almacenes de nuestras ciudades suponen la bancarrota de un sinnúmero de pequeñas tiendas, así, cientos de pequeños talleres de forja han tenido que pagar los éxitos de las grandes metalúrgicas con su desaparición, etc., etc. Por el contrario, la expropiación por la que aboga y que persigue el Socialismo es la expropiación de los grandes en interés de los pequeños, la expropiación de la minoría desposeedora a favor de la minoría desposeída» [296].

Para que se pudiese realizar esta expropiación económica, sin embargo, la mayoría tenía que expropiar antes políticamente a la minoría dominante [297]. Para lo cual Bernstein consideraba como totalmente excluido el que la clase obrera pudiese llegar al poder por otro medio que no fuese la revolución armada:

«No se puede pensar en una renuncia voluntaria al poder político y económico por parte de los que hoy lo detentan. La historia no conoce ningún ejemplo de que clases enteras hayan renunciado voluntariamente a sus privilegios. Solo a través de una revolución llegará la clase productiva a estar en situación de adueñarse del poder político y de proceder, por medio del mismo, a la desposesión del puñado de explotadores capitalistas mediante a nacionalización o socialización de los medios de producción» [298].

Para Bernstein estaba excluido que la clase obrera pudiese llegar al poder utilizando los mecanismos parlamentarios. Si la Socialdemocracia participaba, sin embargo, en las elecciones y en el Parlamento era para lograr determinadas reformas en beneficio de la clase obrera, pero sobre todo porque las luchas electorales y el Parlamento posibilitaban la propaganda política: en los momentos de lucha electoral se interesaban por cuestiones políticas hasta las capas más indiferentes del pueblo. En el Parlamento, además, los representantes políticos de los trabajadores podían forzar a los detentadores del poder a poner las cartas sobre la mesa en lo concerniente a diversas cuestiones, lo que también podía ser utilizado por la Socialdemocracia a favor de las masas.

La exigencia del socialismo se fundaba para Bernstein no en sueños utópicos sino en la propia dinámica del desarrollo de la sociedad capitalista. La aparición de formas empresariales cada vez más «socializadas» —sociedades por acciones, cárteles, empresas estatizadas— mostraba que la sociedad capitalista tenía la tendencia a desarrollarse hacia el socialismo. En este punto, Bernstein quería rechazar una idea que más tarde consideraría como suya propia: la «socialización» en el marco del capitalismo no significaba en sí que en la sociedad capitalista se incluyesen elementos socialistas. Lo que ocurría,

más bien, era que se agudizaba la contraposición de modo que las relaciones de propiedad establecidas se mostraban más obstaculizantes para el ulterior desarrollo social. Los acuerdos de cártel, por ejemplo, eran «intentos desesperados de solución dentro del marco de la producción capitalista burguesa, aterrorizada ante su propia semejanza a Dios, del siguiente terrible dilema: o bien perecer ahogada en la inundación o bien tener que devorarse a sí misma» [299]. Las estatizaciones tampoco solucionaban el problema. Pues si el estado se hacía cargo de empresas menos rentables, venía a fortalecer el sector privado. La posición de los trabajadores tampoco se reforzaba, además, en las empresas estatales. Aumentaba, mucho más, su dependencia, pues tras el estado capitalista había un enorme aparato de poder. Y por lo demás les iba a tocar a los trabajadores, además, pagar también, en su calidad de contribuyentes al erario público, los intereses y las amortizaciones que causasen la compra de estas empresas por el estado. Por esto Bernstein consideraba, resumiendo, como una necesidad natural, el que «la deposición política de la clase capitalista... viniese (y tuviese que venir) de la mano de su deposición económica» [300].

Bernstein dedicaba también finalmente algunos párrafos a los presupuestos del socialismo. Ciertamente que las formas concretas de la expropiación socialista serían decididas en su momento. Pero Bernstein estaba convencido de que lo fundamental de la futura economía socialista sería «la regulación unitaria de la producción». En el momento en que la clase obrera tuviese el poder político en las manos podría alcanzar «una concentración acelerada de las empresas pequeñas y medias todavía existentes». En la oposición más aguda imaginable con su convencimiento anterior Bernstein negaba que fuese utópica la socialización de las pequeñas empresas:

«No se crea que esto es una utopía. También a este respecto se puede aducir ya una serie de ejemplos en este sentido en la sociedad actual» [301].

El socialismo ya no era un ideal utópico de futuro. Era, por el contrario, una necesidad, «el único medio para combatir el empobrecimiento total de la clase obrera». Así se manifestaba Bernstein en 1891 sobre el capitalismo y el socialismo. Quien así hablaba era, sin lugar a dudas, un marxista ortodoxo.

B) DEL MARXISMO AL REVISIONISMO

Pero en 1891 Bernstein ya no se hallaba en Zürich. El 12 de mayo de 1888 él y el resto de la redacción del *Sozialdemokrat* habían tenido que abandonar Suiza al ceder el gobierno suizo a las presiones de Bismarck. Bernstein se trasladó a Londres. Con lo cual se apartó del movimiento activo [302]. Desde el momento en que la Socialdemocracia volvió a la legalidad en Alemania pudo volver también a imprimir su propia prensa en su patria. El 27 de septiembre de 1890 apareció el último número del *Sozialdemokrat* publicado en Londres. En la etapa siguiente Bernstein tuvo que ponerse al servicio como correspon-

sal del órgano central de la Socialdemocracia, *Vorwärts*, de Berlín, y de la revista *Die Neue Zeit*, en cuya redacción fue aceptado.

En el siguiente capítulo se verá cómo fueron cambiando sucesivamente los puntos de vista de Bernstein en el nuevo medio, que estaba bajo la influencia de los fabianos. Aquí solo se van a ofrecer algunos puntos de referencia sin que estén en una inmediata relación con los fabianos. Es lógico que el paso del marxismo al revisionismo discurriese no solo gradualmente sino en el caso de Bernstein también casi imperceptiblemente. Él era un marxista escuchado, tenía una posición, tenía la confianza de Engels. Tenía que contar con que cada palabra que escribiese sería leída, sopesada y valorada. Cuando empezó a vacilar su convencimiento era natural que en un principio intentase ampliar el alcance de los conceptos, que después se callase sobre aquello en lo que ya no creía y que solo después renunciase paso a paso a las posiciones anteriores [303]. Los nuevos elementos de su posición también entraron paso a paso lentamente en su pensamiento. Muchos de estos elementos podían en sí mismos asimilarse muy bien con una posición marxista de base, en particular por lo que se refería a la utilización práctica de la teoría. Por esta razón, durante largo tiempo no causaron ningún escándalo. Solo cuando Bernstein sistematizó su nueva concepción empezaron a comprender los marxistas de su país que algo había ocurrido. Pero también ellos intentaron ampliar tanto como fuese posible el alcance de los conceptos, prácticamente en una época en la que agudos críticos situados en el exterior ya se habían dado cuenta desde hacía bastante tiempo de lo que significaba la llamada «mutación» de Bernstein.

De los biógrafos de Bernstein, Gay no dice sobre el Bernstein de este período mucho más de lo que se puede leer sobre él en sus propios escritos autobiográficos. Angel completa lo dicho por Gay con unos textos que son en ciertas partes irrelevantes [304]. Pero el juicio se hace también difícil. El siguiente pasaje, que proviene de un artículo de la primavera de 1891, puede servir de ejemplo de la cuidadosa —esto es, prudente— «revisión» a la que Bernstein se había entregado. Se trata de un escrito motivado por un trabajo de Gerhart von Schulze-Gävernitz, discípulo de Brentano, titulado «Zum sozialem Frieden. Eine Darstellung der sozial-politischen Erziehung des englischen Volkes im neunzehnten Jahrhundert» (véase nota 303). El autor de este trabajo se hacía portavoz con él, en contacto con algunas experiencias inglesas, de una especie de liberalismo reformista. Basándose en Giffen afirmaba que el nivel de vida cultural y material de la clase obrera inglesa se había elevado, que la renta y la riqueza se habían igualado y que los conflictos de clase se habían suavizado [305]. Bernstein escribió: «¿Pero se halla Inglaterra verdaderamente en la vía de «la paz social», es «segura la solución pacífica de las dificultades y conflictos sociales»? Si por «solución pacífica» se entiende un desarrollo que se realice continuamente en el marco de la lucha legal entonces solo se puede contestar que por lo menos no cae fuera del dominio de la probabilidad. La revolución social no está condicionada a golpes de mano violentos ni a revueltas sangrientas. Con el derecho de reunión y la libertad de prensa de que disfrutaban los trabajadores británicos y con el sufragio universal, cuya consecución para ellos es cosa tan solo de pocos años, pueden dar una expresión

tan enérgica a sus reivindicaciones y aspiraciones que estas tarde o temprano *se han* de convertir en ley. El progreso no se va a hacer siempre en dosis homeopáticas, el curso de la evolución económica hará necesarias medidas de tipo radical, pero en ningún sitio está escrito que estas no puedan realizarse también en el marco de la legalidad» [306].

¿Qué marxista iba a negar la posibilidad de una vía pacífica al socialismo en Inglaterra, posibilidad a la que Marx mismo había aludido? [307]. Si no lo hacía Bernstein que lo repetía en un artículo ya crítico al mismo tiempo que subrayaba la importancia de «medidas de tipo radical» para alcanzar la meta, ¿por qué tenían que encontrarlo significativo Engels, Kautsky o Bebel? Solo hubo un motivo para reaccionar cuando tales observaciones fueron repitiéndose, destacándose y adquiriendo carácter programático.

Ya desde 1891 comenzaron a hacerse evidentes las disonancias. En diciembre de 1891 Engels le escribió a Bebel lo siguiente sobre el aislamiento de Bernstein: «Se queda en casa y juzga las cosas de allá por lo que dicen *uno* o a lo sumo *dos* periódicos» [308]. Por su parte, Bebel también estaba descontento con los artículos de Bernstein que le parecían insuficientemente revolucionarios en el tono. «Ede vuelve a escribir hoy en el *Vorwärts* a su modo, flojuch, del que no se sabe bien si es carne o pescado» [309]. Los contrastes se mostraban sobre todo en lo referente a dos cuestiones: las elecciones para la dieta regional prusiana y la huelga como medio de lucha política.

En un artículo de discusión del otoño de 1893, Bernstein propuso que el SPD presentase candidatos a las elecciones para la dieta regional prusiana, lo que hasta entonces había boicoteado porque el voto no era secreto, el sistema electoral era indirecto y los votos eran valorados diferentemente según la renta percibida por el votante. Esto hacía en la práctica imposible para los socialdemócratas la obtención de mandatos. (Solo en 1895 obtuvieron algunos mandatos los socialdemócratas). Pero lo más interesante no es esta cuestión, en la que sin embargo hubo graves divergencias de opinión [310], sino la concepción del desarrollo del capitalismo en que se basaba la toma de posición de Bernstein. Para él constituía un progreso el hecho de que los socialdemócratas pudiesen colocar en la dieta regional más representantes burgueses progresistas desplazando a los conservadores pues no creía posible sino hasta bastante tiempo después que el socialismo se inscribiese en el orden del día: «Para aquellos que piensan que ese día está cercano y que se lo imaginan como sobreviniendo casi por sí mismo, la cosa estaría descartada. Pero para los que creen que la sociedad burguesa va hacia el derrumbe, de lo que poseemos la prueba en un sinnúmero de fenómenos sintomáticos, pero que este derrumbe no se producirá ni arbitrariamente ni —porque depende de toda una serie de condiciones— se puede predecir con seguridad cuando acaecerá... para estos, en mi opinión, la cuestión permanece abierta» [311].

Bernstein se adhería así oficialmente a la «teoría del derrumbe» pero no creía que el derrumbe estuviese tan cercano que resultase ya superflua la colaboración con los liberales burgueses. En este punto se separaba definitivamente de Engels y Bebel, quienes pensaban —como se ha mostrado más arriba— que con la influencia, creciente como un alud, de los socialdemócratas

en las elecciones parlamentarias, estaba claro que la revolución no se haría esperar demasiados años [312].

Durante el año siguiente se temió que Bernstein fuese a retirarse totalmente de la política. Quería volver a Suiza. En sus esfuerzos por obtener una respuesta positiva de las autoridades suizas habría ido tan lejos, según datos de Bebel, como hasta prometer que no tendría actividades políticas. «Ha declarado dos veces no ocuparse más de política mientras estaba en Suiza y en Berna se sabe que por dos veces ha hecho lo contrario» [313]. En su respuesta Engels venía a decir que, en su opinión, en Bernstein no marchaba todo como debiera. «Ede... no es todavía como tendría que ser, en absoluto; tiene la manía de las menudencias y recuerda cada vez más a la sabiduría de su tío, el del *Volks-Zeitung*; a menudo me parece que ante mí está el viejo Aaron redivivo» [314]. Aaron Bernstein era el tío de Eduard Bernstein y el editor del berlinés *Volks-Zeitung*. Era liberal y antisocialista. La comparación fue pues ya muy lejos.

Medio año después el juicio de Engels sobre Bernstein todavía era más duro. En abril de 1893 los socialdemócratas belgas habían utilizado con éxito la huelga como arma y habían forzado una resolución para la introducción del sufragio universal. Por esta razón se discutía en la Socialdemocracia austríaca desde marzo de 1893 la posibilidad de utilizar el mismo método también en Austria. Engels — como también claramente el presidente del partido austríaco, Víctor Adler — estaba en contra de una discusión pública del tema y recordaba que el movimiento obrero austríaco todavía no estaba maduro para un ajuste de cuentas definitivo: «La huelga política tiene, o bien que vencer inmediatamente — solo por la amenaza que representa (como en Bélgica, donde el ejército *estaba muy vacilante*) — o bien acaba en un ridículo colosal o bien acaba *conduciendo* directamente a las barricadas. Y esto en Viena, donde, con los checos, croatas, rutenos, etc., se os puede disparar sin más a las masas... Los trabajadores vieneses tienen que esperar hasta que hayan obtenido mediante el derecho de voto el medio de *contarse* a sí mismos y a sus amigos en provincias; entonces conocerán su fuerza y la correlación de esa fuerza con las enemigas» [315].

Por el contrario, Kautsky le propuso a Bernstein escribir un artículo sobre la cuestión [316] porque le parecía que el arma de la huelga «tiene un gran futuro y va a jugar un gran papel en las luchas que han de venir» [317]. La cuestión en sí, nuevamente, no pasaba de ser meramente estimativa. Pero Bernstein se distanciaba en el artículo también en el campo de los principios de la idea de un levantamiento armado:

«La <huelga general> en el sentido de que un día todos los trabajadores dejen quieto el arado, etc., poniendo con ello un rápido fin al ordenamiento social actual, es un sueño poético, una utopía. Como medio de llevar a los trabajadores a las barricadas es algo demencial pues ninguna persona responsable cree que con la técnica actual del militarismo que reina en todos los países el pueblo tenga alguna posibilidad en la lucha abierta contra el ejército» [318]-

Aun cuando Engels haya estado siempre en contra de la idea de aconsejar, dadas las condiciones dominantes en Austria, medios de lucha que pudiesen

conducir a una lucha armada, nunca quiso excluir, de todos modos, como se desprende del capítulo anterior, por principio, la posibilidad y la necesidad de una revolución armada en la Europa de la época [319]. Ya en el momento en que Kautsky le propuso a Bernstein que escribiese un artículo sobre esta cuestión, afirmando en la carta a Bernstein que las luchas de barricadas estaban anticuadas, Engels replicó que las luchas de barricadas bien podrían volver a utilizarse algún día. También le desaconsejó inmediatamente a Bernstein que escribiese el artículo:

«Ede me leyó ayer tarde lo que le escribiste tú acerca de un artículo sobre la huelga como medio de lucha política. *Le* he desaconsejado decididamente que escriba el artículo. En mi opinión ya ha dejado lo suficientemente claro en la historia de la electividad de tres clases [320] que se ha convertido en un hombre que ha perdido el contacto con las masas y que razona desde fuera, desde el gabinete de estudio, doctrinariamente, sobre cuestiones de la praxis inmediata...

...Tú mismo dices que las barricadas están anticuadas (pero pueden volver a ser útiles desde el momento en que el ejército es socialista de 1/3 a 2/5 y de lo que se trata es de darle ocasión de escindirse)...» [321].

Así pues, para Engels, bajo determinadas condiciones, podía volver a utilizarse el medio de lucha que Bernstein calificaba de «demencial» [322]. La idea que sobre Bernstein se expresa en la carta vuelve a aparecer en el comentario de Bebel al artículo de aquel, al ser publicado, a pesar de todo, en febrero de 1894. «Ede se ha ocupado también en *NZ*, con esa diplomacia que poco a poco se ha ido convirtiendo en su segunda naturaleza, de la huelga general con objetivos políticos; pero lo ha hecho con tantas cláusulas que los partidarios de lo mismo que él apenas van a poder sacar argumentos de importancia a su favor. Si no lo hubiese escrito tampoco hubiese pasado nada» [323]. En el mismo espíritu le escribió medio año después a Engels: «Ede es cada vez más flojo y diplomático en los informes que escribe: se nota que ha perdido todo contacto con las condiciones prácticas y con la agitación; nos podríamos pasar sin lo que envía como corresponsal y no perderíamos demasiado. El *Frankfurter Zeitung* publica informes mucho más instructivos acerca de la situación inglesa que los suyos» [324]. Pero lo que ni Engels ni él pensaban abiertamente era que la diplomacia que casi se había convertido en la segunda naturaleza de Bernstein fuese la consecuencia natural del hecho de que este había empezado a variar en sus concepciones [325]. Ignaz Auer dio muy acertadamente cuenta de la situación un año después en una carta a Víctor Adler. Engels ya había muerto:

«Pero en lo que el Viejo es insustituible es en la exhaustividad. Con todos los respetos para los más jóvenes padres de la iglesia, pero la rica experiencia y la autoridad de Engels le falta precisamente a Kautsky también, Ede duda de sí mismo...» [326].

C) EL ESTUDIO DE BERNSTEIN DE LA REVOLUCIÓN DEL AÑO 1848

Las concepciones de Bernstein se iban transformando paso a paso y aunque aquí no podamos seguir en detalle este desarrollo, no es menos cierto que el contenido general de tal evolución está muy claro. Cada vez más se afirmaba en él la idea de la posibilidad del paso del capitalismo al socialismo «en el marco de la lucha legal», «en el marco de la legalidad», es decir, sin una ruptura con el estado existente y sus instituciones. Empezó a ver en la cuestión de si el socialismo estaba cerca o lejos, y en la del camino para llegar a él y los métodos para su realización, signos distintivos de diferentes tipos de socialistas [327]. Él mismo no creía que el socialismo fuese algo inminente y, por tanto, se trataba de concentrar el interés fundamental en los problemas actuales. Una de las causas de esta convicción era que no creía que la capa media de la sociedad fuera a desaparecer [328]. Si todos los antagonismos de la sociedad no se polarizaban rápidamente hacia uno solo, a saber, el que opone a capitalistas y obreros, ¿cómo iba a ser posible hacer, en estas condiciones, una revolución socialista? Consecuentemente fueron creciendo progresivamente sus simpatías hacia el ala derecha del partido alemán, la cual era vista con mucha preocupación por los marxistas del partido [329].

¿En qué condiciones se llegó entonces a una ruptura decisiva? Generalmente se alude a la serie de artículos sobre «Problemas del socialismo», que Bernstein comenzó a publicar en *Neue Zeit* a partir de octubre de 1896. Sin embargo esto no es correcto. La ruptura se efectuó en el comentario y en el epílogo a la edición alemana de la *Historia de la revolución francesa de 1848* de Louis Hérítier que Bernstein escribió en 1895 o 1896 [330]. Peter Gay no dice absolutamente nada de este trabajo. Pierre Angel pasa por encima de él en unas pocas líneas [331]. Algunos socialdemócratas contemporáneos de Bernstein parecen no darse cuenta de lo que este escribió en esta ocasión. Si lo hubiesen hecho no habrían tenido por qué maravillarse tanto después de la defección de Bernstein. En ese estudio sobre los revolucionarios franceses del año 1848 Bernstein se dedicó a atacar duramente a los insurrectos y a defender a los que aplastaron la insurrección. Su argumentación estaba en contradicción casi punto por punto con la que Marx había expuesto en *Las luchas de clases en Francia 1848-1850*, obra reeditada en 1895. Y se trataba de una argumentación tan claramente emocional que ningún lector podía dudar en realidad de que de lo que se trataba era de una polémica contra los que entonces eran partidarios de la revolución.

Bernstein editó nuevamente su estudio en 1921 creyendo que este podía servir como antídoto contra los «bolcheviques» y contra «la inundación de todos los países por sus agentes» [332]. Estaba firmemente convencido de que las enseñanzas que había extraído de la historia revolucionaria del año 1848 tenían mucho valor y podían ser utilizadas en aquella época, tras la Primera Guerra Mundial: «Cuanto más me ocupaba yo mismo del estudio de la Revo-

lución de febrero más llegaba a la convicción de que de lo que se trataba en los choques que había provocado el curso de su desarrollo era de las consecuencias de problemas de naturaleza económica y de la influencia de ideologías insuficientemente fundamentadas, las mismas causas que previsiblemente vendrían a amenazar en alto grado el curso favorable de una próxima revolución...

Como el libro de Hérítier estaba escrito en primer lugar para los trabajadores alemanes, me pareció conveniente contribuir a la edición con notas o añadiduras allí donde, en determinados puntos, la leyenda podía confundir el juicio de los lectores y llevarles a error y restablecer la verdad histórica tal como se me presentaba en el estudio de los sucesos en cuestión. Se trata realmente del juicio de las acciones llevadas a cabo por las fracciones extremas del socialismo francés de la época, los blanquistas entonces llamados babouvistas y los elementos ideológicamente próximos a ellos y que o bien tenían como enemigos declarados a los socialistas más reformistas o bien no colaboraban en absoluto...

La cuestión es, efectivamente, que la Revolución de febrero de 1848 sacó a la luz un tipo de revolución que se diferenciaba en algunos puntos esenciales de las grandes revoluciones políticas de las generaciones anteriores y es precisamente tal diferencia la que hace de ella el modelo de la revolución política que hay que esperar en los países avanzados...

Este estudio me había hecho la más profunda impresión. Me hizo ver con claridad ante qué problemas iba a situar a la Socialdemocracia una revolución política en la avanzada Alemania y me hizo reconocer el imperativo de escribir para ejercer influencia en el sentido de una ruptura total tanto con la leyenda como con las consignas y argumentos que se derivan, fundamentalmente, de ella» [333].

Esta es en parte una construcción *a posteriori* escrita bajo la impresión de las experiencias de la Revolución de noviembre de 1918 en Alemania. Pero, en lo fundamental, está reforzada por lo que el autor escribió en el capítulo sobre marxismo y blanquismo que figura en las *Premisas del socialismo* y que expone una síntesis de los estudios de la historia de la revolución de Hérítier.

En todos los puntos fundamentales de la exposición de la Revolución francesa de 1848 —la formación de la comisión de trabajo en el Palais de Luxembourg, la manifestación obrera ante el Ayuntamiento el 16 de abril, las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente del 23 de abril y, sobre todo, la insurrección de junio— Bernstein dio una explicación del desarrollo de los acontecimientos diametralmente opuesta a la de Marx. Marx consideraba que la comisión de trabajo dirigida por el socialista reformista Louis Blanc era una concesión táctica del gobierno provisional [334]. Las ideas reformistas de Louis Blanc eran para Marx utopismo puro. Por el contrario, para Bernstein, la propuesta de la comisión significaba «todo un plan de reformas sociales de realización inmediata» y consideraba la comisión como un todo como «representante... de las aspiraciones de la parte ideológicamente desarrollada de la clase obrera francesa de la época» [335]. Según Marx, la manifestación ante el Ayuntamiento del 16 de abril era una provocación urdida por el gobierno pro-

visional con el fin de tener un pretexto para llamar a París al ejército [336]. Por el contrario, para Bernstein se trataba de un complot de los revolucionarios socialistas, es decir, de los blanquistas [337]. Estos últimos, que para Marx representaban el verdadero partido revolucionario, no eran para Bernstein otra cosa que terroristas sedientos de sangre:

«Louis Blanc y los elementos de Luxembourg habían querido obtener de él [338], por medio de la manifestación, reformas que apuntaban al socialismo obrero; los que se agrupaban en torno a Blanqui, que eran fundamentalmente elementos desclasados, estaban sedientos de terrorismo revolucionario, mientras que la pequeña burguesía no ansiaba nada de esto, sino que pedía medidas para la mejora de la situación social y cosas parecidas» [339].

Criticando tan consecuentemente a los revolucionarios socialistas, Bernstein encontraba justificaciones para «la antipatía, muy natural y muy fundada en la situación real, de los demócratas pequeño burgueses hacia los conspiradores comunistas y sus aventureros partidarios» [340]. Por esto condenaba también a los «socialrevolucionarios» porque querían disolver por la fuerza la Asamblea Nacional que se había formado como resultado de las elecciones del 23 de abril (y que había provocado que los representantes de los trabajadores, Blanc y Albert, fuesen excluidos del gobierno). Esto solo podía llevar a la reacción [341]. Para Marx, por el contrario, la República no era algo definitivo. La República de febrero se había constituido gracias a la lucha de la clase obrera y con el apoyo pasivo de la clase burguesa. Por una parte se había eliminado así la común oposición de la burguesía y la clase obrera a la Monarquía de julio. Por otra parte, no obstante, con ello apareció con más claridad a la luz del día la oposición entre la clase obrera y la burguesía. La república era para Marx tan solo una forma del estado; su advenimiento no modificaba las relaciones sociales. Ahora las dos clases más importantes pretendían conformar el contenido de la república de acuerdo con sus respectivos intereses. Mientras que los trabajadores exigían la república *social*, la Asamblea Nacional, reunida desde el 4 de mayo, proclamó la república *burguesa*. Por esta razón, para Marx era completamente natural que los trabajadores reaccionasen, que sus representantes, Blanc y Albert, fuesen excluidos del gobierno. Seguidamente describe la irrupción de los trabajadores en la Asamblea Nacional el 15 de mayo y su intento de obtener las promesas sociales cumplidas. Pero el levantamiento fue aplastado y los dirigentes —Blanqui y otros— encarcelados. Su descripción de los acontecimientos ulteriores es generalmente conocida: cómo el nuevo gobierno ordenó que todos los trabajadores solteros o bien abandonasen los Talleres Nacionales o ingresasen en el ejército y cómo esta medida provocó el 22 de julio el levantamiento de los trabajadores, que duró cinco días. El juicio final de Marx acerca de la Revolución de junio es el siguiente:

«La Revolución de febrero fue la *hermosa* revolución, la revolución de las simpatías generales, porque los antagonismos que en ella estallaron contra la monarquía dormitaban *incipientes* todavía, bien avenidos unos con otros, porque la lucha social que era su fondo solo había cobrado una existencia aérea, la existencia de la frase, de la palabra. La *Revolución de junio* es la revolución fea, la revolución repelente, porque el hecho ha ocupado el puesto de la

frase, porque la república puso al desnudo la cabeza del propio monstruo al echar por tierra la corona que le cubría y le servía de pantalla...

El proletariado de París fue *obligado* por la burguesía a hacer la Insurrección de junio. Ya en esto iba implícita su condena al fracaso. Ni su necesidad directa y confesada le impulsaba a querer conseguir por la fuerza el derrocamiento de la burguesía, no tenía aún fuerzas bastantes para imponerse esta misión... y fue su derrota la que le convenció de esta verdad: que hasta el más mínimo mejoramiento de su situación es, *dentro* de la república burguesa, una *utopía*; y una utopía que se convierte en crimen tan pronto como quiere transformarse en realidad. Y sus reivindicaciones, desmesuradas en cuanto a la forma, pero minúsculas e incluso todavía burguesas por su contenido, cuya satisfacción quería arrancar a la República de febrero, cedieron el puesto a la consigna audaz y revolucionaria: ¡Derrocamiento de la burguesía! ¡Dictadura de la clase obrera!» [342].

Para Marx, la Revolución de junio era tanto un drama del destino como una epopeya heroica. Los trabajadores se habían visto obligados por su situación crítica a llevar a cabo el levantamiento a pesar de que, dada la inferioridad de sus fuerzas, este estaba condenado al fracaso. La Revolución de junio fue precursora de la historia de las modernas luchas de clases porque puso claramente en primer plano el antagonismo entre la burguesía y el proletariado. A partir de este momento, dicho antagonismo queda reconocido en toda su centralidad.

Bernstein la enjuiciaba de un modo totalmente diferente. Para él la Revolución de junio no era en realidad un episodio de la lucha de clases ni tampoco había sido necesaria. Mientras que para Marx se trataba de un conflicto de clases agudizado al máximo que había conducido a que las clases en acción se encontrasen situadas en una posición de disyuntiva, para Bernstein se trataba de un conflicto entre dirigentes de partidos rivales que se decidieron a dirimir el conflicto por medio de una batalla en vez de hacerlo gradualmente. Lo malo era para Bernstein que ciertas «personalidades (hubiesen) *instigado* a los obreros a ir a las barricadas, personalidades para las que un triunfo, no solo provisional, de los trabajadores habría sido la cosa más incómoda del mundo» [343]. Desgraciadamente, los Talleres Nacionales se habían convertido también en «zonas de reclutamiento para el socialismo revolucionario»:

«En otras condiciones habría ido lo más discreto posible, paso a paso, sin trastornos, la contradicción que experimentó la transformación habría conducido a la manifestación, pero sin dar lugar a un levantamiento tan desesperado. En medio de una revolución, por el contrario, en la que cada día que pasa les puede costar su posición tanto a los partidos como a los dirigentes, la solución más rápida aparece ante sus ojos como la mejor» [344].

Bernstein pensaba que había que tomar con cuidado la expresión «baño de sangre» de los insurgentes vencidos. «El carácter francés, tan fácilmente excitable, con una curiosa mezcla de credulidad y de desconfianza, muy bien podía no captar las cosas en su justa medida» [345]. También quería salir en defensa del hombre al que los demócratas de 1848 y los revolucionarios apelaban el «Carnicero de Junio»: el general Cavaignac. No era necesario —co-

mentaba Bernstein— dar crédito a la versión según la cual Cavaignac habría llorado en su habitación. Pero sus medidas habían sido del todo necesarias y, por lo demás, estrictamente militares:

«Admitida la necesidad de la represión del levantamiento —y para la república burguesa era una necesidad— las medidas de Cavaignac solo han de ser juzgadas desde un punto de vista militar. Es conveniente liberarse de la visión melodramática que solo veía en cada disparo hecho desde las barricadas un acto heroico y en cada disparo dirigido contra ellas un acto asesino» [346].

Bernstein se oponía también a la idea de que «el burgués sea cobarde por naturaleza mientras que el proletario sea por naturaleza valiente». Le parecía simplemente engañoso callarse «que los burgueses de la Guardia Nacional habían dado en los días de junio muchas pruebas de su valor» [347]. Por lo demás, la clase burguesa había sido cuantitativamente tan superior que el destino del levantamiento había estado claro desde un principio. Muchos trabajadores se habrían dado cuenta de esto, como Proudhon, y se habrían quedado en casa. «Esto es algo que los demagogos de la prensa y de las tribunas, que habían instigado a los trabajadores a ir a la lucha de barricadas, no les habían dicho a estos» [348]. Mientras que Marx había concluido de la Revolución de junio: «La Revolución ha muerto, ¡Viva la Revolución!», para Bernstein el episodio mostraba lo fútil de todo empeño revolucionario.

Tras estos comentarios acerca de los momentos decisivos de la revolución, Bernstein pasaba a exponer sus puntos de vista fundamentales sobre la Revolución francesa de 1848 vista en su conjunto. Esto le daba ocasión de desarrollar su concepción acerca de la reforma y la revolución, para la que sucesivamente había ido preparando el terreno. Para ello le pareció que su primera tarea era tomar una posición con respecto a la continuación histórica del levantamiento de junio, es decir, la Comuna de París de 1871. Pues para Marx y Engels, la Comuna de París era «esencialmente un *gobierno de la clase obrera*, el resultado de la lucha de los productores contra la clase poseedora, la forma política al fin descubierta bajo la cual se podía realizar la liberación económica del trabajo» [349]. Por el contrario, Bernstein afirmaba que la Comuna de París tan solo había sido «un episodio en la historia del siglo XIX» [350]. No se iba, con seguridad, a repetir [351]. Algo muy diferente ocurría con la república burguesa instaurada gracias a la Revolución de febrero, pues «aceptada por toda la nación», se podía desarrollar libremente [352]. «En realidad el 24 de febrero de 1848 inaugura la era de la democracia europea» [353]. Y en eso se tenía que quedar según Bernstein, pues «en 1848 era imposible en Francia una victoria del socialismo revolucionario. Aquellos que no querían darse cuenta de este hecho, tenían que sucumbir del mismo modo que los cartistas sucumbieron en la mucho más avanzada Inglaterra» [354]. Nadie podía afirmar «que la batalla de junio había sido una necesidad» [355]. El único error había sido que los trabajadores se habían dejado guiar por los revolucionarios en vez de por los socialistas reformistas. «Que los dirigentes del pueblo revolucionario parisiense sean fantasiosos llenos de frases o políticos de amplias miras es lo que hace que algo como la batalla de junio sea necesario o no» [356]. Si Marx no había expuesto las cosas de este modo era porque veía la Revolución de

1848 «absolutamente desde el punto de vista del hombre de partido en lucha, a saber, del luchador en el que la excitación de los acontecimientos que critica todavía pervive sin paliativos, del luchador que tenía frente a sí a las personas que intervinieron, como enemigos, a las que combatía todavía desde el exilio. En estas condiciones, pedirle a Marx la objetividad del historiador personalmente ajeno a los hechos, para el que tanto el representante de sus propios puntos de vista como el enemigo son figuras del mismo valor, constituye plantearle una exigencia a la que ni quería ni podía acceder» [357].

Bernstein pasó de aquí —por primera vez— a una crítica abierta a Marx y, más exactamente, a su convicción de que los blanquistas hubiesen sido «los verdaderos dirigentes del partido proletario» [358]. Este era un papel que Bernstein, contrariamente, quería atribuir a Louis Blanc, quien había sido caracterizado por Marx en términos satíricos, y al resto de los socialistas reformistas de la comisión de trabajo que se reunía en el Palais de Luxembourg.

Mientras que los blanquistas habrían procurado hacer la revolución, estos últimos se habrían esforzado, por el contrario, en impedirla: habrían sido «de todas las formaciones radicales parisienses los que más sinceramente dispuestos a la conciliación estaban» [359]. En este punto aparece por primera vez con claridad la proclamación reformista de Bernstein:

«Los portavoces de Luxembourg miraban hacia adelante; los Albert, Vidal, Pecquer, Blanc, Considérant y los trabajadores que estaban de su parte, investigaban las condiciones reales para seguir construyendo sobre su base. En los clubes, por el contrario, se miraba hacia atrás, se buscaban inspiraciones en el pasado; en ellos era donde sobre todo se intentaba remedar a los hombres de la gran Revolución francesa.

Los socialistas del Luxembourg, como también las masas de los numerosos socialistas franceses de aquella época —con la excepción de Cabet, Leroux, Proudhon, etc.—, se esforzaban en evitar cualquier choque violento entre los burgueses y los trabajadores, pues decían comprensiblemente que, dadas las circunstancias, en nada podía beneficiar a los trabajadores y tan solo vendría a perjudicar a la joven república» [360].

Pero Bernstein dio todavía un paso más. Consideró también al gobierno provisional, que para Marx era un compromiso de clases inestable a largo plazo [361], como el mejor de todos los representantes posibles de la clase obrera. Si los trabajadores no se habían dado cuenta de esto había sido por culpa de los «clubes revolucionarios... (que) aterrorizaban a la opinión pública... con la excepción de aquellos clubes... que al menos no comprometían a la república» [362]. Lo que los revolucionarios no habían comprendido en absoluto, en la interpretación de Bernstein, era que una revolución presupone una economía que funcione. Mientras que Marx había afirmado que no se podía hablar de una «verdadera revolución» si la economía no se derrumbaba [363], Bernstein se adhería a la concepción proudhoniana. Citaba mostrándose de acuerdo el artículo de Proudhon en *Le Peuple* de 29 de abril de 1848, que contenía los argumentos que más tarde había de utilizar en el capítulo dedicado a marxismo y blanquismo en *Las premisas del socialismo* [364]:

«Trabajador: no es en los clubes donde se le ha de dar la batalla a la propiedad; es en vuestros talleres, en los mercados donde ha de hacerse. Pronto estudiaremos con vosotros esta nueva estrategia. Dejadles a los burgueses la política y la elocuencia. Nada os pueden enseñar las artes oratorias de los clubes» [365]. Según Bernstein, esto estaba expresado un poco excesivamente, pero «ponía el dedo en la llaga». En ausencia de una economía floreciente, para Bernstein, la revolución solo podía conducir a la contrarrevolución. Es interesante comprobar que paralelamente a Bernstein (1896) este axioma del socialismo por reformas de Proudhon era formulado en Francia por Sorel (véase capítulo 6, apartado e) en su estudio sobre la filosofía de Vico. De hecho, tanto Sorel como Bernstein se imaginaban que el paso al socialismo presuponia un capitalismo que funcionase bien.

Los socialistas reformistas querían también «activar la circulación dándole así un empujón efectivo a la producción» [366]. Pero ¿qué hacían los «socialistas revolucionarios»?

«Por el contrario, en los clubes se hacía todo lo posible por atemorizar al mundo de los negocios para agudizar indefinidamente la crisis. Se imaginaba que así se hacía avanzar la revolución, pero en realidad lo que se hacía era acelerar el advenimiento de la contrarrevolución... En realidad los clubes eran focos de quijotadas revolucionarias» [367].

Esta concepción, que había de encontrar su expresión clásica durante la Revolución de noviembre de 1918 en la advertencia de Friedrich Ebert: «La transformación política no debe entorpecer el sustento de la población» [368], estaba naturalmente en contradicción con la concepción de Marx y Engels. Bernstein era consciente de esto. Por ello les criticaba en este punto. El hecho de que Marx y Engels hubiesen considerado a los blanquistas y a los clubes revolucionarios como la «representación de la clase obrera» habría sido una contradicción de aquellos [369]. Para Bernstein, esta contradicción había de ser puesta claramente de relieve, pues la interpretación según la cual los socialistas revolucionarios representaban los intereses de los trabajadores podía ser objeto de reivindicación en cuanto a su validez en el futuro. Bernstein no creía que «el caos económico pueda ser la mejor condición previa para el nacimiento de una reorganización viable»:

«Precisamente en la sociedad moderna, con sus increíblemente complejas interrelaciones, con la elevada dependencia recíproca de las esferas de producción que la caracteriza, es difícil creer en la verosimilitud de tal interpretación. Los trabajadores pueden estar interesados en un determinado momento en que de algún modo «todos los engranajes» se paren, pero nunca pueden estar interesados en que estos se oxiden» [370].

Bernstein consideraba que este problema era de gran importancia, pues «probablemente, toda revolución futura se enfrentará con el mismo problema —e, incluso, seguramente, a una escala mucho mayor» [371]. En el año 1848, «el alboroto de los clubes... había llevado al extremo la crisis social. Todas las empresas paraban, la confianza del mundo de los negocios estaba por los suelos». La consecuencia habría sido que los Talleres Nacionales se habían llenado de parados. Pero no solo de parados. También habrían sido «un pun-

to de reunión del lumpenproletariado de la capital y un cómodo alojamiento para obreros huelguistas» [372]. En tales circunstancias, la liquidación de los Talleres Nacionales se había convertido en una necesidad. Lamentable habría sido tan solo el modo como se llevó a cabo su liquidación. Habría sido «sin duda, una muestra de falta de tacto», por lo que había actuado como un desafío. Por otra parte, la liquidación de los Talleres Nacionales no habría sido algo así como un rayo en un cielo sereno sino que, en realidad, había sido un eslabón más de toda una cadena de «provocaciones y contraprovocaciones en la que las intrigas personales, la vanidad de creador y la conspiración aventurera jugaron un papel casi tan importante como los verdaderos antagonismos de clase» [373]. En realidad, Bernstein dudaba de que «generalizaciones como «la burguesía» y «el proletariado» fuesen utilizables en el análisis del conflicto, «porque tanto en el campo burgués como en el proletario existían las más diversas formaciones partidistas e influían los más diversos impulsos anímicos» [374]. Este error de juicio lleno de consecuencias habría sido perpetrado no solo en 1848: se cometía «también hoy a gran escala» [375]. En 1848 no lo habrían dejado de cometer los socialistas sino los republicanos [376]. De todo esto, Bernstein extraía la siguiente conclusión: «Habría sido de una imposibilidad completa la constitución de un gobierno más radical que el que fue proclamado el 24 de febrero; dada la constitución social de Francia, estaba completamente excluida, bajo cualquier circunstancia, la posibilidad de un gobierno compuesto únicamente por socialistas» [377]. Parece como si con esto hubiese querido decir que el tipo de gobierno que representaba el gobierno provisional de Ledru-Rollin y Louis Blanc, era a lo que se debía aspirar también a fines de los años noventa [378]. Es interesante poner de manifiesto que, en 1918, la Socialdemocracia alemana formó realmente un gobierno moderado de esta especie con la aprobación de Bernstein [379]. En aquella ocasión a Bernstein le pareció necesario el aplastamiento que hizo Noske de la insurrección de los espartaquistas [380]. Del mismo modo había juzgado en su estudio sobre la Revolución de 1848 el aplastamiento que hizo Cavaignac del levantamiento de junio de 1848:

«Cuando se hizo inevitable el que a los trabajadores parisienses se les tuviese que hacer entrar en razón acerca de la naturaleza real de las cosas por medio de las balas de los fusiles, a este entrar en razón pertenecía el reconocimiento de que la «dictadura de la clase obrera» había de ser por mucho tiempo todavía una cosa imposible y también el reconocimiento de que no era «la verdad que la más mínima mejora de su situación es una utopía en el marco de la república burguesa» (Marx). En este punto Marx mismo cayó en los errores de los socialistas revolucionarios de aquellos días, cosa que más tarde ocurriría también en Inglaterra» [381].

Por primera vez, Bernstein tomaba posición abiertamente, profundamente y en toda la línea contra la conquista revolucionaria del poder. Sin embargo, ninguna reacción siguió a lo que había escrito. ¿Se debió esto quizás a que se trataba de un tema histórico de modo análogo a lo que también entonces escribió Sorel, en el mismo espíritu, sobre la filosofía de la historia de Vico?

Una cosa está clara y es que aproximándose a los socialistas reformistas Proudhon [382] y Louis Blanc [383], rechazados por Marx, refiriéndose expresivamente a su enjuiciamiento de la revolución de 1848, Bernstein daba una interpretación tanto de la Revolución de 1848 como de la Comuna de París de 1871 absolutamente opuesta a la de Marx. Para Marx, Auguste Blanqui y sus seguidores eran los verdaderos socialistas. Para Bernstein lo eran Louis Blanc y otros socialistas reformistas moderados. Marx veía ciertamente que los blanquistas habían sido socialistas insuficientes: no habían llevado a cabo con suficiente radicalismo la revolución. Pero Bernstein estaba contra los blanquistas precisamente por la intervención revolucionaria de estos. Sobre todo no tenían que haber querido llevar la revolución más allá de los límites marcados por la república y la democracia parlamentaria. Pero *precisamente* el traspasar tales límites revolucionariamente —«la odiosa revolución»— es lo que hacía, para Marx, importante y precursora a la Revolución de 1848. En la exposición que Marx hacía del curso de la revolución, lo decisivo era el antagonismo entre la burguesía y el proletariado y cuanto más claramente hubiese aparecido este antagonismo tanto más rápidamente se habría dilucidado la revolución. Por el contrario, Bernstein desechó este antagonismo como más o menos irrelevante y lo relegó a un segundo plano llegando incluso tan lejos como a dudar de que fuese correcta y tuviese sentido la utilización de conceptos como burguesía y proletariado. Precisamente por esto la represión de Cavaignac al levantamiento de junio le parecía a Bernstein simplemente una operación militar de limpieza contra turbas populares dadas al salvajismo [384].

Tan solo en un aspecto había un punto de contacto entre Marx, Engels y Bernstein; en la cuestión de la importancia de la economía para la revolución. Coincidían en que la estructura económica de 1848 todavía estaba demasiado atrasada como para que hubiese sido posible una revolución obrera victoriosa. Marx solo llegó, en parte, a esta conclusión mientras trabajaba en su escrito sobre *Las luchas de clases en Francia 1848-1850*, Engels había desarrollado la tesis en su introducción a la reedición del año 1895. Tampoco dejaban de considerar que las condiciones económicas eran completamente desfavorables para la transformación política. Marx y Engels pensaban, en primer lugar, que una verdadera revolución era algo imposible sin un derrumbe del sistema económico de la burguesía. Bernstein pensaba que precisamente un derrumbe tal haría imposible una verdadera revolución. El resultado sería la anarquía, una confianza muy reducida del mundo de los negocios en el nuevo régimen y, finalmente, la contrarrevolución.

Por otra parte, Bernstein estaba decididamente en contra de las revoluciones desesperadas. Marx no estaba en contra. No siempre había que evitar las revoluciones desesperadas. Esta era la causa de que en un principio Marx se opusiese a la insurrección de los trabajadores de París en abril de 1871 y que luego, más tarde, se adhiriese a ella [385]. Hasta cierto punto, para Marx, este tipo de revoluciones no eran solo inevitables sino también históricamente valiosas si aquellos que habían tomado parte en ellas aprovechaban las experiencias negativas [386].

Pero más importante que esto era otro punto. Según la tesis que Engels defendía en la introducción a *Las luchas de clases en Francia 1848-1850*, la revolución industrial había dado lugar después de 1848 a una nueva situación en el continente europeo para el movimiento obrero socialista. De momento, la Socialdemocracia tenía que dedicarse a la organización y a la propaganda y medir en las elecciones generales su fuerza con respecto al enemigo. Pero cuando este desarrollo desbordase —como él decía— al enemigo, entonces se presentaría una situación revolucionaria.

Este era, precisamente, el punto clave de las dudas de Bernstein. Ya en 1894 había subrayado en un artículo acerca de la huelga en tanto que instrumento político que, teniendo en cuenta la fortaleza del aparato militar, un choque armado sería una locura. Quería evitar, por todos los medios, que las fuerzas se midiesen. En este empeño, era lógico que dirigiese su crítica en primer lugar contra aquellos que compartían la misma perspectiva revolucionaria que Engels. En aquella época, Bernstein todavía no podía decir estas cosas demasiado abiertamente. Pero lo podía decir bajo la forma de un comentario histórico. *Hablaba* de Blanqui. Pero *pensaba* en aquello que era blanquista *en Marx* del mismo modo que Sorel apuntaba en realidad a los socialistas revolucionarios de su época cuando criticaba a los «jacobinos».

De todos modos no eran en primer término las condiciones militares de la revolución el factor condicionante del distanciamiento de Bernstein con respecto a la perspectiva revolucionaria del marxismo. Fue una motivación económica la que le llevó sobre todo a la ruptura. Para Marx y Engels el capitalismo tenía la tendencia a agudizar y simplificar cada vez más los antagonismos de clase. Esto venía, naturalmente, a facilitar la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista. Bernstein pensaba que Marx y Engels sobreevaloraban los cambios que ya habían actuado en este sentido. Además, estaban actuando nuevas tendencias a la diferenciación de la sociedad que venían a anular la polarización de las fuerzas de clase en la que, en su opinión, se basaba la perspectiva de Marx y Engels. Parece que, en este contexto, no es posible decir si con ello estaba racionalizando *a posteriori* una posición política a la que ya había llegado previamente en lo concerniente a la cuestión de la justificación de la revolución o bien si tal posición era el fruto de sus observaciones del desarrollo económico, pues las dos líneas de su pensamiento discurren en el tiempo más o menos paralelamente. En todo caso, Bernstein pensaba que el capitalismo todavía no había creado los presupuestos económicos de la revolución socialista. Pero para poder convencer a la Socialdemocracia tenía que probar su tesis. Con esta finalidad escribió la serie de artículos titulada «Problemas del socialismo» y su síntesis *Las premisas del socialismo y las tareas de la Socialdemocracia*.

D) PROBLEMAS DEL SOCIALISMO

Bernstein inició su serie de artículos «Problemas del socialismo» en octubre de 1896 con el artículo titulado «Allgemeines über Utopismus und Eklektizismus». Más adelante habremos de volver tanto a este como al resto de los artículos de la serie. Aquí solo van a ser resaltadas las líneas esenciales. En principio, Bernstein exponía su nueva concepción solo tentativamente y sin generalizar. El contenido esencial, sin embargo, se puede caracterizar con facilidad [387].

Ya el primer artículo contenía los puntos esenciales. Para Bernstein la influencia de la clase obrera y del movimiento obrero socialista había crecido de tal modo que podía influir decisivamente sobre el desarrollo social «sin que todavía se pudiese hablar de una dictadura del proletariado». «A pasos agigantados» se acercaba para la Socialdemocracia el momento en que esta podría modificar «su punto de vista hoy esencialmente crítico» y avanzar «propuestas positivas de reformas» que «fuesen más allá del terreno de las reivindicaciones salariales, de seguridad social y análogas». Desde este punto de vista, se podía hablar prácticamente «de un transcrecimiento de la sociedad en el socialismo». Pero esto tenía como consecuencia la consideración «decididamente anticapitalista» de la vía que lleva a la estatización y municipalización de la actividad económica. Pero sobre todo llevaba a que había que abandonar toda la concepción de una transición rápida del capitalismo al socialismo:

«Tomemos, por ejemplo, el muy citado capítulo acerca de la tendencia histórica de la acumulación capitalista que figura en el primer tomo de *El Capital*. Ya la palabra «tendencia» del título debería prevenir contra todo lo que signifique sacar las tesis allí expuestas de su contexto y darles una interpretación literal.

Sin embargo, una y otra vez se repite la interpretación según la cual la «expropiación de los expropiadores» vendría a significar algo así como un acto necesariamente similar a una catástrofe y realizado, simultáneamente, en toda la línea.

Esto es completamente utópico. Pues si bien es indudable que las catástrofes sociales pueden acelerar mucho el curso del desarrollo, y probablemente todavía lo harán, lo que no pueden hacer desde luego es crear del día a la noche *aquella homogeneidad de las condiciones* que sería necesaria para la transformación simultánea de la economía y que, en todo caso, hoy todavía no existe» [388].

La última frase del fragmento citado da la clave para la comprensión de la parte teórica del revisionismo bernsteiniano. Bernstein se planteaba, evidentemente, que para Marx, la transformación socialista suponía no solo una transformación política relativamente rápida sino también una transformación económica casi igualmente rápida. Pero una transformación económica rápida solo sería posible, naturalmente, si las condiciones económicas (sobre todo la estructura empresarial) eran aproximadamente similares y homogé-

neas. Pero no era este el caso en la realidad. Así pues, una revolución rápidamente llevada a cabo (una «catástrofe») era algo impensable [389].

Una gran parte de los artículos siguientes de la serie estaba dedicada a intentar mostrar la heterogeneidad de las condiciones económicas de la Europa de los años noventa. Reconocía que se estaba produciendo una concentración de la producción en particular en la industria [390]. Pero al mismo tiempo declaraba que «de los ocho millones de personas que más o menos trabajan en la industria... por lo menos cinco millones lo hacen en la industria mediana y pequeña; por lo menos la mitad corresponderían a los pequeños talleres — artesanía e industria doméstica» [391]. Por lo que se refería a las «empresas colectivistas», Bernstein concluía su artículo con el interrogante de si estaban maduras «para ser retiradas de la economía privada» [392].

Pero solo medio año después (en marzo/abril de 1897) podía ya dar una respuesta a este interrogante. «Solo en una parte muy reducida puede llevarse a cabo la transferencia directa al estado de la producción por medio de empresas públicas» [393]. Esta conclusión se refería sobre todo a la agricultura. Incluso por lo que se refiere al clásico país de la gran propiedad, Inglaterra, era «una suposición equivocada la idea de que el desarrollo económico lleva a pasos agigantados a la reducción del círculo de los propietarios de la tierra» [394]. Esto quería decir «que la idea de que la cuestión agraria se iba a ir agudizando de tal modo que un día podría ser *quasi* resuelta de un solo golpe con la expropiación de un «puñado» de magnates de la tierra y de inmensas explotaciones capitalistas, debía ser, en principio, abandonada» [395]. Esto demostraba nuevamente la necesidad de apartar la mirada de la meta socialista del futuro y dirigirla al presente:

«La verdad no es siempre agradable, pero siempre es útil. Nos enseña a dedicarnos con todas nuestras fuerzas a aquellas tareas que podemos resolver y nos previene de soñar en versiones prefabricadas de soluciones para las que todavía no se han alcanzado los requisitos necesarios» [396].

Pero esta valoración de los presupuestos económicos del socialismo o, más bien, de la ausencia de presupuestos económicos, producía, con toda naturalidad, consecuencias en la valoración de los presupuestos políticos del socialismo. Ya en el artículo sobre «Utopismo y eclecticismo» Bernstein había aludido a esto. Desarrollaba el tema en «Die sozialpolitische Bedeutung von Raum und Zahl» de abril de 1897. Según la teoría del estado de Marx y Engels, la clase obrera debía perseguir la construcción de la dictadura del proletariado bajo la forma de república democrática. Engels había expuesto por última vez esta teoría en el prólogo a la edición de 1891 del escrito de Marx sobre la Comuna de París titulado *La Guerra Civil en Francia* [397]. Este objetivo político no había sido incluido en el Programa de Erfurt y, como hemos visto, Engels denunció el hecho. Pero estaba convencido, sin embargo, de que, a pesar de todo, la dirección del partido alemán estaba de acuerdo con él. Según Bernstein, por el contrario, la Socialdemocracia tenía una concepción completamente diferente:

«Dos tendencias fundamentales... hay que distinguir en el campo socialista; los unos intentan reorganizar el estado actual según determinados princi-

pios para utilizarlo como palanca de la reforma social hasta que alcance finalmente un carácter completamente socialista, mientras que los otros intentan suprimir completamente el estado, disolverlo en una serie de comunidades absolutamente independientes o de grupos libres a los que les esté reservado a elección el organizarse o federarse según su capricho o sus necesidades. La primera vía, es decir, partir del estado dado, es mantenida todavía hoy por la Socialdemocracia alemana» [398].

Con ello, Bernstein se había planteado un poco como es debido la cuestión al transformar el problema de la concepción reformista del estado contra la concepción revolucionaria en el problema de la concepción centralista del estado contra la concepción federalista. Pero, sin embargo, el significado estaba claro. El estado existente —también el alemán— había de ser conquistado paso a paso por la clase obrera hasta que fuese completamente socialista. El «transcrescimiento» hacia el socialismo, necesario a causa de la estructura empresarial, tenía así su correspondencia en la superestructura política. Le parecía también a Bernstein que comenzaba a imponerse una nueva consideración del estado en el capitalismo gracias al «socialismo municipal» inglés y francés. Esto era «muy satisfactorio» [399] para Bernstein.

En la época en que fueron publicados estos artículos, es decir, a finales de 1896 y en 1897, no se notó ninguna reacción en la Socialdemocracia alemana. Karl Kautsky, exactamente como Victor Adler, pensaba que los fabianos alabados por Bernstein «tenían que ser más agudamente recogidos» [400]. Por lo demás ni Adler ni él tenían nada que alegar en lo referente a los principios.

Sin embargo, la situación se transformó algo después de que Bernstein publicase en enero de 1898 el artículo «Die Zusammenbruchstheorie und die Kolonialpolitik» [401]. El artículo se refería a una resolución que había sido adoptada en el año 1896 en el Congreso de Londres de la Segunda Internacional. Aquella resolución decía que el desarrollo económico había llegado a tal punto «que pronto puede aparecer una crisis. El Congreso llama, por lo tanto, a los obreros de todos los países a aprender a dirigir la producción con el fin de poder, en tanto que obreros conscientes, tomar en sus manos la dirección de la producción en pro del interés general». Para Bernstein esto era sintomático. «Así ha tomado carta de naturaleza en la Socialdemocracia la convicción de que el camino del desarrollo está inevitablemente llamado a provocar como una ley natural la crisis económica general que abra la vía irreversible hacia la sociedad socialista» [402].

Pero esta deducción quedaba refutada por el censo industrial de Prusia realizado el año 1895. Bernstein reconocía que el censo indicaba la existencia «de un aumento muy importante de las grandes empresas en la industria y el comercio» [403]. Sin embargo, esto no justificaba los comentarios que con motivo del censo industrial habían aparecido en la prensa socialdemócrata y que hablaban de «una concentración tremendamente rápida de la industria», del «irresistible poder con que se impone la gran empresa», etc.

Bernstein ofrecía los resultados principales en unas tablas que pueden sintetizarse del siguiente modo [404]:

Dimensión de las empresas		1882				1895			
		Número de empresas		Número de asalariados		Número de empresas		Número de asalariados	
Número de asalariados por empresa		en términos absolutos	%	en términos absolutos	%	en términos absolutos	%	en términos absolutos	%
		I	1	755 000	62	641 000	19	674 000	58
II	1-5	412 000	34	962 000	28	409 000	35	1 078 000	24
III	5-50	49 000	4	755 000	22	79 000	7	1 070 000	24
IV	>50	5500	0,5	1 031 000	30	10 139	0,9	1 735 000	38

Después de investigar más de cerca las cifras correspondientes a las empresas más pequeñas, Bernstein sacó la siguiente conclusión: «Han retrocedido solo las empresas más pequeñas, las empresas enanas (dos operarios o menos) en parte en términos absolutos, en parte en términos relativos». Las empresas medias crecían tanto absoluta como relativamente, tanto por lo que se refiere al número de empresas como al de asalariados. Las empresas medias aparecían, por tanto, para Bernstein como una «falange claramente imperturbable» [405].

Las empresas dedicadas a comercio y transporte habían aumentado en cuanto al número de asalariados en cada una de las dimensiones consideradas. Con excepción de las de dimensión más reducida, el número de asalariados se había casi doblado por lo que se refería al número de asalariados. En la agricultura, había aumentado el número de unidades empresariales para todas las dimensiones [406].

Estos hechos —pensaba Bernstein— «dan más credibilidad a la idea según la cual se trataría solo de una lucha por la existencia *unas junto a otras* y no *unas contra otras*» [407]. Este proceso se podría explicar en parte por una diferenciación en constante aumento de la vida económica y en parte «como resultado de la *creciente capacidad de adaptación y movilidad* del mundo económico actual». Esta idea, que había sido aducida un año antes por Sorel en un artículo aparecido en la revista *Sozialistische Monatshefte* [408], iba a ocupar más adelante mucho espacio en el libro de Bernstein. Entre los factores que instigaban la creciente capacidad de adaptación y la creciente movilidad del capitalismo, Bernstein entresacaba fundamentalmente tres: el sistema crediticio, las nuevas formaciones de cárteles y el sistema de comunicaciones, que había adquirido gran densidad. También Engels había llamado la atención acerca de estos nuevos elementos en el tercer tomo de *El Capital*. Concluía que tales elementos entrañaban «el germen de una crisis más poderosa» [409]. Sin

embargo, Bernstein, como Brentano —véase el capítulo 1—, creía que, en todo caso, los cárteles y trusts habían estabilizado al capitalismo [410]. Pero también «la elasticidad del moderno sistema crediticio con un aumento enorme de la cantidad de capital» así como también «el sistema de comunicaciones completado en todas sus ramas —servicios de correos y telégrafos, transporte de personas y mercancías, aparición de las estadísticas del comercio y de los servicios de noticias» venían a actuar en el mismo sentido:

«Existe una gran probabilidad de que con el progreso del desarrollo económico debamos dejar de considerar habituales las crisis económicas del tipo que hemos conocido hasta ahora y que tengamos que tirar por la borda todas las especulaciones que contaban con ellas en tanto que prólogos de la gran transformación social» [411].

Pero si el capitalismo no se derrumbaba, entonces, ¿cómo podía ser realizado el socialismo? Plantear esta cuestión era para Bernstein olvidar que precisamente los factores por él subrayados, como los cárteles, etc., eran «presupuestos y en parte incluso inicios de la socialización de la producción y el cambio». Es decir, que la causa que hacía que el capitalismo estuviese empezando a funcionar armónicamente era el conjunto de tendencias que le facilitaban el camino al socialismo que se aproximaba [412].

Por otra parte, un derrumbe del capitalismo bien podía no conducir al socialismo. Pues ante una situación tal, el Partido Socialdemócrata se vería enfrentado a inmensas tareas. Esto venía demostrado precisamente por la multitud de empresas que había arrojado el censo industrial de 1895. A la misma conclusión llevaban también las experiencias históricas expuestas por Bernstein con relación a la edición de la *Historia de la Revolución de 1848* de Héritier:

«Es evidente que, dada la fragmentación de las empresas que se desprende de los datos en industria, comercio y agricultura, la Socialdemocracia —el único partido que, dado el desarrollo de los partidos que ha tenido lugar en Alemania, con un levantamiento de las masas podría llevar al poder— se enfrentaría ante una tarea insoluble. No podría eliminar el capitalismo por decreto, suprimirlo de una vez, y, por otra parte, no le podría garantizar la seguridad que requiere para realizar sus funciones. Ante esta contradicción se iría desgastando inevitablemente y el resultado podría tan solo ser una derrota colosal.

Estamos en el año jubilar de la Revolución francesa de febrero y sería de desear que, puestos a recordar los días de gloria popular y los vergonzosos hechos de la reacción, no se pasasen por alto las verdaderas lecciones de aquel año, y que se considerasen sin hacer melodramas los acontecimientos que llevan del júbilo del 24 de febrero al drama del 24 de junio.

Los apuros del gobierno provisional de 1848, que eran muchos, nada serían en comparación con los apuros que se le presentarían a la Socialdemocracia si se generalizase una crisis social en una época en la que la composición de la sociedad fuese análoga a la que aparece en la tabla consignada anteriormente» [413].

Pero ¿cuándo se podría entonces realizar el socialismo? A Bernstein le parecía que una sociedad completamente comunista «todavía estaba bastante

lejana». Pero esto no tenía ninguna importancia para Bernstein. El socialismo estaba ya en vías de realización en el marco del sistema social establecido. Bernstein resumía su visión en un párrafo que podría estar tomado de uno de los discursos de Louis Blanc ante la comisión de trabajo del Palacio de Luxembourg el año 1848:

«Contrariamente, mi firme convicción es que ya la generación actual vivirá todavía la realización de mucho socialismo si no en la forma patentada sí en lo sustancial. La ampliación continua del ámbito de los deberes sociales, es decir, de los deberes y de los derechos correspondientes del individuo con respecto a la sociedad y las obligaciones de la sociedad con respecto al individuo, la ampliación del derecho de control de la sociedad organizada a nivel de nación o de estado sobre la vida económica, la formación del autogobierno democrático a nivel comunal, de distrito y provincial y la ampliación de las tareas de esas agrupaciones: todo esto significa para mí caminar hacia el socialismo.

El paso de la dirección privada a la dirección pública de las empresas económicas acompañará, naturalmente, a este proceso, pero solo tendrá lugar con lentitud.

Aquí fuerzan a la moderación, ciertamente, motivos concluyentes. Entre ellos está, desde luego, la formación y consolidación de buenas direcciones democráticas en las empresas —un problema de cuya dificultad testimonia, entre otros ejemplos, la historia interna de la administración empresarial del consejo del condado de Londres. Algo así no se puede improvisar. Pero ocurre también que en cuanto la comunidad hace el uso pertinente de sus derechos en lo que respecta al control de las relaciones económicas, la transferencia fáctica de las empresas privadas y su conversión en públicas deja de tener la importancia fundamental que corrientemente se le atribuye. Una buena ley fabril puede entrañar más socialismo que la estatización de todo un grupo de fábricas.

Reconozco abiertamente que lo que normalmente se entiende por «meta final del socialismo» tiene muy poco sentido para mí, me interesa muy poco. Esa meta, sea cual sea, no es nada para mí, el movimiento lo es todo» [414].

Tras esta declaración programática la discusión se hacía ya inevitable. Pero resulta significativo con respecto a la situación que la reacción de los socialdemócratas dirigentes fuese muy diferente en cada caso. A Victor Adler le parecía que los artículos de Bernstein eran excelentes (con excepción de los párrafos sobre la estadística industrial). No entendía cómo Kautsky podía hablar de «defección» [415]. Este, por su parte, aseguraba que por «defección» no quería dar a entender que «se hubiese pasado al enemigo». Pero Bernstein se había hecho increíblemente escéptico, «más escéptico de lo que pueden dar a entender sus artículos». Pero tampoco tenía nada fundamental en contra de los artículos de Bernstein. Estaba incluso dispuesto a cederle por algún tiempo a Bernstein la redacción de *Neue Zeit*:

«Él, que se distinguía por su sentido del tacto, ha perdido toda habilidad sobre cómo hay que tomar el descubrimiento de una ilusión de forma que sea aceptada por los nuestros y los enemigos no vean en ello una concesión.

Leo su trabajo con gusto y saco continuamente enseñanzas de él, pero conozco a mucha gente que está confundida tras la lectura en vez de tener las cosas más claras.

Le animo a que vaya a Zürich y querría trasladar allí provisionalmente, en principio por medio año, la redacción del NZ. Ha resultado que sí puede ser dirigida desde lejos y de redactor estará completamente en su lugar» [416].

Solo en agosto de 1898 empezó a temer Kautsky que se llegase a una ruptura. «Mi buena disposición, de todos modos, no ha de cambiar» [417]. Pero a finales del mismo mes, Bebel, Adler y Bernstein se reunieron en Küsnacht, Suiza, para discutir la serie de artículos de este.

Después de aquella reunión quedó claro que, de algún modo, se tenía que llegar a una disputa. Parece también que Bebel forzó a Kautsky a decidirse definitivamente por una de las dos partes [418]. Esto ocurría poco antes del Congreso del partido en Stuttgart del año 1898. Después del Congreso, Bebel le escribió a Adler:

«En su correspondencia con Karl y en conversaciones privadas, Ede va todavía *más allá* de lo que dice públicamente, que ya es bastante fuerte. Hemos llegado al convencimiento de que Ede *es ya irrecuperable*» [419].

Aproximadamente por aquellas fechas Bebel le escribió a Bernstein pi-diéndole que resumiese sus puntos de vista, esta vez «clara y llanamente»:

«Siéntate, escribe, mientras tanto no desenvainaremos la espada, pero después se pondrá todo en marcha» [420].

E) LA FILOSOFÍA DE BERNSTEIN

Con el estudio sobre la Revolución de 1848 y los artículos políticos y económicos de la serie «Problemas del socialismo», Bernstein había creado una argumentación económica y política para un socialismo reformista. Pero esto no era suficiente. El marxismo era también una filosofía, por lo tanto había que enfrentarse a él también en este plano. Instintivamente supo en qué dirección había que buscar la filosofía del reformismo [421]. Pero exigía una previa motivación. A esta tarea dedicó el artículo «Das realistische und das ideologische Moment im Sozialismus» [422].

En este artículo Bernstein volvía la mirada a la filosofía idealista: Kant y el neokantismo, Croce, Sorel entre otros. Ya antes que Bernstein, Conrad Schmidt había proclamado una prudente inspiración kantiana [423]. Bernstein declaraba sin rodeos que el grito de guerra de los neokantianos, «vuelta a Kant», era válido hasta cierto punto... también para la teoría del socialismo [424]. Lo cual venía a traducirse, en su artículo, en una interpretación idealista de los nuevos descubrimientos científico-naturales a la luz del idealismo fisicalista, que en aquella época dominaba intensamente en el ámbito de la filosofía de la ciencia natural. La ley de la causalidad era para Bernstein solo «una ley de

la Lógica, cuya validez objetiva, al igual que la validez objetiva del espacio y el tiempo es indemostrable, pero que resulta tan inobjetable como estos y constituye un presupuesto imprescindible para la consideración científica de las cosas; por así decirlo, es un imperativo de la razón práctica» [425]. Bernstein afirmaba que los «materialistas modernos» se colocaban resueltamente «en el terreno de Kant». Pero como Kant era agnóstico, es decir, negaba la posibilidad del conocimiento («la cosa en sí»), se seguía que «todo investigador científico... (es) en tanto que tal, agnóstico, es decir... (supone) desconocidas las causas últimas de las cosas» [426].

¿A qué consecuencias llevaba este planteamiento con respecto a la teoría del socialismo? Si la verdadera naturaleza de las cosas resultaba no investigable, entonces, naturalmente, tampoco el socialismo podía ser totalmente accesible para el conocimiento científico. El socialismo era, desde el principio, «pura ideología» para Bernstein; se basaba «en el cristianismo, la justicia, la igualdad», etc. [427]. También el marxismo se basaba en un fundamento ideal. Su concepción del estado, de la sociedad y de la historia serían «reflejos de pensamiento, consecuencias construidas sobre síntesis intelectuales que actúan como mediación de los hechos y, por lo tanto, necesariamente, ideológicamente coloreadas» [428]. Entre estas fuerzas motrices ideales que estaban a la base del socialismo, las más importantes eran para Bernstein «la conciencia moral o la concepción jurídica» [429].

Bernstein era perfectamente consciente de que Marx y Engels habían rechazado con toda energía la idea de que el socialismo fuera retrotraíble —y pudiera ser construido en orden a— motivaciones y postulados morales. En su opinión, tal pensamiento pertenecía más bien al reino de la utopía [430]. Aspiraban a basar la teoría socialista sobre la realidad práctica; sus nombres venían indisolublemente vinculados al concepto del socialismo científico. Lo que ocurría, sin embargo, es que Bernstein alimentaba no poco escepticismo precisamente respecto «del uso, tan inducente a errores y malentendidos, de la palabra ciencia a propósito del socialismo moderno» [431].

Al cabo de pocos años este escepticismo se había de convertir en la plena certeza de que el socialismo «ni es ni puede ser una ciencia pura» [432]. Pero entretanto cargaba las tintas en la otra cara del problema, a saber, que el socialismo venía a ser, en lo esencial, una cuestión moral.

«Nadie puede negar que en *El Capital* abundan los giros que tienen por base un juicio moral. Ya bajo la caracterización de la relación salarial como una relación de explotación existe un juicio moral, pues en el concepto de explotación con el que se trata de caracterizar las relaciones entre los hombres incluye siempre el poder de la apropiación injusta, del engaño... La objetividad económica de la teoría de la plusvalía se mantiene únicamente por lo que se refiere a la investigación abstracta. En cuanto se trata de su aplicación práctica se plantea inmediatamente mucho más como un problema ético, que es como, por otra parte, lo entiende siempre la masa, desde un punto de vista moral..

En cuanto el obrero experimenta que de ningún modo obtiene con el salario que recibe el valor del rendimiento de su trabajo existe un desafío para su

sentido natural de la justicia pues todo concepto de valor entraña un elemento moral, una concepción de la igualdad y la justicia» [433].

Con esto Bernstein había roto con el marxismo más claramente que nunca. Pero ¿por qué se vio Bernstein constreñido a completar el revisionismo político y económico con una doctrina filosófica idealista? La explicación es simple. Marx y Engels fundamentaban sus aspiraciones comunistas en el «necesario derrumbe del modo de producción capitalista que se está produciendo ante nuestros ojos más y más cada día» (véase más arriba, nota 430). Esto estaba escrito en los años más negros de la gran depresión. Pero Bernstein vivía en el centro de un período de poderoso auge económico y no creía en el derrumbe. Consecuentemente, el capitalismo no se hundiría a causa de sus contradicciones objetivas, internas al sistema. Había que buscar, entonces, otras fuerzas motrices del socialismo. En parte había encontrado en la economía capitalista tendencias que iban a actuar en sentido de acelerar la marcha hacia el socialismo (cárteles, etc.). Pero no estaba completamente convencido de que fuese suficiente impulso. Tenían que ser completadas con la aspiración subjetiva de la clase obrera a la justicia social. Pues el capitalismo no se desmoronaría a causa de sus inconciliables antagonismos sino a causa de su injusticia. Por otra parte, luchar por el socialismo no valía la pena en tanto que fuese una necesidad objetiva sino en tanto que representaba algo moralmente bueno. Por esto Bernstein le dio al socialismo una motivación moral [434]. Esta pretendida «fundamentación» moral del marxismo ha pasado a ocupar, por lo demás, un lugar central en todo revisionismo.

A este respecto, Bernstein estaba influido no solo por el neokantismo sino también por Croce (que por su parte, sin embargo, estaba ligado a la filosofía alemana de la época). Pero de todos modos el neokantismo parece haber sido la fuente más importante [435]. Esto no se puede interpretar con excesivas pretensiones. Bernstein no era filósofo. Ludwig Woltmann y Karl Vorländer, los neokantianos de más renombre de la Socialdemocracia alemana, se convirtieron cuando Bernstein tomó contacto con ellos en los años 1898 y 1899 en sus «ayudantes y escuderos». Bernstein necesitaba realmente toda la ayuda filosófica que pudiese obtener [436]. De todos modos, Woltmann y Vorländer cobraron importancia a los ojos de Bernstein solo cuando se declararon partidarios del neokantismo. De hecho, vino a producirse una confluencia de puntos de vista.

Hermann Cohen y Friedrich Albert Lange eran más importantes que aquellos dos [437]. Es significativo el hecho de que precisamente Cohen y Lange influyesen sobre Bernstein, pues ambos se aproximaban a los problemas del socialismo desde un punto de vista filosófico práctico o, por así decirlo, político. Precisamente por ello, Bernstein utilizó lo que aquellos tenían que decir. Nada indica que en algún momento anterior o posterior hubiese tenido Bernstein un interés especial en la filosofía neokantiana en tanto que disciplina teórica. Todavía en 1892 rechazaba el neokantismo en base a los mismos principios y con los mismos argumentos que Engels en su escrito sobre Feuerbach [438]. Parece que le pasó desapercibido el discurso programático de rectorado que Wilhelm Windelband pronunció en Straßburg el año 1894 a pesar de que

le podía haber provisto de argumentos accesibles contra el marxismo [439]. Tampoco se encuentra ninguna huella en Bernstein de la crítica de altos vuelos al marxismo que hizo Rudolf Stammler el año 1896 [440]. Así pues, Bernstein solo se interesó por el neokantismo en tanto que *filosofía* cuando le fue realmente necesario.

Sin embargo, ya antes había tenido conocimiento del contenido *político* del neokantismo. Durante los años sesenta en Alemania desapareció la filosofía hegeliana casi completamente de la consciencia filosófica. Políticamente acusaba las repercusiones desfavorables que provenían del curso que había tomado en manos de los jóvenes hegelianos y en el marxismo [441]. Su puesto fue ocupado por el neokantismo en sus diversas variantes [442]. Hermann Cohen era el representante más destacado de la llamada Escuela de Marburg. Su socialismo era «una filosofía de la reconciliación política» [443]. La propiedad privada no podía ser abolida, pero muy bien podía ser limitada [444], y la clase obrera tenía que ser integrada en el estado constituido [445]. Por esto se enfrentaba a la teoría de la lucha de clases y al marxismo. Su concepción del socialismo aparece con claridad en la introducción a la edición de 1866 de la *Historia del materialismo* de F. A. Lange. Esta introducción era una de las fuentes de inspiración neokantiana más importantes para Bernstein [446].

Cohen escribía que «toda ciencia verdadera desde siempre y para siempre no es otra cosa que idealismo», que «el camino de la investigación (conduce)... segura e inmutablemente al idealismo» y que «el socialismo... (está) en lo justo en tanto en cuanto está basado en el idealismo de la ética. Y el idealismo de la ética es lo que lo ha fundado». Kant, aseguraba Cohen, era «el autor real y verdadero del socialismo alemán» [447].

Cohen rechazaba el materialismo marxista; su argumentación es interesante. Lo hacía en base a las implicaciones revolucionarias del materialismo marxista. Si el estado y el derecho descansaban realmente sobre una base socioeconómica y no sobre una base moral, entonces tanto el estado como el derecho solo podrían sufrir una transformación radical si toda la sociedad era transformada desde sus cimientos. Pero esto suponía una revolución social. Cohen escribía lo siguiente sobre este peligro de una «revolución como erupción»:

«De esta visión de la concreción real de la sociedad según la cual el derecho y el estado se convierten en sombras y espectros se desprende el siguiente peligro: que las aspiraciones de reforma del estado y del derecho pasen a deslizarse por el plano inclinado de la revolución. El materialismo cree encontrar una base científica en estos conceptos realistas de la sociedad pudiendo considerar por ello al derecho y al estado como meras realidades ficticias sin más.

Para conjurar este peligro, para prevenir la revolución como erupción y para conservar dentro del curso histórico del desarrollo de la revolución ascendente estas cuestiones críticas, esta ambigüedad en cuanto al término de la sociedad debe tenerse rigurosamente en consideración y debe ser reconocida con toda claridad» [448].

Si al socialismo se le segregaba de su base material y se le daba una motivación fundamentalmente ideal devenía posible evitar que la lucha por el socialismo pudiese deslizarse por «el plano inclinado de la revolución».

Es probable que Cohen haya sido importante para Bernstein, como este mismo afirmaba. Pero una fuente de inspiración todavía más importante fue Albert Lange. Mientras Cohen llevaba tan solo una tranquila vida de académico, Lange tenía también actividades periodísticas y sociopolíticas. Estaba entre los liberales y los socialdemócratas en la Alemania de los años sesenta y setenta [449]. Su posición con respecto al orden social imperante en la Alemania de la época era fuertemente crítica. Aceptaba las consecuencias prácticas del socialismo y simpatizaba con las aspiraciones del movimiento obrero socialdemócrata. Pero nunca completó el acercamiento al socialismo. Quería reconciliar y eliminar los antagonismos que existían entre el movimiento obrero socialista y la burguesía liberal. Por este motivo aspiraba a una vía gradual, reformista al socialismo. Quería preservar su mundo —el mundo de la burguesía liberal y del cristianismo— en el tránsito al socialismo.

De entre los escritos de Lange fue *La cuestión obrera* (1865) el que en primer lugar influyó sobre Bernstein [450]. Lange estaba convencido de que la revolución social podía sobrevenir «como consecuencia de muchos pequeños pasos» [451] y subrayaba la necesidad de que la clase obrera estuviese madura «para tomar el poder» [452]. Había que facilitar a los hombres «el paso a la nueva situación, suavizar las luchas y salvar lo que fuese posible de los bienes eternos de la humanidad» [453]. Si la cuestión obrera era solucionada «como una tormenta... del mismo modo que un ciego cataclismo natural se abre paso entre ruinas y terror» [454], el resultado podía ser negativo. «Un intento impulsado con espíritu revolucionario puede, probablemente, inclinarse a reforzar el poder estatal, mientras que un experimento llevado a cabo desde arriba echaría aceite al fuego» [455]. Por lo tanto era importante la creación de condiciones para la existencia de un largo período de transición entre la vieja sociedad y la nueva [456].

Lange rendía un cierto homenaje a Marx en tanto que economista aunque él, por su parte, fuese más bien malthusiano. Pero quería alejar la dialéctica del marxismo:

«Se ratifica en su obra, sin embargo, lo mucho que, en cada caso nuevamente puesto de manifiesto, pesa en su filosofía de la historia la parte firme de la especulación hegeliana, de cuyas nociones básicas —el desarrollo a través de contradicciones y su ulterior síntesis— casi se podría decir que son un descubrimiento antropológico.

Solo que, no obstante, ni en la historia ni en la vida de cada uno, tiene lugar el desarrollo a través de contradicciones de manera tan fácil y radical ni tan precisa y simétricamente como en la construcción especulativa... Se puede pensar, por lo tanto, con buenos motivos, que, del mismo modo que la *Reforma* en tanto que revolución social contribuyó a destruir las viejas formas de la propiedad y de la ganancia y a crear las condiciones de existencia del modo de producción capitalista, una nueva revolución social podría servir para —sin abolir por principio y en general la propiedad privada— introducir principios

jurídicos y ordenaciones estatales en base a los cuales la propiedad social y la propiedad privada pudiesen entrar en libre competencia al igual que podría dar comienzo la lucha, de duración presumiblemente secular, que acabaría finalmente con la administración de la propiedad social en conexión con el trabajo social» [457].

No se puede decir que fuese casual que Bernstein citase precisamente este punto de Lange cuando en noviembre de 1898 se puso a redactar su escrito de defensa frente al requerimiento de Bebel. Parece haber tenido muy a mano la *Cuestión obrera* de Lange. En la última página de su escrito declaraba que quería traducir la consigna «vuelta a Kant» por «vuelta a Lange». Quería que la Socialdemocracia no tuviese más remedio que revisar su concepción en el espíritu de Lange. También es innegable que en Bernstein se reencuentra como tónica general la visión social- liberal de la sociedad propia de Friedrich Albert Lange. Bebel no se equivocaba al afirmar que Bernstein había retrocedido a las ideas que tenía antes de ser redactor del Sozialdemokrat en Zürich. En aquella época Bernstein era, según Bebel, «höchbergiano» [458]. En su carta de respuesta, Bernstein negaba la justeza de esta caracterización [459]. En sus Memorias, sin embargo, aludía a que los juicios de Höchberg no habían carecido de significación para él [460]. Höchberg era un discípulo de Lange. Precisamente a través de Höchberg había conocido Bernstein la obra de Lange [461]. El círculo se había cerrado así de un modo un tanto extraño.

F) LAS PREMISAS DEL SOCIALISMO Y LAS TAREAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA. UNA SÍNTESIS

Bernstein resumió, completó y desarrolló las líneas de pensamiento arriba descritas en su escrito *Las premisas del socialismo y las tareas de la Socialdemocracia*, publicado en Alemania el año 1899. En este escrito se entretienen tres elementos: en parte es una crítica al marxismo, en parte la teoría positiva propia de Bernstein y en parte una serie de propuestas prácticas. Estos elementos reaparecen en diversos puntos en los cinco apartados fundamentales del escrito:

1. Los principios básicos del socialismo marxista
2. El marxismo y la dialéctica hegeliana
3. El desarrollo económico de la sociedad moderna
4. Las tareas y las posibilidades de la Socialdemocracia
5. Movimiento y meta final.

Bernstein comenzaba definiendo la teoría del marxismo. Según él se componía del materialismo histórico, de la teoría de la lucha de clases, de la teoría de la plusvalía, de la teoría del modo de producción capitalista, así como de la teoría de las tendencias de desarrollo de la sociedad capitalista [462].

Los puntos de vista de Bernstein acerca de la concepción materialista de la historia han quedado en parte expuestos ya en el apartado introductorio al capítulo II. Bernstein explicaba que desde los puntos de vista del materialismo «todo acontecer (es) necesario en el mundo de los hombres». «Así, el materialista es un calvinista sin Dios.» Según Bernstein los materialistas creían que «desde cualquier momento el acontecer está determinado previamente por la totalidad de la materia dada y las relaciones de fuerza» [463].

Parece extrañamente significativo que Bernstein pusiera en pie de igualdad el materialismo moderno con el materialismo mecanicista del siglo XVIII. Él era muy consciente, naturalmente, de las diferencias existentes entre el materialismo del que hablaba y el materialismo al que Marx y Engels habían abierto el camino a partir de Hegel y Feuerbach [464]. El mejor modo de entender el enfoque de Bernstein requiere recordar los nuevos puntos de vista filosóficos que había expuesto en el artículo «El momento realista y el momento ideológico en el socialismo». En este escrito Bernstein defendía unos puntos de vista que venían a configurar una teoría de la historia que concedía a «los factores ideológicos y, en particular, a los factores éticos un margen más amplio de actuación independiente que antes» [465].

Pero se puede decir que no habría llegado a una versión tal de la teoría marxista de la historia si hubiese tomado el materialismo dialéctico de Marx y Engels como punto de partida. Pues según este último la necesidad histórica resultaba, como hemos visto (capítulo II, apartado a), de la acción de los hombres, la que a su vez venía finalmente explicada con la referencia al modo de producción de la vida humana y su desarrollo temporal. En esta concepción no tenía cabida, excepto en lo referente a la aplicación práctica, un margen de actuación *más grande o más pequeño* de los factores ideológicos. En la teoría general, la economía *era* el factor determinante en última instancia, es decir, la ideología estaba subordinada a la economía, de lo que se desprendía que la cuestión de *cuánto* estaba subordinada la ideología carecía de sentido.

El problema del punto de partida del materialismo mecanicista se planteaba de otro modo. Este tipo de materialismo presentado por Bernstein revelaba tan evidentemente sus insuficiencias en tanto que base explicativa que exigía ser completado por factores ideológicos. Este era quizá también el motivo de la opinión de Bernstein según la cual las cartas de Engels de los años noventa acerca de la concepción materialista de la historia entrañaban una renuncia al materialismo. «De hecho, desde las explicaciones de Engels dicha concepción no es puramente materialista ni, mucho menos, puramente económica» [466]. Bernstein estaba inclinado a interpretar a Engels de este modo porque lo necesitaba para su propia versión coloreada con matices idealistas de la concepción materialista de la historia. Exactamente por el mismo motivo Bernstein tendía también a presentar el materialismo como un materialismo mecanicista [467]. Completada con factores ético-ideológicos, de todos modos, se había provisto así de una teoría de la historia generalmente admitida como tal, que ofrecía tanto espacio a la actuación de factores materiales como espirituales aun cuando fuera en proporciones más bien indeterminadas.

Después de detenerse muy brevemente en la teoría de la lucha de clases y del desarrollo del capital Bernstein pasaba a una crítica de la dialéctica y de su correlato político, es decir, del blanquismo o socialismo revolucionario.

La crítica bernsteiniana de la dialéctica y del blanquismo es un apartado central, si no *el* apartado central, de las *Premisas*. Es una crítica fuertemente marcada por la crítica del marxismo hecha por F. A. Lange y que ha sido expuesta más arriba.

Bernstein escribía lo siguiente sobre la dialéctica:

«Sus «sí, no y no, sí» en vez del «sí, sí y no, no», su confundirse de las contraposiciones y de los pasos de la cantidad a la calidad y todas las demás maravillas dialécticas se enfrentaban siempre obstaculizando la posibilidad de dar cuenta cumplidamente de la trascendencia de transformaciones reconocidas... De aquí la contradicción... de que la misma teoría que parte de la influencia determinante de la economía sobre la violencia vaya a parar a la creencia verdaderamente milagrosa en la fuerza creadora de la violencia, y de que la elevación teórica del socialismo a la calidad de ciencia se «convierta brusca-mente» tan a menudo en la subordinación de toda pretensión de cientificidad a los designios de la tendencia... Ella es el elemento traicionero de la doctrina marxiana, la trampa, la que se interpone en el camino a toda consideración consecuente de las cosas...

Cada vez que vemos capitular a la doctrina que toma su punto de partida en la consideración de la economía como la base del desarrollo social, ante la teoría que lleva a la cima el culto al poder, tropezaremos con un principio hegeliano... ¿Es una contradicción colocar al poder allí precisamente donde antes estaba la economía? Oh, no; pues el poder es ya «una potencia económica»...

Las volteretas lógicas del hegelianismo relucen radical e ingeniosamente. Como un fuego fatuo nos muestra lejanos panoramas en contornos indeterminados. Ahora bien, en cuanto confiando en él sigamos un camino determinado acabaremos encontrándonos, siempre, en el lodo. Lo que Marx y Engels han hecho de grande no lo han hecho gracias a la dialéctica hegeliana sino a pesar de ella» [468].

Como se desprende de esto, Bernstein quería separar el marxismo de la dialéctica [469]. Pero la dialéctica tenía también un correlato político pues la dialéctica hegeliana misma no era más que «la contrapartida ideológica» de la Revolución francesa. Bernstein estaba apuntando al blanquismo. «Marx y Engels llegaron en Alemania en base a la radical dialéctica hegeliana a una teoría muy próxima al blanquismo» [470]. Según esta teoría, la «revolución parcial» era una utopía [471].

Marx y Engels se habrían distanciado de la tendencia del blanquismo a ver la revolución social como el resultado de un *putsch* armado [472]. Pero habrían estado completamente de acuerdo con las posiciones revolucionarias de los blanquistas [473]. Lo que Bernstein criticaba era precisamente esa orientación revolucionaria y no su putschismo. El blanquismo era para él «sencillamente la teoría de la ilimitada fuerza creadora del poder político revolucionario y de su expresión, la expropiación revolucionaria» [474].

Bernstein quería liberar al marxismo de este elemento. Distinguía en la historia de todo el movimiento socialista moderno «dos grandes corrientes», de las que una estaría «en lo esencial orientada a la *construcción*», mientras que la otra estaría «en lo esencial orientada a la *destrucción*; la una «utópico-sectaria-pacífico-evolutiva» y la otra «conspiratorio-demagógico-terrorista» [475]. Mientras que la primera se orientaba a la liberación «por medio de la organización económica» la otra aspiraba a la liberación «a través de la expropiación política». Para su desgracia, Marx y Engels habrían intentado sintetizar las dos corrientes [476]. Por esta razón el marxismo se habría convertido en «un compromiso». Bernstein quería superar tal compromiso y construir tan solo a partir del socialismo pacífico, evolucionista y sindicalista-cooperativista. Por este motivo no constituye ninguna casualidad que en esta parte de la polémica contra Marx y Engels, Bernstein se refiriese muchas veces a Proudhon. Este estaba más cerca que Marx y Engels del ideal socialista de Bernstein [477].

Pero, sin embargo, no era suficiente liberar al marxismo de la dialéctica y del blanquismo. La teoría marxista acerca del papel de la lucha de clases y las revoluciones se basaba en última instancia en la teoría de la explotación, es decir, en la teoría de la plusvalía. Bernstein solo había aludido anteriormente de pasada a esta última en su serie de artículos. Pero era el verdadero núcleo del marxismo. Si resultaba cierto el hecho de que la clase obrera estaba explotada, entonces había una base real para los antagonismos de clase, para la lucha de clases y para la revolución.

Bernstein no quería decir expresamente que no había explotación. Lo que quería dar a entender era que la explotación no quedaba explicada por la teoría de Marx y que esta no proporcionaba ningún tipo de explicación. Está muy claro que en este punto Bernstein tomaba como base para su trabajo la crítica de Schmidt y Sombart y su síntesis, es decir, la crítica de Croce.

Exactamente igual que Sombart en 1894 y con los mismos argumentos que Sorel en 1897 (véase capítulo VI, apartado f) Bernstein dudaba de la justeza de la explicación del valor históricamente fundamentada dada por Engels [478]. Y, al igual que sus predecesores, Bernstein decía también que el valor se convertía así en una «construcción puramente conceptual». El valor-trabajo «solo podría pretender validez en tanto que fórmula conceptual o hipótesis científica» [479].

Pero, a diferencia de sus inspiradores, Bernstein intentaba también socavar este punto de vista. Su punto de vista fundamental era que en las nociones de la teoría del valor-trabajo no había ninguna medida para la producción global. Ciertamente, el valor de la producción global vendría determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario global que se hubiese utilizado para la producción de las mercancías. Pero este tiempo de trabajo socialmente necesario global estaba por su parte determinado por las necesidades globales de la sociedad y este era precisamente el punto en el que la teoría quedaba, según Bernstein, abierta. Él echaba a faltar una «medida de las necesidades sociales globales respectivas y así también el valor entendido como precedente resulta ser un hecho puramente conceptual» [480].

Bernstein perdía de vista el hecho de que la necesidad global está asimismo social y económicamente determinada. La necesidad global que buscaba es realmente la demanda efectiva normal de mercado; podía ser considerada en realidad como una función del ingreso global o como una función de la producción global o de la ocupación. O, en palabras de Marx:

«La necesidad global del mercado, que determina efectivamente el tiempo de trabajo socialmente necesario global, es determinado a su vez, en última instancia, por este» [481].

Sin embargo, Bernstein pensaba haber refutado la teoría del valor-trabajo con esta objeción. Esta se referiría a «una sociedad construida comunitariamente administrada... Esta es la clave de todas las oscuridades de la teoría del valor» [482]. De aquí, Bernstein sacaba la conclusión de que la teoría del valor de Marx no podía pretender mayor validez que la teoría marginalista. El valor-trabajo era «algo puramente conceptual igual en este sentido que el valor según la utilidad marginal de la Escuela de Gossen-Jevons-Böhm. Ambas se basan en relaciones reales, pero ambas están construidas a partir de abstracciones» [483]. Las dos teorías tenían, para Bernstein, su justificación, aun cuando «solo dentro de ciertos límites» [484]. Esta posición mediadora entre la teoría del valor-trabajo y la teoría de la utilidad marginal era, como luego resultaría evidente, característica de todos los revisionistas de aquella época (Croce, Sorel, Tugan-Baranowski, Wallas entre otros).

Ahora bien, como el valor resultaba ser para Bernstein tan solo un producto conceptual, la plusvalía corrió la misma suerte:

«Está claro, por lo tanto, que, desde el momento en que el valor-trabajo solo puede pretender validez en tanto que fórmula conceptual o hipótesis científica, la plusvalía pasa a ser mera fórmula; una fórmula que se basa en una hipótesis» [485].

Al igual que Sombart, Bernstein afirmaba que nada era suficiente para poder constatar la existencia de la plusvalía. «Que la teoría marxista del valor sea correcta o no es algo absolutamente indiferente para la demostración de la existencia del plustrabajo. A este respecto, tal teoría no constituye una tesis demostrativa sino tan solo un medio de análisis y de evaluación» [486]. Esta heroica solución necesitaba, evidentemente, ser cimentada [487]. Bernstein intentó, por lo tanto, demostrar la existencia del plustrabajo:

«Del trabajo global contenido en la producción vive, así, un número de personas sensiblemente superior a los que son activos en ella y las estadísticas de los ingresos nos muestran que las capas no activas con respecto a la producción, además, se apropian de una proporción del producto total mucho mayor de lo que resulta de su relación numérica a la parte activa y productiva de la población. El plustrabajo de esta última es un hecho *empírico*, demostrable a partir de la *experiencia*, que no precisa ninguna prueba deductiva» [488].

Como Böhm-Bawerk habría de mostrar más tarde, este era un ejemplo particularmente llamativo de *petitio principii*, pues lo que Bernstein tomaba como dado era precisamente aquello que quería demostrar. «Desde luego, con el mismo procedimiento se podría... probar también que el resto de la humanidad vive de la explotación de las clases agrícolas: resulta evidente el hecho de que de los productos del suelo producidos por los trabajadores agrícolas se mantiene también una gran cantidad de personas además de estos» [489].

Sin embargo, para Bernstein lo más importante era que la teoría del valor de Marx fuese engañosa «como medida de la explotación del trabajador por el capitalista» [490]. Esta conclusión conducía a consecuencias políticas importantes:

«Del hecho solo de que el trabajador asalariado no obtiene la totalidad del producto de su trabajo no se puede extraer una justificación científica del socialismo o del comunismo» [491].

El socialismo, por lo tanto, ya no se podía fundamentar en la teoría de la explotación y la plusvalía. Pero entonces tampoco podía basarse en el desarrollo histórico de la relación de explotación y sobre la teoría de este desarrollo, es decir, sobre «el necesario derrumbe del modo de producción capitalista que cada día más va teniendo lugar ante nuestros ojos» (Engels, véase apartado E, nota 430).

Esto impulsó a Bernstein a llevar a cabo una investigación del desarrollo de la distribución de la renta en la sociedad moderna, de la estructura empresarial y de la difusión de la riqueza social así como de las crisis y de la capacidad de adaptación de la economía moderna. Para ello resumió y completó sus anteriores investigaciones, tratadas más arriba, sobre los «Problemas del socialismo». Bernstein reconocía como correcta la tendencia, señalada por Marx, según la cual el capitalismo va a «una mayor centralización de los capitales, una mayor concentración de las fábricas, una tasa de explotación más elevada» [492]. Pero Marx habría infravalorado, según Bernstein, las fuerzas contrapuestas a esta tendencia, sobre todo la sociedad anónima por acciones. Bernstein explicaba que «la forma de la sociedad por acciones contrarresta en gran medida... la tendencia a la centralización del capital a través de la centralización de las empresas» [493]. Los ejemplos que daba —el trust inglés del hilo, el trust del hilado fino y el del algodón—, sin embargo, no eran más que un material tan insuficiente como incompleto en sí [494]. Nunca planteaba la cuestión del control, la cuestión de las acciones, por no hablar de la cuestión todavía más elemental de si las sociedades por acciones no se estaban desarrollando en aquella época también precisamente porque estaban sustituyendo a formas empresariales más antiguas. Más tarde cambiaría también su concepción acerca del papel de las sociedades por acciones como difusoras del capital [495].

Pero cuando escribió *Las premisas del socialismo* estaba fuertemente impresionado por el hecho de que tanto el número de propietarios de acciones como el importe total de sus acciones estuviesen «en rápido crecimiento» [496]. Estaba convencido de que la distribución de la renta y la riqueza se estaba igualando. En base a una sumaria estadística [497], basándose en el diccio-

nario manual de estadísticas estatales, en una obra estadística de consulta de Mulhall sin referencias, en la *British Review* del 25-V-1897, llegó a la siguiente e importante conclusión:

«Así pues, es absolutamente falso pretender que el desarrollo actual tienda a una disminución absoluta o relativa del número de poseedores. No se trata de «más o menos» sino, sencillamente, de *más*, lo que quiere decir que en *términos absolutos y relativos* crece el número de poseedores. Si la actividad y las perspectivas de la Socialdemocracia dependiesen del hecho de que el número de poseedores decreciese, entonces, de hecho, ya se podría «echar a dormir». Pero los hechos indican lo contrario. *Las perspectivas del socialismo no dependen del retroceso sino del aumento de la riqueza social...*

Si la sociedad estuviese constituida o si se hubiese desarrollado tal como decía hasta ahora la doctrina socialista, entonces el derrumbe económico solo habría podido ser cuestión de poco tiempo. Pero el caso, precisamente, como vemos, no es este» [498].

Al mismo resultado se podía llegar también, según Bernstein, siguiendo una vía deductiva. Aun cuando el número de capitalistas disminuyese, otras clases tenían que mejorar su situación. No solucionaba nada el hecho de que los magnates capitalistas tuviesen «estómagos diez veces más grandes» tal como les atribuía el humor popular o que el excedente fuese exportado. Pues —para Bernstein— la capacidad de consumo tiene, en primer lugar, unos límites y, en segundo lugar, la exportación volvería a ser compensada por la importación:

«Así pues, ¿dónde van a parar las mercancías que no son consumidas por los magnates y por sus servidores? Si no van a parar, de un modo u otro, al proletariado, necesariamente tienen que ser acaparadas por otras clases. La única alternativa que nos permite el aumento de la producción que está en marcha es la siguiente: o bien una disminución relativa en aumento del número de capitalistas y bienestar creciente del proletariado o bien una clase media numerosa» [499].

Aun cuando Marx hubiese tenido razón, el resultado no hubiera sido el previsto por él, es decir, la miseria acrecentada entre los obreros y la eliminación de las clases medias, sino precisamente el contrario. Así, la teoría de la acumulación que ofrecía Bernstein era desde el principio la misma de Malthus, Sismondi y los populistas rusos (véase capítulo VII). Ni Bernstein ni los demás llegaron a ver el hecho de que una gran parte y probablemente una parte creciente del plusproducto se adscribía a instalaciones, maquinaria y otros componentes del capital real.

Por lo que se refiere a los cambios en la estructura empresarial, a las crisis y a la capacidad de adaptación de la economía moderna, Bernstein no aportaba nada que no hubiese dicho ya antes. Seguía pensando, por ejemplo, que los cárteles suponían «una culminación de los medios contrarrestantes de la superproducción (utilizados) hasta ahora» [500]. Las depresiones locales y parciales le parecían, de momento, inevitables, pero no así un estancamien-

to general [501]. También en este punto tuvo que modificar su interpretación, pues tras el cambio de siglo volvieron a presentarse crisis económicas generales sin que los cárteles lo pudiesen evitar [502].

Con ello, Bernstein había expuesto sus motivos teórico-económicos para la nueva política que quería ver realizada. Pensaba haber mostrado que las tendencias del desarrollo capitalista que según Marx tenían que posibilitar al proletariado la toma del poder no actuaban en absoluto con la fuerza que Marx había supuesto. No era de esperar, así pues, un derrumbe del orden social capitalista. Pero, consecuentemente, tampoco había que esperar una revolución proletaria. El estado socialista tampoco podría estatizar todas las pequeñas empresas existentes. Había *de facto* una sola posibilidad: intentar sucesivamente el desarrollo de la cooperación:

«Así prácticamente la cuestión se disuelve en todos los casos de este tipo en la cuestión de la potencia económica de las cooperativas» [503].

De aquí pasaba Bernstein a estudiar las posibilidades del cooperativismo. De acuerdo con las investigaciones de Beatrice Webb y Franz Oppenheimer sobre el cooperativismo, resolvía que las cooperativas de *producción* de los trabajadores no se habían mostrado viables. Pero con las cooperativas de *consumo* la conclusión era muy otra:

«Aquí tenemos un recurso con el cual la clase obrera, sin la destrucción directa de existencias, sin tomar en sus manos el poder, lo que ya hemos visto que no es una cosa fácil, puede hacerse con una parte apreciable de la riqueza social que de otro modo serviría para multiplicar y por lo tanto también para fortalecer a la clase de los poseedores» [504].

Pero la clase obrera no podía basarse tan solo en las cooperativas de consumo. «Lo que las cooperativas de consumo significan para la tasa de beneficio en el comercio de mercancías lo significan los sindicatos para la tasa de beneficio en la producción» [505]. Los sindicatos se convertían así, para Bernstein, en la segunda palanca para la emancipación de la clase obrera. De acuerdo con los esposos Webb, Bernstein afirmaba que los sindicatos eran: «el elemento democrático de la industria. Su tendencia es romper el absolutismo del capital y proporcionarle al trabajador una influencia directa en la gestión de la industria» [506]. Pero en su opinión esto no podía significar que los sindicatos tomaran en sus manos la gestión de la producción. En tal caso entrarían en conflicto con los intereses de la sociedad.

En la definición del papel del sindicato en tanto que instrumento de la democracia Bernstein intentaba, al mismo tiempo, definir la esencia de la democracia: la democracia no era el «poder del pueblo», cosa que sería «una definición muy superficial, puramente formal» [507]. El concepto de poder popular, por lo demás, podría producir una impresión de opresión del individuo por la mayoría, cosa que «choca con la consciencia moderna» [508]. Mucho menos podía identificarse la democracia con la dictadura del proletariado, pues

la dictadura de una clase pertenecía —según Bernstein— a una «cultura más baja» y era por lo tanto «un retroceso» y habría que considerarlo como «un atavismo político» [509].

La democracia era, en lugar de todo esto, «la caracterización de una situación social en la que ninguna clase ostenta ningún privilegio político por encima de las demás» [510]. La democracia era, así, para Bernstein, una situación social en la que operaban fuerzas opuestas y en la que las clases se mantenían en equilibrio. Pero ¿existía alguna garantía que permitiese pensar en el mantenimiento de un equilibrio tal? Bernstein creía que sí. Pues «en nuestra época existe una seguridad casi completa de que la mayoría de una colectividad democrática no va a promover una ley que atente permanentemente contra la libertad personal, pues siempre cabe la posibilidad de que la mayoría de hoy se convierta en la minoría de mañana y toda ley que perjudique a las minorías vendría a amenazar también a los miembros de la mayoría en cuestión» [511].

Bernstein era muy consciente de que la democracia así definida no implicaba «la superación práctica de las clases» [512]. Pero la democracia era «el método de consecución del socialismo y... la forma de realización del socialismo» [513]. Lo que entendía por socialismo en este punto no quedaba demasiado claro. En todo caso, en la esencia del socialismo estaba inscrito elevar al obrero «de su situación social de proletario a la de burgués», brevemente, «generalizar la categoría de burgués». Bernstein aseguraba también que tenía «a la burguesía —sin exceptuar a la alemana— en general, y no solo económicamente sino también desde un punto de vista moral, por todavía bastante sana» [514]. Por ello le proponía también a la Socialdemocracia «medir un poco las declaraciones de guerra al liberalismo» [515]. Pues la Socialdemocracia era no solo la sucesora histórica del liberalismo sino «el contenido espiritual de su herencia legítima como, por lo demás, se demuestra en la práctica también con respecto a cada una de las cuestiones acerca de las que la Socialdemocracia tiene que tomar posición» [516]. «De hecho no existe ninguna idea liberal que no pertenezca también al bagaje intelectual del socialismo» [517]. De aquí Bernstein sacaba la consecuencia lógica de que el liberalismo económico era igualmente necesario. El individuo no tenía que «estar sujeto a ninguna presión en sus movimientos y en su elección de oficio» [518]. Un lenguaje más claro, imposible.

En base a estos presupuestos, la Socialdemocracia tenía otras tareas que no consistían solo en esperar el estado del futuro. El programa del partido tenía que ser completado con una fijación de objetivos de política agraria actual así como con una política municipal y sindical. Al mismo tiempo la posición con respecto a la política colonial tenía que ser revisada: «solo (puede) ser reconocido un Derecho del salvaje. La cultura superior tiene también aquí como caso extremo superior derecho» [519].

¿Venía esto a significar que para la Socialdemocracia ya no había una meta final? Bernstein explicaba que estaba dispuesto a abandonar la frase de la meta y el movimiento «siempre que se admita la interpretación de que toda meta general del movimiento obrero formulada en calidad de principio sea declarada carente de valor» [520].

Al igual que Friedrich Albert Lange, pensaba que la clase obrera todavía no estaba madura para la toma del poder:

«A pesar del enorme progreso que ha hecho la clase obrera desde los puntos de vista intelectual, político y laboral, con respecto a los días en que escribían Marx y Engels, todavía no la considero actualmente como lo suficientemente desarrollada como para tomar el poder» [521].

Tampoco se podía esperar, por lo demás, de una clase «cuya gran mayoría habita estrechamente, tiene escasa educación escolar, tiene una ganancia insegura e insuficiente» que estuviese en condiciones de hacerse cargo del poder político [522].

Pero para poderse dar cuenta de todo esto había que tener según Bernstein exactamente la falta de prejuicios que este había encontrado en Friedrich Albert Lange:

«La perfecta unión en Lange de una sincera y valiente toma de partido por las aspiraciones de emancipación de la clase obrera y una falta de prejuicios altamente científica, que siempre estaba dispuesta a descubrir errores y reconocer nuevas verdades» [523].

Con esto Bernstein había dicho lo que quería decir. Lo había hecho con la franqueza y con la consecuencia que la cosa exigía y que las circunstancias permitían. Lo que había empezado en una crítica a los blanquistas de la Revolución de 1848 le había llevado, paso a paso, a proclamar abiertamente su adhesión al liberalismo reformador y socialmente coloreado de Friedrich Albert Lange [524].

Pero no habían sido solo Lange y otros neokantianos o los socialistas de cátedra y los socialistas reformistas de dentro de su propio movimiento quienes le habían influenciado y le habían llevado a separarse del marxismo. «¿Cómo? —exclamó Rosa Luxemburg—, ¿esto es todo lo que tiene usted que decir? ¡Ni el más mínimo rastro de alguna idea nueva!» [525].

Bernstein mismo tampoco pretendía ser original. No había descubierto nada nuevo, solo había reconocido cosas que ya habían sido descubiertas:

«Al mismo tiempo, quede claro de una vez por todas, que no se pretende ante la crítica ningún tipo de originalidad. La mayor parte, si no todo, de lo que sigue ha sido desarrollado en lo esencial ya por otros o, por lo menos, ha sido ya mencionado. La legitimidad de este escrito no estriba en descubrir lo que antes estaba oculto sino en reconocer lo que ya había sido descubierto» [526].

De lo que ya había sido descubierto y que fue reconocido por Bernstein una parte ha sido mostrada ya a lo largo de las páginas anteriores. Sin embargo, constituye tan solo una parte de los presupuestos histórico-ideológicos de la crítica bernsteiniana del marxismo. En las páginas siguientes se investigarán las formas y los presupuestos del revisionismo fuera de Alemania.

CAPÍTULO IV. BERNSTEIN Y LOS FABIANOS

«Y así, por lo que el posibilismo afecta al método político, ha vencido la causa de los fabianos y su procedimiento, que triunfaron públicamente en 1885, de modo que son plenamente reconocidos en Francia y en Alemania».

G. B. Shaw (1904) [527]. |

Las posiciones teóricas y prácticas representadas por Bernstein tenían defensores prácticamente en todos los partidos de la Segunda Internacional. En Alemania se enfrentaban los partidarios de Bebel y los de Bernstein, en Francia los de Guesde y los de Jaurès y en Bélgica los de Brouckère y los de Vandervelde. En Inglaterra, la línea de separación dividía a la Social Democratic Federation del Independent Labour Party, en Italia a integralistas de reformistas, en Rusia a bolcheviques de mencheviques, etc. Lo que separaba a unos de otros no estaba en todos los sitios igual de claro, pero en el fondo se trataba de una oposición de principio entre marxistas «ortodoxos» y revisionistas. El revisionismo se había convertido así en un fenómeno internacional [528]. Bernstein era muy consciente de esto. Esto se desprende de los párrafos introductorios del artículo «Teoría del derrumbe y política colonial» y todavía con más claridad de una carta dirigida a Víctor Adler que data de marzo de 1899. La carta es igualmente significativa porque Bernstein afirmaba en ella que el presidente de los socialdemócratas suecos, Hjalmar Branting, había mantenido ya en 1896 las mismas posiciones fundamentales que él mismo [529]. Desde este punto de vista, la actuación histórica de Bernstein consistió realmente en resumir y sistematizar las nuevas tendencias, confrontarlas con el marxismo «ortodoxo» y extraer de esta confrontación ciertas conclusiones políticas. En esta tarea, su posición de portavoz destacado del partido más poderoso de la Segunda Internacional le confirió una autoridad de la que carecían los otros revisionistas. Así, Bernstein se convirtió en la expresión personificada de una *tendencia* en el seno de la Socialdemocracia de la época [530].

Como el revisionismo apareció más o menos paralelamente en bastantes partidos socialdemócratas, había de tener ciertas raíces comunes, un cierto trasfondo común. Aquí queremos intentar esbozar el clima histórico-ideológico internacional en el que aparecieron las teorías de Bernstein.

Se ha dicho que el revisionismo de Bernstein fue un fabianismo adaptado a las condiciones alemanas. Esta opinión no ha sido desmentida y el mismo

Bernstein ha dado motivos para no hacerlo. En el esbozo autobiográfico *Evolución de un socialista* escribió:

«Por ejemplo, la idea repetidamente difundida según la cual yo me convertí a mi revisionismo a partir del modelo del fabianismo inglés es completamente equivocada. He podido conocer, a causa de una próxima amistad con la Sociedad de los Fabianos y con destacados dirigentes suyos, a los fabianos y su actuación; pero nunca he dudado de que el tipo específico de agitación que practican estaba adaptado tan extraordinariamente a las condiciones inglesas, que todo intento de trasplantarlo al Continente acabaría siendo un fracaso. Esto no quiere decir que no haya aprendido algunas cosas de los fabianos. A las obras de los esposos Webb sobre el cooperativismo y el movimiento sindical y sobre la cuestión del ejército así como a bastantes tratados publicados anónimos por la Sociedad sobre problemas económicos y sociales, de política económica y de política social en sus diversas derivaciones, etc., les debo alguna que otra ampliación valiosa de mi horizonte. Pero estas publicaciones tienen poco que ver con los problemas específicos del revisionismo. También la crítica que destacados fabianos le hacían a la teoría del valor de Marx me impresionó, en principio, en un momento en que yo mismo había llegado a la idea de que esta tenía un significado diferente al que yo le había atribuido hasta entonces, pero esta impresión no fue lo suficientemente fuerte como para que rechazase completamente la teoría de Marx y colocase en su lugar la doctrina propagada por los fabianos por considerarla de una superior validez. Lo que ejerció una influencia decisiva sobre mi pensamiento socialista no fueron las críticas a la doctrina, sino la rectificación, basada en hechos, de supuestos equivocados» [531].

Así pues, según esta declaración, los fabianos solo habrían ejercido una influencia limitada sobre Bernstein por lo que se refiere a cuestiones específicas, fácticas. Sin embargo, no habrían ejercido ninguna influencia en su revisionismo teórico porque, aparentemente, no habrían hecho planteamientos de este tipo en sus escritos. La declaración de Bernstein ha sido recogida más o menos sin reparos por algunos investigadores de los últimos tiempos, entre otros el biógrafo de Bernstein Peter Gay quien, a pesar de dudas y restricciones, afirma que «el desmentido (de Bernstein) tiene un acento convincente» [532]. Otros investigadores han llegado a la conclusión opuesta. Entre ellos, por ejemplo, el más reciente de los biógrafos de Bernstein, Pierre Angel, quien, refiriéndose a los intentos de Bernstein de negar la influencia de los fabianos, escribe que sus protestas eran «demasiado fervorosas y demasiado repetidas como para no intrigar» [533].

En el fondo, Rikli, Reichel, Cole, McBriar, Hobsbawm y Hirsch coinciden en este punto de vista [534]. Todos ellos se basan en la coincidencia más o menos general de las teorías, aun cuando no consideran como simplemente dada la existencia de la influencia atribuida, es decir, que perpetúan la opinión general o lo que entienden por opinión general. Mientras que no se concreticen las cuestiones, de todos modos, resulta imposible formular una decisión dirimiente. Se requiere una investigación detallada de las fuentes existentes.

En lo que sigue se procede a una investigación de este tipo por lo que se refiere a tres puntos decisivos: primero, los puntos de vista de aquellos que, contemporáneos y próximos a Bernstein y a los fabianos, emitieron juicios al respecto; segundo, testimonios procedentes de cartas, artículos, escritos, etc. de Bernstein que datan de la época; y tercero, las ideas básicas de los fabianos en comparación con las de Bernstein.

A) JUICIOS DE LA ÉPOCA

Muchos dirigentes socialistas de la época, de entre los que de un modo u otro estaban próximos a Bernstein o a los fabianos o a ambos, pensaban que el pensamiento teórico y político de Bernstein estaba decisivamente influenciado por el fabianismo. Este era, en primer lugar, el caso de *Friedrich Engels*, que había sido continuo consejero de Bernstein desde que este se hizo cargo en 1881 de la redacción del *Sozialdemokrat* [535]. A partir de la expulsión de Bernstein y otros de Suiza el año 1888 y del traslado de la redacción a Londres, Bernstein entró en contacto directo con Engels. Este estaba, así, en buenas condiciones para seguir de cerca la evolución no solo del fabianismo sino también de Bernstein. En este cometido, la visión de Engels era particularmente aguda a causa de su posición de rechazo, por una cuestión de principios, con respecto a los fabianos. Reconocía, con buena disposición, que su asidua labor publicística, así como su diligente actividad política a nivel municipal en Londres, tenían sus partes buenas. Pero rechazaba sin contemplaciones sus concepciones teóricas y la totalidad de su táctica política [536]. La siguiente caracterización del año 1893 proporciona una imagen elocuente de cómo consideraba Engels a los fabianos:

«Los fabianos son aquí en Londres una banda de arribistas que tienen el suficiente entendimiento como para darse cuenta de la inevitabilidad de la revolución social, pero a los que les parece imposible confiar únicamente al grosero proletariado esta enorme tarea, por lo que tienen el hábito de colocarse a la cabeza; su principio básico es el miedo a la revolución. Son los «Jebildeten» [537] *par excellence*. Su socialismo es socialismo municipal; *el municipio* y no la nación ha de ser el poseedor, al menos de momento, de los medios de producción. Este socialismo suyo, luego es presentado como la consecuencia extrema, pero inevitable del liberalismo, de lo que se deduce su táctica de no combatir decididamente a los liberales como enemigos, sino empujarles a consecuencias socialistas, es decir, trampear con ellos, *to permeate Liberalism with Socialism*, y no oponer candidatos socialistas a los candidatos liberales sino intentar colar cosas o imponerlas engañando. No se dan cuenta, naturalmente, de que lo que ocurre es que o bien los engañados y estafados son ellos mismos o bien lo que hacen es mentirle al socialismo.

Han producido, con mucho celo, entre toda clase de cosas malísimas, también algunos que otros buenos escritos de propaganda; de hecho, lo mejor entre lo que los ingleses han hecho en este terreno. Pero en cuanto van a su

táctica específica, el disimulo de la lucha de clases, todo se fastidia. De aquí también su fantástico odio a Marx y a nosotros: todo por la cuestión de la lucha de clases.

Esta gente, naturalmente, tiene muchos partidarios burgueses y, por lo tanto, tiene dinero y en las provincias muchos trabajadores activos que no quieren tener nada que ver con la Social Democratic Federation. Pero cinco de cada seis de entre los miembros de las provincias comparten más o menos nuestro punto de vista y en un momento de crisis se irán decididamente. En Bradford —donde hay representación— se han declarado decididamente más de una vez contra el ejecutivo fabiano de Londres» [538].

Bernstein, por el contrario, habría valorado, según Engels, muy positivamente a los fabianos. En una carta a Bebel del año 1892, hablaba del «cómico respeto de Ede por los fabianos», cosa que aducía como posible explicación de la censura a que Kautsky había sometido un artículo crítico contra los fabianos escrito por Edward Aveling. La expresión indica que Engels y Bernstein habían discutido sobre los fabianos y este los había tratado con tanto respeto que le había hecho a Engels una impresión cómica [539]. Bebel, por su parte, pensaba que era «verdaderamente divertido que Ede se haga esa idea de los fabianos», e iba a informarse hablando con Kautsky de hasta qué punto este «se había dejado influir por aquel» [540]. En una carta a Bebel de la misma época habla incluso del «entusiasmo por los fabianos» de Bernstein, que él y Bebel intentaban «contrarrestar». Creía que el entusiasmo podía estar relacionado con una depresión pasajera y confiaba en que desaparecería «si no se insiste en el tema» [541]. El entusiasmo que se mantuvo por lo que Engels le escribió a Bebel tres meses después acerca de la convicción a la que —en aquel preciso momento— habían llegado los fabianos y, en particular, Shaw acerca de la dificultad de una colaboración con los liberales contra los conservadores. «Me parece —escribió— que esto le va a sentar al buen Ede como una ducha fría» [542]. De todo esto se puede deducir que, en opinión de Engels, Bernstein estaba fuertemente influido por los fabianos.

Esta opinión no la mantenía solo Engels. Ya hemos visto que *Bebel* coincidía con el juicio de Engels. Fundamentaba su punto de vista extensamente en una carta que le escribió a Bernstein inmediatamente después del Congreso de Stuttgart, en el que se discutió la serie de artículos de Bernstein «Problemas del socialismo». Bebel pensaba que se había demostrado que los puntos de vista de Bernstein habían sufrido transformaciones fundamentales ya que durante mucho tiempo se habían visto sometidos a nuevas impresiones e impulsos:

«De nuevo estás atravesando una mutación —por utilizar esta palabra que se ha puesto de moda entre nosotros—, la mutación que considero más peligrosa de todas las que has sufrido hasta ahora. Y esto porque el único remedio que podría ser de ayuda no se puede utilizar por razones conocidas; me refiero a que te trasladases a un medio diferente.

Como viejo amigo y como compañero de lucha tuyo que soy, quiero ser sincero. He indagado los motivos que te han llevado a las posiciones que mantienes actualmente y me he dado cuenta en *primer* lugar de que, en los casi

treinta años que nos conocemos, tus puntos de vista han experimentado un cambio fundamental siempre que sobre ti han actuado durante largo tiempo otras influencias e impresiones. En estos cambios no han sido obstáculo tu tendencia a buscar la verdad ni tu gran agudeza; los cambios han sido impulsados mucho más por el hecho de que consideras el medio en el que vives en un momento determinado como dotado de una validez general que intentas probar, con toda tu agudeza, de un modo diferente. Recuerda por un momento todos los cambios que has experimentado a lo largo del tiempo que nos conocemos.

Entraste en el partido como partidario de Eisenach. Algunos años después, bajo la influencia de las conferencias y de la literatura dühringiana, te hiciste dühringiano entusiasta. Después conociste a Höchberg. Los dos os retirasteis a los idílicos lagos de la alta Italia y en contacto con él te convertiste —*sit venia verbo*— en höchbergiano y, como tal, escribiste junto con Höchberg y Schramm aquel artículo (1879) que nos encolerizó tanto a todos y que recuerda mucho a tus actuales opiniones, solo que hoy vas todavía *más lejos*. Este artículo y lo que ocurrió con Höchberg y por su culpa constituyeron la causa, como sabes, de nuestro «viaje de penitencia» al «Engelsburg» de Londres, en el que realmente el único penitente eras tú y yo era el «jefe y patrón protector» ante la cólera de los dos viejos.

Bien, nos volvimos a casa con la necesaria «absolución» y te convertiste en redactor del *Sozialdemokrat* y en el ambiente de Zürich, entre nuestros camaradas, que en aquel momento compartían un espíritu altamente revolucionario a causa de la vergonzosa situación que provocaba la ley antisocialistas, te hiciste el más perfecto representante de sus posiciones y aspiraciones; aquella época fue el momento brillante de tu vida y nadie estaba mejor dispuesto hacia ti que Marx y Engels. Tu traslado a Inglaterra y tu constante contacto íntimo con Engels, etc., no modificaron, en principio, nada tus posiciones.

Pero tras su muerte, nuevamente han cambiado tus puntos de vista en la atmósfera inglesa, en las condiciones inglesas y entre los contactos que mantienes allí; un cambio que la mayoría de nosotros ve con pesar y preocupación.

No me puedo meter por carta en discusiones teóricas y, por otra parte, tengo la convicción, a la que llegué en nuestro último encuentro en Suiza —en el que intencionadamente no entré en disputas porque para mí era mucho más importante saber por tus propias palabras hasta qué punto había llegado tu proceso de cambio—, de que tampoco ejercen ninguna influencia sobre ti sean todo lo contundentes que sean. Por lo demás, es más correcto y más racional y más conveniente para la causa, que lo que tenga que decir en tu contra lo diga públicamente» [543].

Las opiniones de Bebel y Engels eran compartidas por otros miembros del partido. *Franz Mehring* defendía a Bernstein contra críticas injustificadas de parte de *Wilhelm Liebknecht*. Pero al mismo tiempo declaraba estar «en la misma línea que Liebknecht», «con el que coincido en particular en que el deplorable giro de Bernstein ha de ser atribuido a las influencias del exilio inglés» [544]. También el presidente del partido de los socialdemócratas austríacos, *Víctor Adler*, parece haber sido de la misma opinión. «A Ede ya no le entiendo»,

le escribió en 1896 a Kautsky después de que Bernstein publicase el primer artículo de la serie «Problemas del socialismo», en el que citaba aprobándolo un artículo de Shaw sobre el Congreso socialista de Londres de 1896. «Es una pequeña desgracia que Bax le reclame con placer como fabiano», seguía escribiendo, pero confiaba que Bernstein atacaría más duramente a Shaw en otro artículo. «Leo cada artículo de Ede con tanto provecho, he aprendido tanto de él y le valoro tanto, que estas cosas me ponen, simplemente, furioso. Pienso que tenéis que arremeter, sin más, contra Shaw» [545].

Para Karl Kautsky, la influencia fabiana sobre Bernstein era tanto más natural cuanto que él mismo abrigaba ciertas simpatías por el fabianismo y por la táctica política del socialismo inglés [546]. No podía soportar a los sectarios de la Social Democratic Federation. «Los fabianos son otra cosa», le escribía a Engels en 1892. «A ellos, de todos modos, no dejaba de tenerles simpatía» [547]. Engels recriminó tajantemente y con amplitud esta postura, en particular haciendo referencia a la censura ya mencionada de Kautsky al artículo de Aveling. «Con todo esto no te quiero pedir que trates a esa gente como enemigos. Pero en mi opinión, frente a la crítica les has de defender tan poco como a cualquier otro» [548]. En 1896 Kautsky le exponía a Adler también los mismos puntos de vista [549]. Cuando Kautsky aprovechó una oferta de Benno Karpel en el sentido de conseguir un artículo de los fabianos de Londres, Bernstein se enfadó mucho. Él se consideraba, evidentemente, el elemento natural de contacto entre los socialdemócratas alemanes y los fabianos [550]. Es curioso también que Kautsky se extendiese ampliamente sobre la influencia inglesa en Bernstein al polemizar contra este en el Congreso de Stuttgart de 1898 [551]. Kautsky participaba entonces, en principio, de las mismas ideas que Bebel acerca de la importancia del medio inglés para Bernstein: «Llegó allí para equivocarse sobre el ánimo que reina entre el proletariado alemán, y para compararlo desagradablemente con el del socialismo inglés. Comenzó a temer que la Socialdemocracia alemana fuese por un camino equivocado. Después de la muerte de Engels este temor se convirtió en fundamental para él. Más adelante, cuando de nuevo se encontraba en Alemania, desde 1901, él mismo reconoció que había subestimado al partido alemán. De nuevo, viviendo en el suelo patrio, se encontró dentro del partido» [552].

Los socialdemócratas alemanes pueden haberse influido unos a otros, hasta cierto punto, en lo que se refiere a su enjuiciamiento del asunto. Por esto, es de interés constatar que socialistas ingleses de los más diversos matices coincidían sobre esta cuestión con los socialdemócratas alemanes. La hija de Marx *Eleanor Marx-Aveling*, que jugaba en aquella época un importante papel en el movimiento socialista de Inglaterra, era un contacto entre los socialistas de ambos países [553]. Seguía con preocupación la evolución de Bernstein tras la muerte de Engels y al final de su vida le pidió a Kautsky que presionase a Bernstein: «Solo tú puedes hacer de Ede nuevamente nuestro propio *viejo Ede*». La posición de Bernstein se había convertido desde hacía algún tiempo «en algo muy desagradable para nosotros» pues sus puntos de vista eran utilizados por los fabianos contra los marxistas. Escribió que ella misma había

podido oír a un fabiano en Portsmouth: «*Se tiene que haber acabado Marx si Bernstein se ha pasado a nosotros*» [554].

Eleanor Marx-Aveling estaba preocupada por el fabianismo de Bernstein entre otros motivos porque esta circunstancia era utilizada por «Bax & Co.» [555]. *Belfort Bax* era en aquella época uno de los dirigentes intelectuales del socialismo británico y había tomado posición por el marxismo contra el fabianismo [556]. Tenía trato con Engels, pero no vacilaba en poner reparos al fabianismo de Bernstein. Ya en 1896 decía de Bernstein que era «nuestro fabiano converso» y escribía: «Igual que un negro se arruina si empieza a tomar whisky inglés, un socialista continental se arruina también si adopta la forma inglesa de mirar las cosas» [557]. Los fabianos, por su parte, consideraban a Bernstein igualmente como a un converso. *George Bernard Shaw* mantenía, entre los fabianos, de un modo particularmente consecuente este punto de vista, pero también lo compartía el sensato y escrupuloso secretario de la sociedad, Edward Pease. Shaw era uno de los socialistas europeos a los que los revisionistas conscientes en torno a la revista *Sozialistische Monatshefte* pidieron en otoño de 1899 que tomaran posición con respecto al Congreso del SPD de Hannover, en el cual había tenido lugar precisamente el segundo gran debate sobre Bernstein. Shaw escribió en aquella ocasión:

«El informe de la Fabian Society al Congreso socialista internacional del año 1896 les mostraba que la lucha que Bernstein empezaba en aquel momento por la reforma del Partido Socialdemócrata en Alemania era una lucha que la Fabian Society ya había mantenido y que ya había acabado felizmente en Inglaterra. Naturalmente que soy muy, muy bernsteiniano. Si Liebknecht quisiera tomar como base para sus discursos tan solo su propia táctica fabiana en vez de las apasionadas generalizaciones de los acontecimientos de 1848 y 1871 y el viejo radicalismo revolucionario, quedaría claro para todo el mundo que en su *actividad parlamentaria* ya ha practicado precisamente las modificaciones que le parecen modificaciones del *programa*. En Inglaterra se le llama hoy día socialdemócrata al socialista que se ha quedado sin esperanzas detrás del curso de los acontecimientos. También en Alemania se podría llegar a que esa apelación adquiriese el mismo significado si el partido se demuestra incapaz de adoptar las ideas de Bernstein» [558].

Consideraba como algo evidente que lo que hubiese hecho que Bernstein pasase a ser revisionista hubiese sido el contacto con las condiciones inglesas y con los fabianos [559]. Más tarde, a principios del siglo xx, escribió en un resumen sobre socialismo y fabianismo que el socialismo se había «fabianizado a lo largo y ancho de Europa». Y esto gracias, entre otros, a Eduard Bernstein, que «en los firmes debates primeros de los fabianos había visto cómo saltaba hecho pedazos el viejo marxismo doctrinario y cómo se elaboraba un programa constitucional, parlamentario y municipal. Vuelto a Alemania, dividió al Partido Socialdemócrata al ponerse a la cabeza de una revuelta fabiana contra los viejos dirigentes; esta tendencia fue conocida como revisionista» [560].

Es cierto que Shaw era entre los fabianos el que más inclinado estaba a suscribir los resultados transformadores de la Sociedad de los Fabianos. Pero precisamente en este punto no se le puede restar valor como testigo pues

era el que mejor conocía tanto el marxismo como el Partido Socialdemócrata alemán. Su punto de vista viene también confirmado por *Edward Pease*, que también vivió esta época y que era un crítico muy capaz de discernir [561]. Pease consideraba la lucha de Bernstein en el partido alemán como parte de una lucha teórico-práctica global. Bernstein, por su parte, informaba diligentemente a los fabianos sobre sus resultados. Después del Congreso del partido que tuvo lugar en Munich en 1902 y en el que, entre otras cosas, se discutió sobre el órgano teórico colectivo de los revisionistas, *Sozialistische Monatshefte*, Bernstein le envió un informe a Pease en tanto que secretario de la Sociedad de los Fabianos. El informe estaba claramente pensado para su publicación en *Fabian News*, órgano de la Sociedad. Fue recibido con satisfacción por Pease, que escribió en una carta: «El informe muestra que la situación en Alemania es satisfactoria y te estamos muy agradecidos por la molestia que te has tomado. Todo aparecerá a su momento en los próximos *Fabian News*. Le vamos a enviar a Ernest notas sobre asambleas y espero que pueda utilizar algunas de ellas» [562].

También otros fabianos le testimoniaban a Bernstein por carta su valoración subrayando, al mismo tiempo, sus coincidencias ideológicas. Así, por ejemplo, el dirigente fabiano *Henry W. Macrosty*, que parece haber estado bastante cercano a Bernstein [563]. Cuando la revista *Justice*, que rivalizaba con *Fabian News*, atacó a Bernstein, Macrosty escribió:

«La dimisión de Hyndman no ha acabado de sacarle la espina a *Justice*. Hace una o dos semanas insultaban al «pobre Bernstein», quien es considerado unánimemente por W. Macrosty, de la Fabian Society, y los enemigos del socialismo como el destructor del marxismo en Alemania. ¡Ya ve que usted y yo somos pilares del púlpito!» [564].

Todavía más significativa es la carta que Macrosty le escribió a Bernstein inmediatamente después de que tuviera lugar el Congreso del SPD de 1901 en Lübeck, que había sido escenario del último gran debate sobre Bernstein:

«Querido Bernstein:

...Muchas gracias por los informes sobre el Congreso de Lübeck; los he leído cuidadosamente y con interés... Puede que los dirigentes prediquen la teoría de la pauperización y la teoría de la catástrofe con subterfugios verbales y con reservas —como también hacían los viejos economistas con sus teorías—, pero la masa y los pequeños propagandistas las toman al pie de la letra. Por ello debería usted demoler estas y otras consignas introductorias.

Una parte de la obra ha terminado ahora, usted le ha obligado a Bebel a reconocer públicamente que las viejas posiciones están superadas y que el programa del partido ha de ser nuevamente redactado: esto ha sido reconocido, por lo menos verbalmente. Usted ha evidenciado que la reforma es un proceso lento y complicado y ha hecho que la gente joven reflexione sobre los fundamentos en los que se basan. Bien puede usted ahora dejar las cosas tal como están por algún tiempo —la levadura exige algún tiempo para actuar—, el partido tiene ahora bastante por digerir para una temporada.

Su próxima tarea es más difícil. Hay que elaborar los detalles de una reforma que pueda ser alcanzada en el transcurso de los próximos diez años. Le digo, ahora como antes, que el progreso se impone a través de los artículos de los acuerdos parlamentarios. Nada le dio a la jornada de ocho horas mayor impulso en este país que el descubrimiento de que la Sociedad de los Fabianos podía presentar un proyecto de ley sobre la reforma. No es que fuera un proyecto particularmente bueno, pero estaba ahí y solo necesitaba el acuerdo del parlamento para tener fuerza. Las masas —*Stimmvieh* [565] si puedo utilizar esta expresión sin intención ofensiva— solo son ganadas por los principios generales, pero los pocos que piensan, que empujan las leyes, solo se convencen por los detalles» [566].

Resumiendo, se puede decir en base a todo lo expuesto, que una gran parte de los socialistas ingleses y alemanes de la época consideraba a Bernstein próximo ideológicamente al socialismo fabiano e influido por este. Medio año antes del Congreso de 1899 en Hannover, Rosa Luxemburg resumió maliciosamente la opinión general así: «Bernstein ha construido su teoría a partir de las condiciones inglesas, ve el mundo a través de las «gafas inglesas»; esto ya se ha convertido en una consigna en el partido» [567].

B) BERNSTEIN SOBRE LOS FABIANOS

En este contexto parece interesante investigar lo que Bernstein mismo decía en esa época sobre su relación con los fabianos. El marco general fue trazado por él en su esbozo autobiográfico *De los años de mi exilio* [568]. Según este escrito, ya desde su primer año de residencia en Londres, es decir, en 1888, tomó contacto con los fabianos y en primer lugar evidentemente con Hubert Bland, quien parece haber tenido cierta importancia para él [569]. En el otoño del mismo año entró en contacto con otros dirigentes fabianos y asistió a las famosas conferencias que un año más tarde serían editadas en forma de libro y con el título de *Fabian Essays* [570]. Conservó, ciertamente, «por bastante tiempo», ciertos prejuicios contra los fabianos. Pero los prejuicios no eran tan poderosos como para que dejase de asistir a sus asambleas, no leyese su literatura, no discutiese con dirigentes fabianos y, hasta cierto punto, no tomase parte también en su vida social [571]. Sidney Webb, el *primus motor* de la Sociedad, ganó su más alta consideración:

«Casi cada vez que tenía ocasión de asistir a las asambleas de los fabianos, Webb se ganaba mi admiración por la forma tan segura de contestar adecuadamente a las preguntas que le hacían por muy lejano que quedase el objeto del tema de la conferencia. Es, desde luego, la cabeza más poderosa entre los fabianos y la impresión que actualmente hace es la del científico que es» [572].

Por todo esto se puede dar por sentado sin más que Bernstein tuvo buenas relaciones con los fabianos durante su estancia en Londres. De su auto-

biografía se desprende también que simpatizaba con ellos. Plantea la cuestión de si a Marx realmente no «le quedó vedada la completa penetración en el alma popular inglesa». Insinuaba, así pues, que Marx no había aceptado la peculiaridad del socialismo (reformista) inglés porque no lo había entendido. Además, la oposición entre el marxismo y el fabianismo era, para Bernstein, más «imaginaria que real» y se explicaba por dificultades semánticas: «Mucha parte de culpa por las incomprensiones mutuas recae en que los conceptos relacionados con expresiones políticas del mismo significado no coinciden de país a país» [573].

A estas conclusiones, sin embargo, Bernstein solo llegó con el tiempo. A principios de los años noventa sus juicios públicamente emitidos sobre los fabianos eran tan duros como los de Engels; en los puntos esenciales coincidían con los de este [574]. En uno de sus informes desde Londres, escrito en el otoño de 1890, decía del fabianismo que era una forma de «socialismo de salón» [575]. Poco más tarde establecía una comparación entre los fabianos y los socialistas de cátedra alemanes y bromeaba sobre su antimarxismo: «Junto a la tendencia a darle al socialismo un aspecto que sea plausible también para el burgués cultivado y en relación con ella, reina entre los socialistas de la «Fabian Society» la aspiración a mostrarse lo menos influidos posible por Marx y superiores a él. Esto ya no es ni lógico. Quien está más allá de la lucha de clases tiene que haber superado la concepción del *Manifiesto Comunista*. Por lo demás, no en balde se ha recibido una formación académica y en las universidades la moneda Karl Marx tiene asignado el peor curso que se pueda imaginar. En lugar de la teoría del valor de Marx, se adopta la «refutación» de la misma por la teoría de Stanley Jevons de la «utilidad marginal», una teoría muy particular sobre la que quizá volveremos en otra ocasión. Digamos solamente, de momento, que esta teoría, bien mirada, tiene muchas analogías con la vieja y buena teoría de la oferta y la demanda» [576].

También rechazaba el caballo de batalla de los fabianos, el «socialismo municipal», sin considerarlo como una alternativa seria al capitalismo. En nueve de cada diez casos, en la política municipal se trataba de las conveniencias de una u otra medida, en lo cual no entraban en juego realmente intereses de clase:

«Tan solo los repetidores mecánicos de los viejos apóstoles del librecambio pueden ver en la toma de posesión por la comunidad de por ejemplo la gestión de las instalaciones de agua, gas, tranvías, etc., «ya un fragmento de socialismo»» [577].

Todavía en otoño de 1893 Bernstein se distanciaba con énfasis de los fabianos en una reseña al trabajo de Beatrice Webb *El movimiento cooperativo británico*, que había sido traducido al alemán por mediación del socialista de cátedra alemán Lujó Brentano [578]. En realidad la reseña se centraba solo en un tema secundario, más exactamente, en las supresiones de determinados pasajes de la edición original efectuadas por Brentano que trataban de la teoría del valor de Marx. Pero el tono de la reseña es irónico y burlón. Bernstein le llamaba a Beatrice Webb «socialista moderada» y «el eco de su esposo, el Sr. Sidney Webb, quien como *spiritus rector* de la «Fabian Society»

de Londres vigila con un celo tal que el socialismo inglés conserve la marca de origen del país que le habría hecho verter lágrimas al Mr. Podsnap inmortalizado por Dickens. En esta loable aspiración el Sr. Webb y sus amigos no dejan pasar ninguna ocasión de explicar que Karl Marx, cuyas teorías se extienden tan terriblemente en Inglaterra, no enriqueció para nada el socialismo sino que en realidad solo fue un imitador escolar de los socialistas ingleses anteriores. Tanto el glorioso descubrimiento que ha hecho el Sr. Menger en Viena de que Marx se copió su teoría del valor de W. Thompson, descubrimiento que ha encontrado en los fabianos sus más fieles repetidores, así como el descubrimiento de otro miembro de la «Fabian Society» según el cual Marx era, ciertamente, un hombre bien intencionado, pero que no tuvo ni la más mínima idea de economía política, se reflejan de la manera más amena en el libro de la Sra. Potter-Webb» [579].

Los primeros indicios claros de un cambio en las posiciones que Bernstein asumía públicamente con respecto a los fabianos se encuentran en la recensión del trabajo mayor de Sidney Beatrice Webb, *Historia del tradeunionismo británico*, que publicó a finales de mayo de 1894 [580]. La importancia que Bernstein confería a esta obra se desprende del hecho de que él y su mujer la tradujeran al alemán inmediatamente después de su aparición en inglés. Le molestaba todavía, cierto, que los fabianos considerasen a Marx como un plagio de los socialistas ricardianos. Pero mencionaba tan solo de pasada y en tono conciliador que los esposos Webb representaban «una dichosa mezcla de socialismo y respetabilidad social», lo que les permitía tener acceso a los documentos de las organizaciones sindicales conservadoras. Tan solo al margen decía también que disentía de los autores «en algunos puntos teóricos». Es quizá también significativo que se extendiese en la cuestión de la separación de los dirigentes sindicales ingleses de los cartistas, una cuestión que más tarde había de jugar cierto papel en las *Premisas* en la argumentación contra el carácter revolucionario del marxismo. Mientras que anteriormente en una polémica con Brentano había hablado enérgicamente de las consecuencias negativas del «abandono del cartismo» por parte del movimiento sindical inglés [581], ahora mostraba comprensión hacia la posición de este último para acabar finalmente condenando en las *Premisas* (1899) a los radicales cartistas [582].

Inmediatamente después de la muerte de Engels, en agosto de 1895, Bernstein acusó un acercamiento más concreto a los fabianos. En un artículo de 1895 titulado «Evolución de los partidos ingleses» repetía una vez más su caracterización, ya muy repetida con anterioridad, de la Sociedad de los Fabianos [583]. Sin embargo decía que «se ha demostrado como carente de todo fundamento» la consideración de los fabianos como unos agentes de los liberales en el seno de la clase obrera [584]. Citaba también largos párrafos de una conferencia de Shaw en la que mostrando un significativo pesimismo por lo que se refería a la voluntad de la clase obrera inglesa de impulsar una política socialista acababa en un llamamiento de carácter social-liberal-reformista:

«Hago un llamamiento para que se construya un programa real de propuestas de reforma más concretas basadas en un estudio adecuado. Ya no me dirijo a la clase obrera, he perdido la fe en su iniciativa política. Me dirijo a la nueva generación de representantes populares sin distinción de partidos o de clases».

Una posición como esta era, naturalmente, imposible desde un punto de vista marxista y se podría haber esperado por tanto un enérgico rechazo por parte de Bernstein. Sin embargo este se distanciaba únicamente de las «exageraciones» de Shaw estimulando al mismo tiempo a los lectores a que no perdiesen de vista «el núcleo sano de su crítica» [585].

La aproximación a los fabianos es todavía más notoria en el postfacio redactado por aquellas fechas (es decir, octubre de 1895) al trabajo de los esposos Webb sobre *Historia del tradeunionismo británico*, cuya traducción debieron empezar los esposos Bernstein inmediatamente después de su publicación en inglés [586]. En la polémica posterior con Karl Kautsky, Bernstein mismo consideraba este postfacio significativo en tanto en cuanto que abordaba la crítica de la «concepción simplificadora de la lucha de clases» [587]. Bernstein les envió a los Webb las galeradas de su postfacio y estos le contestaron que no tenían nada que añadir [588]. La empresa mostraba que Bernstein consideraba de importancia que la Socialdemocracia conociese el desarrollo y las experiencias del movimiento sindical británico y quizás incluso que se apropiase de sus objetivos y método de trabajo [589]. Bernstein expresaba puntos de vista en el postfacio que o eran fabiano-reformistas o por lo menos así podrían ser interpretados:

«Las luchas de clases solo raramente se agudizan tanto como para mostrarse en el plano nacional. En particular en la sociedad burguesa moderna con su extraordinaria multiplicidad de grupos de interés y sus relaciones recíprocas es casi inevitable que los problemas del momento desplacen temporalmente del horizonte a los antagonismos profundos...

La teoría de la lucha de clases de nuestros días, tal como es erróneamente entendida con demasiada frecuencia, experimenta así una rectificación esencial. No solo los enemigos malintencionados sino también sus fieles adeptos asocian con ella la idea de una transformación continua homogénea y simultánea de las relaciones industriales. Así, una ley de tendencia se entiende como si estuviese afirmando un hecho acabado, hecho que solo es señalado en tanto que dirección a la que se orienta una línea de movimiento reconocida. De hecho todavía estamos muy lejos de aquella homogeneidad del curso evolutivo e incluso si fuese alcanzada permanecerían todavía actuantes grandes desigualdades en la naturaleza de las ramas industriales singulares que sería fatal ignorar...

Quien no se entregue a la fe en futuros milagros, quien no acepte la idea de que en cualquier momento es posible sacarse de la manga creaciones orgánicas capaces de funcionar, verá en el sindicato no solo la escuela de un considerable autogobierno democrático sino también una importante palanca para las transformaciones económicas a las que aspira la Socialdemocracia. La frase de que la emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos

tiene un significado más vasto que la mera conquista de poder estatal por los trabajadores...

Los sindicatos son, por su naturaleza, esencialmente planteles de oportunismo. La amplitud de las metas a las que aspiran sus representantes entusiastas queda determinada, en cuanto se llega a la acción, por las condiciones dadas, por los medios dados. Donde existe la posibilidad de obtener combatiendo mejoras graduales, los sindicatos se inclinarán por estas, y cuanto mejor organizados estén tanto menos inclinados se sentirán a poner en juego su organización por la consecución de empresas atrevidas. En este sentido es correcto ver en el fortalecimiento de los aparatos sindicales un alejamiento de empresas revolucionarias. Pero si se prescinde de la idea policíaca de la revolución, de la revolución como «gran día», entonces es un gran error ver en el movimiento [590] que se puso en marcha con 1899 un debilitamiento del movimiento revolucionario de la clase obrera. El desvío a los «cauces constitucionales» significó, tal como se llevó a cabo, un fortalecimiento decidido de aquel. El camino de la emancipación de la clase obrera es un camino largo y complejo» [591].

Bernstein daba también expresión en este postfacio a su convencimiento de que el movimiento sindical iba probablemente a limitarse cada vez más a la aristocracia obrera o al menos iba a encontrar en ella su base fundamental constituyendo esta, además, el núcleo de la Socialdemocracia: «El dirigente natural de la lucha por la emancipación de una clase es su aristocracia» [592].

En la polémica posterior con Kautsky, Bernstein le recordaba que, cuando estos puntos de vista fueron formulados, ni él ni nadie habían tenido nada que objetar en su contra y que tales puntos de vista eran «el resultado de un conocimiento que ha ido tomando forma a lo largo del tiempo por medio de la observación atenta del movimiento obrero y que lentamente ha ido modificando mi visión del curso del desarrollo socialista» [593]. Muchas de las ideas básicas de Bernstein figuran ya en estas frases difusas y tentativas como, por ejemplo, la tesis de que la cada vez más compleja estratificación social tendía a aplacar los antagonismos de clase; de que la concentración industrial no había avanzado tanto como para dar por existente la base material para la toma del poder por la clase obrera; que en la interpretación del objetivo de «liberación de la clase obrera» había que poner el énfasis más en el trabajo sindical y educativo en el marco de la sociedad existente que en la conquista del poder político; que la revolución social no podía ser interpretada como revolución violenta; que la orientación del movimiento obrero hacia luchas constitucionales, es decir, legales, que tendiesen a la obtención de reformas significaba un fortalecimiento decisivo del movimiento obrero revolucionario; y que el objetivo socialista todavía estaba muy lejano. No era, desde luego, una casualidad que Bernstein expresase estas ideas precisamente en una obra escrita por dos dirigentes fabianos y que estaba dirigida, en primer término, a los socialdemócratas alemanes.

Desde este momento las ideas fabianas obtuvieron un lugar sistemáticamente en la actividad publicística de Bernstein. Cuando en octubre de 1896 inaugura su crítica sistemática del marxismo en la serie «Problemas del so-

cialismo» con el artículo «En general sobre utopismo y eclecticismo», en gran parte se está ocupando de la relación entre el fabianismo y el marxismo. Este cambio decisivo fue descrito por Bernstein mismo en la carta que le escribió en octubre de 1898 a Bebel en respuesta a la crítica que este había hecho de su «mutación»:

«Hasta hace todavía dos años he intentado, mucho más, «tirar» de la teoría marxista para ponerla en consonancia con la praxis. Significativa, pero también comprensiblemente, la imposibilidad de este intento resultó clara para mí cuando hace un año y medio pronuncié con los fabianos una conferencia sobre «Lo que Marx dijo realmente». Todavía conservo el manuscrito de la conferencia: es un horrible ejemplo de «intento de salvación» bienintencionado. Quería salvar a Marx, quería mostrar que todo lo que él había dicho había ocurrido y que lo que no había ocurrido también Marx había dicho que no iba a ocurrir. Pero cuando la obra de arte estaba a punto, mientras leía la conferencia, algo me rondaba en la cabeza: no le haces justicia a Marx, lo que estás exponiendo no es Marx. Y un par de ingenuas preguntas que me formuló un fabiano agudo, Hubert Bland, después de la conferencia, y que yo contesté todavía al modo antiguo, fueron el complemento. Por lo bajo me decía: esto no puede continuar» [594]. Bernstein cumplió, ciertamente, su propósito.

Para poder valorar correctamente la influencia que los fabianos ejercieron sobre Bernstein tenemos que investigar ahora brevemente las ideas básicas del fabianismo en la forma en que en aquella época le llegaron a Bernstein. Para ello es necesario incluir también una consideración del medio histórico en el que surgieron estas ideas, medio que, a su vez, también influyó sobre Bernstein.

C) LOS FABIANOS Y EL SOCIALISMO INGLÉS 1883-1893

Hacia el final de su larga y activa vida, Beatrice Webb hizo en el contexto de una descripción de «las etapas sucesivas de nuestra (de ella y de su esposo [T.]) conversión a la teoría marxiana del desarrollo histórico del capitalismo del beneficio» la siguiente confesión: «En lo que estábamos en un completo error era en la ignorancia de la predicción de Karl Marx del derrumbe final del sistema capitalista como el único y exclusivo camino hacia la maximización de la riqueza de las naciones» [595]. Anteriormente, al igual que los demás fabianos, tenía una concepción completamente diferente del capitalismo y de su futuro. El fabianismo fue realmente la primera versión sistemáticamente elaborada del socialismo reformista en la época de la Segunda Internacional.

Cuando Bernstein se trasladó de Suiza a Inglaterra en 1888, el auge del movimiento socialista inglés acababa de empezar. En el año 1881 se había fundado la Democratic Federation —que pasó a llamarse en 1884 Social Democratic Federation (SDF)— y esta organización adoptó en junio de 1883 un progra-

ma socialista que, entre otras cosas, provocó la salida de la casi totalidad de los no- socialistas. En abril de 1883 y en enero de 1884 fueron fundadas las revistas socialistas *To-Day* y *Justice*. Ya en 1884 aparecieron en la SDF diferencias de opinión fundamentales. Estas diferencias llevaron a la fundación en diciembre del mismo año de una nueva organización, la Socialist League. Pero también se escindió, a su vez, esta nueva organización en 1888 al salirse de ella los marxistas que hasta entonces habían actuado en su seno y que en lugar de a ella dirigieron su atención al nuevo movimiento sindical militante que estaba surgiendo entonces entre las grandes masas de trabajadores organizados, era el «New Unionism». En 1889 tuvo lugar la gran huelga de los trabajadores del puerto de Londres, que fue considerada por el viejo cartista George Julian Harney como el acontecimiento más importante «desde los grandes y gloriosos días del cartismo». Toda la opinión pública estaba más o menos a favor de los huelguistas y la victoria de los trabajadores significó un fuerte impulso para el nuevo movimiento obrero: entre 1889 y 1890 se dobló el número de los trabajadores organizados. Otro importante acontecimiento fue también la jornada del Primero de Mayo de 1890 en Londres, que congregó entre 250 000 y 350 000 personas y en la que estuvieron presentes en la tribuna el marxista Friedrich Engels y el fabiano Bernard Shaw junto con los dirigentes del nuevo movimiento sindical —Tom Mann, Ben Tillet entre otros—. Paralelamente se desarrollaba también la propaganda socialista y por primera vez entraban los ingleses ampliamente en contacto con el marxismo: en 1886 se editó en inglés *Trabajo asalariado y capital*, en 1887 *El Capital* y en 1888 *El Manifiesto comunista*. El punto culminante de este auge lo constituyó la fundación del Independent Labour Party en 1893, lo que era una expresión de que el movimiento obrero inglés aspiraba a desembarazarse del liberalismo no solo en los planos sindical y teórico sino también en el plano político. Pero como prácticamente todos los trabajadores políticamente activos habían sido hasta los años ochenta adeptos de Gladstone, el liberalismo conservó una poderosa influencia sobre el movimiento obrero. El hecho de que hasta 1880 no hubiese más allá de 2000 socialistas organizados en Inglaterra, y que además estos estuviesen divididos teórica, política y organizativamente, venía a facilitar la pervivencia de esta situación. La clase obrera inglesa no había sido, en su mayoría, ganada para las ideas socialistas; las organizaciones socialistas eran, en general, todavía sectas. La dirección de estas sectas estaba en manos de intelectuales de la clase media y estos eran también quienes, en general, formaban parte de ellas. Por todo esto no era extraño, de ningún modo, que en 1888 Sidney Webb se viese inducido a publicar unas instrucciones para los miembros de los grupos socialistas que eran poseedores de acciones. Y esto no era más extraño que el hecho de que el presidente de la Social Democratic Federation, M. H. Hyndman, comentarista de bolsa y jugador de cricket, vendiese su *Justice* en las esquinas de Londres o que otro de los puntos de apoyo de la organización, la condesa de Warwick, pidiese un tren especial para el regreso de la Conferencia de la Federación [596]. La Social Democratic Federation mantenía la pretensión de ser marxista, pero su marxismo no impedía ni a Marx ni a Engels distanciarse de ella ni impedía que los marxistas ingleses

la abandonasen ni impedía que los conservadores adelantasen dinero («the Tory Gold») a los candidatos de la SDF en las elecciones de 1885. Para los socialistas sinceros era imposible tomar en serio a un hombre como Hyndman, un demócrata-tory, que continuamente estaba prediciendo la inminente revolución violenta que además fijaba por adelantado en el año 1889, es decir, el centenario de la Revolución francesa [597]. Pero los marxistas que en 1884 abandonaron la SDF y fundaron la Socialist League fueron de mal en peor. Pues la Socialist League cayó durante los años ochenta cada vez más bajo la influencia de los anarquistas (William Morris y otros), quienes por principio eran enemigos de toda acción parlamentaria. En opinión de Engels, lo mejor que les pudo pasar a los marxistas de la Socialist League era ¡haber sido expulsados de ella por los anarquistas! Así, el problema se solucionó cuando en mayo de 1888 los anarquistas vencieron definitivamente y los marxistas tuvieron que irse. Al mismo tiempo, Tom Mann le decía a John Burns en una carta que por lo que se refería a la SDF había perdido todas las esperanzas [598]. Burns mismo abandonó la SDF en junio de 1889. Esta era la situación del sector del movimiento obrero socialista que podía mantener la pretensión de ser marxista en la época de la llegada de Bernstein a Inglaterra.

En este marco apareció la Fabian Society como una parte del movimiento obrero socialista, pero, sin embargo, en oposición a la parte revolucionaria, es decir, presuntamente revolucionaria, de este. En el momento de su fundación, en enero de 1884, los primeros miembros de la Sociedad tenían una orientación ético-cristiana y espiritista. La Fabian Society se fundó «con el fin de construir la sociedad en armonía con las más altas posibilidades morales» [599]. Inspirándose en Henry George, los fabianos aspiraban a que se nacionalizase el suelo, a que las obras públicas fuesen financiadas por impuestos directos y a la igualdad de los sexos [600]. Como ejemplo de propuesta política concreta puede señalarse que en 1886 propusieron el cultivo experimental del tabaco y el servicio militar obligatorio generalizado como remedios contra el paro obrero [601]. La mayoría de los miembros de la Sociedad eran jóvenes funcionarios o empleados de empresas privadas con formación universitaria; la proporción de mujeres de la clase media era muy grande. Una investigación de los miembros de la Sociedad que en el año 1890 abarcó a 188 personas demuestra que la caracterización que hizo Engels de la misma como colección de «abogados, literatos y mujeres sentimentales» daba en el clavo [602]. El trasfondo intelectual estaba formado por pensadores liberales como George, Comte, Emerson y Jevons, pero sobre todo también por John Stuart Mill, de orientación social-liberal [603]. La mayoría de los miembros eran simultáneamente miembros del Partido Liberal o lo habían sido anteriormente y «el objetivo fundamental de los fabianos era imponerle al Partido Liberal un programa de reforma social constructiva» [604]. En la medida en que estas aspiraciones de reforma partían de la base de que los fundamentos de la sociedad existente debían mantenerse, existían puntos de contacto entre el socialismo fabiano y la orientación estatal-intervencionista del liberalismo inglés de la época representada esencialmente por Joseph Chamberlain; esta orientación tenía en su repertorio, al igual que el socialismo de cátedra alemán, las refor-

mas sociales, pero también el proteccionismo y el imperialismo. Los fabianos estaban en lo esencial satisfechos de los mecanismos democráticos existentes y muchos de entre sus dirigentes se oponían a la formación de un partido obrero independiente. Después de 1895, por ejemplo, los esposos Webb y Shaw colaboraron estrechamente con los «imperialistas liberales». Estos últimos tuvieron por lo menos tanto éxito en inculcarles a los fabianos su imperialismo como estos en inculcarles a los liberales su colectivismo [605]. Los fabianos recordaban así a los socialistas de cátedra alemanes [606], semejanza a la que aludió Shaw así como Bernstein antes de que se adhiriese a sus ideas (véase más arriba pág. 147). Se puede decir, por todo lo expuesto, que el fabianismo nació en un principio como un movimiento burgués de reforma sin ningún contacto ni con la clase obrera ni con el movimiento obrero ni con el socialismo. Si tenía alguna base social entre la clase obrera se trataba más bien de la aristocracia obrera de la época [607]. Según Hubert Bland, «la revuelta de los estómagos vacíos» se acababa en la panadería más cercana. Por lo tanto se buscaba el contacto con los «trabajadores bien comidos y bien vestidos» [608].

Sin embargo, el paro obrero, la fundación de las revistas socialistas *To-Day* y *Justice* y de la Social Democratic Federation y la Socialist League mostraban que el socialismo era una fuerza con la que había que contar y que probablemente iba a tener una importancia perdurable. Esto empujó a los fabianos también a definir su posición con respecto a la ideología socialista de entonces. ¿Cuál era el contenido de esta en aquellos momentos? Edward Pease lo resumía así:

«Los socialdemócratas de aquellos días afirmaban que la creencia incondicional en todo dogma atribuido a Marx era importante para la redención social y que el único camino para llegar a ella pasaba por la revolución; por revolución no entendían la transformación completa de la sociedad, sino su transformación por medio de los fusiles y las barricadas; estaban convencidos de que el único método que conducía a la implantación de su política era una repetición victoriosa de la Comuna de París. Los fabianos llegaron a la convicción de que, según todas las probabilidades, una revolución de este tipo no iba a tener lugar y que la continua charla sobre ella era el peor de todos los posibles caminos para hacer agradable el socialismo a los ojos de la clase obrera británica» [609].

La síntesis del punto de vista de los fabianos muestra que la crítica de estos no se dirigía tan solo al socialismo pseudorrevolucionario representado por Hyndman sino que también afectaba a corrientes serias como la que representaban los esposos Aveling. Porque si a los dirigentes de la SDF se les podía reprochar con razón que *redujesen* la revolución socialista a menudo a un problema de «fusiles y barricadas» no era este el caso de los marxistas de la SDF y de la futura Socialist League. Estaban a favor de la lucha parlamentaria, pero sostenían también que el problema de los «fusiles y barricadas» era también un aspecto importante de la revolución social y estaban también convencidos de que «la repetición victoriosa de la Comuna de París era el único método»

para llevar a cabo con éxito la transición del capitalismo al socialismo. El hecho de que falte esta distinción en la crítica de los fabianos al socialismo revolucionario es básico tanto para la comprensión de su propia posición como del antagonismo entre ellos y los marxistas ingleses de la época y también para la comprensión de la disputa ulterior entre Bernstein por una parte y los marxistas «ortodoxos» de Alemania por otra.

Como los marxistas se encontraban en minoría entre los socialistas revolucionarios de Inglaterra y su influencia —cuando existía— era mínima, la discusión entre los marxistas y el marxismo se llevó sobre todo en un plano teórico. Ya a finales de 1884 y principios de 1885 Sidney Webb, Bernard Shaw, Graham Wallas, Sidney Olivier y otros fundaron un club de discusión que más adelante recibió el nombre «The Hampstead Historical». Sus discusiones «que se prolongaron durante algunos años, contribuyeron mucho a esclarecer la posición de los fabianos con respecto a la economía y a la teoría de la historia marxianas» [610]. (Véase más abajo, en este aspecto, la exposición de la teoría económica del fabianismo.) El fruto de estas discusiones maduró lentamente y se plasmó en los *Fabian Essays*, editados en 1899. Entretanto, los fabianos habían ajustado las cuentas con los pseudomarxistas de la ASF y con los anarquistas de la Socialist League. Esto era tanto más fácil cuanto que estos eran fácilmente vulnerables en el terreno de la teoría y políticamente hacían todo lo posible por ponerse en ridículo. El acontecimiento decisivo fue que la SDF de Hyndman se decidió a participar en las elecciones parlamentarias de noviembre de 1885 recibiendo dinero del Partido Conservador para financiar a dos de los tres candidatos. Los dos candidatos obtuvieron 27 y 32 votos de los 5000 a 6000 votos potenciales. La cosa no mejoró cuando Hyndman declaró que «El dinero no apresta». Los marxistas habían abandonado la SDF ya un año antes. En esta ocasión, la organización fue abandonada por casi todos los fabianos. Shaw describió del siguiente modo la ruptura:

«Nosotros escribimos el año 1885, cuando la Fabian Society, entre la burla de los teóricos de la catástrofe, le volvió la espalda a las barricadas y se decidió a transformar la heroica derrota en una prosaica victoria. Nos planteamos dos tareas decisivas: primero, elaborar un programa parlamentario para un primer ministro que se convirtiese al socialismo del mismo modo en que Peel se convirtió al librecambio; segundo, hacerles a los ingleses normales y corrientes tan evidente y tan fácil ser socialista como ser liberal o conservador. Estas tareas las llevamos a cabo a pesar de la gran antipatía de nuestros románticos camaradas. Ahora ya nadie considera al socialismo como un disturbio destructivo que, de triunfar, acabaría en absurdidades milenarias» [611].

Al año siguiente, los fabianos rompieron con los anarquistas y la Socialist League [612]. La ruptura con la Socialist League vino facilitada por el hecho de que también los marxistas que trabajaban en esta organización adoptaban a veces, a causa de su aislamiento de la clase obrera, posiciones dogmáticas y sectarias [613]. Acontecimientos ulteriores parecieron darle también la razón a los fabianos, como por ejemplo la revuelta que, dirigida por la SDF, tuvo lugar el 8 de febrero de 1886 en Londres («Black Monday»). El desempleo, ciertamente, era grande, pero los «desempleados» que aquel día fueron a Pall Mall a

saquear joyerías y comercios de vino y a organizar la venta en la calle probablemente no habían tenido nunca trabajo ni tenían ningún interés en encontrarlo [614]. Sin embargo, cuando las verdaderas masas obreras se pusieron en movimiento, como ocurrió el «domingo sangriento», el 13 de noviembre de 1887, no fueron las organizaciones socialistas, sino los clubes obreros radicales de Londres quienes organizaron una manifestación de casi 10 000 trabajadores contra el desempleo masivo [615]. Las bases de la desconfianza que inspiraban la SDF y la Socialist League fueron todavía reforzadas al convertirse los anarquistas en agosto de 1888 definitivamente en la fuerza dominante dentro de la Socialist League y abandonar en junio de 1889 la SDF el respetado dirigente obrero John Burns. Así, los años que mediaban entre 1885 y 1889 estuvieron marcados en Inglaterra por una crisis de las organizaciones pretendidamente marxistas. Por otra parte, la Fabian Society conoció un impulso evidente, sobre todo a partir de 1889. En la versión de los fabianos, la influencia de su Sociedad aumentó más rápidamente que la de las organizaciones socialistas rivales. El número de miembros pasó de 173 a 361 en el año 1890 y se fundaron en doce ciudades británicas Sociedades de los Fabianos locales con un número de miembros que oscilaba entre 350 y 400. (Sin embargo la influencia local de los fabianos descendió drásticamente con la fundación en 1893 del Independent Labour Party y con el paso al partido que se acababa de fundar de las federaciones locales compuestas en gran parte por trabajadores). Al mismo tiempo, los miembros de la Sociedad desarrollaron una imponente actividad publicística y difundieron sus folletos por centenas de miles. En aquella época —a principios de los años noventa—, la Sociedad de los Fabianos tenía «un verdadero monopolio de la producción de panfletos políticos en los que se reunían datos y hechos para cimentar propuestas de reformas orientadas al socialismo» [616].

La desconfianza de los fabianos hacia el marxismo, es decir, pseudomarxismo [617], y su fe en un socialismo reformista les indujo en el año 1888 a sintetizar sus puntos de vista. Esto lo llevaron a cabo en otoño de 1888 en una serie de conferencias sobre «Fundamentos y perspectivas de futuro del socialismo», que un año más tarde fueron editadas en forma de libro y que constituyeron el punto de partida del rápido crecimiento de la influencia de los fabianos. Por aquella época Eduard Bernstein llegó a Londres y se instaló en esta ciudad. Allí se vio confrontado con un bernsteinianismo —anterior al propio Bernstein— consecuente. La única diferencia consistía en que Bernstein tuvo que elaborar su doctrina en una polémica pormenorizada con el marxismo. Los fabianos pudieron exponer su doctrina inmediatamente en forma positiva porque no tenían nada que revisar.

D) LA DOCTRINA DE LOS *FABIAN ESSAYS* DE 1889

Bernard Shaw introducía los *Fabian Essays* con una exposición en la que basaba el socialismo fabiano en la teoría económica de la escuela de la utilidad marginal (véase un próximo apartado de este capítulo). Sidney Webb continuaba la serie con una exposición del socialismo. La idea que constituía el hilo conductor de esta exposición era que el socialismo no era otra cosa que el producto que iba surgiendo progresivamente de la democracia y el industrialismo:

«Ningún filósofo busca ahora algo que no sea la evolución gradual del nuevo orden a partir del viejo sin interrupción de la continuidad o cambio abrupto de la estructura social global en alguno de los puntos del desarrollo. Lo nuevo se convierte en viejo por sí mismo, a menudo antes de que sea conscientemente reconocido como nuevo; y la historia no nos ofrece ningún ejemplo de realización inmediata de ninguna aventura romántica revolucionaria y utópica... Todos los conocedores de la sociedad que no pertenezcan al pasado, ya sean socialistas o individualistas, son conscientes de que las transformaciones orgánicas importantes solo pueden ser del siguiente modo: 1.º tienen que ser democráticas y, por tanto, aceptables para la mayoría del pueblo y preparadas en la conciencia de todos; 2.º tienen que discurrir gradualmente para que no se produzcan conmociones sea cual fuere el ritmo del progreso; 3.º no pueden ser vistas como inmorales por la masa del pueblo para que esta no se desmoralice subjetivamente; y 4.º tienen que seguir un curso —en este país al menos— constitucional y pacífico» [618].

En la entusiasta perspectiva de los Webb, el socialismo surgía rápida e inevitablemente a partir de la igualmente rápida e inevitablemente creciente actividad estatal y municipal aun cuando esta solo se ocupase del ejército, los jueces de paz, la limpieza de las calles o las praderas comunales [619]. La consecuencia era que lenta, pero seguramente se iba desplazando fuera del escenario al capitalista individual [620]. Toda esta evolución —el crecimiento continuo de la actividad del estado y las municipalidades así como la más fuerte presión fiscal sobre las rentas que no fuesen del trabajo— conduciría a que gradualmente se pasase de la sociedad individualista al colectivismo. Además, esta evolución no iba a tener lugar conscientemente, como consecuencia de los esfuerzos políticos de los socialistas, sino a espaldas de los hombres [621]. El socialismo era una necesidad natural mecánica. Solo bastaba reconocer las necesidades colectivas realmente existentes en todas las cuestiones concretas y proponer soluciones prácticas en sentido colectivista; tarde o temprano se llegaría, así, a una constitución socialista de la sociedad.

Más adelante, William Clarke mostraba de qué manera el desarrollo industrial que había tenido lugar desde finales del siglo XVIII había preparado el socialismo. Sidney Olivier estudiaba los presupuestos morales del socialismo. En la exposición de este último, Bernstein pudo encontrar algunos elementos

sobre la importancia de las representaciones morales para la formación de una concepción socialista que recuerdan a la concepción sostenida más tarde por él mismo [622].

El gradualismo impregnaba también la contribución de Graham Wallas acerca del lugar de la propiedad en el socialismo. Al igual que el Bernstein de unos años después, creía que el socialismo surgiría lo más fácilmente como una sociedad de economía mixta y expresaba —también en coincidencia con este último— sus dudas sobre la actualidad del socialismo. La sociedad se debía ocupar exclusivamente del suelo en el más amplio sentido de la palabra y de los medios de producción, consumo y distribución que por motivos prácticos tuviesen que ser administrados por unidades más amplias que el grupo familiar [623]. Por este motivo la propiedad privada y la industria privada tendrían que seguir existiendo junto con la propiedad pública y la industria pública [624]. De lo que se desprendía que tenía que ser lícita la apropiación privada de las rentas del suelo igual que las del capital [625]. Según esta concepción, la socialización del suelo y del capital tenía que discurrir gradualmente a través de la presión fiscal sobre las rentas del suelo y del capital. A través de las relaciones que surgirían de esta situación, la sociedad podría organizar la fuerza de trabajo en diversas empresas públicas y para diversas empresas públicas [626]. Pero como no estaban presentes ni las condiciones objetivas ni las subjetivas para una socialización, Wallas acababa su informe sobre el socialismo con una serie de advertencias contra la espera de cambios demasiado rápidos:

«Cuando se toma en consideración la dimensión en la que va a ser posible la propiedad colectiva en un pueblo que ha alcanzado un nivel de desarrollo industrial y moral como el que nosotros hemos alcanzado, es aconsejable meditar más sobre las dificultades y limitaciones del socialismo que necesariamente van a aparecer, tal como yo he hecho, que sobre las esperanzas puestas en el desarrollo futuro» [627].

La introducción a la descripción de Annie Besant de la industria en el socialismo era también, de modo semejante, bernsteiniana con anterioridad al propio Bernstein. Distinguía dos modos diferentes de desarrollar un esquema de la futura organización de la industria. Al primer modo le denominaba *utópico*:

«Al utópico no le hace falta ningún conocimiento de los hechos: un conocimiento tal representa más bien un obstáculo: para él no existen las leyes de la evolución social. Él es su propia ley... él crea el material y las leyes sobre los que trabaja y orienta a una meta ideal. En la perfección de la descripción de un nuevo Jerusalén los únicos límites efectivos provienen de las limitaciones de la fantasía del autor» [628].

Mrs. Besant oponía a este modo utópico *el segundo modo*:

«El segundo modo es menos atractivo, menos simple, pero más útil. Partiendo del estado presente de la sociedad se intenta dar con las tendencias que subyacen a esta; se intenta seguir estas tendencias hasta sus efectos naturales sobre las instituciones; y de este modo, prever no un futuro muy lejano sino el próximo estadio social. Se atiende a las modificaciones significativas causadas por la evolución y no a las variaciones de poca importancia genera-

das por catástrofes; a las revoluciones que transforman la sociedad y no a las revueltas pasajeras que solo derrumban tronos y decapitan reyes. Yo prefiero seguir este segundo camino» [629].

Además el socialismo no tenía ni principio ni final y el conocimiento de este hecho hacía mucho más fácil para el hombre común la aceptación del socialismo [630]. Al igual que Wallas, Mrs. Besant ponía de manifiesto que el socialismo no podía significar la estatalización al 100 por 100. A largo plazo, ciertamente, desaparecerían los productores privados, pero no a consecuencia de decisiones políticas sino por la simple razón de que la producción privada ya no sería rentable. Pero mientras tanto habría tres sectores en la economía: uno estatal, que abarcaría las mayores unidades productivas, uno social y uno privado; el peso fundamental habría de recaer en el sector privado [631]. Así, la concepción del socialismo como economía mixta estaba profundamente enraizada en los fabianos y estos la defendían con firmeza.

Sin embargo, la contribución más importante para Bernstein de las que componían los *Fabian Essays* era el ensayo de George Bernard Shaw titulado «The Transition», es decir, la transición del capitalismo al socialismo. Esta era, ciertamente, la cuestión fundamental que Bernstein se planteaba cada vez más a fondo. Para Shaw, la esencia del socialismo estaba constituida por la socialización de los excedentes de la economía privada sintetizados en el concepto de «rentas». Pues de este modo la propiedad de medios de producción se convertiría en algo sin sentido y el paso de estos últimos a propiedad social se haría fácilmente. Esta transferencia ya había comenzado, según Shaw, poco antes de mediados los años cincuenta [632]. El instrumento de la socialización había de ser el estado existente que debía hacerse efectivo por medio de la introducción de un sistema de control de los funcionarios estatales con lo cual los funcionarios serían responsables ante el gobierno y el gobierno ante el pueblo [633]. Pero —y este era el núcleo de la teoría de Shaw— los cambios no se iban a imponer por medio de ninguna especie de catástrofe:

«El joven socialista tiende a creer en catástrofes, a comprimir el programa revolucionario en un acontecimiento que dure veinticuatro turbulentas horas: el lunes por la mañana el individualismo está todavía en pleno auge, el lunes por la tarde entra en acción la tempestad del proletariado que se alza y el martes ya se ha establecido el socialismo como un orden en perfecto funcionamiento. Es natural que a quienes les parezca posible una solución tan alegre tengan por absurdo o incluso por inhumano retroceder ante el baño de sangre que esto significa. Podrán probar que la supervivencia del sistema actual provoca en un año más sufrimiento que todo lo que se pueda comprimir en un lunes por la tarde por muy sangriento que sea. Este es el estadio de la certeza en el que son pronunciados los discursos socialistas que representan un «buen número» para los periódicos y son, por ahora, los únicos discursos de los que informan. Este tipo de discursos son también los que provocan una rápida oposición en personas irreflexivas que al principio aceptan calladamente la posibilidad de un cambio brusco de ese tipo, pero que más tarde se ponen en contra porque sería un acto de ateísmo el prestar la más mínima ayuda.

El socialdemócrata experimentado convierte a sus demasiado fogosos partidarios reconociendo en un principio que el cambio se debería desde luego llevar a cabo por medio de una catástrofe si de este modo resultase posible. Enseguida explica que esto implicaría no solo una reorientación de la industria productiva para poder atender a las necesidades creadas por una distribución completamente nueva de la capacidad adquisitiva sino también una serie de modificaciones en la utilización del trabajo y la maquinaria industrial que no se podrían realizar en una sola tarde. A nadie se le puede convencer de que es imposible derribar un gobierno en una tarde; pero todo el mundo está ya convencido de que solo por cantar la *Marsellesa* no se transformarán los vagones de tercera y primera en vagones de segunda ni los tugurios y los palacios se transformarán en confortables viviendas ni los sastres y joyeros se trocarán en panaderos y albañiles...

Una cosa es destruir una Bastilla con siete prisioneros y otra muy distinta es destruir una con catorce millones de prisioneros. No es necesario que siga desarrollando este punto: debe ser obvia ahora para todo el mundo la necesidad de un cambio gradual y cauteloso y si no quedará de todos modos clarísimo para todo el mundo solo con ir a oír con decisión y sentido común a los predicadores de la catástrofe en sus discusiones» [634].

¿En qué consistía pues el cambio gradual hacia la democracia social? Shaw contestaba lo siguiente: ampliación gradual del derecho de voto y autoadministración municipal ampliada; el estado democrático así alcanzado iría socializando sucesivamente las rentas del capital y del suelo. Como el paso del capitalismo al socialismo sería gradual, se les tendría que pagar indemnizaciones a los capitalistas expropiados [635]. Así era «el programa cotidiano del socialdemócrata práctico hoy». Nada era nuevo en él, solo contenía aplicaciones de principios ya conocidos y la generalización de una praxis ya existente. La aceptación del programa no exigía aceptar ni ejecuciones ni juramentos ante el altar ni la utilización de la palabra socialismo o revolución ni ninguna otra cosa que pudiese parecer como fundamentalmente no inglesa. Pero Shaw añadía una característica advertencia a las clases dominantes: si no permitían la realización del programa, entonces solo quedaría el camino de la revuelta [636].

El ensayo final de Hubert Bland acerca de las perspectivas de futuro tenía los mismos rasgos esenciales que los demás y se detenía particularmente en la cuestión del estado y de su papel transformado. Rechazaba ciertamente la idea de que el control estatal fuese, por sí mismo, ya socialismo. Pero el estado se había ido convirtiendo cada vez más en el portador de la tendencia lenta e imparable hacia el socialismo. El estado moderno adoptaba una posición hostil ante la propiedad privada y su actividad tendía a eliminar las diferencias de oportunidades y privilegios entre las clases [637]. Este cambio de función era un reflejo en la superestructura política de los cambios económicos que habían ido incrementando sucesivamente la importancia de la clase obrera industrial. Pero esta íntima dependencia del estado con respecto a la base económica colocaba también determinados límites insalvables a las transformaciones políticas que fuesen más allá del marco del sistema. Con

una argumentación que era casi idéntica a la que Bernstein había de utilizar más adelante, Bland rechazaba la idea de una revolución violenta como imposible, superflua o incluso reaccionaria mientras las condiciones económicas no hubiesen madurado desde todos los puntos de vista:

«Nadie que haya seguido la argumentación que ha sido desarrollada en estas conferencias puede creer que el paso de un individualismo moderado a un colectivismo total pueda realizarse hasta que el sistema capitalista no se haya arruinado hasta sus últimas consecuencias lógicas. Hasta entonces, ninguna transformación política o social por muy violenta que sea —incluso aunque las fuerzas revolucionarias físicas eliminasen ruidosamente la guardia de Parliament Street y el Comité Ejecutivo de la Sociedad de los Fabianos tuviese sus reuniones en la cámara del consejo del Palacio de Windsor— pasará de ser una «revuelta pasajera» de las que hablaba la Sra. Besant y que se limitan a «derribar tronos y decapitar reyes». Pienso que todos los sociólogos y estoy seguro de que todos los socialistas coinciden en que la revolución social es imposible antes de que haya llegado el momento económico —aun cuando los hambrientos o el populacho alboroten en Whitechapel o provoquen sangrientos alborotos en Trafalgar Square... El hombre de la violencia física, al igual que el privilegiado tory, ha renunciado a tener en cuenta el curso de las cosas y a reconocer el cambio que ha conllevado la papeleta electoral. En la época del sufragio universal, las barricadas son la última salida de una pequeña minoría desesperada, la confesión abierta de la desesperación, la reducción de toda la causa socialista a un absurdo. El heroísmo revolucionario, que es algo completamente natural e irreprochable en la adolescencia impulsiva, resulta en la juventud más madura alocada palabrería y sería una locura criminal en la edad adulta» [638].

Así era la concepción de la sociedad a la que los fabianos habían llegado hacia el otoño de 1888. Según ella el socialismo no era una meta en sí sino, más bien, un proceso que se desarrollaría gradualmente. Era un producto necesario, espontáneo y de aparición gradual del industrialismo, del sufragio universal y de la importancia creciente del estado y de la municipalidad. De aquí se desprendía también la concepción del socialismo en términos de sistema económico mixto. El paso del capitalismo al socialismo no era el resultado de la lucha de clases y no se producía, en todo caso, como resultado de transformaciones decisivas revolucionarias, políticas. No había que abolir sino tan solo reformar el estado burgués existente. Por esto los fabianos se oponían con dureza a los socialistas que sostenían la necesidad de la lucha de clases y de la revolución violenta. Un pensamiento «catastrófico» de este tipo era, a sus ojos, no solo innecesario sino también equívoco, utópico o, incluso, reaccionario. Pues las transformaciones políticas fundamentales eran impensables mientras la base económica del capitalismo no se hubiese desarrollado hasta sus últimas consecuencias. Los fabianos dejaron abierta, de todos modos, una posibilidad de «catástrofe», de «derrumbe», a saber, lo que ocurriría en el caso de que la clase dominante se negase a aceptar el mensaje fabiano.

Estos eran, resumidos, los argumentos de los fabianos publicados en los *Fabian Essays*. La mayoría de los recensionistas dijeron que los fabianos ha-

bían demostrado la posibilidad de una vía parlamentaria, democrática, hacia el socialismo [639]. Solo a partir de este momento comenzó Engels a dedicarles una mayor atención a los fabianos [640].

E) ALGUNOS PUNTOS FUNDAMENTALES DE LA PROPAGANDA TEÓRICA DE LOS FABIANOS A COMIENZOS DE LOS AÑOS NOVENTA

En la intensiva actividad propagandística que los fabianos llevaron a cabo durante los años noventa repitieron, variaron y desarrollaron los temas fundamentales que los más prominentes de entre ellos habían abordado en los *Fabian Essays*. En el año 1890 Shaw aseguraba que el socialismo podía ser impuesto «de modo absolutamente constitucional» [641], mientras Sidney Webb afirmaba que Inglaterra era ya «la más socialista de todas las sociedades europeas» y también que Alemania se orientaba a una evolución del mismo signo al haber roto el «nuevo curso» de Caprivi con la política bismarckiana de opresión del movimiento obrero [642]. En este contexto, Webb rechazó una vez más la idea de una meta final del movimiento socialista [643]. El folleto finalizaba con una advertencia. El socialismo crecía como una marea y había que hacer algo para, evitar una revolución social, una catástrofe. A este respecto, los fabianos tenían algo que ofrecer a la sociedad establecida. Si se reconocía la fuerza del socialismo y se le daba las adecuadas posibilidades de expresión también resultaría posible conducir su evolución [644]. La advertencia de Shaw se repitió en 1892, pues las tendencias revolucionarias se iban a reconstruir con el próximo cambio de coyuntura con tanta seguridad «como que el sol va a levantarse de nuevo mañana». Al mismo tiempo subrayaba, sin embargo, que los fabianos eran «los enemigos más resueltos del desorden». En este folleto Shaw reprodujo asimismo el manifiesto de la Fabian Parliamentary League de 1887 que se refería a los progresos parlamentarios del Partido Socialdemócrata alemán. Bernstein pudo también encontrar apoyo en Shaw para su posición en la lucha en torno a la actitud que la Socialdemocracia alemana tenía que adoptar ante las elecciones para la dieta prusiana. Shaw les propuso a los socialistas votar por aquellos candidatos que fuesen lo más lejos «en la dirección del socialismo» hasta que ellos mismos pudiesen presentar sus propios candidatos [645]. La proximidad entre Bernstein y los fabianos resulta todavía más evidente a partir del folleto titulado *Socialism: true and false*, que Sidney Webb publicó en 1894 y al que Bernstein se refirió en el primer artículo de su serie «Problemas del socialismo». Webb subrayaba en este folleto nuevamente que el fabianismo había aparecido como una reacción contra aquel socialismo que en Inglaterra creía que la sociedad podía súbitamente y de una vez pasar «de una base individualista a una base colectivista», es decir, aquella concepción que establecía una relación necesaria entre socialismo por una parte y levantamientos y utopismo por otra:

«Si se me permite hablar en nombre de nuestros adheridos, yo diría que estamos más que nada convencidos de la total imposibilidad de lo que se ha dado en llamar socialismo de la catástrofe y de todas las herejías a él ligadas» [646].

En su artículo introductorio a la serie «Problemas del socialismo», Bernstein se refiere, mostrando su acuerdo, a un artículo de Bernard Shaw sobre el Congreso de la Segunda Internacional en Londres del año 1896. Shaw mismo había firmado el informe de los fabianos al Congreso, informe que es una síntesis muy buena de los puntos de vista que los fabianos mantenían en aquellos momentos [647]. Según Shaw, había elementos socialistas en todas las organizaciones y movimientos, por lo que no se podía decir que la Socialdemocracia representase todo el programa de la clase obrera. Por lo mismo todo el socialismo no se inscribiría de una sola vez en el orden del día, por ejemplo, en unas solas elecciones o en unos cuantos proyectos de ley con la clase obrera de un lado y los poseedores del otro. La Sociedad de los Fabianos simpatizaba con los deseos de los ciudadanos corrientes de transformaciones graduales y sucesivas en vez de la revolución, conflictos con el ejército y la policía y la consiguiente secuela de mártires. Por tanto, la Sociedad rogaba a «aquellos socialistas que aguardan una crisis histórica sensacional» que «se inscribiesen en otra sociedad». El socialismo que representaban los fabianos era, exclusivamente, socialismo estatal. Pero no querían que el estado monopolizase la totalidad de la industria.

De todo esto se desprendía con toda naturalidad el hecho de que los fabianos perseverasen en la necesidad de una actitud crítica también con respecto a Marx y Lassalle, «algunos de cuyos puntos de vista deben ser desvelados como erróneos y anticuados en la época actual». Dado que el movimiento socialista había sido hasta hoy inspirado, instruido y dirigido por miembros de la clase burguesa, los fabianos protestaban «contra el absurdo de que los socialistas denunciasen como su enemigo especial a la clase precisamente de la que había nacido el socialismo». Si la Sociedad de los Fabianos condenaba a la burguesía, «condenaría con ello a una gran parte de sus propios afiliados» [648].

Shaw fue, finalmente, un poco más lejos en un artículo más largo sobre «las ilusiones del socialismo» que publicó un par de meses más tarde en inglés y alemán [649]. Según este artículo, el socialismo era una fábula dramática que presentaba a la clase obrera como integrada únicamente por diligentes héroes y heroínas que habían caído en la trampa de unos bellacos —«los capitalistas»—: sus sufrimientos eran terribles; sus luchas, sublimes, pero para ellos, sin embargo, el final sería feliz, mientras que a los canallas les esperaba un horroroso castigo. Estrechamente unida a esta ilusión dramática estaba la ilusión religiosa del socialismo según la cual el socialismo se realizaría en un solo gran «día de la ira» llamado «revolución». Estas y otras ilusiones serían alimentadas en uno de los campos del socialismo, el de los «fanáticos», que en Inglaterra se hallaban, por ejemplo, en la Social Democratic Federation y en la Socialist League. En el otro campo figuraban, según él, los «hombres más o menos prácticos» que a diferencia de los fanáticos no se aferraban a algunos principios determinados sino que en cada cuestión cualquiera podían tener

muchos puntos de vista. Los fabianos pertenecían a este campo. El fabiano típico explicaba que no iba a haber una revolución; que la lucha de clases no existía; que el asalariado tenía más prejuicios que el burgués; que Karl Marx no era infalible; que «desde un punto de vista moral» un socialista no era ni mejor ni peor que un liberal o un capitalista; que el trabajador no quería transformar el sistema existente; que era una estupidez decir por una parte que el trabajador estaba envilecido, hambriento y sumido en la ignorancia y por otra que era magnánimo, ilustrado y filantrópico; y que el socialismo iba a venir en la clara imagen de acuerdos administrativos estatales y comunales. Esta era una de las más sinceras y pregnantes formulaciones que Shaw hizo sobre la oposición entre los fabianos y el socialismo revolucionario.

Cuando el artículo fue publicado en inglés, Bernstein escribió una extensa recensión elogiosa en general. Destacaba entre otras cosas que Shaw se hubiese dado pronto cuenta de «el error de la intención de querer conquistar un país que ha hecho su 1848 hace ya más de doscientos años con un romanticismo revolucionario que en lo esencial data de antes del cuarenta y ocho». Aun cuando Shaw pudiese haber cometido errores y hubiese exagerado en algunos detalles «se encontrará, en todo caso, un núcleo sólido en su crítica» [650].

El núcleo de este pronunciamiento de principios de los años noventa coincide en lo esencial con lo que ya se había dicho en los *Fabian Essays*. Los puntos fundamentales se pueden sintetizar del siguiente modo:

1. No existe ninguna meta final del movimiento socialista.
2. No habrá revolución socialista.
3. El socialismo vence al capitalismo desde dentro y gradualmente por medio de la estatalización, la municipalización y la política fiscal.
4. Los antagonismos del capitalismo se resolverán no por la lucha de clases sino por el aumento de la comprensión mutua de las clases sociales (*by the growth of social sympathy*).
5. La clase obrera solo puede alcanzar sus objetivos por medio de los instrumentos parlamentario-constitucionales usuales.
6. Los fabianos están en contra de que la clase obrera combata a la burguesía porque ellos se consideran a sí mismos como parte de esta última.
7. El fabianismo constituye una síntesis del socialismo utópico inglés y del reformismo conservador inglés asimismo (Owen y Shaftesbury).
8. Los fabianos se dirigen a los detentadores del poder y les previenen: si no nos elegís a nosotros y al gradualismo estáis eligiendo de hecho la revolución y la catástrofe.
9. Los fabianos se consideran a sí mismos los enemigos más resueltos y más conscientes del socialismo revolucionario (pseudorrevolucionario).

F) LA TEORÍA ECONÓMICA DE LOS FABIANOS

Un importante aspecto de la concepción teórica de la Sociedad de los Fabianos era la teoría económica que sustentaba una parte de sus portavoces

destacados. Como veremos, esto tuvo, probablemente, una influencia significativa en la visión del propio Bernstein. No existe, desde luego, una teoría fabiana completamente homogénea [651]. Después de ser inicialmente partidario convencido de la teoría marxista del valor y de la plusvalía, Shaw pasó a ser en los años ochenta partidario igualmente convencido de Jevons y Wicksteed. Sidney Webb era, más bien, «milliano» aun cuando también hubiese sido muy influido por los teóricos de la utilidad marginal. Al hablar en lo sucesivo de la teoría económica de los fabianos nos vamos a estar refiriendo fundamentalmente a las concepciones que representaban Shaw y Wallas, que muestran evidentes puntos de contacto con Bernstein. Es indudable, además, que Shaw fue el portavoz más destacado de la teoría económica del fabianismo.

La teoría económica del fabianismo constituye un eslabón intermedio entre la teoría de la utilidad marginal y la teoría económica de Bernstein [652]. La difusión de la teoría de la utilidad marginal estuvo estrechamente ligada al fabianismo en Inglaterra durante los años ochenta. Philipp Henry Wicksteed, que no solo era economista sino también traductor de Aristóteles e intérprete de Dante, jugó en ello un importante papel. Wicksteed era cura párroco de la Iglesia unitaria de la Little Portland Street de Londres entrando por ello tempranamente en contacto con los fabianos Webb, Shaw y Wallas en la Bedford Chapel Debating Society fundada por el cura párroco Stopford Augustus Brooke [653]. Los integrantes de este club de discusión eran, al mismo tiempo, miembros del grupo denominado The Economic Circle, que desde octubre de 1884 contaba entre sus miembros, entre otros, a los economistas Wicksteed, Foxweil y Edgeworth así como a los fabianos Shaw, Wallas y Webb. De los últimos, Shaw era miembro de la Fabian Society desde hacía un mes, mientras que Webb y Wallas solo llegaron a entrar en ella entre la primavera de 1885 y 1886, es decir, que entraron en la Fabian Society a través, al menos en parte, del Economic Circle.

Wicksteed publicó en octubre de 1884 su primer trabajo de teoría económica en la revista *To-Day*, órgano de la Social Democratic Federation dirigida por Hyndman. El artículo tenía por título «Das Kapital: A criticism» y quería ser «una refutación del punto decisivo de la economía marxiana, es decir, su teoría de la plusvalía». La crítica de Wicksteed se dirigía tanto a la teoría de la plusvalía como a la teoría del valor. Su reproche a la teoría de la plusvalía consistía en que en su opinión esta suponía la reproducción ilimitada de la fuerza de trabajo. Si esta condición se cumplía —como ocurría, por ejemplo, en la sociedad esclavista—, entonces el valor de la fuerza de trabajo y el de las mercancías podrían estar en la misma relación entre sí como la que existía entre las cantidades de trabajo requeridas para su reproducción y producción respectivamente [654]. Este algo curioso argumento que perdía de vista el papel del ejército industrial de reserva en el capitalismo de la época tenía, de todos modos, una importancia menor que la crítica a la teoría marxiana del valor. Si esta podía ser refutada, entonces la base de la teoría de la plusvalía quedaba asimismo aniquilada.

Marx había demostrado el doble carácter del trabajo que produce valor al ser por una parte trabajo privado, concreto, productor de valores de uso y por

otra parte trabajo social, abstracto, productor de valores de cambio. La existencia del valor de cambio implica una igualdad, es decir, un factor común en las dos partes de toda igualdad de cambio dada. Esta igualdad no puede venir dada por el trabajo concreto, productor de valores de uso, que para cada producto dado tiene una forma diferente; por ejemplo, el trabajo productor de sillas y el trabajo productor de zapatos. Sin embargo, el valor de cambio ha de ser derivado precisamente del trabajo, pues el proceso global de cambio no es en última instancia más que el reflejo del hecho de que los productores privados producen unos para otros en el seno de un sistema de división social del trabajo desarrollada; lo que intercambian son productos de su trabajo respectivo. La solución de Marx consiste, como es sabido, en derivar el valor de cambio del trabajo en su atributo de trabajo social abstracto general, es decir, del trabajo socialmente necesario. El valor de cambio, por el contrario, no se puede derivar del valor de uso, pues este no expresa ninguna relación entre productores de mercancías en el cambio sino tan solo una relación entre propietarios de una mercancía y una utilidad dada.

En opinión de Wicksteed, el «gran lógico» había cometido un error al derivar el valor de cambio del trabajo abstracto. No tendría que haber renunciado a la idea de deducir el valor de cambio del valor de uso. Esto era algo ciertamente posible pasando del valor de uso concreto al valor de uso abstracto. *La utilidad abstracta*, es decir, la capacidad general de satisfacer necesidades, este era el factor común presente en ambas partes de las innumerables ecuaciones de cambio del mercado y este era, precisamente, el factor determinante, según Wicksteed, del valor de cambio [655].

Esta conclusión, que sigue formalmente el método analítico propio de Marx, debe haber sido cautivadora para los partidarios de la teoría de Marx de la época aun cuando se limitasen, en todo caso, a la consideración del lado cuantitativo del valor de cambio en oposición al lado cualitativo.

La argumentación de Wicksteed se hacía menos atractiva desde el momento en que pretendía que su análisis era no solo una alternativa al de Marx sino que también lo hacía superfluo. Wicksteed discutía, por ejemplo, el caso de la disminución del tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía, lo que, en sí, no ejerce ninguna influencia sobre la utilidad o valor de uso:

«Parece cierto que yo *estoy dispuesto a pagar* por A y B una misma suma porque ambas podrían satisfacer necesidades igualmente intensas o urgentes, pero, a pesar de todo, el motivo por el que yo *tengo que pagar* por ellas la misma suma es que se ha requerido la misma cantidad de trabajo para su producción; demostración: si de ahora en adelante y gracias a un nuevo invento A es producida con la mitad del trabajo que se exige para la producción de B, tanto ahora como antes A me procuraría el mismo servicio, es decir, me sería igualmente útil, y, sin embargo, *su valor de cambio se habría reducido*» [656].

En este caso, que refleja hechos económicos cotidianos, la teoría de la utilidad parecía naufragar y salir airoso la teoría del valor-trabajo. Wicksteed pasaba de aquí a una exposición general de la teoría de la utilidad marginal en la versión de Jevons. Al volver, más tarde, al caso que se había discutido, se veía

obligado a seleccionar de tal modo los supuestos que permitiesen la utilización de la teoría de la utilidad marginal. Así, supone que la fuerza de trabajo liberada por la introducción de la innovación ahorradora de trabajo sea utilizada precisamente para la producción del bien que tras la innovación resulta ser susceptible de ser producido utilizando menos fuerza de trabajo por unidad de producto. Con lo cual, si todas las demás condiciones permanecen invariables, aumentará precisamente la producción de este bien en relación a la de todos los demás bienes. Por este motivo descenderá la utilidad marginal de este bien y se puede decir que el valor de cambio del bien no descende porque contenga ahora menos trabajo sino porque las unidades de fuerza de trabajo introducidas en último lugar eran *menos útiles* y según la «ley de indiferencia» es la utilidad de la última unidad de *input* el determinante del valor de todo el bien [657].

Pero ¿qué habría ocurrido si el tiempo de trabajo liberado a causa de la innovación hubiese sido utilizado, por ejemplo, en la producción de un nuevo producto que viniese a satisfacer una necesidad completamente nueva? Entonces descendería el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción del bien afectado por la innovación y con ello también el valor de cambio sin que aumentase la cantidad del bien y sin que, por tanto, descendiese la utilidad marginal. En este caso descendería el valor de cambio sin que la utilidad marginal experimentase variación alguna. Cuando Shaw le criticó, entre otros, este punto, Wicksteed admitió la crítica en su respuesta. Shaw había tomado como ejemplo el caso de que el tiempo de trabajo para la producción de carne de bovino se redujese a la mitad. En este caso, el valor de cambio de la carne de bovino se reduciría a la mitad sin que la utilidad total o la utilidad marginal experimentasen ninguna variación. Wicksteed admitía que la teoría de la utilidad marginal no tenía nada que decir en un caso como este, solo que, de todos modos, un caso como este era impensable: «El valor de cambio no experimentaría ninguna variación si y solo si tanto la utilidad total como la utilidad marginal variasen realmente. Las posibilidades multiplicadas de producción de carne de bovino solo pueden tener algún efecto sobre los precios a causa de que al producirse mayor carne de bovino aumenta al mismo tiempo la utilidad total y disminuye la utilidad marginal» [658].

Así, Wicksteed negaba que el valor de cambio de un bien pudiese variar sin que hubiesen habido variaciones de su cantidad. Pero esta afirmación no había sido demostrada y era, posiblemente, indemostrable. Si tal posibilidad existía se podía explicar únicamente por medio de la teoría del valor trabajo y no por medio de la teoría de la utilidad marginal. La conclusión que estaría dispuesto a sacar un observador escéptico, y quizá también ecléctico, era que tanto la teoría del valor trabajo como la teoría de la utilidad marginal se adecuaban a la explicación del valor de cambio y de sus variaciones. Esta fue la conclusión que sacó, en todo caso, el fabiano Wallas, y, tras él, Eduard Bernstein.

Si Bernstein abrigada por aquella época dudas acerca de la teoría marxiana del valor, estas debieron reforzarse por el hecho de que los fabianos se deslizaron en mayor o menor medida hacia las posiciones de Wicksteed. Al principio, ciertamente, todavía no. Pero el paso ya se anunciaba hacia la época en

que Bernstein llegó a Inglaterra. La disputa todavía estaba en curso. Shaw fue animado a dar una respuesta después de la publicación de la crítica de Wicksteed y lo hizo con la bravura ya conocida [659]. Shaw consiguió indudablemente mostrar que había casos en los que la teoría de la utilidad marginal no explicaba el valor de cambio o no lo explicaba satisfactoriamente o, en todo caso, lo explicaba menos satisfactoriamente que la teoría del valor-trabajo. La respuesta de Wicksteed tampoco era, realmente, convincente. Pero al mismo tiempo, la crítica de Shaw tenía el carácter de una «sublevación de rodillas». No quería excluir la posibilidad de que las partes todavía no publicadas de *El Capital* se hubiesen anticipado a Jevons. Estaba casi convencido de que la controversia iba a dividir, en poco tiempo, a los socialistas «sin que dejaran de ser socialistas». Esto indica que la teoría de la utilidad marginal le parecía peligrosa y que pensaba que tenía que ser posible ser socialista sin importar que se fuese partidario de Marx o partidario de Jevons [660].

Más o menos en la misma época en que Shaw y Wicksteed ventilaban sus diferencias por medio de la pluma, apareció un nuevo club de discusión, The Hampstead Historic Society, que como hemos visto (págs. 159-160) «se esforzaba con interés en establecer la posición fabiana frente a la economía y la teoría de la historia marxistas (Pease [661]). (Miembros de este club eran, entre otros, los fabianos Shaw, Webb y Wallas, el economista Edgeworth y el socialista Belfort Bax [662]). En el club, que se reunía paralelamente al Economic Circle, se compartía la hostilidad con respecto a *To-Day*. Shaw caracterizó del siguiente modo las reuniones del club:

«Una joven dama rusa solía leer en voz alta fragmentos de *El Capital* hasta que empezábamos a disputar, cosa que normalmente ocurría antes de que estuviésemos verdaderamente cansada para seguir leyendo. Los primeros capítulos, en particular, eran muy adecuados para provocar grandes discusiones entre nosotros. F. Y. Edgeworth, en tanto que «jevonsista», y Sidney Webb, en tanto que «milliano», combatían hasta el final la teoría marxista del valor, mientras que Belfort Bax y yo, en el espíritu de un marxismo trascendente, defendíamos incondicionalmente la fortaleza riéndonos, sin más, de Mili o Jevons... La controversia discurría acaloradamente en Hampstead hasta que Bax optaba, indignado, por largarse; y en el Historic Club, como ya estaban hartos de las apasionadas discusiones sobre cuestiones como saber si el valor de los jarrones de la Sra. Wilson estaba determinado por el trabajo socialmente necesario para su producción o por la «utilidad marginal» de las existencias presentes de jarrones, lo que se hacía era pasar a los siguientes capítulos y abandonar el tema» [663].

Por medio de estas discusiones, importantes fabianos se convirtieron, del todo o parcialmente, a la teoría de la utilidad marginal [664]. Con ocasión de la publicación de la edición inglesa de *El Capital*, Shaw anunció en agosto de 1887 que había pasado a adoptar la nueva teoría, dando la noticia en tres artículos en los que recogía, muy simplemente, el argumento fundamental de Wicksteed de 1884 distanciándose en una nota a pie de página de sus ante-

riores críticas a Wicksteed [665]. Con una alusión al concepto de «utilidad abstracta» introducido por Wicksteed, Shaw llegaba a la conclusión de que era igualmente legítimo considerar que la causa del valor se deducía de la sucesión utilidad concreta → utilidad abstracta que de la sucesión trabajo concreto → trabajo abstracto. En los dos casos se trataba de abstracciones sucesivas y Shaw demostraba elocuentemente en sí mismos que había que conferir el mismo valor a los dos intentos de explicación. «Las agujas son útiles para unir las cosas entre sí y en ellas está incorporado el trabajo del productor de agujas. Tomemos otra mercancía, por ejemplo, el jabón. El jabón es útil para la limpieza y en él se halla incorporado el trabajo del productor de jabón. El jabón y las agujas se distinguen en dos aspectos. El jabón no une las cosas entre sí y las agujas no las limpian. Por lo que se refiere a su utilidad, así pues, son cosas heterogéneas (dice Marx «bien entendido, no yo»). Sin embargo, también son evidentemente heterogéneas por lo que se refiere al trabajo incorporado en ellas pues las agujas no han incorporado el trabajo del productor de jabón ni el jabón el trabajo de los productores de agujas. Ahora bien, los dos productos provienen del trabajo —del empleo de músculos y cerebro—, del gasto de energía. Así, se abstrae de las cualidades específicas del trabajo su utilización para la producción de agujas o jabón y se ve que las dos mercancías son iguales entre sí por el hecho de incorporar un cierto trabajo. El trabajo humano se mide en función de su duración. Las dos mercancías, que por lo demás son heterogéneas, pueden, por tanto, ser medidas de cara al cambio en razón del trabajo humano abstracto que contienen. No se las puede comparar de acuerdo a ningún otro patrón pues no se puede decir que tanta fijación producida con ayuda de las agujas sea igual a tanta limpieza; pero sí que se puede decir que tantas horas de trabajo humano abstracto incorporado a las agujas son iguales a tantas horas de trabajo humano abstracto incorporado al jabón. «Pero —dice Marx deslizándose súbitamente de nuevo hacia su dogma— el valor de una mercancía representa trabajo humano *in abstracto*» Nunca se resolvió tan elegantemente un problema.

Queremos volver al análisis de las dos mercancías y comprobar si resiste el examen. Los valores de uso del jabón y de las agujas se habían rechazado sumariamente en tanto que heterogéneos por ser específicamente diversos. Sin embargo, al comprobar que los trabajos incorporados al jabón y a las agujas también eran específicamente diversos, no se desestimaron: se examinaron y se llegó a la conclusión de que el trabajo utilizado en la producción específica de jabón y de agujas era susceptible de ser reducido a un «gasto de trabajo humano en general».

Pero ¿por qué no se hizo lo mismo en lo referente al valor de uso? Igual que existe un trabajo específico y un trabajo abstracto, existe un valor de uso específico y un valor de uso abstracto. Fijar las cosas entre sí y limpiarlas son dos formas de hacer una misma cosa, es decir, satisfacer necesidades humanas. Si abstraemos los aspectos específicos de la utilización del jabón y de las agujas del mismo modo en que abstraemos los aspectos específicos del trabajo del productor de jabón y del productor de agujas, quedará la «utilidad abstracta» que es común a ambas mercancías del mismo modo que ambas

tienen en común el trabajo humano abstracto. Así, ahora podemos comparar con continuidad las cosas: comparando su utilidad abstracta —decidiendo si preferimos una u otra—, comparando la satisfacción que nos producen. Y ahora yo me deslizo a otro dogma y digo: «pero el valor de una mercancía es la expresión de su deseabilidad abstracta», y se verá que, aun cuando haya suscitado la cuestión de la naturaleza del valor, habré demostrado la «deseabilidad abstracta» del mismo modo que Marx demostró el «trabajo abstracto» [666].

Esta objeción, que fue y sigue siendo uno de los más importantes argumentos en contra de la teoría del valor de Marx, debió de causar bastante sensación y ejercer una apreciable influencia en los lectores socialistas, pues comenzaron a ver la oposición entre la teoría del valor de Marx y la teoría del valor de Jevons no como contradictoria sino como contraria y comenzaron también a sustituir la fórmula «Marx o Jevons» por «Marx y Jevons». Después de esto, lo que ni Wicksteed ni Shaw ni —más tarde— Bernstein llegaron a ver era que el problema no se agotaba con la constatación formal de que una abstracción era tan buena como la otra [667].

Un año más tarde, cuando Wicksteed resumió los resultados a los que había llegado en el libro *The alphabet of economic science* (1888), la discusión de la teoría del valor de los fabianos podía, en general, considerarse ya cerrada. Aquellos que, como Shaw, no se ponían del lado de Wicksteed intentaron adoptar un punto de vista intermedio, ecléctico. Graham Wallas, muy importante para la teoría económica de Bernstein, pertenecía a estos últimos. Wallas escribió lo siguiente en su recensión del libro de Wicksteed:

«Por lo que me parece que de ningún modo se puede decir que la afirmación fundamental de Marx sea totalmente incompatible con la de Jevons y el Sr. Wicksteed. Marx, vuelvo a repetirlo, afirma que la relación de intercambio de dos bienes varía (o en palabras del Sr. Wicksteed: «es... una función») con la cantidad de trabajo requerida, en promedio, para la producción de cada uno de esos bienes. Wicksteed afirma que la relación de intercambio también es una función de la cantidad de bien ya poseído por los participantes en el cambio. Yo creo que cada una demuestra la verdad de la afirmación de la otra restándose, solo, una mayor importancia a la propia» [668].

G. B. Shaw puso el punto final a esta historia de la teoría económica fabiana y lo hizo en el ensayo introductorio a los *Fabian Essays* dedicado al estudio de la base económica del socialismo. Para Shaw era «evidente» que el valor de cambio de una cosa provenía de su utilidad del siguiente modo: dadas unas ciertas existencias, el valor de cambio de la unidad con la menor utilidad determinaba el valor de cambio del resto puesto que, normalmente, la unidad de menor utilidad era la que se producía en último término. A esta utilidad se le denominaba utilidad marginal (*final utility*) de la mercancía. Shaw exponía también en este ensayo la teoría de la plusvalía de los fabianos según la cual la plusvalía era «el excedente del producto de trabajo sobre el precio del trabajo». Según Shaw, este excedente correspondía directamente a la plusvalía de Marx [669].

G) FABIANISMO Y REVISIONISMO

En la exposición precedente hemos aludido en muchos pasos a puntos de contacto entre la concepción teórica de los fabianos y la de Bernstein. En este apartado se va a investigar la relación existente entre ellos a la luz de los escritos que Bernstein redactó en su período revisionista. Esta exposición será cronológica en lo fundamental. En el apartado final se formularán las posibles conclusiones a que haya lugar.

En un artículo publicado en octubre de 1896 con el título «Sozialistische Ökonomie in England» [La economía socialista en Inglaterra] la identificación de Bernstein con el fabianismo aparece como completa, tanto en la cuestión de la teoría del valor como —y sobre todo— en su concepción de la revolución socialista. En lo referente a la primera cuestión, la posición de Bernstein es en lo esencial la misma que la que Graham Wallas había desarrollado siete años antes [670]. Wallas pretendía mostrar fundamentalmente que la teoría del valor de Marx y la teoría de la utilidad marginal no se hacían la competencia la una a la otra sino que se completaban mutuamente. Afirmaba incluso que la teoría del valor trabajo de Marx no se refería «al período del desarrollo caracterizado por los cárteles, trusts, sindicatos y todos los demás modernos «ataques a las leyes de la oferta y de la demanda»». Además, pensaba que el análisis de Marx acerca de la relación entre la utilidad y el valor de cambio era incompleto e internamente contradictorio. El hecho de que las mercancías satisfagan alguna necesidad es, para Marx, un presupuesto para que su valor de cambio esté determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Si para la producción de una mercancía determinada se ha utilizado más trabajo del socialmente necesario, a causa, por ejemplo, del empleo de fuerza de trabajo inexperta, no por ello aumenta el valor de cambio de la mercancía. Este trabajo «excedente» no crea, así, ningún valor. Esto parecía aceptarlo también Wallas. De esto se sigue, sin embargo, que el precio de mercado y la cantidad de trabajo no tienen por qué coincidir necesariamente. Pero esto no lo podía aceptar Wallas. En su opinión se tenía que decir que el trabajo produce más o menos valor según que el precio de mercado que alcanza el producto sea más o menos elevado. Finalmente, Wallas afirmaba que el análisis de Marx de la relación entre el trabajo «simple» y el trabajo «compuesto» era insuficiente. Si Marx no medía la diferencia entre el trabajo «simple» y el trabajo «compuesto» según el valor de cambio de mercado de los productos producidos por cada uno de los tipos de trabajo, entonces ¿cuál era su unidad de medida? [671]. Bernstein hacía también este planteamiento en su artículo «Sozialistische Ökonomie in England»:

«El valor de toda mercancía está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado a ella. Pero, ¿qué es tiempo de trabajo socialmente necesario? Para la producción *singular* de mercancía, es el tiempo que se requiere para producirla con la habilidad normal y con los normales medios auxiliares. Sin embargo, por lo que se refiere a la totalidad de las can-

tidades de una mercancía que se llevan al mercado, «socialmente necesario» significa el tiempo que se precisa para producir en condiciones normales tanta cantidad de mercancía como el mercado —como la demanda efectiva— puede absorber. En la formación del valor de mercado, la necesidad —el valor de uso social de la mercancía— juega, así, un papel decisivo.

No se soluciona nada y solo se hace la cosa un poco más fácil cuando se dice que la cuestión del modo de interaccionar de la necesidad y el valor-trabajo en la formación del valor del mercado se puede eliminar de una vez alegando que es algo que no se puede determinar, que ocurre a espaldas del productor en el «regateo del mercado». Remitiendo simplemente a este «higgling of the market», que en Hyndman aparece a cada momento, se pierde más de lo que parece; en principio, una buena parte de la teoría del valor-trabajo misma. Toda mercancía es el producto de un determinado trabajo que representa en cada ocasión un múltiplo de trabajo abstracto o digamos, mejor, trabajo humano simple. ¿Un múltiplo de qué orden? Si no lo podemos determinar, no sabremos absolutamente nada sobre el valor de esta mercancía. ¿Qué múltiplo de trabajo humano simple representa una hora de trabajo de un mecánico? ¿Cómo se determina esta relación? ¿Por los costes de mantenimiento de un mecánico de habilidad normal, el valor de la *fuera* de trabajo del mecánico? Hyndman solo nos dice que ese valor es algo muy diferente al valor del trabajo *rendido* por el mecánico. Por lo demás, sin embargo, nos referiremos al famoso «regateo del mercado», que está incontestablemente subordinado a los efectos de la demanda y la oferta. Está claro que a partir de aquí todo resulta fácil para los partidarios de las teorías que parten de la oferta y la demanda.

Y no solo eso. Si la teoría del valor-trabajo no dice más de lo que hasta este punto se ha desarrollado, tienen derecho a someterla a juicio. Una teoría que acaba allí donde empieza la determinación más exacta se ha condenado a sí misma» [672].

Bernstein muestra a continuación que la teoría del valor del primer volumen de *El Capital* se ve modificada en el tercer volumen: en la sociedad capitalista desarrollada, las mercancías se intercambian en función de sus precios de producción (precio de coste más ganancia media) aun cuando estos sean también, a su vez, modificados por la ley del valor:

«Establecido esto, volvemos a encontrar tierra firme bajo nuestros pies por lo que se refiere a una serie de fenómenos que estaban aparentemente en contradicción con la ley del valor aun cuando, naturalmente, el campo de la investigación no esté agotado. Marx sería el último en negar esto. Marx aporta el punto de Arquímedes a partir del cual investigar las leyes de la circulación de las mercancías en la moderna sociedad capitalista, pero no afirma haber descubierto el alfa y el omega de estas leyes.

Si en la investigación del valor de cambio se parte de la mercancía misma como ocurre en el primer volumen de *El Capital* y como corresponde al período del intercambio simple de mercancías, en cuanto se quiera aplicar la teoría al presente, nos encontraremos en el insondable mar de las generalidades. Todo esto hay que admitirle a la gente de la escuela de Jevons. La apelación a la determinación del valor a través de la cantidad de trabajo incorporada a

las mercancías es lo suficientemente abierta como para no permitir que no se considere como justificada la búsqueda de una medida más exacta de la formación del valor del mercado. Ellos intentan llegar a lo mismo desde otro punto de partida. Dicen, y con ello pueden apelar al mismo Marx, que es condición indispensable para que una mercancía sea susceptible de intercambio el que tenga, previamente, valor de cambio... El concepto de utilidad marginal puede ser considerado como un fecundo enriquecimiento de los conceptos económicos por lo que se refiere a las investigaciones de detalle acerca de las leyes de mercado... y hubiese sido mejor hablar de la utilidad limitada de la teoría de la utilidad marginal que de su «definitiva falta de interés» [673].

Esta propuesta de «reconciliación» de Marx y Jevons no halló absolutamente ningún eco cuando fue expuesta. Es quizá significativo el hecho de que el convencimiento reformista que Bernstein proclamaba simultáneamente con las concepciones fabianas fuese pasado por alto en silencio:

«En definitiva, Hyndman hubiese hecho mejor, en nuestra opinión, orientando sus observaciones acerca de la transición del orden social capitalista al orden social socialista por lo que se refiere a la cuestión de su naturaleza pacífica o violenta un poco en el sentido del prólogo a *El Capital*. No es, desde luego, de una importancia tan limitada como él pretende la cuestión de si «el inevitable cambio se producirá pacífica o violentamente», pues este, evidentemente, solo se podrá realizar a través de una serie de reformas orgánicas que exigen *tiempo y condiciones adecuadas* para su completa ejecución. Este cambio se diferencia en alto grado cualitativamente de todas las transformaciones sociales anteriores. El capital no puede ser, sin más, «destruido» aun cuando se le defina como propiedad de clase y producción para el beneficio. Solo puede ser abolido y superado cuando se coloque en sus formas suficientemente desarrolladas bajo el control directo de la sociedad. Lo que hay que destruir son los obstáculos que aparecen en el camino. Ahora bien, en Inglaterra estos consisten, en cuanto son de naturaleza subjetiva, en la indolencia y en la indiferencia de la clase obrera y no nos parece que sea precisamente «sociología científica» seguir alimentando en el seno de un pequeño grupo de entusiastas la idea de un cataclismo social que conducirá tempestuosamente a aquel ansiado país desde cuyas alturas parecerá la cosa más secundaria del mundo saber cuánta violencia y cuánta muerte se habrán cruzado en el camino que a él lleva. Los trabajadores de Inglaterra disponen actualmente de medios para hacer prevalecer su voluntad por el camino de la legalidad y, si a pesar de eso no se mueven seriamente en pro de la eliminación del capitalismo, se hace inevitable la conclusión de que, a pesar del avanzado estadio alcanzado por la producción capitalista, las precondiciones objetivas y subjetivas para la realización de la sociedad comunista todavía no están, en gran parte, presentes, con otras palabras, que los hombres y las cosas todavía no están del todo maduros para la «completa revolución social y económica» de Inglaterra, por no hablar del «comunismo internacionalmente organizado». Todavía podría pasar algún tiempo antes de que «la transformación de la industria fabril en sus diferentes ramas, como la industria lanera, la algodónera, del hierro, de la piel, de bebidas, etc.», en servicios públicos sobre una base cooperativa no encuen-

tre «ningún obstáculo económico (Hyndman, página 250)». En breve: junto al agitador también el utopista ha ejercido sobre el economista Hyndman más influencia que la que convendría para la científicidad de su trabajo» [674].

El artículo «Utopismus und Eklektizismus» [Utopismo y eclecticismo], con el que un mes más tarde Bernstein inauguraba su serie de artículos «Problemas del socialismo», estaba marcado todavía más fuertemente por las ideas fabianas [675]. Según este artículo, la Socialdemocracia se hallaba en Europa Occidental a la ofensiva. Esto era válido también para Inglaterra aun cuando allí la fuerza del socialismo se manifestaba sobre todo, según un artículo de Shaw al que Bernstein hacía referencia, indirectamente, es decir, en la legislación. La Socialdemocracia, por este motivo, tendría pronto que abandonar su posición esencialmente crítica y pasar a aportar propuestas positivas de reformas que atendiesen a cuestiones salariales, de seguridad social, etc. Ahora bien, estos pasos necesarios estaban obstaculizados por un cierto tipo de utopismo que se manifestaba, entre otras cosas, en la creencia de que el paso del capitalismo al socialismo tendría lugar por medio de un salto. Se imaginaba la expropiación de los expropiadores como «un acto único en toda la línea y necesariamente acompañado por una catástrofe». Esta crítica, como se ha mostrado más arriba, había sido formulada innumerables veces por los fabianos atacando a los socialdemócratas revolucionarios o pseudorrevolucionarios. Así, también la formuló Bernstein. Pensaba que esta creencia en la revolución no concordaba con los datos empíricos. Pues aun cuando ciertas ramas de la producción hubiesen alcanzado un estadio tal que se impusiese su paso a propiedad colectiva, no se podía considerar que la clase obrera se hallaba lo suficientemente madura como para hacerse cargo del poder en la sociedad. En este sentido era correcto hablar de un «transcrescimiento de la sociedad al socialismo». Esto no significaba en absoluto el apoyo a soluciones del tipo del capitalismo de estado o del capitalismo comunitario, pues la moderna democracia, basada en la clase obrera, alcanzaba una influencia creciente sobre el estado y la comunidad. Exactamente lo mismo había sido visto por los fabianos:

«Si los fabianos ingleses, que han inscrito el socialismo estatal y comunitario en sus banderas, son eclécticos, lo son conscientemente y tienen sus determinados criterios socialistas en base a los que, a menudo, llegan en cuestiones político-económicas a los mismos resultados que el socialismo científico construido sobre el materialismo histórico» [676]

En contradicción con la concepción que había sustentado algunos años antes en *Sozialdemokrat* y en el escrito «Propiedad privada y propiedad social» (véase más arriba, cap. III), Bernstein caracterizaba ahora, al igual que el fabiano Bland, a las empresas no fiscales estatales o municipales como la expresión de una tendencia «decididamente anticapitalista».

¿Significaba esto que los fabianos tenían razón y que los marxistas estaban en un error? Según Bernstein, estos últimos solo les podían haber refutado a los fabianos en un solo punto: en lo referente al papel de la lucha de clases. Pero la lucha de clases aparecía a los ojos del empírico movimiento obrero inglés como una primitiva ley natural en acción. Por otra parte, el fabianis-

mo era una reacción contra la fe revolucionaria sectario-utópica de los años ochenta. Bernstein reconocía que los fabianos habían lanzado por la borda algo más que las simples frases revolucionarias y su socialismo era ecléctico. También se les podía reprochar a los marxistas el que no hubiesen sabido ver lo esencial del fabianismo:

«Toda la polémica en contra del fabianismo ha girado hasta ahora en torno a superficialidades, se han lanzado contra él algunas consignas tomadas del arsenal del marxismo sin tomarse la molestia de continuar el desarrollo de la teoría marxiana más allá del punto en que la dejó el gran pensador. Se han ignorado, incluso, las correcciones que Marx y Engels mismos hicieron a sus primeros escritos» [677].

Prácticamente solo habría obstáculos de naturaleza puramente económica en el camino que conducía a la realización del socialismo. De acuerdo con un artículo del liberal J. A. Hobson acerca del colectivismo en la industria, Bernstein intentaba mostrar que, por ejemplo, siempre tendría que haber más industrias privadas para dar satisfacción a ciertas necesidades artificiales e individualizadas. De esto sacaba la siguiente conclusión:

«En todo caso, durante bastante tiempo nos tendremos que desembarazar de la idea de que vamos hacia una sociedad completamente colectivista. Tenemos que familiarizarnos con la idea de una economía parcialmente colectivista» [678].

Como se ha mostrado más arriba, esta misma idea de una situación social de «economía mixta» había sido anteriormente expuesta sobre todo por Graham Wallas y Annie Besant en los *Fabian Essays*. Bernstein le daba a esta idea una base económicamente cimentada.

Esto es lo que evidenciaban sobre todo los artículos «Der gegenwärtige Stand der Industriellen Entwicklung in Deutschland» [La situación actual del desarrollo industrial en Alemania] y «Die neuere Entwicklung der Agrarverhältnisse in England» [El desarrollo reciente de las relaciones agrarias en Inglaterra] [679]. La concentración empresarial en la industria y en la agricultura no había avanzado lo suficiente como para que la socialización fuese realizable en la práctica. La idea de una expropiación precipitada, por lo tanto, había de ser abandonada:

«La verdad no es siempre agradable, pero siempre es útil. Nos enseña a dedicarnos con todas nuestras fuerzas a aquellas tareas que están a nuestro alcance y nos previene de soñar en la realización de soluciones inminentes para las que todavía no se han alcanzado las condiciones necesarias» [680].

Esto era precisamente lo que había puesto de relieve el fabiano Hubert Bland, tan valorado por Bernstein, al decir en los *Fabian Essays* que nadie que hubiese seguido las conferencias de los fabianos podía creer que «el paso de un individualismo moderado al colectivismo total podía acaecer antes de que el sistema capitalista se hubiese desarrollado a sí mismo hasta sus últimas consecuencias lógicas» [681].

Coincidiendo con esta interpretación, Bernstein exponía exhaustivamente en el artículo «Die sozialpolitische Bedeutung von Raum und Zahl» [La importancia socio-política del espacio y el número] las diferencias entre el ca-

pitalismo y el socialismo futuro imaginado. El estado existiría probablemente también en la sociedad sin clases y las pequeñas empresas —Bernstein subrayaba esto aquí también— serían demasiado numerosas como para poder socializarlas. En este artículo Bernstein rompió también una lanza por el socialismo municipal de los fabianos. Cosa que hizo al referirse a la necesidad de órganos mediadores entre el estado y las comunidades:

«Solo hace poco, con las repercusiones del socialismo municipal inglés y francés, se ha comenzado a tratar más a fondo la cuestión. Esto es muy satisfactorio pues por lo anterior estará suficientemente claro que, para el socialismo, la cuestión de la autoadministración de las comunidades significa algo más que el cuidado del gas, el agua, de los tranvías, etc., de los salarios sindicales y similares. El estado o cualquier administración central análoga, contando solo con sus recursos, se hallaría más o menos desamparado frente a la enorme masa de empresas productivas cuyo número hemos presentado más arriba. El espacio y el número obstaculizarían toda intervención en su economía que pretendiese ser algo más que superficial. Pero si se recurriese a cuerpos de autoadministración, entonces todo el cuadro experimentaría un cambio. Desaparecería la monstruosidad espacial y las relaciones numéricas se harían más humanas. Sin embargo esto todavía no haría superfluo al «estado»» [682].

En fin, en su escrito «Problemas del socialismo» se hallan influencias claras del fabianismo y también en el artículo «La teoría del derrumbe y la política colonial» [683]. Ya la introducción se hacía eco de la división del socialismo tan cara a los fabianos entre fanáticos revolucionarios doctrinarios y políticos reformistas más racionales:

«En todos los países en los que el partido socialista ha alcanzado una importancia política observamos el mismo fenómeno de cambio en su interior. Los anteriores excesos en la fraseología y en la argumentación son eliminados, el entusiasmo por la generalización cede, ya no se especula sobre el reparto de la piel de oso tras el cataclismo total, en realidad ya no se gastan muchas energías tratando este interesante acontecimiento sino que se estudian las particularidades de los problemas del día y se buscan las palancas y los enfoques para hacer avanzar, con los pies en el suelo, el desarrollo de la sociedad hacia el socialismo» [684].

Por todo esto, Bernstein polemizaba, exactamente igual que antes lo hacían los fabianos, contra aquellos socialistas que «esperan la realización completa del socialismo a partir de un derrumbe enorme y general, que ven en un derrumbe de este tipo la condición fundamental para la completa victoria del socialismo». Afirmaba una vez más que la Socialdemocracia se enfrentaría, a causa de la insuficiente concentración empresarial, «a una tarea insoluble». Por otra parte, si alcanzaba el poder, no le podía garantizar al capitalismo tampoco una seguridad tal que le permitiese seguir funcionando. «En esta contradicción se podría consumir sin salvación posible y el fin podría únicamente ser una derrota colosal». Por esto, el socialismo podía y debía realizarse paso a paso y Bernstein se refería en apoyo de esta tesis a los mismos factores precisamente que habían sido apuntados anteriormente por los fabianos:

«La constante ampliación del ámbito de los deberes sociales, es decir, de los deberes y de los derechos correspondientes de cada uno, el desarrollo del derecho de intervención de la sociedad organizada en la nación o en el estado sobre la vida económica, la formación de la autoadministración democrática a nivel municipal, de distrito y de provincia y la ampliación de las tareas de estas uniones: todo esto es, para mí, avance hacia el socialismo o, si se prefiere, realización por fragmentos del socialismo» [685].

Sidney Webb y Annie Besant habían subrayado entre los fabianos que el socialismo no era, en sí, ningún objetivo sino un proceso que se llevaba a cabo ya en el seno de la sociedad existente. Esta concepción, que era una consecuencia lógica de la teoría spenceriana del desarrollo que sustentaban, no dejaba lugar para las transformaciones por saltos. Como Bernstein ya no creía en las transformaciones por saltos del desarrollo del capitalismo y como, además, intentaba reforzar con argumentos económicos esta concepción, era algo natural que también para él la meta, el objetivo final, se disolviese en un proceso de desarrollo en eterno progreso en el que, por decirlo con palabras de Annie Besant, no había ni principio ni fin:

«Admito que me interesa muy poco, que para mí tiene muy poco sentido lo que normalmente se entiende por «meta final del socialismo». Esta meta, sea la que fuere, no es nada para mí, el movimiento lo es todo. Y por movimiento entiendo tanto el movimiento general de la sociedad, es decir, el progreso social, como la agitación y la organización política y económica en pro de la consecución de este progreso» [686].

No era de esperar ni de desear el derrumbe del capitalismo. Lo que había que hacer era organizar a la clase obrera y educarla para la democracia de modo que pudiese luchar por reformas que elevasen el nivel de la clase obrera y que pudiesen transformar el estado en un sentido democrático. De aquí llegaba Bernstein también a la conclusión de que el socialismo sería impulsado seguramente por los «trabajadores bien vestidos y bien alimentados».

«Cuanto más rica sea la sociedad tanto más fáciles y seguras serán las realizaciones socialistas» [687].

Muchas de estas ideas fabianas se vuelven a encontrar en la síntesis de sus opiniones publicada en 1899, *Las premisas del socialismo y las tareas de la Socialdemocracia*. Así, subrayaba que el interés colectivo se fortalecía gradualmente a costa del interés privado; que Marx y Engels idealizaban a la clase obrera tanto en lo referente a sus posibilidades históricas como en lo referente a sus aspiraciones y talento; que el movimiento socialista moderno se dividía en dos grandes corrientes, una pacífica y evolucionista y otra demagógica y terrorista; que ni el estado ni las municipalidades bastaban para socializar toda la economía y que, por lo tanto, se hacía necesaria la existencia de una economía mixta en el socialismo; que la ampliación del derecho democrático de voto tendía a hacer de la clase obrera un verdadero partícipe de la sociedad; que el movimiento sindical, el movimiento de las cooperativas de consumo y la política municipal eran palancas particularmente importantes en la tarea de impulsar la transición gradual al socialismo; que el camino de la legalidad constitucional tenía muchas más ventajas que el de la revolución [688]. Berns-

tein mismo se refiere a los fabianos y refleja sus ideas [689]. De hecho, en dos puntos concretos del libro afirma haber estado influido por las condiciones inglesas [690]. Está muy claro también que, a este respecto, los fabianos jugaron un papel decisivo:

«Ningún socialista responsable sueña hoy en Inglaterra todavía en una victoria inminente del socialismo por medio de una gran catástrofe, nadie sueña en una rápida conquista del Parlamento por parte del proletariado revolucionario. En lugar de esto, se concentra cada vez más el trabajo en las municipalidades y en otros cuerpos de autoadministración y se ha abandonado la anterior minusvaloración del movimiento sindical y se han establecido aquí y allá con este y también con el movimiento cooperativo contactos más estrechos» [691].

En su libro y en la subsiguiente polémica con Karl Kautsky, Bernstein desarrollaba también las ideas básicas económico-teóricas que anteriormente había expuesto en su artículo «Economía socialista en Inglaterra» añadiendo también algunas nuevas. De entre estas, se pueden imputar a los fabianos parcial o totalmente las siguientes:

1. La teoría del valor de Marx es una abstracción (Wicksteed) [692];
2. Las abstracciones marginalistas de Jevons tienen, en principio, el mismo valor que las abstracciones de la teoría del valor de Marx (Shaw antes del giro definitivo);
3. Son correctas tanto la teoría de Marx como la de los teóricos de la utilidad marginal (Wallas);
4. El análisis de Marx de la reducción del trabajo compuesto al trabajo simple es insatisfactorio (Wallas);
5. La teoría de la plusvalía de Marx no se diferencia en principio de la de sus predecesores, es decir, los socialistas ricardianos (esposos Webb);
6. La plusvalía puede explicarse tanto en términos de renta institucional como de trabajo no pagado (Rodbertus, Dühring, fabianos) [693].

Bernstein se refirió expresamente a los fabianos también en la polémica con Karl Kautsky. Como la teoría económica de Bernstein ya se ha tratado con detenimiento más arriba, parece que bastan estas constataciones.

En fin, Bernstein trataba en las *Premisas* la cuestión del imperialismo de un modo casi idéntico a los fabianos. La interpretación de Bernstein consistía en admitir el imperialismo alegando que era necesario y que representaba el derecho de la civilización superior sobre las inferiores. Por lo demás, era preferible el imperialismo del propio país al de los demás países:

«Si tenemos en cuenta que Alemania importa actualmente cantidades muy apreciables anualmente de productos coloniales tendremos que decirnos que puede que llegue alguna vez el día en que sea preferible recibir al menos una parte de estos productos de nuestras propias colonias... Si no es reprochable disfrutar de los productos de las plantaciones tropicales, tampoco será reprochable poseer nosotros mismos tales plantaciones. Aquí lo decisivo no es *si* será, sino *cómo* será. Ni es necesario que la ocupación de los países tropicales por los europeos produzca daños en la forma de vida de los indígenas ni ha sido hasta ahora, generalmente, este el caso. Además, puede ser reconoci-

do un derecho condicionado de los salvajes sobre el suelo ocupado por ellos. La cultura superior tiene aquí, y es un caso excepcional, también el derecho superior. No la conquista, sino el cuidado del suelo, es lo que proporciona los títulos de derecho histórico a su utilización» [694].

«El pueblo alemán no tiene ningún interés en que China sea dividida y que a Alemania se la compense con una parte del Imperio. Pero el pueblo alemán tiene un gran interés en que China no se convierta en un robo a otras naciones, el pueblo alemán tiene un gran interés en que la política comercial de China no se subordine a los intereses de una sola potencia extranjera o de una coalición de potencias extranjeras; en definitiva, se trata de que en todas las cuestiones referentes a China, Alemania tenga su palabra decisiva que pronunciar. Su comercio con China exige y justifica un derecho de veto tal. Tan solo en la medida en que la adquisición de la bahía de Kiautshou es un medio para asegurarle y reforzarle este derecho de veto —y sería difícil negar que tal medida contribuye a ello— existe un motivo, según mi modo de ver, para que la Socialdemocracia no se oponga en principio a él. Prescindiendo del modo como se inició la adquisición y de las buenas palabras con que fue acompañada, no ha sido el peor golpe de la política exterior de Alemania» [695].

No es posible saber hasta qué punto estaba Bernstein inspirado directamente por los fabianos en esos momentos, pues la toma de posición pública de estos últimos con respecto al imperialismo solo se puso de manifiesto en el otoño de 1899, cuando estalló la Guerra de los bóeres. Por lo demás, la concepción representada por Bernstein también era compartida por muchos otros. Lo que sí es seguro, sin embargo, es que algunos fabianos dirigentes se habían dejado arrastrar en aquella época por los llamados imperialistas liberales (Haldane, Rosebery y otros) [696]. También es seguro que Bernstein se adhirió públicamente a la posición de los fabianos poco después de que esta fuese hecha pública. Nadie apoyaba directamente la guerra, pero, cuando esta estuvo en puertas, la mayoría no se opuso a ella. Los motivos de los dirigentes del fabianismo fueron sintetizados por Bernard Shaw en el manifiesto titulado *Fabianism and the Empire*, que era una abominable apología del imperialismo de gran potencia en general y del propio imperialismo en particular. La idea base era la de la necesidad de la eficiencia en el mundo: la Tierra pertenece a toda la humanidad y toda nación está obligada, por lo tanto, a aprovechar sus posesiones de un modo tan eficiente como sea posible. Al igual que el propietario de una finca no puede hacer con su solar lo que quiera, tampoco una nación puede disponer arbitrariamente de su territorio:

«[En China] defendemos y forzamos a respetar los derechos internacionales a viajar y a comerciar. Pero el derecho a comerciar es algo muy amplio: implica exigir a un gobierno firmemente establecido que mantenga la paz y que sea capaz de imponer los convenios acordados. Si un gobierno indígena se muestra incapaz de sostener este orden, entonces la potencia comercial tiene que poner otro en su lugar... [En Sudáfrica] ...se da el caso de que una gran potencia, consciente o inconscientemente, ha de gobernar en interés de la civilización en su conjunto y a este interés no le conviene en absoluto que factores de poder tales como los campos auríferos y las terribles maquinarias

bélicas que se pueden construir gracias a ellos sean detentados por pequeñas comunidades de pobladores fronterizos. En teoría tendrían que ser internacionalizados, y no ocupados por la potencia imperial británica, pero, hasta que se llegue a una Federación Mundial, tenemos que aceptar en su lugar a la Federación imperial más responsable de que disponemos» [697].

Según Bernstein, los fabianos exponían en este escrito «las líneas maestras de una política que se corresponde con las necesidades y las posibilidades del presente y que eventualmente podría ser adoptada por la Socialdemocracia también sin tener por ello que renunciar a sus principios». Bernstein oponía la posición de los fabianos a la posición de rechazo del imperialismo que había adoptado el Congreso de la Segunda Internacional reunido en París el año 1900 tomando partido por los puntos de vista fabianos:

«En estas frases hay más pensamiento marxista que en la resolución de París. Y sin embargo proceden de gentes que se tienen por adversarios del marxismo y ante quienes todo marxista bienpensante se aparta y todo: te lo agradezco, etc. La cuestión es que su capacidad de juicio no resulta empañada por las ilusiones depositadas en la inminente caída de la sociedad burguesa y por aquella fraseología que en otro lugar he llamado cánticos marxistas» [698].

H) RESUMEN

De lo expuesto bien se podría sacar la conclusión de que el pensamiento revisionista de Eduard Bernstein fue influido por el fabianismo en puntos decisivos. Esto no significa que el sistema de Bernstein se agotase en ello. Tampoco significa que el fabianismo haya sido únicamente el equivalente directo del revisionismo de Bernstein. El pensamiento de Bernstein estaba ineludiblemente marcado, tanto en la forma como en el contenido, por el marxismo. De modo igualmente inconfundible lleva el cuño anglosajón del fabianismo. Tampoco se puede olvidar que por aquella época otros aparte de Bernstein y los fabianos empezaron a pensar en un mismo sentido. Mientras que Bernstein desarrollaba su revisionismo en una continua polémica contra el marxismo o el pseudomarxismo, los fabianos podían hacer desde un principio una exposición positiva de sus teorías: en realidad nada tenían que revisar. Ya el fabiano Macrosty había puesto de relieve, como hemos visto, que al revisionismo bernsteiniano, cuando fue presentado en las *Premisas del Socialismo*, le hacía falta un programa de reformas más claro. Reichel hacía la misma observación en una comparación entre fabianismo y revisionismo [699]. Pero no por esto dejan de encontrarse en el revisionismo de Bernstein los rasgos esenciales del fabianismo. El fabianismo rompió en Inglaterra definitivamente con el socialismo marxiano. Enseñaba que el socialismo era viable sobre la base de las relaciones existentes sin pasar por una «catástrofe» en forma de levantamiento popular general; que la lucha de la Socialdemocracia era y tenía que ser fundamentalmente parlamentaria; que el socialismo ampliaba gradualmente su influencia a través de la importancia creciente de la demo-

cracia, del estado, de las municipalidades, de los sindicatos y de las cooperativas de consumo; y que las teorías del valor, de la explotación y de la lucha de clases de Marx tenían que ser abandonadas [700]. Ahora bien: este era, más o menos también, el mensaje anunciado por Bernstein. En gran parte, por tanto, el revisionismo de Bernstein venía a ser un fabianismo adaptado al público socialdemócrata alemán y a las condiciones alemanas.

Lo que los fabianos *no* le podían ofrecer a Bernstein era una crítica teórica profunda de cada una de las partes integrantes del marxismo y en particular de su teoría de la historia. En este punto, Bernstein obtuvo la ayuda de los críticos del marxismo italianos y franceses.

CAPÍTULO V. INSPIRADORES ITALIANOS

«Bernstein me escribió hace poco que en *Neue Zeit*, n.º 46, había puesto de relieve que en cierto modo había sido influido por los trabajos de usted. Esto es interesante porque los alemanes no acostumbran a dar las fuentes extranjeras de sus ideas».

Georges Sorel, carta a Benedetto Croce de 9-IX-1899 [701].

La influencia de los fabianos en la conformación del revisionismo bernsteiniano fue profunda, amplia y constante. Es menos conocido el hecho de que Bernstein recibió también influencias de intelectuales italianos como Antonio Labriola, Benedetto Croce y Saverio Merlino. Ninguno de ellos estaba particularmente ligado a ninguna organización. Es verdad que Labriola colaboraba en la prensa socialista, pero también lo es que su actitud con respecto al marxismo o pseudomarxismo italiano de la época era muy crítica y que la mayor parte de su tiempo la dedicaba a sus tareas de profesor de filosofía en Roma. Merlino había sido un anarquista destacado, pero se había quedado un poco al margen del movimiento. Croce era y siguió siendo un *outsider* con respecto al movimiento obrero socialista. A diferencia de los fabianos, no estaban impulsados por ningún tipo de movimiento común; los tres se acercaban al marxismo desde puntos de partida muy diversos y siguiendo caminos muy diferentes, llegando a resultados igualmente heterogéneos. Por otra parte, Bernstein fue influido por ellos solo en un momento en el que ya había desarrollado por su parte las bases de su nueva concepción. Las relaciones ideológicas entre Bernstein y los tres italianos, por lo demás, son muy complicadas. Labriola se distanció rápidamente del revisionismo bernsteiniano. Croce consideraba que muchas de las ideas suyas adoptadas por Bernstein habían sido encontradas por este anteriormente y bajo otras formas en Sombart, en los neokantianos, etc. En el caso de Merlino es extremadamente difícil juzgar su actitud con respecto a Bernstein. Resumiendo, bien puede decirse, por todos estos motivos, que de ningún modo puede conferirse a los inspiradores italianos de Bernstein la misma significación que a los fabianos. Los italianos contribuyeron con algunas piezas al pensamiento de Bernstein codeterminando en determinadas partes su forma específica. Pero sobre todo, lo que hicieron fue reafirmar a Bernstein en una concepción básica previamente existente.

A) EL SOCIALISMO ITALIANO 1890-1900

Aún cuando las tomas de posición de Labriola, Croce y Merlino con respecto al marxismo no estuviesen directamente conectadas con el movimiento obrero italiano, hay, sin embargo, que enjuiciarlas inevitablemente en el marco de las peculiaridades del socialismo italiano de los años noventa. Este decenio estuvo marcado por intensas luchas sociales [702] que alcanzaron su punto culminante en el año 1898 —el llamado *anno terribile*—, en el cual la artillería disparó en Milán contra obreros huelguistas, se declaró el estado de excepción en Milán, Florencia y Nápoles y en la Biblioteca Real de Florencia se puso *El Capital* de Marx en el índice [703]. En Milán, los obreros llegaron incluso a adueñarse del poder entre el 3 y el 9 de mayo.

El levantamiento comenzó no en el relativamente industrializado Norte de Italia sino en el Sur agrario extendiéndose hacia el Norte. Esto refleja el hecho de que en los años noventa del siglo pasado Italia solo estaba en el umbral de la revolución industrial [704]. Nada, por lo tanto, más lógico que el recién fundado partido socialista obrero quedase tan sorprendido por el levantamiento como los partidos burgueses. Ya en 1882 se había formado un partido obrero. Sin embargo solo llegó a su forma moderna en el Congreso de Génova de 1892. A partir de entonces, los anarquistas abandonaron la organización y en el Congreso de Reggio Emilia reunido al año siguiente se adoptó un programa socialista. Este era un paso muy importante, puesto que el movimiento obrero italiano se había adherido a la orientación anarquista de Bakunin en la escisión de la Primera Internacional en 1872. El partido conoció un rápido crecimiento desde el comienzo de los años noventa que se reflejaba en unos resultados electorales cada vez más favorables a pesar de las fuertes limitaciones del derecho de voto que persistieron hasta 1912. En el año 1893 el partido obtuvo 26 000 votos y seis escaños en la Cámara de Diputados, en 1897 135 000 votos y 16 escaños, en 1904 175 000 votos y 32 escaños y en 1913 (cuando el número de votantes autorizados ascendió de tres a casi nueve millones) 883 000 votos y 52 escaños.

El partido italiano era indudablemente socialista. Sin embargo, Friedrich Engels, que mantenía un estrecho contacto con los marxistas italianos, caracterizaba muy adecuadamente la situación cuando en 1894 definía al partido como «todavía *muy* débil y *muy* confuso aun cuando hay en él marxistas realmente muy activos» [705]. Esto tenía unos motivos naturales. En primer lugar, la base del partido —la clase obrera industrial— era todavía muy débil. Además todavía estaba muy marcada, a pesar de la retirada de los anarquistas, por tradiciones anarcosindicalistas; en el Congreso del partido que tuvo lugar en Bolonia en 1903 la fracción sindicalista dirigida por Arturo Labriola consiguió incluso obtener la supremacía por algún tiempo. En tercer lugar, el partido era joven e inexperto, mientras que la política italiana era compleja: en Italia se daban, aparte del antagonismo cada vez más pronunciado entre obreros y patronos en la industria, el antagonismo entre el Norte industrial-capitalis-

ta y el Sur agrario-feudal [706], entre las fuerzas clericales y las fuerzas anticlericales, entre conservadores y liberales en el seno de la propia burguesía. Engels confería a este último antagonismo, que se manifestaba entre otras cosas en el relevo sucesivo de gobiernos conservadores y liberales, particular importancia y su análisis al respecto fue publicado en la revista teórica del partido [707]. En el mismo año 1898, en el que por una parte el gobierno militar del general Pelloux reprimía a los campesinos y obreros insurrectos, se introdujeron, por otra parte, el seguro obligatorio de accidente y los seguros estatales de vejez e invalidez. Esta oscilación entre el «azúcar y el acero» —por emplear una expresión de Michels [708]— produjo, naturalmente, inseguridad en los socialistas respecto a la táctica que debían elegir. El ala derecha preconizaba una alianza mientras que el ala izquierda abogaba por una política de enfrentamiento [709]. Los antagonismos se hicieron finalmente tan pronunciados dentro del partido que en 1912 fue expulsada el ala derecha y su dirigente, Leonida Bissolati, constituyéndose los expulsados en partido reformista. El motivo fundamental de la ruptura vino dado porque Bissolati, Bonomi, Cabrini y otros dirigentes socialistas del ala derecha apoyaron abiertamente la política colonial de conquista que el gobierno Giolitti impulsaba en Libia.

En tales condiciones era inevitable que el marxismo italiano mostrase rasgos contradictorios. Al mismo tiempo era muy fácil articularse para este pues la dirección del partido socialista estaba dominada por intelectuales. La dirección del partido coincidía prácticamente con la fracción parlamentaria, en la que no hubo antes de 1890 absolutamente ningún obrero. En vez de esto, estaba dominada por abogados, profesores y periodistas [710]. El centro de los estudios marxistas en Italia era la revista *Critica Sociale*, fundada en 1891 por Filippo Turati, poeta, abogado y diputado socialista. Para Michel, los años que van de 1894 a 1898 fueron la «edad de oro» del marxismo en Italia [711]. Durante estos años, destacados intelectuales llegaron al marxismo o a lo que ellos consideraban como marxismo [712]. A muchos les parecía posible llegar al socialismo «con l'accordo di tutti, con la persuasione e con l'amore» [713]. La Accademia Pontaniana convocó en 1897 un premio literario sobre el tema «Exposición y crítica de las teorías económicas contenidas en el tercer tomo de *El Capital* de Karl Marx» y el resultado de esta iniciativa fue que el mercado del libro se vio inundado por una verdadera ola de comentarios de Marx. Este paso a posiciones marxistas se vio facilitado por el hecho de que en Italia —igual que en Rusia— se contempló al marxismo, en oposición al bakuninismo, como una forma pacífica y legal del socialismo [714].

Un testimonio de hasta qué punto existía confusión lo proporciona el que diversos socialistas italianos considerasen al sociólogo y socialista de cátedra alemán Albert Schäffle como el más puro y auténtico socialista. Otros socialistas eran, más que marxistas, darwinistas sociales [715]. Ejemplo característico era Enrico Ferri, profesor de Derecho Penal primero en Bolonia y más tarde en Roma, y miembro del partido socialista italiano desde 1893 [716]. Este destacado representante del socialismo italiano podía escribir a mediados de los años noventa que su convicción socialista había obtenido «su consumación científica» a través del estudio de los escritos de Achille Loria. El signifi-

cado completo de este juicio queda claro si se recuerda que Loria solo obtuvo un lugar en la historia de las ideas socialistas gracias a la implacable crítica a que tanto Friedrich Engels como Benedetto Croce sometieron a sus diletantes ejercicios [717].

Para Ferri, el marxismo no era más que «un hermano gemelo de la doctrina del desarrollo de Spencer». Consecuentemente, la insurrección y la violencia le parecían «fenómenos patológicos». La revolución social era tan solo el último paso de un desarrollo que discurría evolutivamente y en absoluto era equivalente a una «revolución tempestuosa y violenta como tan a menudo se supone erróneamente» [718].

Por el contrario: «El socialismo científico muestra, tomando como base la doctrina del desarrollo, cómo los diferentes medios de transformación son menos eficaces cuanto más violentos» [719].

En esta concepción, la revolución social se entendía como una serie de concesiones parciales, progresivamente más amplias, que los capitalistas iban haciendo a la clase obrera; la conversión completa de la propiedad privada en propiedad colectiva aparecía como la concesión parcial máxima [720]. Lo menos que se puede decir de las ideas extremas del autor, para venir de un marxista, es que son notables [721]. Karl Kautsky apuntaba las causas de esta situación en su crítica al escrito de Ferri:

«El escrito de Ferri es ciertamente algo más que una manifestación aislada. Los puntos de vista que sostiene Ferri están bastante extendidos fuera de Alemania. Nosotros los consideramos como una muestra de la fase de transición en la que actualmente se encuentran diferentes partidos socialistas fuera de Alemania. Los principios sobre los que se basa la Socialdemocracia alemana, los del *Manifiesto Comunista*, superan, en lo esencial, todas las formas anteriores del socialismo y del movimiento obrero en Europa. Todos los partidos socialistas, todos los partidos obreros de alguna importancia marchan, como lo han demostrado los últimos congresos internacionales, en la misma dirección que la Socialdemocracia alemana. Lo que ocurre es que su praxis se ha transformado mucho más rápidamente que su teoría: esta es una de las mejores pruebas de la corrección de la concepción materialista de la historia según la cual el cambio de las ideas sigue al cambio de las cosas y no al revés. La lógica de los hechos, el desarrollo económico y político, ha situado en la práctica por todas partes a los socialistas en el terreno del *Manifiesto Comunista*; sin embargo, su pensamiento no ha podido superar en todas partes con tanta rapidez las viejas formas de pensamiento; las ideas nuevas que corresponden a la nueva praxis se injertan a las viejas formas de pensamiento y así se forma el eclecticismo, que solo poco a poco cede a una visión homogénea.

Esta formación del eclecticismo se vio favorecida fuera de Alemania también por el hecho de que, simultáneamente con la superación de las formas anteriores de socialismo y de movimiento obrero como el proudhonismo, bakuninismo, mazzinismo y el viejo trade-unionismo, comenzó también la entrada a las filas del socialismo de algunos intelectuales burgueses que de ningún modo eran capaces de desprenderse del todo inmediatamente de la cáscara de la ciencia burguesa de la que en aquel preciso momento comen-

zaban a salir. Encontramos este tipo de intelectuales en la «Fabian Society» de Inglaterra; en los países latinos, el eclecticismo de Malon, el llamado «socialismo integral», ha ejercido mucha atracción sobre estos elementos. Junto a él, el Sr. Achille Loria en calidad de «marxista» ha tenido para una serie de camaradas italianos más o menos la misma importancia que tuvo el Sr. Karl Grün como hegeliano para Proudhon.

Como es sabido, Marx relata así el episodio:

«En el transcurso de largas discusiones, a menudo prolongadas durante toda la noche, le infecté, con gran perjuicio suyo, de hegelianismo, el cual, por no saber alemán, no podía estudiar a fondo. El Sr. Karl Grün, después de mi expulsión de París, continuó lo que yo había comenzado. Y este profesor de filosofía alemana tenía todavía sobre mí la ventaja de que no entendía nada de lo que enseñaba» [722].

Nadie era más consciente de la situación real que los verdaderos marxistas italianos. Lo que Michels llamó «la impureza del marxismo italiano» fue tan lejos que Antonio Labriola planeó como contrapeso (en colaboración con Georges Sorel) la edición de los escritos reunidos de Marx y Engels queriendo «acabar con los pseudomarxistas italianos con un nuevo *Anti-Dühring*» [723] más adelante. Particularmente Antonio Labriola, que era científicamente muy escrupuloso, rechazaba de plano el pseudomarxismo italiano. En esta actitud es notable que no pudiese precisar ninguna tendencia al mejoramiento. En el año 1890 le escribió a Wilhelm Liebknecht a Alemania: «Desgraciadamente, lo que en Italia se llama socialismo no es, con pocas excepciones, más que republicanismo confuso o anarquismo puro» [724].

Tres años más tarde le escribió en una carta al socialdemócrata alemán Richard Fischer, que era redactor administrativo del diario del SPD, *Vorwärts*, lo siguiente: «Tú sabes muy bien que yo nunca he sido un panegirista del socialismo italiano. Por el contrario, a causa de mi actitud reservada, fría y crítica, me he ganado reproches de pesimista por parte de muchos camaradas extranjeros, como Engels, Lafargue y Adler. Y esto solo porque creía muy poco en los ruidosos estudiantes, abogados y periodistas. Yo solo tengo ojos y corazón para el movimiento verdaderamente proletario y aborrezco todo tipo de envidias de capillitas y de pequeñas escaramuzas» [725].

Todavía más duro es el juicio expresado por Labriola en su correspondencia con Benedetto Croce. «Ya no tengo ningunas ganas de aparecer en Italia como socialista y hombre político», le escribía a Croce en mayo de 1895, «y sobre todo, es que no me quiero exhibir en compañía de tantos y tantos que, unos más y otros menos, no dejan de ser unos impostores. Usted no se creería lo que me consuela saber que alguien en Viena o en Londres me considera un maestro del socialismo italiano... que no existe» [726]. Estaba convencido de que los pseudomarxistas italianos iban a poner una cara bien larga cuando leyesen los escritos sobre la concepción materialista de la historia a los que se dedicaba en aquellos momentos. «Pues en Italia todavía estamos en una fase ¡en la que es preciso descubrir el socialismo científico (que no es otra cosa que la nueva concepción de la historia)!» [727]. Un par de años más tarde fue a los tribunales con el recién fundado periódico del partido, *Avanti*, que era

redactado por Bissolati [728]. Y en el año 1900, cuando se distanció de Sorel y de Croce, criticó severamente a la sociedad italiana en su conjunto. «Pero para nosotros, italianos», escribía, «que vivimos fuera de las grandes corrientes de la historia (lo único realmente histórico para nosotros es el Papa), que no producimos entre todos más que mañosos, camorristas, venales funcionarios estatales, procesos escandalosos, ineficacia administrativa, idiotez política, charlatanes ilustrados, un populacho brutal, políticos de café (incluidos la totalidad de los socialistas), es casi imposible orientarnos sobre la situación mundial que se nos escapa a causa de dificultades objetivas y de falta de cohesión subjetiva» [729]. La crítica de Labriola al socialismo italiano se sintetizaba en tres puntos: cultura insuficiente, descarada ignorancia y —lo peor de todo— la impostura que reinaba en los círculos socialistas [730].

Es probable que las opiniones de Labriola sobre el marxismo italiano fuesen demasiado pesimistas. Sin embargo, Croce lo enjuiciaba del mismo modo partiendo de sus propios puntos de vista. Lo mismo ocurre con Engels, que cinco semanas antes de su muerte le escribió sobre la cuestión al dirigente marxista Filippo Turati. Este había propuesto que Arturo Labriola (es decir, el sindicalista) se hiciese cargo de una síntesis de los tres volúmenes de *El Capital*:

«Por lo que se refiere al otro Labriola (es decir, Antonio, B. G.) es posible que esté bastante justificada la mala lengua que usted le atribuye en un país como Italia en el que el partido socialista, al igual que todos los demás partidos, sufre, como si de una plaga de langosta se tratase, la invasión de esa «juventud burguesa desclasada» de la que tan orgulloso estaba Bakunin. Consecuencia: un diletantismo literario que se multiplica exuberantemente acompañado con excesiva frecuencia de un espíritu de camarilla comparable al que reina en la prensa. El hecho de que se den estas cosas no es culpa suya, pero usted, al igual que cualquiera, está sometido a la influencia de ese medio» [731].

Por lo demás, nada más característico de la «impureza» del marxismo italiano de la que hablaba Michels que la defensa del imperialismo en general y del imperialismo italiano en particular llevada a cabo por Antonio Labriola [732].

B) PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

La descripción que se ha hecho más arriba de la problemática del marxismo italiano de los años noventa era necesaria para la comprensión de las aportaciones tanto de Labriola como de Croce al debate marxista de la segunda mitad de los años noventa. Ambos querían intentar llevar cierta claridad a la confusión teórica dominante. Sin embargo, al hacer esto se vieron comprometidos en un contexto y llegaron a unos resultados de los que ellos mismos no eran conscientes al iniciar la lucha en favor del marxismo o de lo que entendían por tal [733]. ¿Cómo interpretaba Bernstein las posiciones de Labriola y Croce (y Merlino)? Las referencias explícitas hechas por Bernstein a los tres italianos son muy dispersas y muy vagas. Bernstein hizo una reseña para

Neue Zeit en febrero de 1896 del primer trabajo marxista que publicó Labriola titulado *Saggi intorno alla Concezione Materialistica della Storia, I. In Memoria del Manifesto dei Comunisti*. En la recensión se alababa el libro y se citaba aprobando la opinión de Labriola de que la ética y el idealismo del socialismo no consistían en otra cosa que en poner el pensamiento científico al servicio de la clase obrera, por lo que el comunismo crítico no tenía nada que ver con utopías, moralismos o predicaciones [734]. Bernstein había de cambiar de puntos de vista por lo que se refiere a esto en un par de años. Por lo demás, aclaraba que no estaba de acuerdo con Labriola en todos los casos. Entre las divergencias incluía el punto de vista de Labriola de que en el capitalismo se simplifican los antagonismos de clase: con palabras cautas, Bernstein estaba expresando una opinión desviacionista que más tarde había de convertirse en uno de los momentos principales de su crítica al marxismo [735]. En su artículo titulado «Das realistische und das ideologische Moment in Sozialismus» [El momento realista y el momento ideológico en el socialismo], redactado en la primavera de 1898, indicaba, sin embargo, que Labriola era una de sus fuentes de inspiración [736]. Pero no decía en qué consistía esa inspiración. Ahora bien, como el artículo abogaba por un retroceso al agnosticismo e idealismo de Kant y, como consecuencia de ello, por una mayor acentuación de las fuerzas idealistas en la lucha del movimiento obrero, lo que Bernstein tenía *in mente* era, probablemente, la alta valoración del papel relativamente autónomo de las ideologías en el curso del desarrollo histórico. De todos modos el hecho de que Bernstein le escribiese a Labriola una carta para preguntarle hasta qué punto aceptaba la crítica de Croce al marxismo, que Bernstein apreciaba, demuestra que este no estaba del todo seguro de si su concepción coincidía con la de Labriola [737].

Más explícitas son las referencias de Bernstein a la actividad publicística de Benedetto Croce. Si en la introducción a su artículo «Das realistische und das ideologische Moment in Sozialismus» invocaba a Labriola, en la revista *Devenir Social* (febrero y marzo de 1898) citaba la crítica de Marx hecha por Croce. Más específicamente, se refería a dos puntos de la crítica del marxismo de Croce, a saber, que el marxismo no tenía en cuenta el papel histórico de la moral y que la consideración del socialismo como científico era falsa [738]. En la polémica que siguió a la publicación de *Las premisas del socialismo*, que enfrentó a Bernstein con Karl Kautsky en tomo a la teoría económica del marxismo, aquel aludía a Croce como uno de los inspiradores de sus nuevos puntos de vista [739]. Esto se desprende todavía con mayor claridad de un artículo escrito en junio de 1898, pero publicado en diciembre de 1899, titulado «Zur Theorie des Arbeits-werts» [Sobre la teoría del valor-trabajo], en el que acepta expresamente la formulación crociana (publicada un par de meses antes) acerca del contenido de la teoría marxiana del valor [740].

Finalmente, por lo que se refiere a Saverio Merlino, Bernstein había tenido ya ocasión de expresar su posición con respecto a un artículo que el primero había publicado en la revista de Bruselas *La Société Nouvelle*. El artículo abordaba el nuevo programa que el SPD había adoptado en el Congreso de Erfurt de 1891. Resulta interesante que Merlino, que era anarquista, criticase en

aquella época al marxismo precisamente porque este *reconocía* la posibilidad de una mejora de la situación de la clase obrera en el marco del capitalismo [741]. Cuando Merlino comenzó a inclinarse hacia una suerte de socialismo reformista, hacia 1897, Bernstein reparó en ello; en 1898 le ofreció un artículo que Kautsky no había querido publicar en *Neue Zeit* [742]. Como Labriola criticó esto, Bernstein le respondió en una carta: «Por lo que se refiere, finalmente, a mi relación con Merlino, he de decirle que, cuando recibí una invitación a colaborar en la *Rivista Critica del Socialismo*, no sabía que entre él y el Partido Socialista de Italia existiesen diferencias. De todos modos, la culpa —hasta donde se pueda, realmente, hablar de culpa— es mía y no de Merlino. Por su aspecto externo y como la *Critica Sociale* se hallaba suspendida, supuse que la *Rivista* estaba dedicada a proseguir, bajo una nueva forma, la obra de la *Critica*. Como además en algunos puntos estoy teóricamente de acuerdo con Merlino, no podía existir para mí ningún motivo para no enviarle un artículo que originariamente había escrito para *Neue Zeit* y que no podía ser publicado porque hasta que no aparezca mi libro toda polémica había de silenciarse allí» [743].

Así Bernstein atestiguaba la existencia de acuerdo en muchos puntos entre las posiciones de Merlino y las suyas. Sin embargo nunca reconoció la existencia de una influencia. Se puede, por tanto, concluir que, en palabras del propio Bernstein, este obtuvo influencias únicamente de Labriola y Croce.

Por lo que se refiere a los inspiradores mismos, como vamos a ver inmediatamente, Labriola se distanció decididamente con el tiempo del «*crétin* Bernstein». Por su parte, Croce se concedía *a sí mismo*, categóricamente, la prioridad: Bernstein se basaba en su investigación de los conceptos históricos y teóricos de Marx y aceptaba sus conclusiones [744]. También Merlino declaraba que él se había anticipado al revisionismo bernsteiniano [745].

La pretensión de Croce y de Merlino de haber sido los padres del revisionismo bernsteiniano vuelve a aparecer en la literatura también. Ya en 1898 Sorel afirmaba que Merlino había sido el primero en plantear en toda su amplitud la cuestión de la revisión del marxismo [746]. Los juicios acerca de la influencia ejercida por Croce en Bernstein son todavía más enfáticos. El discípulo de Croce Gramsci escribe en sus cartas de prisión:

«Hay que ser conscientes de que los escritos de Croce sobre la teoría de la historia proporcionaron, en los últimos años del siglo pasado, las armas espirituales a los dos mayores movimientos del «revisionismo», el de Eduard Bernstein en Alemania y el de Sorel en Francia. Bernstein mismo escribió que tras la lectura de los ensayos de Croce hubo de estructurar de nuevo todo el curso de sus ideas filosóficas y económicas... Pero Croce ha llevado su actividad revisionista todavía más lejos y esto sobre todo durante la guerra y todavía más después del año 1917... Me parece que lo que Croce valora por encima de todo lo demás es su posición de *leader* del revisionismo y que ve en ello lo mejor de su actividad actual. En una breve carta dirigida al profesor Corrado Barbagello publicada en la *Nuova Rivista Storica* del año 1928 o 1929 (no me acuerdo con exactitud) dice muy elocuentemente que toda la elaboración de su teoría de la historia en términos de historia ético-política (y desde hace casi veinte años

esta es toda o casi toda su actividad en tanto que pensador) está orientada a profundizar su revisionismo de hace cuarenta años» [747].

En el mismo sentido Neil McInnes ha afirmado en sus estudios sobre los orígenes del marxismo teórico en Francia e Italia entre 1880 y 1897 que Croce (y Sorel) «lanzó el revisionismo» [748]. El historiador de las ideas soviético I. S. Kon llega a calificar a Croce incluso como el «padre espiritual del revisionismo internacional» durante los años noventa. Pone de relieve también la semejanza existente entre la filosofía de la historia de Croce y el punto de partida de Bernstein según el cual el movimiento lo era todo y la meta nada [749]. En el contexto del problema de la relación existente entre Croce y otros por una parte y Bernstein por otra se ha puesto a menudo de manifiesto, así pues, la dependencia completa o solo parcial de Bernstein con respecto al primero. Sin embargo, cualquier juicio categórico a este respecto carece de suficiente base. El problema de la dependencia ideológica solo puede ser resuelto —al igual que en lo referente a la relación entre Bernstein y los fabianos— recurriendo a la investigación concreta de las fuentes.

C) LABRIOLA: MARXISMO Y REVISIONISMO

La cuestión más fácil de solucionar es la de la relación existente entre Labriola y Bernstein. Para obtener una perspectiva correcta a la hora de enfrentar esta cuestión hay que situarla en el marco de la posición de Labriola con respecto al marxismo. Durante su juventud, Labriola estuvo sometido a la intensa influencia de la escuela hegeliana de Nápoles, en particular a la influencia de los hermanos Bertrando y Silvio Spaventa, que eran los representantes de la izquierda hegeliana en la Italia del «Risorgimento» y que constituyeron también el punto de partida del neohegelianismo de Croce y Gentile. Los hegelianos de izquierda napolitanos representaban un hegelianismo que ya contenía elementos materialistas. Por esto, la evolución de Labriola hacia el marxismo a principios de los años noventa no es ininteligible: supone un paralelismo tardío con la propia evolución de Marx y Engels desde el hegelianismo de izquierda al materialismo dialéctico e histórico. A juzgar por la correspondencia de Labriola con Engels, parece que fue en 1894 como máximo cuando Labriola se situó definitivamente en el terreno del marxismo [750].

Los contemporáneos de Labriola veían en él un «marxista estricto». Esta expresión fue utilizada ya por Engels en el año 1893 [751]. Cuando Labriola le envió a Engels su escrito *In Memoria del Manifiesto dei Comunisti*, este contestó brevemente: «Todo muy bien, solo unos pequeños malentendidos de hecho y al principio un lenguaje algo erudito. Siento curiosidad por el resto» [752]. A la edición del ensayo número dos de Labriola, *Del materialismo storico*, Plejánov hizo su reseña y declaraba que estaba de acuerdo con el autor en lo referente a la exposición de los rasgos básicos del materialismo histórico [753]. Franz Mehring valoraba a Labriola por utilizar independientemente el marxismo [754]. Lenin consideraba ambos ensayos como una «defensa parti-

cularmente lograda de «nuestra doctrina» (en expresión de Labriola)» y quería que ambos fuesen traducidos al ruso [755]. Así, Labriola era considerado por los más destacados marxistas de su época como un «marxista estricto».

Este juicio viene reforzado también, en lo esencial, por la actividad publicística de Labriola. En su primer ensayo planteaba abiertamente la cuestión de si la alteración producida por la irrupción del movimiento socialdemócrata de masas no habría cambiado el carácter del marxismo haciéndole pasar de teoría joven, inmadura y revolucionaria a teoría reformista y evolucionista. Pero negaba que fuese ese el caso. *El Manifiesto Comunista* y el comunismo crítico no daban, ciertamente, una guía de ruta para la revolución socialista. Ahora bien, desde la época del *Manifiesto*, la revuelta de las fuerzas productivas en contra de las relaciones de producción había arreciado más bien. Lo más importante de lo acaecido eran el derecho de voto ampliado y la legislación social. Todo esto no significaba para Labriola, desde luego, que el camino al socialismo estuviese a partir de ese momento libre de conflictos. El capitalismo se desarrollaba en todo el mundo. En la misma medida se desarrollaba también el militarismo. Ya había pasado el período pacífico del capitalismo y se había entrado en un nuevo período en el que constantemente se iban desarrollando y experimentando nuevas maquinarias bélicas [756].

Labriola clausuraba su artículo con algunas reflexiones en torno a la importancia del materialismo histórico que desarrollaba más sistemáticamente en el siguiente ensayo, que estaba exclusivamente dedicado a este tema. En el fondo, el artículo «Del materialismo storico» era un comentario a las ideas que acerca del significado del materialismo histórico había expuesto algunos años antes Engels en sus cartas a Schmidt, Bloch, Mehring y otros que ya hemos considerado anteriormente. Labriola desarrollaba estas ideas. El parentesco es reconocible incluso en los detalles [757]. Realmente no añadía nuevas ideas propias sobre el tema, aun cuando sus ejemplos fuesen diferentes y originales. Para demostrar que la superestructura ideológica no está totalmente ligada a la base económica recordaba, por ejemplo, que nosotros utilizamos el álgebra, que fue aportada por los árabes a pesar de que su influjo histórico se haya disipado ya desde hace mucho tiempo como la arena del desierto sometida a la acción del viento. Atacaba a algunos partidarios del materialismo histórico que lo habían vulgarizado bien por incapacidad, bien por incompreensión. La prueba del valor atribuible a esta concepción de la historia no podía estar, para Labriola, tan solo en que podía proporcionar una mejor explicación del desarrollo histórico que otras concepciones. Labriola rechazaba la consideración positivista de la historia que, como subrayaba, se contentaba con poner en claro los factores que en un proceso histórico dado habían sido eficaces, pero que no investigaba la conexión interna ni la dependencia interna de los diversos factores. Con la misma fundamentación, Labriola rechazaba igualmente la llamada concepción económica de la historia (de Thorold Rogers) como una deformación estrecha del materialismo histórico. La historia es hecha por los hombres mismos en cuanto que a través de su propia actividad dan lugar a un medio social que, por su parte, pone límites a su actividad y repercute sobre ellos. Por lo tanto, la ética, el arte, la religión, etc. no podían

considerarse como meros productos de las relaciones económicas. Estos diferentes elementos de la superestructura social habían sido creados por los hombres y, después de haber sido creados, desarrollaban su propia existencia de manera que aparecían como autónomos. Pero en realidad no eran autónomos: en última instancia persistía una consonancia entre las concepciones morales, por ejemplo, y las relaciones económicas. Esto no era lo mismo que decir que el materialismo histórico quería traducir las complejas manifestaciones de la historia a categorías económicas sino tan solo que intentaba desvelar las variables determinantes en último término.

Labriola no se apartaba tampoco de los principios ortodoxos a la hora de la consideración del estado. Las sociedades en las que el estado aparecía como un aparato singularizado contenían siempre una mayoría dominada por una minoría [758]. El estado era, sobre todo, un órgano y un instrumento en manos de la minoría en contra de la mayoría.

Tampoco abandonó Labriola las posiciones revolucionarias en el tercer ensayo, titulado *Discorrendo di socialismo e di filosofia*, escrito por él en 1897 y publicado en 1898 en Italia y en 1899 en Francia. Las revoluciones eran provechosas. Cual potente escoba, barrían los trastos viejos y hacían más fácil respirar el aire, como un aguacero que elevase el contenido en ozono del aire. En este ensayo sometía también a una crítica detallada a la teoría de la utilidad marginal y explicaba las contradicciones entre la primera parte y la tercera de *El Capital* de Marx, que eran muy discutidas en aquella época, como reflejos de contradicciones de hecho que se daban en la producción capitalista misma [759]. Finalmente, tomaba posición en contra de las tendencias a resucitar el kantismo [760]. Todo el contenido de los tres ensayos de Labriola venía a apoyar, en lo esencial, la consideración engelsiana de Labriola como un «marxista estricto».

Conclusión que también se ve reforzada por la correspondencia de Labriola con Kautsky. Así, Labriola le escribió a Kautsky tras el Congreso del SPD de Breslau, que tuvo lugar en octubre de 1895, en el que este defendió las posiciones marxistas en la cuestión agraria frente a la crítica de los representantes del ala derecha David, Quarck y otros lo siguiente:

«Hasta donde puedo ver por las informaciones que de momento proporcionan los periódicos, has obtenido un gran triunfo en Breslau. Permíteme que considere *mío* también tu triunfo. De todos modos, siempre es de lamentar que la tendencia pequeñoburguesa cuente con una representación tan fuerte en nuestras filas» [761].

La tercera crisis del marxismo, de la que Labriola habla en su última carta a Kautsky, estaba motivada por el revisionismo provocado por Bernstein. En un principio, Labriola saludaba los artículos críticos no solo de Bernstein sino también los de Sorel como una autocrítica del marxismo. Así, en la primera edición de *Discorrendo* escribió lo siguiente acerca del primer artículo de la serie de Bernstein agrupada bajo el título de «Problemas del socialismo»: «Bernstein escribió recientemente un perspicaz y profundo artículo en *Neue Zeit* acerca del utopismo latente que se da entre una parte de los marxistas. Y

algunos, a los que no les iba bien el zapato, se han preguntado probablemente: «¿esto se refiere a mí?» [762].

En aquel momento —1898— atacó también a Plejánov por criticar las tendencias de Bernstein a conciliar el marxismo con el kantismo [763]. Pero cuando un año más tarde publicó la edición francesa de *Discorrendo*, añadió a renglón seguido de su comentario anterior, en parte asustado, en parte disculpándose, lo siguiente:

«Cuando yo escribí esto en 1897, no me podía ni imaginar que este Bernstein, cuya crítica apreciaba tan solo en cuanto crítica, iba a ser paseado ante todo el mundo por los vendedores de la «crisis del marxismo» como el ejemplo máximo del reformista» [764].

Labriola criticó muy tempranamente el intento de Croce de sustituir la teoría del valor-trabajo de Marx por la teoría de la utilidad marginal. (La primera no era para Croce una teoría del valor en sentido propio, mientras que consideraba a la teoría de la utilidad marginal como teoría general del valor) [765]. Cuando Croce publicó en septiembre de 1897 su crítica global al marxismo, que Bernstein leyó algunos meses después en la revista *Devenir Social*, Labriola acentuó su crítica [766]. Al proponerle Sorel la publicación del escrito de Croce como introducción a la edición francesa de *Discorrendo*, Labriola rechazó «con orrore» la propuesta [767]. En vez de hacer lo que Sorel le había propuesto, Labriola completó la edición francesa con un postfacio dedicado a un ajuste de cuentas crítico con Croce y con un prólogo en el que se distanciaba de Sorel, al que acusaba de haber «canonizado» la crisis del marxismo en su prólogo al libro *Formes et essence du socialisme* (1898) de Saverio Merlino. «Nos encontramos finalmente amenazados por un congreso de separatistas deliberantes», exclamaba. «¡Nos hallamos, evidentemente, ante una guerra contra una oposición!» [768]. En una amarga carta dirigida a Croce, hablaba de la «santísima trinidad» —Labriola, Sorel, Croce— que había sido desbaratada:

«Mi librito acaba de ser publicado por consejo tuyo y consiste en cartas a Sorel. Bien, desde el momento en que os habéis puesto a escribir lo que habéis escrito, esa santísima trinidad se ha desvanecido como el humo... Pero yo sé esto: que la crisis se transforma en enseñanza para las mentes de aquellos que, tras acabar de entenderla, disponen así de una nueva experiencia y pueden desarrollarla más. Ni Sorel ni tú —al menos hasta el momento— podéis tener tal pretensión y vosotros os habéis expresado a vuestro modo sobre ello. Por lo demás —te lo voy a decir con franqueza—, aun cuando no he recibido de ningún San Pedro la sagrada investidura, me siento obligado y creo que tengo el derecho a defender el socialismo y su concepción del mundo tanto tiempo y tan bien como pueda y este es el punto capital que tú no puedes entender porque tú, a causa de tu temperamento complaciente, a causa de la vida que llevas, a causa de los estudios que te faltan y a causa de lo que hay de indeterminadamente literario en tus inclinaciones, no quieres entender que alguien como yo se pueda sentir intelectualmente herido por tales asociaciones de ideas» [769].

Pero esta argumentación no llegaba a Croce. Por eso Labriola podía resumir un año más tarde su definitiva opinión sobre Croce, quien tras Bernstein ya era un crítico *socialista* de Marx [770]:

«Nadie puede decir que tú seas un marxista arrepentido si por nadie se entiende aquellas personas que leen o estudian libros en tanto que científicos o pensadores. Yo nunca me he creído que tú fueses marxista, ni siquiera socialista. Pero como tus escritos han circulado entre los socialistas, que para su fortuna no son ni científicos ni pensadores, y como fueron citados por los periodistas el año pasado entre las llamadas «polémicas antimarxistas», te tienes que conformar con que ante la amplia opinión pública pasas por ser un *converso*. El caso es raro, pero así es. Te podría citar docenas de personas que te consideran un exmarxista porque durante una época y a causa de una cadena de motivos desdichados (en los que yo no tengo ninguna culpa) pasaste por ser un fervoroso *camarada*. Creo que te engañas a ti mismo al pensar que estás de acuerdo con Sorel, que en el fondo es un socialista «en general» y que todavía no ha alcanzado a estudiar ese marxismo mejor —en el supuesto de que exista— y a quien Lafargue, etc., a quien se tiene por fanático, querría enseñar un poco mejor. El malentendido está en ti y no en el público por lo que a esto se refiere: en ti porque tú sabes bien lo que es el marxismo y cuando expones algo en ningún caso vas a cometer un error. Pero tú te has convencido equivocadamente de que lo que en ti no es más que no coincidencia o base instintiva para el desacuerdo es un desarrollo ulterior, una continuación, una interpretación de la cosa misma. No insisto en el tema porque tú —un autodidacta en todos los sentidos— descubrirás de todos modos tus propios errores. Después de algún tiempo llegarás a la convicción de que lo que has escrito son estudios sobre Marx y no avances en la filosofía del socialismo» [771].

Labriola se distanciaba también de la interpretación que Masaryk daba de la crisis del socialismo y de los puntos de vista de los que este se hacía también intérprete [772]. Por el contrario, su reseña de las *Premisas* de Bernstein le parecía suave e incluso evasiva. La discusión en torno al libro de Bernstein venía a ser, para él, un asunto esencialmente alemán. Su reproche concreto al libro es que era demasiado enciclopédico. Al mismo tiempo, se traslucía, sin embargo, cierta simpatía por la contracritica de Rosa Luxemburg [773]. Mucho más mordaces eran los comentarios que hacía en las cartas privadas en las que tocaba el tema del libro de Bernstein. En agosto de 1899 le escribió a Wilhelm Liebknecht con motivo de la reseña de Karl Diehl del escrito de Bernstein:

«Y si el libro constituye una gran alegría para la burguesía, bien le podemos regalar el libro a la burguesía» [774].

Todavía era más duro el juicio sobre Bernstein que esbozaba en la larga carta a Croce del año 1900 parcialmente citada más arriba. Este juicio estaba integrado en un párrafo que se puede considerar también como una síntesis del punto de vista de Labriola sobre la «crisis del marxismo»:

«Actualmente el socialismo padece un estancamiento. Esto lo confirma, precisamente, el materialismo histórico. El mundo económico-político se ha hecho más complejo. El estúpido de Bernstein se puede imaginar que ha hecho el papel de Josué. El bueno de Kautsky se puede proponer jugar el papel de guardián del arca sagrada. El intrigante de Merlino puede hacer creer que ha servido a la causa del socialismo por haber jugado el papel del policía. Sorel se puede creer que ha superado aquello que nunca estudió —aun cuando de hecho en su superación se encuentra el núcleo de la cosa (pero es como si se descubriese al verdadero Hegel a través de las banalidades del profesor Vera y de las ingenuas tonterías del profesor d'Alfonso) como si hubiese comprendido adivinando las cosas. Pero, por favor, decidme de una vez en qué consiste *lo realmente nuevo del mundo*, lo que a los ojos de muchos ha desenmascarado las insuficiencias del marxismo. Aquí está la esencia de todo esto. A la realidad se la comprende por medio de la observación y no por las conclusiones de la razón» [775].

De todo esto parece justificado sacar la conclusión de que Antonio Labriola fue y siguió siendo un «marxista estricto». También había, no obstante, al mismo tiempo, elementos aislados en el pensamiento histórico y económico de Labriola aptos para que Bernstein los utilizase bien directamente, bien por intermedio de Croce en un sentido revisionista. No se trata, a este respecto, o se trata en un sentido muy restringido, de la cuestión de las dudas de Labriola acerca de la posibilidad de una inminente revolución socialista [776]. Tampoco se trata ciertamente del escepticismo de Labriola ante el epíteto «científico» aplicado al socialismo (marxismo). Pues aceptaba el epíteto con la condición de que llevase a una mezcla de marxismo y positivismo que aspirase al monopolio dentro de la ciencia [777]. Bernstein pudo encontrar, a pesar de todo, un cierto apoyo en Labriola para su intento de reinterpretar el marxismo en un sentido kantiano, lo que, como hemos visto, era el fin principal del artículo en el que Bernstein se refería explícitamente a Labriola. Este tomó posición con respecto al neokantismo en su tercer ensayo, *Discorrendo di filosofia e socialismo*, que constituía también el punto de partida más cercano para la crítica crociana a Marx. Es cierto que se pronunciaba críticamente con respecto al kantismo. Elogiaba a Sorel por el «puntapié» que le había dado al agnosticismo pues este era «solamente el equivalente inglés del neokantismo». Sin embargo dejaba inmediatamente entrever que prefería el neokantismo alemán al agnosticismo inglés y reducía la importancia del neokantismo al hecho de que había acrecentado el conocimiento de Kant [778]. Hacia el final de su ensayo despachaba a los neokantianos echándoles en cara que habían producido una filología en lugar de una filosofía. Polemizaba en ese lugar también contra los marxistas que preconizaban una vuelta a Kant [779]. Labriola mismo, por su parte, recibió críticas de los neokantianos, que alegaban que no le asignaba a la ética ningún lugar autónomo en la teoría de la historia [780]. Sin embargo, *al mismo tiempo*, Labriola afirmaba que los neokantianos y los agnósticos estaban en lo cierto cuando decían que era imposible obtener conocimientos sobre la cosa en sí y dejaba entrever que el marxismo y el neokantismo coincidían en lo referente a esta cuestión [781]. Es evidente que

esta conclusión contradecía las ideas de Marx y Engels sobre el neokantismo (véase capítulo III, apartado E).

Hay que darle una mayor importancia, sin embargo, en este contexto, a la idea de Labriola acerca de la importancia de la concepción materialista de la historia, en particular en lo referente a la teoría del valor-trabajo. Labriola mostraba —al igual que Engels— cierta inclinación a presentar la concepción materialista de la historia *exclusivamente como método*, es decir, a darle un carácter meramente instrumental. En su exposición, aquella venía a convertirse simplemente en un punto de partida de investigaciones históricas, incluso solamente en un punto de vista. Contradecía de esta forma a quienes querían utilizar el materialismo histórico para formar una nueva ideología y para crear, a partir de ella, una nueva filosofía de la historia. El materialismo histórico era, tan solo, «un nuevo principio de investigación», «un medio preciso para definir nuestra posición» y un «ángulo de visión» [782].

Naturalmente todo esto contenía una verdad fundamental. De todos modos, Marx también había presentado la concepción materialista de la historia modestamente como «un hilo conductor» [783]. Son muy comprensibles las posiciones tanto de Marx y Engels como de Labriola en lo tocante a este punto sobre todo si se piensa que llegaron a una concepción materialista del mundo a partir y luchando con unos puntos de partida extremadamente metafísicos. En la historia del marxismo ya había habido antes de Labriola personas partidarias de la misma concepción y, además, la habían interpretado de un modo tal que hacían conciliable la concepción materialista de la historia con cualquier concepción filosófica arbitrariamente elegida [784].

Sin embargo, esta reducción del contenido de la concepción materialista de la historia a mero punto de partida o a método es incompleta. De hecho, en el mismo lugar donde Marx caracteriza a la concepción materialista de la historia como un «hilo conductor» (es decir, en la introducción a la *Contribución a la crítica de la economía política*) formula también una teoría (es decir, un sistema de legalidades) [785]. El núcleo de esta teoría consiste en que presenta a la estructura económica como el factor determinante *en última instancia* del desarrollo de la sociedad. Es cierto que la teoría ofrece así ciertas indicaciones metódicas orientadoras de la investigación concreta. Pero no se puede decir que el sentido de la concepción se agote en estas indicaciones metódicas: estas constituyen, mucho más, tan solo aplicaciones y conclusiones de la teoría. Por estas razones, Pareto podía decir con alguna razón que el programa trazado por Labriola para la investigación histórica no se diferenciaba del resto de la investigación histórica científica y racional tal como había sido tradicionalmente practicada [786]. De todos modos, parece que Labriola mismo se dio cuenta, de algún modo, de esto. Pues en su tercer ensayo define, en algunos puntos, al materialismo histórico tanto en términos de método filosófico y crítica de la economía política como interpretación de la política y del movimiento obrero [787]. Pero su punto de vista fundamental era que la concepción materialista de la historia era un mero método o, incluso, tan solo un punto de vista. Realmente, si fuese exclusivamente un método, sería también, desde

luego, conciliable con cualquier teoría de la historia. Esta era una conclusión a la que también llegó Benedetto Croce.

Croce se basaba también en un punto básico de la teoría del valor en Labriola. Labriola polemizaba ampliamente contra la utilización del hedonismo y de la teoría de la utilidad marginal como bases para la explicación del valor de cambio. Aducía también, aproximándose a Engels, que la contradicción existente entre la primera y la tercera partes de *El Capital* en lo concerniente a la exposición de la teoría del valor —es decir, la contradicción que se da entre el valor de cambio determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario o por el precio de coste más la tasa media de beneficio— no constituía, sin más, una contradicción entre dos libros sino una contradicción que se podía derivar «de la producción capitalista misma» [788]. Simultáneamente negaba prácticamente que la teoría del valor-trabajo fuese una *teoría*:

«...una teoría que no representa de ningún modo un *factum empiricum* derivado por inducción vulgar, que tampoco expresa ya ninguna *posición lógica* como se han imaginado ciertas personas, sino que es el típico supuesto en ausencia del cual todo el resto resulta incomprendible» [789].

No está claro del todo lo que quería decir con esta formulación. De la forma más directa se puede suponer que la teoría del valor era en la concepción de Labriola una especie de tipo ideal correspondiente a una sociedad basada en el trabajo asalariado. Pero si el caso era este, entonces no se podía decir que *El Capital* tuviese una sólida base *teórica*. Quedaba muy próxima la conclusión de que la teoría del valor-trabajo no era realmente una teoría económica en sentido estricto. A esta conclusión llegó Bernstein. Sin embargo la tomó, más bien, de Benedetto Croce.

D) CROCE: MATERIALISMO HISTÓRICO Y TEORÍA DEL VALOR

Según Bernstein, Croce era un crítico socialista de Marx [790]. Esto era una equivocación. Políticamente, Croce había sido y siguió siendo un liberal. Desde el punto de vista de la ciencia de la historia, la temprana actividad publicística en la que Croce abordaba temas de filosofía de la historia ha de encuadrarse en el marco de la reacción idealista contra el positivismo que tuvo lugar a finales del siglo diecinueve. En parte, Croce mismo estaba influido por los filósofos de la historia alemanes Dilthey, Simmel, Windelband y Rickert; en parte, su pensamiento se desarrolló paralelamente al de los alemanes [791]. Fue Labriola, precisamente, el que, a este respecto, animó la fe de Croce en «el libro alemán» [792]. En un principio, Croce se ocupaba de problemas concretos referentes a la Italia del Sur. Lo que le impulsó a ocuparse de problemas de filosofía de la historia fue la discusión provocada por el *Lehrbuch der historischen*

Methodo (1899) de Ernst Bernheim. En la polémica contra el historiador italiano Pasquale Villari, Croce defendía, inspirándose en el espíritu positivista, el carácter científico de la investigación histórica. Sin embargo, súbitamente, al poco tiempo, cambió, seguramente bajo la influencia de Dilthey y Simmel, su opinión y en su primer trabajo de teoría de la historia, *La storia ridotta sotto il concetto generale dell'arte* (1893), situaba frente a frente, en agudo contraste, a la ciencia y a la historia. La ciencia era el conocimiento de lo general mientras que la historia se ocupaba de hechos individuales concretos y el historiador tenía una sola tarea: dar cuenta de hechos. Por lo tanto, la historia no podía ser una ciencia [793]. Así, esta posición sustentada por Croce constituía un punto de partida para su crítica de Marx.

El otro punto de partida era el interés por el marxismo que Labriola despertó en él a mediados de los años noventa y que ha de verse en el marco de la formación del movimiento obrero socialista y de su crecimiento durante estos años. Con exageración característica, Croce mismo ha dicho que el marxismo italiano nació en el momento en que Antonio Labriola le escribió con fecha de 27 de abril de 1895 comunicándole que él —Labriola— había enviado el manuscrito del trabajo «In Memoria del Manifiesto dei Comunisti» a la revista *Devenir Social*, que acababa de ser fundada por Georges Sorel, Alfred Bonnet, Gabriel Deville y Paul Lafargue; que había suscrito a Croce a la revista y que le quería enviar un ejemplar del manuscrito [794]. El verano de 1895 lo pasaron ambos en Nápoles conversando ampliamente sobre la concepción materialista de la historia. El ensayo de Labriola produjo una profunda impresión en Croce y le propuso editarlo él mismo, a lo que Labriola también accedió. Entusiasmado, Croce se lanzó al estudio de Marx, de la teoría económica y del socialismo. Este período de estudio se prolongó por el espacio de dos años [795].

El primer fruto de esta época fue una investigación del comunismo de Campanella, habiendo sido estimulado para emprenderla, entre otras cosas, por un estudio del marxista francés Paúl Lafargue sobre el mismo tema aparecido en *Devenir Social* [796]. El ensayo de Lafargue era un espantoso ejemplo del tipo de marxismo vulgar que por aquel entonces producía la segunda generación de marxistas. Para Croce, entendido en filología, no constituía ninguna dificultad someter a un breve proceso las interpretaciones de Lafargue. Croce escribió, entre otras cosas, lo siguiente acerca de la influencia cabalística sobre Campanella pretendida por Lafargue:

«En su estudio, Lafargue utiliza la nueva concepción materialista con una ligereza propia del pensamiento positivista; la reduce única y exclusivamente a una simple fórmula que basta con pronunciar para que todo encuentre solución. Su exposición del cabalismo nos ofrece, a este respecto, ejemplos como los siguientes, que nos dejan atónitos:

«El panteísmo de la cábala y la transmigración de las almas es únicamente la expresión metafísica del valor y del cambio de las mercancías... Marx ha mostrado que el intercambio capitalista comienza con dinero y acaba con dinero, pero con un excedente; la teosofía de la cábala comienza con la unidad Séphirot I y acaba con Séphirot X, que es una unidad compuesta porque ha acumulado los nueve atributos precedentes de los Séphirots».

En la práctica, el sentido de esto es darle a los adversarios una ocasión perfecta para divertirse» [797].

El ensayo de Croce constituía una crítica tan destructiva que la *Critica Sociale* interrumpió la traducción del trabajo de Lafargue. Después de esto, Labriola persuadió a Croce de que llevase a cabo también un ajuste de cuentas con el profesor Achille Loria, quien hasta entonces había pasado tanto por marxista ortodoxo como por crítico de Marx y superador de las insuficiencias de Marx. El resultado, que fue publicado en 1896 en *Devenir Social*, fue definido por Labriola como «una pequeña obra maestra» [798]. Ya en este ensayo Croce empezaba a expresar sus dudas sobre la validez de las teorías marxianas, más exactamente, sobre la validez de la teoría del valor [799]. Sin embargo por esta época Labriola parecía haber depositado grandes esperanzas en que Croce actuase como un pionero del marxismo teórico en Italia. Él mismo, Croce y Sorel habían de constituir «la santísima trinidad» del marxismo latino. Pero aun cuando Labriola creyese haber encontrado un colega marxista capaz de ser su sucesor, Croce mismo no se hacía ninguna ilusión en este punto. Para él el marxismo tenía fundamentalmente importancia en la medida en que se podía extraer elementos de él para hacer más viva y más completa la filosofía y para comprender mejor la historia [800]. Ya tras un año de estudio llegó a la conclusión de que el materialismo histórico era «doppiamente fallace» (doblemente falaz). Esta conclusión no se desprende, sin embargo, claramente del primer trabajo teórico que le dedicó a la concepción materialista de la historia [801]. La causa de esto no debieron ser consideraciones «tácticas» sino, más bien, una confianza ingenua en que tanto Marx como Labriola debían de haber tenido la misma concepción que él mismo [802].

La ruptura definitiva con el marxismo solo acaeció con el siguiente trabajo de Croce, «Per l'interpretazione e la critica di alcuni concetti del marxismo», que fue publicado en febrero y marzo de 1898 en francés en la revista *Devenir Social*, que fue donde lo pudo leer Bernstein [803]. En su esbozo historiográfico de 1938, Croce describía del siguiente modo el significado de este trabajo:

«En él se volvía enérgicamente sobre soluciones a las que ya había llegado en la consideración del materialismo histórico y de la teoría de la plusvalía, se las desarrollaba en detalle y se las enriquecía con muchos otros problemas y, en último término, se rechazaban tesis filosóficas científicas enteras de Marx y a él no se le reconocía verdaderamente ni en principio el estatuto de un filósofo o un científico sino el de un talento político lleno de fuerza o, mejor, el de un genio revolucionario que había dado impulso y fortaleza al movimiento obrero al haberle armado de una teoría historiográfica y económica adecuada a él» [804].

El punto de partida de este trabajo lo constituía el tercer ensayo de Labriola, *Discorrendo di filosofia e di socialismo* [805]. Como ya se ha dicho, Labriola estableció sus distancias con respecto a la crítica de Croce en el epílogo a la edición francesa de *Discorrendo*. Después de otro ensayo sobre la teoría económica de Marx y otro sobre la tendencia decreciente de la tasa de beneficio,

el período «marxista» de Croce tocó a su fin. ¿Qué le había aportado a Croce este período?

«Sin embargo, desde un punto de vista teórico, no obtuve nada del marxismo, pues su valor era pragmático y no científico; científicamente ofrecía tan solo pseudoeconomía, pseudofilosofía y pseudociencia de la historia» [806].

Este juicio es de una fecha relativamente tardía. Pero concuerda bien con lo que Croce escribió en la introducción a la edición de todos los artículos mencionados más arriba que publicó en 1899. En aquella ocasión negaba que alguna vez hubiese sido un marxista ortodoxo. Pues —preguntaba— ¿cuándo *me hice* marxista ortodoxo y cuándo *dejé* de serlo? [807]. La pregunta de Croce estaba justificada. El punto de partida de su crítica al marxismo no era socialista sino liberal. Esto es algo que se desprende del contenido de su crítica.

En su primer ensayo sobre marxismo, *Sulla concezione materialistica della storia*, Croce adoptaba una posición vacilante con respecto a la concepción materialista de la historia. Reconocía que era correcta en la formulación que Engels le había dado en las cartas de los años noventa. Sin embargo negaba que fuese una teoría. El punto de partida de sus reflexiones críticas era el segundo ensayo de Labriola, *Del materialismo storico*, al que caracterizaba como la consideración más extensa y más acertada del materialismo histórico [808]. Pero iba mucho más lejos que Labriola en la relativización de la importancia del materialismo histórico y lo enjuiciaba en parte partiendo de su concepción del carácter no científico de la explicación de la historia que había expuesto en 1893 en el ensayo titulado *La storia ridotta sotto il concetto generale dell'arte*. Afirmaba, así, desde el principio, que el materialismo histórico no era ninguna filosofía de la historia. Labriola no había expuesto abiertamente la misma opinión; por el contrario, en una ocasión había dicho del materialismo histórico que era «la última y definitiva filosofía de la historia». Sin embargo, según Croce, Labriola negaba también que el materialismo histórico fuese una filosofía de la historia.

El punto de partida de la interpretación de Croce lo constituía, a este respecto, la siguiente reflexión: una filosofía de la historia presupone que el decurso histórico pueda ser reducido a conceptos generales. Una generalización de este tipo solo es posible en la medida en que se trate de factores singulares de los que intervienen en el curso de la historia. Desde este punto de vista es posible una filosofía de la moral, del derecho, de la ciencia, del arte, etc. Todos estos factores juntos no pueden ser reducidos, sin embargo, a ningún otro factor común que no sea, únicamente, el concepto de desarrollo. Pero con este concepto general carecen de todo contenido histórico. Los objetos concretos —la Tierra, los animales, el hombre, los procesos físicos, etc. (es decir, las expresiones de lo que Dilthey llamaba «el espíritu objetivo») — no se pueden reducir a un mínimo común denominador.

Por esto Croce se oponía vehementemente al materialismo histórico bajo la forma que había adquirido en el trabajo de Plejánov, que entonces acababa de aparecer, *Contribuciones a la historia del materialismo* (1896), según el

cual la consciencia y la materia eran dos clases de fenómenos que tenían una causa común (la consciencia como reflejo de la materia). Sí, el término mismo de «materialismo histórico» había de ser evitado [809]. Labriola tenía que reconocer por esto que el materialismo histórico no era ninguna filosofía de la historia. Para Croce, el materialismo histórico no llegaba a ser ni una teoría. A esta conclusión llegaba dando a entender que Engels y Labriola habían caracterizado al materialismo histórico como un método. Lo que en Engels y fundamentalmente también en Labriola aparece como una mera contraposición se convirtió en Croce en una contradicción: o bien el materialismo histórico es un método o bien es una teoría y si es un método entonces no es una teoría [810].

Pero ¿el materialismo histórico es realmente un método? Los materialistas históricos utilizaban métodos científicos tradicionales. Solo habían aportado a la investigación histórica algunos datos nuevos y algunas nuevas experiencias. El contenido bien podía ser nuevo, pero el método no había sufrido ningún cambio. Así, el materialismo histórico no era más que una colección de nuevos datos y nuevas experiencias de los que se habían hecho conscientes los historiadores.

Para reforzar su tesis de que el materialismo histórico no era ninguna teoría, Croce recordaba las cartas de Engels a Bloch y a Starkenburg que habían sido publicadas en 1895 en *Der sozialistische Akademiker*. Según estas cartas, los elementos políticos e ideológicos de la superestructura poseían una autonomía *relativa* con respecto a la base económica. Para Croce esta explicación del significado de la concepción materialista de la historia era una «concesión» y pensaba que la autonomía del derecho, de la ideología de la ciencia, de la religión, etc., de la que habla Engels era una autonomía *absoluta* [811]. Después de esta reinterpretación de la concepción materialista de la historia hecha por Engels y Labriola, Croce llegó no inexplicablemente a la conclusión «de que la última palabra en el análisis abstracto» no era el materialismo histórico sino la teoría de la historia como resultado de diferentes (inconmensurables) factores.

Pero, ¿entonces el materialismo histórico no es más que una nueva forma de considerar la historia y determinados hechos nuevos? En un principio, Croce contestaba afirmativamente a esta pregunta. Hizo esto, muy significativamente, aproximándose mucho a Engels, que de hecho había caracterizado a la concepción marxista de la historia como una teoría de la historia:

«Así son las declaraciones acerca de la dependencia recíproca de todas las partes de la vida y de su origen en la base económica; por lo tanto se puede decir que solo hay una historia: el descubrimiento de la verdadera naturaleza del estado (tal como se muestra en el mundo empírico), es decir, su carácter de institución para la defensa de la clase dominante; la dependencia demostrada de las ideologías con respecto a los intereses de clase; la coincidencia entre las grandes épocas de la historia y las grandes épocas económicas y todas las demás observaciones en las que tan rica es la escuela del materialismo histórico. Siempre con las limitaciones señaladas, se puede decir con Engels que «los hombres hacen su propia historia, pero dentro de un marco dado, de-

finido, sobre la base de unas condiciones que existen, de hecho, previamente, entre las cuales las relaciones económicas son, a pesar de que están bajo la influencia de las demás relaciones, políticas e ideológicas, sin embargo, las relaciones determinantes en última instancia y constituyen el hilo conductor que se extiende a lo largo de toda la historia y que nos conduce a su comprensión» [812].

Así pues, Croce aceptaba esta exposición del significado de la concepción materialista de la historia según la cual la base económica es la variable determinante en última instancia del proceso histórico. Sin embargo, en el mismo artículo aclaraba que no se trataba de una teoría. Así, Croce no tomaba en este primer ensayo ninguna posición definitiva con respecto al materialismo histórico. Conclusión que viene reforzada por el hecho de que, después de haber resumido del modo que hemos visto la teoría, Croce acababa reduciendo en la siguiente exposición nuevamente el contenido de la teoría a mera observación, medio auxiliar para una comprensión más profunda.

La misma indeterminación se encuentra en su tratamiento de la relación entre materialismo histórico y socialismo. Croce reconocía la conexión entre materialismo histórico y socialismo en la medida en que «la sociedad esté constituida de tal modo que el socialismo se convierta en la única solución posible de que esta dispusiese» [813]. Pero el socialismo no era el resultado inexorable del desarrollo del capitalismo [814]. En vez de esto, Croce aludía a la importancia histórica de los puntos de vista morales. Sí: quería interpretar en términos de categorías *éticas* no solo las voces que se alzaban a favor del socialismo sino también las categorías del marxismo: «Sin embargo, es evidente que el idealismo o la moral absoluta constituyen postulados necesarios del socialismo. ¿No es un interés moral o social si así se quiere el interés que conduce a un concepto de *plusvalía*? ¿Se puede hablar de una teoría pura de la plusvalía? ¿No vende el trabajador su fuerza de trabajo exactamente a su valor si se toma en consideración su posición en la sociedad actual? Y ¿cómo se puede explicar sin acudir al postulado moral la actividad política de Marx y el tono de violenta indignación y de amarga sátira que se encuentra en cada página de *El Capital*? [815].

Resulta coherente el hecho de que Croce expresase el deseo de que el término «materialismo histórico» fuese sustituido por la expresión «consideración realista de la historia» [816]. Tal expresión, para Croce, no podía ser mal entendida ni podía suscitar sonrisas entre los adversarios; era una expresión que no tenía nada que ver con la teleología ni con la metafísica y no establecía ningún vínculo necesario entre la concepción de la historia y el socialismo [817]. Pero todavía iba más allá: le negaba a la concepción materialista de la historia la calidad de filosofía de la historia, de teoría de la historia y de método histórico. Tan solo le reconocía ser algo que completaba el arsenal del historiador.

Una parte de estos puntos de vista a floraba en la recensión que Croce hizo de la crítica al materialismo histórico que el neokantiano alemán Rudolph Stammler plasmó en su libro *Wirtschaft und Recht nach der materialistischen Geschichtsauffassung* (1896), [La economía y el derecho según la concepción

materialista de la historia]. Croce atajaba la afirmación de Stammler de que el materialismo histórico no constituía una ciencia firme de la sociedad con la aseveración de que una ciencia general de la sociedad resultaba, en principio, imposible. Por otra parte, el socialismo no necesitaba de tal base. El socialismo no podía ser fundado sobre «una teoría sociológica abstracta» pues una fundamentación tal resultaba insuficiente precisamente por ser abstracta [818]. Para Croce, del mismo modo que una teoría general de la historia era imposible porque la contradicción entre lo específico y lo general resultaba insalvable, un socialismo científico resultaba igualmente imposible porque la contradicción entre lo concreto y lo abstracto resultaba insalvable. Como vamos a ver a continuación, Croce rechazaba la teoría económica del marxismo tomando como punto de referencia las contradicciones dadas por estos tres pares de categorías (específico-general, concreto-abstracto, histórico-lógico) que durante todo el tiempo constituían una especie de piedra de toque epistemológica tanto para Croce como para la filosofía de la historia idealista alemana de la época. Croce resumió estas ideas y las desarrolló un tanto integrándolas en una interpretación global y crítica de algunos conceptos del marxismo que bajo el título de «Essai d'interprétation et de la critique de quelques concepts du marxisme» publicó en la primavera de 1898 en la revista *Devenir Social*. En este trabajo se ocupaba de *El Capital* de Marx, de la ley del valor, de la teoría de la plusvalía, del materialismo histórico, del socialismo, de las fuerzas que —según Croce— eran los verdaderos motores de la historia y del papel de la ética en la lucha por el socialismo [819].

El Capital era, para Croce, «una investigación abstracta». Creía que la sociedad capitalista que Marx había investigado no era ninguna sociedad históricamente existente, Francia o Inglaterra, sino una sociedad ideal y formal que él había deducido a partir de ciertas hipótesis y que nunca hubiera podido existir en la historia. Por esta razón nunca se podrían encontrar las categorías de Marx en algún lugar como realidades vivas. Esta interpretación, que también se encuentra en otros filósofos de la historia idealistas de aquella época, tiene como base, precisamente, la incompreensión de Croce de la dialéctica entre lo concreto y lo abstracto y entre lo lógico y lo histórico, es decir, su incompreensión de la idea de que lo abstracto se puede derivar de lo concreto y lo teórico de lo histórico como así ocurre con esta dialéctica en el marxismo [820].

Por lo que se refería a la finalidad de la economía, la investigación de Marx no abarcaba la parte más importante. Croce apuntaba con esto al principio económico. Como escribió algo más tarde en una polémica con Pareto, la teoría económica no era ni historia ni discusión de cuestiones económicas prácticas sino precisamente lo referente al principio económico [821].

De esto se sigue, evidentemente, que la ley del valor de Marx, según la cual el valor de las mercancías es igual a la cantidad de trabajo socialmente necesario para su producción, no tiene nada para Croce insatisfactoria. ¿Cómo se podía saber que era la ley del valor? Croce se basaba en Conrad Schmidt y Werner Sombart, según cuya interpretación, la ley del valor venía a ser una hipótesis o bien una ley lógica (véase capítulo II, apartado B). Por su parte Labriola había expresado la idea de que la ley del valor era más bien una «premisa típi-

ca» necesaria para el resto de la investigación de *El Capital*. La caracterización de Croce va todavía más lejos: «El valor-trabajo de Marx no es tan solo una generalización lógica; también es un hecho que viene postulado y comprendido como típico, es decir, es algo más que un mero concepto lógico» [822].

Pero esta solución formal —que establece un paralelismo entre la ley del valor como concepto y como hecho concreto— resultaba para Croce insatisfactoria. ¿Cómo se podía saber que la ley del valor no era algo totalmente arbitrario? ¿Qué es lo que implicaba realmente? A Croce le parecía que la ley del valor, en el fondo, era solamente «un hecho». En toda sociedad productiva, tenía que ser medido el valor de las mercancías producidas con el concurso del esfuerzo, es decir, de la cantidad de trabajo implicada en su producción. Este hecho era el que tomaba expresión en la ley del valor. Se podría esperar que Croce *hubiese comenzado* su análisis en este punto. En comparación con la formulación de Labriola, su respuesta no significaba ningún progreso. La tarea de la teoría hubiese sido, evidentemente, la explicación del hecho. Pero Croce —al igual que Sombart y Labriola antes que él— cerraba prácticamente la investigación de la ley del valor en el punto precisamente a partir del cual debía haber seguido una explicación.

Mientras que, como hemos visto, el valor para Croce representaba un hecho que se entendía como típico, la plusvalía era «una palabra sin sentido». Una *plusvalía* era un *extravalor* y, por tanto, caía fuera de la esfera puramente económica. Por el contrario, la plusvalía podía ser entendida como un *concepto diferencial* si se comparaba una sociedad económica con otra, un hecho con otro o una hipótesis con otra [823].

De aquí Croce llegaba a la conclusión de que la teoría económica del marxismo no era otra cosa que el estudio de la sociedad económica en tanto que sociedad de trabajo («la società economica in quanto società lavoratrice»). En consonancia con esto negaba que la teoría económica marxista fuese, como habían afirmado Marx y Engels, una ciencia histórica. Esto se desprendía de su convicción de que la ciencia teórica y la ciencia histórica se excluían mutuamente. Le interesaba caracterizar la teoría económica del marxismo, mucho más, como una sociología económica. En calidad de tal tenía un lugar y un valor al lado de la teoría pura, es decir, la teoría de la escuela de la utilidad marginal; ambas líneas no se excluían mutuamente sino que se complementaban: «Nunca —escribía— he podido descubrir ninguna antítesis ni ningún antagonismo entre estas dos ramas de la investigación» [824]. Croce planteaba prácticamente la cuestión, como antes la había planteado Wicksteed, de si la reducción de Marx del trabajo compuesto a trabajo simple no podía ser sustituida por la reducción de la utilidad específica a utilidad general aun cuando la formulación de Croce fuese bastante más vaga que la de Wicksteed [825]. Croce quería extender la complementariedad entre la teoría del valor trabajo y la de la utilidad marginal también a la teoría de la plusvalía y se pronunció sin lugar a dudas a favor del intento de Böhm-Bawerk de explicar la existencia del interés como una consecuencia de la preferencia temporal [826].

Nada nuevo añadía Croce a su renovado tratamiento del materialismo histórico que venía a continuación. El materialismo histórico se reducía, en su

interpretación, a una mera regla de interpretación histórica («canone d'interpretazione storica»). La importancia de esta regla consistía en que la atención se dirigía a la base económica de la sociedad con lo cual se hacían más inteligibles las formas y transformaciones de la sociedad. La regla era un hilo conductor y tenía un «origen puramente empírico» [827].

Como Croce no consideraba al materialismo histórico como teoría sino tan solo como regla de interpretación, tampoco podía —en su concepción— servir para la prognosis del desarrollo social. No se podía considerar el socialismo como meta, en sentido propio, como una consecuencia científica. Los ideales, decía, no son susceptibles de demostración y los cálculos empíricos y las convicciones prácticas no eran ciencia.

Pero ¿se hacía así superfluo el conocimiento científico con respecto a las tomas de posición prácticas? Croce consideraba absurdo un punto de vista tal, pero en la práctica participaba, a pesar de todo, de él. En consonancia con sus puntos de vista básicos, negaba la posibilidad de construir programas prácticos sobre teorías científicas [828]. Pero esto no quería decir que los resultados de la ciencia no pudiesen ser útiles. Pero esto no suponía ninguna respuesta satisfactoria, pues ¿no residía la utilidad de la ciencia precisamente en el hecho de que podía proporcionar una base para la acción práctica? El modo de abordar estos problemas característico de Croce se hallaba ya fijado, de todos modos, en su punto de vista acerca del objeto de la teoría y de la ciencia. Afirmaba que las ciencias se ocupaban exclusivamente de análisis conceptuales [829]. De todos modos, era difícil de sostener una limitación tan considerable. Ya inmediatamente después de hacer esta constatación Croce se mostraba dispuesto a atribuirle un valor práctico a la ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio formulada por Marx. Ahora bien, si la ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio era correcta, entonces tenía que ser posible predecir, bajo determinadas condiciones, con seguridad científica el final de la sociedad capitalista. Sin embargo, este resultado contradecía el punto de partida de Croce. Por eso abandonó la fundamentación de que fuese una ley abstracta válida tan solo bajo ciertas condiciones; y «no existe ningún puente a través del cual enlazar lo concreto con lo abstracto» [830]. Para Croce era imposible salvar esta brecha. Como la ley abstracta no podía cubrir toda la realidad concreta, llegaba a la conclusión de que el antagonismo existente entre la ley científica y la realidad concreta era absoluto.

Sin embargo, este punto de vista llevó a Croce con el tiempo a una interpretación irracional de la historia. Lo abstracto no respondía a ninguna parte de la realidad sino que era, con exclusividad, una forma de pensamiento. Pero los conocimientos acerca de las leyes descriptivas de la realidad no eran más que *un* elemento de la percepción. ¿Qué papel jugaban entonces los elementos irracionales, es decir, los impulsos, los instintos, los prejuicios, las pasiones, etc.? Croce protestaba con este planteamiento de la cuestión contra las acusaciones de que quería dar forma a un «escepticismo vulgar» [831]. De hecho, sin embargo, le daba mucha importancia precisamente a los momentos irracionales en la acción histórica del hombre. Al referirse a César y a Lutero, afirmaba que sus audaces hechos históricos no hubiesen sido tan audaces si tanto

César como Lutero se hubiesen dado perfecta cuenta de las consecuencias de sus respectivas actuaciones [832]. Su conclusión era que el intelecto juega un papel muy poco importante en la vida social, en la que «las cosas siguen su propio camino independientemente de nuestras acciones» [833]. Dejaba sin contestación la cuestión de qué era lo que determinaba entonces el curso de las cosas [834].

Pero, consciente de lo insatisfactorio del punto de vista al que había llegado, Croce intentaba al final encontrar todavía algún principio explicativo que sirviese de base de su interpretación de la historia. Identificó tal principio con la constante ética que Kant había formulado en su llamado imperativo categórico. Para Croce, la lucha del movimiento obrero socialista era en lo esencial una lucha *moral*:

«¿Qué son estos trabajadores que se asocian en uniones, que leen sus periódicos, que discuten los puntos de vista de sus delegados y que aceptan las resoluciones de sus congresos *sino hombres que se educan moralmente?*» [835].

Croce consideraba como muy útil tal educación moral entre otras cosas porque experimentaba cierto miedo ante «los movimientos proletarios ciegos e instintivos». En este contexto oponía las revueltas campesinas italianas a las luchas parlamentarias del movimiento obrero de Alemania e Inglaterra. Croce era muy consciente de que con su punto de vista acerca del papel de la ética había adoptado en principio una posición idéntica a la que Engels había criticado en Eugen Dühring y en los neokantianos. Pero tenía que aceptar que no conseguía, en lo referente a las cuestiones éticas, liberarse de «la cárcel de la crítica kantiana» y no podía reconocer que «la posición que había tomado Kant estaba superada» [836]. Así, la crítica crociana del marxismo desembocaba en una prudente defensa del socialismo ético que, bajo la influencia de la filosofía neokantiana, se iba delineando nuevamente en el seno del movimiento obrero socialista [837]. Para Croce, el marxismo constituía, así, un estadio superado en lo esencial [838]. Sin embargo, una parte de sus ideas seguía viviendo, parcialmente, en Eduard Bernstein.

E) LA INFLUENCIA DE CROCE SOBRE BERNSTEIN

De los tres italianos —Labriola, Croce y Merlino— fue Croce, indudablemente, quien ejerció una influencia mayor sobre Bernstein. Al comienzo de este capítulo se dijo que los inspiradores italianos de Bernstein habían aportado algunas piezas importantes a su concepción y que, hasta cierto punto, habían codeterminado la forma específica de esta concepción reforzándola, por lo demás, en la visión de base que previamente se había formado ya. Esto se refiere muy especialmente a Croce.

La influencia de Croce se manifestó por primera vez en el artículo «El momento realista y el momento ideológico en el socialismo», que Bernstein pa-

rece haber redactado en febrero y marzo de 1898 paralelamente a su lectura de la crítica crociana al marxismo aparecida en *Devenir Social* [839]. El artículo de Bernstein, como ya se ha mostrado anteriormente, es una crítica al marxismo desde un punto de vista neokantiano. En la introducción cita entre sus inspiradores, además de a Croce, también a Labriola, Sorel, Schitlowsky, Schmidt y Masaryk. Por este motivo no es fácil determinar con seguridad la aportación *específicamente* crociana. Los artículos de Croce y Bernstein, no obstante, coinciden en muchos puntos. Bernstein polemizaba también contra la inclinación a «tratar como real lo pensado», subrayando que las ideas socialistas también debían considerarse, en tanto que «reflejos de pensamiento, consecuencias construidas sobre hechos mediados por síntesis conceptuales» [840]. Al igual que Croce (y Labriola) Bernstein combatía la utilización del concepto de científico en relación con el socialismo moderno. Sin embargo, la influencia de Croce aparece más claramente en los esfuerzos de Bernstein por llevar por el camino ético al marxismo y a las tendencias del movimiento obrero socialista. A este fin Bernstein utilizaba incluso los mismos ejemplos que Croce [841]. Hay que subrayar de nuevo, sin embargo, al mismo tiempo, que las concepciones de Croce en lo referente a esta cuestión no eran originales, sino que procedían del neokantismo alemán de la época (véase capítulo III, apartado E).

Esto debe tenerse presente también en lo tocante a la cuestión de la influencia de Croce sobre la formación de las ideas de Bernstein plasmadas en *Premisas del socialismo*, en particular en lo que se refiere a la exposición del materialismo histórico. La exposición de Bernstein coincide tanto en su conjunto como en determinadas partes concretas, entre otras, con la de Croce.

Bernstein afirmaba también que Engels, en las dos cartas de 1890 y 1894 recordadas por Croce, había «limitado todavía más el poder de determinación de las relaciones de producción» [842]. Tanto para Croce como para Bernstein, de lo que se trataba era de poner sobre todo el acento sobre los factores ideológicos y, entre estos, en primera línea sobre los factores éticos [843]. En la práctica, Bernstein sacaba de esto la conclusión de que ya no se le podía dar a la concepción materialista de la historia una interpretación «monista» [844]. La observación final de Bernstein sobre el contenido básico de la concepción marxiana de la historia se hallaba también en una concordancia completa con la interpretación de Croce:

«En el peso que le reconoce a la economía reside su importancia, sus grandes servicios a la ciencia de la historia, el enriquecimiento que esta rama del conocimiento humano le ha de agradecer arranca del conocimiento y valoración de los hechos económicos» [845].

Pero estos paralelos no se pueden traer por los pelos. Esto se refiere también a la concordancia existente entre las teorías del valor defendidas por Bernstein y por Croce. Los elementos singulares se encuentran en los predecesores: en los fabianos, en Schmidt, y sobre todo en Sombart. Ahora bien *la forma, el modo* en que Bernstein conjuntó y expuso las diferentes partes integrantes

recuerda fuertemente a Croce. Y esto se manifiesta ya en la introducción, en la que Bernstein afirma que las categorías de la teoría marxista son abstracciones. La concordancia puede ilustrarse a través de estos textos paralelos:

Croce

«En lo que se refiere al método, *El Capital* es, sin duda alguna, una investigación abstracta... Absolutamente nadie considera las categorías marxianas como algo viviente, con existencia real muy simplemente porque son categorías abstractas que, para poder vivir, han de perder algunas de sus características y ganar otras... A decir verdad, Marx formuló el problema utilizando un lenguaje muy poco apropiado; sitúa el valor típico en sí, elevado por él a norma, como la ley que viene a regular los fenómenos económicos de la sociedad capitalista. Y es tal ley, si él así lo quiere, pero en la esfera de sus concepciones, no en la realidad económica» [846].

Bernstein

«El valor de las mercancías consiste, para Marx, en la sociedad moderna en el trabajo socialmente necesario gastado en ella y medido en tiempo. Sin embargo, esta escala de valor exige toda una serie de abstracciones y reducciones...

«De este modo, el valor pierde, en cuanto entra en consideración la mercancía singular o la categoría mercancía, todo con tenido concreto y no es más que una construcción puramente conceptual. Pero, ¿qué se hace en estas condiciones de la «plusvalía»? En la teoría de Marx, esta consiste en la diferencia que existe entre el valor-trabajo de los productos y el pago de la fuerza de trabajo gastada por los trabajadores en la producción de los mismos. Está claro, por lo tanto, que, desde el momento en que el valor-trabajo solo puede pretender tener una validez meramente en tanto que fórmula conceptual o hipótesis científica, la plusvalía se convierte en mera fórmula, en una fórmula que se basa en una hipótesis» [847].

Bernstein pudo encontrar en Croce también la idea de que la teoría del valor, al igual que toda la teoría económica de Marx, servía para el estudio de una sociedad productiva abstracta (la «*società economica in quanto società lavoratrice*» de Croce):

Croce

«En lugar de esto consideremos en una sociedad solo la vida realmente económica, es decir, de la sociedad solo la sociedad económica. Prescindamos en ella de todos los bienes que no puedan ser multiplicados por el trabajo. Prescindamos además de todas las diferencias de clase que en base al concepto general de la sociedad económica puedan ser considerados como secundarios. No tomemos en consideración todos los tipos de distribución del bienestar conseguido que, como hemos visto, tan solo son determinables sobre la base del beneficio o, quizás, de la justicia, pero siempre tan solo sobre la base de reflexiones que se refieren a la sociedad como un todo y nunca sobre la base de reflexiones que se refieren con exclusividad a la sociedad económica. ¿Qué queda tras estas abstracciones graduales? Tan solo una sociedad económica en la medida que es una sociedad productiva.

Y en esta sociedad sin diferencias de clase, es decir, en una sociedad económica en sí, cuyos bienes son exclusivamente productos del trabajo ¿qué puede ser, en ella, el valor? Evidentemente, la suma de todos los esfuerzos, es decir, la cantidad de trabajo necesaria para la producción de los diferentes tipos de bienes... Así aparecería el valor-trabajo como aquella determinación del valor que se refiere a una sociedad económica si por tal se considera tan solo aquella que produce bienes multiplicables tan solo por medio del trabajo. De esta definición se puede extraer la siguiente conclusión: la determinación del valor-trabajo se corresponderá positivamente con hechos tan solo en la medida en que exista una sociedad que produzca bienes por medio del trabajo» [848].

Bernstein

«Existe aquí una cierta arbitrariedad en cuanto a la valoración de las funciones que la sociedad económica comunitaria construida, no la sociedad dada, elimina. Esta es la clave de todas las oscuridades de la teoría del valor. Solo es posible entender la ley del valor disponiendo de este esquema. Hemos visto que la plusvalía en tanto que realidad solo podía ser entendida al ser eliminada la economía comunal.

Marx no pudo acabar el capítulo de las clases, que es tan importante para su teoría. En él se habría puesto de manifiesto de la forma más clara que el valor-trabajo no es en absoluto más que una clave, una imagen conceptual, como el átomo animado. Una clave que, conducida por la mano magistral de Marx, ha llevado al descubrimiento y a la exposición de los engranajes de la economía capitalista con una lógica, penetración y profundidad como hasta ahora no se había conseguido, pero que en determinados puntos no funciona, puntos para la solución de los cuales hasta ahora todos los discípulos de Marx se han revelado impotentes» [849].

Por esto, ambos estaban en contra del concepto de plusvalía, pues por un lado lo consideraban una abstracción [850] y por otro lo consideraban *un hecho típico*. La diferencia reside tan solo en que, mientras Croce desarrolla esta

idea en el contexto de un análisis del *valor* producido mediante el trabajo, Bernstein lo hace en relación con el análisis de la *plusvalía* producida mediante trabajo.

Croce

«Por eso hasta ahora ha coincidido la equivalencia entre trabajo y valor y seguirá coincidiendo de ahora en adelante hasta un tiempo indeterminado; pero ¿de qué clase es esta coincidencia? Después de haber excluido: 1) que sea una cuestión de ideales morales y 2) que sea una cuestión de leyes científicas y después de haber excluido también que esta equivalencia sea un hecho (utilizado por Marx como categoría) nos vemos obligados a decir, como única alternativa, que es un hecho...» [851].

Finalmente, Bernstein encontró apoyo en Croce para su opinión, tomada seguramente de los fabianos, de que la teoría marxiana del valor-trabajo y la teoría de la utilidad marginal debían contemplarse como descripciones complementarias del mecanismo de cambio de la sociedad capitalista:

Croce

«Junto al análisis marxiano puede o debe haber, mucho más, una ciencia económica general floreciente que determine un concepto de valor derivado de principios muy diferentes y más globales que los de Marx. Y si los economistas puros, encerrados en su propio campo, hacían mal mostrando su pedante desagrado intelectual ante las investigaciones de Marx, también hacen mal los adeptos de este, a su vez, mirando con ingratitud a una rama de investigación que les es extraña y motejándola unas veces de inútil y otras de absurda.

Esta es realmente mi opinión y admito con sinceridad que nunca me fue dado descubrir entre ambas ramas de la investigación ninguna otra antítesis o antagonismo que la puramente casual antipatía o el mutuo desconocimiento intelectual de dos escuelas diferentes» [853].

Bernstein

«El plustrabajo (de la parte activa productiva) es un hecho empírico demostrable por la experiencia que no necesita ninguna demostración deductiva. Para la demostración del plustrabajo es absolutamente indiferente que la teoría del valor marxiana sea correcta o no lo sea. En este sentido no es ninguna tesis demostrativa sino, solamente, medio analítico e ilustrativo» [852].

Bernstein

«...el valor de utilidad marginal de la escuela de Gossen-Jevons-Böhm no es otra cosa que el valor anteriormente entendido en términos de hecho puramente conceptual. Ambos tienen en la base relaciones reales, pero ambos están contruidos sobre abstracciones.

Tales abstracciones son, naturalmente, inevitables en la consideración de fenómenos complejos. Depende completamente del objeto y de la finalidad de la investigación hasta dónde sean permisibles. En verdad, tanto derecho tiene Marx a eliminar de entre las características de las mercancías todas aquellas que no sean la mera cantidad de trabajo humano simple incorporado como la escuela de Böhm-Jevons a abstraer todos los atributos de las mercancías excepto su utilidad» [854].

Lo que se ha dicho hasta ahora puede sintetizarse del siguiente modo. Croce significó un apoyo para la aspiración de Bernstein de reinterpretar el marxismo en un espíritu idealista (neokantiano). Croce sirvió para mediar o reforzar la idea de Bernstein de que las cartas de Engels del período 1890-1894 sobre la concepción materialista de la historia significaban un abandono de esta teoría en tanto que teoría unitaria (monista) y el paso a una teoría factorial positivista (realista). Croce y Bernstein coincidían en que lo más significativo y esencial de la concepción materialista de la historia residía en que había hecho incluir la estructura económica en la explicación de la historia. Por lo que se refiere al punto de vista que ambos mantenían acerca de la teoría económica del marxismo, Bernstein se apropió antes que Croce o paralelamente a él de una parte de los elementos conceptuales sobre los que construyó Croce su pensamiento. Pero *el modo, la forma* que utilizó Bernstein para combinar estos elementos se retrotrae en partes esenciales precisamente a Croce.

F) SAVERIO MERLINO: ¿BERNSTEIN AVANT LA LETTRE?

De entre los predecesores y contemporáneos de Bernstein, es Saverio Merlino (1856-1930) uno de los menos atendidos. Merlino era anarquista y durante los años ochenta fue, junto con Malatesta, uno de los anarquistas italianos más destacados [855]. Después vivió en el exilio a finales de los años ochenta y, nuevamente, en el período 1891-1893 en Inglaterra [856]. Al igual que Bernstein, parece haber interiorizado ciertas impresiones provocadas por las condiciones inglesas de la época [857]. Hacia aquella época comenzó a estudiar de nuevo *El Capital* de Marx y se le plantearon dudas sobre si la teoría del valor coincidía con la realidad práctica. En un estudio sobre individualismo y anarquismo (*Individualismo nell'Anarchismo*), del año 1893, expresaba por primera vez la idea —que ya había sido formulada anteriormente por los fabianos— de la conveniencia de socializar las rentas no provenientes del trabajo en vez de socializar los medios de producción (*l'idea della socializzazione delle rendite e dei profitti*) [858]. Tras su vuelta a Italia fue encarcelado en enero de 1894 y «durante sus años de cárcel o después, Merlino moderó notablemente sus ideas» [859]. Después de quedar libre, lo que ocurrió en 1896, volvió a su crítica del marxismo. El resultado fue el trabajo *Pro e contro il socialismo* [860], publicado en 1897. El libro había sido publicado en julio de 1897 y ya ese mismo año Merlino publicó una síntesis de las ideas fundamentales contenidas en él en *Sozialistischen Monatshefte* [861]. Georges Sorel procuró al año siguiente la salida de una edición francesa, *Formes et essence du socialisme* [862]. El libro de Merlino encontró un eco mayor en Francia que en Italia [863]. No sabemos si Bernstein leyó el libro de Merlino en edición original o en su traducción francesa. Lo único que sabemos es que, como hemos mostrado anteriormente, Bernstein subrayaba en una carta a Labriola la coinci-

dencia entre sus concepciones y las de Merlino. En todo caso, sin embargo, Bernstein debió leer el libro de Merlino antes de la publicación en 1899 de su trabajo principal. En este sentido es interesante destacar el hecho de que, en su carácter, el trabajo de Merlino es tan enciclopédico como el de Bernstein y que la concepción de base es, en lo esencial, idéntica. Debe decirse, de todos modos, que en la edición francesa Merlino toma como referencia, entre otros, el artículo de Bernstein. No se puede resolver en este caso la cuestión de la relación de dependencia ideológica. Probablemente la evolución de Merlino tuvo lugar paralelamente a la de Bernstein. Abona esta tesis el hecho de que tanto uno como el otro recibiesen influencias de las condiciones políticas reinantes en Inglaterra y de la forma inglesa de pensar. Esta suposición se ve reforzada, además, por el dato de que en la edición italiana, redactada antes de junio de 1897, Merlino considera a Bernstein todavía como a un marxista representativo [864].

Merlino empezó entonces a separar el socialismo del marxismo. La fuerza que impulsaba el socialismo era el deseo de justicia social y, por lo tanto, la idea socialista lo penetraba absolutamente todo: política, literatura, arte, religión, etc. Así, para Merlino, el socialismo no era un sistema social determinado sino, más bien, un impulso hacia la justicia social [865]. Este impulso era, en su esencia, moralmente equivalente a la lucha de clases en extinción. El hecho de que existiese lucha de clases era el resultado de la defectuosa organización de la sociedad y cada progreso significaba una reducción del principio de lucha [866]:

«Los socialistas han exagerado bastante la lucha de clases; se han imaginado que esta lucha iba a ser cada vez más intensa a medida que progresaba la acumulación de la riqueza en las manos de los capitalistas y que finalmente la sociedad se compondría de una cifra muy reducida de ricos y de enormes cantidades de hambrientos. Una de sus teorías preferidas es —o, por lo menos, ha sido— que la concentración progresiva de la riqueza, que iba a lanzar a las filas del proletariado a las clases medias, haría abrirse un abismo por el que desaparecerían las instituciones actuales» [867].

Más adelante, Merlino mostraba, en base a estadísticas de empleo inglesas y francesas, que el número de agricultores había aumentado en Gales y en Escocia entre 1885 y 1889 en un cuatro por cien, mientras que el número de agricultores había pasado en Francia entre 1826 y 1885 de 1,3 millones a 1,8 millones. Esto demostraba, en opinión de Merlino, que la clase media no se proletarizaba. Por otra parte, según Merlino existían contrastes dentro de cada clase tan acusados, por lo menos, como entre las diferentes clases; por ejemplo, el contraste existente entre los obreros especializados y los no especializados, o entre los trabajadores organizados y los no organizados, etc. Era una utopía pensar que una clase obrera tan poco homogénea se pudiese unir en la lucha contra la burguesía. La cuestión social, además, no era tan solo una cuestión de y para los obreros. La clase obrera tenía que colaborar también con otras clases y, en primer lugar, con la clase media [868].

Merlino no ocultaba que el ideal de justicia que él quería ver realizado no era otro que el de la sociedad burguesa en sus comienzos. Las raíces de este ideal se encontraban en la sociedad americana de los siglos diecisiete y dieciocho, integrada por pequeños productores. Merlino se refería también a la democracia burguesa inicial que había existido en Suiza. En Merlino está, por lo tanto, muy claro que enjuiciaba el orden social capitalista imperante desde el punto de vista del pequeño empresario y de la pequeña burguesía [869].

Para que el ideal de justicia social pudiese ser realizado, no se debía destruir la organización social existente: en lugar de esto, tenía que ser ampliada y reformada:

«No se puede partir de la idea de que la ordenación social existente puede ser destruida en un día. La revolución presupone que se haya conseguido cierta transformación en la sociedad previamente. Por otra parte, no dejará tan solo ruinas tras de sí. Una gran parte del edificio social actual quedará en pie aun cuando sea superficialmente revuelto. Junto a él aparecerán nuevas instituciones; y el socialismo se realizará más en la construcción de nuevas instituciones que en la destrucción de las antiguas. Uno de los rasgos característicos del desarrollo social es que *lo nuevo avanza a partir de lo viejo*» [870].

Ejemplos de lo nuevo naciendo a partir de lo viejo eran, para Merlino, los acuerdos económicos para la regulación de la producción y de los precios, las cooperativas de consumo, las cooperativas de crédito, etc. «La tarea del socialismo —decía— es mejorar estos mecanismos, no destruirlos» [871].

De aquí Merlino llegaba a la conclusión de que la mejor solución era una sociedad mixta: «La solución del problema social no se puede alcanzar, así pues, más que por medio de un sistema mixto que reúna las ventajas de los diferentes sistemas que hemos estudiado» [872]. Si de este modo se llegaba a realizar el colectivismo o el comunismo alguna vez, solo podía ser el resultado de un período más o menos largo de transformación de la sociedad establecida. Por lo tanto, los socialistas tenían que estudiar este proceso de cambio para poder influir conscientemente sobre él. Por este motivo, Merlino se adhería aprobándola a la fórmula de Bernstein «la meta final del socialismo no significa nada, el movimiento lo es todo» [873]. Como ejemplos de lo adecuado de esta toma de posición aducía la promulgación de la legislación de protección del trabajo, la organización de la provisión de empleo, las cajas de enfermedad, etc [874].

Pero para que este movimiento pudiese tener éxito le debía acompañar un nuevo contenido moral [875]. Al igual que Bernstein, Merlino encontraba destellos de esta moral en Inglaterra:

«La moral política tiene que ser creada todavía. Existen, de todos modos, destellos de ella en diferentes países. Todo aquel que haya vivido en Inglaterra habrá podido comprobar en las asambleas públicas que existen ciertas reglas de comportamiento, que la mayoría de los asistentes a ellas no consienten que

sean transgredidas y gracias a las cuales todo aquel que quiera expresar una opinión tiene garantizada la libertad de expresarla y el *fair-play*» [876].

Pero ¿qué significaba esto para los objetivos programáticos del movimiento obrero socialista? Los partidos que se basaban en el marxismo se dotaban de un programa máximo —es decir, el socialismo— y de un programa mínimo que consistía en una serie de reivindicaciones de reformas económicas y políticas. Esto era, según Merlino, falso. Si la lucha en pro de reformas en el marco del capitalismo constituía una parte de la lucha por el socialismo entonces no había ningún motivo para distinguir entre programa máximo y programa mínimo. Por el contrario, el programa máximo debía ser abandonado para que las fuerzas del movimiento obrero socialista se pudiesen concentrar, en ese caso, totalmente en metas concretas, próximas [877].

Para que se pudiese llevar a cabo esta reorientación de la línea del movimiento obrero, sin embargo, se debía reformar previamente la teoría socialista. Así pues, Merlino llegó, partiendo de una fijación de objetivos político-prácticos, a las mismas exigencias que Bernstein: revisión del marxismo y, en primer lugar, de la concepción materialista de la historia, de la teoría de la plusvalía, de la teoría de la concentración capitalista y de la lucha de clases. La conclusión de esta revisión, que se orientaba en primera línea contra «la concepción catastrófica del socialismo» (*la conception catastrophique du socialisme*), era la siguiente: «A la concepción del socialismo como resultado de una catástrofe le debe sustituir, por consiguiente, la concepción del socialismo como desarrollo o como camino» [878].

Una comparación entre este mensaje y el que Bernstein exponía en las *Premisas del socialismo* muestra que tanto el punto de partida como el análisis, el método y el objetivo son, en gran parte, idénticos. Las diferencias existentes no son tan grandes como para que no se pudieran explicar por el hecho de que Merlino hubiese sido anteriormente un anarquista italiano y Bernstein un marxista alemán.

G) RESUMEN

Al presentar Bernstein sus ideas a finales de los años noventa, se refería en diferentes contextos a Antonio Labriola, Benedetto Croce y —en menor medida— a Saverio Merlino. Bernstein veía en ellos a tres críticos de Marx análogos a él mismo. ¿Era esto correcto? Y ¿qué papel jugaron en su pensamiento?

No se puede afirmar que Antonio Labriola haya sido un predecesor de Bernstein. El objetivo principal de sus escritos era la polémica en contra del pseudomarxismo y del marxismo vulgar. En puntos aislados acusaba la influencia de la filosofía y de la teoría económica académicas de su época. Su escepticismo y su relativismo fueron a veces tan lejos que en determinadas cuestiones abandonó el marxismo, con el que, por lo demás, se identificaba. Pero cuando la «crisis del marxismo» llegó a ser un fenómeno global y cuando además

empezó a rozar los principios fundamentales del marxismo, Labriola pasó al ataque contra el revisionismo. Las fuentes muestran realmente que Antonio Labriola fue desde comienzos de los años noventa hasta su muerte, que acaeció en 1904, en lo esencial un «marxista estricto».

No se puede decir que Labriola ejerciese una influencia directa sobre el revisionismo bernsteiniano. Por el contrario, Benedetto Croce se apropió de determinados elementos del pensamiento de Labriola y los desarrolló; fueron precisamente estos elementos los que Bernstein tomó —bajo la forma que adoptaron en Croce— e hizo de ellos piezas fundamentales de su sistema revisionista. Croce, como muchos otros intelectuales burgueses, participó del interés creciente que el marxismo despertó en los años noventa. Inicialmente se vio sometido a influencias decisivas producidas por este estado de cosas. Pero el objetivo principal de su compromiso era muy diferente del de Labriola. Compartía con este último la voluntad común de combatir un marxismo acientífico que estaba causando estragos. Pero en este cometido partía en un principio de las doctrinas económicas y filosófico-históricas académicas dominantes y entre ellas de la concepción que ya le era propia a principios de los años noventa. Desde un punto de vista político, Croce había sido —y lo siguió siendo— un liberal. Cuando hacia finales de los años noventa se agudizó la oposición entre los marxistas ortodoxos y los revisionistas, Croce se sustrajo definitivamente de la influencia marxista. Muchas de las ideas que desarrolló en su crítica del marxismo se encuentran, bajo formas más o menos cambiadas, nuevamente en Bernstein, sobre todo por lo que se refiere a las ideas de Croce en el campo de la teoría económica.

La cuestión de la relación que existe entre Labriola, Croce y Merlino por una parte y el revisionismo de Bernstein por la otra se reduce esencialmente a la indagación del papel de Croce y Merlino. En este sentido se puede decir que Croce jugó un cierto papel por lo menos en cuanto a la formación de las ideas teórico-económicas de Bernstein tal como este las expone en sus *Premisas del socialismo*. Saverio Merlino parece haber desarrollado por su cuenta sin relación directa con Bernstein —y a partir de mediados de los años noventa paralelamente a este— toda una concepción consecuentemente revisionista y haber dado una síntesis de ella antes que Bernstein.

CAPÍTULO VI. MARXISMO Y REVISIONISMO EN FRANCIA

«Cuando todas las condiciones internas estén dadas, *el día del alzamiento alemán* será anunciado por el *canto del gallo galo*».

Karl Marx, *Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho* [879].

Hacia la época en que Merlino comenzó a aparecer como el representante del revisionismo más importante de Italia, la conversión de Bernstein a la nueva concepción ya había finalizado en sus puntos decisivos. La influencia *directa* que hubiese podido ejercer Merlino sobre Bernstein es todavía una cuestión abierta. Merlino alcanzó, de todos modos, una importancia indirecta a los ojos de Bernstein. Esto ocurrió por el intermedio de Georges Sorel. Este describió del siguiente modo la importancia que para él mismo tuvo Merlino:

«A finales de 1897 estudié yo un libro que Saverio Merlino acababa de publicar bajo el título *Pro e contro il socialismo*; el autor italiano se ocupaba de mostrar que era necesario revisar las bases de las teorías socialistas para ponerlas en concordancia con el desarrollo social en el que participaban las organizaciones socialistas; en ese momento vi claro que tenía que trabajar fuera de toda conexión con la ortodoxia marxista» [880].

No existen dudas acerca de la importancia de Merlino para Sorel. La toma de posición positiva adoptada en octubre de 1897 por Sorel con respecto a *Pro e contro il socialismo* de Merlino implicaba una ruptura definitiva con el marxismo [881]. Pero esto no significa, por otra parte, que Sorel fuese en relación a Bernstein tan solo el mediador de las ideas de Merlino. Cuando Sorel adoptó en el otoño de 1897 el grito de guerra de Merlino, ya había llevado a cabo previamente una evolución «interna» que Bernstein había podido seguir prácticamente desde sus comienzos. Esta evolución de Sorel se desprenderá de lo que sigue.

Así ¿qué papel jugó Sorel con respecto a Bernstein? Los testimonios que han perdurado acerca de contactos directos no son numerosos. Probablemente, Bernstein estuvo desde 1895 en relación con Sorel [882]. Lo único que es seguro es que en otoño de 1899 mantenían correspondencia [883]. Bernstein hizo una recensión, aprobatoria en general, del escrito de Sorel «*L'avenir socialiste des syndicats*». Pero esta relación es también de fecha relativamente tardía [884]. Las únicas declaraciones explícitas por parte de Bernstein son un par de

frases de mayo de 1898 y de julio de 1899, de las que la primera se encuentra en la introducción al artículo «El momento realista y el momento ideológico en el socialismo». Después, el tema tratado en este artículo fue tocado entre otros por Georges Sorel en *Devenir Social* [885]. Esto es todo.

Para afianzar lo que sabemos de la importancia que adquirió Sorel para Bernstein es preciso, por lo tanto, investigar los escritos que aquel había redactado hasta entonces. Y estos, por su parte, solo son inteligibles si se les sitúa en el marco del socialismo francés, un socialismo que ya había desarrollado una floreciente práctica revisionista antes de que el revisionismo de Sorel o de Bernstein se hubiese plasmado en gris teoría. Como en muchos otros países, esta práctica revisionista era tan solo la contrapartida de una teoría marxista dogmática, lo que constituía una flagrante contradicción contribuyendo poderosamente por sí misma, de este modo, al desarrollo del revisionismo en Francia. Por estos motivos, es conveniente ampliar en este capítulo la perspectiva un poco más allá de la cuestión particular de la influencia de Sorel sobre Bernstein.

A) EL «CONSERVADURISMO REVOLUCIONARIO» DE SOREL

A primera vista parece bastante extraño que el reformista Bernstein tenga algo que ver con el autor de las *Réflexions sur la violence*. Sin embargo, este escrito no es más que una parte de la actividad publicística de Sorel. Georges Sorel atravesó en su desarrollo intelectual muchas y muy contradictorias fases. Sucesivamente —y a veces simultáneamente— dio su adhesión al conservadurismo, al marxismo, al revisionismo, al sindicalismo, al nacionalismo realista, al bolchevismo y al fascismo. Por esto también ha sido enjuiciado de forma altamente variable. Croce opinaba que Sorel era «el máximo representante contemporáneo del marxismo, porque es el más vivo», y le colocaba al lado de Marx mismo [886]. «El famoso ideólogo de mente calenturienta», observaba Lenin secamente [887]. El hecho es que Sorel pasó por muchas ideas diferentes. Pero no permaneció fiel a ninguna. Por esto tampoco fue capaz de dar forma a las ideas dominantes de su tiempo. Se contentaba con reflejarlas [888].

De todos modos existe una cierta unidad en la multiplicidad. Sorel fue, y lo fue hasta el fin, un pensador *conservador* [889]. Su carrera literaria comenzó en serio solo en 1892 cuando ya a los cuarenta años —y condecorado con la Legión de Honor— abandonó su trabajo de *ingénieur en chef des pont et chaussées*. Sin embargo, dos años antes había debutado ya como crítico social con dos escritos: «Contribution à un étude profane de la Bible» y «Le procès de Socrate». En ambos se manifestaba la posición conservadora de base. Con el primer escrito, Sorel quería convencer a los que detentaban el poder en Francia de que hiciesen de la Biblia un libro popular:

«La Biblia es el único libro que, contribuyendo a la educación del pueblo, podría familiarizar a este con la vida heroica, atacar las perniciosas tendencias del utilitarismo y obstaculizar la difusión de las ideas revolucionarias» [890].

«Le procès de Socrate» se vinculaba también con lo actual. Sócrates mismo no había sido culpable de los disturbios. Pero había frecuentado malas compañías que habían inculcado una nueva moral revolucionaria a la juventud ateniense [891]. Sorel *hablaba* de Atenas. Pero *pensaba* en Francia. El blanco de su polémica eran aquellos que seguían dando impulso a las «alucinaciones de 1793»: los «anarquistas jacobinos» [892]. Sorel se hallaba bajo la influencia de pensadores en el fondo conservadores como Tocqueville, Taine, Le Play y... Proudhon [893]. Goriely sintetiza del siguiente modo la postura de Sorel con respecto a la revolución: «Francia corría permanentemente el peligro de verse enfrentada a un levantamiento espontáneo de las masas desorganizadas y con la dirección de estas masas se podían hacer bien puras ideologías de corte jacobino, bien vulgares aventureros» [894].

A principios de los años noventa, Sorel se dedicó al estudio de la literatura socialista y se convirtió en colaborador de las revistas *L'Ère Nouvelle* (a partir de 1894) y de *Le Devenir Social* (a partir de 1895). Esta nueva fase de la evolución intelectual de Sorel ha sido llamada de «conversión al socialismo» [895]. Se trata de algo más que una exageración. Esto queda claro en su artículo «Science et socialisme», en el que anunciaba su cambio de orientación. Venía a decir que había que tomar en serio al marxismo. La ciencia oficial trataba condescendentemente al marxismo. Para Sorel esto era erróneo. El marxismo mostraba que existía una ciencia de la sociedad y de la economía. La ciencia oficial, por el contrario, solo producía «sueños idealistas». Si no podía dar solución a los nuevos problemas, la «nueva metafísica» de Marx triunfaría. El socialismo exigía tan solo que el poder público actuase en consonancia con los principios de un estado racional. Pero el socialismo era aprovechado por los jacobinos y esto era lo malo. Mientras la ciencia oficial no ejerciese ninguna influencia sobre la formación de la opinión, la sociedad corría el mayor de los peligros: la dirección ideológica del pueblo se dejaba casi totalmente en manos de los agitadores. El escepticismo moral agravaba de día en día la brecha moral existente entre las clases. En esta situación el marxismo podía significar la salvación. ¿No sería magnífico si se pudiese hacer que a través de él las clases inferiores (*les plèbes*) llegasen a permanecer fieles a los principios tradicionales y que «ganasen una nueva confianza en el derecho y en la verdad absoluta cuando aquellos que les deberían dirigir ya no creían en ellos?». Con esta misma motivación declaraba que iba a estudiar seriamente el marxismo [896].

No se trataba, de todos modos, de un verdadero paso al socialismo. Dos estudios publicados por Sorel en 1894 en *L'Ère Nouvelle* refuerzan esta conclusión: «L'ancienne et la nouvelle métaphysique» y «La fin du paganisme». El primer artículo era una investigación en el campo de la teoría del conocimiento que tenía por objeto la exposición de la concepción de Sorel acerca de los fundamentos del marxismo —la nueva metafísica [897]. El estudio intentaba «rescatar el principio social, tanto tiempo menospreciado, gracias al cual

es posible fundamentar el conocimiento racional del hombre» [898]. Atacaba a los representantes de la ciencia oficial que se oponían al marxismo ahora igual que antes se habían opuesto al darwinismo [899]. Sorel declaraba, además, que para él la teoría de Marx era «la más grande innovación en la filosofía desde hace muchos siglos; marca un punto de partida para una transformación fructuosa del desarrollo de nuestro pensamiento. Todas nuestras ideas se deben actualmente reunir en torno a los nuevos principios que ha establecido el socialismo científico... Karl Marx nos ha dado por fin una ciencia absoluta y exacta de las relaciones económicas...» [900].

Tampoco eran demasiado considerables, sin embargo, las consecuencias de esta declaración tan sorprendentemente entusiástica. Lo que le llevó al marxismo fueron tres cosas: primero, su punto de partida materialista, es decir, que intentaba deducir leyes y principios a partir de hechos; segundo, que rechazaba el socialismo utópico y el moralismo de la economía liberal-nacional para tratar de descubrir, en lugar de esto, las leyes del desarrollo social; y tercero, que había demostrado que el hombre solo alcanzaba conocimientos en el *milieu* que el hombre mismo había creado en el proceso de trabajo (la expansión de la técnica de las máquinas) [901]. El tema dominante era el de la importancia de las máquinas para la transformación del *milieu* social. Sorel desarrollaba a este respecto un estímulo que había encontrado en Marx [902]. Pero lo hacía de un modo extremadamente limitado. En su exposición «la nueva metafísica» aparecía como un materialismo puramente tecnológico. Sorel se apoyaba todo el tiempo sobre «los resultados alcanzados por la práctica de las artes mecánicas». Explicaba: «Si hay algo en la actividad del hombre que sea especialmente social eso es la máquina; la máquina es más social que el mismo lenguaje». Quería explicar la evolución general de las ideas a partir de la «esencia de los talleres industriales». Llegó incluso tan lejos como a afirmar que Marx había «buscado el principio fundamental de la ética en aquellos fenómenos humanos que se desarrollan en conexión con la técnica de las máquinas» [903]. Así pues, mientras que la lucha de los hombres por la producción tal como se refleja en la tecnología pasaba a un primer plano, la lucha de clases desaparecía total y absolutamente [904]. Por todo esto no se puede decir que Sorel aparezca en este estudio como un marxista [905]. Da la impresión de un pensador que va hacia el marxismo.

Iba hacia el marxismo. Pero parece que nunca llegó a él. El siguiente y más amplio estudio, «La fin du paganisme», trataba, tomando como punto de partida la obra del mismo título de Gastón Boissier, del triunfo de la religión cristiana sobre el paganismo en el siglo cuarto [906]. Este era un tema del que también se ocuparon en aquella época Engels y Kautsky: invitaba a establecer comparaciones con la lucha entre la ideología socialista y la burguesa. El estudio de Sorel también se planteaba la finalidad de «establecer reflexiones que, partiendo de las crisis del pasado, pudiesen ser útiles de cara al acontecer actual» [907]. Sin embargo en ningún momento abrigó la intención de dar una explicación marxista de la aparición histórica del cristianismo. Pensaba que el socialismo científico no tenía de ningún modo que ocuparse de «cosas externas al terreno económico» [908]. Y la actividad económica la definía

como un «automatismo fisiológico». Lo único que diferenciaba a Marx de los demás economistas era que consideraba al «automatismo como un producto social» [909]. Como ya había hecho en los estudios anteriores, exponía la realidad social a través de imágenes tomadas del mundo de la mecánica [910]. Tal como Sorel entendía el marxismo, este no se podía, simplemente, aplicar al tema considerado por él: «Por aquella época no me habría atrevido a intentar una interpretación marxista del pensamiento cristiano; casi todo el mundo consideraba imposible esta empresa...» [911]. En realidad se limitaba conscientemente a la investigación de la importancia de las religiones cristianas para la decadencia de las civilizaciones romanas [912]. Ahora bien, al llevar este programa a la práctica, el cristianismo aparecía finalmente como *el* factor decisivo operante tras la caída del Imperio Romano. La religión cristiana había «destruido la estructura del mundo antiguo del mismo modo que una fuerza mecánica actuante desde el exterior. No se trataba solo de que la nueva religión no le prestase nueva fuerza al debilitado organismo; se puede decir que le llevó a sangrar completamente. Cortó las ligaduras existentes entre el espíritu y la vida social. Esparció por todas partes las semillas del quietismo, de la desesperanza y de la muerte. Es indudable que no se le puede atribuir al dogma cristiano como tal estos efectos destructivos. Es la ley de todas las ideologías: el socialismo utópico hubiese producido también los mismos funestos efectos si hubiese ejercido una influencia duradera y no hubiese sido arrastrado por la ola del capitalismo. Además, intentaba imitar al cristianismo» [913].

Cuando Sorel menciona, una y otra vez, la importancia de la economía, sus afirmaciones tienen el carácter de *obiter dicta* [914]. Los romanos, contrariamente, habían estado dominados por lo que él llamaba una «economía idealista», que definía como la costumbre de los dominadores de manifestar su voluntad por medio de poderosas construcciones y por la costumbre de los dominados de manifestar su dominación levantando construcciones todavía mayores bajo la mirada de los dominadores [915]. Esta economía idealista resultaba reforzada por la orientación del cristianismo hacia las cosas extraterrenales [916]. Como ponía en un primer plano la redención del individuo, constituía el apoyo decisivo para la liberación de la propiedad privada de las obligaciones estatales [917]. Consciente o inconscientemente, el estudio de Sorel se convirtió, de este modo, más en una defensa de la omnipotencia de la ideología que de la omnipotencia de la economía. Pero lo que él por aquella época no creía poder hacer utilizando la concepción materialista de la historia, había sido hecho doce años antes por un discípulo del estudioso de la Biblia Bruno Bauer: por Friedrich Engels [918].

Por todo esto no se puede decir que las fuentes den algún fundamento a la tesis de que Sorel pasase por aquel tiempo al socialismo ni, mucho menos, que introdujese el marxismo en Francia [919]. Sorel expresó su alta valoración del marxismo en particular en lo referente a su teoría materialista del conocimiento (el rechazo de ilusiones idealistas de todo tipo) y a la importancia que el marxismo le atribuía a la economía. Sin embargo, estos elementos no son de ningún modo visibles en su propia concepción [920]. O los expone de tal modo que resulta que no tienen nada, o muy poco, que ver con el marxismo.

El materialismo del que Sorel se hace portavoz no es dialéctico sino mecánico-tecnológico [921]. Sus ideas sobre la teoría económica de Marx son extraordinariamente vagas [922]. No se puede considerar como marxista la concepción del estado defendida por él [923]. La teoría de la lucha de clases, que anteriormente había ocupado un lugar tan destacado en sus artículos, falta por completo. Los textos no ofrecen, así, ningún apoyo a la tesis de que Sorel fuese marxista en esta época. De hecho carecía de una importante premisa para ello: no dominaba el idioma alemán y, por lo tanto, tenía que acudir a las pocas traducciones francesas de escritos de Marx y Engels accesibles en aquella época (véase más abajo el apartado dedicado al marxismo en Francia).

El marxismo era para Sorel, mucho más —al igual que más tarde para Croce— un fermento intelectual. A Marx no le dominaba: lo que hacía era tomar fragmentos de él y, aun, interpretar y reinterpretar a su arbitrio estos fragmentos. Su punto de partida era conservador y en él se quedó: no acaeció realmente ningún giro «interno», ninguna ruptura con el pasado [924]. La justeza de esta observación se ve reforzada por el hecho de que, tras el cambio de siglo, Sorel apareció en tanto que revolucionario coloreado por rasgos mucho más identificables con el fascismo que con el socialismo [925]. Estaba descontento con la ciencia oficial. Los síntomas perceptibles de decadencia de la sociedad francesa de la época le produjeron malestar [926]. Estaba inquieto por la fuerza creciente del movimiento socialista [927]. En el marxismo vio una ciencia más realista que la oficial y una ideología en la que las masas podían creer. Sorel «por esto, hablaba de Marx, pero pensaba en Taine» [928]. También cuadra completamente con Sorel el juicio de Morely sobre Burke: «Cambiable los frentes, pero no cambiaba el suelo». Durante el auge del marxismo en Francia apareció como marxista. Más adelante aparecería como revisionista. Pero en ambos períodos siguió siendo un «revolucionario conservador» [929].

B) EL MARXISMO EN FRANCIA

El motivo inmediato que indujo a Sorel a interesarse por el marxismo fue el rápido avance del movimiento obrero socialista. Este avance se mostró particularmente sólido en las elecciones de 1893, en las que los candidatos socialistas obtuvieron más de medio millón de votos, es decir, cuatro veces más votos que los obtenidos en las elecciones de 1889 [930]. No menos de treinta y siete socialistas ocuparon su escaño en la Cámara de Diputados. De todos modos no había ninguna homogeneidad entre ellos: veinte eran de los llamados socialistas independientes, seis guesdistas, cinco allemanistas, cuatro blanquistas y dos posibilistas. De estos solo los guesdistas se consideraban marxistas. Lo característico del socialismo francés era, así pues, su fuerte dispersión y el hecho de que los marxistas representasen una minoría. Desde comienzos de los años noventa hasta el año 1905 en que por fin se fundó el Partido Socialista Unificado (Parti Socialiste, section française de l'internationale ouvrière) se pueden distinguir seis partidos socialistas:

1. Le Parti Ouvrier (guesdistas).
2. Le Parti Blanquiste (Comité Révolutionnaire Centrale).
3. Le Parti Ouvrier Socialiste Révolutionnaire (allemanistas).
4. L'Alliance Communiste Révolutionnaire.
5. La Fédération des Travailleurs Socialistes (broussistas).
6. Les Indépendants.

Este fraccionamiento, que tanto se diferenciaba de la situación dominante en el país vecino, Alemania, era el resultado de muchos factores: de las peculiares tradiciones revolucionarias del movimiento obrero francés, de las insuficiencias del partido marxista francés y del dominio prolongado todavía tras el cambio de siglo de la pequeña producción en la economía [931]. Al fraccionamiento se llegó después de una serie de particiones de partidos anteriormente existentes [932]. El único partido que preservó su unidad fue el partido obrero marxista francés (Parti Ouvrier Français: POF), es decir, los guesdistas, que permaneció intacto desde su Congreso de St. Etienne de 1882 hasta la formación del Partido Socialista Unificado en 1905. El partido atravesó a lo largo de este período dos fases en su evolución. La frontera entre ambas se halla en la irrupción parlamentaria del partido en los años que van de 1891 a 1893 [933]. Durante la primera fase, su actividad era fundamentalmente propagandística: el partido difundía el conocimiento de los principios rudimentarios del marxismo. Sin embargo, su influencia práctica era extremadamente insignificante. Todavía en 1889 el partido tenía tan solo 2000 militantes y no obtuvo más que 25 000 votos en las elecciones generales [934]. Era más fuerte en las zonas industriales que en la capital, donde los trabajadores depositaban su confianza más en los burgueses radicales que en los socialistas [935]. Esto se puede explicar en parte porque los guesdistas no se ocupaban, hasta cierto punto, de las reivindicaciones diarias de los trabajadores aislándose, de este modo, de aquellos a quienes aspiraban a dirigir [936]. La deficiente consolidación del partido se puso de manifiesto en su oscilante posición con respecto a la crisis de los boulangistas al mantener imperturbablemente el dirigente ideológico del partido, Paul Lafargue, que el boulangismo era un movimiento democrático genuino [937]. Con todas sus insuficiencias, sin embargo, el POF era la única fuerza que difundía, consecuentemente las ideas de Marx entre la clase obrera francesa. Así pues, el marxismo francés ha de ser enjuiciado a partir del guesdismo.

Se ha afirmado que Guesde «se apropió completamente del marxismo» tras su viaje a Londres el año 1880 [938]. Esto no es correcto [939]. Por el contrario, el marxismo de los guesdistas se caracterizaba por una ultrasimplificación, una insuficiencia e incluso por unos falseamientos tales que se puede decir que preparó eficazmente el camino al revisionismo francés en general y al revisionismo de Sorel en particular [940].

En primer lugar, los guesdistas no se esforzaban demasiado por hacer traducir al francés los escritos de Marx y Engels. Con la excepción del primer tomo de *El Capital* y de *Del socialismo utópico al socialismo científico* no existía con anterioridad a los años noventa ningún trabajo de Marx y Engels en forma de libro o de folleto. Tan solo tres escritos más pequeños fueron publicados

por entregas en revistas inaccesibles. Solo en los años noventa y sobre todo hacia finales de siglo cambió el panorama. Hubo que esperar a 1895 para que se publicase como folleto un escrito tan fundamental como *El Manifiesto Comunista*. Tan solo tomando en consideración estos datos se podría preguntar si realmente el movimiento revisionista que fue fortaleciéndose en Francia a lo largo de los años noventa tenía tanto que revisar [941].

Los juicios de Marx y Engels sobre los marxistas franceses, en particular a comienzos de los años ochenta, son también, sin lugar a malentendidos, críticos. Refiriéndose al marxismo francés, Marx le habría dicho a su yerno Paul Lafargue que: «Ce qu'il y a de certain c'est que moi, je ne suis pas marxiste» [942]. Pero esta crítica tan dura, desde luego, no ha de entenderse como si Marx y Engels viendo la evolución que seguía el marxismo en Francia, por así decirlo, se lavasen las manos con respecto a lo que ocurría resaltando su inocencia [943]. Así, Engels criticaba a Guesde su «superstición parisiense que siempre ha de ser alimentada con la palabra revolución». Pero al mismo tiempo subrayaba que Guesde era «teóricamente, entre los parisienses, con mucho la cabeza más clara y uno de los pocos que no le ponen ninguna pega al reconocimiento del origen alemán del socialismo actual... Por lo demás, los folletos y artículos de Guesde son los mejores que han aparecido en lengua francesa» [944]. Marx y Engels consideraban, asimismo, a los dirigentes guesdistas como marxistas, pero como marxistas muy deficientes [945]. Los guesdistas fueron los primeros que propagaron con un poco de claridad y coherencia en Francia las ideas fundamentales del marxismo. En esto estriba su importancia histórica [946]. La *manera* que tuvieron de hacerlo marca su limitación histórica.

Esta combinación de claridad en cuanto a los principios y de insuficiencia teórica aparece particularmente clara en el más destacado representante teórico del marxismo francés de la época de la Segunda Internacional: el yerno de Marx, Paul Lafargue. Ha sido juzgado con tonos extremadamente divergentes. Sorel le denigraba furiosamente en las notas a pie de página de sus artículos. Los socialdemócratas alemanes traducían y difundían la mayor parte de lo que Lafargue escribía. Lenin le caracterizó como «uno de los más dotados y profundos de entre los que difundían las ideas del marxismo» [947]. Una dificultad suplementaria para establecer un juicio objetivo acerca de él viene dada, por otra parte, por la heterogeneidad de sus aportaciones teóricas: sus intereses científicos iban desde el significado religioso de la circuncisión hasta el problema del comercio de grano en USA en el siglo diecinueve; por esto, lo más que produjo fueron meramente esquemas y aún estos de valor muy variable. Estudiaba «mucho, pero en general»; a menudo tenía las respuestas oportunas, pero también era superficial; sus ocurrencias eran geniales a veces, pero a veces también eran absurdas. Por esto daba más la imagen del volteriano que del marxista. Su mejor aportación al marxismo se refiere a la aparición de los conceptos abstractos [948]. Aquí, sin embargo, nos vamos a limitar a otros tres complejos de problemas: la economía, la historia y el materialismo histórico.

En lo que Lafargue era peor era en cuanto economista marxista. Esto se puso de manifiesto en su polémica con los dos representantes máximos de la

economía política francesa e italiana, Paul Leroy-Beaulieu y Vilfredo Pareto. Leroy-Beaulieu era, junto con Giffen, en Inglaterra, en aquella época el más importante representante del punto de vista de que la distribución de la renta mostraba la tendencia a igualarse en el capitalismo [949]. En 1884 publicó un trabajo orientado contra el socialismo titulado «Le collectivisme» que en gran parte era una crítica a *El Capital* de Marx y, en particular, a la teoría de la plusvalía. Leroy-Beaulieu acusaba a Marx de plagiarlo, le atribuía puntos de vista que este con toda seguridad no había expresado y se enredaba en toda una serie de contradicciones [950]. Lafargue tenía, así, una tarea fácil por delante. Su crítica resultó ser también certera y efectiva: Leroy-Beaulieu nunca se defendió a pesar de que la crítica había sido publicada por las más destacadas revistas económicas de Francia [951]. Pero lo que no se desprendía de la crítica de Lafargue era que una primera versión de su crítica había sido criticada a fondo previamente por Engels y que Lafargue incluyó en la versión definitiva palabra por palabra partes de la crítica de Engels. Esto solo ha salido a la luz con la publicación no hace mucho tiempo de la correspondencia que mantuvieron Engels y el matrimonio Lafargue [952]. La correspondencia muestra que Lafargue no conocía la definición básica del capitalismo dada por Marx, es decir, la explotación del trabajo asalariado libre. «¿Cómo es posible que usted no haya hecho esta diferencia?», gritaba Engels malhumorado. En aguda oposición a la teoría de Marx, Lafargue había considerado la producción capitalista como una forma de la circulación de mercancías; había afirmado que el producto del trabajo le pertenecería al trabajador si el capitalista le alquilase la máquina y le había dado la razón a Leroy-Beaulieu cuando este afirmaba que el beneficio era el hijo «legítimo» del empresario capitalista. Sobre la base de la argumentación marxista, Engels escribía al respecto:

«Al tomar en serio estas frases de B., al explicar que usted hace «del beneficio el hijo legítimo del trabajo vivo» (*¡no del trabajo del trabajador sino del trabajo del capitalista!*), está usted tomando —para Marx y en nombre de Marx— estas teorías de la economía vulgar que él combatió siempre y por todas partes... estoy completamente convencido de que tiene usted que volver a leer desde el principio hasta el final *El Capital* al mismo tiempo que el libro de B. ...Y además: no se olvide usted de que ese señor B. y otros dominan mucho más que usted y hasta en los detalles la literatura económica pertinente y que este es un terreno en el que usted no lucha con las mismas armas; es el oficio de ellos conocerse esto a la perfección, no el de usted. No se arriesgue, por lo tanto, demasiado por este terreno» [953].

Si la crítica marxista de Lafargue a Leroy-Beaulieu fue un éxito, el mérito le corresponde a Engels. Por el contrario, la polémica contra Pareto, que tuvo lugar diez años después, parece haberla llevado a cabo él solo [954]. Esta polémica es uno de los puntos de partida de las contribuciones de Sorel a la revisión de la teoría marxiana del valor [955]. Es, además, una réplica en terreno francés de la algo anterior confrontación entre Shaw y Wicksteed en Inglaterra. Al igual que Shaw, Lafargue evitó llevar la polémica contra la teoría de la utilidad marginal de un modo verdaderamente profundo en su propio terreno. Repartía muchos golpes de florete muy atinados, pero durante todo

el tiempo sin acertar al corazón teórico de la nueva teoría del valor a la que siempre llegaba con algunos ejemplos convincentes basados en el sano entendimiento humano y en observaciones prácticas. Pareto, por su parte, rechazaba la teoría del valor y de la plusvalía de Marx. Pero también ponía de manifiesto que la teoría del valor-trabajo y de la utilidad marginal podían ser vistas bajo determinadas condiciones como descripciones complementarias del proceso de cambio.

La crítica de Pareto fue publicada en francés en una selección de *El Capital* que al cuidado de Lafargue apareció en 1893 [956]. Atacaba el concepto de capital y las teorías del valor y de la plusvalía de Marx así como las partes históricas del primer tomo de *El Capital*. Al igual que Leroy-Beaulieu anteriormente, Pareto tampoco estaba particularmente familiarizado con el objeto de su crítica [957]. Sus puntos de partida políticos, además, eran completamente diferentes de los de Lafargue: por aquella época todavía profesaba una forma muy extremada de la filosofía del librecambio [958] y, como la mayoría de los marginalistas, pensaba que los problemas económicos eran, en el fondo, de naturaleza psicológica [959]. Su crítica, así, no resultaba certera en algunos puntos o era arbitraria o parecía basada en una falta de comprensión de lo criticado [960].

El mayor interés está en la consideración que hace Pareto de la teoría del valor. Sus reproches a la teoría del valor-trabajo eran fundamentalmente los siguientes: En primer lugar, afirmaba que partía de un supuesto arbitrario al elevar al trabajo a determinante del valor. Para Pareto, Marx se hacía en este caso culpable de una *petitio principii* [961]. (Es interesante darse cuenta de que Pareto adoptó a este respecto el mismo punto de vista que Knut Wicksell en su crítica de Marx publicada más o menos por estas mismas fechas [962]). En segundo lugar, para que se diese una coincidencia entre las relaciones de cambio y las cantidades de trabajo materializadas en las mercancías debía existir homogeneidad en cuanto a la estructura del capital de las diferentes ramas de la producción y debía haber un paso libre entre las diferentes ocupaciones. La primera de estas dos condiciones no se cumple, pues, en la práctica, la estructura del capital varía de una rama a otra. De aquí Pareto sacaba la conclusión de que, una de dos: o la teoría del valor de Marx no correspondía a los hechos, o se basaba en una hipótesis no demostrada, a saber, que el trabajo determinaba el valor de cambio [963]. Pareto mostraba que la afirmación de que el valor de cambio estaba determinado por el tiempo de trabajo necesario para la producción de las mercancías solo era correcta si se admitía la validez de aquella hipótesis así como la existencia de una estructura del capital uniforme entre las diferentes ramas y de una posibilidad de tránsito libre de unas ocupaciones a otras. Mostraba al mismo tiempo que, en estas condiciones, la teoría del valor trabajo y la teoría de la utilidad marginal llevaban a los mismos resultados [964]. Esto debió parecerles convincente a los marxistas que en aquella época disputaban con la nueva teoría y que estaban invadidos de dudas acerca de la justeza de la teoría del valor-trabajo. La argumentación de Pareto les debió parecer tanto más evidente cuanto que todavía no se había

publicado el tercer tomo de *El Capital*, en el que Marx expone su solución del problema del significado de la estructura de capital para el valor de cambio.

En su respuesta, Lafargue conseguía poner en aprietos a Pareto en bastantes puntos. Mostraba cómo Pareto, en su apología de los capitalistas, había mezclado las funciones del capital y de los capitalistas, que su concepto de capital era ahistórico y que había incurrido en determinadas contradicciones [965]. El punto clave de su exposición estaba en la crítica a la ahistórica concepción que Pareto defendía de las leyes económicas, sobre todo del teorema del librecambio. Esta parte de la crítica aparecía también muy convincente [966]. Sin embargo, Lafargue pasó muy sumariamente por encima del verdadero núcleo de la exposición de Pareto, es decir, la cuestión de las teorías del valor y de la plusvalía. Al igual que había hecho Shaw con anterioridad, Lafargue se contentaba con invocar el sano entendimiento humano y con jugar con su propio sentido del humor:

«Así pues ¿un objeto obtiene valor por el hecho de agradarme? Tomemos un ejemplo. Supongamos que Monsieur Pareto no ha comido en dos días y está cerca de morirse de hambre. Va a una panadería y le gusta tanto el pan que hay en ella que si no se lo come se desmayaría por falta de alimentos. Para no seguir pasando hambre ofrece todo lo que lleva en su portamonedas. Toma el pan, pero no tiene que pagar más que dos *sous*. Saciada su hambre y contento, Monsieur Pareto se dirige ahora a una joyería. Ve un anillo que le gusta. Sin embargo, la necesidad de hacerse con este anillo es mucho menos intensa que la que le impulsaba en el caso del pan. Ahora bien, para hacerse con el anillo ha de pagar bastantes monedas de oro y no basta con un par de *sous*... Ricardo y Smith decían que el valor de cambio estaba determinado por los costes de producción. Los nuevos economistas deshacen esta teoría construida por los padres de la economía política al darle, simplemente, la vuelta a la tortilla: dicen que los costes de producción están determinados por el valor de cambio: a Pareto le encanta esta inversión de los términos. El «Médecin malgré lui» de Molière colocaba el corazón a la derecha y el hígado a la izquierda y todos los que se extrañaban de tal cambio de lugar de los órganos recibían la misma irrefutable respuesta «Es que lo hemos cambiado todo».

La nueva economía enseña, así pues, que los costes de producción de una mercancía dependen de su precio de venta. En este caso, cuando los especuladores almacenan hierro, trigo, aceite o algodón, como ha ocurrido hace poco en Europa y América, y los costes se elevan así en un 20, 40 o 50%, entonces los costes causados por la producción de las mercancías aumentarían también en un 20, 40 o 50%. Es evidente que los especuladores nunca habrían llegado por sí solos a una justificación de este calibre para sus maniobras» [967].

Lafargue podía devolver con pleno derecho a los representantes de la nueva economía la acusación de incurrir en una *petitio principii*. Mostraba, de todos modos, que una teoría del valor de cambio que no tenga suficientemente en cuenta la parte del coste entra necesariamente en conflicto con la realidad. Pero Lafargue, del mismo modo que anteriormente Shaw, tampoco podía emprender la lucha contra sus adversarios en el propio campo de estos, es decir, rechazar la teoría de la utilidad marginal en base a un análisis sistemático de

sus presupuestos, su construcción y sus consecuencias. No estaba preparado para un análisis tal. La consecuencia fue que Pareto y Lafargue establecieron una especie de diálogo de sordos. El problema fundamental siguió sin ser resuelto.

La inseguridad de Lafargue en el campo de la teoría económica se manifiesta también en sus trabajos históricos. Estos ofrecen asimismo un carácter tan general que resulta difícil juzgarlos como un todo. Lafargue no emprendía sus propias investigaciones de base, se apoyaba en fuentes secundarias. Luego agrupaba estas de un modo periodísticamente muy llamativo. Pero de eso no resultaba ciencia sólida. A veces se lanzaba además a interpretaciones arriesgadísimas. Citemos, por ejemplo, su estudio sobre Tommaso Campanella, que sufrió la crítica de Croce [968]. En él relacionaba el nombre del jefe supremo de la Ciudad del Sol, Hoh, con En Soph, que en la Cábala es el ser puro:

«Entre su nombre y el dirigente supremo de la Ciudad del Sol se da una cierta analogía en cuanto al sonido de la palabra y, quizá, tras esto se oculta un sentido escondido de particular importancia. En todo caso, Hoh, cuyo nombre significa metafísica, debería poseer todos los conocimientos y virtudes de los habitantes de la Ciudad del Sol del mismo modo que el ser puro poseía completamente todos los atributos que los hombres poseen parcialmente» [969].

Ahora bien, en el texto original de Campanella el jefe supremo no se llamaba Hoh sino O que se convirtió en Sol en la primera edición latina. Esta denominación era escrita a veces del siguiente modo: ☉. Este signo se reprodujo después en siguientes ediciones con las letras «o» entre dos «h», es decir, «Hoh», lo que no es otra cosa que la denominación del sol. Así, Lafargue únicamente había dejado jugar a su fantasía [970]. En el mismo trabajo interpreta el panteísmo y la transmigración de las almas en la Cábala como la expresión metafísica de las mercancías y su cambio [971]. Según esta interpretación, el panteísmo y la creencia en la transmigración de las almas se debía de haber difundido consecuentemente tanto como el intercambio de las mercancías. Con alguna razón Croce se podía quejar de que Lafargue utilizaba la concepción materialista de la historia como si estuviese dando vueltas a la manivela de un organillo. La consecuencia era que a causa de tal utilización del marxismo este podía caer fácilmente en el descrédito incluso ante los ojos de los científicos mejor dispuestos. Si esto era marxismo, entonces estaba claramente necesitado de revisión.

Un ejemplo semejante lo proporciona el estudio de Lafargue sobre el estado jesuita en el Paraguay [972]. Basó su exposición en una selección limitada de las fuentes disponibles [973]. Sus conclusiones muestran que la crítica de Engels, que entonces ya tenía diez años de existencia, seguía sin perder actualidad. Lafargue llegaba a la conclusión de que el estado jesuita del Paraguay había sido un estado capitalista:

«La República cristiana no era, de ningún modo, una sociedad comunista... Era, mucho más, un estado capitalista en el que hombres, mujeres y niños es-

taban destinados al trabajo forzado y al látigo, y a los que se arrebató todo derecho vegetando en la misma miseria y en la misma depravación por mucho que floreciesen la agricultura y la industria, por grande que fuese la marea de bienes que produjesen» [974].

Esta caracterización no le impedía definir, al mismo tiempo, al estado jesuita como «una combinación, inteligente y lucrativa, de la servidumbre y la esclavitud. Al igual que los siervos, los indios convertidos estaban obligados a procurarse por sí mismos su sustento y al igual que los esclavos les estaba vedado cualquier tipo de propiedad» [975]. Prácticamente en la misma frase, Lafargue definía la organización social establecida por los jesuitas en la región de La Plata como esclavismo, feudalismo y capitalismo [976]. Ante esto se plantea casi involuntariamente la cuestión de cómo manejaba Lafargue la teoría general del desarrollo de los sistemas sociales de Marx, es decir, la concepción materialista de la historia. Esto queda claro en el trabajo de Lafargue que más se difundió, su ensayo sobre el «materialismo económico» de Marx, que parece haber jugado cierto papel en la segunda mitad de los años ochenta en la popularización del marxismo tanto en Francia como en Alemania. A este respecto hay que observar que Engels no tenía que hacer abiertamente ninguna objeción de principio al ensayo con la excepción de determinados puntos teóricos. Y esto tampoco era tan importante, pues aconsejó tanto a los socialdemócratas alemanes como a los americanos la traducción del ensayo [977].

El ensayo de Lafargue trataba tres temas: el idealismo y el materialismo como visiones del mundo en la historia, la teoría de la evolución de Darwin y la teoría de la lucha de clases. Destacaba determinados rasgos básicos de las teorías marxianas y, entre otros, que los cambios decisivos de la historia hay que buscarlos en las relaciones materiales (económicas); que el progreso en el capitalismo no comporta ningún beneficio para la clase obrera; que la lucha por la existencia que tiene lugar en la naturaleza tiene su correlato en la sociedad en la lucha entre las clases, y que la clase obrera se ha de hacer con el poder político si quiere mejorar duraderamente sus condiciones de vida. Lafargue explicaba estos principios en forma fácilmente inteligible y, a menudo, divertida. Hasta cierto punto era indispensable una simplificación de la teoría dados los fines que se proponía. Pero en su deseo de destacar las fuerzas materiales, Lafargue convertía las fuerzas ideales en puras ilusiones idealistas [978]. Es sintomático también de cómo entendía el marxismo la segunda generación de marxistas el hecho de que el ensayo se ocupe por lo menos tanto de la teoría darwiniana de la evolución como de Marx [979]. Incluso el apartado dedicado a la lucha de clases contiene casi más descripciones y más extensas de hormigas y hormigueros que de hombres y sociedades [980]. Su consideración de los mecanismos económicos del capitalismo mostraba una vez más que la teoría económica de Marx era el punto más débil de Lafargue [981]. El ensayo era, así pues, una clara ilustración de las insuficiencias de la recepción de las teorías de Marx y Engels por los marxistas franceses de la época.

Resumiendo se puede decir que era característico de los marxistas franceses la creencia en que de lo que se trataba fundamentalmente era de propagar

las ideas más generales de Marx y Engels. Si esto era algo natural dado el estado de desarrollo que atravesaba el movimiento en aquella época, no era en absoluto evidente que los principios se tuviesen que exponer de un modo tan incompleto e incluso tan falseado. Mientras que se subrayaba intensamente el punto de partida materialista, el método dialéctico tendía a desaparecer por completo. La aplicación práctica de la teoría —entendida por Marx y Engels como su piedra de toque— solo se hacía en la medida más reducida posible y muy superficialmente y tenía una orientación más histórica que actual [982]: esto era, al mismo tiempo, un exponente del hecho de que la unión de los marxistas con la clase obrera y con sus verdaderos problemas todavía estaba muy débilmente desarrollada. El marxismo francés de comienzos de los años noventa era, por esto, un marxismo incompleto. Era —por decirlo con palabras de Engels— «la vieja historia: al principio siempre se descuida la forma a favor del fondo» [983]. La postura crítica adoptada por Engels a principios de los años noventa con respecto a la segunda generación de marxistas concernía, por tanto, en toda su extensión, a los representantes de la teoría en Francia. Las insuficiencias de este marxismo fue una de las condiciones del paso que a principios de la década de los años noventa empezaba a darse desde el marxismo hacia el revisionismo y constituye un aspecto esencial de este paso.

C) DEL MARXISMO AL REVISIONISMO

Los años que van de 1891 a 1893 introducían una nueva fase de desarrollo en el partido guesdista. El partido consiguió entrar en el Parlamento. En relación con esto tuvo lugar una modificación de la conducta ideológica y política del partido. En diciembre de 1891 Lafargue le escribió a Engels:

«En el Congreso de Lyon discutimos un programa municipal que queremos utilizar en todos los sitios: se convertirá en una pieza maestra, dará la imagen de la influencia positiva que ejercemos sobre las masas trabajadoras. Esta influencia es cada día mayor; pronto seremos el partido más fuerte de Francia como la Socialdemocracia lo es de Alemania» [984].

Esta predicción se cumplió más rápidamente de lo que se había esperado. Las elecciones municipales de mayo de 1892 fueron un gran éxito para los socialistas en general y para los guesdistas en particular [985]. La entrada en el Parlamento condujo a que los marxistas franceses empezasen a contar con una vía al socialismo diferente de la de la revolución. «Solo un par de años», escribía Lafargue en septiembre de 1892, «y el Parti Ouvrier se adueñará, por un camino legal y pacífico, del poder estatal» [986]. Las elecciones para la Cámara de Diputados que tuvieron lugar en el año 1893 fueron un nuevo gran éxito. Guesde, que ocupaba por primera vez un escaño en el Parlamento, declaraba ante los trabajadores que le habían elegido en Roubaix que la victoria electoral significaba «casi una revolución», «el comienzo de la revolución que

os hará a todos vosotros hombres libres... por el camino pacífico; por vuestra voluntad hecha ley se hará la transformación» [987]. Laura Lafargue le escribió un poco áridamente a Engels que «Guesde está desde las elecciones en un estado de euforia crónica» y Engels caracterizaba el discurso de Guesde como «simplemente grotesco» [988].

Después de este éxito, el hecho de ganar votos se fue convirtiendo cada vez más en una meta en vez de ser un medio. En la Francia industrialmente poco desarrollada, esto significaba en la práctica dirigir la atención a la baja clase media y, en primer término, a los campesinos. Tras el Congreso de Octubre de 1893, Lafargue le escribió a Engels:

«La meta fundamental de los socialistas es ganar las zonas rurales aun cuando las ciudades no estén, ni de lejos, ganadas; pero en estas la propaganda está, por lo menos, mejor o peor, organizada, mientras que en el campo todavía hay que ponerla en pie» [989].

El resultado fue algo que Engels llamó «un timo en sentido literal». En el Congreso de Nantes de septiembre de 1894 se adoptó un programa agrario que defendía no solo a los trabajadores agrícolas y a los campesinos independientes sino también a los arrendadores que empleaban mano de obra dependiente [990]. La justificación que se daba era que este «pequeño explotador» era explotado a su vez por los más grandes terratenientes [991].

Engels protestó en cartas dirigidas a Lafargue y a otros. Escribió incluso un artículo especial, titulado «La cuestión agraria en Francia y Alemania», en el que abordaba todo el problema de la posición del marxismo con respecto a la clase campesina [992]. En este escrito criticaba abiertamente a los marxistas franceses. Para Engels era correcto intentar ganar para el socialismo a los trabajadores agrícolas y también a los pequeños campesinos; a estos a ser posible aun antes de que la racionalización capitalista de las estructuras les convirtiese en proletarios agrícolas. Esto tenía que llegar a producirse a través de un largo y paciente trabajo de explicación y por la lucha en pro de reformas de modo que los pequeños campesinos llegasen, con el tiempo, a unirse en cooperativas de diferentes tipos; desde un punto de vista negativo bajo la presión de las grandes empresas capitalistas y desde un punto de vista positivo a través del poder del ejemplo junto al apoyo de la sociedad en su conjunto. Por el contrario, nada de esto produciría una propaganda electoral demagógica:

«En el Continente crecen con los éxitos los deseos de nuevos éxitos y se ha puesto de moda intentar literalmente «atrapar al campesino». Primero, los franceses declaran en Nantes por boca de Lafargue no solo (lo que les escribí) que no tenemos ningún interés en acelerar la ruina del pequeño campesinado, cosa que el capitalismo hace por nosotros, a través de una intervención directa por nuestra parte, sino también: que se debería *apoyar* directamente al pequeño campesino en contra del fisco, de la usura y de los terratenientes. Esto es algo en lo que no podemos colaborar porque es, primero, tonto, y segundo, imposible» [993].

En una carta a Lafargue, Engels acusaba a los guesdistas —los «revolucionarios sin compromisos de ayer»— de «inclinarse al oportunismo todavía más decididamente que los alemanes» [994]. En una significativa carta a Lafargue escrita por Engels en noviembre de 1894 se pone de manifiesto hasta qué punto consideraba grave la situación. En esta carta decía que tanto los marxistas franceses como los alemanes habían ido tan lejos en su oportunismo que no podrían ir todavía más allá sin «traicionarse a sí mismos»:

«De hecho usted se ha dejado llevar un poco demasiado al oportunismo. En Nantes estaba usted dispuesto casi a sacrificar el futuro del partido a un éxito del día. Todavía es posible detenerle a usted; si mi artículo pudiese contribuir a ello me alegraría mucho. En Alemania, donde Vollmar se ha permitido aplicarles a los grandes campesinos bávaros poseedores de diez a treinta hectáreas los beneficios que usted les ha prometido a los pequeños campesinos franceses, Bebel ha recogido el guante y se discutirá a fondo el problema; no desaparecerá del orden del día hasta que no esté resuelto. Habrá leído usted el discurso de Bebel en el segundo distrito electoral de Berlín en *Vorwärts*. Se queja, con razón, de que el partido se aburguesa. Esta es la desgracia de todos los partidos extremos en cuanto suena la hora de lo «posible». Pero el nuestro no puede atravesar, en este sentido, ciertos límites sin traicionarse a sí mismo y me parece que en Francia y en Alemania hemos alcanzado este punto. Afortunadamente todavía estamos a tiempo de parar» [995].

Los guesdistas no hicieron caso de la crítica de Engels. Tanto Lafargue como Guesde llevaron al Congreso de Lille de junio de 1896 informes sobre la cuestión agraria que, por el contrario, contenían críticas al punto de vista de Engels. Su programa, por lo demás, fue adoptado más tarde por el Partido Socialista Unificado, que se creó en 1905. En aquellos momentos los dirigentes marxistas franceses se habían adherido incluso programáticamente al socialismo reformista. Esto ocurrió cuando, con motivo de una festividad a finales de mayo de 1896 que tuvo lugar en el barrio Saint-Mandé de París, Alexandre Millerand propuso la plataforma común de los socialistas franceses [996]. Según esta, el socialismo surgía del capitalismo como una «secreción del capitalismo».

El anteriormente radical Alexandre Millerand pertenecía, como Jaurès, al grupo de socialistas reformistas denominados «Les Indépendants». Tenía débiles bases organizativas. Su influencia se basaba fundamentalmente en su actividad parlamentaria. Esta era muy amplia. De hecho fueron Millerand y Jaurès los primeros —los más activos y mejor dotados para la oratoria— que entraron en el Parlamento como representantes del socialismo. Los guesdistas dependían del apoyo de Millerand y de los demás socialistas independientes porque estos constituían el grupo dominante de entre los socialistas que estaban en el Parlamento [997]. Esto inquietaba a Engels, quien serenamente se daba cuenta de que eran Millerand y Jaurès y no Guesde y Lafargue quienes daban el tono socialista en el Parlamento francés. Definía entre otros a Millerand como un «también-socialista» [998]. Por esto, cuando ante las elecciones de 1893 los guesdistas establecieron una alianza con Millerand, Engels subrayó la conveniencia de que los guesdistas mantuviesen su independencia en

el seno de la alianza [999]. Sin embargo, esta colaboración era demasiado provechosa para que los guesdistas se hubiesen inclinado a prestar oídos a las advertencias de Engels:

«Es completamente correcto que Millerand haya encontrado apoyo entre nuestra gente. En Lyon y en Reims por poco le silbaron los obreros y en Lille fue recibido muy fríamente hasta que le acogió nuestro partido.

Pero Millerand, en la búsqueda de una popularidad que le es imprescindible para el papel que aspira a jugar, nos ha prestado, por su parte, un importante servicio al haber ganado un gran número de pequeños burgueses que hasta ahora se habían mantenido alejados y que en Guesde y en Paul y en sus discípulos veían al mismísimo diablo» [1000]. Nada menos coherente con este planteamiento que el siguiente episodio de la historia.

En las elecciones de 1896 volvieron a colaborar los socialistas de las diferentes fracciones. Fueron un gran éxito: los candidatos socialistas obtuvieron 1,4 millones de votos, más del doble de los que habían obtenido en 1893. Para celebrar la victoria electoral se reunieron el 30 de mayo de 1896 seiscientos socialistas presididos por Millerand, Jaurès, Guesde, Lafargue y Vaillant en un banquete en Saint-Mandé, París. La alocución más importante la pronunció Millerand. En su discurso propuso lo que él llamó el programa común de las diferentes fracciones socialistas.

¿Cuáles eran las metas y los medios de los socialistas? ¿Era correcto que los socialistas borrasen la libertad, confiscasen la propiedad privada y utilizaran la violencia metódicamente? Para Millerand la respuesta era: ¡No! La meta del socialismo era el desarrollo total del individuo singular, cosa que se basaba en dos premisas mutuamente dependientes; primero, en la apropiación privada, «es decir, la propiedad»; segundo, en la libertad «que no es más que una palabra hueca si no cuenta con la propiedad como base y apoyo» [1001].

Pero ¿y el colectivismo, «esta palabra llena de terrores»? El colectivismo no era para Millerand otra cosa que la «constatación de fenómenos que se desarrollan ante nuestros ojos. No se crea colectivismo y no se creará colectivismo: él se crea diariamente a sí mismo; es —si se me permite decirlo así— la secreción del orden social capitalista» [1002]. Era socialista aquel que aceptase que el derecho de propiedad capitalista había de ser sustituido por la propiedad social en la banca, en los ferrocarriles, en la minería y en algunas otras industrias. Entre estas «otras industrias» Millerand citaba las refinerías de azúcar que estaban maduras para ser estatalizadas a causa de su alto grado de monopolización y de sus altos beneficios. Millerand subrayaba que se trataría de una socialización *gradual*:

«Hablo de una socialización gradual (*incorporation successive*). Naturalmente que ningún socialista se ha imaginado, ni aun en sueños, transformar el orden social capitalista con solo darle un toque con la varita mágica ni tampoco se ha imaginado nadie la construcción de toda una nueva sociedad a partir de la pura nada» [1003].

En esto se podía ver claramente lo cómico de acusarles a los socialistas de querer alcanzar sus metas por medio de la violencia. Los socialistas, que eran todos en primer lugar republicanos, ¿tendrían que apelar al prestigio ilusorio

de un nuevo pretendiente al trono o a las fantasías bélicas de un dictador? El medio para llegar al socialismo ya estaba inventado: el sufragio universal:

«Apelamos únicamente al sufragio universal; queremos, después, liberarlo económica y políticamente. Reclamamos, tan solo, el derecho a convencer. No me puedo imaginar que alguien nos atribuya la estúpida idea de que abrigamos la intención de recurrir a métodos revolucionarios frente a un Senado al que solo enérgicos ministros radicales podrían hacer entrar en razón» [1004].

En último lugar, Millerand afirmaba que los socialistas franceses eran también internacionalistas. Pero, a este respecto, el patriotismo y el internacionalismo se fundían. Resumía del siguiente modo: «Estos son, ciudadanos, en mi opinión, los tres puntos fundamentales que resultan necesarios y suficientes para la caracterización de un programa socialista: intervenciones estatales orientadas a la nacionalización de diferentes tipos de medios de producción y cambio capitalistas en la medida en que estén maduros para pasar a propiedad social; conquista del poder del estado a través del sufragio universal; unión internacional entre los trabajadores» [1005].

Este era un programa claramente reformista y de esto debieron darse perfecta cuenta los marxistas que se encontraban presentes. Pero a mal tiempo hicieron buena cara [1006]. Un par de años antes, Engels había criticado duramente a los socialistas franceses por su «socialismo de estado» y por su adoración a las reformas estatales republicanas queridas por sí mismas, reformas que figuraban precisamente en el programa de Millerand [1007]. Sin embargo nadie excepto Guesde hizo ningún brindis entusiástico favorable al discurso de Millerand que en su opinión constituía un programa para la unión entre las fuerzas socialistas, «una unión incondicional» [1008]. Aludía ciertamente a la eventualidad de una solución revolucionaria del problema del poder en el caso de que la burguesía yugulase el sufragio universal [1009]. Pero la impresión general era muy favorable y los guesdistas defendieron el programa contra críticos que afirmaban que la socialización gradual preconizada por Millerand significaba alejar el socialismo hasta las calendas griegas [1010].

Cuando en 1899 Millerand entró como ministro de comercio en el gabinete de Waldeck-Rousseau, provocando una crisis en el seno del socialismo francés, Lafargue reconoció que el partido había cometido un error oportunista:

«No hemos criticado públicamente el credo de Saint-Mandé nunca porque pensábamos que su elasticidad e indeterminación podrían ser útiles para llevar hacia el socialismo a una parte de la élite de la burguesía que nuestra demasiado precisa propaganda no ha podido conquistar» [1011].

Pero entretanto Millerand había empezado ya a desarrollar una política que solo la oratoria de Jaurès podía hacer coincidir con los principios del socialismo científico [1012]. La postura de los guesdistas con respecto al programa de Saint-Mandé tampoco era un acontecimiento aislado [1013]. Aun cuando después de 1899 se opusiesen al millerandismo y al socialismo de ministerio, no volvieron de ningún modo al marxismo revolucionario inicial. En el nuevo partido unificado, creado en 1905, los guesdistas cayeron más bien en el ala

derecha con el tiempo [1014]. La «frontera» que Engels había confiado en 1894 que no sería sobrepasada por los guesdistas había sido atravesada.

D) LAS CARTAS DE SOREL A CROCE

En este marco no es difícil de comprender que Georges Sorel pudiese aparecer a mediados de los años noventa —y también entre marxistas (por ejemplo Labriola)— como uno de los portavoces más destacados del marxismo en Francia. Tras la suspensión de la revista *L'Ère Nouvelle*, acaecida en noviembre de 1894, *Le Devenir Social*, revista fundada por Lafargue, se convirtió, entre otras, por dos años y medio, en la tribuna principal de Sorel. El objetivo principal que quería conseguir publicando sus artículos en *Devenir Social* era «completar y mejorar el marxismo de acuerdo con los principios de Marx, pues yo me atenia más al método que a la letra» [1015]. Es extremadamente difícil dar una imagen sintética del resultado, al ser la producción literaria de Sorel tan difusa, tan heterogénea y tan contradictoria. En lo que sigue solo podremos, por tanto, destacar algunos rasgos característicos [1016].

Aun cuando la posición de base de Sorel con respecto al marxismo no se modificase probablemente nunca, a veces podían salir a la superficie algunos elementos de su concepción y a veces otros completamente diferentes. Estas oscilaciones estaban ligadas entre otras cosas a la impresión que en él causaban las ideas y las personas que iba conociendo. A partir de mediados de los años noventa se hace posible seguir, entre otras cosas, su verdadera opinión sobre el marxismo en su correspondencia con Croce [1017]. Esta correspondencia proporciona un importante hilo conductor asimismo en lo que se refiere al enjuiciamiento de su relación con la disputa entre marxismo y revisionismo. En la correspondencia podía expresar abiertamente sus dudas y sus críticas.

En octubre de 1896 Sorel abordó el problema de la posición del marxismo hacia las revoluciones sociales (una cuestión que estaba tratando al mismo tiempo en su estudio sobre Vico). No veía, como Marx, en el proletariado moderno al heredero de los antiguos plebeyos, del *popolo minuto* de las ciudades medievales italianas o de los *sans-coulottes* de la Revolución francesa. Establecía por el contrario una separación absoluta entre las luchas de clases antes y después del advenimiento del capitalismo industrial. La vocación del proletariado moderno no era la revuelta, sino la organización de la producción:

«Los resultados de las guerras civiles que se producían en las repúblicas de aquella época eran casi siempre desgraciados: si el socialismo logra desembarazarse de las cadenas que por todas partes le ligan demasiado con la demagogia radical podría llegar a resultados que Marx no había previsto» [1018].

Es cierto que todavía en junio de 1897 —con motivo de la discusión sobre la desintegración del marxismo— defendía una «vuelta a Marx». Pero previa-

mente hacía culpables únicamente a los discípulos de Marx de la decadencia, cosa que era tan solo una parte de la verdad [1019]. Además, esta «vuelta a Marx» tenía que seguir la línea trazada por Merlino. Sorel se mostraba contento de que Croce hubiese estado de acuerdo con las ideas por él expresadas en la recensión de octubre de 1897 al libro de Merlino *Pro e contro il socialismo*. Temía al mismo tiempo, no obstante, que esta toma de posición pudiese tener una influencia «herética» en Francia [1020].

Por esta época, la ruptura de Sorel con los marxistas «ortodoxos» era casi total. En noviembre de 1897 se quejaba de haber sido casi «excomulgado» por Lafargue por «haber expresado dudas acerca de la división en clases: me pregunto ¿qué van a decir sobre usted los ortodoxos puros? Sería interesante saber lo que diga Kautsky» [1021]. Daba comienzo, después, a una crítica a Engels que se convertirá a partir de entonces en un tema constante en sus cartas a Croce. Engels, en su opinión, había falseado a Marx [1022]. En noviembre de 1897 Sorel escribió:

«Me parece algo seguro que Engels se desvía más de una vez de la interpretación verdaderamente científica del pensamiento de Marx: me parece que esto responde al hecho de que Engels tenía tan solo una formación filosófica general parecida, más o menos, a la formación de un profesor; me parece que en el *Anti-Dühring* (al menos en lo que de él está traducido) expone las teorías de los filósofos con alguna ligereza y que del hegelianismo en particular no tenía una idea demasiado clara. Engels ha ejercido mucha influencia para llevar al materialismo histórico por el camino del evolucionismo haciendo así de él una *dogmática absoluta* poco fundamentada en comprobaciones empíricas críticas: así, ha introducido el concepto de *factor determinante* [1023] ha negado con sutiles argumentos la influencia de la violencia directa [1024], ha expuesto la historia en términos de un desarrollo fatal, ha introducido confusión en las ideas del socialismo con hipótesis tomadas de Morgan, unas hipótesis que carecen de interés en el socialismo y que están en contradicción con el más exacto conocimiento que se posee sobre las instituciones primitivas. (Esto es lo que Flach nos ha mostrado en su curso del Collège de France)» [1025].

Pero también Marx había heredado perjuicios de Hegel y del incomprensible método dialéctico:

«Cuanto más se estudia a Marx, tanto más difícil se hace comprender correctamente la verdadera relación existente entre él y Hegel y Feuerbach. Usted también ha visto, naturalmente, que esta relación tampoco es tan simple como corrientemente se cree: las formulaciones en las que Marx se refiere a sus puntos de vista son muy oscuras; pero lo que me parece sobre todo oscuro es el *método dialéctico*: se habla de él como de algo muy fácilmente inteligible y, cuanto más me paro a mirar las cosas, menos lo entiendo. Supongo que si se estudiase a fondo *La Sagrada Familia* se llegaría a comprender lo que Marx pensaba; pues utiliza la expresión *dialéctico* con muchos significados diferentes. Me creo con gusto que para él la dialéctica era casi una especie de ritmo análogo a aquellos a los que tantos filósofos anteriores a él se han referido: pero en ese caso ya no es ninguna ley sino una opinión subjetiva solamente (de una utilidad muy dudosa). No pienso que fuese esto para Marx; pero pien-

so que Marx nunca ha intentado precisar sus opiniones a este respecto. ¿No será ya el momento de tachar la expresión *dialéctica* y todo lo que tenga algo que ver con la *negación de la negación*? Esto sería un gran progreso pues todo este aparato hegeliano no nos dice nada a nosotros, hombres de hoy» [1026].

En enero de 1898 expresaba su inseguridad asimismo en lo concerniente a la cuestión de la interpretación de la teoría del valor de Marx.

No podía leer el tercer tomo de *El Capital* [1027]. Pero esperaba que Croce escribiese una historia crítica de la formación del pensamiento marxiano para que al menos pudiese ver qué había de hegeliano en el método de Marx [1028]. Un par de semanas más tarde añadió encantado a esto: «Pareto me escribió que usted y Labriola son los «racionalistas» del marxismo y casi *herejes*» [1029]. En abril se enfrentó de nuevo a la cuestión de la dialéctica, que en Marx y Engels no era más que un resto del idealismo filosófico. Lo que le faltaba al socialismo moderno eran «indicaciones en la cuestión de la moral y de la religión». Con lo que se le abrían las puertas de par en par a las utopías idealistas. Un socialismo sin moral y sin religión era un socialismo poco realista. Esta carencia de Marx y Engels era, así, también una expresión de utopismo e idealismo. En Engels sobre todo quedaban más vestigios idealistas de lo que comúnmente se creía:

«Engels se imagina la historia económica como un idealista: esclavitud, servidumbre y trabajo asalariado se siguen unos a otros exactamente como si fuesen momentos hegelianos; ocurre lo mismo con el sucederse de los estadios de la civilización consignado en su notable libro sobre el *Origen de la Familia*. ¡La idea de que *la clase obrera sea la heredera de la filosofía clásica alemana* [1030] solo podía nacer de un hombre lleno de hegelianismo de escuela mal digerido! Creo que hay que explicar todas las ideas engelsianas desde este punto de vista. Las discusiones, en particular con Dühring, acaban en sutilezas metafísicas (en una metafísica de escuela sobre causas, efectos, etc.).

Lamento que nuestro amigo Labriola haya seguido a Engels en algunas de sus fantasías idealistas y en particular en lo de la *negación de la negación*. Creo también que es en el *Anti-Dühring* donde cita la frase de Spinoza «definitio est negatio» y la interpreta en un sentido que me parece que no es el de Spinoza. No estoy lo suficientemente familiarizado con estas cosas como para estar seguro, pero me parece que Spinoza no pensaba, en absoluto, *en la negación hegeliana*» [1031].

La dialéctica era, tanto para Sorel como para muchos otros marxistas franceses, la piedra de toque, pues procedían de una tradición filosófica completamente diferente a la de los marxistas alemanes. El siguiente paso de una carta de aquella época aproximadamente proporciona un expresivo ejemplo de las dificultades con que se encontraba Sorel en este punto:

«Por lo que se refiere a la interacción entre los *modos de producción* y los *modos de distribución*, ¿ha observado usted que Engels dice que en nuestra época no se encuentran en armonía y que la meta de la revolución social consiste, precisamente, en ponerlos en armonía? Marx dice unas veces que las relacio-

nes sociales están determinadas por las fuerzas productivas y otras veces que pueden no estar en armonía» [1032].

A Sorel se le hacía, de este modo, difícil entender que el cambio constante, tomado por la dialéctica como un dato básico, podía conducir a veces a un equilibrio y a veces a una contraposición entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción y de cambio y que, por esta razón, podía darse una armonía temporal o una falta temporal de armonía entre estas dos partes de la estructura económica.

A lo largo del año 1898 se hizo patente que Sorel había roto completamente con el marxismo. Sus juicios sobre el marxismo se hicieron cada vez más negativos:

«No creo que los razonamientos de Marx sean hoy de mucha utilidad. Las leyes que desarrolla en *El Capital* no iluminan ninguno de los problemas actuales que tienen su origen en su totalidad en diferencias de productividad, en los cambios rápidos que experimenta la industria, en el *fenómeno del cambio*.

No conozco ni una sola cuestión que haya sido aclarada por los marxistas. Lo que Marx dice sobre las crisis es muy pobre y sin originalidad. Ha explicado los conceptos de trabajo, fuerza de trabajo, modo de producción, es decir, cosas que se pueden esclarecer por medio de la metafísica: hoy hay que pasar a otras cuestiones» [1033].

Se mostraba «muy satisfecho» de que Croce valorase positivamente su prólogo al escrito de Merlino *Formes et essence du socialisme* y aseguraba que no se iba a seguir preocupando por las tonterías de los socialdemócratas: «Son burros» [1034]. Así acabó rompiendo definitivamente con el marxismo. Se preguntaba si la concepción materialista de la historia no sería, en realidad, solamente «una de las chifladuras de Engels». Por lo demás todo lo que Engels había tocado «se había deformado de un modo desgraciado» [1035]. Medio año después declaraba misantrópicamente: «Ya no hay nadie en Francia que sea seriamente marxista como antes» [1036]. Se felicitaba naturalmente por la entrada en liza de Bernstein [1037]. Pero cuando Kautsky inició la polémica contra Bernstein, dijo de Kautsky: «Este último es decididamente un imbécil» [1038].

La posición de Sorel con respecto al marxismo y al revisionismo, tal como se pone de manifiesto en su correspondencia con Croce, se puede sintetizar del siguiente modo. Las cartas contradicen definitivamente la afirmación de que Sorel fuese marxista durante su etapa de colaborador en la revista *Devenir Social*. Al principio de su colaboración —como también con anterioridad— su actitud con respecto al marxismo era de buena disposición y quería «completar y mejorar» esta teoría. El método a emplear para llevar esto a cabo era la «vuelta a Marx». La correspondencia muestra sin lugar a dudas que hizo esfuerzos casi patéticos para alcanzar esa «vuelta». Pero también muestra que Sorel estaba muy lejos de tener claro qué era en realidad a lo que quería volver. Rechazaba completamente a la segunda generación de marxistas (Lafargue, Kautsky, etc.). Cuando en el año 1897 se llegó a la «crisis del marxismo», Sorel fue arrastrado y se adhirió casi completamente a las ideas de Merlino. A partir de este momento, las tomas de posición de Sorel hacia de-

terminados teoremas básicos del marxismo fueron cada vez más definitivas. Se oponía, fundamentalmente, a la concepción materialista de la historia y al método dialéctico. Sus objeciones a la concepción materialista de la historia eran, en esencia, las siguientes. Negaba por principio que fuese posible predecir el proceso de desarrollo histórico; que los estadios enumerados por Marx y Engels —esclavitud, servidumbre, trabajo asalariado— tuviesen alguna relevancia; que hubiese habido lucha de clases con anterioridad al comienzo del capitalismo industrial, y que la base económica fuese el factor en última instancia determinante en la historia. El otro pilar del marxismo —el método dialéctico— parece haber sido algo completamente misterioso para Sorel. Afirmaba, sin embargo, enérgicamente que había que limpiar al marxismo de toda carga dialéctica. Se callaba qué es lo que quedaría del marxismo después de llevar tal cosa a cabo. Su única propuesta más concreta era que había que completar al marxismo con determinados elementos éticos con el fin de hacer más realista la teoría. Pero tampoco desarrollaba más esta idea. Por esto Sorel aparece en su correspondencia con Croce no como un marxista sino como un espectador exterior y —a partir de 1897— cada vez más crítico del marxismo.

E) SOREL COMO REVISIONISTA, I

¿Muestran, quizá, sus textos destinados a la publicación una imagen diferente? Es un trabajo fatigoso llegar a conseguir una visión sintética a partir de la multiplicidad de sus artículos, prólogos, epílogos y reflexiones. De todos modos sí es posible detectar con claridad la tendencia que recorre todos estos escritos. Muy raramente se encuentran valoraciones positivas del marxismo y se limitan en lo esencial a los primeros artículos de *Devenir Social* [1039]. Su reproche fundamental a Marx y Engels era —y esto ya estaba claro en lo que se ha dicho acerca de las cartas de Croce— que estaban sometidos a la influencia de Hegel [1040]. A Engels le negaba cualquier comprensión de la filosofía y de la ciencia moderna [1041]. Quería separar, así, el mensaje revolucionario del marxismo de lo que él consideraba como sus elementos científicos [1042]. En este empeño, la dialéctica —portadora del bacilo de la revolución— era el blanco esencial de la crítica de Sorel. Aun cuando opinaba que la dialéctica era algo «muy difícil de entender» [1043], la condenaba como «un juego de palabras» [1044].

Ya de lo dicho hasta ahora se desprende con suficiente claridad la armonía existente en puntos importantes entre la crítica de Sorel al marxismo y la crítica de Bernstein. Pero en lo que se refiere a la visión básica sobre aspectos de teoría de la ciencia, el parentesco con Croce es, todavía, más tangible. Es imposible establecer firmemente quién produjo originalmente las ideas y quién se apropió de ellas. Lo más probable es que Sorel tomase de Croce algunas de las ideas más fundamentales elaborándolas autónomamente después hasta sus últimas consecuencias. Mucho más aún que Croce, Sorel trazó una

línea de separación abrupta e insalvable entre la ciencia natural y la ciencia social-historia. En el mundo de la física y de la química actuaban leyes causales, todo suceso se hallaba unívocamente determinado y el desarrollo se veía gobernado por leyes mecánicas que actuaban sobre cualquier suceso singular concebible [1045]. En las ciencias de la sociedad y en la historia la situación era muy diferente. Los acontecimientos sociales eran «ficciones privadas de realidad individual» y no estaban causalmente determinados. No había ningún suceso con respecto al cual fuese posible penetrar hasta las «causas verdaderas». Tan solo era posible establecer empíricamente la sucesión de los acontecimientos más importantes [1046]. Resumiendo, la historia era para Sorel solamente «un hecho dado de una vez por todas. El concepto de causalidad, por tanto, no nos puede hacer avanzar aquí» [1047].

La regularidad que creemos poder percibir en la historia existe, así, tan solo en nuestra propia imaginación [1048]. Pero como el acontecer histórico no estaba determinado causalmente y no mostraba ninguna regularidad, tampoco estaba ligado a leyes. Sorel varía incontablemente esta opinión; sus formulaciones recuerdan mucho a Croce. Aquellas frases de Marx en la introducción a *El Capital* en las que habla de las «leyes naturales de la producción capitalista» que actúan «necesariamente» por lo que «el país industrialmente más avanzado... muestra al menos desarrollado su propia imagen futura» [1049] provocan la enérgica oposición de Sorel. En su opinión este teorema era «una hipótesis incontrollable». Pero su argumentación era muy vaga. Se contentaba con establecer que el desarrollo del capitalismo estaba determinado no solo por el desarrollo de la producción capitalista sino también por las tradiciones históricas y por las concepciones jurídicas heredadas, lo que, en verdad, Marx no negaba.

Sorel encontraba por esto en Marx no leyes y teorías científicas sino, tan solo, un método analítico que podía ser utilizado fructuosamente para determinados períodos históricos. Pero para la época moderna este método no se podía aplicar «del modo más general» [1050]. Muy consecuentemente, Sorel rechazó por tanto la idea de que el marxismo fuese por oposición al socialismo utópico un socialismo científico:

«Los socialistas se equivocan si lo que quieren es fundar un *partido científico*; la Iglesia también quería ser científica... Los escritores católicos se preocupan mucho por armonizar las tradiciones con el progreso de las ciencias» [1051].

Pero si la historia era solamente una «mezcla heterogénea» (*mélange hétérogène*) [1052] que únicamente permitía ciertas «interpretaciones» [1053] vagas, entonces, todo juicio histórico se quedaba en mera «hipótesis» [1054]. No es de extrañar que Sorel, desde este punto de partida, rechazase la teoría de los estadios de la concepción materialista de la historia. Ante Labriola llegaba a admitir que había habido períodos históricos que habían mostrado una regularidad suficientemente clara como para permitir una cierta comprensión más profunda de los hechos históricos [1055]. Pero esta concesión era completamente pragmática. Sorel no veía en la historia ni estadios ni progreso [1056]. En su opinión, los acontecimientos históricos no respondían a ninguna coherencia interna necesaria. Tenían tan solo un lazo de unión cronológico: se

sucedían unos a otros a lo largo de un eje temporal común [1057]. Según Sorel, en la historia no aparecían formaciones económicas homogéneas sino, más bien, diferentes sistemas económicos existiendo al mismo tiempo. El capitalismo y el socialismo tampoco eran estadios sociales que se sucediesen, sino dos principios jurídicos diferentes «que tienen que existir simultáneamente para garantizar la verdadera justiciaren la sociedad» [1058]. El socialismo estaría marcado, por tanto, por un colectivismo parcial, es decir, por una economía mixta [1059].

Dado que el acontecer histórico no estaba causalmente determinado ni se hallaba sometido a leyes ni discurría a través de determinados estadios, tampoco se podían hacer predicciones acerca de él. Esta idea es también una constante en la concepción soreliana. Está dispuesto a sostener la existencia de un canal de unión entre el presente y el pasado. Pero entre el presente y el futuro corta todo posible lazo de unión. La historia está en su totalidad en el pasado y todo lo que pudiésemos decir sobre el futuro sería «pura hipótesis, pero una hipótesis necesaria para darle una base a nuestra acción» [1060]. La hipótesis acerca del acontecer futuro no tenía, así, en Sorel, el carácter de una prognosis empíricamente fundamentada, más o menos probable. Se trataba de una imaginación con una base completamente subjetiva y emocional sin ninguna especie de valor empírico de verdad; era lo que más tarde había de denominar él mismo mito. Esta concepción puede derivarse de la visión básica soreliana sobre aspectos de teoría de la ciencia a la que se ha aludido más arriba. El correlato político de este modo de ver las cosas era considerar absurda toda idea que se plantease la aparición de un nuevo estadio del desarrollo social, el socialismo, surgido del capitalismo.

Es evidente que si se considera completamente hipotético cómo vaya a desarrollarse el futuro, el ahora se convierte en lo único real. No existe ninguna meta para el desarrollo —el movimiento lo es todo [1061]. Sorel llegó también a esta conclusión. Siguiendo a Merlino y a Bernstein, manifestaba que el tipo de sociedad al que aspiraban los socialistas no se hallaba en el futuro sino «en el presente» y «en nuestros propios corazones» [1062]. La formulación de Bernstein según la que el movimiento lo era todo, la meta nada, encontró, de este modo, el acuerdo completo de Sorel. Al igual que Bernstein, buscaba, al mismo tiempo, una interpretación empírica: el capitalismo iba a vivir todavía mucho tiempo y era ocioso, por tanto, romperse la cabeza pensando en la futura sociedad socialista. De todos modos, hay que subrayar que la formulación de Bernstein se halla ya presente en la filosofía de la historia soreliana.

Si no existía ninguna meta para el desarrollo social ¿tenía algún sentido la acción? ¿No llevaba necesariamente la concepción de Sorel a una paralización de la acción? Para Sorel esto ocurriría tan solo si se la interpretaba al pie de la letra. Era importante darles un sentido definido a las aspiraciones e investigar el contenido psicológico de las instituciones comprendidas en el momento de aparecer [1063]. Pero su objetivo no iba más allá. Es evidente que sus explicaciones tampoco podían ir más lejos sin poner al descubierto demasiado claramente la arbitrariedad de sus puntos de partida [1064]. Para él era importante llegar al punto en el que el socialismo no era otra cosa que «el movimiento

obrero», «la revuelta del proletariado en contra de las instituciones patronales» y «la organización económica y ética que vemos aparecer ante nuestros ojos y en lucha contra las tradiciones burguesas» [1065].

Como en la concepción crociana la historia aparecía prácticamente como una acumulación heterogénea de acontecimientos y hechos inaccesible a cualquier interpretación racional, se podía esperar que él mismo se hubiese opuesto a todo intento de imponer la unidad en la diversidad. Sin embargo no es este el caso. Al contrario; tenía ideas muy determinadas de las fuerzas y de las interrelaciones causales que actuaban en la historia. Rechazó el teorema básico de la concepción materialista de la historia según el cual el factor determinante en última instancia en la historia es la economía [1066]. La economía, al igual que el derecho y la política, son para Sorel productos de la conciencia humana, tres caras diferentes de la acción humana: «Así, decir que este o aquel hecho es de naturaleza económica, jurídica o política, no pasa de ser una figura retórica; en sí mismo se trata, en realidad, de un hecho» [1067]. La conexión que liga la base económica con la superestructura político-ideológica está sometida, para Sorel, a un cambio tan intenso que «no se la puede expresar en una fórmula general. Esto no se puede caracterizar como determinismo porque no hay nada que determinar» [1068]. La armonía que pudiese existir entre base y superestructura no estaba causalmente determinada. Como mucho era un producto de causas accidentales o, en todo caso, desconocidas. Tan solo era posible *constatar* la armonía en su caso [1069]. Sorel reconocía tan solo la posibilidad de que las relaciones económicas influenciasen, por ejemplo, el desarrollo espiritual en el sentido de facilitar la aparición de determinadas tendencias en vez de otras [1070].

Aun cuando Sorel negaba por principio el papel de toda forma de causalidad, determinismo y legalidad en la historia, pensaba poder no solo rechazar la concepción materialista de la historia sino sustituirla por una concepción de la historia *nueva y diferente* en la que el derecho y la moral fuesen las fuerzas históricamente más significativas [1071]. En la medida en que Sorel estaba en posesión de una concepción de la historia, esta era tan idealista como la de Croce. Ya en su estudio sobre Vico había intentado fijar el lugar del derecho y la moral en la concepción materialista de la historia [1072]. Reinterpretando a Engels llegó con el tiempo a la opinión de que, junto a las relaciones de propiedad, las *relaciones familiares* (*les rapports affectifs qui se manifestent dans la famille*) constituían también un momento muy significativo en la historia pues la familia era, a la par que la benevolencia (*la bienveillance*) y el derecho humanitario (*la justice humanitaire*), el elemento principal de la vida moral [1073]. Bajo la influencia sobre todo de Merlino, Sorel subrayaba con el mayor énfasis posible que el socialismo era una cuestión *moral*. El socialismo implicaba una transmutación de todos los valores. Al igual que el cristianismo de la época de Constantino, el socialismo se negaba también a aceptar cualquiera de las soluciones que la civilización oficial considerase adecuadas para la humanidad. El socialismo no sabía cuándo podría realizar sus aspiraciones, incluso no sabía si esto ocurriría alguna vez. Pero no por esto dejaba de enfrentarse al mundo burgués como el enemigo irreconciliable amenazándole con

una catástrofe de alcance no solo material sino también moral. Precisamente este era el concepto del que había carecido el socialismo cristiano, razón por la cual no pudo solucionar la cuestión social. El cristianismo quería imponer al proletariado una moral de esclavo. El proletariado, por el contrario, que había adquirido una clara consciencia de sus propias fuerzas, aspiraba a una moral de hombre libre [1074]. En estas frases de corte conscientemente nietzscheano iba a desembocar la concepción de la historia de Sorel en la época en que más intensa influencia estaba recibiendo de Merlino y otros revisionistas socialistas.

Sin embargo, esto no quiere decir que la concepción de la historia soreliana careciese absolutamente de todo lazo de unión con la de Marx. En un punto esta relación era por el contrario reconocidamente clara, a saber, en la cuestión del papel de la lucha de clases en la historia, aun cuando ya hubiese sido puesto de manifiesto por historiadores con anterioridad a Marx. En su primer artículo publicado en *Devenir Social*, Sorel escribió:

«Gracias a la teoría de la lucha de clases, se puede seguir el proceso histórico real, mientras que la teoría de nuestro autor (Durkheim) es únicamente esquemática y lógica. Gracias a la teoría de las clases, los socialistas fijan sus objetivos no de acuerdo a unidades imaginarias, a las necesidades del alma colectiva y otras tonterías sociológicas, sino a los hombres reales que actúan como grupos en la sociedad» [1075]

Pero en la medida en que el momento idealista iba cobrando cada vez mayor importancia en su teoría de la sociedad, Sorel reinterpretaba la teoría de la lucha de clases también en un sentido idealista. Las bases de la diferenciación en clases y de la lucha de clases ya no eran, como en Marx, la posición de cada una de las clases con respecto a los medios de producción sino las disposiciones subjetivas de las clases [1076]. La meta de la lucha de la clase obrera tampoco era ya el poder político sino la conquista del derecho. Había que diferenciar, en opinión de Sorel, aquellas luchas de clases que habían tenido por objetivo la conquista de medios para la explotación de los que trabajaban de aquellas que tuviesen como objetivo la conquista de derechos. Tan solo estas últimas eran luchas de clase «en sentido marxiano». Sorel las llamaba expresamente «lucha de clases por el derecho» para mostrar con ello que la lucha entre las clases responde a dos concepciones diferentes del derecho. Se podía decir que «existían clases para sí» y que la lucha de clases se efectuaba en el nivel político tan solo en el caso de que las clases hubiesen desarrollado concepciones del derecho opuestas [1077]. La cuestión lógica de cómo una clase había de conquistar el poder sin haber encontrado cierta aceptación para su concepción del derecho o cómo, viceversa, podría imponerse la concepción del derecho de una clase sin la ayuda de medios de poder tangibles, no ha sido resuelta, desde luego, por Sorel. Citaba, no obstante, al menos ciertas premisas que debían cumplirse para que la cuestión pudiese ser resuelta. Esto lo llevó a cabo en el trabajo de mayor alcance de entre los que escribió en su época de colaborador de *Devenir Social*, su estudio sobre Vico.

Sorel había encontrado, gracias a Marx, en el filósofo de la historia napolitano Giambattista Vico la concepción de la lucha de clases como lucha por el

derecho. Este había desarrollado en su obra principal, *Principi di Scienza Nuova* (1725), una teoría de la historia según la cual la historia es hecha por los propios hombres, sigue determinadas leyes (ideales) y está sometida a la lucha de clases. También encontró Sorel en Vico incitaciones para una filosofía de la historia reformista [1078]. Filosofía de la historia que Sorel consideró aplicable a la lucha entre la clase capitalista y la clase obrera. El núcleo del estudio de Sorel sobre Vico está constituido precisamente por la filosofía reformista de la historia esbozada por él en aquella ocasión (noviembre de 1896) por primera vez. Estas ideas se hallan expuestas en forma de largas y abstractas deducciones siendo probablemente este el motivo de que hayan escapado a la atención de los tiempos posteriores. Era el primer gran intento que se emprendía en el seno del socialismo de la época de ofrecer una alternativa a la teoría general del desarrollo social de Marx y Engels. En el campo filosófico-histórico hace juego con los fundamentos económico-históricos esbozados un poco más tarde por Jaurès de una concepción reformista de la historia [1079].

El punto central de la filosofía de la historia reformista expuesta por Sorel en su estudio sobre Vico es el compromiso entre las clases. Vico había subrayado el papel de las concesiones recíprocas de las clases como base del orden social relativamente estable de la antigua Roma. Cuando los plebeyos consiguieron conquistar los derechos políticos no derrocaron a la aristocracia: el pueblo se habría confiado al Senado del mismo modo que un rey a su tutor en su período de minoría de edad; las capas inferiores habían sido gobernadas por una élite aristocrática; esta se había visto obligada a someterse también a las leyes y al fisco ante el pueblo, que había aumentado en número y que había salido reforzado de las crisis. Sorel comentaba:

«La historia contemporánea nos muestra desde el punto de vista del derecho económico luchas y compromisos que recuerdan mucho la historia de la antigua Roma: cuando alguien propone cualquier reforma las clases superiores protestan contra la tiranía a la que se les quiere someter y aspiran a obstaculizar, en nombre de la libertad del individuo, las nuevas leyes. Nuestros industriales son como los antiguos nobles: no quieren dejar que se pierda por su negligencia aquello que han conseguido con *riesgo* sino en todo caso admitirían hacer concesiones siempre que fuese necesario o en su propio interés y aun esto poco a poco y en tan escasa medida como sea posible. No hay más que traducir riesgo por aptitud o mérito para aplicar el axioma de Vico a la política actual» [1080].

Toda la historia de Roma no habría sido otra cosa —afirmaba Sorel apoyándose en Vico— más que una serie de compromisos (*transactions*). Compromisos que garantizaban la continuidad que explicaba la grandeza de Roma.

Vico había afirmado también que la lucha que habían librado las diferentes clases de la ciudad para la consecución de la igualdad de derechos había sido el medio más poderoso para la creación de grandes imperios y destacaba como modélicas tres virtudes romanas: la generosidad de los plebeyos, que querían que los patricios les permitiesen participar de los derechos civiles; el valor de los patricios, que habrían conservado para su propia clase los derechos; y la sabiduría de los legisladores, que habrían interpretado el derecho ampliando

paso a paso su aplicación [1081]. Según Sorel, de estas observaciones de Vico se podían deducir muchas claves importantes para problemas actuales:

«Los compromisos tienen a los ojos de todos los hombres el respetable carácter de decisiones impuestas; si las reformas se presentan ante la conciencia de cada uno bajo esta forma, no despiertan un deseo tan intenso de revancha y pueden ocupar rápidamente su lugar entre las instituciones intocables. Vemos con suficiente frecuencia cómo los conservadores aceptan gustosos las leyes dirigidas contra ellos y no quieren saber nada de una vuelta a la situación anterior aun cuando dispongan del poder: el moderno mundo de la industria es de hecho tan fuerte que se apropia muy rápidamente de cualquier innovación rodeándola por un sinnúmero de intereses de tal modo que a veces le costaría más eliminarla que lo que le costó el hecho de introducirla» [1082].

Sorel exponía después un poco más detalladamente esta idea. Una de las premisas que abonaban la posibilidad de un acuerdo vinculante entre dos clases antagónicas era que las exigencias de derechos de la clase dominante se habían hecho dudosas como consecuencia del desarrollo social:

«Todo compromiso supone la previa existencia de un *dominio discutido de derechos*, una situación poco clara, justificada por usos y costumbres tradicionales ciertamente, pero condenada a la desaparición en cuanto nuevas situaciones permitan ver claramente las desventajas. Es precisamente en este dominio en el que la reforma se inicia y la sabiduría de los jurisconsultos tiene por tarea hacer que las dimensiones del movimiento permanezcan dentro de unos límites tales que lo que se podría llamar *el umbral del acuerdo posible* no sea sobrepasado. Mientras la transición se atenga a este camino intermedio, tomará en la conciencia de los juristas un carácter progresivo: la vieja situación corresponde a la sabiduría vulgar, al orden basado en la tradición y no en la razón, a la praxis de un empirismo grosero; la nueva situación, surgida de discusiones y compromisos, representa, por el contrario, la reacción deseada del pensamiento ante la materia histórica. El modo de considerar los fenómenos juega un papel decisivo en la historia moderna: estos desarrollos psicológicos son de hecho irreversibles tal como Vico percibió correctamente; si tenemos la impresión de que se ha llegado a un acuerdo jurídico sobre la base natural de la psicología, no tenemos la impresión de que se trate de una revuelta ni el deseo de una vuelta a la situación anterior. La reforma se convierte en intocable porque entra dentro de la particular zona de la sensibilidad que corresponde a la idea común del progreso» [1083].

Sorel tenía, desde luego, del todo claro —como Vico— el hecho de que tales transformaciones históricas no siempre eran posibles por medio del acuerdo: la historia romana era, a este respecto, una excepción [1084]. A menudo una u otra clase había intentado traspasar los límites del indeterminado campo del derecho para instaurar con el concurso de la violencia un nuevo régimen. «Esta operación solo puede tener éxito si se aniquila a los vencidos. Más de una vez ha tenido éxito, como nos demuestra la historia de las persecuciones religiosas. Las guerras civiles son tan crueles precisamente porque sus prin-

cipales objetivos son el cambio violento de las instituciones y la aniquilación del enemigo».

Pero ¿cuál es el significado de esto para la revolución socialista? ¿También podía llevarse a cabo esta paso a paso, por medio del acuerdo, de las concesiones mutuas? Sorel temía todavía (1896) hablar claramente sobre esta cuestión. Evitó tomar directamente postura a este respecto afirmando que la clase obrera podía llevar a cabo la transformación *sin* convenio, es decir, gracias a su fuerza y a la debilidad del adversario. Sin embargo no dejaba lugar a dudas al lector en cuanto a que el proceso había de discurrir evolutivamente. La respuesta de Sorel se convirtió en un alegato a favor del método reformista utilizando para ello argumentos que ya se encontraban en Proudhon y que más tarde habían de aparecer también en Bernstein:

«Se les ha echado en cara a menudo a los socialistas que la revolución proletaria está destinada a no sustraerse a la ley que la llevará a adoptar el carácter de una cruel guerra de exterminio pudiendo poner, de este modo, en juego la cultura europea que con tantos esfuerzos se ha construido. Esta acusación estaría fundamentada si el proletariado fuese una *masa exaltada* embriagada por las prédicas de los idealistas dispuesta a lanzarse sobre valores de siglos para destruirlos y si quisiese romper radicalmente con el pasado, todo ello bajo el pretexto falaz de querer realizar cualquier grandioso plan urdido por unos cuantos cerebros. Pero esto no ocurrirá, porque la primera condición de la próxima revolución es que el proletariado desarrolle la consciencia de su papel histórico; la segunda condición es que la organización del trabajo por la gran industria se adecúe de tal modo a las necesidades y condiciones de la producción colectiva que *las realidades económicas constituyan los puentes* de unión de una época con la siguiente; finalmente, es necesario que las jerarquías sociales sigan siendo sombras. Se les echa a menudo en cara a los socialistas que su concepción de la revolución total se encuentra en contradicción con las leyes de la historia ya que el rasgo más claro de todas las transformaciones sociales que hasta ahora han tenido lugar ha sido el compromiso. K. Marx conocía muy bien esta objeción y no disimuló lo nuevo de la teoría de la revolución esbozada por él: pero también ha mostrado que las fuerzas proletarias creadas por la gran industria no son insuficientes para una transformación del orden capitalista. El compromiso es la forma necesaria de la lucha entre dos minorías activas por el reparto del poder; el compromiso asegura la continuidad en tanto en cuanto integra a los recién llegados en la cultura de los antiguos titulares de derechos. Pero si el proletariado ha de ser la única organización viva en la industria, si junto a él tan solo resta una minoría impotente y vulnerable, si en sus filas no se consiente ninguna forma jerárquica que pudiese alejarse de las masas y formar una fracción dominante, si, en definitiva, con el desarrollo de la legislación social el derecho se abre paso hasta el proletariado, en ese caso, la continuidad jurídica y económica estará asegurada también en ausencia de compromiso. Se puede incluso, haciendo referencia a la teoría de las guerras civiles expuesta un poco más arriba, añadir que la más grande revolución que se puede imaginar el espíritu humano

es la más pacífica porque no chocará con fuerzas presentes que más tarde pudiesen retornar» [1085].

Algunos de los elementos de esta concepción reflejan indudablemente la influencia de Marx y Engels. También ellos habían encontrado una cierta diferencia entre la moderna clase obrera, por una parte, entrenada y concentrada por la industrialización capitalista y, por otra parte, los proletarios de la sociedad preindustrial, socialmente heterogéneos y, por tanto, políticamente divididos; también ellos habían subrayado la importancia fundamental de los presupuestos económicos de la revolución socialista: los «puentes» de los que hablaba Sorel; también ellos habían reconocido la posibilidad de alcanzar determinadas metas revolucionarias a través del acuerdo.

Pero, al mismo tiempo, les pareció importante subrayar que las modificaciones verdaderamente radicales —el punto decisivo, ya que el poder iba a pasar de una clase a otra— no se podían llevar a cabo, en general, por la vía legal, es decir, por el acuerdo reconocido como jurídicamente vinculante por las dos partes. Es cierto que el camino de Inglaterra está marcado por compromisos entre las clases simbolizados sobre todo por la llamada Revolución gloriosa de 1689. Pero si tras esta revolución los *spolia opima* políticos —cargos, prebendas, etc.— permanecieron en manos de las grandes familias aristocráticas fue solo a condición de que estas representasen los intereses de la clase media financiera, fabril y comerciante en contra de la gran masa trabajadora del pueblo.

Es decir, la existencia de una tercera parte, que iba a pagar en última instancia, permitió un acuerdo mutuamente provechoso entre los dos contratantes principales [1086]. Pero ¿cómo iba a ser posible algo parecido en una revolución como la socialista en la que la ganancia de la nueva clase solo se podía nutrir de la pérdida de la vieja? Marx reconocía que la burguesía inglesa siempre había mostrado su disposición a aceptar las resoluciones de la mayoría, pero siempre en la medida en que ella misma controlase el derecho de voto. «Pero esté usted seguro de esto: en cuanto se vea en minoría en lo concerniente a cuestiones que tenga por vitales nos veremos enfrentados a una nueva guerra esclavista» [1087]. Igualmente, Engels reconocía que el derecho burgués no reflejaba tan solo los intereses de la clase dominante sino que «diariamente debe experimentar diversas atenuaciones causadas por el poder ascendente del proletariado» [1088]. Las reformas jugaban en su concepción un papel importante como método para resolver los antagonismos entre las clases, al menos en el período preparatorio de las revoluciones y en las primeras escaramuzas.

Pero este método no podía, en general, decidir los intereses vitales básicos de una clase ascendente, sobre todo cuando estos habían de satisfacerse total o fundamentalmente a costa de las viejas clases. Este era el caso, desde su punto de vista, que se daba en el capitalismo, en el que no solo ocurría que la propiedad estaba en manos únicamente de una clase principal y las demás estaban privadas de ella sino que precisamente la propiedad de esa clase se veía preservada y ampliada por la carencia de propiedad de las demás. En este caso, la clase poseedora solo podía absorber parcialmente a la desposeída si

no quería poner en juego su propia existencia en tanto que clase privilegiada. Sorel jamás puso en discusión, desde luego, este planteamiento. Afirmaba que la lucha de clases y la revolución eran, en lo esencial, una lucha entre dos concepciones jurídicas. Y estas, a su vez, tan solo podían diferenciarse unívocamente por representar una de ellas un estadio pasado y la otra un estadio nuevo. En este sentido tan vago, por tanto, la revolución jurídica podía discurrir evolutivamente y sin rupturas en la continuidad. Es evidente que para los socialistas de la época que, al igual que Bernstein, siguiesen la actividad publicista soreliana en *Devenir Social* debió quedar muy claro que Sorel había expuesto en su estudio sobre Vico una nueva concepción, orientada contra el marxismo, tanto de los presupuestos del socialismo como de las tareas de la Socialdemocracia.

F) SOREL COMO REVISIONISTA, II

Como muchos otros socialistas de la época, Sorel también estaba influido por la nueva escuela económica de la utilidad marginal y, en primer lugar, por Vilfredo Pareto, el sucesor de Walras en Lausanne [1089]. A diferencia de Lafargue, Sorel se mostró desde el principio muy amistoso hacia la escuela de la utilidad marginal. Cuando en 1896 Pareto publicó la primera parte de su *Cours d'économie politique*, Sorel hizo una reseña favorable del libro, aun cuando Pareto exponía en él sin ambages su irreconciliable posición con respecto a la teoría económica marxiana [1090].

Sorel veía, paradójicamente, en la teoría de Pareto de las abstracciones sucesivas un hilo conductor para la comprensión de la estructura lógica de la teoría marxiana del valor. Como ejemplo de este método, Pareto hablaba de cómo la astronomía, la geografía y la topografía ofrecían, en el estudio de la forma externa de la Tierra, imágenes sucesivamente menos abstractas de las formas terrestres: la astronomía estudiaba la forma esférica de la Tierra, la geografía las formas superficiales más evidentes (mares, cadenas montañosas, islas, ríos, etc.) y la topografía las más detalladas: colinas, ríos más pequeños, etc. Pero incluso la topografía no se ocupaba de la más ligera elevación, del más pequeño curso de agua, etc. Las ciencias ofrecían, de este modo, siempre, una imagen abstracta de la realidad. Pero esta imagen era más o menos abstracta según la meta y el objetivo fijados. La teoría económica operaba de idéntica manera. La teoría pura estudiaba las relaciones económicas más generales (más abstractas), es decir, se ocupaba de la primera y, al mismo tiempo, más amplia abstracción. La teoría aplicada se situaba un peldaño más arriba y trataba las formas concretas descuidadas en la primera abstracción. La imagen de las relaciones económicas ofrecida por esta segunda abstracción se acercaba más a la realidad concreta que la primera y se encontraba, por tanto, en cierta contradicción con esta. Sin embargo *no eliminaba* la validez de los teoremas de la teoría pura. La existencia del Mont Blanc no suponía,

en este, sentido, una refutación de la afirmación de la astronomía de que la Tierra es esférica [1091].

Desde este punto de vista los precios diarios de mercado podían contemplarse como derivados de los costes de producción a largo plazo y estos, a su vez, de los valores de las mercancías determinados por el tiempo de trabajo socialmente necesario sin que, por ello, se tuviese que dar por refutada la teoría marxiana del valor: cada nivel de la teoría daba, dentro de sus límites, una imagen correcta de la realidad. Esta era exactamente la opinión de Sorel [1092]. No se le podía reprochar a Marx, según Sorel, que la teoría expuesta en el primer tomo no ofreciese una imagen completamente fiel a la realidad de la economía capitalista: la teoría no tenía, en este estadio, en absoluto tal finalidad. Aun cuando su exposición sea en este punto muy vaga y laxa, parece como si quisiese decir que la teoría del valor de Marx operaba a tres niveles diferentes: el primer nivel estaría explicado por la ley del valor; en el segundo nivel se añadirían como complicación los capitales en competencia y las tasas de beneficio y en el tercer nivel, finalmente, entrarían también en consideración la tierra y las rentas de la tierra [1093].

Es, evidentemente, correcto que este era el método de Marx [1094]. Pero los problemas de la teoría marxiana del valor no quedan de ningún modo así completamente resueltos. Marx no había demostrado, como afirmó Lafargue en la polémica con Pareto, la justeza de la teoría del valor-trabajo; más bien la había postulado. La corrección del postulado ha de ser demostrada por una comparación entre los resultados que se deducen y los fenómenos observados [1095]. Sorel había comprobado la existencia de tres niveles en la teoría del valor de Marx; el siguiente paso consistía en investigar *la relación entre ellos*. La solución históricamente fundamentada (capítulo II, apartado B) propuesta por Engels no le satisfacía. Como se ha mostrado con anterioridad, para Engels la ley del valor tuvo una validez empírica durante todo el período de la producción simple de mercancías, es decir, desde la época de los faraones hasta el advenimiento del capitalismo a finales del siglo xv, o sea cinco mil años. Ante esto Sorel planteaba el siguiente interrogante: «Si se acepta la explicación de Engels ¿cómo se puede, entonces, explicar la economía capitalista utilizando una ley que ha perdido su valor desde el siglo xv?» [1096]. Sorel llegaba a la conclusión de que en la teoría de Marx había una laguna y que esta solo podía ser eliminada por el camino inductivo, es decir, comprobando la teoría y sus consecuencias con la realidad empírica. Él mismo no podía dar, en cualquier caso, la solución [1097].

Sorel se encontraba a este respecto en la misma situación que muchos otros socialistas de la época. En la teoría del valor de Marx había momentos insuficientemente elaborados. Sin embargo, nadie era capaz de continuar avanzando a partir del punto en el que Engels había abandonado el problema [1098]. En esta situación es fácil de entender que la segunda generación de marxistas tomase a veces posturas expectativas, ambivalentes o incluso muy comprensivas con respecto a la nueva escuela de la utilidad marginal. Así procedió Sorel también. Por esto no se adhería al punto de vista que caracterizaba la teoría de la utilidad marginal (en la forma que adoptó con la escuela

austríaca) como una apología del capitalismo: «De eso no sé absolutamente nada» [1099].

Las ideas sorelianas sobre la teoría del valor de Marx desembocaban en un asombro escéptico. Lo mismo ocurría con sus reflexiones acerca de la concepción de Marx del desarrollo de la distribución de la renta y la riqueza en el capitalismo. Estas reflexiones se inspiraban también en Pareto [1100]. Para Pareto la distribución de la renta era más o menos constante en diversas sociedades [1101]. Sin embargo, según la estadística en la que se apoyaba, la distribución de la renta había tenido tendencia durante el siglo XIX a igualarse [1102]. Este punto de vista, defendido anteriormente ya por Leroy-Beaulieu, fue, no obstante, rechazado por Sorel. El resultado era, en lo esencial, consecuencia de la particular unidad de medida utilizada por Pareto para medir la desigualdad de la distribución de la renta, la llamada constante de Pareto. Si esta constante tomaba valores bajos a lo largo del tiempo significaba que la distribución de la renta se hacía más igualada en el sentido de que aumentaba la cifra de personas a lo largo del tiempo que disfrutaban de una renta dada o situada por encima de esta [1103]. Pero la tendencia a una igualdad situada a un nivel superior que esto denotaba venía acompañada por una brecha creciente entre las rentas mínimas y medias [1104]. De esto Sorel sacaba la conclusión de que la ley de Pareto coincidía con la ley marxiana de la concentración capitalista y que «las condiciones de vida del obrero tienen tendencia a empeorar en sentido relativo» [1105]. La investigación de Giffen acerca de la evolución de la distribución de la renta en Inglaterra entre 1843 y 1880 parecía confirmar esta conclusión [1106]. Por el contrario, diversas investigaciones estadísticas no indicaban un empeoramiento *absoluto* de la situación de la clase obrera. Al revés: las condiciones de vida tendían a mejorar, por lo menos en las zonas industriales y entre los trabajadores sindicalmente organizados [1107]. Es cierto que Sorel le daba mucha importancia a la desigualdad relativa acrecentada que acompañaba a la concentración capitalista [1108]. Pero su estudio no por esto dejaba de acabar con una llamada a la prudencia a la hora de interpretar los resultados. «No se podría decir que el capitalismo conduce necesariamente a una concentración de las rentas de las capas superiores», en todo caso no del modo mostrado por la investigación:

«No podemos decir nada acerca de los límites que separan en nuestro modelo la concentración real de la riqueza de la concentración ficticia. Hemos sacado a la luz una *tendencia formal valiosa únicamente en tanto que síntoma de carácter general*» [1109]. Además, para Sorel, las fuerzas que provocaban la concentración eran desconocidas.

Resumiendo, diremos que Sorel rechazaba la idea de un empobrecimiento absoluto de la clase obrera en el capitalismo. Le parecía que sí estaba teniendo lugar un empobrecimiento relativo, pero solo como tendencia abstracta. En qué medida se producía en la realidad concreta esta tendencia era para Sorel una cuestión abierta. Dos años después Bernstein hizo la misma distinción entre tendencia abstracta y realidad concreta al estudiar la distribución de la renta en la sociedad moderna. Pero dio todavía un paso más que Sorel al concluir que la cifra de poseedores «aumenta absoluta y relativamente» [1110].

Las conclusiones políticas de Sorel y de Bernstein, en todo caso, eran, a este respecto, idénticas. Si la concentración capitalista no conducía con necesidad propia de una ley natural a una polarización de las clases tampoco resultaba ya evidente que el capitalismo llegase al derrumbe como consecuencia de sus contradicciones internas. Tan solo un par de meses después de que Sorel hubiese expuesto en el estudio que acabamos de considerar la concentración capitalista como una ficción teórica que reflejaba una realidad conducida por fuerzas desconocidas llegó a la conclusión de que la tendencia a la concentración en el capitalismo podía no ser más que una pura casualidad [1111]. La tendencia histórica de la acumulación de capital, que Marx había descrito en el capítulo XXIV de *El Capital*, había sido elaborada —afirmaba Sorel— en un período anterior ya que la exposición estaba marcada por el «aparato hegeliano». Sorel negaba que pudiese existir alguna relación con carácter de ley entre el modo de producción y la distribución de la riqueza. Y si existía, entonces suponía exactamente lo contrario de lo que Marx había postulado. Pues el hambre y la miseria eran características fundamentalmente de los trabajadores agrícolas y de las sociedades agrarias y no de los trabajadores industriales y de las sociedades industriales. Esto quiere decir que el capitalismo industrial tenía que estar caracterizado por una igualdad mayor y no menor que los tipos anteriores de sociedad. Sorel negaba también que las tendencias de desarrollo del capitalismo pudiesen ser medidas por el número e intensidad de las crisis económicas. Las crisis estaban provocadas sobre todo por las guerras y por las malas cosechas. La experiencia posterior a la guerra franco-alemana de 1870-1871 mostraba la facilidad del capitalismo para superar las consecuencias de la guerra. Muchos socialistas se imaginaban de hecho las crisis capitalistas de un modo que correspondía más a las épocas anteriores que a la nueva época. Sorel afirmaba que las crisis «es tanto más fácil que se produzcan, cuanto más a menudo aparecen y cuanto más participe el país de la producción capitalista». Esta era una consecuencia de la sustitución del capital comercial por el capital industrial como forma dominante [1112]. De aquí sacaba la conclusión de que «el capitalismo fuertemente desarrollado está en un contacto mucho más estrecho con las fuerzas productivas que el primer capitalismo» [1113].

La base económica de la existencia de las clases y de la lucha de clases tenía tendencia, consecuentemente, a diferencia de lo que Marx había afirmado, a ser cada vez más armónica en el capitalismo. Por esto era lógico que Sorel rechazase la idea de que el paso de la sociedad capitalista a la socialista se pudiese producir a través de una catástrofe:

«Las transformaciones políticas, que de tiempo en tiempo renuevan la base del derecho, no adoptan nunca la forma de verdaderas catástrofes» [1114].

Sorel podía imaginarse en tan escasa medida como Bernstein la posibilidad de un orden social socialista surgiendo de algo que no fuese una economía capitalista en buen funcionamiento. Una catástrofe en la economía del capitalismo conduciría a —en la expresión utilizada por él en el estudio sobre Vico— hacer saltar los puentes que constituían la única posibilidad de transición de un estadio social a otro. La única catástrofe que amenazaba al capita-

lismo era —como hemos visto más arriba— una catástrofe moral. La originalidad del socialismo consistía en la «transmutación de todos los valores por el proletariado combatiente», es decir, en su ética [1115].

Así, hacia esta época, Sorel iba pasando cada vez más decididamente a una posición contraria a la idea de revolución violenta. Continuamente reaparecía en sus escritos el viejo cuadro terrorífico de los insurgentes jacobinos. Ya en 1895 prevenía de las consecuencias de una «révolution hâtive» [1116]. Allí donde la transformación económica no había llegado bastante lejos, la acción política no era segura [1117]. Se podía esperar también que las formas de la acción política se hiciesen más pacíficas si la clase obrera se veía influida —como en Inglaterra— por una legislación de seguridad social de vasto alcance, pues «para las clases conservadoras no es en absoluto lo mismo si la lucha han de llevarla a cabo en contra de un proletariado que ha descendido al nivel de la barbarie o contra un proletariado que se ha elevado en su dignidad moral y que está en posesión de una clara visión de su papel» [1118]. Las revoluciones violentas del tipo que ejemplifica la del año 1848 podía derribar y destruir, pero no crear [1119].

Por esto Sorel quería reinterpretar el significado de la dictadura del proletariado en Marx y Engels. La dictadura del proletariado no era —como había afirmado Marx y Engels— el dominio irrestricto de la clase obrera sobre la clase capitalista y la autoadministración de sus propios asuntos según el modelo de la Comuna de París [1120]. La dictadura del proletariado era tan solo «una presión tan enérgica y duradera del proletariado sobre las autoridades —que en períodos revolucionarios son débiles y están desorganizadas— de modo que puede quedar abierto el camino para las ideas de las clases trabajadoras y lo esencial del socialismo puede ser realizado» [1121]. La revolución socialista no suponía ninguna subversión de las relaciones de poder básicas. La clase anteriormente dominante y el estado constituido seguían existiendo sin alteraciones. La transformación era, esencialmente, de naturaleza ideal. Las instituciones y las clases dominantes de la vieja sociedad serían dirigidas por el espíritu de las nuevas clases. Sorel elaboró más ampliamente esta concepción en su ensayo sobre la violencia, en el que postulaba como objetivo de la lucha de la clase obrera no la abolición sino, más bien, la revitalización de la sociedad capitalista (véase más arriba, nota 925). Pero en el fondo Sorel proponía a la clase obrera siempre de nuevo el ideal de transformación histórica delineado por Vico: «la grandeza de ánimo del pueblo queriendo participar de los derechos y leyes burgueses de los padres» y «la fortaleza de los padres intentando conservar para su propia clase sus derechos» [1122].

En el fondo Sorel había de ser consciente de que no se podía reinterpretar a Marx y Engels tanto como él y otros socialistas revisionistas querían. Aludiendo a Croce y Sombart escribió también en julio de 1898:

«Todo el mundo se da cuenta de que hay que emprender una revisión estricta de la doctrina legada por Marx y Engels» [1123]. En junio del mismo año describía la transformación que se estaba operando de este modo tan vivo:

«Desde hace unos años se ha producido un gran cambio en los espíritus; los socialistas no desdeñan tanto como antes las pequeñas reformas; se preocupan de entrar en la vida política de la sociedad actual y de realizar programas compatibles con la existencia del capitalismo; parece que los representantes oficiales del marxismo no desdeñan tanto como antes los sindicatos y las cooperativas. En general se ocupan de presionar sobre los poderes públicos para conseguir mejores condiciones de vida para los trabajadores. Estas mejoras constituyen todas ellas preparaciones para una nueva ordenación de las cosas» [1124].

Sindicatos y cooperativas: si la transformación política no era ni deseable ni posible, la lucha económica de la clase obrera venía a obtener una importancia tanto más grande. Sorel expuso esta conclusión en forma positiva en el trabajo que señala el punto culminante de su período revisionista y, simultáneamente, el prólogo de su período sindicalista: *L'Avenir socialiste des syndicats* [1125]. Sí: hacía exactamente de la necesidad virtud: el núcleo del socialismo era precisamente la lucha económica del movimiento obrero y no la lucha política [1126]. Pero para que esta pudiese llevar al éxito el movimiento obrero tenía que seguir siendo, primero, exclusivamente proletario, es decir, tenía que excluir a los intelectuales «demagogos» que querían orientar la lucha hacia metas políticas [1127]. Por otra parte debía procurarse las necesarias habilidades intelectuales y morales por medio del desarrollo de sus organizaciones tradicionales de defensa y de apoyo con el fin de poder administrar la economía una vez en manos de los productores.

La fórmula acuñada para resumir estas ideas anunciaba que «todo el futuro del socialismo (se basa) en el desarrollo autónomo de los sindicatos de los trabajadores» [1128]. Este era el momento esencial de la concepción del «verdadero movimiento socialista» en la que trabajaba por esta época y que definía del siguiente modo en su expresión de más amplio alcance:

«Es, al mismo tiempo, revuelta y organización. Es la obra propia del proletariado creado por la gran industria. Este proletariado que se levanta contra la jerarquía y contra la propiedad. Se organiza para el apoyo mutuo, para la resistencia colectiva y para la colaboración entre los trabajadores. Quiere imponer a la sociedad del futuro los principios que ha elaborado en su seno para su propia vida social. Confía en poderle imponer al orden social el sello de la razón y en poder eliminar a los capitalistas de la dirección de la sociedad» [1129].

G) EL REFORMISMO REVOLUCIONARIO DE JEAN JAURÈS

Una parte importante del desarrollo histórico-ideológico del marxismo francés de los años noventa está ligada a Paul Lafargue, Alexandre Millerand

y Georges Sorel. Sin embargo el cuadro quedaría incompleto si no incluye a Jean Jaurès. Jaurès ha pasado a la posteridad casi únicamente en tanto que el político parlamentario indomable: el dreyfusista, el antimilitarista y el tribuno popular formado en las tradiciones revolucionarias francesas y como el más destacado intérprete y defensor de estas. Pero Jaurès ejerció también una amplia influencia en el campo teórico, en particular, probablemente, gracias a su inagotable actividad periodística, pero también como resultado de las grandes discusiones públicas que los socialistas franceses organizaban en los momentos críticos decisivos del desarrollo del movimiento y en las que Jaurès tomaba parte.

Desde muchos puntos de vista Jaurès reunía en sí mismo —consciente o inconscientemente— las diversas y contradictorias corrientes del socialismo francés de la época, cuya unificación, acaecida en el año 1905, fue, en gran medida, «su» obra. Esto lo posibilitaba en parte el hecho de que Jaurès subordinase abiertamente su teoría a las necesidades del movimiento práctico. Pero también, en parte, el que su propia visión de las cosas fuese, de hecho, muy contradictoria y difícilmente determinable. Sus seguidores le llamaban «un génie symphonique» (Léon Blum). Pero en este genio sinfónico se reunían no solo muchas voces sino también algunas disonantes. Los marxistas alemanes le criticaban porque defendía a Millerand y al socialismo ministerial. Sin embargo valoraban su activismo político, que se destacaba llamativamente de la inercia de los guesdistas: en el asunto Dreyfus fue él y no los dirigentes guesdistas quien tomó la iniciativa y actuó [1130]. Criticaba a Bernstein acusándole de querer convertir al marxismo en una teoría completa y absolutamente reformista. Sin embargo, al mismo tiempo, él mismo desarrolló con más claridad y con mayor fuerza que Bernstein la teoría fundamental del reformismo. En general, se inclinaba en su concepción a una interpretación reformista del marxismo.

Pero no por ello deja de separarle un abismo de los socialistas antirrevolucionarios como Sorel y Bernstein. Mientras que estos condenaban en el espíritu de Proudhon y del conservadurismo social las tradiciones revolucionarias de los años 1789, 1848 y 1871, Jaurès era su más ferviente defensor: de aquí el odio casi maniático que le profesaba Sorel [1131]. Sin embargo, aun así, no se puede decir que Jaurès fuese marxista. Es cierto que su posición política era decididamente revolucionaria, que en muchas ocasiones proclamó su adhesión a las tesis fundamentales del marxismo, que interpretaba el marxismo casi más correctamente que aquellos que afirmaban ser sus representantes y que mostró en su práctica, con seguridad, a menudo, haber entendido el espíritu del marxismo mejor que los marxistas [1132]. Sin embargo, al mismo tiempo, el tono básico de su concepción del mundo y de su visión de la historia era fuertemente idealista en el sentido de un idealismo abstracto y situado por encima de las clases. En la lucha por la democracia hizo a la *forma* de estado republicana objeto de tal adoración que aparecía ante el movimiento obrero socialista como una meta en sí misma. También es indiscutible que su apoyo a Millerand resultaba insostenible desde el punto de vista del movimiento

obrero marxista. Solo le retiró su apoyo cuando Millerand se aisló seriamente del movimiento socialista [1133].

Por esto Jaurès aparece en la discusión ideológica socialista de su época más como un demócrata revolucionario que como un marxista. Desde este punto de partida elaboró una teoría de la historia de matiz idealista que era tan original en su imitación del marxismo como en su crítica a este. En comparación a ella el marxismo ortodoxo de Kautsky estaba anquilosado, la crítica soreliana al marxismo enmohecida y el revisionismo de Bernstein exangüe. Antes de 1893 Jaurès había profesado un socialismo extremadamente reformista y de carácter casi religioso. A partir de 1893 pasó, en parte, al marxismo, pero conservando algo de la matriz idealista de origen. Cuando en 1899 dio comienzo el debate en torno a Bernstein, adoptó en lo esencial una postura marxista, pero al mismo tiempo intentó mediar, limar asperezas, reconciliar. Dos años después cambió de frente y proclamó una concepción consecuentemente reformista de la historia y de la estrategia y táctica del movimiento obrero. En este sentido resulta interesante en primer lugar la discusión de Jaurès con Lafargue del año 1894 sobre el materialismo histórico así como también sus aportaciones a la disputa sobre el revisionismo.

Jaurès, que empezó en 1885 como político republicano, fracasó en las elecciones del año 1889 y a partir de ese año ocupó un puesto de profesor de filosofía en la Universidad de Toulouse. En esta época comenzó a aproximarse al socialismo [1134]. Tras comprometerse con la huelga de los mineros de Carmaux del año 1892, aceptó la plataforma política de los guesdistas y en ese mismo año fue elegido para la Cámara de los Diputados [1135]. Entretanto, durante su período de profesor de filosofía había redactado dos ensayos que publicó en 1891: *De la réalité du monde sensible* y *De primis socialismi germanici lineamentis apud Lutherum, Kant, Fichte et Hegel*. El último fue publicado en 1892 en francés en las páginas de la *Revue Socialiste* [1136]. Los dos ensayos estaban penetrados por una concepción extremadamente idealista del mundo y de la historia [1137].

La concepción de Jaurès del «socialismo alemán» era muy vaga: lo comprendía todo, desde la polémica de Lutero en contra del interés, el ideal utópico de sociedad de Fichte (*Der geschlossene Handelsstaat* [El estado comercial cerrado]), el socialismo estatal de Lassalle y el idealismo absoluto hegeliano hasta *El Capital* de Marx y la *Quintessenz des Sozialismus* [La quintaesencia del socialismo] de Schaffles [1138]. De todos modos, para él la cuestión principal era la toma de postura con respecto al marxismo, que aceptaba en principio siendo plenamente consciente de sus implicaciones revolucionarias [1139]. No obstante, al mismo tiempo, el marxismo le planteaba dos problemas que habían de perseguirle continuamente. Primero: si el socialismo era un resultado necesario de la lógica propia, interna, de la época, entonces, ¿qué era lo que podía aportar la acción de los hombres? [1140]. Segundo: si el socialismo era el resultado de «una necesidad casi ciega», entonces ¿cómo se podía saber que el nuevo orden social iba a ser «la forma más elevada y completa» y no «una forma más incompleta y pasajera»? [1141]. Por lo que se refiere a la primera cuestión, Marx puso de relieve que una sociedad que ha descubierto

sus propias leyes de desarrollo no puede, ciertamente, sustraerse a voluntad a ellas, pero sí que puede reducir y moderar los dolores del parto. En esto residía, para Jaurès, la posibilidad y la necesidad de la acción [1142]. En lo referente a la segunda cuestión, Jaurès no encontró ninguna respuesta en Marx por el contrario y siguió interrogándose: «¿Cómo podremos saber que una sociedad que ha surgido como resultado de una necesidad casi ciega ha de ser mejor y más justa?» [1143]. Marx había tratado una parte de los problemas que Jaurès planteaba en su segunda cuestión en la crítica al Programa de Gotha de los socialdemócratas alemanes que fue publicado el mismo año que el escrito de Jaurès, es decir, en 1899 [1144]. Allí Jaurès habría aprendido que Marx se negaba por principio a dar «Una receta para la sopa socialista del futuro». También habría visto que Marx consideraba el estadio social siguiente al capitalismo —el socialismo— como una forma de transición entre el capitalismo y el comunismo, es decir, como «una forma incompleta y pasajera». Habría visto, finalmente, que Marx contaba evidentemente con que este estadio social fuese «mejor y más justo», pero no por la voluntad pura y simple de los hombres sino por basarse en las conquistas materiales y espirituales del capitalismo y continuar desarrollándolas.

Sin embargo Jaurès veía la materia y las ideas —que en Marx se fundían en la praxis humana— como dos fuerzas completamente diferentes y separadas. Por esto afirmaba que había que combinar «el socialismo alemán» con «el francés» o «socialismo moral». Lo que Jaurès quería, simplemente, era combinar el marxismo con el «socialisme intégrale» de Benoit Malon que por aquella época admiraba [1145]. En esta combinación el acento recaía significativamente más en Malon que en Marx. El ensayo acababa con conclusiones completamente identificadas con el «socialismo moral» de Malon:

«La victoria del cuarto estado no será el triunfo de una nueva forma de propiedad sino la victoria de la humanidad misma; el socialismo no será otra cosa que la victoria de la humanidad. Lassalle no habría podido henchir los corazones de una fe tan ardiente ni de una tan ferviente voluntad si no hubiese referido la dialéctica de la historia, sus resultados, al zenit eterno de la justicia. El socialismo dialéctico coincide así con el socialismo moral, el socialismo alemán con el socialismo francés; y está cerca el tiempo en que todos los caracteres, todas las opiniones, todas las fuerzas y potencias espirituales y también la fraterna comunidad cristiana, la dignidad y la verdadera libertad de la personalidad humana e incluso la dialéctica interna a las cosas acudirán desde todos los lugares y se fundirán en un único y común socialismo. Dicho brevemente: para entender el socialismo alemán de hoy no basta con entenderlo en la forma particular y pasajera que le han dado Bebel y otros; es necesario indagar en sus orígenes, es decir, en las fuentes últimas del entendimiento y de la conciencia. Esta es la razón por la cual yo he buscado el socialismo cristiano en Lutero, el socialismo moral en Fichte y el socialismo dialéctico en Hegel y Marx.

Y no me ha sido antipático tratar problemas de la época actual en latín, pues en este idioma formuló la antigua filosofía moral los derechos humanos y en este idioma ha orado y se ha afligido la comunidad cristiana... El latín se

adecúa también al *socialismo integral* al que ha apuntado Benoit Malon: un socialismo que no se queda en mero partido político revolucionario; un socialismo que aparece como la imagen de la humanidad y de la eternidad» [1146].

Jaurès entonaba en esta declaración programática el *cantus firmus* en consonancia con su «genio sinfónico». Aun cuando algo más tarde —en septiembre de 1893— Jaurès se caracterizase a sí mismo como marxista, lo era tan solo en parte [1147]. Esto se desprende claramente del debate sobre el idealismo y el materialismo en la concepción de la historia que enfrentó a Jaurès y a Lafargue en el Quartier Latin en enero de 1894. A este debate se le dio tanta importancia que fue reproducido más tarde en el *Neue Zeit* de los socialdemócratas alemanes [1148]. Se ha dicho de él que fue uno de los acontecimientos más importantes de la historia del socialismo francés [1149] y que constituyó una primera escaramuza en la elección entre Bernstein y Kautsky que se llevó a cabo en 1899 [1150]. Seguramente son dos afirmaciones exageradas. Sin embargo es cierto que la discusión mostró muy claramente las dos concepciones del mundo diametralmente opuestas que guiaban a los dos socialistas franceses más destacados. En este contexto es interesante, sobre todo, el punto de vista de Jaurès.

Su punto de vista coincidía en lo esencial con el que había desarrollado anteriormente en *Les origines du socialisme allemand*: la idea de que las concepciones materialista e idealista de la historia no se excluyen mutuamente sino que se complementan. Sin embargo el debate con Lafargue muestra con más claridad que el escrito citado cómo Jaurès había llegado a esta opinión. Una premisa muy importante era, desde luego, que para él como para toda la tradición filosófica que él representaba el materialismo era, esencialmente, el materialismo francés del siglo XVIII, es decir, un materialismo mecanicista [1151]. Aun cuando Marx se distanció en realidad del materialismo mecanicista e intentó expresamente resolver la contradicción entre las fuerzas ideales y materiales en la historia al introducir entre ellas, en su intersección, la intervención activa del hombre, la praxis, Jaurès le atribuyó a Marx precisamente una concepción materialista mecanicista [1152]. Esta interpretación del materialismo marxista, que según Deville se retrotrae precisamente a Malon, se veía reforzada también por la inclinación de los marxistas franceses a exponer de una forma un tanto grosera el marxismo [1153]. Por esta razón cuando Jaurès intentó dar una descripción realista de la realidad histórica no tuvo más remedio (como más tarde Bernstein) que *completar* la concepción materialista de la historia con elementos idealistas.

Es característico de la concepción de la historia de Jaurès, en este sentido, su carácter teleológico [1154]. La humanidad persigue, para Jaurès, un ideal que lleva desde el principio dentro de sí [1155]. En este sentido el ahora también se hallaría determinado por el futuro [1156]. Jaurès creía poder armonizar esta concepción de la historia conscientemente metafísica con la concepción materialista tal como él la interpretaba [1157]. Al mismo tiempo dejaba claro, no obstante, que la fuerza verdaderamente decisiva de la historia era la aspiración de la humanidad a realizar sus ideales innatos. Pues no bastaba con afirmar que una forma de la producción se derivaba de otra. Esto no signifi-

caba para Jaurès ni desarrollo ni progreso. Para poder elucidar esto último era necesaria una norma, «una idea decisiva y última por medio de la cual resulte posible medir las diversas formas del desarrollo humano» [1158].

Tal norma existía. Era la aspiración de la humanidad —del esclavo, del siervo, del proletario— a la justicia. Esta era una constante histórica explicativa en última instancia de la evolución de la humanidad:

«Por encima de todas las diferencias de medio, de época, de reivindicaciones económicas, siempre ha sido el mismo gemido de queja, la misma esperanza lo que ha salido de los labios del esclavo, del siervo o del proletario. Este gemido inmortal es el alma de lo que llamamos derecho» [1159].

Los hombres se procuraban sistemas económicos que coincidían cada vez más con el ideal predeterminado precisamente para alcanzar este ideal de justicia [1160]. Pero solo la «sociedad sin clases» socialista comportaría una completa armonía entre las relaciones existentes y la eterna aspiración del hombre a la justicia [1161]. Jaurès reconocía, ciertamente, también una influencia de las relaciones económicas sobre las ideas morales [1162]. Pero estas últimas seguían siendo la fuerza motriz. Tal como mostró Lafargue en su respuesta, la validez de la concepción de la historia de Jaurès dependía, en último término, de hasta qué punto existiesen *a priori* las ideas en general y la idea de justicia en particular o no fuese más que un producto histórico. Lafargue mostró que, probablemente, era este el caso [1163].²

La concepción de la historia defendida por Jaurès era, así pues, idealista en su raíz: el espíritu crea la realidad. Si Marx se jactaba de haber colocado a Hegel sobre los pies después de que hubiese estado de cabeza anteriormente, Jaurès podía jactarse de haberlo vuelto a colocar resueltamente en su posición original. De todos modos, se puede constatar que Jaurès se aproximó por momentos al marxismo [1164]. Cuando estalló la discusión en torno a Bernstein entre los socialdemócratas alemanes, Jaurès adoptó una postura marxista en lo esencial. Como tantos otros socialistas prominentes de la Segunda Internacional se esforzó por quitarle importancia a las diferencias de opinión, que el Congreso de Hannover de 1899 había sacado a la luz. Jaurès aseguraba que, en realidad, no se trataba de una lucha entre socialistas moderados y socialistas revolucionarios. No negaba que se estuviese produciendo una lucha entre revolucionarios y oportunistas. Pero estaba injertada a otro conflicto más importante. El problema no se refería al ser o al no-ser de la revolución. Se trataba, mucho más, de la *vía* de la revolución o del «mejor método». La oposición que se desarrollaba en el seno del SPD oponía sobre todo a tipos diferentes de revolucionarios. «Se trata de una renovación y de una ampliación del método revolucionario mismo».

Para Jaurès eran necesarios *los dos* métodos que estaban en discusión. El primer método que correspondía sobre todo al período de crecimiento de los partidos socialistas, cuando estos eran todavía únicamente minorías revolucionarias, era —como se desprende de la descripción de Jaurès— el blanquismo. Conservaba todavía su justificación parcial. Era cierto que Bernstein tenía

razón cuando decía que en Marx, Engels y Bebel se encontraban elementos de una fe revolucionaria ilusionista. Pero no la tenía al prescindir completamente de la posibilidad de grandes crisis y transformaciones. «Su profetismo idílico —decía Jaurès— es tan ocioso como el profetismo apocalíptico de ciertos marxistas» [1165]. El énfasis lo ponía claramente en el método revolucionario:

«Por esto es igualmente necesario estar preparados para un desarrollo revolucionario imprevisto, cosa que Bernstein parece excluir, como para la actividad organizativa, penetrante y continua. Es necesario que el proletariado esté preparado para actuar mañana si mañana la historia le ofrece una ocasión para la acción decisiva. También es necesario que esté preparado, por medio del trabajo diario, por medio de la infiltración continua y penetrante del sistema capitalista con el socialismo, para acelerar la liquidación de este sistema.

El asunto Dreyfus ha mostrado que crisis repentinas e inesperadas sacuden a la sociedad burguesa y que la pueden hacer flaquear. Por esta razón el proletariado ha de estar preparado en todo momento para la toma completa del poder y en este sentido el primer método, el método decisivo de construcción y de lucha del movimiento obrero socialista, conserva todo su valor» [1166].

Pero este método había de ser completado por el otro método que insistía en la necesidad del trabajo diario, organizativo y educativo en los sindicatos, las cooperativas y el parlamento: «Ninguna de las cuestiones que se planteen en la democracia burguesa, sean cuestiones de educación, de arte o de aduanas, debe quedar abierta sin que el socialismo demuestre que ya hoy existen soluciones provisionales que, desde el punto de vista democrático y humano, son superiores a las soluciones burguesas» [1167].

Este método no era, de ningún modo, una expresión de desviación o de compromiso, sino de crecimiento y de desarrollo. Se había hecho necesario porque los partidos socialistas habían llegado por todas partes a ser lo suficientemente fuertes como para influenciar gradualmente a la sociedad capitalista, pero todavía no eran lo suficientemente fuertes como para acabar con ella. ¿Significaba esto que tenían que conformarse con una espera pasiva? «No. Ya hoy (el socialismo, N. del T.) con su poder, con su pensamiento, con su acción, ha de penetrar la civilización capitalista misma para ser más capaz de sustituirla» [1168].

Tampoco podía decir mucho más, abiertamente, un marxista hacia esta época sobre las cuestiones candentes en la Socialdemocracia alemana. Muchos no decían nada. Pero Jaurès lo hizo. Cuatro meses más tarde volvió a tomar una postura con respecto a las ideas de Bernstein y esta vez más extensamente y más definitivamente [1169]. Y lo hizo con ocasión de un gran discurso ante los estudiantes socialistas de París: «Bernstein et l'évolution de la méthode socialiste» [1170]. Jaurès declaró de nuevo, cierto, que aceptaba en parte los puntos de vista de Bernstein. La Socialdemocracia debía modificar sus posturas con respecto a algunas cuestiones. Pero esto se podía hacer sin necesidad de romper con los principios generales de la Socialdemocracia internacional. El marxismo mismo disponía de medios para su propia renovación en aquellos puntos en los que fuese precisa [1171]. Por esto declaraba que: «En la controversia que se ha producido entre Bernstein y Kautsky sobre los principios

y métodos del socialismo yo estoy de acuerdo con Kautsky» [1172]. En primer lugar rechazaba la crítica a la teoría marxiana del valor y de la plusvalía:

«Por lo que a mí se refiere, he estudiado y analizado vanamente las objeciones que se le han presentado a la teoría de Marx; me parece que se sostiene maravillosamente. Es imposible que el capitalista no saque de algún sitio su beneficio, este no sale de la nada; es evidente que tan solo puede nacer de lo que el trabajador le aplica a la mercancía en tanto que trabajo no pagado» [1173].

Jaurès seguía diciendo que Bernstein había intentado inútilmente perturbar la concepción materialista de la historia. Pensaba que la versión de la concepción materialista de la historia ofrecida por Engels en los años noventa era completamente satisfactoria. En una exposición llena de imágenes, típica en él, desarrollaba su propio punto de vista. La base económica era preeminente en relación a la ciencia, la religión, etc., pero tan solo en última instancia: estos últimos factores reinfluían, a su vez, sobre la economía:

«Del mismo modo que la democracia tiene, como tal, su ley, muestra evidentemente la tendencia, en la medida en que no se ve obstaculizada por fuerzas económicas opuestas, a introducir la mayor igualdad posible entre los hombres, pero solo en la medida en que esta igualdad no atente contra el privilegio fundamental de la propiedad. De este modo, una sociedad humana es una totalidad compleja en la que fuerzas como la democracia, como la ciencia, pueden actuar en un sentido dado, pero sin que su acción pueda sobrepasar ciertos límites previamente fijados por las condiciones económicas de base. Así, la tendencia democrática, en la medida en que se la quiera impulsar, no podrá realizar la igualdad fundamental en el sistema de propiedad sin una revolución y sin la irrupción política de una nueva clase, la clase proletaria. Por esto, una sociedad está compuesta por sus sistemas de ideas, fuerzas, conceptos que obedecen a su propia lógica interna, pero que de cara al desarrollo económico se hallan subordinados a una lógica más fundamental y decisiva.

«Sé, naturalmente, muy bien que solo es posible distinguir la totalidad de las diferentes ideas e instituciones de la estructura económica por medio de la abstracción, por medio de una visión intelectual. Entre ambas reina una continua acción recíproca; ni la ciencia ni la religión o la democracia son lo mismo en una sociedad que en otra y, viceversa, la situación del proletariado no es la misma en una fábrica capitalista que en una sociedad en la que no haya ni ciencia ni democracia o repercusiones a largo plazo de la revolución burguesa. Pero en última instancia la presión general del desarrollo económico acaba produciendo los movimientos decisivos. Los movimientos económicos penetran a través de una multiplicidad de formas jurídicas, religiosas y científicas como una potente tormenta que agitate un bosque en sus múltiples y diferentes partes. Por todas partes brama el mismo viento y agita con su gran ritmo a todos los árboles cualquiera que sea la especie a que pertenezcan. Pero cada árbol responde con una tonalidad peculiar, con una peculiar oscilación y con un peculiar ritmo de movimiento. Y el bosque como un todo, puesto en movimiento y conducido por el viento, actúa a su vez sobre este último: lo divide y cambia un poco su dirección» [1174].

Jaurès señalaba incluso que para el movimiento obrero socialista era de gran trascendencia reconocer la justeza de esta concepción de la historia precisamente en esta forma tan matizada. Los socialistas que consideraban como único factor significativo las transformaciones económicas básicas tendían a subvalorar toda lucha que no estuviese inmediatamente ligada con la abolición directa del capitalismo. ¿Por qué —decían— combatir el clericalismo si su raíz está en el capitalismo? ¿Por qué difundir la ciencia si solo podrá florecer en una sociedad sin clases? ¿Por qué luchar por la democracia dentro del capitalismo si el capitalismo hace imposible la existencia de una democracia completa? Para Jaurès una concepción tan esquemática de las fuerzas históricas conducía a la pasividad y a tener menores posibilidades de transformar el capitalismo:

«Bien, yo digo que es un método incompleto; digo que precisamente porque la democracia, la iglesia, la ciencia tienen su propia lógica, su propio campo, su fuerza de evolución peculiar, tenemos que influir sobre todas estas fuerzas, sea para desarrollarlas si actúan en la dirección del movimiento económico deseado por nosotros, sea para contenerlas si van en la dirección opuesta» [1175].

Incluso se puso a defender en contra de Bernstein el método dialéctico, que un año más tarde habría de condenar en análogos términos que Bernstein: «No se ha visto conmovido en su globalidad y no contradice de ningún modo la política práctica que nos aconseja Bernstein» [1176]. Tampoco vio Jaurès en esta ocasión ninguna oposición entre la lucha por reformas, de un lado, y la lucha por la transformación revolucionaria del capitalismo, de otro. Su argumentación era detallada:

«Pero no existe ninguna contradicción entre los dos métodos. Está claro que toda gran revolución social se produce simultáneamente gracias a una lenta preparación o desarrollo económico y gracias a una intervención decisiva de las clases oprimidas siempre que este desarrollo económico haya llegado lo suficientemente lejos como para permitir una intervención revolucionaria eficaz. No hay aquí ninguna contradicción y Bernstein puede decir que siempre es posible equivocarse al actuar por medio de la violencia sobre el grado de la preparación evolutiva y económica: esto no es relevante, pues lo mismo se aplica en el caso de las reformas en sentido propio. También nos podemos equivocar en lo referente al momento en que las condiciones estén maduras para una simple reforma y sea posible llevarla a cabo y en este sentido nuestra agitación puede resultar baldía. Es correcto que para los hombres es difícil saber en qué momento es posible una nueva sociedad aun cuando existan ciertos signos de madurez con respecto a las cosechas y a los frutos; y tanto más difícil de saber resulta si una nueva sociedad está madura cuando la madurez de la cosecha humana se mide a menudo en el calor interno de los propios cosechadores. No existe, así, ningún signo seguro que nos permita saber con certeza cuándo ha llegado el momento de la intervención revolucionaria decisiva. Sin embargo esto no constituye motivo alguno para negar que el gran movimiento histórico aparece en la historia siempre allí donde coinciden el

desarrollo económico suficientemente avanzado y la intervención decisiva revolucionaria de las clases oprimidas» [1177].

Así, Jaurès resumía su acuerdo con la teoría marxista por medio de un giro retórico en el que, al mismo tiempo, se ponía de manifiesto su convicción:

«Ni una sola de las teorías de Marx ha sido tocada o conmovida por las críticas de Bernstein y sus amigos. Y no solo —esto es lo que quería demostrar—, no solo ocurre que las teorías de Marx se mantienen en pie, sino que se ha puesto de manifiesto que ni en la teoría del valor ni en la concepción económico-materialista de la historia ni en la concepción dialéctica o en la doble acción, evolutiva y revolucionaria, ninguna de las teorías de Marx, ninguno de los principios marxianos, ninguno de los grandes métodos marxianos excluyen la acción, la intervención directa, inmediata, diaria, continua, reformadora del proletariado organizado» [1178].

Pero ¿carecía por esto la crítica de Bernstein de importancia? Jaurès pensaba —y en este punto se apoyaba en una sentencia oral de Wilhelm Liebknecht— que Marx había sobrevalorado la *velocidad* de la concentración industrial. Pero no se había equivocado en la cuestión de la concentración como tal y de su dirección fundamental. Jaurès mostraba, concretamente, cómo el mismo proceso de concentración conducía a una desconcentración renovada. La red ferroviaria hacía surgir cantidad de pequeñas empresas locales de transporte. Las grandes distancias entre la vivienda y el lugar de trabajo que en las grandes ciudades resultaban de la capacidad acrecentada de empleo de las empresas en crecimiento era la causa del surgimiento de gran cantidad de pequeñas empresas: colmados, bares, restaurantes, cafés, etc. Al mismo tiempo Jaurès subrayaba que todo esto se podía comparar bien con la espuma de una gran ola y que, en sí, no podía cambiar nada de la tendencia principal.

A continuación Jaurès planteaba algunas cuestiones importantes que se derivaban de la discusión anterior: ¿Se podía decir, en este marco, que el socialismo era revolucionario? Como el socialismo suponía una transformación básica de las relaciones de propiedad, como esta transformación solo podía ser operada por la clase oprimida y como esta clase representaba necesariamente la negación, la revolución de la sociedad existente, había que caracterizar de revolucionario al socialismo. Por eso el error de Bernstein era ocultar tras la cuestión de la *actualidad* de la revolución—su mayor o menor inminencia— la cuestión de su *necesidad*.

El objetivo revolucionario no implicaba en absoluto que la acción reformadora sindical, cooperativa, etc., fuese superflua. Por el contrario: si la acción reformadora se subordinaba al objetivo socialista, podía acelerar la lucha por este y reforzar el lazo de unión entre el ahora y la revolución venidera. Tampoco implicaba que fuese superflua la colaboración con otras clases oprimidas. Tal colaboración, por el contrario, se hacía necesaria ya que la clase obrera todavía era una minoría y las clases pequeño burguesas (sobre todo el pequeño campesinado) eran mayoritarias. La posibilidad de una colaboración de este tipo se había evidenciado con ocasión del asunto Dreyfus cuando todas las clases democráticas, así como la forma de estado republicana, habían estado amenazadas por un nuevo bonapartismo. Kautsky estaba, por tanto, en

un error —afirmaba Jaurès— al temer una colaboración global entre la clase obrera y las clases pequeño burguesas. Pero Bernstein también se equivocaba al negar completamente la existencia de cierta separación entre la clase obrera y las clases sociales cercanas a ella. La transición de la noche al día y del negro al blanco tenía lugar a través de una cantidad infinita de matices intermedios. Sin embargo esto no nos impide distinguir entre la noche y el día y entre el blanco y el negro. Sea por instinto o por comprensión de las cosas, Jaurès se convirtió así en uno de los pocos miembros de la Segunda Internacional que mantenían la convicción de que era necesario desarrollar la lucha por el socialismo paso a paso y estableciendo lazos de unión entre la clase obrera y las capas medias; una lucha en la que la clase obrera desarrollase tanto la unidad como la independencia con respecto a otras clases democráticas:

«Así pues, o bien el proletariado no pasa a la acción o se mezclará continuamente en la acción de las demás clases. Lo decisivo es que actúe siempre con conciencia de clase, con su propia fuerza organizativa, a través de todas estas batallas, de toda esta confusión. Y no lo lamentaré si amplía su zona de contacto con otras clases en tanto que grupo claramente reconocible. Nosotros queremos la revolución, pero no queremos el odio eterno...» [1179].

Esta fue una de las más brillantes defensas de Marx que se hicieron durante toda la discusión sobre Bernstein. Su importancia no resultó mermada por provenir de un hombre que, por su saber, su postura de rechazo frente a todo sectarismo y sus profundos conocimientos de las condiciones económicas y políticas de la época, podía tener la pretensión de hablar con cierta autoridad. Sin embargo esta contribución a la discusión se verificó, al mismo tiempo, en una situación peculiar. Las teorías de Bernstein acababan de ser rechazadas precisamente en el Congreso de Hannover de 1899, en el que las concepciones básicas que la Socialdemocracia había mantenido hasta entonces se vieron solemnemente ratificadas. Jaurès mismo acababa de tomar parte en un debate en el que, en tanto que uno de los dreyfusistas dirigentes, se le habían desvanecido muchas esperanzas de poder transformar el aparato estatal existente a través de reformas. A pesar de la entrada de Millerand en el gobierno Waldeck-Rousseau, parecía estarse preparando la unidad entre los poderosos partidos socialistas revolucionarios, los guesdistas y los blanquistas. En tal situación, era muy natural que Jaurès dejase sonar con especial fuerza los tonos revolucionarios de su «genio sinfónico». Sin embargo, cuando en noviembre de 1901 volvió a los interrogantes actualizados por Bernstein, la situación se había modificado. En Alemania, como en otros países, los seguidores de Bernstein habían mostrado ser más fuertes y más numerosos de lo que dos años antes se podía haber supuesto. En Francia se habían frustrado las esperanzas de una unificación del movimiento socialista: en septiembre de 1900 los guesdistas abandonaron en bloque el segundo congreso y en mayo de 1901 les siguieron los blanquistas. Millerand, Briand, los demás «socialistas ministeriales» y Jaurès parecieron condenados a seguir su propio camino [1180]. Se hizo precisa una delimitación teórica con respecto a los socialistas marxistas.

Fuesen cuales fuesen las causas y motivos, lo cierto es que Jaurès dirigió, en esta situación, un ataque frontal contra el marxismo tan vigoroso como su

anterior defensa. En sus partes positivas este ataque era una de las motivaciones más discutidas del reformismo de entre las que se propusieron en el seno de la Segunda Internacional, mucho más convincente que los ensayos tentativos de Bernstein. La aportación de Jaurès apareció en forma de prólogo a una colección de artículos, *Études socialistes*, editada por Charles Péguy [1181]. El problema que se planteaba Jaurès era la cuestión disputada que ya se había hecho clásica: ¿Cómo llegar al socialismo? Jaurès contestaba estableciendo un contraste entre las situaciones históricas de la clase obrera en 1850 y en 1900. En el año 1900 el poder de la clase obrera había tomado cuerpo en instituciones políticas y económicas como el sufragio universal, la democracia parlamentaria, los sindicatos y las cooperativas [1182]. ¿Se podía llegar al comunismo proletario con el concurso de esta palanca? ¿O era necesaria una ruptura extraordinaria? [1183].

Marx había mantenido este último punto de vista. Pero —pensaba Jaurès— el método de Marx había partido de «hipótesis históricas desfasadas o de hipótesis económicas inexactas» [1184]. Estas hipótesis eran, para Jaurès, en realidad, dos: una política y una económica. La hipótesis política se apoyaba en la experiencia de la historia revolucionaria entre 1789 y 1848. Pero estas experiencias no tenían relevancia, pues las revoluciones que habían tenido lugar durante esta época habían sido revoluciones burguesas a las que habían seguido débiles revoluciones proletarias. La clase obrera no había sido lo suficientemente fuerte como para desencadenar autónomamente una revolución política. Tampoco había podido ir tomando paso a paso la dirección de las revoluciones por medio de medios legales, pues tales medios no habían estado al alcance de la clase obrera en aquella época. De todos modos podía hacer dos cosas: primero, aumentar su fuerza tomando parte en las revoluciones y defendiéndolas y, segundo, intentar tomar el poder dando un inesperado putsch en el momento de la revolución en el que las diferentes fracciones de la burguesía estuviesen divididas y fatigadas por sus contradicciones internas. El modelo propuesto por los autores del *Manifiesto Comunista* era, concluía Jaurès, el de una revolución proletaria injertada a una revolución burguesa triunfante [1185].

Pero este modelo revolucionario ya no era válido para 1900. En primer lugar, ya había pasado el período revolucionario de la burguesía en Europa Occidental. La burguesía ya no daría nunca más la señal ni tomaría la iniciativa. En segundo lugar, existían los suficientes elementos democráticos —el sufragio universal, las instituciones democráticas, sindicatos, cooperativas— como para hacer posible el paso a la democracia completa sin el intermedio de una crisis revolucionaria. La clase obrera del cambio de siglo era, numérica y organizativamente, lo suficientemente fuerte como para poder llevar a cabo su propia revolución. Ya había empezado a hacerlo, pero por la vía pacífica:

«Prepara metódicamente su propia revolución o, mejor, la empieza metódicamente a través de la conquista gradual y legal del poder en la producción y del poder en el estado... El proletariado socialista prepara su revolución abiertamente, la difunde de modo completamente abierto y la organiza abiertamente en el vasto campo de la legalidad democrática y del sufragio univer-

sal. Esta actuación revolucionaria metódica, directa y legal es la que Engels recomendó en el último período de su vida al proletariado europeo con las mismas palabras que en el pasado había rechazado, de hecho, el *Manifiesto Comunista*» [1186].

Si, por otra parte, el proletariado se dejaba seducir por la utilización de medios violentos, la consecuencia no sería otra que el que todas las demás clases se uniesen contra el proletariado. En tercer lugar, Jaurès apoyaba su concepción en una interpretación económico-histórica evolutiva de la historia europea, lo que venía, obviamente, a contribuir de manera positiva al empeño de hacer más realista su concepción que la de Bernstein:

«La historia enseña que formas (de propiedad, N. del T.) diferentes o incluso contrapuestas han existido a menudo unas junto a otras: así, durante mucho tiempo, han funcionado simultáneamente la producción corporativa y la producción capitalista: durante todo el siglo diecisiete y todo el siglo dieciocho existieron formas mixtas de ambas y durante mucho tiempo han coexistido también el trabajo agrícola libre y la servidumbre. Y estoy convencido de que en el desarrollo revolucionario que nos ha de llevar al comunismo va a haber durante mucho tiempo propiedad colectivista y propiedad individual, comunismo y capitalismo. Esta es también la ley de las grandes revoluciones» [1187].

De aquí Jaurès sacaba la conclusión, resumiendo, de que el método revolucionario de Marx se basaba, en su aspecto político, en «hipótesis históricas desfasadas».

Pero el método revolucionario marxista se basaba también en otra hipótesis, en una hipótesis económica, a saber: que el capitalismo se acabaría a causa de la catástrofe económica que haría que, por los efectos que provocaría en la clase obrera, esta se viese forzada a la acción revolucionaria. Tal como figuraba en el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels habrían esperado que la clase obrera se hundiese cada vez más en la miseria [1188]. Este era, según Jaurès, el verdadero punto de vista del marxismo. Pues una pauperización *relativa* no era relevante. ¿Cómo podía llevar una pauperización relativa a la clase obrera por debajo de límites críticos? Y solo por debajo de tales límites la clase obrera cobraría voluntad, por sí misma y para que siguiese existiendo la sociedad, de pasar a la acción revolucionaria y de derrocar a la burguesía. Tampoco se podía abordar la cuestión de la pauperización absoluta haciendo referencia —lo que en sí era correcto— a la idea según la cual Marx había situado *dos* tendencias frente a frente: por una parte, la tendencia del capitalismo a pauperizar a la clase obrera y por otra parte la tendencia de la clase obrera, por esto mismo, a defenderse del capitalismo. No se podía hacer esto porque así se suscitaba, únicamente, un nuevo problema, a saber, ¿cuál de las dos tendencias es la más fuerte? Para Jaurès no cabía ninguna duda de que Marx pensaba que la primera tendencia era la más fuerte y que las reacciones de la clase obrera tan solo provisionalmente podrían obtener algún éxito [1189]. Pero también debería haber añadido que esta interpretación era necesaria para no reducir a la nada la teoría de Marx en su conjunto. Pues si la clase obrera estuviese en condiciones de superar *duraderamente* la tendencia del capitalismo a pauperizarla habría así abolido la tendencia más fundamental del capitalismo o, al

menos, la habría eliminado permanentemente. Con ello, desde luego, el capitalismo habría sufrido un cambio tal que la condición principal de la acción revolucionaria de la clase obrera y, consecuentemente, de la transformación del sistema de capitalista en socialista habría sido suprimida. Conclusión: el socialismo habría dejado de ser el resultado necesario producido por las propias leyes de desarrollo del capitalismo.

Sin embargo, Jaurès afirmaba que Marx estaba en un error al creer que la liberación absoluta pasaba por la pauperización absoluta. El obrero moderno se había apropiado —y aquí reaparece uno de los temas del debate con Lafargue de 1894— de lo mejor de entre lo que la humanidad había conquistado a través de la abolición de la barbarie, de la esclavitud y de la servidumbre. Sin embargo, Marx, atrapado en el juego de contradicciones del método dialéctico, no había reconocido la importancia real de esto. Todavía en *El Capital*, en el capítulo sobre «la ley general de la acumulación capitalista», había establecido las dos tendencias (pauperización y resistencia en contra de la pauperización) [1190]. Engels todavía era menos susceptible de mejora. En su libro sobre la *Situación de la clase obrera en Inglaterra* había profetizado en 1845 que la revolución tenía que venir aun cuando la sociedad inglesa se encontraba completamente marcada por cambios evolutivos y compromisos de clase. Los cartistas habrían reivindicado el sufragio universal. Pero Engels habría insistido en la incompatibilidad entre el sufragio universal y la monarquía. Los cartistas habrían reivindicado asimismo la jornada de diez horas; Engels habría afirmado que tal jornada produciría la ruina de Inglaterra. «¡Qué espíritu de desconfianza con respecto a las reformas parciales! ¡Qué límites más estrechos se le fijaban a la capacidad de adaptación del sistema industrial!» [1191]. Así pues, cuando Engels publicó una nueva edición del libro en 1894 no se paró ni un momento a pensar en interrogarse sobre el error sistemático a que podía haber conducido la cantidad de falsas profecías que había formulado [1192].

Jaurès llegaba a la conclusión de que a las dos hipótesis en las que se basaba la idea revolucionaria del marxismo les faltaba base real:

«Ni, en el orden político, va a haber ninguna revolución burguesa a la que el proletariado no tenga más que engancharse para hacerla ir más lejos ni, en el orden económico, va a haber ningún cambio revolucionario, ninguna catástrofe, que de lugar un día a que sobre las ruinas del capitalismo derrocado, aparezca el predominio del proletariado comunista y un nuevo sistema productivo... El proletariado no llegará al poder gracias a la imprevista repercusión de la agitación política sino a través de la organización metódica y legal de sus propias fuerzas bajo la ley de la democracia y del sufragio universal. El orden comunista se levantará gradualmente en nuestra sociedad no por el colapso de la burguesía sino por el crecimiento del proletariado» [1193].

Esta conclusión concordaba en principio con la del propio Bernstein. Tanto Jaurès como Bernstein orientaban su principal ataque contra Marx y Engels en lo concerniente a la validez del cambio revolucionario («blanquismo»)

y contra su utilización del método dialéctico («la trampa del método hegeliano-dialéctico»). Llama la atención el hecho de que la argumentación de Jaurès, a pesar de su forma concentrada, era más penetrante y estaba expuesta más convincentemente que la de Bernstein.

No significa esto, sin embargo, que no haya sido difícil para sus críticos hallar los cabos sueltos de su argumentación. La burguesía europea podía no ser ya revolucionaria después de haberse hecho definitivamente con el poder, pero ¿no había tomado la clase obrera industrial su puesto en la sucesión histórica? Las luchas sociales podían revestir de momento formas pacíficas, pero ¿no podía un nuevo asunto Dreyfus o incluso una nueva guerra interrumpir violentamente la evolución pacífica y parlamentaria? La situación económica de la clase obrera podía ir mejorando a la larga, pero ¿no sería precisamente por esto mucho más intensa la reacción política de la clase obrera si en algún momento se invertía la tendencia haciendo el contraste tanto más agudo? Les debe de haber llamado la atención a los críticos de Jaurès, sin embargo, sobre todo su giro de 180 grados entre 1899 y 1900. En 1899 había afirmado que las capas pequeño burguesas eran aliados de la clase obrera en lo referente a ciertas cuestiones dada la identidad de intereses. Ahora decía que estos aliados habían de enfrentarse con necesidad propia de una ley natural a la clase obrera si la lucha política llegaba a adoptar formas violentas. Anteriormente había afirmado que el método de la lucha por reformas era válido para el período preparatorio de la revolución. Ahora decía que este método era una introducción a la revolución misma. Anteriormente había afirmado que el método revolucionario era el método principal y que era el que decidía los progresos históricos. Ahora decía que este método se apoyaba en una hipótesis histórica desfasada. Anteriormente se había colocado de parte de Kautsky y contra Bernstein declarando que las teorías de Marx en su conjunto continuaban en pie absolutamente incommovidas. Ahora se adhería a Bernstein y declaraba que las dos teorías principales de Marx carecían ya de validez. Anteriormente había visto entre revolución y reforma tan solo una contraposición. Ahora veía una contradicción. Los críticos de Jaurès podían también observar que este argumentaba ahora de un modo que él mismo había criticado anteriormente en Bernstein. Le había reprochado a Bernstein querer negar la existencia real de la clase obrera aduciendo lo difusos que eran los límites entre las clases sociales. Pero, ¿no procedía Jaurès del mismo modo cuando afirmaba en su esquema económico-histórico que formas mixtas de propiedad eran lo propio de las grandes transformaciones? Ninguno de todos estos interrogantes fue satisfactoriamente contestado. Parece que su concepción de la necesidad de la revolución entró en una nueva fase después de 1905, cuando las contradicciones volvieron a agudizarse tanto a nivel nacional como internacional [1194].

Provisionalmente se puede sintetizar del siguiente modo, tal como ha hecho Goldberg en 1962, el planteamiento más concentrado de las tomas de posición muy contradictorias de Jaurès durante la discusión sobre Bernstein:

«¿Cómo se puede, entonces, resumir el socialismo de Jaurès? Su inspiración era intensamente idealista. Jaurès creía con Kant en el poder de las ideas

morales en particular en la búsqueda por el hombre de la justicia en el movimiento y en la conformación de la historia. No pertenecía ni a los positivistas como Comte y Spencer, que adoraban al desarrollo y le llamaban progreso, ni a los deterministas, que se pasaron al socialismo tan solo por considerarlo inevitable. La meta —el reino de la justicia, la unión de la humanidad, un mundo sin castas, clases, guerras que dividían a los hombres, dicho brevemente, la sociedad colectivista— era de una importancia sobresaliente.

Intentando alcanzarla, los hombres habían hecho la historia del pasado y fundarían el socialismo del futuro. Otros, como Bernstein y los socialistas revisionistas, satisfechos con las reformas en el seno del capitalismo, declararon más tarde que el movimiento lo era todo y la meta nada. Jaurès no se unió nunca a estos. Si su método era pacífico y evolutivo, su meta era revolucionaria. Jaurès se daba cuenta de que la sociedad colectivista era el punto culminante de una gran aspiración humana; era algo que él no podía traicionar. Así, en 1889 prometió que «yo no seré nunca uno de esos fariseos de la democracia que aceptan los principios de una sociedad justa, pero que no se ajustan a sus exigencias» [1195].

H) RESUMEN. BERNSTEIN Y EL REVISIONISMO FRANCÉS

Bernstein sentó las bases de su revisión del marxismo durante su exilio en Inglaterra. Esto ocurrió, sobre todo, a causa de los estímulos que recibió de los fabianos. Cuando Engels murió, en 1895, la conversión de Bernstein de marxista en revisionista ya estaba hecha en un aspecto importante. Los estudios sobre la historia de la revolución francesa presentada por Hérítier, que Bernstein redactó poco tiempo después de la muerte de Engels, muestran que ya había traspasado la frontera. Pero su revisionismo todavía era, hacia esta época, esencialmente negativo. Sabía contra qué aspectos del marxismo tenía algo en contra. Pero no tenía nada claro qué había de colocar en su lugar, en particular en lo teórico. Liberarse de una concepción era una cosa. Dotarse de una nueva era algo bastante más difícil. Sin embargo, necesitaba urgentemente un nuevo instrumento teórico. El marxismo era una teoría belicosa y crítica y algunos la utilizaban con habilidad. Los fabianos le ofrecían a Bernstein, es cierto, una buena base en la que apoyarse. Pero su arsenal era demasiado limitado y las armas, a veces, excesivamente toscas.

Bernstein se tenía que buscar en otros lugares lo que los fabianos, orientados a la práctica, no le podían ofrecer. En el liberal Croce encontró una crítica teórica de la concepción de la historia y de la teoría económica del marxismo de la que se apropió. Sin embargo, la crítica crociana al marxismo era muy incompleta. El anarquista Merlino había contribuido, con seguridad, después de su conversión, a conferirle a la crítica de Croce una mayor energía abarcando un registro bastante más amplio que esta. Sin embargo, teóricamente no era

especialmente profundo y políticamente era difícil —a causa de su pasado de enemigo de la Socialdemocracia alemana— reclamarse de él. Lo que ni los fabianos ni los dos italianos le podían ofrecer a Bernstein, sin embargo, lo encontró este en los nuevos críticos franceses de Marx.

En Francia, como en muchos otros países, el movimiento socialista había conocido desde comienzos de los años noventa un fuerte auge, lo que había conducido a que muchos intelectuales burgueses empezasen a interesarse por el socialismo o a adherirse a él. Uno de ellos era Jean Jaurès. Era partidario del «socialismo integral» de Malon, que quería reunir en un solo haz todas las tendencias socialistas posibles. La concepción de base era pacifista y reformista. Partiendo de estos puntos de vista socialistas Jaurès propugnó una teoría idealista de la historia según la cual el desarrollo histórico estaba determinado en última instancia por la prefijada aspiración humana a lo justo y bueno. Jaurès creía poder conciliar esta concepción idealista de la historia con la concepción materialista de la historia propia del marxismo. En esta última Jaurès veía ciertamente un materialismo mecánico que excluía la aspiración consciente de los hombres. Por esto lo completaba con su idealismo.

En este punto existe, al menos, un parentesco claro entre Jaurès y Bernstein [196]. No es posible demostrar, de todos modos, la existencia de una influencia activa. Bernstein mismo no se refirió nunca a Jaurès en tanto que inspirador suyo. Esto también habría sido difícil al haberse colocado Jaurès tan conscientemente en oposición a los marxistas franceses en el terreno teórico. Sin embargo el idealismo histórico de Jaurès y su armonización ecléctica de este idealismo con el materialismo significaba un apoyo para la interpretación bernsteiniana del materialismo histórico. Es evidente que el contexto filosófico era común a ambos, es decir, el idealismo kantiano. Al mismo tiempo existía entre ellos una importante diferencia. Jaurès no era, como Bernstein, partidario solo de la lucha por reformas. Era también revolucionario. En todo caso, defendía apasionadamente las tradiciones revolucionarias, que para Bernstein eran abominables. Por esto, a Bernstein le resultaba difícil reservarle sin escrúpulos a Jaurès una plaza junto a los demás predecesores en el atrio del revisionismo.

La relación Sorel-Bernstein era muy diferente y mucho más clara. Sorel tenía, a diferencia de Jaurès, una posición de base fuertemente conservadora. Rechazaba completamente las tradiciones revolucionarias francesas de 1789, 1848 y 1871 considerándolas como una carga para el movimiento obrero. Buscaba en el marxismo un sustituto de la firme concepción burguesa de la vida que la mortecina democracia de la Tercera República había echado a perder. Desde un punto de vista intelectual el marxismo no pasó de ser para él, como para Croce, un catalizador: el marxismo desencadenaba procesos intelectuales, pero sin tomar parte como tal en ellos. La evolución de Sorel es en parte paralela a la de Croce y en su intercambio de ideas es a menudo difícil precisar de quién partían originalmente. Las cartas de Sorel a Croce indican de todos modos que el joven, pero erudito filósofo napolitano jugaba siempre el papel de guía en todas las difíciles cuestiones planteadas por el interesado amateur de París. El interés de Sorel por el marxismo era más profundo y más amplio

que el de Croce, pues se detuvo más tiempo y se ocupó de más —prácticamente todas— partes de la teoría. Así, Sorel respaldaba a Croce, pero también le completaba y le cedió a Bernstein por intermedio de Croce herramientas que aquel necesitaba. En sus comentarios y reflexiones sobre el marxismo sembraba por todas partes ideas, ocurrencias o ponía interrogantes. Ello era tanto más natural cuanto que Bernstein, en su caza de una nueva concepción del mundo, iba siguiendo la huella del sembrador.

De todos modos esto no se puede interpretar como si Bernstein hubiese copiado mecánicamente la crítica de Sorel a Marx. No funcionan tan fácilmente las influencias ideológicas. En aquellos momentos, como siempre, existía un fondo común de ideas al que se podía recurrir. Las ideas revisionistas tenían también una prehistoria que cualquiera podía aprovechar. Como las condiciones externas del movimiento socialista eran semejantes en muchos aspectos en bastantes países y esto hacía que los socialistas se tuviesen que enfrentar a problemas análogos, era muy natural que la ideología revisionista apareciese hasta cierto punto en bastantes países al mismo tiempo. Sin embargo las coincidencias existentes entre las concepciones de Sorel y de Bernstein son tan amplias que hay que hablar de una influencia directa. En primer lugar, la evolución de Sorel iba siempre un paso más adelantada que la de Bernstein. Además Bernstein se refería explícitamente a Sorel como uno de los críticos del marxismo que más cerca de él se encontraban. Ambos difieren, naturalmente, en muchos puntos. Bernstein no tiene directamente nada en común con el irracionalismo de Sorel. Era un partidario convencido de la democracia parlamentaria. Para Bernstein no tenía ningún sentido el rechazo doctrinario de Sorel a toda política y a toda actividad estatal. Sin embargo, en la mayoría de los otros puntos coinciden incluso hasta en los detalles y en la expresión, tal como se desprende de la exposición que figura más arriba. Aquí solo se recapitulan algunos puntos fundamentales. Lo que más destaca es el énfasis puesto por ambos en la necesidad de limpiar al marxismo de elementos revolucionarios. Para ellos las revoluciones no son, como para Marx y Jaurès, algo luminoso y liberador sino algo amenazante, destructivo y carente de sentido.

Lo mismo ocurre con el correlato filosófico del elemento revolucionario, la dialéctica. Para ellos esta no era más que hegelianismo incomprensible, una seducción que llevaba continuamente a la negación de lo existente. La famosa fórmula de Bernstein de que el movimiento lo es todo y la meta final nada puede derivarse también de la teoría del conocimiento de Sorel según la cual el pasado es místico y el futuro mítico: como única realidad queda el presente. Sorel intentó construir —en el estudio sobre Vico— una consideración reformista de la historia apoyándola sobre argumentos concretos, siendo el único socialista destacado de su época que tuvo tal empeño. Cuando la nueva teoría de la utilidad marginal de Pareto fue formulada, Sorel se mostró inmediatamente amistosamente neutral. Por el contrario, se mostró extremadamente escéptico ante el intento de Engels de darle a la teoría marxista del valor una fundamentación teórica. Negaba la validez de la ley de la pauperización absoluta de la clase obrera y dudaba también de la de la pauperización relativa. Las crisis del capitalismo —afirmaba— no eran cada vez más

graves, sino, al contrario, cada vez más débiles. Se enfrentaba resueltamente a la idea de que el socialismo pudiese ser inaugurado como consecuencia del derrumbe —es decir, de una catástrofe material— del orden social capitalista: el socialismo precisaba, justamente, para entrar en funcionamiento, de una economía en buena marcha. Se oponía también a la idea de la dictadura del proletariado como palanca de la revolución socialista. El objetivo del movimiento obrero socialista era, mucho más, de naturaleza moral. En consonancia con esto, sus métodos de lucha no podían ser de naturaleza política sino económica: sindical y cooperativa. La clase obrera tenía que crear el espíritu de la nueva civilización socialista por autoeducación económica en el marco del capitalismo. Este «economicismo» teñido de moralismo presenta en su programa de acción claros puntos de contacto con Bernstein. En ambos se encuentra también una fuerte vinculación al socialismo antirrevolucionario y reformista de Proudhon: este es el aspecto más importante del marco histórico-ideológico común.

Nada era, por tanto, más natural que Sorel le diese a la revisión de Bernstein la más entusiasta bienvenida. «Bernstein —declaraba— es, en mi opinión, el verdadero continuador de Marx, su intérprete más autorizado» [1197]. Bernstein había hecho en Alemania lo que él (Sorel) había indicado anteriormente en Francia. Cuando Bernstein se puso manos a la obra muchas condiciones estaban ya dadas. Sin embargo, durante mucho tiempo, una de ellas había faltado: «El canto del gallo galo». Georges Sorel dio la señal [1198].

CAPÍTULO VII. EL REVISIONISMO EN RUSIA: EL MARXISMO LEGAL

«En fin, en muchos periódicos rusos aparecen artículos independientes sobre sus diferentes trabajos. En Rusia se ha formado una fracción peculiar, que es precisamente lo contrario que los marxistas, que se ha bautizado con el nombre de usted».

Leo von Buch, carta a Bernstein, 17 del X de 1901 [1199].

El movimiento revisionista que se formó en el seno del marxismo europeo de los años noventa llegó, con el tiempo, a imponerse. Pues el revisionismo de Bernstein era, como observó Peter von Struve en 1899, «un síntoma significativo del cambio de la ideología socialdemócrata» [1200]. Había, sin embargo, una excepción: Rusia. En la monarquía absoluta dominada por Nicolás II no se daban las mejores condiciones para el socialismo reformista. Lo que no significa, desde luego, que no llegase a Rusia el revisionismo. Al contrario: durante los años noventa apareció también allí una orientación revisionista que presentaba los mismos rasgos fundamentales que la europea-occidental. Se trata del llamado marxismo legal, que hay que ver como la forma específicamente rusa del revisionismo [1201]. La diferencia consiste en que los marxistas legales volvieron más rápidamente a su punto de partida, es decir, el liberalismo [1202]. El marxismo legal se vio muy estimulado por los escritos de Bernstein: a partir de 1899 Rusia se convirtió formalmente en un polo de atracción de las ideas de Bernstein. Este era, sin embargo, un estadio relativamente tardío de la evolución del marxismo legal [1203]. El representante más importante del marxismo legal ruso, el anteriormente citado Peter von Struve, afirmaba con cierta justicia que en determinados aspectos él se había anticipado a Bernstein [1204]. Esto era cierto no solo en lo referente a él. Los debates teóricos que en Europa Occidental habían sido directa o indirectamente provocados por Bernstein ya habían sido anticipados, de hecho, en puntos importantes, por los revisionistas y los marxistas rusos. A este respecto hay que citar, por ejemplo, la crítica que Lenin dirigió en 1894 a las concepciones teóricas de Struve. No se puede decir que fuese casual que algunas de las contribuciones más importantes a la discusión marxista alemana sobre el libro de Bernstein fuesen suministradas por exiliados rusos: Plejánov, Helphand, Luxemburg.

Aquí nos vamos a centrar fundamentalmente en la exposición de la discusión sobre la llamada cuestión de los mercados, que constituyó el tema más importante del debate. En esta discusión se muestra también lo que unía y lo

que separaba a los socialistas orientados hacia el liberalismo o hacia el marxismo. La discusión contribuyó asimismo a que los revisionistas rusos formularan, más clara y consecuentemente que Bernstein y paralelamente a este, una teoría revisionista que alcanzó su más destacada expresión en la teoría de Peter von Struve sobre las fuerzas motrices del desarrollo social.

A) EL MARCO

El problema que se colocaba en un primer plano en la discusión socialista en Rusia no era el de las premisas del socialismo sino las del capitalismo. Este hecho es esencial para la comprensión del marxismo legal. Pues mientras este problema estuvo en un primer plano, la oposición entre marxistas estrictos y revisionistas no fue aguda, se mantuvo latente. A partir de la abolición de la servidumbre, en 1861, el capitalismo industrial comenzó a hacer ciertos progresos en Rusia. Sin embargo, en lo esencial, el país era y siguió siendo subdesarrollado y agrario. Esto colocaba ante casi todos los intelectuales rusos en un primer plano la cuestión de las posibilidades del capitalismo en Rusia. La traducción rusa de *El Capital* fue publicada inmediatamente después de la edición original alemana [1205]. Intelectuales rusos iniciaron una animada correspondencia con Marx y Engels. Estos últimos, por su parte, se interesaban cada vez más por el desarrollo que tenía lugar en Rusia. Ya desde 1848 habían visto en el coloso ruso el peligro principal que amenazaba al movimiento obrero socialista europeo-occidental: podía intervenir y conducir a la derrota cualquier revolución socialista victoriosa. Por esto, cuando hacia 1874 comenzó a dar sus primeros pasos el movimiento democrático-revolucionario llamado populista (Narodniki) en Rusia, Marx y Engels albergaron esperanzas de que este hiciese tambalearse al coloso [1206]. Criticaban al mismo tiempo, no obstante, la teoría del desarrollo ruso que sostenían los narodniki. En opinión de los narodniki, Rusia era un caso especial en la historia del desarrollo social. Negaban la posibilidad de un desarrollo capitalista en Rusia; idealizaban la vieja comunidad aldeana rusa, de la que creían que podía constituir la base para un desarrollo no capitalista hacia el socialismo, y creían que el zarismo podía ser derrocado por héroes individuales y por actos de terrorismo [1207]. Marx y Engels aceptaban que Rusia pudiese dar directamente el salto desde un comunismo agrario más o menos extinto al socialismo. Pero tan solo con la condición de que previamente hubiese vencido el movimiento obrero en Europa Occidental. Así planteaban el problema en el prólogo a la segunda edición rusa del *Manifiesto Comunista*, en la que, al mismo tiempo, declaraban: «Rusia constituye la vanguardia de las acciones revolucionarias en Europa» [1208]. Esto no era únicamente un gesto de amabilidad para con los revolucionarios rusos. La cuestión de las posibilidades de la revolución en Rusia pasó a ser, tras la muerte de Marx, un tema importante en la actividad publicística de Engels [1209]. Engels dio en 1885 una caracterización muy cer-

tera de las fuerzas que en los próximos tiempos iban a decidir el desarrollo de la sociedad rusa:

«Lo que yo sé, o lo que creo saber, sobre la situación en Rusia, me permite suponer que para ella se acerca su 1789... En estas condiciones, el país es como una bomba cargada a la que solo queda ponerle la mecha...

Es este uno de los casos excepcionales en los que les es posible a un puñado de gente *hacer* una revolución, es decir, derribar todo un sistema dándole solo un pequeño empujón, un sistema cuyo equilibrio es más que inestable (por utilizar la metáfora de Plejánov) y que es capaz de liberar, por un acto carente en sí de importancia, fuerzas explosivas imposibles después de dominar.

Sí: si el blanquismo —es decir, la ilusión de querer transformar toda una sociedad por la acción de un pequeño grupo de conspiradores— ha tenido alguna vez cierta razón de ser, ha sido en Petersburgo. Una vez se ha acercado el fuego a la pólvora, una vez liberadas las fuerzas y transformada la energía nacional de potencial en cinética (una vez más una imagen muy querida de Plejánov, y una imagen muy buena), entonces, los hombres que han llevado el fuego a la bomba saldrán despedidos por una explosión que será mil veces más fuerte que ellos y que se buscará su salida como pueda, como decidan las fuerzas económicas y las resistencias que se opongan.

Supongamos que estos hombres se educan para tomar el poder ¿qué hay de malo en ello? Si lo único que hace es abrir el agujero que hará saltar el dique, la misma corriente les hará pronto ver claro sobre sus ilusiones...

El hecho principal, en mi opinión, es que en Rusia está dado el impulso para que estalle la revolución. Qué fracción sea la que dé la señal, bajo qué bandera se realice, es algo que no me interesa. Si lo que se produce no es más que una revolución palaciega, el mismo día de su comienzo sería desbordada.

Donde la situación es tan tensa, donde se han reunido en tan gran cantidad los elementos revolucionarios, donde la situación económica de la enorme masa del pueblo se hace más insoportable de día en día, donde se hallan representados todos los estadios del desarrollo social, desde la comunidad primitiva hasta la gran industria y la alta finanza modernas, y donde todas estas contradicciones se ven mantenidas violentamente por un despotismo sin igual, un despotismo cada vez más insufrible para una juventud que reúne en sí la inteligencia y la dignidad nacionales: en estas condiciones, una vez dé comienzo el 1789 no se hará esperar mucho el 1793» [1210].

Estas palabras estaban dirigidas a Vera Zasúlich. Esta había fundado junto con Georgi Plejánov y Paul Axelrod dos años antes (en 1883) en Ginebra la primera organización marxista rusa, «Emancipación del Trabajo», que se había propuesto difundir las ideas socialistas en Rusia y preparar la fundación de un partido socialista obrero ruso [1211].

El grupo traducía al ruso escritos de Marx y Engels y los difundía ilegalmente en Rusia. Plejánov, que era el cerebro del grupo, redactó también una serie de obras en las que desarrollaba las ideas del marxismo y polemizaba con la ideología populista dominante en el movimiento revolucionario ruso [1212].

Estos trabajos, a diferencia de la mayoría de los que produjeron los marxistas de la segunda generación, eran profundos, originales y vigorosos [1213].

A finales de los años ochenta se formaron círculos marxistas entre otros lugares en la región del Volga y en Ucrania [1214]. A uno de estos círculos —el de Kazán— se adhirió Lenin en 1888. A finales de 1893 se trasladó a Petersburgo, figurando entre quienes contribuyeron a unificar en una sola organización, la «Liga para la lucha por la emancipación de la clase obrera», los diferentes grupos marxistas de la capital. Hacia esa época el movimiento había crecido tanto que estaba en condiciones de unificarse con el movimiento obrero en sentido propio. Sin embargo, ni él ni los demás dirigentes de la «Liga para la lucha» tuvieron ocasión de tomar parte directamente en esta tarea durante el resto de los años noventa. El gobierno estaba alarmado por la actividad de la Liga y apresó en diciembre prácticamente a toda la dirección. Lenin solo pudo volver a la vida política activa tras un año de cárcel y dos años de destierro en Siberia. Volvió, exactamente, en febrero de 1900. Durante ese tiempo habían cambiado significativamente algunas cosas. En 1898 se había fundado el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, que se había dirigido a los trabajadores rusos con un manifiesto redactado por Peter von Struve [1215]. Pero cuando Lenin volvió del destierro, Struve ya había roto con el marxismo y se había aproximado a los liberales rusos. Esta era una expresión simbólica del hecho de que la orientación representada por Struve —el marxismo legal— estaba ya muerta. Su corta, pero intensa época de florecimiento había tenido lugar durante los seis años anteriores.

B) EL MARXISMO LEGAL

El marxismo legal se introdujo en Rusia con el escrito de Struve *Notas críticas acerca del desarrollo económico de Rusia*, que fue publicado en 1894 [1216]. El marxismo legal era originalmente «una alianza entre personas de ideas extremas y personas de ideas muy moderadas» [1217]. Un «marxista legal», no obstante, era en la Rusia de los años noventa, en principio, un marxista en el más amplio sentido de la palabra, pues la denominación no se refería a sus convicciones sino a su estatuto jurídico [1218]. Como los marxistas estrictos de Petersburgo —Lenin y otros— fueron desterrados a Siberia en la segunda mitad de la década y Plejánov, Zasúlich y Axelrod se encontraban en Ginebra, ocurrió que la iniciativa en la discusión teórica fue a manos de aquellos que habían conservado un estatuto legal. En la práctica se trataba casi únicamente de los marxistas académicos que rodeaban a Peter von Struve. Aparte de este figuraban los economistas Michail Tugan-Baranowski, S. N. Bulgákov y S. L. Frank, así como el filósofo Nikolai Berdiaiev. Estos eran los más destacados marxistas legales en sentido propio.

El marxismo legal era en Rusia, igual que en otros países, naturalmente, un producto del interés acrecentado por el marxismo y el socialismo. Sin embargo, en Rusia existían ciertos factores adicionales que le daban al marxismo legal su peculiaridad nacional. En primer lugar, el capitalismo, la clase media y la ideología liberal se habían desarrollado muy débilmente; Nicolás II había

declarado en 1895, con motivo de su coronación, que el nuevo régimen tenía la intención de mantener el absolutismo en todas sus dimensiones [1219]. Esto dio lugar a que numerosos intelectuales progresistas viesen en el marxismo la única alternativa posible, aun cuando no estuviesen en disposición de entender el marxismo en todo su alcance. Rusia padecía —como decía el Grupo para la Liberación del Trabajo en su primer programa de 1884— «no solo el desarrollo de la producción capitalista sino también las insuficiencias de este desarrollo» [1220]. La segunda parte de la frase da a entender que también desde el punto de vista de los marxistas existía en ciertos aspectos un común denominador entre intelectuales orientados al marxismo e intelectuales liberales. Esta coincidencia parcial se vio reforzada además por el hecho de que tanto los marxistas como los liberales se oponían a la doctrina de los narodniki, que por aquella época todavía era muy fuerte. Los narodniki criticaban al capitalismo tomando el pasado como punto de partida, lo que parecía reaccionario tanto a los marxistas como a los liberales. A principios de los años noventa, cuando el capitalismo ruso se estaba desarrollando a pasos agigantados [1221], los que compartían una orientación progresiva estaban de acuerdo en que la concepción de los narodniki era no solo romántica sino incluso perjudicial. Se podía contar, ciertamente, con que los caminos de los marxistas y de los liberales se separarían más tarde, cuando el capitalismo hubiese alcanzado la preponderancia en Rusia. Pero hasta entonces había acuerdo en cuanto a la común oposición a los narodniki. Antes de ver si se permanecía en el capitalismo o se quería continuar hasta el socialismo había que aclararse con respecto a la necesidad del estadio capitalista. En segundo lugar, el crecimiento del marxismo legal fue favorecido también —por muy paradójico que pueda sonar— por las autoridades del zarismo. Estas veían el peligro principal no en los marxistas sino en los populistas. No hay duda de que en este punto fueron víctimas de una especie de retraso ideológico, pero no por esto deja de ser una realidad. Según Sir John Maynard aproximadamente a partir de 1893 se comenzó a utilizar el término «socialdemócratas» para designar a los marxistas rusos con objeto de distinguirlos de los anarquistas —que no se diferenciaban en nada de los narodniki de izquierda— y para subrayar que los primeros no estaban por la utilización de métodos violentos. Se daba incluso cierta tendencia a identificar el marxismo con la escuela manchesteriana en economía política [1222]. Esto, en realidad, era explicable, pues los marxistas rusos estaban movidos desde un principio, en gran parte, a propagar la inevitabilidad no del socialismo sino del capitalismo. La situación era, con otras palabras, análoga a la que se dio en los años noventa en Italia, donde también había fuertes tradiciones anarquistas y donde el marxismo, como hemos visto, fue entendido como una forma moderada del socialismo. El resultado fue, en todo caso, que la censura empezó a permitir la aparición de literatura marxista, siendo una de las primeras y quizás más importantes obras, precisamente, las *Notas críticas* de Peter von Struve [1223].

Peter von Struve era, como los demás marxistas legales, por su origen en realidad un liberal [1224]. Su marxismo no era ningún obstáculo para que el periódico de la bolsa (*Birshewyje Wedomosti*) intentara hacia 1896 que colabo-

rased regularmente con él [1225]. Tugan-Baranowski describía en 1897 en la revista *Nowoje Slowo* lo que perseguían los marxistas legales del siguiente modo:

«Nosotros estamos por el progreso económico, por el cambio de Rusia hacia formas económico-sociales superiores... por el desarrollo de la economía monetaria, por el paso del capitalismo comercial al capitalismo industrial» [1226].

Este programa estaba presente desde un principio en forma embrionaria. En sus artículos publicados en la revista alemana *Archiv für soziale Gesetzgebung und Statistik* de los años 1892 a 1894, Struve explicaba que en la Rusia de los años noventa la tarea era desarrollar el capitalismo. Declaraba que estaba a favor de intervenciones estatales en el desarrollo económico que estaba teniendo lugar en Rusia con el fin de acelerarlo. La tarea era «por una parte, la creación de un estrato campesino completamente integrado en la producción mercantil y con capacidad de consumo, y por otra parte hacer del desarrollo de la industria nacional el objetivo principal de la política económica pública» [1227].

De esto, naturalmente, se desprende que para Struve la cuestión del derrumbe del capitalismo no tenía nada de actual o ni siquiera era como tal algo deseable para él: «No estamos ante un derrumbe del capitalismo», decía en 1894, «sino en medio de los dolores que provoca su nacimiento» [1228].

Cuando Struve publicó en 1894 sus *Notas críticas* explicaba, cosa lógica, ya en el prólogo que él aceptaba del marxismo tan solo «ciertas tesis» [1229]. Esta afirmación le dio pie a Lenin para plantear inmediatamente la cuestión de cuáles eran las tesis que aceptaba Struve y cuáles eran las que no aceptaba. En una crítica global Lenin examinaba punto a punto toda la obra de Struve. La formulación de esta crítica tuvo lugar en el invierno de 1894/95 en el marco de una especie de salón marxista de Petersburgo al que además de Struve y a veces Lenin pertenecían también Tugan-Baranowski y Krupskaja. La crítica de Lenin tenía el título característico de «El reflejo del marxismo en la literatura burguesa». Más tarde cuando la crítica había de ser publicada el título se cambió, a causa de la censura, por el más aséptico de «El contenido económico de la orientación populista y su crítica en el libro del Sr. Struve» [1230].

Lenin criticaba a Struve en primer lugar por su «objetivismo estrecho» [1231]. Este objetivismo se manifestaba en que si bien Struve demostraba, ciertamente, la inevitabilidad del capitalismo en Rusia no se preocupaba, sin embargo, por «clarificar los antagonismos de clase que se dan en cada estadio específico de este proceso: un objetivismo que describe el proceso en general y no cada una de las clases antagónicas y el conflicto que se da entre ellas provocado por el proceso mismo» [1232]. Lo que Lenin pensaba, expresado prosaicamente, era que si bien Struve veía la inevitabilidad del capitalismo no veía su carácter perecedero. Es decir, cuando la contradicción común a capitalistas y obreros con la vieja sociedad feudal fuese superada, aparecería en su lugar la contradicción entre estas dos clases, una contradicción que solo encontraría solución con la revolución socialista. Este punto de vista recorre toda la crítica

leninista a Struve y tocaba, naturalmente, los puntos clave de la alianza entre los liberales y los socialistas revolucionarios [1233].

Como Struve mismo no quería hablar de lo que no aceptaba del marxismo, Lenin se vio motivado a emprender una investigación detallada «para poner en claro lo que podría ser clasificado como marxista del libro». Entre los elementos no marxistas de Struve figuraban, además del objetivismo ya mencionado, sobre todo dos cosas. Struve afirmaba que el marxismo se caracterizaba por su unilateralidad y por su tendencia a la generalización demasiado apresurada. Esto se manifestaba, por ejemplo, en su concepción del estado. Marx y sus sucesores habían ido, para Struve, demasiado lejos en su crítica al estado moderno. Para él, el estado era en primer lugar un órgano para el mantenimiento del orden. Un órgano de este tipo había existido siempre y existiría también en la sociedad sin clases del futuro. Este era un punto de vista que, como hemos visto, también Bernstein había de adoptar más adelante. Un punto de vista, que, además, contradecía abiertamente la teoría del estado formulada por Marx y Engels según la cual «el rasgo característico del estado es la existencia de una clase especial de hombres que concentra el poder en sus manos» [1234].

Lenin le confería la misma importancia al hecho de que Struve negase que el paso al nuevo sistema social fuese el resultado del «derrumbe súbito, del colapso del capitalismo». Para Lenin este punto de vista recorría «todas las obras de Marx». Struve había constatado, sin embargo, que los sucesores de Marx luchaban por reformas. Consecuentemente —según Struve— había tenido lugar una importante corrección a la concepción que Marx había formulado en el *Manifiesto Comunista*. En lugar de la brecha que en la concepción marxiana separaba el capitalismo del nuevo sistema, Struve había entrevisto toda una serie de fases de transición. Lenin protestaba:

«De ningún modo podemos aceptar esto como correcto. Los <sucesores de Marx> no han introducido ninguna <corrección> ni importante ni secundaria en sus puntos de vista. La lucha por reformas no significa en absoluto ninguna corrección, no implica de ningún modo que se haya corregido la teoría de la brecha y de la caída súbita, pues tal lucha es conducida con el objetivo manifiesto y sin ambigüedades de llevarla precisamente hasta la <caída>; el hecho de que para ello sea precisa <toda una serie de transiciones> —de una fase de la lucha a otra, de una etapa a la siguiente— es algo que vio Marx también en los años cuarenta cuando escribió en el *Manifiesto* que no se podía separar el movimiento orientado a la consecución de una nueva sociedad del movimiento obrero (y consecuentemente tampoco de la lucha por reformas) proponiendo incluso en conclusión una serie de medidas prácticas» [1235].

La crítica expuesta por Lenin era irreconciliable de hecho, pero conciliable en la forma. Como Lenin reconoció más tarde, para él Struve y los demás marxistas legales no eran, en el fondo, más que «demócratas burgueses». Pero consideraba la unión con ellos como una alianza política: «a su modo, la primera alianza realmente política de la Socialdemocracia rusa». Su justificación estaba en que permitía conseguir «una victoria sorprendentemente rápida sobre la orientación populista y una difusión extraordinariamente amplia de

las ideas del marxismo (aun cuando bajo una forma vulgarizada)» [1236]. Se desprende con toda claridad de los puntos de vista de los marxistas estrictos rusos, con respecto a la teoría del valor y a la filosofía, que aquella debía ser una alianza con consecuencias no del todo deseables para estos [1237]. Todavía era más importante, sin embargo, la cuestión de los mercados, en la que se ponía de manifiesto lo relativo y lo arbitrario de la alianza a pesar del frente común contra los narodniki.

C) LA CUESTIÓN DE LOS MERCADOS

La llamada cuestión de los mercados se relacionaba con un importante aspecto del problema del crecimiento económico, a saber: las condiciones de un crecimiento estable. La discusión que sobre este tema tuvo lugar en Rusia en los años noventa se anticipó en unos veinte años a la discusión que en términos análogos se desarrolló justo antes de la Primera Guerra Mundial en el seno de la Socialdemocracia alemana [1238] y casi cincuenta años a la discusión postkeynesiana sobre el mismo problema [1239]. La discusión rusa fue por lo menos tan amplia como la primera y al menos tan realista como esta última.

Rusia tenía una economía subdesarrollada. El capitalismo se desarrollaba, ciertamente, ya antes de 1890, pero no demasiado rápidamente [1240]. Los narodniki eran, por esto, pesimistas en lo que se refería a las perspectivas de futuro del capitalismo ruso.

En los años 1882 y 1883 publicaron V. P. Voronzov y el traductor de Marx, N. F. Danielson, sendos trabajos sobre esta cuestión. Afirmaban, resumiendo, que el capitalismo ruso se iba a cavar inevitablemente su propia tumba, y esto por los siguientes tres motivos: primero, aniquilaba su propio mercado interior al arruinar la economía campesina; en segundo lugar, el mercado interno destruido no podía ser sustituido por mercados exteriores, dado que estos estaban ya dominados por los viejos países industriales; de esto se seguía, tercero, que la situación del capitalismo ruso era desesperada [1241].

El modelo empírico de la industrialización capitalista que tenían *in mente* era el clásico: una industrialización apoyada en mercados extranjeros. A muy largo plazo, los hechos les dieron razón a los narodniki en lo referente a lo poco claro del futuro que tenía el capitalismo ruso ante sí. Pero, en primer lugar, el más intenso desarrollo de la historia del capitalismo ruso dio comienzo solo unos pocos años después de la formulación de sus profecías. En segundo lugar, si tenían razón era por motivos muy diferentes a los que ellos alegaban. Su teoría económica era primitiva. Partía de la teoría de Marx según la cual el producto social total puede dividirse en tres partes: el capital constante (C), el capital variable (V) y la plusvalía (P). Para que el proceso de producción pueda continuar establemente, las empresas capitalistas han de dar salida en el mercado al valor total de su producción para poder recuperar en dinero el valor total de la producción. Con el capital-dinero así obtenido puede comenzar

un nuevo ciclo de producción, etc. Pero ¿esto era realmente posible? El capital constante gastado podía ser sustituido por reinversiones y el capital variable sería consumido por los salarios obtenidos por los obreros. ¿Y la plusvalía? Los capitalistas podían consumir una parte de sus beneficios y rentas, pero no todo. Las dificultades, además, no harían más que aumentar, puesto que la plusvalía se incrementaría a medida que creciese la productividad y la intensidad del trabajo. Como consecuencia de esto, una parte de la producción no podría ser realizada (permanecería invendida). Por tanto, los ingresos en forma de dinero de los capitalistas serían más reducidos que anteriormente y la producción, consecuentemente, no se podría mantener sin cambios como hasta entonces, ni mucho menos podría ampliarse. La consecuencia sería el estancamiento.

Este era el problema de Malthus y Sismondi, que reaparecía en los años ochenta en Rusia. No tuvo ningún efecto el que Plejánov argumentase ampliamente tanto contra la teoría como contra los datos sobre los que se apoyaba la teoría [1242]. También resultó inútil que Engels intentase mover, a Danielson, carta tras carta, a que contemplase las otras caras del problema, basándose para ello en su rica experiencia teórica y práctica de medio siglo de ocuparse de la industrialización capitalista [1243].

La teoría de la acumulación que sostenían los narodniki estaba, realmente, muy extendida. Eduard Bernstein fundamentaba también su concepción teórica de que el desarrollo del capitalismo había de redundar en el bienestar creciente bien de la clase obrera, bien de la clase media precisamente sobre aquella teoría. Partía, sin embargo, del supuesto de que la plusvalía *tenía* que ser realizada y llegaba, así, por medio de la misma teoría a un resultado diametralmente opuesto (véase capítulo III, apartado F). Esto era muy lógico, pues si la plusvalía aumentaba en el curso de un proceso estable de crecimiento y si se suponía que los empresarios capitalistas solo podían consumir una parte de la plusvalía, entonces la plusvalía acrecentada había de ser consumida bien por la clase obrera, bien por la clase media. Esta era la segunda parte de la misma conclusión a la que Struve había llegado también con las mismas falsas premisas en su escrito de 1894 mencionado más arriba. Rechazaba la tesis de los narodniki. Demostraba, oponiéndose a Voronzov y a Danielson, que el capitalismo conducía a una expansión en el mercado interno y que la plusvalía podía ser realizada en él. En primer lugar, ponía de relieve que la sociedad capitalista nunca había existido en la realidad como una sociedad compuesta exclusivamente por capitalistas y obreros. Existía también un gran estrato medio, las llamadas «terceras personas». Estas podían absorber una gran parte de la plusvalía. La cuestión era tan solo si eran lo suficientemente numerosas. Esto llevaba al segundo argumento. Rusia era, al igual que USA, un estado de dimensiones continentales. En consecuencia, las llamadas terceras personas eran tan numerosas que podían sustituir a la demanda proveniente del comercio exterior. Para Struve, así pues, la teoría de los narodniki era correcta, pero sus premisas eran falsas [1244].

Pero ¿qué ocurriría —aceptando estos puntos de partida— si el capitalismo ruso por así decirlo alcanzase la orilla del océano de la producción simple de

mercancías? Y ¿cómo podría vender la industria capitalista sus productos excedentes a campesinos y presupuestos artesanales sin crearse previamente una capacidad de compra capaz de absorber el valor de la producción lanzada al mercado? Sustituyendo la economía cerrada por una economía abierta, Struve no solucionaba, así, el problema, simplemente lo *desplazaba* [1245]. La debilidad de su razonamiento consistía en que aceptaba las premisas de la primitiva teoría del subconsumo.

Esto lo demostró Lenin, quien mostró la laguna existente en las reflexiones de Struve, a saber: el olvido en que incurría, al igual que los narodniki, del hecho de que los capitalistas demandan no solo productos de consumo sino también medios de producción y que esta demanda puede absorber, *en principio, toda* la parte de la plusvalía no absorbida por la demanda de consumo [1246].

Lenin podía hablar con cierta autoridad, dado que el año anterior había tratado ampliamente la llamada cuestión de los mercados en un círculo marxista de Petersburgo en el que uno de los participantes en la discusión (G. B. Krassin) había defendido puntos de vista análogos a los de Struve [1247].

Lenin se había planteado la misma cuestión que los narodniki: ¿puede desarrollarse el capitalismo en Rusia y alcanzar plena madurez mientras la masa del pueblo permanece pobre e incluso se empobrece más cada vez? Lenin contestaba sin lugar a dudas afirmativamente al interrogante poniendo de manifiesto que el punto decisivo de la industrialización capitalista es la grande y creciente demanda de medios de producción originada por los capitalistas, es decir, la plusvalía creciente se va transformando en medida creciente en capital constante [1248]. En el capitalismo, el sector de mercancías de capital se expande más rápidamente que el sector de mercancías de consumo como consecuencia del proceso de industrialización que se está poniendo en marcha unido al progreso técnico intensivo en capital. Esta era la solución de una de las partes de la llamada cuestión de los mercados, es decir, la cuestión de «¿adonde va a parar la plusvalía?».

Pero también solucionaba la segunda parte. Los narodniki habían visto en la miseria creciente un obstáculo para el desarrollo del capitalismo. Para Lenin era al contrario: la miseria creciente de la que aquí se trataba era una consecuencia necesaria de la industrialización capitalista. Pues el empobrecimiento que estaba teniendo lugar en Rusia era un empobrecimiento de los pequeños productores independientes [1249]. Para los obreros, por el contrario, el capitalismo había comportado un nivel de vida más elevado [1250].

Lenin introducía, de todos modos, una limitación. Existe siempre naturalmente una contradicción entre la aspiración de los capitalistas a un beneficio máximo y la capacidad de consumo de la sociedad: si por una parte es importante la demanda de mercancías producidas y por este motivo el nivel salarial ha de ser mantenido, por otra parte, sin embargo, los salarios de los obreros suponen costes para los capitalistas y por este motivo han de mantenerse bajos. Pero al mismo tiempo subrayaba que no tenía ningún sentido «ver en esto un obstáculo para el desarrollo del capitalismo en Rusia (como hacen tan de buena gana los populistas)» [1251].

Lo que Lenin mostraba en su estudio *Sobre la cuestión de los mercados* era también característico del punto de vista de los marxistas legales sobre esta cuestión, a saber: que el capitalismo es posible en Rusia. Sin embargo, la reserva a que hemos aludido más arriba, que Lenin mantuvo siempre frente al capitalismo, en los marxistas legales quedaba relegada completamente a un segundo plano. ¿No existía ninguna cuestión de los mercados para el capitalismo? Los marxistas legales se sentían inclinados a responder negativamente a este interrogante. Un año después de que Lenin escribiese su estudio sobre la cuestión de los mercados, Tugan-Baranowski publicó un libro sobre las crisis industriales en Gran Bretaña en el que también discutía la cuestión de los mercados [1252].

Al igual que Lenin, Tugan-Baranowski tomaba como punto de partida la teoría de la reproducción expuesta por Marx en el segundo tomo de *El Capital*. Sin embargo, mientras que Lenin se atenía a Marx y subrayaba la existencia de una contradicción entre la capacidad de producción de los capitalistas y la capacidad de consumo de la sociedad provocada por las relaciones de producción capitalistas [1253], este enfoque no estaba presente en Tugan-Baranowski. Negaba que pudiese existir subconsumo bajo una forma diferente a la motivada por la desproporcionalidad entre el sector de mercancías de consumo y el de mercancías de capital. La frontera última de la capacidad de producción del capitalismo no estaba en las relaciones de producción existentes sino en las fuerzas productivas físicas [1254]. Por esto, Tugan-Baranowski polemizaba contra Marx, que había afirmado que las crisis de superproducción estaban causadas no solo por la desproporcionalidad entre el sector de bienes de capital y el de bienes de consumo sino y sobre todo por la relación existente entre el obrero y el capitalista, una relación que por su naturaleza tenía tendencia a mantener baja la capacidad de consumo de la sociedad capitalista [1255]. Tugan-Baranowski se hallaba tan atrapado por los esquemas de reproducción de Marx, en los que los coeficientes que figuraban eran naturalmente supuestos, que frente a Hobson, el teórico del subconsumo, exclamó: «Pero ¿vemos surgir en este esquema un producto excedente? ¡De ningún modo!» [1256]. No quería reconocer de ningún modo la posibilidad del subconsumo:

«Hay que dar por falsa la extendida opinión, compartida hasta cierto punto también por Marx, de que la miseria de los trabajadores, que constituyen la gran mayoría de la población, hace imposible la realización de los productos de la producción capitalista en continua expansión por falta de demanda. Hemos visto que la producción capitalista se crea su propio mercado; el consumo no es más que uno de los momentos de la producción capitalista» [1257].

Tugan-Baranowski recibió los ataques de Lenin cuando en 1898 polemizando con Bulgákov y partiendo de esta tesis afirmó que Marx era muy contradictorio en este punto. Para Lenin la superproducción nacía en último término precisamente de la contradicción puesta de relieve por Marx «entre la tendencia a la ampliación *ilimitada* de la producción y la necesidad de un consumo *limitado* (a consecuencia de la situación proletaria de las masas del

pueblo)» [1258]. Era cierto que el mercado interno del capitalismo era creado menos por el sector de bienes de consumo que por el de bienes de capital y que este sector se desarrollaba con mayor celeridad que el primero. «Lo que, naturalmente, no se sigue de aquí ni en lo más mínimo es que la fabricación de los medios de producción pueda desarrollarse *independientemente en absoluto* de la fabricación de medios de consumo y *sin la menor conexión con ella*». Haciendo referencia a Marx subrayaba: «Por tanto, en último término, el consumo productivo (el consumo de medios de producción) se halla siempre vinculado con el consumo individual, depende siempre de él. Sin embargo, el capitalismo lleva siempre implícita, de una parte, la tendencia a la ampliación ilimitada del consumo productivo, a la ampliación ilimitada de la acumulación y la producción y, de otra parte, la tendencia a la proletarización de las masas del pueblo, que traza límites bastante estrechos a la ampliación del consumo individual» [1259].

Este no era un aspecto completamente nuevo en la discusión de la cuestión de los mercados. Ya antes, por el contrario, había sido evocado por Lenin. Sin embargo, entonces, tanto él como los marxistas legales concentraban sus esfuerzos críticos en los narodniki; por este motivo, la cuestión del subconsumo solo había estado latente. Al superarse la contradicción global con los narodniki, la oposición entre Lenin y los marxistas legales emergió a la luz del día adquiriendo caracteres cada vez más acusados. Los marxistas legales tendían a presentar el capitalismo como un sistema que si bien era contradictorio funcionaba, en realidad, bastante bien. Así, Tugan-Baranowski venía a decir que el problema de la superproducción era susceptible de solución en el marco de la sociedad existente: «Si la producción social estuviese organizada planificadamente, si los dirigentes de la producción tuviesen un *conocimiento* completo de la demanda y el poder de trasladar libremente el trabajo y el capital de una rama de la producción a otra, entonces por muy bajo que fuese el consumo social la oferta de mercancías no podría superar la demanda» [1260].

Por debajo de este ejemplo hipotético estaba la idea implícita de que el problema de la superproducción en el capitalismo era, más bien, de orden organizativo [1261]. Para Lenin, contrariamente, era impensable que el capitalismo pudiese solucionar la contradicción entre producción y consumo sin abolir las relaciones de propiedad existentes, es decir, sin abolir el capitalismo mismo:

«El desarrollo del capitalismo solo puede concebirse a través de una serie de contradicciones, y el señalamiento de estas contradicciones no hace sino esclarecernos el carácter histórico transitorio del capitalismo, las condiciones y las causas de su tendencia a transformarse en una forma superior» [1262].

Aun cuando esta contradicción teórica todavía no estaba por aquella época plenamente desarrollada ya era, sin embargo, claramente reconocible [1263]. Era un aspecto del abismo creciente que separaba a los marxistas estrictos de los marxistas legales.

D) LA TEORÍA DEL DESARROLLO SOCIAL DE STRUVE

La crítica de Lenin a Tugan-Baranowski a que se ha aludido más arriba databa de finales del año 1898. Hacia aquella época Lenin comenzaba a estar cada vez más descontento en Petersburgo con los marxistas legales. Cuando Bulgákov y Struve se pronunciaron por el neokantismo, Lenin le escribió a Potresov en septiembre de 1898 extrañándose de que Plejánov, que había criticado a Bernstein en las páginas de *Neue Zeit* por su neokantismo, no interviniese en la discusión que estaba teniendo lugar en Rusia. Asimismo no se consideraba competente para tomar parte en la discusión filosófica [1264]. Todavía medio año más tarde no tenía demasiado claras las consecuencias políticas. Pero estaba muy descontento:

«Desde luego, este «nuevo tono» en el marxismo, que tanto entusiasmo causa en Struve y Bulgákov (seguro que P. B. es Bulgákov), me parece altamente sospechoso: frases que suenan bien sobre la «crítica» contra el «dogma» entre otras cosas y absolutamente ningún resultado positivo en la crítica» [1265].

En la misma carta decía, refiriéndose a los «Problemas del Socialismo» de Bernstein, que «no (había) entendido bien los fragmentarios artículos de Bernstein». Lo que le abrió los ojos fue una reseña de las *Premisas* de Bernstein. Para Lenin, los argumentos teóricos de Bernstein contra un *derrumbe* en Europa Occidental carecían «completamente de base» y «para Rusia (eran) completamente carentes de validez y peligrosos». Por esto la defensa de Bernstein que hacía Struve le parecía «muy, muy triste» [1266]. Sin embargo, todavía no había perdido las esperanzas de un entendimiento.

Esto era en abril de 1899. En junio del mismo año se encontraba bastante más seguro. Había empezado a estudiar filosofía, incluyendo a Kant, y declaraba que «cada vez se exasperaba más». Los críticos de Marx desconcertaban a los socialistas y creía que «con particular referencia a Bernstein ha de llevarse una crítica seria contra ellos». Sin embargo, todavía confiaba en que Struve no dejase de «ser un *camarada*». Realmente sería «para todos los *camaradas* una gran pérdida, porque tiene mucho talento y muchos conocimientos» [1267].

Sin embargo, las esperanzas no se cumplieron. A finales de agosto de 1899 llegó por fin el libro de Bernstein a la pequeña aldea de la gobernación de Wjatká, en Siberia, donde Lenin se hallaba deportado. Krupskaia y él se precipitaron sobre el libro.

Unos días después Lenin le escribió, con enfado, a su madre:

«Nadja y yo nos hemos puesto a leer el libro de Bernstein al mismo tiempo; hemos leído más de la mitad y no salimos de nuestro asombro. Teóricamente es increíblemente flojo; una repetición de extrañas ideas. Palabrería sobre la crítica y ni un solo intento de crítica seria e independiente. Con respecto a la práctica no hay más que oportunismo (más exactamente: fabianismo: la for-

mulación original de innumerables afirmaciones e ideas de Bernstein salen de los últimos libros de los Webb); oportunismo y posibilismo sin límites, pero oportunismo *cobarde* porque Bernstein no se decide a enfrentarse directamente con el programa. No puede haber dudas de que va a fracasar» [1268].

Pero Lenin se equivocaba. El libro de Bernstein no fue un fracaso ni siquiera en Rusia. Por el contrario, le dio ocasión a Struve para resumir en un escrito de mayor extensión su crítica al marxismo. Este escrito fue publicado precisamente cuando Lenin y Krupskaja leían las *Premisas* de Bernstein. El estudio de Struve, *La teoría marxista del desarrollo social*, puede considerarse como el punto final lógico del marxismo legal [1269].

Struve no llegaba por casualidad a los resultados expuestos en su estudio. Evocando el prólogo de sus *Notas críticas* de 1894 decía: «Ya en ellas protesté contra la acusación de ortodoxia marxista» [1270]. Con su peculiar energía Lenin se lanzó inmediatamente contra esta declaración.

El estudio de Struve significaba una ruptura tan radical con el marxismo como lo había sido anteriormente la de Sorel. Struve criticaba a Bernstein por no haber ido lo bastante lejos. El intento de Bernstein de añadirle al materialismo marxista una dosis de idealismo producía «una —*sit venia verbo*— fuerte impresión de filisteísmo». El idealismo teórico de Bernstein le parecía flojo y su realismo práctico «no solo no «cínico», como pensaba un enemigo radical, sino, al contrario, insuficientemente autoconsciente e incluso tímido» [1271]. Por lo demás pensaba, al igual que Lenin, que Bernstein estaba influido por los fabianos [1272].

No por ello dejaban de constituir las ideas de Bernstein, en la opinión de Struve, un significativo síntoma del cambio de la ideología socialdemócrata y estaba convencido de que tales ideas alcanzarían la victoria. «Pero todavía les falta tiempo» [1273].

Struve mismo estaba completamente desilusionado. El marxismo no era más que «un principio heurístico»; tenía «dos *a priori*: uno teórico —la concepción materialista de la historia— y uno práctico —el socialismo» [1274]. Estaba en contra de la designación «socialismo científico», pues en su opinión el socialismo era tan solo un ideal [1275]. Rechazaba por tanto la teoría de Marx y Engels en su conjunto.

Pasaba rápidamente por encima de la teoría del valor explicando de todos modos que el valor era algo completamente subjetivo: «No existe ninguna sustancia objetiva del valor cuyos cuantos pudiesen ser susceptibles de medida y comparación» [1276]. Al igual que Alfred Marshall, cuyo nombre mencionaba, Struve se pronunciaba por la teoría subjetiva de los costes reales. Sin embargo, al mismo tiempo afirmaba que esta había «de apoyarse en la teoría de la utilidad marginal combinándose ambas teorías sin contradicciones en un todo unitario (no ecléctico)». La teoría de los costes expuesta por Marx en el tercer tomo de *El Capital* también era, para Struve, «muy susceptible de conciliación con la teoría de la utilidad marginal» [1277].

De todos modos, la parte principal de la teoría de Struve estaba orientada contra la teoría marxista del desarrollo. Frente a esta exponía su propia teoría: una concepción evolucionista de la historia llevada hasta sus últimas conse-

cuencias. Según Struve, la teoría marxista del desarrollo se componía de tres elementos: primero, la teoría del carácter crecientemente social de las fuerzas productivas; segundo, la teoría de la pauperización, y tercero, la lucha del proletariado revolucionario por la sociedad comunista [1278].

Estas tres teorías estaban conjuntadas entre sí del siguiente modo: el carácter crecientemente social de las fuerzas productivas entra en conflicto con las relaciones capitalistas de producción. Esto afecta a la clase obrera. Esta, por lo tanto, se alza para acabar con el capitalismo e instaurar el socialismo. Con esto se vuelve a la armonía entre fuerzas productivas y relaciones de producción.

A grandes rasgos esta era una síntesis correcta de la teoría marxista del desarrollo. Para Struve se basaba en premisas insostenibles. En primer lugar se basaba en condiciones propias de los años cuarenta. En aquellos años, indudablemente, la clase obrera se hallaba pauperizada. Sin embargo esta situación no habría podido conducir al socialismo. Pues ¿cómo iba a poder un proletariado sumido en la miseria construir un orden social que estuviese material y culturalmente por encima del capitalismo? La pauperización y la «maduración político-social de la clase obrera» eran términos que se excluían mutuamente. Struve creía, como Sorel, Bernstein y otros socialistas revisionistas, que la pauperización solo podía conducir a un «socialismo de destrucción» [1279]. En su opinión, Marx nunca había podido conseguir liberarse de esta evidente contradicción de su teoría porque era una consecuencia del hecho de que Marx había permanecido encadenado a la dialéctica hegeliana [1280].

De modo parecido a Sorel, Bernstein y otros, Struve también consideraba la dialéctica como el error principal del marxismo. Así, la cuestión de la validez de la teoría marxista del desarrollo se hizo depender, en último término, de la validez de la imagen dialéctica del mundo. Para ilustrar esto, Struve construyó dos figuras: la primera representaba la concepción de Marx acerca del curso del desarrollo social y la segunda la de Struve [1281]:

«Fórmula de Marx»		«Fórmula de Struve»	
A	B	A	B
2A	2B	2A	2B
3A	3B	3A	3B
4A	4B	4A	2B
5A	5B	5A	B
6A	6B	6A	ningún B
...	...		
nA	nB		

Según la «fórmula de Marx» las contradicciones aumentan continuamente por interacción impulsando el desarrollo los miembros de las dos columnas. Según la «fórmula de Struve» la contradicción aumenta tan solo hasta cierto nivel. Después vuelve a disminuir al reforzarse una de las partes cada vez más mientras la otra disminuye hasta desaparecer finalmente del todo. Los marxistas suponían dogmáticamente para Struve que el desarrollo social ocurría según la primera fórmula. En su opinión, sin embargo, esto había que verlo como «un caso relativamente raro» [1282].

Su propia fórmula reflejaba, a diferencia de la de Marx, del mejor modo la base del desarrollo social. Tomaba como ejemplo la ley contra los socialistas de Bismarck. Esta ley había sido introducida por las clases dominantes como reacción ante el auge del movimiento obrero socialista. Pero finalmente se había demostrado impotente y tuvo que ser derogada. «¿Qué ocurría? ¿No se trataba más de un debilitamiento que de una agudización de las oposiciones?» [1283]. Como más tarde mostró Plejánov en su amplia crítica del estudio de Struve, la fórmula que Struve designaba como suya traducía la teoría de Marx mejor que la que él designaba a este. La teoría de Marx mostraba cómo una de las partes de la contradicción vencía a la otra. El punto crítico («la revolución social» o «el paso de la cantidad a la calidad») aparecía en el par 4A – 2B. Plejánov, a diferencia de Struve, dudaba de que las reformas pudiesen moderar las contradicciones. La fórmula atribuida por Struve a Marx no tenía prácticamente ningún sentido puesto que implicaba una relación estable de fuerzas entre las dos partes y excluía, por tanto, la solución de las contradicciones [1284].

Pero para Struve lo importante no era saber hasta qué punto había comprendido bien a Marx, ni tampoco si su propia fórmula correspondía o no a la realidad. Lo que él quería decir era, en primer término, que todo desarrollo social tiene lugar gradualmente y a través de una adecuación continua de las

dos partes de la contradicción [1285]. Otra forma de desarrollo era algo lógicamente impensable para él [1286].

Habiendo excluido así ya por definición la posibilidad de cambios bruscos, ya no constituía ningún problema para Struve la simple eliminación del concepto de revolución de la ciencia social [1287]. Con ello se había dotado de los puntos de partida necesarios para emprender una crítica sistemática del marxismo.

Sobre todo, a Struve le parecía posible conciliar el par de opuestos «evolucionismo» y «revolucionismo» [1288]. Por otra parte, los cambios políticos podían ocupar un lugar subordinado o podían, simplemente, ser excluidos [1289]. La dictadura del proletariado —«ese concepto jacobino-blanquista»— era o superfluo o insuficiente [1290].

Como, por lo demás, el desarrollo siempre seguía un curso gradual, existía la tendencia a que la línea de separación entre el capitalismo y el socialismo se hiciese cada vez más borrosa: el capitalismo se encontraba en el socialismo y el socialismo en el capitalismo. Y si el capitalismo era lo que estaba dado en la realidad y el socialismo lo que había que alcanzar, entonces se podía considerar el capitalismo precisamente como la única manifestación real del socialismo [1291].

De lo que se desprendía que, naturalmente, no era deseable un derrumbe del capitalismo [1292]. Otra consecuencia era que el movimiento era más real y más importante que el objetivo final:

«Si esta idea es correcta, entonces queda definitivamente fijada *histórico-evolutivamente la relación existente entre la meta final y el movimiento*. El movimiento es históricamente prioritario. El socialismo es siempre cada vez más realidad en tanto en cuanto está contenido en el movimiento que surge del orden económico actual, ni más ni menos» [1293].

Pero ¿qué era entonces el socialismo? No era un estadio social claramente definido: esta alternativa había sido excluida por Struve mismo con su planteamiento consecuente de su teoría evolucionista de la sociedad. Tampoco era un objetivo determinado pues todos los objetivos se disolvían en el eterno movimiento. Era tan solo una alternativa. Struve explicaba que el problema del socialismo era «práctico-político», es decir, una cuestión de aquí y ahora. En este sentido el movimiento poseía una meta. Solo que de acuerdo con todo este planteamiento la meta no venía a ser, en realidad, más que un ideal moral:

«Todo socialista parte del socialismo como ideal político-moral; para él juega el papel de idea reguladora según la cual se miden y valoran ético-políticamente todos los hechos y acciones singulares.

Y no ocurre algo diferente con una clase que, organizada en partido, aparece homogénea hacia afuera y hacia adentro como *sujeto ético-político*. El movimiento socialdemócrata ha de ser idealmente guiado por una meta final, de lo contrario se disolverá. La fe en la meta final es la religión de la socialdemocracia y esta religión no es ninguna «cosa privada» sino la más importante cuestión pública del partido» [1294].

Pero ¿no significaba esto que el utopismo al que Struve acababa de cerrar la puerta al negar la posibilidad teórica de una revolución social volvía a entrar esta vez por la ventana? Struve se daba también cuenta de esto [1295]. Todavía más: en su imperturbable consecuencia, Struve llegaba finalmente a la idea de que el socialismo en el fondo no era más que un mito:

«La creencia de que tan solo las ideas correctas en sí o verdaderas pueden actuar estimuladamente sobre la vida personal o social es una superstición racionalista.

Ideas científicamente falsas pueden ejercer a través de su influjo *psicológicamente* condicionado una influencia poderosa y benéfica. Pueden traducirse en acciones políticamente correctas.

Más allá de los elementos realistas del marxismo, el utopismo histórico-evolutivo inherente a él ha jugado un extraordinario papel en la agitación y propaganda socialistas: su mitología conceptual cuasi-científica y sus «fórmulas contradictorias» han creado la ilusión completa de la existencia de un conjunto de ideas claro y sin fisuras. Y en el período anterior del movimiento socialdemócrata esto era prácticamente lo más importante y valioso: significaba la educación socialdemócrata del proletariado» [1296].

Desde los mismos puntos de partida que Sorel —una teoría del desarrollo consecuentemente antidualéctica y evolucionista— el pensamiento de Struve había seguido la misma trayectoria que el de aquel y al final había llegado al mismo resultado: el socialismo como utopía, ilusión y mito.

Sorel se quedó ahí. Struve, a pesar de todo, era demasiado racionalista como para quedarse en una posición así. Ya en 1901 se aproximó a los liberales [1297]. Lenin le motejó durante un tiempo de «Judas» en su correspondencia. Pero sin razón apenas. Lo único que había hecho era volver a su verdadero punto de partida, el liberalismo. El marxismo, para él como para Croce y muchos otros intelectuales inquietos de los años noventa, fue solamente una expedición de reconocimiento a través de un terreno todavía inexplorado. Como el nuevo país no ofrecía aquello que se le había atribuido, se volvió a las regiones de origen. Al fundarse en 1903 la organización liberal Unión por la Libertad (*Sojus Oswoboschdenije*) entraron en ella todos los marxistas legales. Todos, con la excepción de Berdiaiev, pasaron dos años después al partido liberal de los cadetes, llegando Struve incluso a ocupar un puesto en la dirección [1298]. El marxismo legal estaba definitivamente muerto. Bertram D. Wolfe ha caracterizado acertadamente el corto, pero intenso curso de la vida de esta corriente de este modo:

«En el curso de los cinco años siguientes los marxistas legales, y Struve y Tugan-Baranowski entre sus portavoces, experimentaron realmente la evolución que el joven Ulianov había visto y pronosticado correctamente: partieron de la demostración de la inevitabilidad y progresividad del capitalismo para acabar en su justificación y glorificación. De un marxismo «depurado» a causa de las constricciones forzosas de la censura, se llegó con el tiempo a un marxismo completamente mutilado carente de toda fuerza revolucionaria. El resultado fue finalmente el antagonismo abierto con el marxismo mismo» [1299].

A MODO DE RESUMEN

«Me preguntaba si no sería posible extraer de las reflexiones sobre las crisis del pasado algunas enseñanzas de utilidad para el presente».

Georges Sorel, *La ruine du monde antique*. |

Th. G. Masaryk le escribió en julio de 1899 a Bernstein:

«Hace tiempo que mantenemos un contacto espiritual bastante intenso. Me alegro de que en una gran cantidad de puntos, si no coincidimos totalmente, por lo menos pensamos de forma muy parecida. De hecho, el paralelismo que existe entre sus *Premisas* y mis *Principios* es muy grande. Para mí esto es tanto más satisfactorio cuanto que en usted valoro al dirigente político probado mientras que yo tan solo observo desde lejos el movimiento socialista y mi relación con él es, desde luego, más la del teórico del marxismo» [1300].

Masaryk, que se limitaba a constatar la «crisis del marxismo», no jugaba ningún papel activo, ni en relación con Bernstein ni con otros revisionistas. Sin embargo, el raro paralelismo que él menciona era un rasgo constitutivo del revisionismo de los años noventa. A pesar de variaciones y desviaciones, se encuentra el mismo rasgo básico en todos los revisionistas. El revisionismo apareció en parte en todos los países más o menos independientemente al mismo tiempo. Como ya observó Vico, las corrientes ideológicas fuertes y homogéneas no se pueden explicar satisfactoriamente haciendo referencia a un cambio lineal en las ideas. Sin embargo, Vico se equivocaba al creer que las «guerras, embajadas, alianzas y comercio» solamente pueden hacer conscientes a los pueblos de su común origen. Estas y otras instituciones son poderosos mecanismos de transmisión de la influencia recíproca. El mismo papel jugaron con respecto al revisionismo de los años noventa. También en aquel momento y a este respecto tuvieron su importancia histórico-ideológica las «guerras, embajadas, alianzas y el comercio». Concluyendo va a ser esbozada la compleja relación existente entre paralelismo e influencia. Hay que responder a tres preguntas: ¿Cuáles eran las condiciones de surgimiento del revisionismo teórico en aquella época? ¿Cuál era su contenido básico? ¿Qué papel jugó Bernstein en la aparición del revisionismo teórico?

A) LAS CONDICIONES DE SURGIMIENTO DEL REVISIONISMO TEÓRICO

El revisionismo fue una corriente ideológica de los años noventa del siglo diecinueve que se proponía revisar la teoría marxista. El marxismo fue fundado por Marx y Engels durante el período que va de la Revolución del año 1848 a la Comuna de París de 1871. Durante la época de la Primera Internacional, el marxismo tuvo que luchar contra poderosas ideologías rivales —el proudhonismo, el bakuninismo, el lassalleísmo— por el predominio en el seno del movimiento obrero socialista. Por el contrario, en 1889, cuando se fundó la Segunda Internacional, el marxismo se había convertido en la ideología socialista dominante. De todos modos, su posición no era incontestada y, sobre todo, no era firme. Marx y Engels pusieron gran empeño en el intento de formar sucesores que pudiesen ocupar su puesto. Engels, en particular, jugó hasta su muerte, acaecida en 1895, un importante papel como consejero de los nuevos partidos socialdemócratas, sobre todo del ruso. Pero uno de los temas que más se repiten en la correspondencia de Engels, sobre todo a lo largo de los años ochenta, es la preocupación por la falta de suficientes sucesores preparados. No deja de ser simbólico, por tanto, que el revisionismo apareciese en la Socialdemocracia inmediatamente después de la muerte de Engels.

El marxismo no había impregnado realmente de ningún modo la Socialdemocracia de la época. En Inglaterra, el marxismo no constituía ni la base de una secta, en Italia era frecuentemente una moda y en Francia tenía que luchar contra fuertes corrientes socialistas no marxistas propias del país.

El hecho de que el Partido Socialdemócrata Alemán se reclamase del marxismo con el Programa de Erfurt de 1891 tuvo su importancia. Sin embargo es digno de notar que el programa carecía, por un lado, del elemento más esencial de la teoría de Marx y Engels y que por el otro contenía elementos doctrinales rechazados por los fundadores de la teoría. Es asimismo una ironía de la historia el que los marxistas de la época rechazasen la propuesta de Engels de formulación de la cuestión del empobrecimiento y que dieciocho años más tarde ¡fuese aceptada la de Eduard Bernstein e incluida en su programa revisionista para la Socialdemocracia! Hay que decir, como ejemplificación de la escasa difusión de las ideas marxistas, que la revista teórica de la Socialdemocracia alemana, *Die Neue Zeit*, no contaba a principios de los años noventa con más de 2500 suscriptores, de los cuales la mayoría pertenecía a la burguesía, y que su réplica francesa, *Le Devenir Social*, tenía una tirada que se contaba por centenares. El marxismo que predominaba en los años noventa tenía muchas insuficiencias y era extremadamente limitado en cuanto a su esfera de influencia.

La recepción del marxismo se vio además complicada por el hecho de que a la muerte de Engels todavía no estaban suficientemente resueltos determinados problemas teóricos o, al menos, no parecían estarlo. Entre estos problemas figuraban, entre otros, el del papel de las ideologías en la concepción

materialista de la historia, la cuestión de la teoría del valor y el tercer tomo de *El Capital*, así como la cuestión de la legalidad y la revolución.

Indirectamente, el marxismo incompleto fue una de las premisas ideológicas del revisionismo. Por otra parte existían muchas concepciones en competencia con el marxismo que habían de jugar un activo papel a favor del revisionismo. Entre estas figuraban en primer lugar diversas concepciones y movimientos cercanos a la Socialdemocracia. Entre estas hay que incluir las más diversas ideas reformistas y social-liberales del tipo representado por Friedrich Albert Lange. Desde principios de los años setenta los llamados socialistas de cátedra jugaron también dentro y fuera de la «Unión de Política social» un importante papel formador de opinión. Estos estaban, programáticamente, a favor de crear una especie de tope entre el capital y el trabajo. En Inglaterra eran los fabianos quienes representaban el equivalente más ajustado a los socialistas de cátedra. Entre los fabianos se abrió asimismo paso muy decisivamente la teoría spenceriana de la evolución con su postura de rechazo con respecto a todo cambio brusco. Dentro de la teoría económica la escuela de la utilidad marginal se convirtió a lo largo de los años noventa en uno de los rivales cada vez más fuertes del marxismo. Filosóficamente, el final del siglo diecinueve estaba penetrado por la revuelta neoidealista contra el positivismo y el materialismo. El neokantismo era la tendencia dominante. Rechazaba el materialismo, se mostraba incomprensivo con respecto a la dialéctica, negaba la posibilidad de establecer leyes históricas y quería anclar las aspiraciones del movimiento obrero socialista en imperativos morales.

Pero también en el seno del movimiento obrero socialista seguían siendo fuertes las tradiciones ideológicas no-marxistas. En Inglaterra, el movimiento obrero estaba dominado por el practicismo y liberalismo del movimiento sindical. En Francia todavía se mantenían vigorosas las tradiciones de la época de Proudhon y Louis Blanc habiéndose sedimentado de nuevo a lo largo de los años ochenta en un partido consecuentemente reformista, el de los posibilistas: como tantas veces en la historia, la acción francesa precedió a la teoría alemana. En Alemania, el malestar que produjo entre algunos socialdemócratas la publicación de la crítica de Marx al Programa de Gotha es un índice de que el lassalleísmo todavía tenía su importancia a principios de los años noventa. (Es este un factor al que en modo alguno convendría desdeñar, desde luego.) Engels ya pudo llegar a la convicción de que el espíritu pequeño burgués que observaba durante los años ochenta en la Socialdemocracia alemana, en particular entre su fracción parlamentaria, adoptaría en el futuro caracteres más consolidados y formas más definidas. Entonces, en ese futuro, el espíritu pequeño burgués «habría de volver en la formulación de su programa a sus predecesores, siendo en ese caso Proudhon difícil de evitar» [1301]. Engels no podía saber bien hasta qué punto iba a cumplirse su profecía. Ciertamente: no solo Bernstein en Alemania, sino también Sorel en Francia volvieron conscientemente a Proudhon cuando echaron en falta una alternativa al marxismo revolucionario.

Todas estas influencias ideológicas, sin embargo, no hubiesen podido contar con tanta fuerza de penetración como de hecho tuvieron si al mismo

tiempo la estructura económica, social y política no hubiese experimentado transformaciones significativas. En la introducción que Engels escribió en 1884 para la edición alemana de la *Misère de la Philosophie* hablaba, estableciendo un contraste con el estancamiento y el paro que caracterizaron a los años ochenta, «del derrumbe necesario, que cada día avanza más y más, del modo de producción capitalista». Sin embargo, desde 1893 la coyuntura era fuertemente alcista. También este auge se vio reemplazado, tras el cambio de siglo, por nuevas crisis, cosa que obligó entre otros a Bernstein a revisar sus esperanzas de un capitalismo sin crisis. Mientras duró la coyuntura alcista, de todos modos, su influencia fue muy grande ya que se destacaba abruptamente de la larga miseria de los años precedentes.

Paralelamente a todo esto, la Socialdemocracia consiguió llegar a los Parlamentos en Francia e Italia, mientras que en Alemania el progreso en este campo proseguía con éxito. Sometida casi al embrujo que producía el crecimiento tempestuoso de los sufragios obtenidos, forzada a enfrentarse a cuestiones referentes a reformas inmediatas e intentando ganar siempre a nuevas capas sociales más allá de la clase obrera, la Socialdemocracia fue desarrollando durante la primera mitad de los años noventa nuevos enfoques para una práctica reformista cuya exigencia de justificación teórica se iba haciendo cada vez más evidente con el tiempo. El practicante Vollmar en Alemania y Millerand en Francia ofrecieron, dada la situación que se había creado, ya en 1891 y en 1896 sendos breves resúmenes de política reformista. El reformismo de Vollmar encontró en Paul Kampffmeyer y en la revista *Der Sozialistische Akademiker* [El académico socialista], fundada en 1895, un primer complemento teórico.

En Alemania y, limitadamente, también en Rusia, entraba también en el cuadro una legalidad recién ganada, que si por parte de los marxistas fue vista como un retroceso táctico de la sociedad burguesa, fue sin embargo interpretada por los socialistas reformistas en un principio como el comienzo de una nueva era de paz social. Impresión que se vio reforzada por la política de reformas sociales inaugurada por el poder bajo la mirada complaciente de la burguesía simpatizante de las reformas.

La política reformista se vio impulsada dentro de la Socialdemocracia fundamentalmente por el estrato de funcionarios, diputados parlamentarios y representantes en la administración local que crecía constantemente al aire de la construcción de los partidos. Tanto en Alemania como en Italia, los representantes parlamentarios de los partidos proletarios marxistas eran fundamentalmente comerciantes, fabricantes, abogados y periodistas de profesión. Eran particularmente receptivos al mensaje de un socialismo no revolucionario.

Finalmente hay que subrayar también el gran papel que jugó el auge del socialismo y del marxismo durante los años noventa para los intelectuales de origen burgués. En todos los países se acercaron estos en gran número al movimiento socialista con sus esperanzas, pero también con sus concepciones del mundo que querían ver realizadas. Estas concepciones del mundo eran la mayoría de las veces reformistas o liberales. Como consecuencia de su formación y de su papel de conformadores de la opinión dentro y fuera del mo-

vimiento socialista, esta «capa de literatos posibilistas» (Kautsky) asumió un peso específico que superaba con mucho su importancia cuantitativa. Ellos fueron, de hecho, los más importantes portadores del revisionismo teórico a lo largo de los años noventa.

B) LOS RASGOS BÁSICOS DEL REVISIONISMO TEÓRICO

¿Cuál era el contenido, el núcleo del revisionismo teórico y cuáles eran los aspectos del marxismo que los revisionistas querían revisar? Existían entre los diversos revisionistas importantes diferencias en cuanto a qué era lo que debía abarcar la revisión, qué orientación había de tener y cuál había de ser su núcleo. Bernstein, que ha pasado a la posteridad como la expresión personificada del revisionismo fue motejado por Struve, partidario de ir más lejos, de «tímido». Struve —al igual que Sorel— era más radical y pronto se adhirió organizativamente a los liberales. Existía, sin embargo, entre los revisionistas, bien se quedasen en su crítica a medio camino o la llevasen consecuentemente hasta el final, una gran homogeneidad en cuanto a la concepción de base.

En lo referente a la teoría *económica*, el revisionismo rompió con las teorías marxistas del valor y la plusvalía. En algunos casos se trataba de una ruptura total. Pero normalmente lo que se quería era conciliar la teoría del valor-trabajo con la teoría de la utilidad marginal. Se las consideraba como teorías complementarias. A veces la teoría marxista de la plusvalía era completamente rechazada. O se decía, en el espíritu de Sombart, que la plusvalía era un hecho tan evidente que —cosa suficientemente rara— no existía ninguna necesidad de explicación teórica. En otros casos los revisionistas volvían a formulaciones anteriores de la teoría de la plusvalía.

La producción de plusvalía constituye para Marx la explicación de la lucha de clases y más tarde o más temprano ha de conducir al derrumbe del capitalismo. Al distanciarse los revisionistas de la teoría de la plusvalía, se distanciaban también, por tanto, de la creencia en el derrumbe necesario del capitalismo. Este no se hallaba cercano o no ocurriría nunca. Los mecanismos que lo habían de provocar, es decir, la pauperización y la desaparición de la clase media ya no actuaban aun cuando la producción de plusvalía fuese un hecho. Bernstein le concedía una importancia particularmente grande a la cuestión del destino de la clase media. Las pequeñas o medianas empresas que seguían tenazmente existiendo o que aparecían constantemente constituían para él la prueba de que no se estaba dando una polarización de las fuerzas de clase a un ritmo tal que hiciesen inevitable el derrumbe. El nuevo capitalismo monopolista disponía además, con los cárteles, el moderno sistema crediticio y los nuevos medios de comunicación, de instrumentos que le capacitaban para tener una capacidad de adaptación mayor permitiéndole compensar las

fluctuaciones. No había que esperar, así, en opinión del revisionismo, ningún derrumbe del capitalismo.

En la *filosofía*, los revisionistas se apoyaban conscientemente en la filosofía neoidealista. Se rechazaba el materialismo del marxismo. Esto se debía seguramente poco a que los revisionistas, como el neokantiano Hermann Cohen, se hubiesen dado cuenta de las implicaciones revolucionarias del marxismo. Ocurría que sentían la necesidad de poderes ideales (sobre todo la lucha por la igualdad y la justicia) como motores de sus concepciones teóricas. Pues si el capitalismo no había de hundirse a causa de sus leyes de desarrollo objetivas y necesarias, el movimiento obrero socialista necesitaba otras palancas y otras motivaciones para su lucha. La crítica de los revisionistas al materialismo se relacionaba también con el hecho de que entendían el materialismo como un materialismo mecanicista o lo habían de entender como tal. Un materialismo de ese tipo exigía evidentemente ser completado por un tipo de motivos ideales la importancia de los cuales era subrayada una y otra vez por los neokantianos y otros filósofos idealistas. Por el contrario parece que la crítica de Windelband y Rickert al positivismo y a la concepción marxista de la historia como proceso sometido a leyes pasó completamente desapercibida a Bernstein.

De todos modos el objetivo más importante a atacar de la filosofía marxista era la *dialéctica*. A los revisionistas les parecía incomprensible o engañosa. La imagen dialéctica del mundo partía de que todo estaba constituido a base de contradicciones y de que toda evolución se hallaba condicionada por la «lucha» de los contrarios. Para los revisionistas, que en general querían conciliar a las clases entre sí y llevarlas a la colaboración, una teoría como esta era, ya por motivos políticos, sospechosa. Bernstein, que normalmente no acostumbraba a dar rienda suelta a sus sentimientos, se irritaba con solo pensar en la «trampa del método hegeliano-dialéctico». Consideraba la dialéctica también como el correlato filosófico de la política revolucionaria. El único que no tomó distancias con respecto a la dialéctica fue Croce.

Por lo que se refiere a la concepción de la historia, los revisionistas más consecuentes rechazaban la teoría marxista de los estadios según la cual existe un desarrollo que partiendo del comunismo primitivo y pasando por la sociedad esclavista, el feudalismo y el capitalismo, lleva al socialismo y al comunismo. Sorel rechazaba hasta la misma posibilidad de aislar leyes y causas en la historia. La mayoría, sin embargo, no iba tan lejos. En general, los revisionistas se planteaban el desarrollo social en términos de un proceso evolutivo en el que de lo viejo se pasaba insensible y gradualmente a lo nuevo. Este esquema era considerado por los fabianos como un hecho establecido; Sorel, Struve y Bernstein intentaban fundamentarlo más argumentadamente. Sorel había desarrollado ya antes de 1896, en su estudio sobre Vico, una teoría reformista de la historia sobre una base conceptual preferentemente jurídica. La teoría evolucionista de Bernstein se retrotraía, como la de los fabianos, a la sociología darwinista de Spencer: la sociedad era entendida al modo de un organismo biológico; cuanto más avanzado se encontrase en su desarrollo, tanta menor importancia tendrían los saltos cualitativos y las contradicciones

en este. Las revoluciones no eran más que perturbaciones patológicas en el desarrollo lentamente progresivo del organismo. El socialismo no sustituiría al capitalismo por medio de una revolución. El capitalismo dejaría paso, poco a poco, a lo nuevo. Desde este punto de vista, la idea de una meta del desarrollo había de carecer forzosamente de sentido: la meta se disolvía en el movimiento eterno. Para los revisionistas una meta solo era pensable como ideal abstracto, como utopía, es decir, en último término, como mito. La fuerza motriz de la historia no era la lucha de clases. En su lugar, los revisionistas ponían el acento en la importancia de las grandes diferencias que se daban en el seno de la clase obrera. Por este motivo era poco probable una actuación homogénea. La historia, en lugar de esto, era una lucha en pro de la realización de ideales éticos. Esta concepción se encontraba en su forma pura y original en Jaurès. Para él la historia era en lo esencial el resultado de la aspiración de los hombres a la realización de sus ideas, que existían desde el comienzo de la humanidad como intuición de lo que era justo y bueno. En su lucha por la justicia, los hombres se dotaban paso a paso de tipos sociales que ofrecían un margen cada vez mayor de actuación a la justicia.

Políticamente, a la teoría evolucionista del desarrollo social sustentada por los revisionistas le correspondía un reformismo consecuente y una cierta resistencia contra la idea de revolución violenta. Las revoluciones lo único que hacían era destruir sin construir. Su resultado no era una forma de sociedad nueva y más elevada sino únicamente la anarquía y la disolución: un «socialismo de destrucción» como lo había denominado Struve. Si la clase obrera intentaba llevar a cabo la transformación histórica aplicando métodos violentos para ello, esto sería un signo de que el organismo todavía no estaba maduro para el cambio y el resultado únicamente podía ser la reacción. Así veían la cuestión tanto los fabianos como Bernstein, Sorel y Struve también y otros. Las argumentaciones más insistentes en este punto provenían tanto de Bernstein como de Sorel. En los socialistas revolucionarios veían aventureros, demagogos, exaltados y representantes del lumpenproletariado. A este respecto se hallan los ecos de las ideas de Proudhon, Spencer y otros pensadores sociales conservadores. También tenían su importancia las reminiscencias de los reveses en las revoluciones de 1848 y 1871. En todo caso, este miedo ante las revoluciones era un elemento constitutivo de la filosofía política del revisionismo.

Muy naturalmente los revisionistas se oponían también a la teoría de Marx de la dictadura del proletariado como medio para llevar a cabo el paso del capitalismo al socialismo. Sorel se planteaba la dictadura del proletariado como una presión por parte de la clase obrera, pero no como una toma formal del poder. Para Bernstein, la dictadura del proletariado era un atavismo. La meta y el medio de la lucha de la clase obrera era la democracia y esta suponía la existencia de un equilibrio entre las clases. El equilibrio se mantenía con el concurso del parlamentarismo que era una garantía para que la mayoría no oprimiese a la minoría. La lucha de la clase obrera no había de fijarse, desde luego, en modo alguno objetivos excesivamente políticos. En opinión de Bernstein, la clase obrera no estaba madura para tomar el poder. Sorel no era

partidario de que la clase obrera se ocupase siquiera de cuestiones políticas; tenía que concentrarse en su principal tarea: la producción. También este punto de vista acerca de cuestiones de economía y política se puede hacer derivar de la teoría del desarrollo sustentada por los revisionistas. Según esta teoría, las soluciones políticas se producen por sí mismas y orgánicamente en el momento en que los presupuestos económicos se hallan lo suficientemente maduros.

Bernstein no creía que la clase obrera pudiese tomar el poder y justificaba este punto de vista, entre otras cosas, con la idea de que era imposible socializar todas las pequeñas empresas. Esto le llevó a ver en el cooperativismo una preparación necesaria para el socialismo. Los revisionistas insistían constantemente en la lucha económica de la clase obrera. Particular importancia poseía para ellos el trabajo sindical. Bernstein tomó de los fabianos la idea del sindicato como vivero de democracia. El interés de los fabianos en la municipalización de empresas e instituciones diversas («gas-and-water socialism») influyó no solo sobre él sino también sobre otros socialdemócratas alemanes.

Como para los revisionistas lo único real era la praxis inmediata, era lógico que se pronunciasen por la colaboración con otras clases, grupos y organizaciones cercanos a la clase obrera. Esta tendencia («permeating liberalism with socialism») se halla presente desde un principio en la política de los fabianos. También Bernstein aconsejó una aproximación entre la Socialdemocracia y el liberalismo. Para Bernstein la Socialdemocracia era no solo la continuadora histórica del liberalismo sino que, en expresión suya, no existía de hecho «ninguna idea liberal que no pertenezca también al bagaje ideológico del socialismo». Como símbolo de su revisionismo señalaba, significativamente, a Friedrich Albert Lange, liberal cercano a la Socialdemocracia. Otros revisionistas procedían del liberalismo y volvieron más tarde a él. Este era el caso tanto de Croce como el de los marxistas legales de Rusia. Realmente la frontera entre el revisionismo y el liberalismo orientado políticamente en un sentido social era muy fluida.

C) BERNSTEIN Y EL SURGIMIENTO DEL REVISIONISMO TEÓRICO

Al revisionista Struve Bernstein le parecía no solo «tímido» sino también en alguna medida «filisteo». Lo que tanto él como otros echaban en falta en Bernstein era una concepción teórica de base sólida y consecuente que se le pudiese oponer seriamente al marxismo. Está muy claro que Bernstein no se ganó su posición de revisionista destacado fundamentalmente por la calidad teórica de su argumentación. La importancia de su revisionismo residía sobre todo en que había sido uno de los marxistas más sobresalientes del partido dirigente de la Segunda Internacional. Pero su revisionismo teórico poseía también ciertos rasgos que lo diferenciaban de otros revisionistas. Ni Croce

ni Sorel ni Struve presentaron nunca su concepción en la forma tan sistemática y compacta en que lo hizo Bernstein. Los fabianos tenían, ciertamente, un programa concreto de reformas. Pero les faltaba la base teórica necesaria para poder reemplazar seriamente al marxismo. Solo Merlino se podía comparar a Bernstein en cuanto a lo global de su enfoque. Pero, a su vez, carecía de la influencia y autoridad de Bernstein. Así, Bernstein se convirtió en el símbolo más importante del revisionismo internacional.

Bernstein era muy receptivo a los impulsos externos. En esto estaban de acuerdo sus contemporáneos, tanto amigos como enemigos. Pero es muy difícil de determinar cómo asimiló Bernstein todos los impulsos que actuaban sobre él y esto por tres motivos. En primer lugar él mismo tenía un pasado que posiblemente le predisponía a una evolución en sentido revisionista. En segundo lugar, su paso a revisionista se dio en un período de tiempo muy limitado: fundamentalmente entre 1895 y 1899. Y fue precisamente en este período en el que el revisionismo apareció prácticamente en todos los países y bajo toda una serie de vestiduras diversas. Esto hacía que muchos impulsos reforzasen a Bernstein solo en ideas que anteriormente ya había desarrollado él mismo con sus propios recursos o con ayuda de otros. La teoría del valor bersteiniana constituye un claro ejemplo de esto. Esta teoría recuerda mucho a la teoría del valor desarrollada por los fabianos a fines de los años ochenta cuando Bernstein se trasladó a Inglaterra. Algunos aspectos aislados de la teoría recuerdan también a la crítica de Conrad Schmidt y Werner Sombart a la teoría marxista del valor formulada por estos en 1894 y 1895. Sin embargo estos elementos se encuentran también en parte en Labriola y fueron sintetizados finalmente por Croce. Así, cualquier intento de avanzar posiciones exactas aparece más o menos arbitrario. En lo que sigue se van a ofrecer de todos modos resumiendo algunas conclusiones de carácter general.

En Bernstein había desde un principio el sustrato de una concepción democrática general situada en los límites entre el liberalismo y el socialismo. Él y otros socialdemócratas alemanes eran, como él mismo escribió en 1894, «todos un poco socialistas eclécticos». Sus ideas estaban más influidas por Lassalle, Lange y Dühring que por Marx y Engels. Lo que le atraía a Bernstein de Dühring era su «fuerte acentuación del elemento liberal en el socialismo». Höchberg, que era discípulo de Lange, un socialista conscientemente reformista, del que Bernstein fue secretario particular durante un tiempo, le aseguró en una ocasión que el capitalismo poseía una gran capacidad de adaptación. Cuando a principios de los años noventa comenzó la alta coyuntura, Bernstein se acordó de estas palabras. Y cuando más tarde redactó sus *Premisas* el libro desembocó en una «vuelta a Lange».

El paso al marxismo se vio rodeado en Bernstein de circunstancias especiales: exilio, ilegalidad, actividad política intensa, presiones continuas de las tendencias radicales entre los socialdemócratas alemanes en la época de la ley antisocialistas así como —y no en último término— un vivo contacto epistolar con Engels, cuyo consejo pedía a veces y siempre cumplía.

Sin embargo, en una perspectiva histórica, el período estrictamente marxista de los años ochenta supone tan solo un episodio en la vida de Bernstein.

Con su traslado a Inglaterra en 1888 se vio cortado de su propio movimiento y finalizó su función de redactor del *Sozialdemokrat*. La Socialdemocracia volvió a la legalidad en Alemania y, como en Francia, comenzó a extenderse una praxis reformista. En Francia este proceso acabó provisionalmente en 1896 cuando el socialista evolucionista Alexandre Millerand dictó, con la aprobación de los marxistas franceses, un programa reformista para el conjunto del movimiento socialista francés.

Lo único que en Inglaterra siguió influenciando a Bernstein en sentido marxista era el convencimiento de Engels. Pero ¿qué podía esto en las condiciones inglesas? Los verdaderos marxistas del país eran una minoría incluso dentro de las sectas socialistas que existían y los supuestos marxistas no hacían más que comprometer el marxismo.

Sin embargo, cuando Bernstein llegó a Inglaterra había una organización en expansión y que ganaba nuevos miembros: la Fabian Society. Había nacido como un movimiento burgués de reforma, pero se había ido orientando con el paso del tiempo cada vez más en el sentido de un socialismo conscientemente evolucionista y reformista. Los fabianos aseveraban que el socialismo no tenía ninguna meta fija sino que era un proceso en continuo fluir. Pensaban que la lucha de clases no hacía avanzar el desarrollo social por lo que propagaban, contrariamente, la simpatía mutua entre las clases. El tema continuo de sus exposiciones era que el socialismo no surgiría a través de una «catástrofe». El socialismo se iba forjando sucesivamente con el avance de la industrialización, la ampliación del derecho de voto y el papel creciente del estado y de los municipios. Los fabianos construían también —en expresión de Engels— la iglesia socialista del futuro sobre el evangelio marginalista de Jevons. Aparte de esto destacaban la importancia del movimiento sindical y de las cooperativas de consumo.

En los escritos de Bernstein se refleja la influencia de los fabianos. Ya el epílogo que escribió para la edición alemana de la *History of Trade Unions* (octubre de 1895) de los esposos Webb proporcionaba claras muestras de una ideología fabiana. Del mismo modo también en el primer artículo de la serie «Problemas del socialismo» evocaba ya a los fabianos. Esta influencia fabiana en Bernstein se puede dar por sentada sin lugar a dudas. Con las necesarias reservas se puede decir, por tanto, que el revisionismo de Bernstein era, por su esencia, una forma del fabianismo inglés.

Los fabianos le pudieron ceder a Bernstein un enfoque firmemente reformista basado en una concepción evolucionista de la sociedad. Esta era una condición necesaria, pero no suficiente. Lo que los fabianos no le podían ofrecer a Bernstein era una refutación teórica global del marxismo. Las piezas básicas de este empeño parece que se las procuró Bernstein en su mayor parte solo tras la muerte de Engels. Bernstein reconocía de buena gana que había recibido impulsos de diferentes partes. Los socialistas de cátedra alemanes —en particular la escuela de Brentano— le convencieron de la justeza de la idea de que el nivel de vida de la clase obrera no descendía sino que aumentaba, de que la clase media no estaba desapareciendo, de que las contradicciones del capitalismo podían ser salvadas por medio de las reformas sociales y que

el ideal de la lucha de la clase obrera era el trade-unionismo liberal del movimiento obrero inglés.

El estudio de la revolución de 1848 le proporcionó a Bernstein una clave importante. La revolución no hubiera sufrido ninguna derrota si los trabajadores parisienses no se hubiesen levantado. El compromiso entre la burguesía liberal y el movimiento se había visto condenado al fracaso únicamente a causa de esta insensata intentona producto en último término de la instigación de los demagógicos «socialrevolucionarios». Bernstein creía que la muestra de 1848 se repetiría en el futuro. La tarea principal, por lo tanto, era, metafóricamente, impedir un nuevo levantamiento de junio y como verdaderos enemigos del progreso había que ver a los socialistas revolucionarios. Como el marxismo era marcadamente revolucionario, para Bernstein se convirtió en tarea principal depurarlo del «blanquismo» y de su correlato filosófico, la dialéctica.

Pero evidentemente, lo mejor era que no se produjesen siquiera situaciones revolucionarias. El comienzo de la alta coyuntura, el capitalismo organizado, la vitalidad de las empresas pequeñas y medianas, la estadística social aplicadamente compuesta e interpretada con el optimismo de los socialistas de cátedra: todo esto le llevó a Bernstein al convencimiento de que la era de las revoluciones había pasado. Sin embargo todo esto todavía no era suficiente para una revisión del marxismo. Este cometido requería armas filosóficas muy bien afiladas. Los neokantianos alemanes le ofrecían a Bernstein una teoría filosófica y política según la cual había que rechazar la concepción del mundo y la concepción de la historia materialistas. En su lugar los neokantianos ponían una filosofía idealista y una concepción de la historia que se basaba en la ética. El socialismo no era, según tal concepción, el resultado necesario del desarrollo económico sino un ideal moral.

Bernstein, poco avezado en filosofía, tenía de todos modos dificultades para comprender todas las sutilezas del neokantismo. En Benedetto Croce y Georges Sorel encontró Bernstein hacia 1895 una filosofía idéntica en el fondo que revestía además formas más concretas y que hacía referencias más próximas a los problemas del socialismo. La aportación de Croce al revisionismo teórico se centró en la concepción de la historia y en la teoría económica. Partiendo de la filosofía neoidealista alemana, de la relativización de la concepción materialista de la historia llevada a cabo por Antonio Labriola y de la crítica de Werner Sombart y Conrad Schmidt a la teoría económica de Marx, Croce avanzó una reinterpretación idealista del marxismo. Croce originó o afianzó la idea de Bernstein de que las cartas de Engels de los años noventa sobre la concepción materialista de la historia significaban un abandono de esta en tanto que teoría unitaria (monista) y el paso a una teoría factorial positivista o realista. Croce afirmaba, además, que las categorías económicas del marxismo eran abstracciones. La ley del valor era válida únicamente para el análisis de una sociedad productiva abstracta y podía, ciertamente, ser considerada desde este punto de vista como un hecho, pero así y todo únicamente como un hecho sometido a restricciones. Croce originó o afianzó también la idea de Bernstein de que la teoría del valor-trabajo de Marx y la teoría de la utilidad marginal constituían descripciones complementarias del mecanismo

de cambio de la sociedad capitalista siendo, en este sentido, perfectamente conciliables.

La formulación crociana de la relación entre la teoría del valor-trabajo y la teoría de la utilidad marginal se remontaba en parte literalmente a una formulación anterior de Georges Sorel. Las críticas de Marx de Croce y Sorel mantuvieron también un paralelismo. Sin embargo, el revisionismo de Sorel comenzó antes y duró más tiempo que el de Croce. Sobre todo su amplitud era mucho mayor. Casi todos los momentos esenciales del revisionismo teórico de Bernstein se encuentran en Georges Sorel: el sustrato antirrevolucionario, el abandono de la dialéctica, el rechazo de una meta para el desarrollo social, el escepticismo con respecto a la explicación históricamente fundamentada de la ley del valor dada por Engels, la inclinación a conciliar la teoría del valor-trabajo y la teoría de la utilidad marginal, la creencia en que las crisis capitalistas se harían menos agudas, el rechazo de la idea de que el socialismo podía llegar como resultado de una catástrofe material, la afirmación de que el buen funcionamiento de la economía capitalista constituía una condición previa para el paso al socialismo, el abandono de la dictadura del proletariado, y la proclamación de un objetivo esencialmente ético como meta de la lucha del movimiento obrero.

Sorel subrayaba todavía más intensamente que Bernstein la importancia de la lucha económica de la clase obrera. La clase obrera solo podría crear el espíritu de la nueva civilización socialista en su exclusivo medio proletario a través de la autoeducación económica. Ambos tenían en común, finalmente, un asentimiento decidido al socialismo conscientemente antirrevolucionario y reformista de Proudhon.

De todos modos, Sorel fue más allá que Bernstein. Donde Bernstein retrocedía, Sorel seguía avanzando. Más consecuentemente que Struve, Sorel declaraba que el socialismo, en el fondo, no era más que un mito.

NOTAS

Abreviaturas:

IISG *Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis*, Ámsterdam

LSE *London School of Economics*

MEW K. Marx, Fr. Engels, *Werke*, Berlín

NZ *Die Neue Zeit*, revista teórica del SPD

[1] «Bandwurm» (serie de artículos) era la expresión favorita del jefe de redacción (Kautsky) para designar series largas de artículos.

[2] J. Wolf, «Illusionisten und Realisten in der Nationalökonomie», *Zeitschrift für Sozialwissenschaft*, año I (1898), pág. 251.

[3] NZ, tomo 16 (1897/98), pág. 556.

[4] G. A. Kleene, «Bernstein vs. «Old-school Marxism»», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 18 (1901), pág. 415.

[5] M. Lorenz, «Marx-Bernstein-Kautsky», *Preußische Jahrbücher*, vol. 96 (1899), pág. 330 y ss.

[6] Carta de I. Auer a Bernstein de 8-IX-1899, citado en E. Bernstein, *Entwicklungsgang eines Sozialisten. Die Volkswirtschaftslehre in Selbstdarstellungen. Hrsg. von Felix Meiner*, Leipzig 1925, pág. 35.

[7] Vollmar se refiere al Congreso de Erfurt, 1891; donde fue ásperamente criticado por Bernstein por su así llamado «discurso de Eldorado» —véase más adelante— y donde fue aprobado el Programa marxista del Partido.

[8] Carta de G. v. Vollmar a Bernstein de 28-X-1899, citado en H. J. Steinberg, *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie. Zur Ideologie der Partei vor I. Weltkrieg*, Hannover 1967, pág. 110.

[9] *Ibidem*.

[10] A. Budon, *Socialdémocratie pratique. Les idées d'Edouard Bernstein*, Orléans 1903; y Ernst Günther, *Die revisionistische Bewegung in der deutschen Sozialdemokratie*, Leipzig 1905. La segunda parte de la tesis doctoral citada en último término fue publicada en el *Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft*, año 30 (1906), págs. 191-254. El ensayo de Budon es casi una guía de la discusión actual. Por el contrario, Günther tomaba resueltamente partido a favor del revisionismo, del que decía era «una revolución del sano entendimiento humano contra la especulación filosófica». *Op. cit.*, parte II, pág. 250.

[11] W. Croll, *Die Entwicklung der Anschauungen über soziale Reform in der deutschen Sozialdemokratie*, Berlín 1915; B. Goldberg, *Beiträge zur Soziologie der deutschen Vorkriegssozialdemokratie*, Berlín 1932; E. Rikli, *Der Revisionismus. Ein Revisionsversuch der deutschen marxistischen Theorie 1890-1914*, Zürich 1936. El trabajo citado en último término es el más amplio de los tres, pero adolece, sin embargo, un poco de tener un carácter casi de catálogo.

[12] P. Gay, *The Dilemma of Democratic Socialism. Eduard Bernstein's Challenge to Marx*, New York 1952. Reedición, 1962; P. Angel, *Eduard Bernstein et l'évolution du socialisme allemand*, París, 1961.

[13] D. Klink, *Die Entwicklung des sozialistischen Denkens von Erfurt 1891 bis Bad Godesberg 1959*, Hamburgo 1960; G. A. Ritter, *Die Arbeiterbewegung im wilhelminischen Reich. Die sozialdemokratische Partei und die freien Gewerkschaften 1890-1900*, Berlín 1963; H. Wachenheim, *Die deutsche Arbeiterbewegung 1844-1914*, Köln y Opla-

den 1967; J. Fritsch, *Eindringen und Ausbreitung des Revisionismus im deutschen Bergarbeiterverband bis 1914*, Leipzig 1967; H. Hesselbarth, *Revolutionäre Sozialdemokraten, Opportunisten und die Bauern am Vorabend des Imperialismus*, Berlín 1968; H. J. Steinberg, *op. cit.*; H. Ch. Schröder, *Sozialismus und Imperialismus*, Hannover 1967; J. Schadt, *Die Sozialdemokratische Partei in Baden. Von den Anfängen bis zur Jahrhundertwende*, Hannover 1968; K. E. Mohring, *Die Sozialdemokratische Partei in Bremen 1890-1914*, Hannover 1968.

[14] Tanto Gay como Angel plantean el problema de la relación entre Bernstein y los fabianos aunque ninguno de los dos lo resuelve. P. Gay, *op. cit.*, pág. 104 y ss.; P. Angel, *op. cit.*, pág. 106 y ss.

[15] W. I. Lenin, *Marxismus und Revisionismus, Werke*, tomo 15, pág. 21.

[16] Citado en H. Goldberg, *The Life of Jean Jaurès*, Madison 1962, pág. 109.

[17] H. St. Hughes, *Consciousness and Society. The Reorientation of European Social Thought 1890-1930*, New York 1958, pág. 14.

[18] «El desorden social, la crisis económica y el mal funcionamiento institucional habían contribuido al crecimiento de los partidos socialistas y a la difusión de la doctrina marxista. El último decenio del siglo pasado iba a ser el gran período de expansión en la historia del socialismo europeo». *Ibidem*, pág. 41.

[19] G. D. H. Cole, *A History of Socialist Thought*, III/2, London 1963, págs. 612, 621 y 714. I. M. Kriwogus y S. M. Stezkewitsch, *Abriß der Geschichte der I. und II. Internationale*, Berlín 1960, pág. 145 y ss.

[20] Kriwogus y Stezkewitsch, *op. cit.*, pág. 156 y ss.

[21] «El marxismo no era, desde luego, su única corriente doctrinal; incluso después de la expulsión del anarquismo, el revisionismo, el reformismo y el sindicalismo constituían poderosas contracorrientes. Pero el marxismo era la idea predominante en el socialismo. La gran mayoría de los partidos de la Segunda Internacional se reclamaban programáticamente del marxismo; sus declaraciones de principios se basaban en el patrimonio doctrinal de Marx, en su filosofía de la historia, y sus teorías económicas, su teoría de la lucha de clases, su teoría del estado y su teoría de la revolución». J. Braunthal, *Geschichte der Internationale*, I, Hannover, 1961, pág. 203.

[22] F. Engels a Sorge, 17-VII-1889, MEW 37, pág. 250.

[23] J. Kuczynski, *Darstellung der Lage der Arbeiter in Deutschland von 1971-1900*, Berlín 1962, pág. 130.

[24] F. Zahn, «Deutschlands wirtschaftliche Entwicklung», *Annalen des deutschen Reiches*, n.º 3-4 1911, pág. 164.

[25] *Ibidem*, pág. 165.

[26] *Ibidem*, pág. 164.

[27] W. Schröder, *Handbuch der sozialdemokratischen Parteitage von 1863 bis 1909*, Munich 1910, pág. 230 y ss.

[28] L. Brentano, *Über die Ursachen der heutigen sozialen Not. Ein Beitrag zur Morphologie der Volkswirtschaft. Vortrag gehalten beim Antritt des Lehramts an der Universität Leipzig am 27. April 1889*, Leipzig 1889, pág. 23. Brentano había tomado la idea del fundador del cártel silesio del acero, Georg Caro, quien a su vez la había recogido del economista austríaco Friedrich Kleinwächter. Véase J. Sheehan, *The Career of Lujo Brentano. A Study of Liberalism and Social Reform in Imperial Germany*, Chicago 1966, pág. 110 y ss.

[29] D. Fricke, *Zur Organisation und Tätigkeit der deutschen Arbeiterbewegung 1890-1914*, Leipzig 1962, pág. 208 y ss.

[30] «La disgregación de la sociedad en grandes capitalistas y proletarios ha sido vista quizá como un peligro inmanente al sistema económico liberal para probar que este peligro puede ser vencido, es decir, que la clase media no se extinga necesariamente». D. Lindenlaub, *Richtungskämpfe im Verein für Sozialpolitik*, II, Wiesbaden 1967, pág. 275 y s.

[31] Citando por la separata: *Was verstehen wir unter dem Mittelstande? Hat er im 19. Jahrhundert zu- oder abgenommen?*, Göttingen 1897, pág. 32.

[32] Actas del VIII Congreso Evangélico-Social 1897, pág. 164. Esta cita se hace según J. Wolf, *op. cit.*, pág. 82 y ss.

[33] Compárese, por ejemplo, G. Ritter, *op. cit.*, pág. 82 y ss.

[34] Kautsky a Hugo Heller, 28-XII-1895. En Victor Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, Viena 1954, pág. 196.

[35] Véase, por ejemplo, NZ, vol. XIII: I. (1894/95), donde apareció una serie de contribuciones al tema.

[36] NZ, vol. XII: II (1894/95), pág. 76 y s.

[37] Desde 1897 la revista se llamó *Sozialistische Monatshefte*. Es interesante que precisamente en 1895 se fundase también en Francia *Le Devenir Social* por Sorrel y otros.

[38] W. Thorp, *Business Annals*, New York 1926, pág. 200, ss. y *passim*.

[39] J. Kuczynski, *op. cit.*, pág. 302.

[40] *Ibidem*, pág. 266. Las cifras se basan en estimaciones, pero coinciden con las proporcionadas por fuentes seguras. *Ibidem*, pág. 262.

[41] *Ibidem*, pág. 302.

[42] Según Carl von Tyszka, entre 1900 y aproximadamente 1910, los salarios reales disminuyeron un 8% en Inglaterra y entre 5 y 20% en Alemania, pero en Francia aumentaron un 6%. Véase C. v. Tyszka, *Löhne und Lebenskosten in West-europa im 19. Jahrhundert*, Leipzig 1914, pág. 289 y *passim*. Bry, que ha investigado recientemente el problema, no halló en lo que respecta a Alemania ningún descenso sino únicamente un estancamiento. Véase G. Bry, *Wages in Germany 1871-1945*, New York 1960, pág. 73.

[43] Arthur Bowley publicó en 1895 en Inglaterra su investigación «Changes in Average Wages (Nominal and Real) in the United Kingdom between 1860 and 1891», *Journal of the Royal Statistical Society*, vol. 58, págs. 223-285. Este fue el primer intento moderno de cuantificar los cambios experimentados por los salarios medios utilizando índices. Según Bowley, el nivel salarial casi se había doblado entre 1860 y 1891 mientras que parte del producto social correspondiente a salarios había disminuido de un 47% a un 43,5%. Véase A. Bowley, *op. cit.*, pág. 251 y 248. Los cálculos de Bowley no tienen en cuenta los cambios en las cifras de parados. Aquellos eran, desde luego, conocidos por los socialistas de la época como lo prueba que Kautsky polemizase con Bowley en su escrito *Die soziale Revolution*. Berlín 1902. Otra investigación, publicada el mismo año que las *Premisas* de Bernstein, era Kurt Apelt, *Die Konsumtion in der wichtigsten Kulturländer in den letzten Jahrzehnten*, Berlín 1899. Según este el consumo por persona de centeno descendió en Alemania de 121 kg en los años 1879/84 a 113 kg en 1889/94 y el consumo de trigo aumentó de 52 kg a 63 kg.

Las modificaciones del consumo de carne presentan un cuadro poco homogéneo. En la industrializada Sajonia aumentó de 30 kg per cápita 1975/84 a 35 kg per cápita en 1885/94 de forma parecida a Badén, más orientada a la agricultura, que pasó de 37 kg en 1888/90 a 38 kg en 1891/95. También en Leipzig aumentó débilmente el consumo de carne en el largo período de 1852/57 a 1894 pasando de 48 a 54 kg. En la gran ciudad de Berlín, por el contrario, el consumo de carne descendió de 76 kg en 1884/85 a 73 kg en 1891/95 y en Stuttgart pasó de 67 kg en 1886/90 a 62 kg en 1891/95. Berlín tenía una gran población obrera que además estaba creciendo fuertemente. Véase K. Apelt, *op. cit.*, pág. 49 y ss.

Según Apelt en la segunda mitad del siglo XIX se había producido en términos globales un importante aumento en el consumo per cápita de carne, azúcar, café, té, cacao, cerveza, vino, tabaco, arroz, arenques y frutas del sur. Defendía también la idea de que los resultados de su investigación eran contrarios a teorías completas acerca de una pretendida pauperización creciente de las masas en los últimos decenios del siglo XIX. *Ibidem*, pág. 241 y ss. El tiempo de trabajo semanal parece haber descendido hacia finales del siglo XIX según una investigación realizada a principios del siglo XX. Véase R. Kuczynski, *Arbeitslohn und Arbeitszeit in Europa und Amerika 1878-1909*, Berlín 1913, pág. 151 y *passim*. La investigación tomaba como base datos procedentes de nóminas de la construcción, canteras, industria de la madera e industria de construcción de máquinas así como de la industria editorial. La investigación mostraba que el tiempo de trabajo descendió apreciablemente en estos sectores en Alemania durante los años noventa mientras que la tendencia era menos marcada en Inglaterra y en Francia no se podía establecer (la investigación se limitaba además a las ciudades de París y Lyon).

Sobre la base de este material, J. Kuczynski ha establecido el siguiente cuadro-resumen de los cambios del tiempo de trabajo en Alemania en el período 1870-1899:

Tiempo de trabajo semanal en Alemania (1870-1899)				
Período	Construcción	Madera	Maquinaria	Impresión
1870/79	62 $\frac{1}{4}$	57 $\frac{1}{4}$	—	57 $\frac{1}{4}$
1880/89	61 $\frac{3}{4}$	57 $\frac{1}{4}$	67	57 $\frac{1}{4}$
1890/99	59	56 $\frac{1}{4}$	62 $\frac{3}{4}$	54 $\frac{3}{4}$

Del cuadro se desprende que los grandes cambios se produjeron en los años noventa. Véase J. Kuczynski, *op. cit.*, pág. 349.

[44] B. Webb, *Diary*, LSE, Passfield Papers, vol. 15 (2), 15-III-1895.

[45] E. Bernstein, *Zur Geschichte des Revisionismus. Bernstein Nachlaß*, IISG, A 43. Compárese con la siguiente afirmación de Hjalmar Brantings: «El economista suizo Blocher, entre otros, dijo durante un viaje a Suecia también, que él creía que la concepción de Bernstein era sobre todo el producto de los *buenos tiempos* que corrían». H. Branting, *Nyare riktningar inom socialdemokratien. Tal och skrifter I*, Estocolmo 1929, pág. 256. Esta aseveración de Blocher no se encuentra en los discursos de Blocher coostenografiados o parafraseados por Branting. Véase H. Blocher, *Det*

20: e arhundradets sociala uppgifter. Föredrag i Vetenskapsakademins horsal den 3 oktober 1900, Estocolmo 1901.

[46] R. E. May, «Das deutsche Volkseinkommen im Jahr 1900», *Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im Deutschen Reich*, año 27 (1903), pág. 207 y s. Las rentas de 3000 marcos habían descendido de representar un 77% a un 73% de la renta total.

[47] «Üntersuchungen über die Einkommensschwankungen in der Vorkriegszeit», *Vierteljahreshefte zur Konjunkturforschung*, año 2 (1927), cuaderno complementario 3, pág. 32. Compárese también con E. Lederer, *Umschichtung des Einkommens und des Bedarfs*. En: B. Harms (ed.), *Strukturwandlungen der deutschen Volkswirtschaft*, Berlín 1928, pág. 44 y siguiente, así como W. G. Hoffmann y J. H. Müller, *Das deutsche Volkseinkommen 1851-1957*, Tübingen 1959, pág. 16 y s.

[48] En su gran discurso contra Bernstein, pronunciado en el Congreso del Partido reunido en Hannover en 1899, dijo: «Cierto, la situación de una gran parte de los trabajadores se ha hecho mejor, absolutamente considerada, que antes; se ha elevado.» Actas del Congreso del Partido Socialdemócrata Alemán, Hannover 1899, Berlín 1899, pág. 114.

Dentro de la clase obrera se daban, naturalmente, grandes diferencias. En los años noventa los salarios de los trabajadores no especializados se elevaron en la minería (Dortmund) un 30%, los de los trabajadores especialistas en la construcción un 35-40% y en la industria textil algodónera un 45-50%. Véase G. Bry, *op. cit.*, pág. 363.

[49] El texto de la ley es accesible fácilmente en D. Fricke, *Die deutsche Arbeiterbewegung. Ihre Organisation und Tätigkeit 1896-1890*, Leipzig 1964, pág. 128-134. Una descripción muy amplia de esta época se encuentra en I. Auer, *Nach zehn Jahren. Material und Glossen zur Geschichte des Sozialistengesetzes*, Nürnberg 1913.

[50] Comp. R. Ritter, *op. cit.*, pág. 17 y ss. y 79 y ss.

[51] R. Lipinski, *Die Sozialdemokratie von ihren Anfängen bis zur Gegenwart, II*, Berlín 1928, pág. 51.

[52] D. Fricke, *op. cit.*, pág. 225.

[53] *Ibidem*, pág. 312.

[54] *Ibidem*, pág. 311.

[55] A estos pertenecía, entre otros, Brentano, que se oponía a la política represiva. «Brentano consideraba las huelgas de 1889-1890, al igual que muchos otros reformadores sociales, como un claro signo del fracaso del procedimiento de Bismarck y de que había que buscar nuevas medidas para reconciliar a los trabajadores con la sociedad». J. Sheehan, *op. cit.*, pág. 115.

[56] G. Ritter, *op. cit.*, pág. 21.

[57] *Ibidem*, pág. 36 y s. La cuestión fue tratada con anterioridad por Zechlin. Comp., E. Zechlin, *Statsstreichpläne Bismarcks und Wilhelms II 1890-1894*, Stuttgart 1929. Véase también J. Kliersfeld, *Die Haltung Wilhelms II zur Arbeiterbewegung und zur Sozialdemokratie*, Kallmünz 1933, pág. 61 y ss.

[58] G. Ritter, *op. cit.*, pág. 28 y ss. y 38 y ss.

[59] Reproducido en J. Kliersfeld, *op. cit.*, pág. 86 y ss.

[60] *Ibidem*, pág. 38 y ss.

[61] G. Ritter, *op. cit.*, pág. 23 y ss.

[62] «La verdadera tendencia de las ideas social-políticas de los próximos años consiste en impedir por una vía indirecta el avance del movimiento obrero intentando detener a través de medidas estatales el proceso en marcha de proletarianización de amplias capas pequeño burguesas del artesanado que se ven acosadas por el rápido desarrollo de la gran industria». G Ritter *op. cit.*, pág. 29 y s.

[63] Así se expresaba el político liberal Theodor Barth en el *Reichstag* en 1895. Citado por Sheehan, *op. cit.*, pág. 138.

[64] El *Reichstag* no tenía ninguna influencia en la composición del gobierno, la política exterior escapaba completamente a su control, los proyectos de ley pasaban a menudo años en manos del Consejo Federal y el derecho de veto estaba muy limitado. Véase P. Molt, *Der Reichstag vor der improvisierten Revolution*, Köln 1963, pág. 15; y A. Rosenberg, *Entstehung der Weimarer Republik*, Frankfurt am Main 1961, pág. 15.

[65] Engels a Bebel, 24-X-1891. En: *August Bebels Briefwechsel mit Friedrich Engels*, Den Haag 1965, pág. 465, o bien MEW 38, pág. 188 y s.

[66] Compárese con el próximo capítulo y los datos en él ofrecidos así como con H. J. Steinberg, *op. cit.*, pág. 71 y s.

[67] Engels a Liebknecht, 9-III-1890, NEW 37, pág. 365 y s.

[68] La relación con el «nuevo curso» es subrayada por G. Ritter, *op. cit.*, pág. 41; y H. J. Steinberg, *op. cit.*, pág. 109.

[69] Adler a Bernstein, 4-IX-1890. En: V. Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Kautsky*, Viena 1954, pág. 53 y s.

[70] G. v. Vollmar, *Über die nächsten Aufgaben der deutschen Sozialdemokratie*, Munich 1891, pág. 5. En R. Jansen, *Georg von Vollmar. Eine politische Biografie*, Düsseldorf 1958, se encuentra un juicio positivo sobre Vollmar; un juicio fuertemente crítico se encuentra en H. Hesselbarth, *Revolutionäre Sozialdemokraten. Opportunisten und die Bauern am Vorabend des Imperialismus*, Berlín 1968.

[71] G. V. Vollmar, *op. cit.*, pág. 7.

[72] *Ibid.*, pág. 8.

[73] G. v. Vollmar, *Über Staaissozialismus*, Nürnberg 1892, pág. 8.

[74] Discurso de Vollmar de 24-X-1893. Citado por H. Hesselbarth, *op. cit.*, pág. 168.

[75] La cuestión de la política agraria solo fue decidida en realidad definitivamente en el Congreso de Kiel de 1927. G. Ritter, *op. cit.*, pág. 144.

[76] Véase más adelante en el apartado sobre marxismo y revisionismo en Francia.

[77] Engels a Bebel, 23-VII-1892. En: *August Bebels Briefwechsel mit Friedrich Engels*, *op. cit.*, pág. 565; o bien MEW 38, pág. 407 y s.

[78] Bebel a Adler, 25-X-1891. En: Victor Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.*, pág. 80.

[79] Singer a Adler, 26-XI-1894. *Ibid.*, pág. 163.

[80] Su alumno Herkner le había llamado la atención sobre Vollmar. Según Herkner ni los dirigentes sindicales de la (vieja) escuela inglesa se habrían expresado tan «calmada, comprensivamente» como Vollmar en su «discurso de Eldorado». Véase J. Sheehan, *op. cit.*, pág. 139, nota 27. Sheehan añade: «Durante los años noventa Brentano y Vollmar trabaron amistad, cosa que reforzó sin duda la idea de Brentano acerca del carácter decididamente moderado del socialismo alemán». *Ibid.*

[81] Kampffmeyer, que más tarde fue biógrafo de Vollmar, escribió en los años 1896 y 1897 un par de importantes artículos que pueden considerarse como equivalentes de los «Problemas del socialismo» de Bernstein. En el artículo «Wandlungen

der sozialistischen Theorie» defendía la idea de que el partido se tenía que orientar más a la lucha económica que a la lucha Política. P. Kampffmayer, «Wandlungen der sozialistischen Theorie», *Der sozialistische Akademiker*, año II (1896), pág. 11 y s. La idea todavía era más definida en otro artículo, que se refería explícitamente a Vollmar y que criticaba al Programa de Erfurt prácticamente en puntos enteros como la dialéctica, el empobrecimiento, la teoría del estado, etc. Véase P. Kampffmayer, «Ein Wort über die Zusammenhang zwischen Theorie und Praxis in der sozialen Frage», *Sozialistische Monatshefte*, año II (1897), pág. 1 y ss.

[82] Bebel a Adler, 25-X-1891. En: Victor Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Kart Kautsky*, *op. cit.*, pág. 80. Ewald (Brandenburgo) dijo en el Congreso de Frankfurt en 1894 que: «Actualmente vemos como los académicos desplazan a los autodidactas. Atraídos por altos sueldos, se colocan en los puestos mejor retribuidos». Véase también W. Schröder, *op. cit.*, pág. 18.

[83] «Si el trabajador abandona el trabajo manual y pasa a una actividad intelectual, el cambio así realizado comprende toda su existencia. Deja poco a poco al proletariado y se convierte en miembro de la pequeña burguesía. Al principio, el cambio afecta, como hemos visto, solo a su situación profesional y económica. Los sueldos pagados por el partido, aun módicos, son de todos modos claramente superiores al salario medio que el trabajador ganaba antes de su entrada en la burocracia socialista y son lo suficientemente elevados como para permitir a aquellos que los perciben llevar una vida pequeño burguesa... El funcionario pagado, una vez alcanzado un nivel social de vida superior, no siempre dispondrá de la suficiente fuerza moral para resistir las tentaciones de su nuevo entorno. Raramente será suficiente su educación política y social para inmunizarle contra las nuevas influencias. August Bebel llamó repetidamente la atención del partido sobre los peligros a los que estaban expuestos los dirigentes, al peligro con respecto a su pureza de clase (the risk of their class purity) y con respecto a la unidad de su pensamiento». R. Michels, *Political Parties*, New York 1915. Esta cita corresponde a la reedición de 1962, pág. 262 y s.

[84] Véase W. Schröder, *op. cit.*, pág. 72.

[85] *Ibid.*

[86] G. Ritter, *op. cit.*, pág. 170.

[87] *Ibid.*, pág. 82.

[88] W. Schröder, *op. cit.*, pág. 73.

[89] D. Fricke, *op. cit.*, pág. 102.

[90] G. Ritter, *op. cit.*, pág. 187.

[91] G. Schmoller, *Zwanzig Jahre deutscher Politik 1897-1917*, Munich 1920, pág. 149. A este respecto, Schmoller acuñó la siguiente expresión: «Dos almas escindidas habitaban desde el principio en el movimiento obrero alemán, una pequeño burguesa-radical-sindical y otra socialista-revolucionaria.» *Ibid.*

[92] *Schriften des Vereins für Socialpolitik*, vol. 125. Actas de la Asamblea General de 1907, Leipzig 1908, pág. 296 y s.

[93] «Desde que comenzamos a mantener correspondencia y después de nuestro contacto personal he ido apreciando continuamente una coincidencia de la orientación de nuestros pensamientos y de nuestra forma de pensar que resulta casi sorprendente entre personas de evolución tan dispar». Engels a Bebel, comien-

zos de abril de 1891. En: Friedrich Engels, *Briefe an Bebel*, Berlín 1958, pág. 173; o bien: NEW 38, pág. 70.

[94] *Ibid.*, págs. 58, 110, 126, 163.

[95] *Ibid.*, págs. 58, 110, 163.

[96] *Ibid.*, págs. 79, 109, 112, 114, 122, 174 y ss., 179.

[97] *Ibid.*, págs. 64, 79, 91, 93, 99, 107, 109 y s., 112, 121, 145 y *passim*.

[98] Engels a Bebel, 1-V-1891, *Ibid.*, pág. 176; o bien: NEW 38, pág. 93.

[99] Véase también sobre este punto H. Steinberg, *op. cit.*, pág. 14 y s.

[100] Cuando en 1885 Engels contaba con la posibilidad de una escisión en el partido exhortó a Bebel a conservar a todo precio la imprenta de Zürich y la dirección de *Sozialdemokrat* y de *Neue Zeit*. Engels a Bebel, 22-VI-1885, *op. cit.*, pág. 100, o bien MEW 36, pág. 335. Bebel, Bernstein y Kautsky no podían tener hacia esa época una posición especialmente fuerte, al menos entre la dirección.

[101] Steinberg ha llegado, a causa del uso de un material y unas fuentes limitados y bastante especiales, a la conclusión de que el radicalismo de los militantes se componía en lo esencial de tres elementos: antimonarquismo, ateísmo y odio a Bismarck y al régimen por él representado. *Ibid.*, pág. 30.

[102] H. J. Steinberg, *op. cit.*, pag. 129 y s.

[103] A. Kosiol, *Organisationen für die theoretische Bildung der Arbeiterklasse*, NZ, vol. 24/2 (1905-06), pág. 65.

[104] D. Fricke, *op. cit.*, pág. 146. En el año 1902 la cifra de suscriptores llegó a 3850; hasta 1910 se elevó a 10500 y se estancó en los años siguientes. Según Kautsky, la tirada aumentó a comienzos de los años noventa, pero la mayoría de los lectores eran burgueses. «Desgraciadamente la mayor parte de nuestros lectores ahora son burgueses». Kautsky a Engels, 6-IV-1892, *Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky*, *op. cit.*, pág. 336.

[105] Kautsky a Adler, 25-VI-1891. Victor Adler, *Briefwechsel...*, pag. 71.

[106] Esto se desprende de la autobiografía de Bernstein y de la correspondencia entre Bernstein y Bebel en lo que se refiere a la defección de aquel. Véase también H. J. Steinberg, *op. cit.*, pág. 19.

[107] E. Bernstein, «Zur dritten Auflage von Engels' Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft», NZ, vol. 13/1 (1894/95), pág. 103.

[108] «Solo a partir de la recepción de esta obra se puede hablar con propiedad de la existencia de una «escuela» marxista en Alemania». H. J. Steinberg, *op. cit.*, pág. 23.

[109] Engels a Bebel, 30-IV-1883. En: Friedrich Engels, *Briefe an Bebel*, pág. 76; o bien, MEW 36, pág. 21.

[110] Engels a Bebel, 24-VII-1885, *op. cit.*, pág. 112; o bien: MEW 36, pág. 348.

[111] Engels a Bebel, 15-XI-1889, *op. cit.*, pág. 162; o bien: MEW 37, pág. 304.

[112] H. J. Steinberg, *op. cit.*, pág. 46 y s.

[113] H. J. Steinberg caracteriza correctamente la orientación: «Para los teóricos socialdemócratas, revisionistas y marxistas, la filosofía hegeliana y, en último término, el método dialéctico también, no dejó de ser un libro cerrado bajo siete sellos». *Ibid.*, pág. 57.

[114] *Bebel und sein Zukunftsstaat*, Köln 1893, pág. 33 y s.

[115] «Qué formas va a revestir este gran proceso de expropiación social y bajo qué modalidades se va a producir es algo que se sustrae a toda previsión. Quién puede

saber qué tipo de relaciones habrá entonces». A. Bebel, *Die Frau und der Sozialismus*, Stuttgart, 1910, pág. 372. Véase también H. J. Steinberg, *op. cit.*, pág. 372, que alega idénticos pronunciamientos.

[116] F. Engels, *Abschiedsbrief an die Leser des «Sozialdemokrat»*, 27-IX- 1890, MEW 22, pág. 77.

[117] Engels a Kautsky, 11-IV-1890, MEW 37, pág. 379. «Encuentro NZ inucho mejor que antes», le escribió Engels a Kautsky el 30-IV-1891, En: *Engels, Briefwechsel mit Karl Kautsky, op. cit.*, pág. 297; o bien: MEW 38, pág. 88.

[118] P. Weidmann, *Die Programme der sozialdemokratischen Partei Deutschlands von Gotha bis Görlitz*, Hamburgo 1926, pág. 17.

[119] K. Marx, *Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiter-Par- tei* (hay trad. cast.), MEW 19, pág. 28.

[120] Véase el extenso intercambio epistolar entre Engels y Kautsky en: *Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky, op. cit.*, págs. 268-318. Véase también G. Ritter, *op. cit.*, págs. 93-99; así como G. Mayer, *Friedrich Engels. Eine Biographie*, Den Haag 1934, II, pág. 480 y ss.

El hecho de que el ala derecha del partido no estuviese de acuerdo en absoluto con Marx se desprende de las palabras intrecambiadas en febrero de 1891 en el parlamento alemán entre Karl Grillenberger y el liberal-nacional Bennigsen. Al ponerle Bennigsen a Grillenberger en el aprieto de que se definiese sobre la dictadura del proletariado Grillenberger respondió: «Herr Dr. v. Bennigsen ha olvidado añadir que el Partido Socialdemócrata *no se ha vinculado* a este proyecto de programa de Marx. Marx estaba ciertamente molesto porque la Socialdemocracia alemana dispusiese su esbozo programático tal como entendía esta que era lo adecuado en las condiciones alemanas y porque, por lo tanto, nunca se haya hablado entre nosotros de una dictadura revolucionaria del proletariado». Las palabras que figuran en letra cursiva en la cita están en composición espaciada en las actas del Reichstag. Véase *Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky, op. cit.*, pág. 268, nota 1 de B. Kautsky (ed.).

[121] *Vorwärts* del 12-IV-1899. Reproducido en Bernstein, *Zur Theorie und Geschichte des Sozialismus*, Berlín 1904, II, pág. 31 y s.

[122] P. Weidmann, *op. cit.*, pág. 26 y s.

[123] E. Bernstein, *Zur Theorie...*, *op. cit.*, pág. 31 y s.

[124] F. Engels, *Zur Kritik des sozialdemokratischen Programmentwurfs*, 1891, MEW 22, pág. 231.

[125] *Ibid.*, pág. 235.

[126] *Ibid.*, pág. 234.

[127] Engels a Sorge, 24-X-1891, MEW 38, pág. 183.

[128] Citado en H. Hirsch, *Friedrich Engels in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Hamburgo 1968, pág. 134.

[129] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, Berlín 1906, pág. 11 y ss. En lo sucesivo se citará también por esta segunda acción, que solo contiene un nuevo prólogo. La más importante modificación concreta se realizó en el párrafo introductorio al primer capítulo, apartado b.

[130] P. Barth, «Die sogenannte materialistische Geschichtsauffassung», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, 3ª serie, vol. XI, Jena 1896, págs. 1 a 34, en particular, pág. 19.

[131] P. Barth, *Die Geschichtsphilosophie Hegels und der Hegelianer bis auf Marx und Hartmann*, Leipzig 1890.

[132] *Ibid.*, págs. 43, 133 y 134.

[133] *Ibid.*, pág. 59.

[134] *Ibid.*, pág. 61.

[135] *Ibid.*, pág. 52.

[136] *Ibid.*, pág. 53.

[137] *Ibid.*, pág. 60.

[138] De la introducción de la redacción a la publicación de la carta de Engels a Conrad Schmidt de 1-VII-1891 en el *Leipziger Volkszeitung* del 26-X-1895. Citado según *Die Dokumente des Sozialismus II*, Berlín 1902, pág. 65.

[139] Engels a Conrad Schmidt, 1-VII-1891, MEW 38, pág. 128.

[140] Ch. Bonnier, *Hegel und Marx*, NZ, vol. 9/2 (1890/91), pág. 653.

[141] *Ibid.*, pág. 660.

[142] Engels a Conrad Schmidt, 27-X-1890, MEW 37, pág. 494.

[143] Engels a Conrad Schmidt, 5-VIII-1890, MEW 37, pág. 435.

[144] Engels a Conrad Schmidt, 1-VII y 1-II 1891, MEW 38, págs. 128 y 203.

[145] Engels a Joseph Bloch, 21-IX-1890, MEW 37, pág. 463 así como la nota 463 de la pág. 602.

[146] F. Mehring, *Die Lessing-Legende*, Stuttgart 1893, págs. 429-500. El apéndice no fue incluido en las ediciones posteriores. Las citas provienen de la primera edición de F. Mehring, *Gesammelte Schriften und Aufsätze*, vol. IV, Berlín 1931, págs. 273-332. La concepción de la historia de Mehring fue tratada por J. Schleifstein, *Franz Mehring. Sein marxistisches Schaffen 1891-1919*, Berlín 1959, págs. 88-111; y por W. Kumpmann, *Franz Mehring als Vertreter des historischen Materialismus*, Wiesbaden 1966, págs. 68-138. Andreas von Weiß se ocupa del tema de pasada en A. Weiß, *Die Diskussion über den historischen Materialismus in der deutschen Sozialdemokratie*, Wiesbaden 1966.

[147] F. Mehring, *op. cit.*, en particular pág. 308 y ss.

[148] *Ibid.*, pág. 305 y ss.

[149] *Ibid.*, pág. 316.

[150] P. Barth, *op. cit.*, pág. 58.

[151] F. Mehring, *op. cit.*, pág. 321.

[152] Esto afecta, por ejemplo, también al hecho destacado un año antes por Engels (en el estudio: *Über historischen Materialismus*, 1892) de que Rousseau y la filosofía de La Ilustración se basaban prácticamente en el materialismo inglés (sensualismo) de Hobbes y Locke, adquiriendo de este modo, este indirectamente importancia con respecto a la Revolución Francesa. Barth postula también otro ejemplo acertado: «El estado ideal de Platón refleja ciertamente el estado de guerreros dórico, pero su teoría del conocimiento está tan desvinculada del medio económico e histórico que la rodeaba, que su teoría de las ideas ha podido ser renovada más de 2000 años después en el mundo moderno por Schopenhauer». P. Barth, *op. cit.*, pág. 58.

[153] F. Mehring, *op. cit.*, pág. 291.

[154] F. Tönnies, «Neuere Philosophie der Geschichte: Hegel, Marx, Comte», *Archiv für Geschichte der Philosophie*, vol. VII, Berlín 1894, págs. 486-515. Tönnies muestra que Barth había supuesto «irreflexivamente» que Marx había negado la histo-

ria interna propia a las ideologías y su causalidad interna. «En tal caso Marx no se habría tomado tantísimo trabajo con la historia de la economía política, una forma relativamente subalterna de la consciencia científica. Tampoco hay ningún motivo para suponerle tan estúpido como para no saber que los actos políticos están determinados por teorías científicas y que estas, a su vez, influyen sobre la vida conformándola o, al menos, modificándola». *Ibid.*, pág. 506. Las metáforas marxianas de base y superestructura, rechazadas por Barth, eran muy acertadas para Tönnies: «Y de todos modos está clarísimo que lo único que se pensaba es que: la casa precisa de los cimientos, pero los cimientos no tienen necesidad de la casa. Así, las actividades más elevadas de la vida precisan de las más bajas, pero las más bajas no precisan de las más altas». *Ibid.*, pág. 507. En oposición a Barth, Tönnies veía en la concepción materialista de la historia un gran avance científico: «El uso correcto de las correctas ideas básicas del punto de vista materialista acerca de los cambios históricos se afirmará como un avance del conocimiento científico. Marx aplicó la gran potencia de su pensamiento a sacar a la luz la ley de movimiento de la *sociedad moderna* y también en la comprensión de los períodos contemporáneos se halla para nosotros lo más importante si es que queremos derivar alguna utilidad del conocimiento del condicionamiento social del pensamiento y de la acción humanos». *Ibid.*, 510. En su anticrítica, Barth precisaba sus puntos de vista originales. Afirmaba que la visión de Marx consistía «de hecho en el postulado de que las relaciones económicas determinan inmediatamente todo lo que aparece en la vida social de representación, que esta no contiene nada que no sea una imagen inmediata, una forma, un revestimiento de un hecho económico». P. Barth, «Zu Hegels und Marx, Geschichtsphilosophie», *Archiv für Geschichte der Philosophie*, NF, vol. I (1895), pág. 319. Afirmaba que en Marx y Engels no había «ni huella de autonomía de la política, el derecho o las ideologías... o ni siquiera de la interacción entre estos campos y la economía...» *Ibid.*, pág. 322.

Tönnies le envió a Engels su crítica de Barth. Engels le contestó: «Me parece que le trata al Sr. Barth con alguna benevolencia: en mis manos creo que, por lo menos, no saldría tan bien librado. De todos modos hay que irse acostumbrando a que, en los debates literarios, el oponente, con el estilo de un abogado, suprime lo que no le interesa. Pero en el caso del Sr. Barth este procedimiento viene utilizado de tal modo y hasta tal extremo que urge la cuestión de saber dónde acaba la ignorancia pura y la estupidez y dónde empieza la deformación intencionada, consciente». Engels a Ferdinand Tönnies, 24-1-1895, MEW 35, pág. 394.

[155] P. Ernst, *Mehring's «Lessing-Legende» und die materialistische Geschichtsauffassung*, NZ, vol. 12/2 (1893/94), pág. 8 y s.

[156] F. Mehring, *Zur historisch-materialistischen Methode*, *op. cit.*, pág. 171.

[157] «Con esto se halla relacionado también el necio modo de ver de los ideólogos: como negamos un desarrollo histórico independiente a las distintas esferas ideológicas, que desempeñan un papel en la historia, les negamos también todo *efecto histórico*. Este modo de ver se basa en una representación vulgar y antialéctica de la causa y el efecto como dos polos fijamente opuestos, en un olvido absoluto del juego de acciones y reacciones. Que un factor histórico, una vez alumbrado por otros hechos, que son en última instancia hechos económicos, repercute a su vez sobre lo que le rodea, e incluso sobre sus propias causas, es cosa que olvidan, a

veces muy intencionadamente, esos caballeros, como, por ejemplo, Barth al hablar del estamento sacerdotal y la religión, pág. 475 de su obra de usted. Me ha gustado mucho su manera de ajustarle las cuentas a ese sujeto, cuya banalidad supera todo lo imaginable. ¡Y a un individuo como ese se le nombra profesor de historia en Leipzig! Debo decir que el viejo Wachsmuth, también muy cerrado de mollera, aunque mucho más sensible ante los hechos, era un tipo muy diferente». Engels a Mehring, 14-VII-1893, MEW 39, pág. 98.

[158] Engels a Bebel, 16-III-1892: En: F. Engels, *Briefe an Bebel*, Berlín 1958, pág. 223; o bien: MEW 38, pág. 308. Cuando Paul Ernst, que aparece citado en el texto, entró en 1890 en polémica con el crítico literario austríaco Hermann Bahr, le pidió a Engels su opinión y este le respondió con una cierta acritud: «Por lo que se refiere a su intento de darle un tratamiento materialista a la cuestión, tengo que decirle, sobre todo, que el método materialista se convierte en su contrario si en vez de tomarlo como un hilo conductor del estudio histórico se le hace jugar el papel de patrón acabado con el que cortar a la medida los hechos históricos. Y si el Sr. Bahr cree sorprenderle a usted en este equívoco, me parece que no deja de asistirle cierta sombra de razón». Engels a P. Ernst, 5-VI-1890, MEW 37, pág. 411. En el mismo espíritu, le escribía a Conrad Schmidt: «La concepción materialista de la historia también tiene ahora muchos amigos de esos, para los cuales no es más que un pretexto para no estudiar la historia. Marx había dicho a finales de la década del 70, refiriéndose a los «marxistas» franceses, *«tout ce que je sais, c'est que je ne suis pas marxiste»*... Hay que estudiar de nuevo toda la historia, investigar en detalle las condiciones de vida de las diversas formaciones sociales, antes de ponerse a derivar de ellas las ideas políticas, del derecho privado, estéticas, filosóficas, religiosas, etc., que a ellas corresponden. Hasta hoy, en este terreno se ha hecho poco, pues ha sido muy reducido el número de personas que se han puesto seriamente a ello. Aquí necesitamos fuerzas en masa que nos ayuden; el campo es infinitamente grande, y quien desee trabajar seriamente, puede conseguir mucho y distinguirse. Pero, en vez de hacerlo así, hay demasiados alemanes jóvenes a quienes las frases sobre el materialismo histórico (*todo* puede ser convertido en frase) solo les sirven para erigir a toda prisa un sistema con sus conocimientos históricos, relativamente escasos —¡la historia económica está todavía en mantillas!—, y pavonearse luego, muy ufanos de su hazaña. Y entonces es cuando puede aparecer un Barth cualquiera, para dedicarse a lo que, por lo menos en su medio, ha sido reducido a la categoría de una frase huera». Engels a Conrad Schmidt, 5-VIII-1890, MEW 37, pág. 436 y s. «Desgraciadamente, ocurre con harta frecuencia que se cree haber entendido totalmente y que se puede manejar sin más una teoría por el mero hecho de haber asimilado, y no siempre exactamente, sus tesis fundamentales. De este reproche no se hallan exentos muchos de los nuevos «marxistas» y así se explican muchas de las cosas peregrinas que han aportado». Engels a Bloch, 21-IX-1890, MEW 37, pág. 465.

[159] *Ibid.*

[160] *Ibid.*

[161] Engels a Mehring, 14-VII-1893, MEW 39, pág. 96.

[162] *Ibid.*, pág. 98.

[163] Engels a Bloch, 21-IX-1890, MEW 39, pág. 464.

[164] *Ibid.*, pág. 463 y s.

[165] *Ibid.*, pág. 463.

[166] Engels a Conrad Schmidt, 27-X-1890, MEW 37, pág. 488.

[167] *Ibid.*, pág. 439.

[168] *Ibid.*, pág. 490 y s.

[169] *Ibid.*, pág. 492.

[170] *Ibid.*, pág. 491.

[171] *Ibid.*, pág. 493.

[172] *Ibid.*

[173] «Hay un juego de acciones y reacciones, sobre la base de la necesidad económica, que se impone siempre, *en última instancia*. El estado, por ejemplo, actúa por medio de los aranceles protectores, el librecambio, el buen o mal régimen fiscal; y hasta la mortal agonía y la impotencia del filisteo alemán por efecto de la mísera situación económica de Alemania desde 1648 hasta 1830, y que se revelaron siempre en el pietismo y luego en el sentimentalismo y en la sumisión servil a los príncipes y a la nobleza, no dejaron de surtir su efecto económico. Fue este uno de los principales obstáculos para el renacimiento del país, que solo pudo ser sacudido cuando las guerras revolucionarias y napoleónicas vinieron a agudizar la miseria crónica». Engels a H. Starkenburg, 25-1-1894, MEW 39, pág. 206.

[174] *Ibid.*, pág. 207.

[175] «El resultado general a que llegué, y que, una vez obtenido, me sirvió de guía para mis estudios, puede formularse brevemente de este modo:

En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la que se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia.

El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia.

En un determinado estadio de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una época de revolución social.

El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura. Al considerar tales trastornos importa siempre distinguir entre el trastorno material de las condiciones económicas de producción —que se debe comprobar fielmente con ayuda de las ciencias naturales— y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas, bajo las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y lo resuelven. Así como no se juzga a un individuo por la idea que él tenga de sí mismo, tampoco se puede juzgar tal época de trastorno por la conciencia de sí misma; es preciso, por el contrario, explicar esta conciencia por las

contradicciones de la vida material, por el conflicto que existe entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productivas que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad. Por eso la humanidad no se propone nunca más que los problemas que puede resolver, pues, mirando de más cerca, se verá siempre que el problema mismo no se presenta más que cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o se encuentran en estado de existir.

Esbozados a grandes rasgos, los modos de producción asiáticos, antiguos, feudales y burgueses modernos pueden ser designados como otras tantas épocas progresivas de la formación social económica». Karl Marx, *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín 1859; reimpresión, Berlín 1963, página 15 y s.; o bien: MEW 13, pág. 9 y s. [176] E. Bernstein, *Voraussetzungen...*, op. cit., pág. 6.

[177] «En la interacción... se contiene y se supera el progreso infinito de causas y efectos, que pasa a ser progreso real al estar en ella *doblemente orientado* el pasaje rectilíneo de causas a efectos y de efectos a causas». G. W. F. Hegel, *Enzyklopädie der philosophischen Wissenschaften in Grundrisse* (1839); reedición de Nicolin y Pöggeler, Berlín 1966, pág. 147. «La interacción es, por lo tanto, solamente la causalidad misma; la causa no tiene un solo efecto sino que en el efecto se encuentra en relación consigo misma en tanto que causa». G. W. F. Hegel, *Wissenschaft der Logik*, Leipzig 1963, II, pág. 263 y s.

«El movimiento mecánico se convierte en calor, electricidad, magnetismo, luz, etc. y viceversa. Así, la ciencia natural confirma lo que Hegel dice... de que la interacción es la verdadera *causa finalis* de las cosas. Más allá del conocimiento de esta interacción no podemos llegar precisamente porque nada hay tras ella susceptible de conocimiento. Una vez conocidas las formas de movimiento de la materia... hemos conocido ya la materia misma con lo que se acaba el conocimiento... Solo a partir de esta interacción universal llegamos a la relación de causalidad real. Para entender los fenómenos singulares tenemos que desprenderlos del contexto general y considerarlos aisladamente: *entonces* aparecen los movimientos cambiantes, unos como causas, otros como efectos». F. Engels, *Dialektik der Natur*, MEW 20, pág. 499.

[178] En las *Tesis sobre Feuerbach* (1845), que eran la expresión concentrada de la concepción a la que habían llegado Marx y Engels, se decía:

«El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —incluido el de Feuerbach— es que solo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, como *práctica*, no de un modo subjetivo... La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación distinta, olvida que las circunstancias se hacen cambiar precisamente por los hombres y que el propio educador necesita ser educado... Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*». Marx-Engels, *Ausgewählte Schriften*, II, Berlín 1964, pág. 370 y ss. Engels publicó estas tesis en 1888.

[179] Marx escribió lo siguiente sobre los legitimistas y los orleanistas en tanto que representantes, respectivamente, de los terratenientes y de la aristocracia financiera: «Lo que separaba, pues, a estas fracciones no era eso que llaman principios, eran sus condiciones materiales de vida, dos especies distintas de propiedad; era el viejo antagonismo entre la ciudad y el campo, la rivalidad entre el capital y la propiedad del suelo. Que, al mismo tiempo, había viejos recuerdos, enemistades personales, temores y esperanzas, prejuicios e ilusiones, simpatías y antipatías, convicciones, artículos de fe y principios que los mantenían unidos a una dinastía, ¿quién lo niega? Sobre las diversas formas de propiedad, sobre las condiciones sociales de existencia, se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los plasma sobre la base de sus condiciones materiales y de las relaciones sociales correspondientes». Karl Marx, *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte* (1852), citado aquí según la edición de 1885. Marx-Engels. *Ausgewählte Schriften*, I, *op. cit.*, pág. 249. Véanse, asimismo, las págs. 244, 251, 258, 272, 275, 279 y s., 282, 298, 302, 307 y 313 acerca de la importancia decisiva de la superestructura. En un pequeño estudio, publicado postumamente en Inglaterra el mismo año en que Berstein publicó sus *Premisas*, Marx escribió sobre las causas que motivaron que durante la gran guerra del Norte, el gobierno inglés se aliara con Rusia en contra de Suecia. Los motivos aducidos ante la opinión pública eran comerciales, pero esto no fue más que un pretexto: «Hacia esa época al gabinete le correspondió al menos el deber de inventarse pretextos comerciales para las medidas de política exterior aun cuando aquéllos fuesen superfluos». K. Marx, *Secret Diplomatic History of the 18th Century*, Londres 1899, pág. 55.

[180] K. Marx, *Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie* (1844). Marx-Engels, *Die Heilige Familie*, Berlín 1953, pág. 21.

[181] Lo que equivalía a la «wage-unit» keynesiana. J. M. Keynes, *General Theory of Employment, Interest and Money*, Londres 1936, pág. 41. Véase asimismo, Thomas Sowell, «Marxian Value reconsidered», *Economica*, agosto 1963, pág. 301.

[182] K. Marx, *Das Kapital*, I, MEW 23, pág. 181, nota 37; pág. 230, nota 28; pág. 234, nota 319; pág. 325 y 428, nota 150.

[183] Engels se refiere al manuscrito que fue publicado más tarde, entre 1905 y 1910, por Kautsky con el título *Theorien über den Mehrwert*. Véase MEW 26, II, págs. 17-21, 55-62, 164-228, 432-466.

[184] K. Marx, *Das Kapital*, II, MEW 24, pág. 26.

[185] Marx a Engels, 2-VIII-1862; Marx-Engels, *Briefe über «Das Kapital»*, Berlín 1954, pág. 105 y ss.; o bien: MEW 30, pág. 263 y ss.

[186] Engels a Marx, 26-VI-1867; *Ibid.*, pág. 139, o bien: MEW 31, pág. 310.

[187] «La respuesta a esta cuestión presupone... que la transformación de la plusvalía en beneficio, la del beneficio en beneficio medio, etc., haya sido expuesta. Esto exige previamente la exposición del proceso de circulación del capital, ya que la rotación del capital, etc., juega aquí su papel. Este asunto no puede, pues, ser expuesto sino en el tercer libro... Ahí se verá de donde deriva la forma de pensar de los burgueses y de los economistas vulgares, es decir, que proviene de que en su cerebro no hay nunca cosa que la forma fenoménica inmediata de las relaciones que se reflejan,

y no las *relaciones internas*. Por lo demás, si fuera ese el caso, ¿para qué serviría entonces una *ciencia*?

Así pues, si quisiera *al mismo tiempo cortar por lo sano* las críticas de este género, daría al traste con todo el método de desarrollo dialéctico. Por el contrario, este método tiene la cualidad de que *tiende* constantemente *trampas* a esos tipos y provoca intempestivas manifestaciones de su burricie». Marx a Engels, 27-VI-1867. *Ibid.*, pág. 142; o bien: MEW 31, pág. 312 y s.

[188] W. Lexis, «Die Marxsche Kapitaltheorie», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, NF, vol. 11 (1885), págs. 452-465, en particular pág. 465; P. Fireman, «Kritik der Marxschen Werttheorie», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, 3ª serie, vol. III (1892), págs. 793-808; C. Schmidt, *Die Durchschnittsprofitrate auf Grundlage des Marx'schen Wertgesetzes*, Stuttgart 1889. Del mismo, *Die Durchschnittsprofitrate auf Grundlage des Marx'schen Wertgesetzes*, NZ, vol. 11 (1892/93).

[189] En principio se trataba de la solución de Marx, a la que Fireman había llegado por su cuenta. Esto se desprende, entre otros, del siguiente párrafo, en el que se presupone la tasa media de beneficio:

«De aquí se sigue que algunas mercancías han de ser vendidas por encima de su valor, otras en la misma medida por debajo de su valor y que solo las mercancías de las ramas de producción que cuentan con una determinada relación $c = v$ de cuantía media alcanzan un precio que se corresponde con su verdadero valor.

¿Constituye esta incongruencia entre los precios singulares y sus verdaderos valores una refutación del principio del valor? De ningún modo. Pues por el hecho de que los precios de algunas mercancías suben por encima del valor en la misma medida en que los precios de otras bajan con respecto al valor, la suma total de los precios permanece igual a los valores. En esta igualdad de la suma de los valores y de la suma de los precios, a pesar del desplazamiento producido en los precios singulares por el beneficio convencional, tan solo se puede encontrar una confirmación de principio del valor, que se hace válido todavía en última instancia...

La incongruencia que acabamos de considerar consiste, así, en la incongruencia entre precios singulares de mercancías y los valores de las mercancías correspondientes y puede ser vista como una perturbación del cambio de las mercancías que acaece en virtud del valor implícito a las mercancías, como una perturbación provocada por la competencia. Sin embargo, en las ciencias exactas no se acostumbra a considerar en ningún caso una perturbación exactamente mensurable como una refutación de una ley». P. Fireman, op. cit., pág. 808.

[190] K. Marx, *Das Kapital*, III, MEW 25, pág. 184.

[191] *Ibid.*, pág. 174.

[192] *Ibid.*, pág. 205 y s.

[193] *Ibid.*, pág. 182.

[194] *Ibid.*, pág. 169.

[195] *Ibid.*, pág. 46. Esto equivalía a los «natural prices» de Ricardo.

[196] «Cualquier niño sabe que toda nación se derrumbaría si cesara el trabajo, no digo durante un año, sino aunque no fuese más que durante algunas semanas. Ese niño sabe igualmente que las masas de productos que corresponden a las distintas necesidades exigen diferentes masas y cuantitativamente determinadas de la totalidad del trabajo social.

Es evidente de por sí (*self-evident*) que esa *necesidad* de la *distribución* del trabajo social en proporciones determinadas no queda en absoluto suprimida por la *forma determinada* de la producción social: solo la forma en que se manifiesta puede ser modificada. Las leyes naturales, por definición, no pueden ser suprimidas. Lo que puede ser transformado, en situaciones históricas diferentes, es tan solo la *forma* en que se imponen esas leyes. Y la forma en que se realiza esa distribución proporcional del trabajo, en un estado social en el que la estructura del trabajo social se manifiesta en forma de un *cambio privado* de productos individuales del trabajo, esa forma es precisamente el *valor de cambio* de esos productos.

A la ciencia le corresponde precisamente desarrollar *cómo* actúa esa ley del valor. Por tanto, si se tratara de comenzar «explicando» todos los fenómenos que en apariencia contradicen a las leyes, habría que poder presentar una ciencia *antes* de la ciencia. Ese es justamente el error de Ricardo, quien en su primer capítulo sobre el valor, supone *como dadas* todas las categorías posibles, que primero han de ser explicadas para mostrar después su conformidad con la ley del valor. El economista vulgar no sospecha siquiera que las relaciones reales del cambio cotidiano y las magnitudes de los valores no pueden ser *inmediatamente idénticos*. La astucia de la sociedad burguesa consiste justamente en que, *a priori*, no hay reglamentación social consciente para la producción. Lo que la razón exige y lo que la naturaleza hace necesario no se realiza más que en forma de una media que actúa ciegamente. Y entonces el economista vulgar cree realizar un gran descubrimiento cuando, encontrándose ante la revelación de la conexión interna de las cosas, se obstina en sostener que esas cosas, tal como se presentan, ofrecen un aspecto completamente distinto. De hecho, saca vanidad de su aferrarse a la apariencia que considera como la verdad última. Entonces, ¿qué necesidad hay ya de una ciencia?». Marx a Kugelmann, 11-VII- 1868, *Briefe über das Kapital*, pág. 185 y s.; o bien: MEW 32, pág. 552 y ss.

[197] K. Marx, *Das Kapital*, III, MEW 25, págs. 186, 189 y 197.

[198] *Ibid.*, pág. 183.

[199] Véase, más arriba, la nota 62. Asimismo, la teoría de Pareto sobre la abstracción sucesiva: V. Pareto, *Cours d'économie politique*, Lausanne 1896, I, pág. 16 y s.

[200] En el Homenaje a Karl Knies, editado por O. v. Bönigk, Berlín 1896, págs. 86-205.

[201] Por Werner Krause a principios de los años sesenta. Véase W. Krause, *Sombarts Weg vom Kathedersozialismus zum Fascismus*, Berlín 1962, pág. 177.

[202] Engels a Werner Sombart, 11-III-1895, MEW 39, pág. 428.

[203] W. Sombart, «Zur Kritik des ökonomischen Systems von Karl Marx», *Archiv für soziale Gesetzgebung und Statistik*, vol. 7 (1894), págs. 555-594. En contra de Böhm-Bawerk afirmaba: «La teoría de Marx puede ser *refutable*, pero *no* ha sido refutada». *Ibid.*, pág. 572, nota 1.

[204] *Ibid.*, pág. 587. Un año antes —en 1893— Karl Bücher había publicado *Die Entstehung der Volkswirtschaft*, que quería ser una alternativa a la teoría marxiana de los estadios, y poco tiempo después Sombart y Weber habían de presentar concepciones sobre la esencia y la aparición del capitalismo competitivas de la de Marx. En el debate sobre el proyecto de ley antisubversión, que tuvo lugar en el *Reichstag* alemán el 9 de enero de 1895, el extremadamente conservador dirigente del Partido Imperial Alemán, barón Karl-Ferdinand von Stumm-Halberg, tronaba no solo

contra los socialdemócratas sino también contra «el coqueteo de ciertos círculos cultivados, particularmente eruditos con la Socialdemocracia, con la revolución». En particular en Berlín se había formado «todo un socialismo universitario» y todo economista «que no siga los designios del socialismo» se veía «boicoteado... perseguido... motejado de no científico» y sin posibilidades de salir adelante. Citado en Lindenlaub, *op. cit.*, I, pág. 58.

[205] D. Lindenlaub, *op. cit.*, II, pág. 274.

[206] W. Sombart, *op. cit.*, pág. 571.

[207] *Ibid.*, pág. 574.

[208] *Ibid.*, pág. 576.

[209] *Ibid.*, pág. 578.

[210] G. Gassel. «Grundriß einer elementaren Preislenre», *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft* (1899), pág. 395 y ss.

[211] «Prescindiendo de la dominación de los precios y del movimiento de estos por la ley del valor, es, pues, absolutamente correcto considerar los valores de las mercancías, no solo teóricamente sino históricamente, como el *prius* de los precios de producción. Esto se refiere a los regímenes en que los medios de producción pertenecen al obrero, situación que se da tanto en el mundo antiguo como en el mundo moderno respecto al labrador que cultive su propia tierra y respecto al artesano. Coincide esto, además, con nuestro criterio expuesto anteriormente de que el desarrollo de los productos para convertirse en mercancías surge del intercambio entre diversas comunidades y no entre los individuos de la misma comunidad». K. Marx, *Das Kapital*, III, MEW 25, pág. 186 y s.

[212] *Ibid.*, pág. 584 y s.

[213] *Ibid.*, pág. 586.

[214] «Para mi satisfacción, Engels ha calificado mi concepción en una carta dirigida a mí como, en principio, correcta». W. Sombart, *Friedrich Engels 1820-1895. Ein Blatt zur Entwicklungsgeschichte des Sozialismus*, Berlín 1895, pág. 18 y s.

[215] Engels a Sombart, 11-III-1895, MEW 39, pág. 427.

[216] *Ibid.*, pág. 428.

[217] Esto fue lamentado por los socialistas revisionistas alemanes: «Su posición con respecto a la Socialdemocracia — ¡no puedo decir, desgraciadamente, en ella! — habría podido ser la más influyente. Precisamente con el creciente influjo actual de la reciente tendencia, la vuelta de Bernstein y sus probables consecuencias habría abierto para usted el más fructífero campo de acción...» Lily Braun a Werner Sombart, 14-IV-1898, citado por W. Krause, *op. cit.*, pág. 183.

[218] C. Schmidt, «Der Dritte Band des <Kapital>», *Sozialpolitisches Centralblatt*, IV año, 25-11-1895, pág. 257.

[219] *Ibid.*, pág. 258.

[220] Engels a Conrad Schmidt, 12-III-1894, MEW 39, pág. 431.

[221] *Ibid.*, pág. 433.

[222] Engels a Conrad Schmidt, 6-IV-1895, *Ibid.*, pág. 461.

[223] K. Marx, *Das Kapital*, III, MEW 25, págs. 185-189.

[224] Engels a Conrad Schmidt, 6-IV-1895, MEW 39, pág. 461.

[225] F. Engels, *Ergänzung und Nachtrag zum dritten Buch des «Kapital»*, I. Wertgesetz und Profitrate, II. Die Börse, NZ vol. 14 (1895/96), pág. 4 y ss., citado aquí según MEW 25, págs. 895 y ss.

[226] F. Engels, *Karl Marx' Zur Kritik der politischen Ökonomie*, en: K. Marx, *Zur Kritik der politischen Ökonomie*; op. cit., pág. 209.

[227] Se trata de un modelo de sociedad de las mismas características de la que Adam Smith describe con las siguientes palabras: «En aquel estado primitivo y rudo de la sociedad en el que no había ni acumulación del capital ni apropiación de la tierra...». A. Smith, *Natur und Ursachen des Volkswohlstandes*, traducido nuevamente por W. Löwenthal, vol. I, Berlín 1879, pág. 50.

[228] K. Marx, *Das Kapital* III, MEW 25, pág. 186.

[229] F. Engels, *Ergänzung und Nachtrag*, op. cit., pág. 907.

[230] *Ibid.*, pág. 909.

[231] *Ibid.*, pág. 911.

[232] *Ibid.* Engels no aduce ningún tipo de prueba en lo referente a este punto. Como ilustración del problema general se reproducen seguidamente las tasas de beneficio obtenidas por cinco comerciantes de Danzig entre 1468 y 1472 calculadas por el historiador polaco Henryk Samsonowicz, que se ha dedicado principalmente a la historia de la Hansa:

Comerciante	1468	1469	1470	1471	1472	Promedio
Hinrik T.	63%	31%	38%	-21%	-50%	19%
Peter S.	30%	82%	-13%	58%	0	33%
Philip B.	-22 %	16%	57%	13%	3%	16%
Roloff F.	44%	11%	-32%	5%	—	6%
Tideman M.	26%	24%	-50%	44%	-35%	8%

Estos comerciantes se dedicaban en su totalidad a la importación en la misma ciudad. De estos datos Samsonowicz saca la siguiente conclusión: «No se puede hablar, por tanto, de una ganancia fija». H. Samsonowicz, *Untersuchungen über das Danziger Bürgerkapital in der zweiten Hälfte des 15. Jahrhunderts*, Weimar 1969, pág. 67 y ss. El ejemplo es un testimonio del carácter fuertemente hipotético de la suposición de Engels.

[233] *Ibid.*, pág. 914.

[234] *Ibid.*, pág. 916.

[235] *Ibid.*, pág. 916 y s.

[236] «De todos modos, el artículo no está completamente acabado y quizá, en su forma actual, no hubiese sido la última versión que Engels hubiese hecho de él. Pero en todo caso en su estado actual se halla listo para llegar a manos de la posteridad.

Redactado en una época en la que Engels soportaba muy intensos dolores físicos, es decir, en los días inmediatamente anteriores a su muerte en los que, asaltado por rabiosos dolores de cabeza, le resultaba imposible dormir durante noches enteras, no pudiendo ni siquiera acostarse; días en los que él, que nunca se quejaba de nada y ni siquiera a sus amigos más íntimos quería dejar que notasen que sufría, a menudo tenía que interrumpir a mitad la conversación y retirarse porque el padecimiento se le hacía insufrible: redactado en esa época, el artículo muestra una claridad y una frescura que permiten suponerlo todo excepto que haya sido escrito por un hombre de setenta y cinco años en lucha con la muerte». E. Bernstein, *Vorbemerkung (zu Engels' Aufsatz)*, NZ, vol. 14 (1895/96) pág. 5.

[237] R. Hilferding, *Böhm-Bawerks Marx-Kritik*, Wien 1904.

[238] K. Marx, *Das Kapital*, III, MEW 25, pág. 187.

[239] La crítica de Helphand se hallaba oculta en una nota de tres páginas de extensión correspondiente a un artículo titulado *Der Weltmarkt und die Agrarkrisis*. Entre otras cosas escribía:

«Supuesto asimismo que estas premisas sean válidas, de ello resulta únicamente la *voluntad* de ambos partidos de intercambiar según el tiempo de trabajo. La cuestión fundamental, sin embargo, es si las *relaciones económicas*, las conexiones, existentes entre las clases sociales bajo el dominio de aquellas formas de producción lo permitían. El campesino tenía que prestarle servicios manuales y de yunta al señor; su tiempo de trabajo se aplicaba de un modo a veces muy difuso ora en provecho del señor ora en provecho de su propia economía; tenía, además, que entregarle al señor una parte del producto, recibiendo por ello algunas contraprestaciones; el campesino producía una cierta cantidad de los más diversos objetos, desde cereal hasta lana y tela, productos que, quizás, a su vez, eran luego reelaborados por su mujer, madre e hijas; producía además mantequilla, cerdos, aves de corral, huevos, etc.; utilizaba inmediatamente después en calidad de materias primas y de medios de producción una gran parte de los productos obtenidos en el ámbito de su propia economía, utilizando otra parte para su propio sustento; su jornada de trabajo, por otra parte, no se medía, siendo irregular y en función de la época del año; tampoco trabajaba solo sino ayudado por su mujer e hijos y quizá también por sus ancianos padres, dependiendo además la productividad de su trabajo del tiempo y de todas las demás variables accidentales. ¿Cómo podía este campesino calcular el tiempo de trabajo contenido en el heno cargado en el carro que llevaba al mercado y en el saco de cereal o en la docena de huevos o en el tarrifo de mantequilla que entregaba al artesano?» Parvus, *Der Weltmarkt und die Agrarkrisis*, NZ, vol. 14 (1895/96), pág. 753 y s. Se entiende que la discusión no tuviese continuidad.

[240] Schmidt escribió sobre la relación entre precio y tiempo de trabajo:

«La simple regla de la *coincidencia* de ambos factores, que era imprescindible para una orientación provisional, ha de ser modificada en el sentido de que los precios reales *se desvían* de esa norma de base *según una cierta regla formulable en general*.

«Dando este rodeo — *solo dando este rodeo*— puede ser reconocida y comprendida en detalle la *verdadera* relación entre el tiempo de trabajo y los precios, pero también el modo en que se lleva a cabo realmente la explotación que es característica del modo capitalista de producción. Si uno se decide a repensar del modo aquí indicado, que no fue claramente delimitado por Marx, la teoría del valor, me parece

que se dejan de lado, al menos en principio, las contradicciones puestas de relieve por Böhm-Bawerk.» Vorwärts, 10-IV-1897.

[241] Engels a Paul Lafargue, 2-IX-1891, MEW 38, pág. 153.

[242] W. Sombart, *Friedrich Engels...*, *op. cit.*, pág. 31 y s.

[243] E. Bernstein, *Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 26.

[244] *Ibidem*.

[245] *Ibid.*, pág. 34.

[246] K. Kautsky, *Vägen till makten*, Estocolmo 1914, pág. 52 y ss.

[247] «No quiero decir con ello que a causa de esas palabras Engels resulte personalmente culpable de todo el curso de la evolución que hemos presenciado en Alemania; yo solo digo: aquí hay un documento clásicamente redactado de la concepción que estaba viva en la Socialdemocracia alemana, o mejor: de la que la mató. Aquí, camaradas de Partido, Engels les expone, con todo el conocimiento de causa que también poseía en el terreno de la ciencia militar, que constituye una pura ilusión creer que, con el desarrollo actual del militarismo, de la industria y de las grandes ciudades, el pueblo trabajador puede hacer revoluciones callejeras y triunfar en ellas. Esta oposición trajo... consigo: primero se vio en la lucha parlamentaria el objeto de la acción revolucionaria directa del proletariado y precisamente por ello se la consideró como el único medio de la lucha de clases». Rosa Luxemburg, *Unser Programm und die politische Situation*. Discurso pronunciado en el Congreso de fundación del KPD (Spartakusbund) el 31-XII-1918. En: Rosa Luxemburg, *Politische Schriften*, II, Frankfurt am Main 1966, página 176.

[248] N. Riazanov, «Engels Einleitung zu Marx <Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848-1850>», *Unter dem Banner des Marxismus*, I (1925), págs. 160- 165.

[249] Richard Fischer a Engels, 6-III y 14-III-1895: En: Bernstein, «Richard Fischer zum Gedächtnis», *Sozialistische Monatshefte*, año 32 (1926), pág. 676 y ss. Fischer era el director de la editorial del SPD y, en calidad de tal, mantenía contacto con Engels en lo referente a la publicación.

[250] H. J. Steinberg, «Revolution und Legalität. Ein unveröffentlicher Brief Friedrich Engels' an Richard Fischer», *International Review Science*, vol. 12 (1967), pág. 177 y ss. Ya en 1965 Werner Blumenberg, presidente entonces del departamento de Alemania del *Instituut voor sociale Geschiedenis*, había indicado que existía tal carta. Véase: *August Bebel's Briefwechsel mit Friedrich Engels*, editado por Werner Blumenberg, Den Haag 1965, páginas XL y 795, nota 1. La conclusión de Blumenberg de que la Introducción fue publicada «en la forma deseada por Engels» se demostró incorrecta en el mismo año de su formulación. Véase: B. Gustafsson (Ed.), *Karl Marx och Friedrich Engels*, Estocolmo 1965, pág. 256 y s. También: H. J. Steinberg, *op. cit.*, pág. 180, nota 1.

[251] G. Meyer, *Friedrich Engels. Eine Biographie*, Den Haag 1934, pág. 567.

[252] F. Engels, *Einleitung zum Neudruck von Marx' «Klassenkämpfe in Frankreich 1848-1850»*, NZ, vol. 13 (1894/95), pág. 5 y ss. y 36 y ss.; MEW 22, pág. 514 y s.

[253] *Ibid.*, pág. 516.

[254] *Ibid.*, pág. 515.

[255] *Ibid.*, pág. 518 y s.

[256] *Ibid.*, pág. 518.

[257] *Ibid.*, pág. 519.

[258] *Ibid.*, pág. 522.

[259] *Ibid.*, pág. 524.

[260] *Ibid.*, pág. 526.

[261] *Ibid.*, pág. 515.

[262] *Ibid.*, pág. 526.

[263] *Ibid.*, pág. 524.

[264] Fischer a Engels, véase H. J. Steinberg, *op. cit.*, pág. 181.

[265] F. Engels, *Einleitung...*, *op. cit.*, pág. 521.

[266] «...por todas partes han pasado a un segundo plano las escaramuzas sin preparación... no malgastar en luchas de vanguardia este foco de poder cada día más fuerte, sino conservarlo intacto hasta el día decisivo... Violente usted a la Constitución del Reich; entonces la Socialdemocracia quedará en libertad y podrá hacer y dejar de hacer, con respecto a usted, lo que quiera. Pero lo que haga, en tal caso, es difícil que se lo ponga hoy a usted en bandeja... ¿Quiere decir esto que en el futuro los combates callejeros no vayan a desempeñar ya papel alguno? Nada de eso. Quiere decir únicamente que, desde 1848, las condiciones se han hecho mucho más desfavorables para los combatientes civiles y mucho más ventajosas para las tropas. Por tanto, una futura lucha callejera solo podrá vencer si esta desventaja de la situación se compensa con otros factores. Por eso se producirá con menos frecuencia en los comienzos de una gran revolución que en el transcurso ulterior de esta y deberá emprenderse con fuerzas más considerables...» *Ibid.*, pág. 521 y ss.

[267] Engels a Kautsky, 25-III y 1-IV-1895 y Engels a Paul Lafargue, 28-III y 13-IV-1895, MEW 39, pág. 446 y 452 o bien 450 y 458.

[268] F. Engels, *Der Sozialismus in Deutschland*, MEW 22, pág. 251.

Ante la afirmación de un colaborador del periódico italiano *Tribuna*, publicaba el 2-II-1892, de que este artículo significaba que Engels pensaba que los socialistas podrían hacerse con el poder cuando consiguiesen la mayoría en el Parlamento, Engels contestó:

«Sobre todo yo no he dicho que «el partido socialista conseguirá la mayoría y entonces tomará el poder». Por el contrario, he subrayado que hay diez probabilidades contra una de que la clase dominante utilice la violencia contra nosotros mucho antes de alcanzar ese momento; sin embargo, esto nos llevaría del terreno de la mayoría de votos al terreno de la revolución». F. Engels, *Antwort an den ehrenwerten Giovanni Bovio*, MEW 22, pág. 280. Véase también la carta de Engels a Lafargue de 12-II-1892, en la que Engels escribía que el valor del sufragio consistía en que «(muestra) con toda exactitud el día en que hay que echar mano a las armas para hacer la revolución; hay incluso diez probabilidades contra una de que, si los trabajadores utilizan con habilidad el sufragio universal, los círculos dominantes se vean forzados a transgredir la legalidad, es decir, a colocarnos a nosotros en la posición más favorable para llevar adelante la revolución». MEW 38, pág. 513 y s.

[269] Engels a Richard Fischer, 2-II-1895, MEW 39, pág. 503, así como la nota 433 de la pág. 602.

[270] Engels a Richard Fisher, 8-III-1895, MEW 39, pág. 424 y ss.

[271] Véase G. Ritter, *op. cit.*, pág. 43, nota 122; asimismo, H. J. Steinberg, *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie*, *op. cit.*, pág. 70 y s.

[272] E. Bernstein, *Wie eine Revolution zugrunde ging. Eine Schilderung und eine Nutzenanwendung*, Stuttgart 1921, pág. 9.

[273] Engels había confiado su legado literario a Bebel y a Bernstein. Cuando en 1898 estalló la gran discusión sobre Bernstein, Kautsky le conminó a este a publicar la Introducción de Engels *in extenso*:

«Bernstein tiene en su poder los manuscritos legados por nuestro maestro. Si entre ellos se encontrase el manuscrito del prólogo que contiene las conclusiones tachadas, le emplazaría a publicar esta conclusión que Engels solo omitió por consideraciones externas. Esta publicación demostrará claramente la extrema gratuidad de la vinculación a Engels proclamada por Bernstein». *Bernstein und die Dialektik*, NZ, vol. 17 (1898/99), pág. 47.

Bernstein no hizo nunca caso de esta advertencia. Solo en 1926, es decir, un año después de que Riazanov hubiese publicado los pasajes tachados en la corrección, cedió Bernstein al archivo del SPD el texto original. P. Angel, *op. cit.*, pág. 250, nota 96.

[274] «Bernstein, el más escrupuloso, sincero y consecuente de todos los socialistas no-socialistas», escribe chocantemente Karl Korsch. K. Korsch, *Sozialismus und soziale Reform. Der Arbeiterrat*, 1920. Reeditado en: K. Korsch, *Schriften zur Sozialisierung*, Frankfurt am Main 1969, pág. 88.

[275] «Precisamente esta fama de luchador enérgico en contra del oportunismo había de conferir a su defección un carácter de golpe de mano». P. Angel, *op. cit.*, pág. 66.

[276] Se encuentran datos biográficos fundamentales además en las biografías ya citadas de Peter Gay y de Pierre Angel así como en: E. Bernstein, *Sozialdemokratische Lehrjahre*, Berlín 1928, y también de Bernstein, *Aus den Jahren meines Exils*, Berlín 1918. Con respecto a su evolución teórica: E. Bernstein, *Entwicklungsgang eines Sozialisten*, en: F. Meiner, *op. cit.*, págs. 1 a 58.

[277] Así pues, no de 1869, como afirma Gay. Véase P. Gay, *op. cit.*, pág. 22.

[278] E. Bernstein, *Entwicklungsgang eines Sozialisten*, *op. cit.*, pág. 9.

[279] *Ibid.*, pág. 11.

[280] *Ibid.*, pág. 13.

[281] *Ibid.*, pág. 13, así como del mismo, *Aus den Jahren meines Exils*, *op. cit.*, pág. 70.

[282] Tenía que ocuparse de «la redacción del apartado de los informes», E. Bernstein, *Entwicklungsgang, eines Sozialisten*, *op. cit.*, pág. 14.

[283] *Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik I* (1879), pág. 75 y ss.

[284] *Ibid.*, pág. 80.

[285] *Ibid.*, págs. 87 y s.

[286] El problema de qué tipo de participación había tenido Bernstein en el artículo fue objeto de largas discusiones, a causa de la concepción reformista que aquel traslucía. En opinión de Marx y Engels, el artículo fue redactado por Höchberg, Schramm y Bernstein. Marx-Engels, Carta circular a Bebel, Liebknecht, Bracke y otros, 17/18 de septiembre 1879, MEW 19, pág. 159. Se basaban en una declaración que les había hecho Höchberg. Esta opinión ha sido mantenida más tarde por diversos marxistas.

Según Bernstein, el artículo había sido redactado por Karl Flesch y revisado por Höchberg y Schramm. Las Memorias de Bernstein dejan, de este modo, la cuestión de su participación en el aire. Después de que Schramm hubiese emprendido una

primera reelaboración del artículo, la participación de Bernstein en él fue la siguiente: «En su discusión, así como en el destino posterior del manuscrito, no he tomado parte. Solo estuve de acuerdo cuando Höchberg me pidió insistentemente que pudiese por escrito para su inclusión en el artículo lo que había dicho sobre la adulación de la masas». E. Bernstein, *Sozialdemokratische Lehrjahre*, *op. cit.*, pág. 79. Esta idea fue retomada por Gustav Mayer, quien la interpretó en el sentido de que en el artículo «también (fueron) incluidas algunas ideas de Bernstein». G. Mayer, *Friedrich Engels...*, *op. cit.*, pág. 334. El juicio de Mayer fue, a su vez, retomado por el biógrafo de Bernstein Peter Gay. En su opinión, Mayer «depositó una completa confianza» en la explicación del asunto dada por Bernstein. P. Gay, *op. cit.*, pág. 44.

La cuestión de la participación de Bernstein ha sido enjuiciada, por otra parte, en tiempos recientes, a partir de manifestaciones del propio Bernstein. En su contra está la opinión de Marx y Engels, quienes se apoyaron en Höchberg. De todos modos, es posible constatar la participación mínima de Bernstein. De acuerdo con una carta que Bernstein envió en 1898 a Bebel, aquel había añadido más o menos 20 líneas al artículo referentes a la «adulación a los trabajadores». Véase: Bernstein a Bebel, 20-X-1898, en: Víctor Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Kart Kautsky*, *op. cit.*, pág. 259. Este pasaje se encuentra en el artículo en la pág. 86 y es un tanto ingenuo.

[287] Marx-Engels, Carta circular a Bebel, Liebknecht, Bracke y otros, 17/18 de septiembre 1879, MEW 19, pág. 165 y s.: «Si el nuevo órgano del partido adopta una posición coincidente con las ideas de aquellos señores, si es burgués y no proletario, no podremos hacer otra cosa, sintiéndolo mucho, que pronunciamos públicamente en contra de él y deshacemos de la solidaridad con respecto al partido alemán con la que hasta ahora le hemos representado de cara al extranjero. Esperemos, de todos modos, que no se llegue a eso».

[288] Así, por ejemplo, el artículo polemizaba extensamente en contra de que «se lleve al partido a estériles debates sobre el estado futuro retirándose en muchos casos de lo referente a metas más cercanas todavía alcanzables por la generación actual... Al partido siempre le ha valido una fuerte influencia el empeño de imponer aumentos salariales a través de una firme actitud solidaria, de conseguir disminuciones de la jornada de trabajo, de sacar a personas determinadas en las elecciones». «Rückblicke auf die sozialistische Bewegung», *Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, *op. cit.*, pág. 79 y s. El artículo, por lo demás, destacaba la relevancia del «socialismo municipal» y mostraba una posición más positiva con respecto a la democracia burguesa y otras cosas. Sobre la influencia de Höchberg en el revisionismo bernsteiniano, véase: E. Bernstein, *Entwicklungsgang eines Sozialisten*, *op. cit.*, págs 23 y 25.

[289] «En definitiva, mi opinión es que un hombre joven que se ha desarrollado tan bien en y para el puesto como usted, ha de mantenerse, realmente, en el puesto». Engels a Bernstein, 17-VIII-1881. En: *Die Briefe von Friedrich Engels an Eduard Bernstein*, Berlín 1925, pág. 26 y s., o bien: MEW 35, pág. 216. Engels le escribió a Bebel:

«Bernstein lo está haciendo mejor de lo que se podría haber previsto... que sería difícil encontrar alguien mejor... Tiene verdadero tacto y comprende rápidamente, justo lo contrario que Kautsky, que es un tipo extremadamente válido, pero un pedante redomado y amigo de sutilezas muy sutiles; en sus manos las cuestiones

complejas no es que se conviertan en sencillas sino que las cuestiones sencillas se hacen complejas». Engels a Bebel, 25-VIII-1881. En: Friedrich Engels, *Briefe an Bebel*, Berlín 1958, pág. 58; o bien: MEW 35, pág. 220. Cuatro años después las opiniones de Engels no habían sufrido cambios: «Ede es, teóricamente, una cabeza muy despejada; además tiene sentido del humor y sabe dar las respuestas pertinentes; solo le falta la confianza en sí mismo...» Engels a Bebel, 22-VI-1885, *Ibid.*, pág. 110. MEW 36, pág. 336. Y a Bernstein mismo: «Te preocupas demasiado por un «sucesor» para el «S(ozialdemokrat)». Eso es precisamente lo bueno: que no se te puede sustituir... Si tú te vas se acaba también el «S(ozialdemokrat)» y está bien, precisamente, que ambas cosas coincidan». Engels a Bernstein, 8-X-1885. En: *Die Briefe von Friedrich Engels an Eduard Bernstein*, *op. cit.*, pág. 175; o bien: MEW 36, pág. 364.

[290] Véase, p. ej., el artículo «Produktivassoziationen mit Staatskredit», *Der Sozialdemokrat* de 26-IV-1884; «Über «prinzipielle Fragen»», *Der Sozialdemokrat* de 5-II-1885; así como «Eine falsche Parole», *Der Sozialdemokrat* de 29-VI-1885. Todos ellos incluidos en el apéndice a H. Bartel, *Marx und Engels im Kampf um ein revolutionäres deutsches Parteiorgan 1879-1890*, Berlín 1961, págs. 219, 233 y s. y 248.

[291] E. Bernstein, *Die Bedeutung der gewerkschaftlichen Organisation der Arbeiter*, Hottingen-Zürich 1885, pág. 14.

[292] E. Bernstein, *Gesellschaftliches und Privateigentum*, Hottingen-Zürich. Cita-do aquí según la edición de Berlín 1891, pág. 3 y s.

[293] *Ibid.*, pág. 9 y s.

[294] *Ibid.*, pág. 13.

[295] *Ibid.*, pág. 17.

[296] *Ibid.*, pág. 18 y s.

[297] *Ibid.*, pág. 20.

[298] *Ibid.*, pág. 22.

[299] *Ibid.*, pág. 26.

[300] *Ibid.*, pág. 27.

[301] *Ibid.*, pág. 28 y s. El ejemplo que proponía no carecía, sin duda, de fragilidad: el espacio completo de trabajo de los sastres de New York.

[302] Sobre su época de Zürich, Bernstein escribió en sus Memorias:

«Aquí convergían los hilos de la parte de la dirección de la Socialdemocracia alemana que estaba unida al *Sozialdemokrat*. Aquí se hospedaban generalmente también Bebel y Liebknecht, así como otros dirigentes del partido que estaban actuando en Alemania, cuando venían a Zürich por asuntos del partido, lo que entonces era bastante frecuente». *Aus den Jahren meines Exils*, *op. cit.*, pág. 117. Según su exposición, el periódico estaba «muy mal visto entre la mayoría de los dirigentes del partido en Alemania como la voz de la oposición radical». *Ibid.*, pág. 31. Pero en 1892, Bernstein escribía nostálgico en una postdata de una carta de Regine Bernstein a Víctor Adler: «Usted tiene algo que me falta a mí: usted vive en medio del movimiento para el que trabaja. Esta es una ventaja que echo de menos desde 14 años ya». Víctor Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.*, pág. 112.

[303] Así, Bernstein hizo por ejemplo en 1891 y 1893 reseñas para NZ de dos obras de Gerhart Schulze-Gävernitz, *Zum sozialen Frieden*, I-II, Leipzig 1890 y *Der Großbetrieb, ein wirtschaftlicher und sozialer Fortschritt*, Leipzig 1892; así como una de Julius Wolf, *Sozialismus und kapitalistische Gesellschaftsordnung*, Stuttgart 1892.

Hacia el fin de su vida escribió sobre estas recensiones: «También he tenido ocasión de demostrar los dos errores de su crítica. De todos modos, ya entonces no se me ocultaba que con ello no quedaban total y absolutamente resueltas las objeciones planteadas por ellos en los escritos citados. Con respecto a algunos me decía que tenían que ser examinados escrupulosamente y, por ello, pasaba en principio calladamente por encima de ellos en vez de declararlos indemostrables valiéndome de artes dialécticas. Cuanto más me oponía a ello interiormente, tanto más insistentemente me planteaba dudas con respecto a tesis que hasta entonces había tenido por irrefutables, y los años siguientes me aportaron algunas cosas que no hicieron sino fortalecer tales dudas». E. Bernstein, *Entwicklungsgang eines Sozialisten*, *op. cit.*, pág. 21.

[304] P. Gay, *op. cit.*, págs. 67-72; P. Angel, *op. cit.*, págs. 117-134. Así, por ejemplo, Angel considera la serie de artículos «Klippen», publicados por Bernstein en *Sozialdemokrat* (12-IV, 3-V y 24-V-1890), como el comienzo de su viraje. Sin embargo, lo único que Bernstein decía en ellos es, primero, que tras la gran victoria electoral de 1890 el SPD tenía que ampliar su alcance parlamentario y, segundo, que «el camino hacia la libertad política completa... pasa por el parlamentarismo y no alrededor de él». *Der Sozialdemokrat*, 3-V o 24-V-1890.

Esto no eran más que cosas completamente evidentes. Si Bernstein hubiese dicho que la revolución socialista había de ser realizada utilizando el *Reichstag* alemán como instrumento, la cosa habría sido muy distinta. Pero no lo hizo. Aun cuando no lo menciona, es posible que Angel se haya visto conducido a este juicio en base a unas frases de Bernstein contenidas en una carta a Bebel del 20-X-1898. Véase V. Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.*, pág. 260.

Lo que, sin embargo, Angel parece haber dejado de tomar en cuenta es el contenido del artículo «Über Parteifragen» y el comentario de la redacción dirigido al remitente, que estaba en Dinamarca, del *Sozialdemokrat* de 6-IX-1890. Aquí se contiene una concepción reformista. Otros datos aducidos por Angel son igualmente poco convincentes. Véase, por ejemplo: P. Angel, *op. cit.*, págs. 119, 132 y 133. Se basan en interpretaciones irrelevantes del marxismo.

[305] G. Schulze-Gävemitz, *Zum sozialen Frieden*, II, *op. cit.*, págs. 486 y ss.

[306] E. Bernstein, *Carlyle und die sozialpolitische Entwicklung Englands*, NZ, vol. 9, I (1891), pág. 734.

[307] Véase capítulo VI, apartado E, nota 107.

[308] Engels a Bebel, 1-XII-1897. *August Bebels Briefwechsel mit Friedrich Engels*, *op. cit.*, pág. 487. y s.; o bien MEW 38, págs. 228 y s.

[309] Bebel a Engels, 14-1X-1892, *Ibid.*, pág. 585.

[310] La propuesta de Bernstein fue acogida con mucha reticencia por Engels, Bebel, Singer, Mehring, Schippel y otros, pero fue apoyada por A. Helphand, el enemigo jurado de Bernstein y Kautsky en la disputa del revisionismo. Véase Engels a Bebel, 3-X-1893, *Ibid.*, pág. 708; o bien MEW 39, pág. 125 y s. Singer le escribió a Adler: «En todos los sitios es la misma gentuza estúpida. Está claro que, desde un punto de vista de clase, la burguesía no puede actuar de otro modo, pero lo que me indigna es que nuestro Ede, por ejemplo, siga creyendo en esa gente». Singer a Adler, 14-X-1893, en: V. Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.*, pág. 123. Según Kautsky, él y Bernstein eran «los únicos que en el partido abogamos por una política de compromiso. Precisa-

mente ahora es enormemente necesaria. Somos lo suficientemente fuertes como para influir sobre el curso de los acontecimientos, pero no somos suficientemente fuertes como para convertirnos en la fuerza dominante. En esta situación es malgastar las fuerzas si no se las utiliza para intervenir en las luchas de los viejos partidos entre sí para darles la dirección que exigen nuestros intereses». Karl Kaustky a Víctor Adler, 5-V-1894, *Ibid.*, pág. 152.

[311] E. Bernstein, «Die preußischen Landtagswahlen und die Sozialdemokratie», NZ, vol. 11 (1892/93), pág. 173 y s. Una idea que les puso los pelos de punta a Mehring y a Helphand fue la afirmación de Bernstein de que para la Socialdemocracia era más útil entenderse con los dirigentes de los partidos liberales que con su electorado. *Ibid.*, pág. 776.

[312] Además de las cartas indicadas anteriormente, véase W. Blumenberg, *Eintleitung zu August Bebel's Briefwechsel mit Friedrich Engels*, *op. cit.*, págs. XLIII y ss.

[313] Bebel a Engels, 10-X-1893, *Ibid.*, pág. 713.

[314] Engels a Bebel, 12-X-1893, *Ibid.*, pág. 718 y s; o bien: MEW 39, pág. 141. Sobre Aaron Bernstein, véase P. Angel, *op. cit.*, pág. 15 y ss.

[315] Engels a Kautsky, 3-XI-1893, *Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky*, *op. cit.*, pág. 391, o bien: MEW 39, pág. 161 y s.

[316] Kautsky a Engels, 24-XI-1893, *Ibid.*, pág. 394.

[317] Kautsky a Adler, 26-XI-1893, Víctor Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.*, pág. 129.

[318] E. Bernstein, «Der Strike als politisches Kampfmittel», NZ, vol. 12 (1893/94), pág. 694.

[319] Con ocasión de la publicación en Alemania de la introducción al escrito de Marx *Las luchas de clases en Francia 1848-1850*, que hemos considerado en el capítulo anterior, Wilhelm Liebknecht escribió en *Vorwärts* una síntesis bajo el título «Wie man heute Revolutionen macht» (Cómo se hacen actualmente las revoluciones). Liebknecht escribía, entre otras cosas, lo siguiente:

«Engels... muestra que, a pesar de todas las provocaciones, para el proletariado actual no tendría ningún sentido, y no piensa en ello, volver a las viejas revoluciones de barricada, y que en la lenta penetración de la agónica sociedad capitalista con las ideas socialistas dispone de un método más ampliamente revolucionario». *Vorwärts*, 30-III-1895. Unos días más tarde, Engels le escribió a Paul Lafargue: «Liebknecht me acaba de hacer una mala pasada. Ha sacado de mi Introducción a los artículos de Marx sobre la Francia de 1848 a 1850 todo aquello que le ha podido servir para apoyar la táctica pacífica a cualquier precio y de rechazo del uso de la violencia que le gusta proponer desde hace algún tiempo, precisamente en este momento en el que en Berlín están preparando leyes de excepción.

Sin embargo esta táctica solo la predico para la *Alemania* actual y, aun así, no sin *considerables reservas*. Para Francia, Bélgica, Italia, Austria, esta táctica no es, en su conjunto la apropiada y para Alemania mañana puede resultar ya inutilizable». Engels a Lafargue, 34V-1895, MEW 39, pág. 458.

[320] Es decir, el artículo acerca de las elecciones para la dieta regional prusiana.

[321] Engels a Kautsky, 3-XI-1893, *Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky*, *op. cit.*, pág. 391; o bien: MEW 39, pág. 169. «Que Ede ha perdido el contacto con el movimiento (alemán) es cierto». Kautsky a Engels, 25-XI-1893, *Ibid.*, pág. 395.

[322] «Las expectativas de Engels —en esto se diferenciaba él de los representantes del partido alemán— eran verdaderamente expresión de una concepción de base revolucionaria. El objeto en torno al que se movían en primer término sus especulaciones eran los «regimientos de élite» del ejército prusiano. Engels, que era un experto de primera clase en el campo de la técnica armamentista y de la táctica militar, consideraba, dado el desarrollo militar, que una revolución tenía posibilidades tan solo si la mayoría del ejército era socialista... Engels veía amenazado el imparable crecimiento en dos casos: por una destrucción prematura del partido y por una guerra europea». H. J. Steinberg, *op. cit.*, pág. 86.

[323] Bebel a Engels, 31-III-1894, *August Bebel's Briefwechsel mit Friedrich Engels*, *op. cit.*, pág. 755.

[324] Bebel a Engels, 4-VIII-1894, *Ibid.*, pág. 773.

[325] Según H. J. Steinberg, Bernstein le habría comunicado a Kautsky, en una carta de 9-XI-1898, que Engels hubo de darse cuenta de su (de Bernstein) giro «al revisionismo...» H. J. Steinberg, *op. cit.*, pág. 89. Está claro, según lo que ha sido aducido más arriba, que Engels observaba la transformación de Bernstein. Pero que Engels observase la conversión de Bernstein «al revisionismo» es algo impensable por la sencilla razón de que Bernstein no defendió ni una sola idea revisionista con anterioridad a la muerte de Engels y mucho menos frente a este. En este sentido testimonia el hecho de que Engels nombrase a Bebel y a Bernstein albaceas literarios suyos. Cosa que quiere decir, en la práctica, como de hecho ocurrió, cederle a *Bernstein* la propiedad del legado literario. Es muy improbable que Engels hubiese hecho esto si hubiese considerado que Bernstein era revisionista. Tampoco Steinberg se libra de la tendencia a descubrir revisionismo indiscriminadamente en la actividad publicística de Bernstein de comienzos de los años noventa. Así, aduce como fuente principal, por ejemplo, el artículo de Bernstein «Zum zehnjährigen Bestand der NZ» de septiembre de 1892. En este artículo, Bernstein escribía: «Todos los resultados de las investigaciones de Marx y Engels pretenden tener validez solo en tanto no puedan ser refutados por nuevas investigaciones científicas; el marxismo no conoce ninguna verdad definitiva en última instancia ni en sí ni en los demás». NZ, vol. II (1892/93), pág. 10. Pero aquí Bernstein solo expresaba cosas que había aprendido de Marx y Engels, quienes desde un principio negaron que sus teorías fuesen otra cosa que «expresiones generales de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico en despliegue ante nuestros ojos». *Manifest der kommunistischen Partei*. En: Karl Marx-Friedrich Engels, Studienausgabe, III, Frankfurt am Main 1966, pág. 70. Consecuentemente, la teoría también ha de cambiar de acuerdo con las cambiantes condiciones.

[326] Ignaz Auer a Víctor Adler, 26-IX-1895. Víctor Adler, *Briefwechsel*, *op. cit.*, pág. 189 y s.

[327] Por primera vez planteó claramente esta cuestión en julio de 1894 en una reseña al libro de J. Hobson *Evolution of Modern Capitalism*: «Se trata... de la cuestión de la proximidad o lejanía relativas del socialismo, es decir, cuán lejos o cuán cerca nos planteamos la acción consciente y planificada de la sociedad y, lo que está relacionado con esto, de la cuestión de los medios y los caminos». NZ, vol. 12 (1893/94), pág. 505.

[328] Introducido por primera vez en febrero de 1896 en una recensión del escrito de Labriola *Essay über die materialistische Geschichtsauffassung*. «Las clases que se hallaban situadas entre los explotadores poseedores de capital y los trabajadores privados de él, han sido desplazadas a la irrelevancia o están camino de serlo. Mientras tanto, el desarrollo crea ante nuestros ojos nuevas formas de diferenciación que sería erróneo no considerar. Las luchas de clase que se repiten de tiempo en tiempo en el seno de la clase capitalista o que actúan en calidad de fuerza latente, encuentran un reflejo en los conflictos de intereses de los grupos y capas de las clases no capitalistas cuya superación solo puede ser el resultado de una evolución de más largo alcance. Hay que prevenirse así contra la interpretación tan extendida según la cual la agudización de la lucha de clases que tiene lugar en la sociedad moderna significa tan solo la reducción a dos grupos compuestos de unidades homogéneas». NZ, vol. 14 (1895/96), pág. 729.

[329] «Total, en el momento actual un paso posibilista tampoco puede ser muy perjudicial». Bernstein a Adler, 10-IX-1890, V. Adler, *Briefwechsel*, *op. cit.*, pág. 59. Compárese la concepción directamente opuesta en Kautsky: Kautsky a Adler, 13-VI, 19-IX, 12-X-1892 y 13-X-1893; Bebel a Adler, 6-XII y 12-XII-1894 y 28-IV-1896; así como Singer a Adler, 26-XI-1894. *Ibid.*, *passim*.

[330] L. Héritier, *Geschichte der französischen Revolution von 1848*, Stuttgart o. J. La publicación data de 1897. La traducción fue comenzada por W. Eichhof y, tras su muerte, continuada por Bernstein.

[331] P. Angel, *op. cit.*, pág. 137 y s.

[332] E. Bernstein, *Wie eine Revolution zugrunde ging*, *op. cit.*, pág. 65. «Y dado que de lo que actualmente se trata no es ya de la teoría sino de la praxis de la doctrina con sus profundas repercusiones sociales, me parece que está justificado volver a publicar aquí de nuevo el capítulo omitiendo aquellos pasajes que tratan de puntos secundarios». *Ibid.*, pág. 55 y ss.

[333] *Ibid.*, pág. 6 y ss.

[334] «De este modo, se desterraba a los representantes de la clase obrera de la sede del gobierno provisional. El sector burgués de este retenía en sus manos de un modo exclusivo el Poder efectivo del Estado y las riendas de la administración, y al lado de los ministerios de Hacienda, de Comercio, de Obras Públicas, al lado del Banco y de la Bolsa, se alzaba una *sinagoga socialista*, cuyos grandes sacerdotes, Louis Blanc y Albert, tenían la misión de descubrir la tierra de promisión, de predicar el nuevo evangelio y de dar trabajo al proletariado de París. A diferencia de todo Poder estatal profano, no disponían de ningún presupuesto ni de ningún Poder ejecutivo. Tenían que romper con la cabeza los pilares de la sociedad burguesa». K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848-1850*, MEW 7, pág. 18 y ss.

[335] L. Héritier, *Geschichte der französischen Revolution von 1848*, *op. cit.*, págs. 330 y 333.

[336] K. Marx, *Die Klassenkämpfe...*, MEW 7, pág. 28 y s.

[337] L. Héritier, *op. cit.*, pág. 365.

[338] Se refiere al gobierno provisional.

[339] *Ibid.*, pág. 366.

[340] *Ibid.*, pág. 367.

[341] *Ibid.*, pág. 389.

[342] K. Marx, *Die Klassenkämpfe...*, MEW 7, pág. 32 y s.

[343] L. Héritier, *op. cit.*, pág. 528.

[344] *Ibidem*.

[345] *Ibid.*, pág. 529.

[346] *Ibidem*.

[347] *Ibid.*, pág. 531.

[348] *Ibidem*.

[349] K. Marx, *Die Bürgerkrieg in Frankreich*, MEW 17, pág. 342.

[350] L. Héritier, *op. cit.*, pág. 696.

[351] *Ibid.*, pág. 697.

[352] *Ibidem*.

[353] *Ibid.*, pág. 696.

[354] *Ibid.*, pág. 698.

[355] *Ibidem*.

[356] *Ibidem*.

[357] *Ibid.*, pág. 699. Este punto de vista había sido expuesto precisamente por Werner Sombart en su escrito sobre Engels (y reapareció en su trabajo *Sozialismus und soziale Bewegung*, Jena 1897, pág. 50 y s.), «No se olvide tampoco la cantidad de rencor y odio que tenía que almacenarse en el interior de estas existencias de exiliados... entonces el alma realista se asoma a la ventana, la vieja pasión revolucionaria irrumpe y lo inunda todo». W. Sombart, *Friedrich Engels...*, *op. cit.*, pág. 31.

[358] Marx había descrito los clubs revolucionarios como «puntos de reunión... del proletariado revolucionario... como una coalición de la clase obrera en su conjunto contra el conjunto de la clase burguesa, la formación de un estado obrero contra el estado de la burguesía». K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848-1850*, MEW 7, pág. 54.

[359] L. Héritier, *op. cit.*, pág. 704.

[360] *Ibid.*, pág. 702.

[361] «El gobierno provisional... reflejaba necesariamente en su composición los distintos partidos que se repartían la victoria. No podía ser otra cosa más que una *transacción entre las diversas clases* que habían derribado conjuntamente la monarquía de Julio, pero cuyos intereses se contraponían hostilmente... La clase obrera no tenía más que dos representantes: Louis Blanc y Albert». K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848- 1850*, MEW 7, pág. 16 y s.

[362] L. Héritier, *op. cit.*, pág. 706.

[363] «Una revolución semejante solo es posible en aquellos períodos en los que estos *dos factores*, las *modernas fuerzas productivas* y las *formas de producción burguesas*, *entran en contradicción entre sí... Una nueva revolución solo es posible como consecuencia de una nueva crisis. Pero es también tan segura como esta...* El crédito público y el crédito privado son el termómetro económico con el cual se puede medir la intensidad de una revolución. *En la misma medida en que estos caen, sube el ardor y la potencia de la revolución*». K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848-1850*, MEW 7, págs. 98 y 23.

[364] La importancia que Bernstein le atribuía a la ideología «económica», propagada por Proudhon en este artículo, se pone de manifiesto también por el hecho de que hizo que se publicase *in extenso* en el primer número de *Dokumente des*

Sozialismus cuando fundó esta revista. *Dokumente des Sozialismus*, Berlín 1902, I, págs. 26-33.

[365] L. Héritier, *op. cit.*, pág. 707.

[366] *Ibidem*.

[367] *Ibid.*, pág. 707 y s.

[368] F. Ebert, «Aufruf an die deutschen Bürger», 9-XI-1918. En: G. Ritter S. Miller, *Die deutschen Revolutionen 1918-1919*, Frankfurt am Main 1968, pág. 74.

[369] L. Héritier, *op. cit.*, pág. 708.

[370] *Ibidem*.

[371] *Ibid.*, pág. 710.

[372] *Ibidem*.

[373] *Ibid.*, pág. 709.

[374] *Ibid.*, pág. 710.

[375] *Ibid.*, pág. 712.

[376] *Ibid.*, pág. 716.

[377] *Ibid.*, pág. 711.

[378] Después de la victoria electoral del año 1890, tanto Bernstein como también Kautsky pensaban que los socialdemócratas alemanes debían aspirar a construir una mayoría adversa al gobierno, es decir, una coalición entre socialdemócratas y la burguesía liberal. Engels a Bebel, 23-1-1890, *August Bebels Briefwechsel mit Friedrich Engels, op. cit.*, pág. 375; o bien: MEW 37, pág. 349 y s. El artículo de Bernstein sobre las elecciones para la dieta provincial prusiana responde también a este tipo de concepción.

[379] «Coincidía, por tanto, con el interés no solo de los capitalistas y de los sectores más inmediatamente allegados a ellos, sino con el de la clase obrera y de las capas sociales equiparables a ella, que cuando la revolución la llevase al poder, las medidas que dispusiese para el traspaso de la propiedad y de las empresas a la posesión o al control de la colectividad, se mantuviesen entre unos límites y revistiesen unas formas tales que la función económica del organismo social como un todo no sufriese daños de consideración.

Debía quedar completamente garantizada la seguridad jurídica de la propiedad que no fuese directamente requerida y mediante actuaciones legales requerida por la propiedad colectiva, ya que esto constituye la precondition de todo sistema crediticio sano; toda socialización tomada en consideración tenía que ser entendida y llevada a cabo como un paso de una política económica orgánica; las actuaciones tendentes a gravar al capital y a la renta tenían que mantenerse dentro de los límites, por otra parte bastante amplios, fuera de los cuales podían incidir seriamente en un sentido confiscador en el capital de ampliación y de renovación que es imprescindible para la industria». E. Bernstein *Wie eine Revolution zugrunde ging*, Stuttgart 1921, pág. 64.

[380] «Aun cuando Bernstein abrigaba algunas dudas con respecto a los métodos, estaba de acuerdo en lo esencial con la mayoría de los socialistas en que el orden había de ser mantenido y que el paso al socialismo solo podía acaecer de un modo gradual. Bernstein criticaba a Noske por su prematuro recurso a los militares, pero creía que nadie que se hiciese cargo de la defensa de la república contra la sub-

versión interna podía estar en contra de las decisiones que tuvo que adoptar Noske y de la fama que más tarde se ganó». P. Gay, *op. cit.*, pág. 291.

[381] L. Héritier, *op. cit.*, pág. 709 y s.

[382] «Proudhon es un conciliador y un mediador. En una época de transición... se opone tanto a los defensores liberales del capital como a los socialistas utópicos que ponen en lugar de la propiedad privada la comunidad de bienes». G. Salomon, *Proudhon, Leben und Werke*. En: P. J. Proudhon, *Bekenntnisse eines Revolutionärs*, traducido por A. Ruge, Berlín 1923, pág. 43. Proudhon había escrito el 2 de marzo de 1849: «Yo no he impulsado la Revolución de febrero; yo deseo el progreso tranquilo, razonable, filosófico». Citado por A. Cuivillier, *Marx et Proudhon*. En: *Karl Marx et la pensée moderne*, París 1937, pág. 216.

[383] Louis Blanc era el más consecuente de los socialistas reformistas del año 1848 y en él se encuentran prácticamente todas las ideas básicas del socialismo reformista. Aparte de en otras ocasiones, resumió estas ideas durante la Revolución de febrero en dos discursos ante la Comisión de Trabajo del Palais de Luxembourg. Entre otras cosas, propuso la estatalización y después la competencia entre el sector estatal y el sector privado.

[384] La opinión sobre la conducta de Cavaignac en junio de 1848 es probablemente una reinterpretación de un pasaje de la Introducción de Engels. Engels decía en ese pasaje que los militares también podían haber vencido a los insurrectos en 1848 en cuanto «no obstaculizados por consideraciones políticas, actuaban según consideraciones de tipo puramente militar». Con ello no quería decir que estas operaciones no hubiesen tenido un carácter político sino tan solo que la posición política de los insurgentes era tan débil y la de los militares tan fuerte que estos últimos podían desarrollar toda su potencia militar sin consideraciones de orden político. F. Engels, *Einleitung...*, *op. cit.*, pág. 520. Bernstein interpretaba esto como si las disposiciones militares de Cavaignac solo hubiese que considerarlas «desde un punto de vista puramente militar». L. Héritier, *op. cit.*, pág. 529.

[385] Marx a Liebknecht, 6-IV-1871; a Kugelmann, 12-V y 17-IV; a Fränkel y Varlin, 13-V-1871, así como a Beesly, 12-VI-1871; MEW 33, págs. 200, 205, 209, 226, 228 y s.

[386] Marx a Engels, 5-III-1856, *Marx Engels Briefwechsel*, II, Zürich 1936, pág. 150 y s.; o bien, MEW 29, pág. 23 y ss.

[387] E. Bernstein, «Allgemeines über Utopismus und Eklektizismus» en: NZ, vol. 15 (1896/97), pág. 164 y ss. «Eine Theorie der Gebiete und Grenzen des Kollektivismus», *ibíd.*, pág. 204 y ss. «Der gegenwärtige Stand der industriellen Entwicklung in Deutschland», *ibíd.*, pág. 303 y ss. «Die neue Entwicklung der Agrarverhältnisse in England», *ibíd.*, pág. 772 y ss. «Die sozialpolitische Bedeutung von Raum und Zahl», NZ, vol. 15, 2 (1896/97), pág. 100 y ss. y 138 y ss. «Der Sozialismus und die gewerbliche Arbeit der Jugend», NZ, vol. 16:1 (1897/98) pág. 37 y ss. «Der Kampf der Sozialdemokratie und die Revolution der Gesellschaft: 1. Polemisches, 2. Die Zusammenbruchstheorie und die Kolonialpolitik», *ibíd.*, pág. 484 y ss. y 548 y ss. «Das realistische und das ideologische Moment im Sozialismus», NZ, vol. 16:2 (1897/98), pág. 225 y ss. y 388 y ss.

[388] E. Bernstein, «Allgemeines über Utopismus und Ekklektizismus», NZ, vol. 15:1 (1896/97), págs. 165-167.

[389] Esta conclusión parece que se apoya además en dos supuestos básicos. En primer lugar, que el poder *político* (en este caso la dictadura del proletariado) no tiene posibilidades de crear utilizando el estado en un período de tiempo moderado una economía centralizada con capacidad de funcionar. Segundo, que las relaciones económicas pueden ser transformadas a través de *estadios de transición* en la dirección deseada. Estos dos supuestos revisionistas, en realidad, no son más que reflejos del petrificado marxismo que predominaba en el movimiento socialista de la época.

[390] «Ningún experto niega que en Alemania, en lo que se refiere al desarrollo industrial, el tono lo da el paso de lo pequeño a lo grande, de la organización artesanal a la fabril, de la gran empresa a la empresa gigantesca». E. Bernstein, «Der gegenwärtige Stand der industriellen Entwicklung in Deutschland», NZ, vol. 15:1 (1896/97), pág. 303 y s.

[391] *Ibid.*, pág. 305.

[392] *Ibid.*, pág. 311.

[393] E. Bernstein, «Die sozialpolitische Bedeutung von Raum und Zahl», NZ, vol. 15:2 (1896/97), pág. 143.

[394] E. Bernstein, «Die neuere Entwicklung der Agrarverhältnisse in England», NZ, vol. 15:1 (1896/97), pág. 777.

[395] *Ibid.*, pág. 781.

[396] *Ibid.*, pág. 783. El siguiente párrafo brinda un ejemplo expresivo de cómo se imaginaba Bernstein los problemas que plantearía la socialización tras la toma del poder: «¿Se sabe lo que esto significa? Una cifra es algo muy fácil de poner por escrito y de pronunciar. Pero imagínese por una vez seriamente sus consecuencias socio-políticas, inténtese poner en claro lo que es necesario para poner la dirección de sesenta mil empresas bajo el control *directo* de la «sociedad»... Incluso si la sociedad se hiciese cargo tan solo de las empresas medias y grandes, su producción directamente dirigida presupondría una maquinaria administrativa de cuyas dimensiones y capacidad de gestión las administraciones actuales de correos y de ferrocarriles ofrecen tan solo una pálida imagen, una maquinaria que resultaría difícil de poner en pie, sobre todo en una época movida. Se hace indispensable una transferencia en la que junto a la responsabilidad también han de ser transferidos ciertos derechos, una transferencia que da igual sea hecha a grupos privados de productores o a cuerpos públicos». E. Bernstein, «Die sozialpolitische Bedeutung von Raum und Zahl», *op. cit.*, pág. 140.

[397] «La Comuna tuvo que reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al Poder, no puede seguir gobernando con la vieja maquinaria estatal... En el capítulo tercero de *La Guerra Civil* se describe con todo detalle esta labor encaminada a hacer saltar el viejo Poder estatal y sustituirlo por otro nuevo y realmente democrático. Sin embargo, era necesario detenerse a examinar aquí brevemente algunos de los rasgos de esta sustitución por ser precisamente en Alemania donde la fe supersticiosa en el Estado se ha trasplantado del campo filosófico a la conciencia general de la burguesía e incluso a la de muchos obreros». F. Engels, Introducción a Marx, *Der Bürgerkrieg in Frankreich*, MEW 22, pág. 199. Dice la Historia que Engels cerró su Introducción con las siguientes palabras:

«Últimamente, las palabras <dictadura del proletariado> han vuelto a sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, señores, ¿quieren saber que faz presenta esta dictadura? Miren a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!» El contexto concreto de esta declaración estaba en las afirmaciones del socialdemócrata Grillenberger, quien había dicho el 28 de febrero de 1891 en el *Reichstag* alemán que los socialdemócratas alemanes no se habían adherido a la propuesta de Marx y Engels de incluir la dictadura del proletariado en el Programa de Gotha. Pero en la edición alemana de la Introducción de Engels la expresión «el filisteo socialdemócrata» había sido sustituida por «el filisteo alemán». Engels tuvo que lamentar el cambio. Véase el comentario que figura en MEW 22, pág. 588, nota 165, y la fuente que figura allí.

[398] E. Bernstein, «Die sozialpolitische Bedeutung von Raum und Zahl», *op. cit.*, pág. 101.

[399] *Ibid.*, pág. 142.

[400] Kautsky a Adler, 12-XI-1896. En: V. Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.*, pág. 220.

[401] NZ, vol. 16:1 (1897/98), págs. 548 y ss.

[402] *Ibid.*, pág. 549.

[403] *Ibidem.*

[404] *Ibid.*, pág. 550.

[405] *Ibid.*, pág. 551.

[406] *Ibid.*, pág. 552.

[407] *Ibidem.*

[408] Véase capítulo III, apartado F.

[409] K. Marx, *Das Kapital*, III, MEW 25, pág. 506, nota 8.

[410] NZ, vol. 16:1 (1897/98), pág. 553.

[411] *Ibid.*, pág. 554.

[412] Engels había mantenido en el *Antidürring* una posición directamente contraria según la cual las diversas formas de la «socialización» en el marco del capitalismo, lejos de paliar las contradicciones las agravaban: «Los trabajadores siguen siendo trabajadores asalariados, proletarios. La relación capitalista no es abolida sino, más bien, llevada al extremo. Pero en el extremo cambia bruscamente». MEW 20, pág. 260.

[413] E. Bernstein, *op. cit.*, pág. 555 y s. Es interesante que Bernstein llegue en lo referente a este punto a las mismas conclusiones que Brentano. Este escribió lo siguiente en la introducción a la edición alemana del libro de Beatrice Webb-Potter sobre el movimiento cooperativo británico: «Si es cierto lo que Marx escribió en 1859, a saber, que <una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productivas que pueda contener y relaciones de producción nuevas y superiores no aparecen en ellas nunca antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la antigua sociedad>, entonces, un partido que persiga las metas de la Socialdemocracia solo puede aspirar, en el marco del orden existente, a dar forma a esas condiciones materiales de existencia; si consigue un triunfo político tendrá, en el mejor de los casos, que desecharlo a causa de la inexistencia de condiciones previas. El presente libro muestra, de nuevo, como en sus años de juventud también el movimiento obrero inglés perseguía el falso ideal de querer introducir por medio

de la conquista del poder estatal un nuevo orden disolvente de la vida política y económica; muestra, sin embargo, también, que... si la clase obrera se ha convertido en Inglaterra también políticamente en un factor decisivo, se debe tan solo a que tras el fracaso de aquellas orientaciones revolucionarias ha dirigido su mirada exclusivamente a crear en y no contra el orden existente sobre todo el hombre económico y moral sin el cual es completamente impensable un ascenso de la clase obrera. El libro muestra como, junto al movimiento sindical y a la legislación de protección al trabajo, el cooperativismo fue el medio para poner en pie esta condición previa». L. Brentano, prólogo a: Beatrice Webb-Potter, *Die britische Genossenschaftsbewegung*, Leipzig 1893, pág. V y s.

Bernstein escribió entonces en su recensión: «¡Que al Sr. Brentano no le dé vergüenza firmar esta frase!... Verdaderamente, tendremos primero que enseñarle que... el... poder político... demuestra ser a menudo la palanca más eficaz para la consecución de las (condiciones materiales de existencia) y con ello también de las (relaciones de producción)». E. Bernstein, «Eine artige Brentaniade», NZ, vol. 11:2 (1892/93), pág. 745 y s.

[414] E. Bernstein, «Die Zusammenbruchstheorie und die Kolonialpolitik», *op. cit.*, pág. 555 y s.

[415] «Agradezco cada uno de los golpes y he aprendido muchísimo de ellos. A la larga nada sigue siendo correcto; su táctica de trabajo es errónea hasta lo incomprendible. Tácticamente es también a menudo poco hábil». Adler a Kautsky, 4-IV-1898, en: V. Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.*, pág. 242.

[416] Kautsky a Adler, 9-IV-1898, *op. cit.*, pág. 245 y s.

[417] Kautsky a Adler, 4-VIII-1898, *op. cit.*, pág. 248.

[418] «Entre Ede y Karl parece que se está produciendo lentamente una ruptura. Cuando hablé aquí con Ede y escuché cómo piensa, vi claramente que se llegaría a esto y se lo escribí también en seguida a Karl. Ahora se da cuenta él también. Dada la inclinación de toda una serie de gente a mostrarse cada vez más complaciente con el enemigo a pesar de toda la conducta brutal de este, tiene que producirse necesariamente al final una franca discusión». Bebel a Adler, 26-IX-1898, *op. cit.*, pág. 252.

[419] Bebel a Adler, 26-X-1898, *op. cit.*, pág. 254.

[420] Bebel a Bernstein, 22-X-1898, *op. cit.*, pág. 265.

[421] «Si nos examinamos más de cerca, nos daremos cuenta de que lo que nos hace socialistas no es el hipotético estado futuro ni la perspectiva de la gran expropiación general, sino nuestro sentimiento del derecho. Este, la aspiración a la igualdad y a la justicia, es, en tanto en cuanto entren en consideración fuerzas ideales, el elemento permanente del movimiento que sobrevive a todas las alternativas de la doctrina; a partir de él esta ha tomado en cualquier época nuevas fuerzas». Bernstein a Adler, 3-III-1899. En: V. Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.*, pág. 289.

[422] NZ, vol. 16:2 (1897/98), págs. 225 y ss. y 388 y ss.

[423] Lo significativo no era tanto que Schmidt hablase de un «retorno a Kant», pues con ello no aludía a los resultados de la filosofía kantiana, como su método analítico, pues afirmaba que la filosofía de Kant no había sido todavía «sustituida por un sistema de pensamiento nuevo y más adecuado, más profundamente elaborado, con respecto al cual el kantiano no sería más que un estadio previo». Vorwärts del 17-X-1897. Esto significa que Schmidt colocaba a Kant por encima de Hegel y Marx.

[424] E. Bernstein, «Das realistische und das ideologische Moment im Sozialismus», *op. cit.*, pág. 226.

[425] *Ibidem*. Bernstein parece haber tenido presente en este punto la Energética de Ostwald. Según esta toda la materia se podía convertir en energía.

[426] *Ibid.*, pág. 228.

[427] *Ibid.*

[428] *Ibid.*, pág. 231.

[429] *Ibid.*, pág. 389 y s.

[430] Esto lo había subrayado Engels en su introducción a la edición alemana (traducida por Bernstein y Kautsky) de la *Misère de la Philosophie* de Marx:

«La precedente interpretación de la teoría ricardiana, que atribuye a los obreros, como los únicos productores reales, la totalidad del producto social, su producto, conduce directamente al comunismo.

Sin embargo, como Marx hace también notar más arriba, desde un punto de vista económico es formalmente errónea, pues no es más que una aplicación de la moral a la economía. Según las leyes de la economía burguesa, la mayor parte del producto *no* pertenece a los obreros, que la han creado. Si decimos «esto es injusto, esto no debe ser», esto no tiene, en principio, nada que ver con la economía. Decimos tan solo que este hecho económico está en contradicción con nuestros sentimientos éticos.

Marx no ha fundado, por tanto, sobre esto sus aspiraciones comunistas, sino sobre el necesario derrumbe del modo de producción capitalista que se va consumando día a día cada vez más ante nuestros ojos; Marx dice únicamente que la plusvalía consiste en trabajo no pagado, lo que es un hecho simple... Si el sentimiento moral de las masas considera un hecho económico como injusto, como en su momento la esclavitud o la servidumbre, esto es la prueba de que este mismo hecho ya no es más que una supervivencia, que han aparecido otros hechos económicos gracias a los cuales el primero ha llegado a ser insoportable e insostenible». F. Engels, Introducción a *Das Elender Philosophie* (1885), MEW 21, pág. 178.

[431] E. Bernstein, «Das realistische und das ideologische Moment im Sozialismus», *op. cit.*, pág. 230.

[432] E. Bernstein, *Wie ist wissenschaftlicher Sozialismus Möglich?*, Berlín 1901, pág. 31.

[433] E. Bernstein, «Das realistische und das ideologische Moment im Sozialismus», *op. cit.*, pág. 390 y ss.

[434] Junto a este socialismo ético, confundido con él, existía, cosa bastante sorprendente, un rasgo determinista que tenía concomitancias con la teoría evolucionista de corte darwiniano, que era algo muy característico en tantos socialdemócratas alemanes de la época. Esto se expresa también en «Das realistische und das ideologische Moment im Sozialismus»:

«Se permitirá... difícilmente llegar a la expropiación general. Precisamente en la sociedad moderna, con su vida de intercambios tan extraordinariamente desarrollada en un sentido democrático y democratizante, tal evolución de las cosas parece improbable. O bien provoca la clase dominante mismas catástrofes a causa de su obcecada resistencia a reivindicaciones oportunas y entonces entran estas en funcionamiento demasiado pronto actuando entonces sobre todo como modifica-

ciones políticas o bien aprenden a ceder en el momento preciso cuidándose, en ese caso, la evolución misma de las cosas de que no se produzcan trastornos súbitos y generales». *Ibid.*, pág. 394.

En esta concepción de la historia económicamente determinada con un determinismo materializado en el destino, no había lugar para la acción consciente ni, mucho menos, para las valoraciones éticas. Sin embargo, precisamente sea, quizás, esto parte de la explicación de por qué Bernstein se vio movido a fundamentar sus aspiraciones socialistas en la moral. Para Marx y Engels, que eran dialécticos, era en la praxis, en la acción revolucionaria, donde se encontraban lo subjetivo y lo objetivo. Para Bernstein —como se desprende de sus *Premisas*— lo objetivo era algo mecánico, movimiento autosuficiente. El socialismo venía «por sí mismo», tal como dijo Bebel en el *Reichstag* alemán en 1893 (véase capítulo I). Una teoría de la evolución determinista como esta no puede conjugarse con el momento subjetivo más que en términos de ser *completada* por este, es decir, que este se sitúe junto al momento objetivo.

[435] La exposición básica de la relación existente entre marxismo, revisionismo y neokantismo se encuentra en K. Vorländer, *Kant und Marx. Ein Beitrag zur Philosophie der Sozialismus*, Tübingen 1911, en particular las págs. 16 y ss., 31 y ss., 121 y ss., 131, 141, 151, 157, 179 y 183.

[436] Ludwig Woltmann a Bernstein, 5-X-1899, *Bernstein Nachlaß*, IISG, D 841. Bernstein mantenía abiertamente contacto con Woltmann desde octubre de 1898 y con Vorländer desde agosto de 1899. Tanto Woltmann como Vorländer estaban entusiasmados con el contenido político del libro de Bernstein. Pero estaban un poco desesperados con sus intentos de aplicación de la filosofía kantiana. Le instaron a que se completase y en otoño de 1899 Woltmann se desplazó a Londres. «¡Déjese usted *kantianizar* un poco por él!», le escribió Vorländer a Bernstein en 2-XI-1899, *Bernstein Nachlaß*, IISG, D 804. Es evidente que fue Vorländer quien impulsó a Bernstein para que modificase las frases introductorias del capítulo I, apartado b de las *Premisas* en su segunda edición (1902). Véase la carta de Vorländer a Bernstein, 7-IX-1899.

[437] Bernstein confirmó también esto en una carta a Vorländer. K. Vorländer, *Kant und Marx*, *op. cit.*, pág. 179.

[438] E. Bernstein. «Zur Würdigung Friedrich Albert Langes», *NZ*, vol. 10:2 (1891/92), pág. 68 y ss. Bernstein escribió en este artículo que el neokantismo era «en última instancia... con su criticismo negativo un segundo tiempo, análogo al llamado agnosticismo en Inglaterra. En vez de ir más allá del materialismo, como se ha creído, de hecho, se ha retrocedido con respecto a él; la vuelta a Kant fue el factor de un retroceso positivo en el tratamiento de los problemas del conocimiento». *Ibid.*, pág. 102. Sobre la tesis del kantismo de que es imposible penetrar en «la cosa en sí», Bernstein escribió: «Si la duda quisiese meramente decir que nuestro conocimiento acerca del mundo y sus fenómenos es en todo momento incompleto, teniéndose que reafirmar siempre nuestro impulso investigador, que en este sentido no existen verdades definitivas en última instancia, en ese caso sería necesaria y estaría justificada.

Ahora bien, si en vez de esto lo que viene a predicar es la imposibilidad de un conocimiento correcto de las cosas, entonces es falsa y perjudicial... Friedrich En-

gels ha refutado muy pertinentemente en su escrito sobre Feuerbach la teoría de la imposibilidad del conocimiento del mundo». *Ibid.*, pág. 103 y s.

En este estudio, Bernstein recuerda también que el neokantismo constituyó una reacción contra el materialismo grosero (Büchner, Vogt, Moleschott) que predominaba a mediados del siglo XIX en Alemania. *Ibid.*, pág. 102. Gay y Angel aducen esto como expresión de una temprana desviación en un sentido kantiano. Ambos han tomado este juicio de Karl Vorländer. K. Vorländer, *Kant y Marx*, *op. cit.*, pág. 180. Sin embargo, Engels enjuiciaba el problema del mismo modo que Bernstein. Véase P. Gay, *op. cit.*, pág. 154, y P. Angel, *op. cit.*, pág. 193.

[439] En este discurso, Windelband procedió a una separación entre las ciencias naturales y la historia. «Las unas buscan leyes generales, la otra hechos históricos particulares». W. Windelband, «Geschichte und Natureissenschaft» (1894), editado en *Präludiven*, Tübingen 1924, II, pág. 136 y ss.; la cita se encuentra en la página 144.

[440] R. Stammler, *Wirtschaft und Recht nach der materialistischen Geschichtsauffassung*, Leipzig 1896. Por esto, la afirmación de Max Adler de que el revisionismo de Bernstein estuvo «abiertamente influido por Stammler» no es nada correcta. M. Adler, *Das Rätsel der Gesellschaft. Zur erkenntniskritischen Grundlegung der Sozialwissenschaften*, Viena 1936, pág. 42, nota.

[441] H. Lübke, «Die politische Theorie des Neukantianismus und der Marxismus», *Archiv für Recht und Sozialphilosophie*, vol. 44 (Berlín 1958), pág. 333 y s.

[442] K. Vorländer, *op. cit.*, pág. 116 y ss.

[443] H. Lübke, *Politische Philosophie in Deutschland, Studien zu ihrer Geschichte*, Basel-Stuttgart 1963, pág. 110. «Se encuentra en el centro como mediador de intereses e ideologías políticas antagónicas». *Ibid.*, pág. 111.

[444] *Ibid.*, pág. 108.

[445] *Ibid.*, pág. 110.

[446] H. Cohen, «Einleitung mit kritischen Nachtrag». En: F. A. Lange, *Geschichte des Materialismus*, Leipzig 1896. Véase la referencia de Bernstein a esta introducción en la nota 65.

[447] H. Cohen, *op. cit.*, parte II, págs. XXVI, XLVIII y LXV.

[448] *Ibid.*, pág. LXIX y s.

[449] Georg Eckert se ha ocupado hace poco de la vida y obra de Lange en la introducción a F. A. Lange, *Über Politik und Philosophie. Briefe und Leitartikel 1832-1875*, Duisburg 1968, págs. 11-23. Véase así mismo la introducción de Franz Mehring a la reedición de F. A. Lange, *Die Arbeiterfrage*, Berlín 1910 (una reimpression de la primera edición de 1965). Para Bernstein, la biografía de Ellissen era muy valiosa; véase O. A. Ellissen, F. A. Lange. *Eine Lebensbeschreibung*, Leipzig 1891. Ellissen destacaba, entre otros aspectos, la posición crítica de Lange hacia Hegel y la dialéctica, y hacia la teoría marxiana de la revolución así como su creencia en la posibilidad de una economía mixta. O. A. Ellissen, *op. cit.*, págs. 106 y s., 237 y 232 y s.

[450] Acerca de la gran importancia que este escrito poseía para la Socialdemocracia de entonces, véase F. Mehring, *op. cit.*, pág. 26, según cuyas palabras, el escrito de Lange se incluía «siempre en la literatura del partido». Véase también Karl Kautsky, *Vermehrung und Entwicklung in Natur und Gesellschaft*, Stuttgart 1910, pág. V. y s.

[451] F. A. Lange, *Die Arbeiterfrage*, Winterthur 1879, pág. 349 y s.

[452] *Ibid.*, pág. 366 y s. Véase O. A. Ellissen, *op. cit.*, pág. 108.

[453] *Ibid.*, pág. 27.

[454] *Ibid.*, pág. 386 y s.

[455] *Ibid.*, pág. 349 y s.

[456] *Ibid.*, pág. 388 y s.

[457] *Ibid.*, pág. 250 y s.

[458] Bebel a Bernstein, 16-X-1898. V. Adler, *Briefwechsel*, *op. cit.*, pág. 256.

[459] Bernstein a Bebel, 20-X-1898, *Ibid.*, pág. 259.

[460] E. Bernstein, *Entwicklungsgang eines Sozialisten*, *op. cit.*, págs. 23 y 25.

[461] G. Eckert, *op. cit.*, pág. 15.

[462] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 4.

[463] *Ibidem*.

[464] En su artículo sobre F. A. Lange, Bernstein había hablado del equivalente alemán de los años cincuenta del siglo XIX del materialismo del siglo XVIII en términos del «banal materialismo científico-natural». Bernstein, «Zur Würdigung F. A. Langes», *op. cit.*, pág. 102.

[465] E. Bernstein *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 11.

[466] *Ibid.*, pág. 13.

[467] En la ulterior polémica con Kautsky, Bernstein escribió explicándose: «Pues toda la disputa no es más que la disputa en torno a la interpretación de una palabra. *Determinismo*. Tal como yo la utilizo indica una *necesidad* materialmente determinada y, aplicada a la historia, se convertiría en *fatalismo*. Sobre esto no puede tener dudas nadie que haya leído sin prejuicios mi libro». E. Bernstein, «Die Notwendigkeit in Natur und Geschichte», NZ, vol. 17:2 (1898/99), pág. 266.

[468] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 25 y s. y 35 y s. En su polémica con Brentano del otoño de 1893, Bernstein le había echado en cara a Brentano que «el poder político... es en un sentido eminente, un factor *económico*, una potencia económica». E. Bernstein, «Eine artige Brentaniade». NZ, vol. 11:2 (1892/93), pág. 746.

[469] La teoría del desarrollo de corte darwinista sustentada por Bernstein, que se separaba mucho de la dialéctica, se desprende con mayor claridad todavía del manuscrito inédito titulado *Blanquismus und Sozialdemokratie*, que Bernstein escribió en 1898 tras el Congreso de Stuttgart. Este texto constituyó la base de un artículo que, con el mismo título, publicó Bernstein en la *Revista Crítica del Socialismo* de Saverio Merlino, en los números 4 y 5, año 1899. Véase V. Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.*, pág. 275, nota 22.

En este manuscrito Bernstein escribía: «Es una ley experimental de la biología que cuanto más desarrollados están los organismos, es decir, cuanto más articulados y funcionalmente diferenciados se encuentran, tanto menos se produce su desarrollo a través de transformaciones absolutamente contradictorias de todo el cuerpo.

Dentro de ciertos límites, esto es válido también por lo que se refiere a las sociedades humanas. En ellas se puede seguir también una evolución ascendente en la que las transformaciones catastróficas juegan un papel cada vez menor en lo que se refiere al organismo social». E. Bernstein, *Blanquismus und Sozialdemokratie*, Bernstein Nachlaß, IISG, A 17. El mismo tipo de concepción se halla, todavía más acentuada, tras el siguiente juicio del mismo manuscrito: «Una revolución políti-

ca es, sin embargo, el momento menos adecuado para la socialización de la industria». *Ibidem*.

[470] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 27 y s.

[471] *Ibid.*, pág. 28.

[472] Engels en último término en el artículo «Programm der blanquistischen Kommunenflüchtlinge» (1874) del escrito «Internationales aus dem ‹Volksstaat›», Berlín 1894, MEW 18, págs. 528 y ss.

[473] Marx había escrito en *Las luchas de clases en Francia 1848-1850* que la clase obrera se «(agrupa) cada vez más en torno al *socialismo revolucionario*, en torno al *comunismo*, para el que la burguesía misma ha descubierto el nombre de *Blanqui*». K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich...*, MEW 7, pág. 89. Véase también, D. Riazanov, «Zur Frage des Verhältnisses von Marx Blanqui», *Unter dem Banner des Marxismus* (1928), II, pág. 140 y ss. Roger Garaudy ha mostrado, sobre la base del manuscrito inédito de Blanqui, que este había llegado a una teoría de la sociedad muy próxima a la de Marx. Véase, R. Garaudy, *Die französischen Quellen des wissenschaftlichen Sozialismus*, Berlín 1954, en particular pág. 265 y ss.

[474] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 28.

[475] *Ibid.*, pág. 30.

[476] *Ibid.*, pág. 31. Véase Werner Sombart: «Marx y Engels no se han mostrado siempre como marxistas consecuentes, ni en la teoría ni en la praxis. Indudablemente, en la teoría se pueden espigar inconsecuencias, infracciones contra las fundamentales ideas maestras, infracciones que solo pueden tener un origen: la rebotante pasión revolucionaria que empaña una visión por lo demás tan clara». W. Sombart, *Friedrich Engels*, *op. cit.*, pág. 30.

[477] Bernstein conservó hasta el final de su vida esta posición con respecto al elemento revolucionario del marxismo. Cuando Sydney Hook le visitó en el verano de 1929, Bernstein le dijo: «Los bolcheviques no cometen ninguna injusticia reivindicando a Marx para su causa. ¿Sabe usted? Marx tenía un elemento fuertemente bolchevique en sí mismo». S. Hook, *Towards the Understanding of Karl Marx*, New York 1933, pág. 43.

[478] E. Bernstein, *op. cit.*, pág. 39.

[479] *Ibid.*, pág. 38.

[480] *Ibid.*, pág. 41.

[481] Demostrado por primera vez, hasta donde es conocido, por Natalie Moszkowska. Véase, N. Moszkowska, *Das Marxsche System. Ein Beitrag zu dessen Ausbau*, Berlín 1929, pág. 32 y s.

[482] E. Bernstein, *op. cit.*, pág. 44.

[483] *Ibid.*, pág. 41.

[484] Bernstein desarrolló estas ideas en la discusión con Kautsky: «Pedro y Pablo están ante una caja de minerales. ‹Esto de aquí son cristales hemiédricos con superficies de paralelogramos›, dice Pedro. ‹Son piritas sulfúreas›, dice Pablo. ¿Quién tiene razón de los dos? ‹Ambos tienen razón›, contesta el mineralogista. ‹Lo que dice Pedro se refiere a la forma, lo que dice Pablo a la sustancia›». E. Bernstein, «Arbeitswert oder Nutzwert», NZ, vol. 17:2 (1898/99), pág. 548.

[485] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 38.

[486] *Ibid.*, pág. 42.

[487] «Sombart... se aplica a un peculiar intento de salvación, en el que de lo que hay que salvar se ha lanzado ya tanto por la borda, que me parece altamente problemático que con ello consiga el agradecimiento de alguno de los afectados». E. von Böhm-Bawerk, *Zum Abschluß des Marxschen Systems*. En: O. von Bönigj (ed.), *Festgabe für Karl Knies*, Berlín 1896, pág. 112.

[488] E. Bernstein, *op. cit.*, pág. 42.

[489] E. von Böhm-Bawerk, *Geschichte und Kritik der Kapitalzinstheorie*, 4ª edición no modificada, Jena 1921, pág. 407.

[490] E. Bernstein, *op. cit.*, pág. 45.

[491] *Ibid.* La cuestión de la teoría económica propia de Bernstein no es fácil de contestar. Con su *mixtum compositum* de «valor-trabajo puro», «valor de coste», «precio de coste», «evaluación del valor» etc., refleja con bastante fidelidad el estado de la economía política alemana de la época. La teoría económica de Bernstein se encuentra en parte en la serie de artículos «Allerhand Werttheoretisches», en *Dokumente des Sozialismus*, Berlín 1905, vol. V, pág. 221 y ss., 270 y ss., 367 y ss. 463 y ss. y 555 y ss., en parte en una serie de manuscritos inéditos: *Einige Bemerkungen zu Marx' Kapital Bernstein Nachlaß*, IISG, A 15; «Wie bilden sich die Preise», A 88; «Der Mann ohne Werttheorien», A 132. Su tratamiento de la plusvalía y del ahorro recuerda a Senior: «Una de las funciones más importantes y necesarias es la reunión y la obtención del capital indispensable para el establecimiento de cada uno de los negocios. Sin la formación de capital, la producción social en régimen de intercambio libre de trabajo sería impensable. Pero por muy contradictorio que esto pueda sonar, los capitalistas también son trabajadores; efectúan una función socialmente necesaria». E. Bernstein, «Wie bilden sich die Preise», *op. cit.*, pág. 5.

[492] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 46.

[493] *Ibid.*, pág. 47.

[494] La fuerza probatoria de las cifras absolutas ya de por sí muy poco interesantes que Bernstein aducía se veía suplementariamente debilitada por el hecho de que los antiguos propietarios de las empresas incluidas en trusts se habían hecho cargo de una parte de las acciones que no estaban incluidas en la tabla. Véase *ibid.*, pág. 48 nota 1.

[495] En un largo manuscrito inédito de 1910 o más tarde, Bernstein escribió: «La forma de sociedad por acciones ofrece un cómodo pretexto para conexiones complicadas en este tipo. El paso de las empresas privadas a sociedades por acciones no solo ha comportado para los bancos grandes beneficios sino que se ha convertido asimismo en el medio para asegurar a estos el inmediato ejercicio de su influencia y de su dirección». E. Bernstein, *Die industrielle Entwicklung Deutschlands, Bernstein Nachlaß*, IISG, A 23, pág. 98.

[496] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 49.

[497] Hay que recordar que el libro tenía que estar escrito «en pocas semanas», *Ibid.*, pág. 19.

[498] *Ibid.*, pág. 51.

[499] *Ibidem.*

[500] *Ibid.*, pág. 79.

[501] *Ibid.*, pág. 82.

[502] En el manuscrito mencionado más arriba, en la nota 222, Bernstein dice sobre los cárteles y las crisis: «Es asimismo materia de discusión en que medida se debe a los cárteles el hecho de que las últimas crisis de los negocios hayan sido menos intensas y sus efectos hayan sido más rápidamente superados que en las crisis anteriores. Hay muchos factores coadyuvando en el sentido de este resultado y para una serie de ellos el cártel es un fenómeno completamente indiferente». E. Bernstein, *Die industrielle Entwicklung Deutschlands*, op. cit., pág. 86.

En una de sus posteriores síntesis del revisionismo, *Der Revisionismus in der Sozialdemokratie* (Ámsterdam 1909), escribió Bernstein lo siguiente en un programa teórico para la Socialdemocracia redactado por él mismo: «La empresa organizada con grandes medios empuja precisamente en el comercio y en la industria completamente al margen a las pequeñas empresas... Para la masa de los ocupados y muy en particular para los trabajadores asalariados, el capitalismo significa *dependencia* así como *creciente inseguridad en la existencia*... las modernas funciones del capital, los *sindicatos y cárteles*... no pueden impedir lo terrible de las interrupciones periódicas de la actividad económica, sino *tan solo, modificar sus formas de expresión*, mientras que el mantenimiento artificial de los precios a un nivel alto, lo que hace, por el contrario, es *empeorar todavía* los efectos de las interrupciones para la gran masa de los trabajadores... La producción capitalista ha conducido a un *enorme aumento de la riqueza social*. Pero esta riqueza creciente de la sociedad solo va en una medida mínima a manos de las clases trabajadoras». *Ibid.*, pág. 45. En el Archivo Bernstein se encuentra un trabajo preparatorio de este escrito. En él reproduce la estadística de ingresos de Prusia. Según esta, la proporción de las rentas habría aumentado del modo más intenso para las clases de renta más elevadas entre 1892 y 1907. Del mismo modo, la proporción de la riqueza en manos de las clases más elevadas se habría incrementado del modo más intenso entre 1895 y 1908. En este estudio preparatorio dice que la pirámide social toma cada vez más la forma de un «acordeón», es decir, que aumenta la distancia existente entre las más altas y las más bajas capas sociales. E. Bernstein, *Einleitung zum Vortrag: Das Wesen der Gesellschaft des vorgeschrittenen Kapitalismus*, *Bernstein Nachlaß*, IISG, *Ibid.*, pág. 204. Es difícil poner en claro si este enfoque nuevo de la teoría se debía a la aparición de nuevos hechos económicos o a una radicalización pasajera que la Socialdemocracia alemana llevó a cabo más o menos hacia el año 1909.

[503] *Ibid.*, pág. 94.

[504] *Ibid.*, pág. 104 y s.

[505] *Ibid.*, pág. 118.

[506] *Ibid.*, pág. 121.

[507] *Ibid.*, pág. 122.

[508] *Ibid.*, pág. 123.

[509] *Ibid.*, pág. 127.

[510] *Ibid.*, pág. 122.

[511] *Ibid.*, pág. 124.

[512] *Ibid.*, pág. 126.

[513] *Ibid.*, pág. 124.

[514] *Ibid.*, pág. 129, nota.

[515] *Ibid.*, pág. 129.

[516] *Ibidem*.

[517] *Ibid.*, pág. 130.

[518] *Ibid.*, pág. 132.

[519] *Ibid.*, pág. 150.

[520] *Ibid.*, pág. 171.

[521] *Ibid.*, pág. 183 y s.

[522] *Ibid.*, pág. 186.

[523] *Ibid.*, pág. 188.

[524] «El liberalismo representa el rasgo más sobresaliente de su personalidad... Allí donde Marx sacaba conclusiones revolucionarias él las rechazaba, en la filosofía, en la economía, en la sociología y en la política... Del marxismo conserva, en último término, solo aquello que puede aparecer como aceptable para la izquierda burguesa». P. Angel, *op. cit.*, págs. 427 y 431.

[525] R. Luxemburg, *Sozialreform oder Revolution?*, *Gesammelte Werke III* (1925), pág. 100.

[526] E. Bernstein, *op. cit.*, pág. 19.

[527] G. B. Shaw, «Die englische Fabier und die deutsche Sozialdemokratie», *Deutsche Worte* (Viena), año 24, (1904), pág. 374.

[528] V. I. Lenin, *Marxismus und Revisionismus* (1908), *Werke*, vol. 15, pág. 26.

[529] «La teoría, para mí, está precisada de cambios. Si bien no he puesto de manifiesto todo lo tajantemente que resultaría posible y necesario sus faltas, me parece que, de todos modos, he señalado muy inequívocamente en qué sentido creo que debe orientarse la reforma. La doctrina no es, para mí, suficientemente realista; se ha quedado, por así decirlo, por detrás del desarrollo práctico del movimiento. Es posible que todavía valga para Rusia (aun cuando entre los marxistas de allá se alza una oposición muy fuerte, inspirada doctrinalmente por Struve, Prokopovitch, etc., contra la ortodoxia de Plejánov, oposición que recoge las andanadas de Plejánov contra mí), pero en Alemania, en su antigua presentación, está completamente pasada. Ya no es adecuada, cosa que todo el mundo comienza a ver, para Inglaterra, y por lo que hace a Bélgica, tengo motivos para suponer que allí (Vandervelde) se ha acogido con satisfacción mis herejías. Con Branting (Suecia) mantuve en 1896 una conversación en la que se puso de manifiesto nuestra coincidencia total en las cuestiones principales; los suizos (Wullschleger, Greulich, Seidel) me han expresado todos su acuerdo personal con las ideas básicas de mi crítica. En definitiva, si se presentase la ocasión, podría publicar todo un libro con manifestaciones aprobatorias». Bernstein a Adler, 3-III-1899. En: V. Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.*, pág. 288 y ss.

Lo que Bernstein dice acerca de la postura de Branting no es nada improbable. Cuando el periódico *Sozialdemokraten* publicó la resolución de Bebel atacando a Bernstein que salió del Congreso del Partido en Hannover en octubre de 1899, Branting permitió esta publicación, pero en sus propias palabras «dejando fuera, no obstante, aquellos ataques contra el camarada Bernstein que podrían parecer más temperamentales de lo necesario a los simples y nada sospechosos lectores del libro de Bernstein, como yo mismo lo he sido». Contenido en la respuesta al informe sobre «Die Ergebnisse des Hannoverschen Parteitag», *Sozialistische Monatshefte* 1899, pág. 616. En su posterior correspondencia con Bernstein, Branting afirmaba su «completo acuerdo en lo principal» con las ideas del revisionismo, haciendo refe-

rencia, entre otras cosas, a la liberal atmósfera política reinante en Suecia: un punto de contacto con el Sur de Alemania, donde el revisionismo alemán se desarrollaba temprana y vigorosamente.

[530] «Actualmente (esto está muy claro ahora) los fabianos ingleses, los socialistas ministeriales franceses, los bernsteinianos alemanes y los críticos rusos pertenecen todos a la misma familia, se alaban unos a otros, aprenden entre sí y se oponen colectivamente al marxismo «dogmático»». V. I. Lenin, *Was tun, Werke*, vol. 5, pág. 352 y s. Esta «migración de las ideas» (Krywicki) «es uno de los aspectos de la interacción entre la base material y la superestructura ideológica». A. Schaff, *The Marxist Theory of Social Development*. En: R. Aron, B.F. Hoselitz, *Social Development*, 1965, pág. 78.

[531] Editado en Félix Meiner (ed.), *Die Volkswirtschaftslehre der Gegenwart in Selbstdarstellungen*, *op. cit.*, pág. 23. En el manuscrito *Zur Geschichte des Revisionismus*, que procede de una época posterior al esbozo autobiográfico que acabamos de mencionar, Bernstein expresa esta declaración con una claridad todavía mayor. «Lo que en este sentido influyó poderosamente sobre mi pensamiento fue, mucho más, la cuestión apenas tomada en consideración por los socialistas fabianos de Inglaterra que precisamente en aquella época la consideraban secundaria: la cuestión del cercano derrumbe catastrófico de la sociedad capitalista». *Bernstein Nachlaß*, IISG, A 43. De lo que sigue se desprende hasta qué punto los fabianos consideraban secundaria la cuestión del cercano derrumbe capitalista.

[532] P. Gay, *op.cit.*, pág. 108. Mientras que Gay cree, por lo menos, que el fabianismo «constituía una importante influencia que actuó sobre él durante sus años ingleses», W. Blumenberg se contenta con hacer referencia a las declaraciones del propio Bernstein contenidas en *Entwicklungsgang eines Sozialisten*. Véase: W. Blumenberg (ed.), *August Bebels Briefwechsel mit Friedrich Engels*, Den Haag 1965, pág. 575, nota 3.

[533] P. Angel, *op. cit.*, pág. 108.

[534] E. Rikili, *Der Revisionismus. Ein Revisionsversuch der deutschen marxistischen Theorie (1890-1914)*, Zürich 1936, pág. 123 y s.; E. Reichel, *Der Sozialismus der Fabier*, Heidelberg 1947, pág. 229 y s.; G. D. H. Cole, *A History of Socialist Thought*, III: I, *op. cit.*, págs. 272, 277 y 288; A. M. McBriar, *Fabian Socialism and English Politics 1884-1918*, Cambridge 1962, pág. 71; E. J. Hobsbawm, *The Fabians Reconsidered*. En: *Labouring Men. Studies in the History of Labour*, Londres 1964 pág. 264. La tesis doctoral de Hobsbawm (1950) trataba del fabianismo y los fabianos entre 1884 y 1914; Helmut Hirsch (ed.), *Ein revisionistisches Sozialismusbild*, Hannover 1966, pág. 20 y ss.

[535] Esto se desprende claramente de su correspondencia. Véase E. Bernstein (ed.), *Die Briefe von Friedrich Engels an Eduard Bernstein*, Berlín 1925. Por ejemplo: Engels a Bernstein, 17-VIII-1881 y 8-X-1885, *Ibid.*, pág. 26 y s. y 175, o bien: MEW 35, pág. 214 y ss., y MEW 36, pág. 364 y ss. Con ocasión de la proximidad de una ruptura con el ala derechista del partido —Blos, Frohme, Geiser, Viereck y otros—, hacia 1884, Bernstein le escribió a Engels: «Tenlo por seguro, no daré ningún paso decisivo sin escribiros antes a Bebel y a ti». Bernstein a Engels, 20-VI-1884. Citado por Horst Bartel, *Marx und Engels im Kampf un ein revolutionäres deutsches Parteiorgan 1879-1890*, Berlín 1961, pág. 63, nota 1. Recientemente Helmut Hirsch ha editado la co-

respondencia completa Eduard Bernstein-Friedrich Engels. H. Hirsch (ed.), *Eduard Bernstein Briefwechsel mit Friedrich Engels*, Assens 1970.

[536] Véase por ejemplo las cartas a: Laura Lafargue, 11-X-1887; F. A. Sorge, 8-II-1890 y 19-IV-1890; Laura Lafargue, 30-VII-1890 y 1-XII-1890; Hermann Schlüter, 29-I-1891; K. Kautsky, 12-VIII-1892 y 4-IX-1892; Conrad Schmidt, 12-VII-1892; F. A. Sorge, 11-XI-1893; Laura Lafargue, 28-III-1895. Véase MEW 36-39, *passim*.

[537] Expresión irónica, que simula el acento berlinés, utilizada a menudo por Engels para referirse a cierto tipo de intelectuales burgueses en su relación a la clase obrera [T.]. (Gebildet = intelectual, culto).

[538] Engels a Sorge, 18-I-1893, MEW 39, pág. 8 y s. La valoración de Engels acerca del trabajo político a nivel comunal se encuentra en la carta a Laura Lafargue de 28-III-1895, MEW 39, pág. 450. En esta carta habla de «Sidney Webb y los fabianos..., que pueden ser como *socialistas* unos chapuceros, pero que en la administración comunal sí que hacen un buen trabajo y luchan enérgicamente por un Londres autónomo».

[539] *August Bebels Briefwechsel mit Friederich Engels* (1965). Carta de Engels a Bebel, 14-VIII-1892, pág. 572, o bien: MEW 38, pág. 426.

[540] Bebel a Engels, 17-VIII-1892, *ibíd.*, pág. 575.

[541] Engels a Bebel, 20-VIII-1892. *Ibid.*, pág. 576, o bien: MEW 38, pág. 433.

[542] Engels a Bebel, 19-II-1892. *Ibid.*, pág. 619, o bien: MEW 38, pág. 519.

[543] Bebel a Bernstein, 16-X-1898. En: V. Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky*, *op. cit.*, pág. 255 y s. Poco después de la muerte de Engels, Ignaz Auer escribió en una carta a Victor Adler lo siguiente sobre la importancia de Engels en tanto que apoyo teórico entre otros para Bernstein: «Pero donde desde luego el viejo resulta insustituible es en la explicación de la Biblia. Con todo el respeto para los más jóvenes padres de la Iglesia, la rica experiencia y la autoridad de Engels le falta precisamente a Kautsky, Ede duda de sí mismo y Plejánov es demasiado desconocido para las masas como para poder ejercer influencia sobre ellas». Carta de 26-IX-1895, *ibíd.*, pág. 189 y s.

Por esta época Auer era, con Pfannenkuch, secretario del partido y estaba cerca de Bernstein.

[544] F. Mehring, «Bernstein und der Zürich-Londoner Sozialdemokrat», NZ, vol. 17:2 (1899), pág. 504.

[545] Adler a Kautsky, 9-XI-1896. En: Adler *Briefwechsel...*, *op. cit.*, pág. 219.

[546] Sobre la posición de que la Socialdemocracia no tenía que tomar ninguna postura con respecto a las luchas que se produjesen entre los partidos burgueses ni tenía que intervenir en ellas, Kautsky le escribió a Adler el 5-V-1894 lo siguiente: «Solo en Inglaterra, donde empecé a entender la completamente diferente táctica inglesa, me hice consciente de todo lo absurdo de esta concepción. Ede ahora también; se puede decir que nosotros dos somos las únicas personas en todo el partido que defienden la política de compromiso». *Ibid.*, pág. 152.

[547] Kautsky a Engels, 31-VIII-1892. En: *Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky*, *op. cit.*, pág. 361.

[548] Engels a Kautsky, 4-IX-1892. *Ibid.*, pág. 362 y s., o bien: MEW 38, pág. 447 y s. Kautsky escribió en 1935 en una observación sobre esta carta: «Mi actitud frente

a los fabianos no era tan ruda como la de Engels y la de los Aveling. Naturalmente, rechazaba la táctica fabiana al igual que aquellos». *Ibid.*, pág. 364.

[549] V. Adler, *Briefwechsel*, *op. cit.*, pág. 221. Kautsky a Adler, 12-XI-1896.

[550] Kautsky a Adler, 4-XI-1896, *ibíd.*, pág. 217.

[551] W. Schröder, *Handbuch der sozialdemokratischen Parteitage von 1863 bis 1909*, *op. cit.*, pág. 85. Sin embargo, en oposición con su postura anterior, mencionada más arriba, ahora (1898) Kautsky establecía una nítida línea de separación entre la política alemana y la política inglesa.

[552] *Friedrich Engels' Briefwechsel mit Kart Kautsky*, *op. cit.*, pág. 451.

[553] C. Tsuzuki, *The Life of Eleanor Marx 1855-1898*, Cambridge 1967; así como S. Bünger, *Friedrich Engels und die britische sozialistische Bewegung von 1881 bis 1895*, Berlín 1962, págs. 120 y ss. y *passim*.

[554] C. Tsuzuki, *op. cit.*, pág. 290 y s. Carta de Eleanor Marx-Aveling a Kautsky, 15-III-1898, IISG. Kautsky menciona la preocupación de Eleanor Marx-Aveling en: *Friedrich Engels' Briefwechsel mit Kart Kautsky*, *op. cit.*, pág. 452. Eleanor Marx-Aveling hablaba en esta carta también del polaco exiliado residente en Londres Stanislaw Mendelson como corresponsable del pesimismo político que en esa época embargaba a Bernstein y le pedía a Kautsky que alejase a Bernstein de la «mortal influencia» de Mendelson. Hans-Josef Steinberg le concede gran importancia a esta influencia política de Mendelson y ha mostrado coincidencias en sus concepciones políticas básicas respectivas, por ejemplo, en la concepción de la lucha de clases. Véase: H. J. Steinberg, *op. cit.*, pág. 91. Mientras que el prosaico «administrador de correos rojo» Julius Motteler sospechaba que Mendelson era un agente de la policía, por lo que abrió un dossier sobre él, dossier que más tarde pudo utilizar Steinberg, Engels tenía desde luego un alto concepto de Mendelson, a quien «tras una larga amistad personal» consideraba «persona muy honesta, con la que se puede contar». Engels a Thomas Clarke, 15-VIII-1894, MEW 39, pág. 287.

[555] Tsuzuki, *op. cit.*, pág. 291.

[556] Engels describió a Bax del siguiente modo en una carta dirigida a Bernstein del 22-X-1886: «Es un tipo muy bueno, muy cultivado, sobre todo en filosofía alemana, habla alemán, pero en todas las cosas políticas es de una inexperiencia infantil que le puede llevar a uno a la desesperación y que le hace muy útil en la «Commonweal». Sin embargo, él y Aveling son aquí, entre los «cultivados» no solo los únicos que se toman en serio la causa sino también los únicos que estudian algo». MEW 36, pág. 548.

[557] E. Belfort Bax, «Our German Fabian Convertit; or Socialism According to Bernstein», *Justice* del 17-XI-1896.

[558] *Sozialistische Monatshefte*, 1899, pág. 615.

[559] «En los primeros tiempos de la Sociedad de los Fabianos, había un miembro del partido alemán que vivía entonces en Londres por estar exiliado y que mantenía los ojos abiertos y la cabeza despejada. Por sí mismo vio la verdadera posición política de Aveling, el alejamiento total de Engels con respecto a la vida política, la extraordinaria eficacia política de Webb, el ascenso de los fabianos y la ausencia de toda unificación expresa de los socialistas en Inglaterra que pudiese ser, de algún modo, comparable con el partido alemán. Él sabía que la Sociedad de los Fabianos, que todavía ahora cuenta con menos de 800 miembros, no llegaba entonces ni a

100. Sabía que la Federación Socialdemocrática no era tal federación sino una pequeña sociedad con pocas uniones de nivel inferior y muy pequeñas y que no poseía ni 50 electores en ninguna de las circunscripciones. Vio como cuando la miseria que durante los años ochenta había mantenido a los trabajadores al borde de la insurrección desapareció en el nuevo auge industrial a partir de 1887, las enormes asambleas y las manifestaciones tan tremendas que había organizado la SDF se esfumaron como por arte de magia y vio como todo el movimiento se encontraba reducido a la soledad, una soledad que daba la medida de su propia insignificancia. Se acostumbró a un tipo de propaganda que Marx ignoraba y como intelectual sabía que la afirmación de que un número considerable de socialistas había leído *El Capital* o estaban lo suficientemente provistos de conocimientos económicos como para enfrentarse críticamente a él era más gratuita por lo que se refería a Inglaterra que en lo referente a Alemania. La consecuencia fue que los frutos de Bernstein maduraron en una atmósfera que estaba libre de las supersticiones que todavía mantenía prisioneros a Liebknecht y a los dirigentes alemanes». Shaw seguía escribiendo: «Los fabianos, que eran los posibilistas ingleses *par excellence*, tuvieron la satisfacción de ver cómo aparentemente se fabianizaba todo el movimiento europeo bajo la irresistible presión del contacto con la política práctica». G. B. Shaw, «Die englischen Fabier und die deutsche Sozialdemokratie», *op. cit.*, págs. 374 y 373.

[560] G. B. Shaw, «Socialism and Fabianism», *Fabian Tract*, n.º 233, pág. 16.

[561] «La revuelta vino de Inglaterra por intermedio de la persona de Eduard Bernstein, quien desterrado por Bismarck, había buscado refugio en Londres y durante años había establecido un estrecho contacto con la Fabian Society y con sus dirigentes. Poco después de su regreso a Alemania, publicó en 1899 una obra en la que criticaba el marxismo. A partir de ella se desarrolló el movimiento revisionista en pro del libre pensamiento en el socialismo, que atrajo a toda la gente joven y que antes de la guerra se hizo potencialmente, si no de hecho, con el control del Partido Socialdemócrata. En Inglaterra y en Alemania, pienso yo que por intermedio de Bernstein, la Fabian Society puede afirmar que ha dirigido la revuelta. En otros lugares, la revuelta tuvo éxito más en los hechos que en palabras». E. Pease, *The History of the Fabian Society*, Londres 1925, pág. 239. Cuando Pease, por el contrario, afirma que el «primer logro» de la Fabian Society había sido «haber roto con el hechizo del marxismo en Inglaterra» (*ibíd.*, pág. 236), McBriar (*op. cit.*, pág. 347), rechaza como «extravagante» esta afirmación alegando que «el marxismo no ha ejercido ningún hechizo sobre Inglaterra». En defensa de Pease hay que decir, de todos modos, que seguramente solo tenía *in mente* el movimiento socialista de los años ochenta y noventa. Tanto en el seno de la Social Democratic Federation como dentro de la Socialist League y del Independent Socialist Party, fundado en 1893, los marxistas de unas u otras tendencias jugaron una enorme y a veces decisiva influencia con anterioridad a 1895.

[562] Pease a Bernstein, 13-X-1902, *Bernstein Nachlaß*, IISG, D 528. Por «Ernest» se debía entender Ernest Belfort Bax.

[563] Se conservan en el Archivo-Bernstein del IISG ocho cartas de Macrosty a Bernstein. Son cartas fechadas de 1895 a 1903. Ambos intercambiaban cartas, materiales e informaciones. Macrosty escribía reseñas para los *Dokumente des*

Sozialismus editados por Bernstein y colocaba recensiones de los escritos de Bernstein en *Fabian News* y otras revistas.

[564] Macrosty a Bernstein, 16-VIII-1901, *Bernstein Nachlaß*, IISG, D 439.

[565] «Ganado electoral» [T.].

[566] Macrosty a Bernstein, 10-X-1901, *Bernstein Nachlaß*, IISG, D 439. Como los fabianos nada tenían que «revisar», podían aparecer desde un principio como reformistas prácticos. Era diferente en Alemania, donde el revisionismo tenía primero que preparar el terreno para el reformismo que le seguía.

[567] R. Luxemburg, «Die englische Brille», *Leipziger Volkszeitung* del 9-V-1899. Reeditado en (misma autora) *Gesammelte Werke*, III, Berlín 1925, pág. 104 y ss.

[568] Citamos aquí según la 5ª a 8ª ediciones de 1918.

[569] «A finales del primer año, mi mujer y yo fuimos invitados por el matrimonio Hubert Bland, que pertenecían al más íntimo círculo de los fabianos». E. Bernstein, *Aus den Jahren meines Exils*, *op. cit.*, pág. 220.

[570] «Escuché por primera vez a Shaw en el otoño, en una asamblea que se realizó en Willis's Room, una elegante sala del barrio de St. James. Allí pronunciaban miembros de la Sociedad de los Fabianos, según un plan previamente trazado, conferencias sobre el socialismo considerado desde diversos puntos de vista; conferencias que más tarde fueron editadas como libro colectivo bajo el título *Fabian Essays on Socialism*. En aquel ciclo, Shaw dio la primera y la última conferencia y siempre puso de su parte para dar vida al debate en torno a las demás conferencias... La tarde en la que él no tomaba la palabra pasaba por ser, para una gran parte de los asistentes a las reuniones de los fabianos, casi una tarde perdida». *Ibid.*, pág. 242 y s.

[571] «Evidentemente, he asistido también a reuniones de los socialistas de la tendencia llamada fabiana y he discutido con destacados representantes de esta acerca de su doctrina y he seguido sus publicaciones». E. Bernstein, *Zur Geschichte des Revisionismus*, *Bernstein Nachlaß*, IISG, A 43.

[572] E. Bernstein, *Aus den Jahren meines Exils*, *op. cit.*, pág. 263.

[573] *Ibid.*, pág. 245.

[574] El siguiente repaso sistemático no incluye la correspondencia de Bernstein con el periódico del partido *Vorwärts* sino que se basa en lo esencial en los artículos de la revista del partido *Die Neue Zeit*. Nada hace suponer, sin embargo, que excepto en detalles el cuadro sufriese alguna modificación si se tomase en consideración la correspondencia con *Vorwärts*.

[575] E. Bernstein, «Briefe England» de 14-X-1890, NZ, vol. 9:1 (1890/91), pág. 106. «Agrada imponer, en ocasiones desconcertar, pero por otra parte no se quiere desagradar a nadie y así, de este modo, se ha ido haciendo una teoría *ad usum delphini*, un socialismo al que se le han seccionado todas las aristas y que se deja manipular a la perfección».

[576] E. Bernstein, «Acht Studen», NZ, vol. 9:2 (1890/91), pág. 242. El artículo expone una recensión de *The Eight Hours Day*, escrito de los fabianos Sidney Webb y Harald Cox.

[577] E. Bernstein, «Briefe aus England» de 7-XI-1891, NZ, vol. 10:1, (1891/92), pág. 245. En concordancia con Engels consideraba positivamente los ensayos de política municipal puestos en práctica por los fabianos en el Consejo municipal de Londres. *Ibid.* pág. 676 y ss.

[578] B. Webb, *Die britische Genossenschaftsbewegung*, Leipzig 1893.

[579] E. Bernstein, «Eine artige Brentaniade», NZ, vol. 11:2 (1892/93), pág., 741 y s. Lo más interesante de este artículo es, sin embargo, la polémica de Bernstein contra las ideas de Brentano.

[580] E. Bernstein, «Eine neue Geschichte der Trade-Union Bewegung in England», NZ, vol. 12:2 (1893/94), págs. 268 y ss.

[581] E. Bernstein, «Eine artige Brentaniade», *op. cit.*, pág. 747.

[582] E. Bernstein, «Eine neue Geschichte der Trade-Union bewegung in England», *op. cit.*, pág. 274: «Está claro que se cometían errores aquí y allá... Y así se llegó a que la innegablemente necesaria reorganización de los sindicatos se viese ligada a una buena porción de reacción que tenía que pervivir en las Trade Unions tanto más largamente cuanto que el fabuloso auge económico de los siguientes años pareció darle firmemente la razón a la consecución gradual de mejoras inofensivas». Véase también E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, pág. 30 y s. y pág. 167.

[583] E. Bernstein, «Englische Parteientwicklungen», NZ, vol. 14:1 (1895/96), págs. 77 y ss. La Fabian Society se encontraba, escribía, como ya indicaba su nombre, «bajo el signo del oportunismo»; pasaban claramente por ser los jesuitas del movimiento socialista e intentaba armonizar a los liberales con el socialismo.

[584] *Ibid.*, pág. 81.

[585] *Ibid.*, pág. 84.

[586] S. y B. Webb, *Die Geschichte des Britischen Trade Unionismus*, Stuttgart 1895. Epílogo de Eduard Bernstein.

[587] E. Bernstein, «Klassenkampf-Dogma und Klassenkampf-Wirklichkeit», NZ, vol. 17:2 (1898/99), pág. 581.

[588] Sidney Webb a Bernstein, 15-X-1895, *Bernstein Nachlaß*, IISG, D 816. «Querido Bernstein —escribía Webb— me apresuro a devolverte el «epílogo» al que no tengo nada que objetar ni nada que añadir». Por lo que se refería a su visión de la relación entre Marx y los socialistas ricardianos, escribía: «Todo lo que le puedo decir es que yo soy un hereje peor de lo que usted se puede imaginar. Usted es lo suficientemente indulgente como para suponer que solo me equivoco por ignorancia: desgraciadamente es algo más que eso. Por indispensable que pueda parecer, hace tiempo que he leído los libros que usted me propone y a pesar de ello he permanecido fiel a mis opiniones. Es, como usted dice, una diversidad de enjuiciamiento. Tenemos que confesar que en este punto no coincidimos».

[589] «También para la gran mayoría de los lectores ingleses, sin excluir a los sindicalistas, la Historia del Trade-Unionismo fue una revelación. Lo será en un grado todavía mayor para los lectores continentales». S. y B. Webb, *Die Geschichte des Britischen Trade Unionismus*, *op. cit.*, pág. 444.

[590] Bernstein se refería al auge que a partir de este año había conocido el movimiento sindical (el «New Unionism»), con motivo de la organización de oficios que hasta entonces habían permanecido desorganizados.

[591] *Ibid.*, pág. 445 y s., 449 y 454 y s.

[592] *Ibid.*, pág. 449. Con la expresión «aristocracia obrera», Bernstein se refería a «los trabajadores mejor situados».

[593] E. Bernstein, «Klassenkampf-Dogma und Klassenkampf-Wirklichkeit», *op. cit.*, pág. 581.

[594] Bernstein a Bebel, 20-X-1898. En: V. Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Kart Kautsky*, *op. cit.*, pág. 260. La conferencia fue después publicada en el *Justice* de 6-II-1897.

[595] B. Webb, *Our partnership*, Londres 1948, pág. 488. Los cinco grandes acontecimientos eran sus viajes alrededor del mundo en 1912, la Primera Guerra Mundial, la Paz de Versalles, la gran crisis económica y la construcción del socialismo en la Unión Soviética. *Ibid.*, pág. 490 y s.

[596] «Resulta muy curiosa la presencia, en este cuadro, de este *gentleman*, este jugador de cricket y agente de cambio y bolsa, que se presenta ante las hambrientas masas de la revolución con frac y sombrero de copa respaldado en ello por el otro puntal de la SDF, la condesa de Warwick (cuya vinculación personal con Su Majestad Eduardo VII era la más estrecha), en el tren especial que había pedido para dejarse conducir de la Conferencia de la Federación a casa». E. J. Hobsbawm, *Hyndman and the SDF*, en: *Labouring Men. Studies in Labour History*, Londres 1964, Pág. 233.

[597] Se entiende lo que Marx pensaba de Hyndman a partir de la siguiente pequeña caracterización contenida en una carta a una de sus hijas: «Anteayer... asalto de Hyndman y esposa, que son los dos muy tranquilos. Puedo soportarla a ella por sus bruscos, poco convencionales y decididos modos de pensar y hablar, pero lo que resulta cómico es ver ¡qué ojos de admiración pone cuando su pagado y parlanchín esposo abre la boca!» Marx a Jenny Longuet, 11-IV-1881, MEW 35, pág. 178. ¡Hyndman había plagiado desconsideradamente a Marx sin citar ni fuente ni origen!

[598] T. Mann a Bruns, 25-VI-1888, citado en s. Bünger, *op. cit.*, pág. 131.

[599] E. Pease, *The History of the Fabian Society*, Londres 1925, pág. 234.

[600] *Ibid.*, pág. 28 y ss., y en particular pág. 41 y ss.

[601] *Ibid.*, pág. 55 y s.

[602] E. J. Hobsbawm, *op. cit.*, pág. 268 y s., y Engels a Sorge, 11-XI-1893, MEW 39, pág. 166.

[603] G. B. Shaw, *On the History of Fabian Economics*, en: Pease, *op. cit.*, pág. 273 y ss.

[604] E. Pease, *op. cit.*, pág. 111.

[605] Resulta, por esto, divertido cuando Bernstein intenta, en su posterior polémica con Kautsky, desligar a los fabianos de sus conexiones liberales. E. Bernstein, «Klassenkampf-Dogma und Klassenkampf-Wirklichkeit», *op. cit.*, pág. 577 y s. El contacto de los fabianos con la mencionada comente del liberalismo inglés es particularmente subrayado por E. J. Hobsbawm. E. J. Hobsbawm, *op. cit.*, pág. 260 y ss. Pero también por A. McBriar, *op. cit.*, págs. 192, 246 y 253 y ss. De hecho, el programa de los fabianos se diferenciaba muy poco del «Unauthorized Programme» de 1885 de Joseph Chamberlain, que fue elaborado cuando Chamberlain y Dilke abandonaron el gabinete de Gladstone por haberse opuesto a la independencia de Irlanda. El programa no rechazaba realmente el socialismo, que, en efecto, debía contemplarse «no como un estigma sino como una tendencia moderna que requiere su reconocimiento» y decía más adelante que «en Inglaterra, el camino del progreso legislativo es, desde hace años, decididamente socialista y así ha de continuar». G. D. H. Cole, *British Working Class Politics 1832-1914*, Londres 1941, pág. 80. Cole resume: «Esto no significaba, naturalmente, que Chamberlain fuese, en algún sentido real de la palabra, socialista. Por «socialismo» entendía en lo esencial tres cosas: el «socialismo-de-agua-y-gas» en los municipios a través del desarrollo de empresas públicas

locales, el avance de las reformas sociales y de los servicios sociales y la financiación de estas reformas por medio de una imposición que había de gravar duramente a los ricos y que funcionaría como una especie de «rescate» que haría pagar a los ricos por su usurpación del derecho del pueblo a los bienes raíces así como a la propiedad de todo el país». *Ibid.*, pág. 80 y s.

[606] «El socialismo que pretende la Fabian Society es, exclusivamente, un socialismo estatal», escribió Shaw en el informe de la Sociedad al Congreso de la Segunda Internacional reunido en Londres en 1896. G. B. Shaw, *Report on Fabian Policy, Fabian Tract No. 70*. Los esposos Webb «eran, aunque silenciosos, extremos partidarios de la escuela «histórica»» cuyas ideas comenzaron a llegar a Inglaterra entre finales de los años setenta y comienzos de los ochenta. E. J. Hobsbawm, *op. cit.*, pág. 262, y A. McBriar, *op. cit.*, págs. 29 y 51.

[607] Según A. McBriar, *op. cit.*, pág. 7. McBriar subraya que la Fabian Society como tal apenas tomó prácticamente parte en la agitación contra el paro obrero. *Ibid.*, pág. 17. Beatrice Webb escribe asimismo en su diario el 5-III-1895: «Olvidamos que solo cuando ya quedaban lejos los duros años que van de 1881 a 1885 comenzó a crecer el socialismo constitucional en contraste con el socialismo revolucionario... Debemos educar y esperar los años «de las vacas gordas»». B. Webb, *Diary*, LSE, *The Passfield Papers*, vol. 15 (2).

[608] A. McBriar, *op. cit.*, pág. 18.

[609] E. Pease, *op. cit.*, pág. 61.

[610] *Ibid.*, pág. 64 y s.

[611] Prólogo a la reedición de 1908 de los *Fabian Essays*. Véase *Fabian Essays*, Londres, 1962, pág. 286.

[612] A. McBriar, *op. cit.*, pág. 20 y ss.

[613] S. Bünger, *op. cit.*, págs. 99 y 102.

[614] Los que seguían a Hyndman & Co. eran, según Engels, «timadores, holgazanes, agentes de la policía y rateros». La manifestación fue forzada por cuatro policías. La ausencia de policías era tan llamativa que no solo Engels pensaba en una provocación. Carta de Engels a Bebel, 15-II-1886. En: *August Bebel's Briefwechsel mit Friedrich Engels*, *op. cit.*, pág. 275 y s., o bien MEW 36, pág. 444 y s. Un hecho establecido es que por aquella época Hyndman intentaba obtener apoyo tanto de Chamberlain como de los conservadores. Ver la Observación de Blumenberg. *Ibid.*, pág. 256, nota 1.

[615] S. Bünger, *op. cit.*, pág. 125 y ss.

[616] E. Pease, *op. cit.*, pág. 106 y s. Ver también A. Me Briar, *op. cit.*, págs. 163 y ss.

[617] A pesar de que los fabianos más destacados conocían muy bien tanto las teorías de Marx como la diferencia que existía entre estas y su interpretación por Hyndman, no es seguro que distinguiesen siempre entre ambas cosas. «El inglés entiende estas cosas de un modo muy concreto. No conoce la Socialdemocracia en abstracto, conoce únicamente la Federación Socialdemocrática y su táctica y a ella se refiere cuando habla sobre la Socialdemocracia». E. Bernstein, «Kritisches zum internationalen Londoner Sozialisten — und Gewerkschaftskongreß», NZ, vol. 14:2 (1895/96), pág. 650.

[618] *Fabian Essays*, Londres 1962, págs. 63 y 66 y s.

[619] Véase la famosa enumeración de las cien funciones estatales y municipales. *Ibid.*, pág. 79 y ss.

[620] «Se ve registrado, inspeccionado, controlado y eventualmente sustituido por la comunidad; entretanto además se ve obligado a ceder una parte siempre creciente de sus rentas e intereses para tareas públicas». *Ibid.*, pág. 81.

[621] Webb subraya este punto también en el trabajo *Socialism in England*, Londres 1881, pág. 116 y s.

[622] «Las ideas morales propias del socialismo impregnan toda la sociedad moderna. Son claramente perceptibles no solo en el proletariado sino también en la creciente actividad filantrópica de miembros de la clase poseedora que, si bien condenan el socialismo como una peligrosa exageración de lo que es socialmente sano, trabajan con suficiente sinceridad en las aliviadoras reformas que inevitablemente se desarrollan en un sentido socialista... El socialismo no es más que una etapa en el indefinido avance desde la debilidad y la ignorancia en la que tanto el individuo como la sociedad comienzan su andadura, hacia la fortaleza y la ilustración gracias a las cuales ambos pueden ver y elegir su propio camino hacia el futuro...» *Ibid.*, pág. 161.

[623] *Ibid.*, pág. 169.

[624] *Ibid.*, pág. 168.

[625] *Ibid.*, pág. 173.

[626] *Ibid.*, pág. 174.

[627] *Ibid.*, pág. 181.

[628] *Ibid.*, pág. 184.

[629] *Ibidem*. Véase, entre otros, en Bernstein: «Las necesidades de la moderna vida económica son completamente ignoradas y la relación de fuerzas y el grado de desarrollo de las clases no se tiene en absoluto en cuenta. Sin embargo... el terrorismo proletario es elevado a la categoría de fuerza milagrosa capaz de llevar las relaciones de producción a la altura del desarrollo que se reconocía como la condición previa de la transformación socialista de la sociedad». E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 29 y s.

[630] «No va a existir ningún punto a partir del cual una sociedad dé el salto del individualismo al socialismo. La transformación tiene lugar continuamente y nuestra sociedad ya está en camino hacia el socialismo. Todo lo que nosotros podemos hacer es colaborar conscientemente con las fuerzas en presencia y llevar a cabo así más rápidamente la transición de lo que sería de otro modo». *Op. cit.*, pág. 185.

[631] *Ibid.*, pág. 192.

[632] *Ibid.*, pág. 214.

[633] *Ibid.*, pág. 216.

[634] *Ibid.*, pág. 217 y s.

[635] *Ibid.*, pág. 227 y s.

[636] *Ibid.*, pág. 236. Esta advertencia aparece más tarde de nuevo tanto en Shaw como en Webb. Véase en lo referente a este punto la observación de Christopher St. John Spriggs (Christopher Caudwell): «Shaw leyó a Marx ya en sus años jóvenes y se encontró, por tanto, ante la alternativa de ser un peligroso revolucionario en vez de un reformista popular con posibilidad de soñar en un mundo que sería salvado por una clase media conversa. Aun cuando Marx había puesto de manifiesto ante

sus ojos la vergüenza y la falsedad de la vida burguesa, se decidió a no reconocer la necesidad de que la clase del futuro derrocara a esta clase agónica. A partir de este momento, Shaw estaba escindido en sí mismo... Ante esta elección —*obrero o burgués*— Shaw pareció preferir este último, el burgués —con todo el brillo de la cultura burguesa tras de sí—, al otro, el ignorante, «irracional», «brutalizado» por la miseria. De aquí nació el problema de su vida: cómo convencer a esta clase burguesa de que se arrepienta de sus pecados. Tenía que cambiarla o cruzarse de brazos de desesperación y a pesar de todo, en su fuero interno no creía que tuviese futuro, pues había leído a Marx». Véase Caudwell, *Studies in a Dying Culture*, Londres 1938, pág. 14 y s.

[637] *Ibid.*, pág. 243 y s.

[638] *Ibid.*, pág. 237.

[639] A. McBriar, *op. cit.*, pág. 71.

[640] S. Bünger, *op. cit.*, pág. 140.

[641] G. B. Shaw, *What Socialism is*, *Fabian Tract No. 13*, pág. 3.

[642] S. Webb, *English Progress toward Social Democracy*, *Fabian Tract No. 15*. Cita-do aquí según la edición de 1893, pág. 4.

[643] «Nunca llegará el momento en el que podamos decir: «*Ahora*, dejadnos descansar porque hemos llegado al socialismo», así como tampoco podemos decir: «*Ahora* se ha llegado al radicalismo». Los verdaderos principios de la organización social deben haber encontrado ya una aplicación parcial como condición de la persistencia de un organismo social existente y el progreso del socialismo no es más que su más completo reconocimiento y su más consciente aplicación como línea directriz que guía el avance de las conquistas sociales». *Ibid.*, pág. 4.

[644] «Tenemos una salida, pero solo una. Depende de nosotros si queremos reconocer a una fuerza ascendente y darle una expresión racional. Si incluso, dentro de ciertos límites, determinar también su orientación. Por esto somos socialistas y por esto lo deberían ser ustedes también. Pues si la inteligencia consciente de los dirigentes naturales de una comunidad se queda por detrás del pensamiento ascendente, si ignora las enormes fuerzas que momentáneamente se organizan con rapidez para la acción colectiva, si sigue permitiendo la miseria, la opresión y la injusticia que están incubando inevitables engendros de airada brutalidad y de furiosa venganza, entonces, una vez más, la evolución social se conseguirá en los hechos a través de una revolución social. El camino para sustraerse a esta catástrofe es la aplicación gradual de la democracia social». *Ibidem*.

[645] G. B. Shaw, *The Fabian Society: What it has done and how it has done it*, *Fabian Tract No. 41*, pág. 13.

[646] G. B. Shaw, *Socialism: true and false*, *Fabian Tract No. 51*, pág. 3 y ss.

[647] G. B. Shaw, *Report on Fabian Policy*, *Fabian Tract No. 70*. Característico de la arrogancia con que los fabianos miraban entonces a los demás socialistas es el siguiente pasaje del diario de Beatrice Webb que hace referencia al Congreso: «Para nosotros ha sido, otra cosa no esperábamos, una humillación pública. Los personajes más secundarios de entre los socialistas —en particular los socialistas ingleses— son una gente particularmente estúpida... Apretados en una sala, conscientes de que cada una de sus palabras sería difundida por la «prensa mundial», conseguían no hacer más que imbecilidades. La confusión de lenguas, de órdenes del día, la grotesca mascarada de las «naciones»: todo junto y se tienen todos los factores de

una tremenda estafa de cara a la opinión pública. Los fabianos estaban sentados callados y tomaban notas como reporteros de la «prensa capitalista»... Los fabianos si no *hacen* la historia, por lo menos la *escriben*». B. Webb, *Diary*, 14-VIII-1896, *op. cit.*

[648] G. B. Shaw, *Report on Fabian Policy*, *op. cit.*, *passim*.

[649] El artículo fue incluido en la colección de ensayos titulada *Forecasts of the Coming Century by a Decade of Writers*, Manchester 1869. En alemán apareció bajo el título «Die Illusionen des Sozialismus» en el periódico vienés *Die Zeit*, n.º 108 de 24-X-1896.

[650] E. Bernstein, «Zwei politische Programm-Symphonien», *NZ*, vol. 15:2 (1896/97), pág. 337 y s. Por lo que se refiere a las algo divertidas comparaciones entre la «moral» del trabajador y la del burgués, merece la pena observar que también Bernstein tendría más tarde ocasión de emitir un juicio sobre esta cuestión: «No tengo inconveniente en reconocer que, en general, la burguesía —sin excluir a la alemana— me parece que es todavía, no solo económicamente sino también en un sentido moral, bastante sana». E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 129, nota 1.

[651] También McBriar subraya esto. A. McBriar, *op. cit.*, pág. 29, nota 1.

[652] Esta constatación no excluye —como ya hemos visto— el hecho de que Bernstein estuviese influido también por otra parte.

[653] Aquí y en lo que sigue la exposición informativa se apoya en lo esencial en R. S. Howey, *The Rise of the Marginal Utility School 1870-1889*, Lawrence 1960, capítulos XIII y XIV.

[654] Ph. H. Wicksteed, «Das Kapital: A Criticism», *To-Day*, octubre 1884. Citado aquí según la reedición en Bernard Shaw & Karl Marx: *A Symposium 1884-1889*, New York 1913, pág. 64.

[655] «Los artículos intercambiados se diferencian el uno del otro en los *deseos específicos* que satisfacen y se parecen en el grado de satisfacción que posibilitan. La *Verschiedenheit* (diversidad) es cualitativa, la *Gleichheit* (igualdad), cuantitativa». *Ibidem*, pág. 35 (*Las palabras «Verschiedenheit» y «Gleichheit» están en alemán en el original [T.]).

[656] *Ibid.*, págs. 319 y ss.

[657] *Ibid.*, pág. 54 y ss.

[658] *Ibid.*, págs. 93 y s.

[659] G. B. Shaw, «The Jevonian Criticism of Marx», *To-Day*, enero 1885, págs. 69 a 88.

[660] *Ibid.*, pág. 73.

[661] Ver también McBriar, *op. cit.*, págs. 30 y 36.

[662] R. S. Howey, *op. cit.*, pág. 125; así como Bernard Shaw & Karl Marx, *op. cit.*, págs. 178 y s.

[663] G. B. Shaw, *Bluffing the Value Theory*, *ibíd.*, págs. 178 y ss. Más tarde Bernstein hizo traducir este artículo y lo publicó en *Dokumente des Sozialismus* (vol. 2, cuaderno 14-15, 1902, págs. 78 y ss.).

[664] «El resultado fue que yo mismo me encontré en manos del Sr. Wicksteed y me convertí en un fervoroso partidario de Jevons, fascinado por la sutileza de la teoría de Jevons y por la perfección con la que se adecuaba a todos los casos que habían conducido a los economistas anteriores, Marx incluido, a acudir a toscas distinciones entre valor de uso, valor de cambio, valor-trabajo, valor de demanda y oferta y

todas las demás confusiones de aquella época. Congruentemente, la economía abstracta de los *Fabian Essays* no es otra cosa que economía jevonsiana». G. B. Shaw, *On the History of Fabian Economics*. Apéndice I de E. Pease, *op. cit.*, pág. 276.

También Sidney Webb parece haberse confiado, al menos en parte, a las manos del Sr. Wicksteed. En un manuscrito inédito que data del año 1886 Webb afirmaba que «la teoría de Marx no se alejaba en lo esencial de la «teoría corriente del coste de producción» de los «economistas burgueses» a la que conducía también la «teoría de la utilidad marginal» de Jevons. La teoría de Jevons constituía, por su parte, «la verdadera base teórica para la existencia de la «plusvalía» que se podía encontrar ya aun cuando con débiles trazos en Quesnay y en Ricardo, pero que fue ignorada por Marx. Le estaba reservado a Jevons establecerla explícita y enteramente aun cuando no es seguro que él haya visto la transcendencia de su teoría vinculada a la «plusvalía»». S. Webb, *Interest and Wages. Being a Criticism of Karl Marx and a Statement of Economic Theory* (1886), págs. 9 y 26. LSE, *Passfield Papers*, sección VIII: ítem. 4. Manuscrito de un ensayo inédito.

[665] G. B. Shaw, «Karl Marx and «Das Kapital»», *The National Reformer* de 7-VIII, 14-VIII y 21-VIII de 1887. Reimpreso en Bernard Shaw & Karl Marx, *op. cit.*, págs. 103-171.

[666] *Ibid.*, págs. 134-138.

[667] Primero, porque la teoría de Marx toma una unidad de medida (horas de trabajo) mientras que la teoría de la utilidad marginal no lo hace: esta fue también una de las causas que indujeron a Gustav Cassel y otros a rechazar la utilidad marginal como base para la teoría de los precios. Segundo, porque la parte *cualitativa* del problema no fue rozada, ni por Wicksteed ni por Shaw, es decir, la cuestión de hasta qué punto eran indiferentes los *puntos de partida* de las abstracciones. El valor de cambio era para Wicksteed un problema exclusivamente cuantitativo determinado por la conducta del consumidor frente a los bienes útiles. Para Marx el valor de cambio era una relación social, una expresión de una relación entre productores que producían mercancías, que intercambiaban dentro de un sistema de división social del trabajo, lo que también había sido el punto de partida del análisis que hizo Adam Smith del valor de cambio». Cualquiera que sea la forma social de la riqueza —escribió Marx en *Contribución a la crítica de la economía política*— los valores de uso constituyen siempre su contenido, que en un primer momento resulta indiferente a esa forma. Al probar el trigo no se conoce quién lo ha cultivado: siervo ruso, campesino francés o capitalista inglés. Aunque el valor de uso sea objeto de necesidades sociales y se enlace, por consiguiente, a la sociedad, no expresa, sin embargo, una relación de producción social... Los valores de uso son inmediatamente medios de existencia. A la inversa, estos medios de existencia son productos de la vida social, resultados de la fuerza vital gastada por el hombre, del *trabajo objetivado*. Como materialización del trabajo social, todas las mercancías son cristalizaciones de la misma unidad». MEW 13, págs. 15 y s. Ver sobre este punto, en particular: F. Petry, *Der soziale Gehalt der Marxschen Wert theorie*, Jena 1916, capítulo 1.

[668] G. Wallas, «An Economic Eirenicon», *To-Day*, n.º 64, marzo 1889, vol. XI, pág. 83.

[669] *Fabian Essays*, *op. cit.*, págs. 12 y s. y 25.

[670] Bernstein mismo se refirió a este contacto en su artículo «Zur Theorie des Arbeitswerts», NZ, vol. 18:1 (1899/1900), pág. 358, nota 1. Aquí dice que no conocía el trabajo de Wallas cuando escribió sobre la economía socialista en Inglaterra.

[671] G. Wallas, *op. cit.*, pág. 82 y s. R. Zuckerkandl, (*Theorie des Preises*, Leipzig 1889, págs. 289 y ss.) se ocupó ese mismo año del problema de la reducción del trabajo compuesto a trabajo simple. Posiblemente la cuestión fue discutida también por Conrad Schmidt en 1885 en su correspondencia con Engels. En el año 1896 Eugen von Böhm-Bawerk dirigió un ataque a la teoría de Marx incluyendo también este punto en él. Véase E. v. Böhm-Bawerk, *Zum Abschluß des Marxschen Systems*, *op. cit.*, págs. 164 y ss. El problema había sido abordado ya mucho antes por Engels en su polémica con Eugen Dühring. Véase: F. Engels, *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft*, MEW 20, págs. 182 y ss. El hecho de que la exposición de Wallas jugó un papel particular para Bernstein se desprende tanto del artículo mencionado en la nota anterior como de la serie de artículos bajo el título «Allerhand Werttheoretisches». Ver *Dokumente des Sozialismus V* (1905), págs. 555 y s. Aun cuando sabía muy bien el alcance de la muy sistemática crítica de Böhm-Bawerk, se refería expresamente a Wallas, quien había puesto el dedo en uno «de los más delicados puntos de la teoría del valor-trabajo de Marx».

[672] E. Bernstein, «Sozialistische Ökonomie in England», *op. cit.*, pág. 49.

[673] *Ibid.*, págs. 50 y ss.

[674] *Ibid.*, pág. 53.

[675] NZ, vol. 15:1 (1896/97), págs. 164 y ss. y 204 y ss. Ver también más arriba págs. 165 y s.

[676] *Ibid.*, pág. 167.

[677] *Ibid.*, pág. 168.

[678] *Ibid.*, pág. 213. Esta idea había sido expuesta también dos años antes por Hobson en *The Evolution of Modern Capitalism*, que había sido leído por Bernstein.

[679] NZ, vol. 15: 1 (1896/97), pág. 303 y ss. así como 722 y ss. Los artículos se basaban en el libro del discípulo de Brentano Ludwig Sinzheimer *Über die Grenzen der Weiterbildung des fabrikmäßigen Großbetriebs in Deutschland*, Leipzig 1893; así como sobre un trabajo de F. König, *Die Lage der englischen Landwirtschaft*, 1896.

[680] *Ibid.*, pág. 783.

[681] La idea de Bland de que una infracción de esta ley podía comportar, por así decirlo, consecuencias reaccionarias fue desarrollada hacia esa época ampliamente por Bernstein en sus comentarios a la Historia de la Revolución Francesa de Héritier (véase más arriba, capítulo IV).

[682] NZ, vol. 15:2 (1896/97), pág. 142 y s. Por la misma época en que esto fue escrito comenzaron los socialdemócratas alemanes a desplegar una actividad política municipal «que en parte acusaba muy claramente su parentesco con los a menudo coronados por el éxito intentos de reforma de los fabianos y otros filantrópicos grupos de políticos sociales burgueses en los grandes municipios de Inglaterra». G. A. Ritter, *Die Arbeiterbewegung im wilhelminischen Reich*, *op. cit.*, pág. 214.

[683] NZ, vol. 16:1 (1897/98), págs. 484 y ss. y 548 y ss.

[684] *Ibid.*, pág. 484.

[685] *Ibid.*, págs. 555 y s.

[686] *Ibid.*, págs. 556 y s.

[687] *Ibid.*, pág. 556.

[688] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, págs. 10, 28, 30, 93 y s., 124, 126, 182 y *passim*.

[689] Se puede decir esto sobre todo en lo referente al trabajo de Beatrice Webb sobre las cooperativas y al libro de los esposos Webb titulado *Industrial Democracy*, cuya concepción de los sindicatos como órganos necesarios de la democracia es asumida por Bernstein. *Ibid.*, pág. 122.

[690] *Ibid.*, págs. 175 y 186.

[691] *Ibid.*, págs. 170 y s.

[692] Como ya se ha mostrado Conrad Schmidt, Sombart y Croce (ver el próximo capítulo) fueron también en este punto fuentes de inspiración y quizás incluso las más importantes.

[693] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, págs. 37 y ss.; «Arbeitswert oder Nutzwert?», NZ, vol. 17:2 (1898/99), págs. 548 y ss.; «Zur Theorie des Arbeitswert», NZ, vol. 18:1 (1899/1900), págs. 358 y ss.

[694] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 150.

[695] *Ibid.*, págs. 146 y s.

[696] A. McBriar, *op. cit.*, pág. 126. Véase también la siguiente anotación del diario de Beatrice Webb correspondiente al 3-X-1889: «La línea de separación atraviesa el Partido Liberal y penetra en la Sociedad Fabiana. Shaw, Wallas y Wheeler, que están más bien a favor de la guerra; J. R. McDonald y Sidney Olivier, que están desesperadamente en contra, mientras que Sidney toma una posición intermedia: piensa que una política mejor la podría haber evitado, pero como ahora que ha comenzado ya no tienen ningún sentido las recriminaciones recíprocas y que tenemos que damos cuenta del hecho de que el Transvaal y Oranje tienen que permanecer ahora dentro del Imperio Británico... Está contra la política que ha conducido a la guerra, pero como este tema es *passé*, cree en una política de mano dura con respecto a los bóeres». B. Weeb, *Diary*, vol. XX, *op. cit.*, págs. 25 y 28.

[697] G. B. Shaw, «Fabianism and Empire», *op. cit.*, págs. 44 y s. y 23 y s., citado por E. Pease, *op. cit.*, pág. 136.

[698] E. Bernstein, «París und Mainz», *Sozialistische Monatshefte*, año 1900, pág. 713 y s.

[699] Sobre el revisionismo escribe: «Su actitud de base no es positiva sino crítica. Tampoco se atreve a liberarse radicalmente del marxismo sino que intenta remodelarlo haciéndole entrega de algunos elementos del pensamiento de los fabianos con el fin de salvar de él tanto como sea posible. A consecuencia de esto aparece híbrido, poco claro y sin ninguna fuerza. El fabianismo es algo muy diferente. No solo puede ostentar la prioridad y la influencia directa sobre Bernstein sino que supera en mucho al revisionismo por su construcción sistemática de ideas propias y positivas, por fuerza interna y coherencia lógica. El fabianismo es la expresión acabada de lo que no solo de nombre sino también por su esencia se llama «socialismo democrático».» E. Reichel, *Der Sozialismus der Fabier*, Heidelberg 1947, pág. 231.

[700] Así resume E. Pease los rasgos esenciales del fabianismo en su trabajo *The History of the Fabian Society*, Londres 1925, págs. 235 y ss.

[701] *Lettere di Georges Sorel a Benedetto Croce*, *La Critica*, vol. XXV, Nápoles Bari 1927, pág. 311.

[702] D. L. Horowitz, *The Italian Labor Movement*, Cambridge Mass. 1963, págs. 30 y ss. Según S. J. Surace el consumo *per cápita* de cereales y carne disminuyó en las décadas 1881 a 1890 y 1891 a 1900. Según sus cálculos el estándar de productos alimenticios descendió de 1871-1880 a 1881-1890 en un 17 % y de 1891 a 1900 todavía en un 3 %. S. J. Surace, *Ideology, Economic Change and the Working Classes: the Case of Italy*, Berkeley 1966, pág. 46. Véase también S. B. Clough, *The Economic History of Modern Italy*, New York 1964, pág. 382, donde se encuentran datos análogos.

[703] R. Michels, «Historisch-kritische Einführung in die Geschichte des Marxismus in Italien», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. XXIV (1907), pág. 235 y s.

[704] A. Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective*, New York 1965, págs. 72 y ss. y 86 y s.

[705] Engels a Sorge, 23-II-1894, MEW 39, pág. 213.

[706] Michels relaciona incluso la escisión que sufrió el Partido Socialista hacia el cambio de siglo con esta contraposición. Véase R. Michels, *Political Parties*, New York 1915. Citado aquí según la edición de 1962, pág. 201 y s.

[707] «Cometeríamos el más grande error si practicásemos la abstención y limitásemos nuestra actitud frente a los partidos <affini> a una crítica puramente negativa. Puede llegar un momento en que tengamos que colaborar con ellos y ¿quién sabe cuándo llegará ese momento?» *Critica Sociale*, n.º 3, 4-II-1894. Reproducido en MEW 22, págs. 439 y ss. La justeza de esta observación quedó demostrada ya en las elecciones de 1899 y de 1900, cuando los socialistas y los liberales entraron en una coalición contra la extrema derecha, primero en las elecciones municipales y más tarde en las elecciones generales, lo que tuvo como resultado que el anterior gobierno de derecha se viese sustituido por una coalición de centro-izquierda dirigida por Saracco.

[708] R. Michels, *Sozialismus in Italien: Intellektuelle Strömungen*, Munich 1925, págs. 337 y ss.

[709] H. L. Gualtieri, *The Labor Movement in Italy*, New York 1946, págs. 241 y s. y 269 y ss.

[710] Robert Michels encontró que entre los 16 diputados socialistas de los años 1897 a 1900 había ocho juristas, dos médicos, un filólogo, un comerciante de cereales, un alto funcionario y un contable. R. Michels, *op. cit.*, pág. 164, tabla 1. También Cole habla de la «composición altamente intelectual de la dirección socialista». Véase G. D. H. Cole, *A History of Socialist Thought*, III: 2, *op. cit.*, págs. 728 y 711.

[711] Este fue el período más brillante y glorioso de *Critica Sociale*, que se convirtió no solo en el centro de los estudios marxianos sino incluso casi de cualquier estudio de ciencia social y en la que colaboraban con entusiasmo científicos que no eran del Partido Socialista». R. Michels, «Historisch-kritische Einführung in die Geschichte des Marxismus in Italien», *op. cit.*, pág. 232.

[712] «Si se pasa revista a la intelligentsia de aquella época, se ha de llegar a la conclusión de que, ciertamente, no todos los que llegaban al socialismo eran espíritus escogidos (pues esta moda, como todas, atrajo también a personas de todos los tipos), pero, sin embargo, si es verdad que todas o casi todas las cabezas destacadas de la joven generación tendían hacia el socialismo; se tenían entonces por signo cierto de inferioridad que alguien no se viese afectado por el socialismo y

que permaneciese indiferente ante él o que se situase frente a él con una obcecada hostilidad, como algunos hicieron». B. Croce, *Geschichte Italiens 1871-1915*, Berlín 1928, pág. 150.

[713] R. Michels, *op. cit.*, págs. 235 y s.

[714] *Ibidem*.

[715] *Ibid.*, pág. 241.

[716] Ferri (1856-1929) fue a partir del año 1897 dirigente de la oposición moderada de izquierda contra Turati, pero en 1909 integró una participación socialista en el gobierno; después abandonó el Partido. Acabó su vida como fascista. Ferri, como Croce y Merlino, reclamaba la prioridad de la duda en lo que se refería al marxismo, aun cuando su duda no fuese tan lejos como las «exageraciones» bernsteinianas. R. Michels, *op. cit.*, pág. 249, nota 133.

[717] Las afirmaciones de Ferri sobre Loria se encuentran en: *Sozialismus und moderne Wissenschaft*, Leipzig 1895, pág. 27 y s., nota 2. La caracterización que hace Engels de Loria se encuentra en la introducción al *Capital*, III, mientras que Croce polemizaba con él en el artículo «Les théories historiques de M. Loria, que fue publicado en la revista *Devenir Social*, vol. II, nov. 1896. Reproducido en: *Matérialisme et économie marxiste*, París 1901, págs. 39-89.

[718] E. Ferri, *op. cit.*, págs. V y ss., 49, 132, 134 y *passim*.

[719] *Ibid.*, pág. 138.

[720] *Ibid.*, págs. 147 y s.

[721] A este tipo de opiniones curiosas pertenecen sus opiniones sobre la mujer así como la idea de que «la mujer está, fisiológica y psíquicamente, por debajo del hombre», lo que entre otras cosas se manifestaba en una «sensibilidad más reducida» así como en una «inteligencia menor, particularmente una menor capacidad sintética; la mujer es raramente genial y esto se debe a que ha de parir hombres geniales. Por esto, las mujeres que poseen una inteligencia y una sensibilidad altamente desarrolladas tienen muy poco o ningún instinto maternal y también muchas mujeres alcanzan su pleno desarrollo espiritual solo con el fin de su vida sexual». Brevemente: para Ferri la mujer se hallaba «entre el niño y el hombre adulto». *Ibid.*, pág. 9 y s.

[722] K. Kautsky, *Darwinismus und Marxismus*, NZ, vol. 13:1 (1894/95), pág. 713. La misma consideración se repite en Kautsky en una carta a Victor Adler bastante posterior (23-V-1902) en la que refiriéndose al dirigente socialista belga Emil Vandervelde escribe, entre otras cosas: «Soy completamente imparcial con respecto a él; las habladurías sobre su revisionismo me dejan frío. Ellos no tienen nada que revisar porque no tienen ninguna teoría. Todavía no han salido del ecléctico socialismo vulgar al que quieren reducir el marxismo. Proudhon, Schäßle, Marx: todo es lo mismo para ellos y desde siempre ha sido así; teóricamente no han dado pasos atrás, no tengo, por esto, nada que reprocharles». V. Adler, *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kaustky*, *op. cit.*, pág. 400 y s.

[723] R. Michels, «Historisch-kritische Einführung...», *op. cit.*, págs. 240 y 242.

[724] Labriola a Liebknecht, 23-III-1890, en: L. Valiani, «Lettres de Antonio Labriola aux socialistes allemands et français (1890-1900)», *Bulletin of the International Institute of Social History*, vol. IX, Ámsterdam 1954, n.º 2, pág. 96.

[725] Antonio Labriola a Fischer, 12-XI-1893. Leo Valiani, *op. cit.*, pág. 106.

[726] Labriola a Croce, 15-V-1895. En: Benedetto Croce, «Come nacque e come morì il marxismo teórico in Italia (1895-1900)». *Da lettere e ricordi personali*, Bari 1938, pág. 7.

[727] Labriola a Croce, 25-V-1895, *ibíd.*, pág. 9.

[728] Labriola a Croce, 11-III, *ibíd.*, pág. 22 y s. Poco antes había escrito refiriéndose a los italianos: «Todavía no hemos superado el bakuninismo y el socialismo italiano todavía es llevado por *desviados, aventureros, estafadores y snobs*». Labriola a Croce, 31-XII-1896, *Ibid.*, pág. 24.

[729] Labriola a Croce, 8-I-1900, *ibíd.*, pág. 49.

[730] Este juicio es el de Croce, *ibíd.*, pág. 18 y s.

[731] Engels a Turati, 28-VI-1895, MEW 39, pág. 491.

[732] B. Croce, *op. cit.*, pág. 21.

[733] Neil McInnes, «Les débuts du marxisme théorique en France et en Italie 1880-1897), *Cahiers de l'Institut de Science Économique Appliquée*, n.º 102, junio 1960, pág. 48.

[734] NZ, vol. 14:1 (1895/96), pág. 729.

[735] *Ibidem*.

[736] «El tema al que está dedicado el presente artículo —escribía introductoriamente— ha sido, en tiempos recientes, repetidamente tratado por amigos y enemigos desde otros puntos de vista. A este respecto llamo la atención en particular sobre los ensayos de Antonio Labriola, muy pensados y ricos en contenido, que bajo el título *Essais sur la conception materialiste de l'histoire* han aparecido en V. Giard y E. Brière de París». NZ, vol. 16: 2 (1897/98), pág. 225.

[737] B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 40.

[738] «Como he abordado las declaraciones de Croce no puedo menos que referirme aquí todavía a las chocantes declaraciones en las que Croce, de acuerdo con Antonio Labriola, sale al paso del abuso que se comete empleando el concepto de ciencia en relación con el socialismo. Labriola propone, para remediar este abuso, hablar de «comunismo crítico» en vez de «socialismo científico». Mis puntos de vista a este respecto estaban impresos ya antes de que recibiese el final del artículo de Croce. En otro caso, me habría limitado a la reproducción de sus sorprendentes manifestaciones». E. Bernstein, «Das ideologische Moment im Sozialismus», *op. cit.*, pág. 392, nota 1.

[739] «No le es, desde luego, desconocido a Kautsky la existencia de críticos socialistas de Marx. En su momento yo he observado en *Neue Zeit* que los trabajos de gente como B. Croce, G. Sorel y otros no me han pasado desapercibidos». E. Bernstein, «Klassenkampf-Dogma und Klassenkampf-Wirklichkeit», *op. cit.*, pág. 622.

[740] E. Bernstein, «Zur Theorie des Arbeitswerts», *op. cit.*, pág. 357 y s., nota. Para Bernstein estaba evidentemente claro que la definición de Croce era una combinación por una parte de la definición de Schmidt-Sombart y por otra de la de Labriola.

[741] Bernstein, que era uno de los autores del Programa de Erfurt, replicó a Merlino en el artículo «Rund herum», NZ, vol. 10: 1 (1891/92), pág. 300.

[742] El artículo trataba de blanquismo y Socialdemocracia. Véase el comentario de Víctor Adler en: V. Adler, *Briefe an August Bebel und Karl Kautsky*, *op. cit.*, pág. 275.

[743] *Bernstein Nachlaß*, IISG, C 20. Se trata de una carta de Bernstein a Labriola. La carta no lleva fecha, pero en todo caso está escrita *después* de la publicación de

las *Premisas*. No es probable que Bernstein no hubiese conocido el carácter de la revista de Merlino. En una carta a Adler de 8-III-1891, Kautsky escribió: «Desde luego, mientras yo redacte (NZ), no será la edición alemana de la revista de Merlino», en: Víctor Adler, *Briefe an August Bebel und Karl Kautsky*, *op. cit.*, págs. 294 y s.

[744] B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 40.

[745] R. Michels, «Historisch-kritische Einführung...», *op. cit.*, pág. 249, nota 133. Merlino escribió en su *Rivista critica del Socialismo* en diciembre de 1899: «Nosotros no somos bernsteinianos; aceptamos muchas de las premisas del autor alemán (incluso nos hemos anticipado a él): no creemos en la catástrofe, ni en la ilimitada concentración de la riqueza, ni en que la economía sea todopoderosa, ni en la concepción (del marxismo) de la lucha de clases; pero no creemos en la posibilidad de transformar el actual orden social oligárquico-capitalista en uno democrático-socialista por una vía pacífica». Citado por E. Santarelli, *La revisione del marxismo in Italia. Studi di critica storica*, Milán 1964, pág. 61.

[746] En el prólogo a la edición francesa del escrito revisionista principal de Merlino, *Pro e contro il socialismo* (1897), Sorel escribió: «Me parece que Saverio Merlino es el primero que en el curso del año 1897 se ha enfrentado en *Pro e contro il socialismo* a las verdaderas cuestiones». Véase S. Merlino, *Formes et essence du socialisme*, París 1898, pág. IV.

[747] A. Gramsci, *Briefe aus dem Kerker*, Leipzig s. f., págs. 296 y s. Carta de Gramsci a su cuñada Tatiana Schucht, 18-IV-1932. Gramsci se encontraba entonces seis años tras las rejas en la cárcel de Turi, en Bari, acusado por el régimen de Mussolini de «instigación a la guerra civil, incitación al odio de clase, defensa del delito y propaganda subversiva». Según lo que hemos visto, no es cierto que Bernstein hubiese escrito que tuvo que reelaborar sus propias teorías después de leer a Croce. En la carta de Croce a Barbagallo citada por Gramsci no hay nada sobre el revisionismo. *Nuova Rivista Storica*, año XII, Milán 1928, pág. 626 y s.

[748] Neil McInnes, *op. cit.*, pág. 48.

[749] I. S. Kon, *Die Geschichtsphilosophie des 20. Jahrhunderts*, Berlín 1964, I, págs. 217 y 245. Esta edición alemana es una versión importantemente ampliada de la edición original de 1959.

[750] Con una excepción, las cartas de Engels a Labriola no han sido halladas. Ya en agosto de 1892 había comenzado Labriola los preparativos de una edición de su escrito *In Memoria del Manifesto dei Comunisti* (1895). Véase la carta de Labriola a Engels, 3-VIII-1892. En: Antonio Labriola, *Lettere a Engels*, Roma 1949, pág. 64. En una carta de 13-VI-1894, Labriola escribe sobre el «*Antidühring*» que lo encuentra bueno, «tanto más cuanto que lo utilizo constantemente». En esta carta escribe también que en los últimos años había asimilado los escritos de Marx y Engels.

[751] «El profesor Labriola, de Roma, con el que mantengo correspondencia desde hace algunos años y con quien me entrevisté en Zurich, dicta en aquella Universidad un curso sobre la génesis de la teoría marxiana. Es un marxista estricto». Engels a Friedrich Adolf Sorge, 30-XII-1893, MEW 39, pág. 188.

[752] Engels a Labriola, 8-VI-1895, MEW 39, pág. 498.

[753] La reseña fue publicada en la revista *Nowoje Slovo*. *Nowoje Slovo*, n.º 12 (1897), págs. 70-98. Reproducida en G. Plejánov, *Oeuvres philosophiques*, Moscú s. f., parte II, págs. 231 y ss.

[754] «Labriola ha penetrado completamente en el materialismo histórico tal como lo desarrollaron Marx y Engels, pero lo reproduce como pensador independiente. Así, alternativamente ha tenido que oír el reproche de no ser marxista ortodoxo o bien de no ser en absoluto marxista. A esto respondía con fina ironía: «Yo no soy ningún paladín de Marx, yo acepto todas las críticas; yo mismo soy crítico en todo lo que escribo y no niego la frase que dice que «comprender es superar». Claro que me parece necesario añadir acto seguido que *superar es haber comprendido*. Más bonachón y más profundo es el revisionismo y por lo que hace a este terreno no ha sido todavía eliminado». F. Mehring, introducción a A. Labriola, *Zum Gedächtnis des kommunistischen Manifestes*, introducción y traducción de Franz Mehring, Leipzig 1909, pág. I.

[755] Lenin a su hermana Ana, 10-XII-1897, *Werke*, vol. 37, pág. 72.

[756] A. Labriola, *Essays on the Materialistic Conception of History*, Chicago 1903, págs. 41 y ss., 47, 57, 59 y 60.

[757] Compárese, por ejemplo, la introducción al párrafo X del ensayo de Labriola, *op. cit.*, pág. 204, con la carta de Engels a Conrad Schmidt de 5-VIII-1890, MEW 37, págs. 435 y ss.

[758] *Ibid.*, págs. 97 y ss., 104, 111, 120 y s., 137, 181 y s., 201 y ss. y 210 y ss.

[759] A. Labriola, *Socialisme et Philosophie*, París 1899, págs. 1 y s., 15 y s.

[760] *Ibid.*, pág. 68 y s. y 120, nota.

[761] Labriola a Kautsky, 13-X-1895. Kautsky *Nachlaß*, IISG, K, D, XIV, n.º 406. En una carta de agosto de 1897 escribe: «Al marxismo le va mal por el mundo. Acabo de leer ahora mismo en el *Vorwärts* n.º 182 la reseña de la nueva edición de *Zur Kritik* y estoy sorprendido por la infantil sorpresa del recensor. Parece, por una parte, como si fuese la primera vez que lee el libro y, por otra, como si la dialéctica y sus dificultades fuesen algo completamente nuevo para él». Labriola a Kautsky, 10-VIII-1897, *ibid.*, n.º 434. Un año después se quejaba del poco aumento del número de marxistas en Alemania. «Una cuestión. En Alemania se multiplica de un modo sorprendente la literatura social, sociológica, económica e histórico-económica. Es bien conocido que gran parte de ella se orienta contra el socialismo. ¿Cómo es posible que la Socialdemocracia no se haya atraído a nuevas fuerzas intelectuales (y eso en un país como Alemania en el que tan numerosos son los doctores) para, al menos, seguir polemizando con el necesario conocimiento de causa y la requerida habilidad dialéctica? Te has quedado, si no me equivoco, *casi solo*». Labriola a Kautsky. 8-X-1898, *ibid.*, n.º 439.

Y más resignado, en una de las últimas cartas (Labriola murió en 1904): «Os felicito por el bello n.º 23 que *Neue Zeit* ha dedicado a la memoria de Marx. Estoy casi completamente de acuerdo con la interpretación del momento actual que se hace en él: solo que yo soy como un poco más pesimista en lo que se refiere a la tercera crisis del marxismo y, en particular, por lo que concierne a los países latinos tengo buenos motivos para serlo». Labriola a Kautsky, 14-III-1903, *ibid.*, n.º 454.

[762] A. Labriola, *Socialisme et Philosophie*, *op. cit.*, pág. 202, nota.

[763] «Me he divertido mucho leyendo las groserías que Plejánov ha escrito contra Bernstein. Que todo un Plejánov hable con tal soberano menosprecio de la filosofía alemana actual ya es suficientemente cómico. Apuesto... a que Plejánov no sabe ni pío de toda la filosofía alemana actual. Este modo arrogante de hablar de la

ciencia va a hacer que por ahí mucha gente se tome el socialismo *científico a risa*. La culpa de esto la tiene el que hay mucha gente para quienes el marxismo ¡no es más que una especie de nueva omnisciencia! Esta gente no entiende que aunque sean buenos marxistas, para poder hablar de historia, filosofía, etc., han de empezar, como el resto de los mortales, simplemente, por estudiar. Un Marx joven, en 1898, aprendería modestamente lógica con Wundt». Labriola a Kautsky, 8-X-1898, *Kautsky Nachlaß*, IISG, K. D. 439. Labriola hace referencia al artículo de Plejánov «Bernstein und der Materialismus», NZ, vol. 16: 2 (1897/98), págs. 546 y ss. Es de todos modos posible que Labriola tuviese presente en este comentario más la forma que el contenido del artículo, pues un año antes, en una carta a Plejánov de 21-VI-1897, le había agradecido a este su reseña de los *Ensayos* y su apoyo, mientras que el apoyo de los socialdemócratas alemanes brilló por su ausencia. G. Plejánov, *Oeuvres philosophiques*, II, *op. cit.*, pág. 798.

[764] A. Labriola, *Socialisme et Philosophie*, *op. cit.*, pág. 202, nota.

[765] Croce formuló este punto de vista por primera vez en una nota a pie de página al artículo «Les théories historiques de Mosieur Loria», *op. cit.*, págs. 55 y s. Labriola dirigió su crítica en una carta a Croce de 3-XII-1896. En: B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, págs. 33 y s.

[766] Labriola a Croce, 28-II-1898, en: B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 39.

[767] *Ibid.*, pág. 40.

[768] A. Labriola, *Socialisme et Philosophie*, *op. cit.*, pág. IV. «Este hábil Sorel —escribió Labriola a Croce en una carta de 3-XII-1898—, reduce la crisis del marxismo... en un esquema fugaz». B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 42.

[769] Labriola a Croce, 9-X-1898. En: B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, págs. 41 y s.

[770] Ver más arriba, nota 39.

[771] Labriola a Croce, 8-I-1900. En: B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 48.

[772] Labriola hizo una reseña de la obra principal de Masaryk, «Die philosophischen und soziologischen Grundlagen des Marxismus» (1899), en: NZ, vol. 18: 1 (1899/1900), págs. 68 y ss. La misma reseña está publicada también en: *Rivista italiana di Sociología*, vol. III (1899).

[773] A. Labriola, *A propos du livre de Bernstein. Le mouvement socialiste*, 1900, pág. 458.

[774] Labriola a Liebknecht, 8-VIII-1899. En: Leo Valiani, *Lettres de Antonio Labriola*, *op. cit.*, pág. 110.

[775] Labriola a Croce, 8-I-1900. En: B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 48.

[776] Véanse las manifestaciones de Labriola sobre este punto tanto en el primero como en el tercer ensayo: *Essays on the Materialistic Conception of History*, *op. cit.*, pág. 11, y *Socialisme et Philosophie*, *op. cit.*, pág. 2.

[777] A. Labriola, *Essays on the Materialistic Conception of History*, *op. cit.*, págs. 17 y s.

[778] A. Labriola, *Socialisme et Philosophie*, *op. cit.*, pág. 80.

[779] *Ibid.*, págs. 120 y s. Se trata verdaderamente de una carta de Labriola a Turati de 5-VI-1897 que fue reproducida en la *Critica Sociale* de 15-VI del mismo año y que Labriola publicó *in extenso* en el capítulo 7 de los *Essays*. La polémica en contra de los socialistas que querían resucitar a Kant continúa en una nota a pie de página añadida solo, según parece, en la edición francesa, ya que en ella Labriola se refiere expresamente al trabajo de Ludwig Woltmann *System des moralischen Rechts-*

bewußtseins, Dusseldorf 1898. El ensayo de Labriola había sido publicado por Croce ya a finales de 1897. Véase: B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 36.

[780] Sadi Gunter (seudónimo de Franz Staudinger), «Antonio Labriola und die Ethik», *NZ*, vol. 18: 2 (1899/1900), págs. 556 y ss.

[781] A. Labriola, *Socialisme et Philosophie*, *op. cit.*, pág. 81.

[782] A. Labriola, *Essays on the Materialistic Conception of History*, *op. cit.*, págs. 99, 103, 127, 135, 156 y 222.

[783] En la Introducción a la *Contribución a la crítica de la economía política*.

[784] Por ejemplo, el Kautsky maduro en *Die materialistische Geschichtsauffassung*, Berlín 1929, parte I, pág. 28; Max Adler, *Lehrbuch der materialistische Geschichtsauffassung*, Berlín 1930, parte I, en particular págs. 31 y ss.; así como Karl Korsch, *Karl Marx*, New York 1938, págs. 167 y ss. (edición alemana, Frankfurt/M. 1967).

[785] Lo mismo hace en la conocida síntesis de la teoría que Marx ofrece en la carta a J. Weydemeyer de 5-III-1852.

[786] V. Pareto, «Du matérialisme historique»; *Zeitschrift für Sozialwissenschaft*; I; (1898), págs. 149, y ss.

[787] A. Labriola, *Socialisme et Philosophie*, págs. 23 y s. y 116.

[788] *Ibid.*, pág. 29.

[789] *Ibid.*, pág. 27.

[790] E. Bernstein, «Klassenkampf-Dogma und Klassenkampf-Wirklichkeit», véase más arriba, nota 39.

[791] Refiriéndose al primer trabajo de historia de la filosofía de Croce, *La storia ridotta sotto il concetto generale dell'arte* (1893), Collingwood escribe lo siguiente acerca de la relación entre Croce y Windelband:

«Recientemente fue discutida, particularmente en Alemania, la cuestión de si la historia es ciencia o arte y las respuestas se pronunciaron mayoritariamente por considerarla como ciencia. Recuértese que el ataque de Windelband a esta respuesta solo tuvo lugar en 1894. Por esto puede ser útil una comparación de los ensayos de Croce con los de Windelband; en muchos aspectos se parecen, pero ya en este momento temprano de sus carreras, era evidente que Croce superaba a Windelband en entendimiento filosófico y que penetró más profundamente en una cuestión discutida». R. G. Collingwood, *The Idea of History*, New York 1946. Cita extraída de la edición de 1956, pág. 191. Lönne subraya también la relación existente entre la filosofía de Croce y la de los neokantianos alemanes. Véase K. G. Lönne, *Benedetto Croce als Kritiker seiner Zeit*, Tübingen 1967, págs. 19 y s., 37, notas 81 y 39 y s.

[792] B. Croce, *Beitrag zur Kritik meiner selbst*, en: R. Schmidt (ed.), *Die Philosophie der Gegenwart in Selbstdarstellungen*, Leipzig 1923, pág. 13.

[793] Croce invoca a Schopenhauer, Dilthey y Simmel. La idea, que recorre toda la filosofía de la historia neokantiana, de que las ciencias de la naturaleza se ocupan de *tipos* mientras que la historia se ocupa de *individuos*, se retrotrae a Schopenhauer, a quien Croce cita en este punto. Véase R. G. Collingwood, *op. cit.*, pág. 167 y K.-E. Lönne, *op. cit.*, pág. 37, nota 81. Sobre esta concepción Reichenbach ha escrito: «El filósofo científico saludaría todo intento de abordar la ciencia social con un método filosófico análogo al que con tanto éxito ha sido utilizada en la ciencia natural.

Se niega simplemente a reconocer una filosofía que traza una línea de separación entre las ciencias sociales y las de la naturaleza y que pretende que conceptos

tan fundamentales como explicación, ley científica o tiempo hayan de ser definidos diversamente para cada uno de tales campos.

Este tipo de pretensiones son a menudo una consecuencia de una mala comprensión de las ciencias matemáticas. En realidad el análisis causal utilizado en Física, acerca esencialmente aquella ciencia a la sociología más que nunca; el saber que las leyes físicas se derivan de las probabilidades y no están dictadas por la razón debería estimular a los sociólogos a formular leyes aun cuando estas leyes solo fuesen válidas para una mayoría de ejemplos... El argumento de que los sucesos sociológicos son únicos y resultan irrepetibles es insostenible puesto que lo mismo ocurre con los sucesos físicos. El tiempo nunca es el mismo un día y otro... El científico supera estas dificultades subordinando los casos individuales a una clase y buscando leyes que dominen las diferentes condiciones únicas al menos en la mayoría de los casos. ¿Por qué no podría el sociólogo hacer lo mismo?» H. Reichenbach, *The Rise of Scientific Philosophy*, Berkeley 1958, págs. 309 y s. La concepción defendida por Reichenbach, que era —y es— común para el positivismo y el marxismo, se vio, sin embargo, muy desplazada hacia el cambio de siglo por la filosofía de la historia neoidealista de Rickert, Windelband, Simmel y otros.

[794] «Esta carta certifica la fecha de nacimiento del marxismo teórico en Italia». B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 5.

[795] *Ibid.*, pág. 8.

[796] El estudio de Lafargue se halla en *Devenir Social*, vol. I, n.º 4-6, 1895. Véase más adelante, capítulo VI apartado B. El trabajo de Croce, «Sul comunismo di Tommaso Campanella» fue publicado en lengua italiana en *Archivio storico per le province napoletane*, XX (1895) n.º 4, publicado en francés en: B. Croce, *Matérialisme historique et économie marxiste. Essais critiques*, París 1901, apéndice I, págs. 257-316.

[797] B. Croce, *op. cit.*, págs. 269 y s.

[798] B. Croce, «Les théories historiques de Monsieur Loria», *Devenir Social*, vol. 2 (1896), reproducido en: B. Croce, *Matérialisme historique et économie marxiste*, págs. 39-89. El enjuiciamiento de Labriola se encuentra en una carta a Croce de 5-XII-1896, aludido en B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 26.

[799] Cosa que hizo en una larga nota a pie de página en la que formuló por vez primera la concepción de la teoría económica marxista que más adelante había de desarrollar ampliamente en su crítica sistemática de Marx. *Ibid.*, pág. 55 y s.

[800] B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, págs. 28 y s.

[801] «Sulla concezione materialistica della storia», *Atti dell'Accademia Pontaniana di Napoli*, vol. XXVI, 3-V-1896; aquí se cita según la traducción inglesa de Meredith, *Historical Materialism and the Economics of Karl Marx*, Londres 1914, págs. 1-26.

[802] B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 30.

[803] En italiano en: *Atti dell'Accademia Pontaniana di Napoli*, vol. XXVII, 21-IX-1897.

[804] B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, págs. 36 y s.

[805] Según Labriola, Croce escribió su trabajo en calidad de una «libre recensión» de *Discorrendo* (de Labriola). Véase: el epílogo de A. Labriola a la edición alemana del trabajo citado en último lugar incluido en *Socialisme et Philosophie*, *op. cit.*

[806] B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 47. Doce años más tarde Croce escribió corroborando: «Después de un entusiasmo o borrachera marxista, que duró

algunos meses y que fue rápidamente devorado por mi espíritu crítico, volví con una confianza reforzada a la tradición liberal a la que pertenecía». B. Croce, «II marxista odierno», en: *Quaderni della «Critica»*, vol. IV (1950), pág. 188, citado según I. S. Kon, *op. cit.*, pág. 216, nota. 9.

[807] B. Croce, *Matérialisme historique et économie marxiste*, *op. cit.*, pág. II y s.

[808] B. Croce, *Historical Materialism and the Economics of Karl Marx*, *op. cit.*, pág. 2.

[809] En una carta a Croce de 15-V-1895, Labriola expresaba su malestar por el epíteto «materialista» aplicado a la filosofía marxista. B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 7.

[810] B. Croce, *Historic Materialism and the Economics of Karl Marx*, *op. cit.*, pág. 12.

[811] Como se desprende de lo consignado en el capítulo II, apartado A, Engels pensaba en una autonomía *relativa*.

[812] *Ibid.*, págs. 17 y s.

[813] *Ibid.*, pág. 22.

[814] *Ibid.*, pág. 11.

[815] *Ibid.*, pág. 25.

[816] *Ibid.*, pág. 26.

[817] *Ibidem*.

[818] *Ibid.*, págs. 27-47. El artículo fue publicado en *Devenir Social*, vol. 4 (1898).

[819] *Devenir Social*, vol. 4 (1898). Citado aquí según la edición inglesa mencionada más arriba.

[820] «El físico observa los procesos naturales allí donde estos se presentan en la forma más ostensible y menos velados por influencias perturbadoras, o procura realizar, en lo posible, sus experimentos en condiciones que garanticen el desarrollo del proceso investigado en toda su pureza. En la presente obra nos proponemos investigar el régimen capitalista de producción y las relaciones de producción y circulación que a él corresponden. El hogar clásico de este régimen es, hasta ahora Inglaterra. Por eso tomamos a este país como principal ejemplo de nuestras investigaciones teóricas... Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir». K. Marx, *Das Kapital*, I, Prólogo a la primera edición, MEW 23, pág. 12.

Compárese con J. S. Mill: «No es ninguna ley de nuestro intelecto el hecho de que cuando comparamos cosas entre sí y constatamos su coincidencia, no hacemos más que reconocer algo realizado en el mundo exterior que ya estaba presente anteriormente en nuestra mente. La percepción ha encontrado su camino inicialmente como un *resultado* de una comparación de este tipo. Se llegó a ella (expresándolo metafísicamente) por *abstracción* de las cosas individuales». J. S. Mill, *A System of Logic*, New York 1878, pág. 456.

[821] B. Croce, *Historical Materialism and the Economics of Karl Marx*, *op. cit.*, pág. 161.

[822] *Ibid.*, pág. 56.

[823] *Ibid.*, pág. 64 y s. Como ya se ha mostrado antes (nota 99), Croce formuló este punto de vista ya en su polémica contra A. Loria.

[824] *Ibid.*, pág. 68.

[825] *Ibid.*, págs. 70 y s.

[826] *Ibid.*, pág. 76.

[827] *Ibid.*, pág. 78.

[828] *Ibid.*, págs. 102 y s.

[829] *Ibid.*, pág. 130.

[830] *Ibid.*, pág. 104. Aquí se descubre con particular claridad que Croce se inspiraba en la filosofía de la historia alemana de la época: «La ley tiene un carácter ideal; ningún puente conduce de ella a la realidad palpable, que, mucho más, ha de ser puesta completamente fuera por medio de un acto peculiar. En la medida, así pues, en que la ciencia de la historia ha de descubrir, lo que realmente ha ocurrido, al ser la ciencia de la realidad por antonomasia, entra en la contraposición más aguda que se pueda concebir con toda ciencia que se sirva de legalidades». G. Simmel, *Die Probleme der Geschichtsphilosophie*, Leipzig 1892, págs. 42 y s.

[831] «Pareto ha subrayado la importancia de lo no lógico en la evaluación de la conducta social del hombre, pero abordó el problema dando muestras de una ostensible antipatía. Para Croce, el reino de lo irracional siempre fue algo repulsivo y lo evitó en la medida de lo posible». H. Stuart Hughes, *op. cit.*, pág. 94.

[832] *Ibid.*, pág. 105.

[833] *Ibid.*, pág. 106.

[834] «La filosofía de Croce no ofrece, para cualquier crítico escéptico, ninguna fundamentación satisfactoria de la verdad histórica. Al final siempre se ve uno remitido a un <acto de fe>. Esta es la ironía última del pensamiento crociano: lo que empieza como teoría racionalista acaba en una especie de misticismo. Pero tampoco en esto era Croce lo suficientemente estricto y consecuente». H. Stuart Hughes, *op. cit.*, pág. 227.

[835] *Ibid.*, pág. 111.

[836] *Ibid.*, págs. 114 y s. Marx y Engels tomaron posición teórica con respecto al imperativo categórico kantiano ya en «La Ideología alemana» (1856, reeditado en Berlín, 1953), págs. 196 y ss., en la que dan una interpretación sociológica de la filosofía moral kantiana.

[837] Decimos *nuevamente* porque el socialismo ético significaba una vuelta a posiciones anteriores del socialismo en tanto en cuanto derivaba el socialismo, no de leyes del desarrollo de la sociedad, sino, de exigencias y valoraciones morales. «El socialismo es para todos ellos la expresión de la verdad, la razón y la justicia absolutas y solo precisa ser descubierto para conquistar, por su propia fuerza, el mundo». F. Engels, *Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft*, MEW 19, pág. 200.

[838] Haciendo gala de una característica modestia, Croce afirmaba en 1938 que el marxismo había dejado de existir en el preciso momento en que él mismo dejó de interesarse por él. «El marxismo teórico se agotó hacia 1900 en Italia y en todo el mundo». B. Croce, «Come nacque...», *op. cit.*, pág. 50.

[839] La primera parte del artículo de Bernstein ya estaba impresa antes de que este hubiese leído el final del ensayo de Croce.

[840] E. Bernstein, «Das ideologische und das realistische Moment im Sozialismus», en: *Zur Theorie und Geschichte des Sozialismus*, II, págs. 125, 133 y *passim*.

[841] Compárese B. Croce, *Historical Materialism and the Economics of Karl Marx*, *op. cit.*, pág. 25 y particularmente págs. 107 y ss. con E. Bernstein, *op. cit.*, págs. 139 y ss.

[842] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 6. Véase también pág. 7: «Se estará de acuerdo en que esto suena de forma algo diferente al pasaje de Marx citado al principio».

[843] *Ibid.*, pág. 11.

[844] *Ibidem.*

[845] *Ibidem.*

[846] B. Croce, *Historical Materialism and the Economics of Karl Marx*, *op. cit.*, págs. 50 y 56 y s.

[847] E. Bernstein, *op. cit.*, pág. 37 y s.

[848] B. Croce, *op. cit.*, págs. 60 y s.

[849] E. Bernstein, *op. cit.*, págs. 44 y s.

[850] B. Croce, *op. cit.*, págs. 64 y s. y E. Bernstein, *op. cit.*, págs. 45.

[851] B. Croce, *op. cit.*, pág. 62.

[852] E. Bernstein, *op. cit.*, pág. 42.

[853] B. Croce, *op. cit.*, pág. 68.

[854] E. Bernstein, *op. cit.*, págs. 41 y s.

[855] En Max Nettlau, *Anarchisten und Sozialrevolutionäre. Die historische Entwicklung des Anarchismus in den Jahren 1880-1886*, Berlín 1931, págs. 281 y ss., se encuentran datos biográficos sobre Merlino, así como en el trabajo del mismo autor *Anarkismen genom tiderna*, Estocolmo 1954. Véase asimismo la introducción de A. Venturini al texto de S. Merlino, *Revisione del marxismo*, Bologna 1954, en particular las págs. 1 a 4.

[856] M. Nettlau, *Anarchisten und Sozialrevolutionäre*, *op. cit.*, pág. 281.

[857] Esto se desprende de su obra principal, *Formes et essence du socialisme*, *op. cit.*, pág. 217, donde hace del espíritu de *fair play* de los ingleses el germen de la moral política del futuro.

[858] A. Venturini, *op. cit.*, pág. 3.

[859] M. Nettlau, *Anarkismen genom tiderna*, *op. cit.*, págs. 199 y s.

[860] S. Merlino, *Pro e contro il socialismo*, Milán 1897.

[861] *Sozialistische Monatshefte* (1897), págs. 535-537.

[862] S. Merlino, *Formes et essence du socialisme*, *op. cit.*, El artículo era una reelaboración de la edición italiana más un folleto, *L'Utopia collettivista*, 1898.

[863] A. Venturini, *op. cit.*, pág. 10.

[864] S. Merlino, *Pro e contro il socialismo*, *op. cit.*, págs. 190-192.

[865] S. Merlino, *Formes et essence du socialisme*, *op. cit.*, págs. 5, 10, 11 y 12.

[866] *Ibid.*, pág. 51.

[867] *Ibid.*, págs. 57 y s.

[868] *Ibid.*, págs. 59 y ss. Subraya también las grandes diferencias *en el seno* de la clase obrera. E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...* *op. cit.*, págs. 89 y ss.

[869] *Ibid.*, págs. 64 y ss.

[870] *Ibid.*, pág. 121.

[871] *Ibid.*, pág. 122.

[872] *Ibid.*, pág. 183.

[873] *Ibid.*, pág. 201.

[874] *Ibid.*, pág. 205.

[875] *Ibid.*, págs. 212 y s.

[876] *Ibid.*, pág. 217.

[877] *Ibid.*, pág. 237.

[878] *Ibid.*, pág. 268.

[879] MEW 1, pág. 391.

[880] G. Sorel, *Mes raisons du syndicalisme*, en: *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, 3ª edición, París 1929, págs. 252 y s. El texto añadido fue publicado originalmente por la revista romana *Divenire Sociale*, marzo-mayo 1910. «Las obras de Sorel y de Merlino parecían, por momentos, confluir». M. Freund, *Georges Sorel. Der revolutionäre Konservatismus*, Frankfurt am Main 1932, pág. 96. Véase asimismo J. Meisel, *The Genesis of Georges Sorel*, Ann Arbor 1951, págs. 113-118, así como Georges Goriely, *Le pluralisme dramatique de Georges Sorel*, París 1962, págs. 116 a 117.

[881] La reseña del libro escrita por Sorel en octubre de 1897 fue su última contribución a la revista *Le Devenir Social*, fundada por Lafargue, Deville y Bonnet y escrita en gran parte por aquel.

[882] Ya en el primer número de *Le Devenir Social*, que parece haber sido hecho en gran parte por Sorel, anunciaba para los próximos números artículos, entre otros, de Bernstein.

[883] «He mantenido una correspondencia con Bernstein que me ha enseñado mucho sobre la Socialdemocracia alemana: se trata de un movimiento obrero *en su infancia*. Hay muchas cosas buenas en su libro, pero se nota en muchos puntos que le falta una cultura filosófica general». Sorel a Croce, 19-XII-1899, *La Critica*, vol. 25 (1927), pág. 312.

[884] De julio de 1898, ver NZ, vol. 16 II (1898/99), págs. 572 y s.

[885] NZ, vol. 16 II (1897/98), pág. 225. «Kautsky no desconoce, desde luego, que existen también críticos socialistas de Marx. Ya he observado en su momento en *Neue Zeit* que los trabajos de gente como B. Croce, G. Sorel y otros no me han pasado desapercibidos». NZ, vol. 17 II (1898/99), pág. 622.

[886] *Page sparse I-II*, Nápoles 1919, págs. 291 y 277, citado en J. Meisel, *op. cit.*, pág. 283.

[887] V. I. Lenin, *Materialismus und Empiriokritizismus*, *Werke* vol. 14, pág. 294.

[888] «Su espíritu era una encrucijada expuesta al viento en la que soplaban casi todas las teorías sociales de comienzos del siglo veinte». H. Stuart Hughes, *Consciousness and Society. The Reorientation of European Social Thought 1890-1930*, New York 1958, pág. 161. Compárese con J. Meisel, *op. cit.*, págs. 14 y ss. Los intentos que hizo el biógrafo quizá más genial de Sorel, Michael Freund, por reunir los diversos elementos dan el cuadro más impresionante: «Sorel asintió, así, al mismo tiempo a Ebert, Mussolini y Lenin. Que aquí existen contradicciones es algo difícil de poner en duda y, sin embargo, de todos modos, algo ha de decirse acerca de la posibilidad principal de adherencia a tres mundos tan diferentes». M. Freund, *op. cit.*, pág. 248.

[889] «Ya en su obra temprana era Sorel el «evolucionario conservador». Cuando más tarde se convirtió en defensor de la revolución proletaria, lo hizo porque decidió que las únicas fuerzas verdaderamente conservadoras se encontraban entre aquellas que rechazaban las propuestas utilitaristas tanto de la burguesía como de la intelectualidad pseudorrevolucionaria». J. Meisel, *op. cit.*, pág. 48. M. Freund, *op. cit.*, págs. 13 y ss. G. Goriely, *op. cit.*, págs. 18 y ss. M. Curtis, *Three against the Third Republic: Sorel, Barres and Maurras*, Princeton 1959, págs. 86 y ss. Freund ha esbozado

certeramente el marco del conservadurismo de Sorel: «Tras el desastre de Francia en 1870 se estaba formando un frente contra la Revolución francesa. Bourget había dado la solución: *défaire l'oeuvre meurtrière de la révolution* (destruir la obra mortífera de la revolución). Los historiadores argumentaban a favor de una nueva postura de la nación francesa con respecto a su gran revolución. Taine lo hacía con pasión. Albert Sorel con objetividad, Renan con el ¡Ay, ay! del profeta, Tocqueville simultáneamente con una especie de temor religioso y con la fría actitud de quien hace una disección. De la desilusión que produjo la catástrofe de 1891 nació una nueva imagen de la Revolución francesa. Albert Sorel, Renan, Taine nos dominan actualmente, dice Lucien Romier. Daniel Halévy dice en su *Apologie pour notre passé*, aquella brillante historia espiritual de la época de Dreyfus, lo siguiente acerca de la 'tremenda requisitoria' de Renan, Taine y los demás contra la Revolución francesa: desde hacía 20 años, si no desde 50, la intelligentsia francesa trabajaba para los reaccionarios: «Taine, Renan, Bourget, Brunetière han sido sus maestros —nuestros maestros—: ellos habían olvidado, nosotros habíamos olvidado: la historia de la revolución. A menudo Sorel marchaba al frente de aquellos que querían liberar Francia de la 'obra mortífera de la revolución'. La revolución, dijo en una ocasión, ha condenado a Francia a vivir en una estepa» M. Freund, *op. cit.*, pág. 190.

[890] G. Sorel, *Contribution à une étude profane de la Bible*, París 1899, pág. VII, citado en Goriely, *op. cit.*, pág. 31 y J. Meisel, *op. cit.*, pág. 48.

[891] J. Meisel, *op. cit.*, pág. 53.

[892] M. Curtis, *op. cit.*, pág. 86.

[893] Proudhon, Sorel y Bernstein estaban llenos de la misma profunda aversión contra el espíritu que había animado a los revolucionarios de 1789 y 1848. La misma actitud e incluso el mismo modo de expresión se encuentra también en Taine, quien en el cuarto libro de *Les origines de la France contemporaine* define a los jacobinos como «políticos de café, presidentes de club, oradores callejeros, instigadores de disturbios y dictadores de pacotilla». H. Taine, *Die Entstehung des modernen Frankreichs*, Leipzig 1893, parte II: 2, pág. 28 «En los escritos históricos de Taine quedaba patente que lo esencial de la influencia del pensamiento social positivista era de carácter conservador. Su odio a la democracia y el miedo al pueblo anticipa el *shock* de la Comuna de París, a la que hace referencia a veces, y es una parte integral de su filosofía social positivista. Se puede afirmar que Taine ha jugado un papel más importante que cualquier otro escritor en el desarrollo de una corriente de pensamiento antidemocrática entre los intelectuales de la Tercera República. Toda una generación de estudiantes aprendió de él a condenar la revolución que había inaugurado el republicanismo francés y a ver en el jacobinismo la raíz de todos los males». A. Cobban, *A History of Modern France*, II, Bristol 1967, pág. 77.

[894] G. Goriely, *op. cit.*, pág. 19.

[895] Tanto Freund *op. cit.*, págs. 40 y ss., como Goriely, *op. cit.*, págs. 50 y ss., utilizan esta expresión como título para el tercer capítulo de sus biografías.

[896] G. Sorel, «Science et Socialisme», *Revue philosophique*, tomo 3 (1893), págs. 509 y ss.

[897] El estudio fue publicado en *L'Ère Nouvelle*, marzo-junio 1894. Aquí se cita según la nueva edición de Berth bajo el título elegido por Berth: *D'Aristote à Marx*, París 1935.

[898] *Ibid.*, pág. 96.

[899] *Ibid.*, pág. 93 y s.

[900] *Ibid.*, pág. 94 y ss.

[901] *Ibid.*, págs. 96, 112 y s., 114 y s., 190, 208, 226 y s., 240 y s., 261, 264 y 266.

[902] «La tecnología nos descubre la conducta activa del hombre con respecto a la naturaleza, el proceso inmediato de producción de su vida y, por tanto, de las condiciones de su vida social y de las presentaciones espirituales que de ellas se derivan». K. Marx, *Das Kapital*, I, MEW 23, págs. 393 y s., nota 89.

[903] G. Sorel, *D'Aristote à Marx, op. cit.*, págs. 96, 201, 227 y 266 y s.

[904] Sorel se encontraba probablemente hacia esa época bajo la influencia de una idea que Engels había expuesto precisamente en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, que había sido publicada en *L'Ère Nouvelle* de abril-mayo de 1894. En su escrito Engels había puesto de manifiesto, precisamente, la relevancia de la tecnología industrial para la expansión del conocimiento.

[905] Un marxista tampoco habría podido tener la alta valoración de Bergson que se expresa en las siguientes palabras por vez primera: «Un poderoso árbol que se alza en la yerma estepa de la filosofía contemporánea». *Ibid.*, pág. 167.

[906] El artículo vio la luz en *L'Ère Nouvelle* de agosto-octubre de 1894 y en 1901 fue editado en forma de libro con el título *La ruine du monde antique; Conception matérialiste de l'histoire*; citamos según la última edición (París 1925). Sorel efectuó posteriormente adiciones y correcciones.

[907] Prólogo a la edición de 1901, *op. cit.*, pág. XVIII.

[908] *Ibid.*, pág. 159.

[909] *Ibid.*, pág. 200.

[910] *Ibid.*, pág. 201.

[911] *Ibid.*, pág. VII.

[912] *Ibid.*, pág. 44.

[913] *Ibidem.*

[914] *Ibid.*, pág. 168 y 211.

[915] *Ibid.*, págs. 93 y s.

[916] *Ibid.*, págs. 104 y s.

[917] *Ibid.*, págs. 102 y 142.

[918] Para Engels, que los tres pilares más importantes del Imperio Romano, a saber, el derecho civil romano, el sistema tributario romano y el derecho romano nivelasen las relaciones sociales y políticas en los países conquistados constituyó una premisa para la victoria del Cristianismo. A causa de ello, a partir de los diferentes pueblos y estratos sociales del Imperio, se formaron tres clases principales: los ricos, los libres carentes de propiedad y los esclavos. Frente al Emperador, que se apoyaba materialmente en el ejército y moralmente en la difundida idea de que no existía ninguna alternativa al poderío militar, sin embargo, todas las clases mostraban la misma impotencia.

Esta situación social condujo a un extendido pesimismo, a la desmoralización y a las supersticiones, pero también a un ansia de redención. Sin embargo, las masas no podían encontrar en las viejas religiones ningún consuelo firme porque estas se disolvían también paralelamente a la vida social y política de los pueblos. Por otra parte, algo que no fuese una redención espiritual era imposible. En esta situación

histórica, el Cristianismo constituyó la solución. A diferencia de las otras religiones, el Cristianismo se dirigía a *todos* los hombres sin distinción de origen o rango. Correspondía así a la necesidad de un Imperio mundial. Por lo demás, demostraba ser una solución. Se dirigía a todos los hombres y decía: la raíz de todos los males externos e internos a ti se halla en ti mismo. Con la expiación —a la que las masas ya estaban acostumbradas por las otras religiones y que fue revestida por el auto-sacrificio del Hijo de Dios en el Cristianismo de una forma simple y tangible— se les ofrecía a los hombres una solución. Esta religión también podía ser útil al Imperio para sus fines: Constantino vio en ella «el mejor medio» para erigirse en soberano único del Imperio romano.

Estos son, expuestos con la mayor brevedad, algunos de los más importantes elementos de la explicación de Engels según la cual, las características internas de la religión cristiana supusieron la premisa principal de su triunfo. Estas características obtuvieron su poder de convicción como consecuencia de las condiciones sociales, económicas y religiosas reinantes en el Imperio romano. La interpretación materialista, por tanto, aunaba el análisis de la base del edificio social con el de su superestructura, pero ponía, en cierto modo, el acento con mayor intensidad en la estructura y las modificaciones de la superestructura (del sistema estatal y de las religiones) F. Engels, *Bruno Bauer und das Urchristentum* (1882), MEW 19. págs. 297 y ss.

[919] La idea citada en último lugar se encuentra en Neil McInnes, «Les débuts du marxisme théorique en France et en Italie (1880-1897).» En: *Cahiers de l'Institut de Science Économique Appliquée*, n.º 102. París 1960, págs. 7 y ss. McInnes se apoya para ello en los juicios del mismo Sorel.

[920] Por ejemplo en la siguiente formulación del papel de la economía en el desarrollo histórico: «El marxismo... mantiene así, que el progreso económico constituye la condición para la consecución de una nueva sociedad». G. Sorel, *La ruine du monde antique*, *op. cit.*, pág. 44.

[921] Esto le lleva asimismo a negar cualquier posibilidad de prognosis del futuro: «Del mismo modo que no podemos decir nada en absoluto de cómo será una máquina de vapor dentro de un siglo, nada podemos decir acerca de cómo la sociedad colectivista: intentemos entender y enjuiciar lo que hacemos ahora». G. Sorel, *D'Aristote à Marx*, *op. cit.*, pág. 115. Niega también la posibilidad de principio de una ciencia de la acción humana. *Ibid.*, pág. 188.

[922] Así, consideraba la teoría de la plusvalía de Marx únicamente como un «complemento» a las observaciones de Aristóteles sobre la teoría del comercio (crematística).

[923] Sorel da la siguiente definición general del estado: «En cierto sentido el estado es un grupo de personas que explota a las clases privilegiadas ofreciéndoles a estas a cambio el poder para explotar a las clases trabajadoras». G. Sorel, *La ruine du monde antique*, *op. cit.*, pág. 202.

[924] «Sorel odia y desprecia la cultura de la burguesía, pero sin embargo, en ningún punto concreto es capaz de liberarse espiritualmente de ella, que ejerce una influencia determinante en todo su pensamiento. Así, si su odio y su desprecio pugnan por expresarse, el resultado no puede ser más que un salto irracionalista en lo totalmente desconocido, en la pura nada. Lo que Sorel denomina proletario no es otra cosa que una negación abstracta de todo lo burgués carente de cualquier con-

tenido concreto. En cuanto empieza a pensar, lo hace con contenidos burgueses, con formas burguesas. La intuición bergsoniana, el irracionalismo de la *durée réelle* alcanza aquí, así, el acento de una utopía de la desesperación acabada». G. Lukács, *Die Zerstörung der Vernunft*, Berlín 1955, pág. 27 y s.

[925] Esto se desprende con claridad meridiana de su trabajo principal *Réflexions sur la violence* (París 1908; citado según la octava edición de 1936; Sorel solo modificó puntos insignificantes en las ediciones ulteriores aunque si efectuó adiciones). En esta obra el socialismo se presenta como un misterio y la revolución socialista como un mito. *Ibid.*, pág. 217 y 32 y ss. El objetivo de la lucha de la clase obrera no es la abolición de la sociedad de clases sino su revivificación y la creación de una situación de agresión permanente entre las clases: «Una clase obrera en aumento y firmemente organizada puede forzar a la clase capitalista a afirmarse en la guerra industrial. Cuando un proletariado unido y revolucionario se enfrente a una clase burguesa rapaz, la sociedad capitalista habrá alcanzado su consumación histórica... Si una clase capitalista es enérgica refuerza constantemente su decisión de defenderse. Su posición reaccionaria sincera y consecuente contribuye por lo menos en la misma alta medida que la violencia proletaria a marcar bien la brecha existente entre las clases, cosa que es la base de cualquier socialismo». *Op. cit.*, págs. 120 y 273; compárese también pág. 130. De un modo completamente lógico, en la sociedad socialista de Sorel seguían siendo los capitalistas quienes tenían que organizar la producción. *Ibid.*, pág. 48. También es altamente dudoso si Sorel veía realmente alguna diferencia entre una revolución social violenta y un progromo. Véase a este respecto su consideración de la mentalidad de linchamiento. *Ibid.*, pág. 271. «Con toda seguridad, no es puramente casual que la tan completamente vacía teoría soreliana del mito fuese, por lo menos en un tiempo, de importancia para Mussolini». G. Lukács, *op. cit.*, pág. 28.

[926] Unos quince gobiernos habían sido derribados desde comienzos de los años ochenta, pero —como observaba Clemenceau— siempre se trataba del mismo gobierno. El escándalo de Panamá y la crisis de los panaderos condujo a que muchos se alejasen de la burguesía y pusiesen sus esperanzas en el socialismo. «De la ceniza del boulangismo se levantó un socialismo fortalecido». H. Goldberg, *The Life of Jean Jaurès*, Madison 1962, pág. 53. El trabajo de Goldberg es tanto una historia de la Tercera República como una biografía de Jaurès.

[927] «Yo no llegué al sindicalismo por caminos jacobinos. No creo que nunca haya sentido gran admiración por los hombres de la Revolución francesa. Todos los de mi generación se han visto fuertemente impresionados por el desastre que causó la imprudencia de los revolucionarios del año 1871 cuando se apoderaron del gobierno del París abandonado por Thiers y sin embargo, los dirigentes de la Comuna estaban bastante por encima de los terroristas del año 1793. Cuando comenzaba a acercarme a la literatura socialista, las elecciones de 1893 acababan precisamente de tener como consecuencia que un grupo muy heterogéneo de diputados que se llamaban socialistas y que estaban dirigidos por Millerand se instalase en la Cámara de los Diputados. Todas las personas que pensaban se dieron cuenta de que una revolución controlada por un tramposo como ese iba a tener inevitablemente unas consecuencias de lo más funesto». G. Sorel, *Mes raisons du syndicalisme*, *op. cit.*, pág. 248 y s.

[928] Esta formulación proviene de René Johannet, *Èloge du bourgeois*, pág. 530, citado en M. Freund, *op. cit.*, pág. 43.

[929] Su apología de Lenin, *Pour Lénine* (1919), no cambia nada pues en Lenin veía tanto un nuevo Pedro el Grande como un nuevo Karl Marx. G. Sorel, *Réflexions sur la violence*, pág. 437 y ss. Por esto la rehabilitación marxista de Sorel llevada a cabo por Maletzki pasó de largo ante la meta. Ver: A. Maletzki, «Georges Sorel», *Die Kommunistische Internationale*, año IV (1923), págs. 125-151. Maletzki reconoce, por lo demás, que el material por él utilizado era reducido. *Ibid.*, pág. 216. Por mor de ser completos, añadiremos que la influencia de Sorel sobre el sindicalismo revolucionario pertenece también a la mitología. A. Zévaès, *Histoire du socialisme et du communisme en France 1871-1947*, París 1947, pág. 326. Significativa es la respuesta del legendario secretario general de la CGT hacia el cambio de siglo, el zapatero Víctor Griffuelhes cuando fue preguntado si leía a Sorel: «Yo leo a Dumas». M. Curtis *op. cit.*, pág. 53.

[930] A. Noland, *The Founding of the French Socialist Party (1893-1905)*, Cambridge 1956, pág. 32.

[931] Sin embargo el factor citado en último término no posee, con seguridad, la importancia que Claude Willard le atribuye en su amplia obra sobre el marxismo francés de aquella época, *Les Guesdistes. Le mouvement socialiste en France 1893-1905*, París 1965, pág. 390 y s. Señala que más de un tercio de los trabajadores industriales estaban empleados en empresas de menos de diez asalariados. Sin embargo, la industria estaba tan poco desarrollada como en Italia donde el partido marxista jugaba un papel dirigente. Y aun cuando la estructura industrial francesa no experimentó hasta 1905 prácticamente cambios de importancia, resultó posible unificar las diversas fracciones socialistas. Véase: Willard, *op. cit.*, pág. 572 y s. Inversamente, la posterior existencia de una gran industria no ha podido evitar nuevos fraccionamientos.

[932] El punto de partida del desarrollo del movimiento socialista en la Tercera República lo constituyó el periódico fundado por Jules Guesde en 1877 *L'Égalité*. En el congreso obrero que tuvo lugar en Marsella en 1879 se fundó una «Fédération du Parti des Travailleurs Socialistes de France» que en el siguiente congreso en Le Havre, 1880, tomó posición con respecto a un programa que había sido elaborado por Guesde, Paul Lafargue (que era yerno de Marx), Marx y Engels. Las bases introductorias se las había dictado Marx a Guesde; véase la carta de Engels a Bernstein de 25-X-1881, MEW 35, pág. 232. El Congreso, sin embargo, se escindió precisamente a causa de este programa en tres tendencias: guesdistas, mutualistas (que eran exponentes de un socialismo reformista) y anarquistas.

Cuando los guesdistas se reunieron de nuevo en un Congreso en St. Etienne en 1882, se escindieron en una mayoría reformista bajo la dirección de Brousse y una minoría revolucionaria dirigida por Jules Guesde. Los primeros formaron el llamado partido posibilista, «Parti Socialiste Ouvrier Révolutionnaire» con el subtítulo de «Fédération des Travailleurs Socialistes de France». Este partido definía lo que le oponía a los guesdistas del siguiente modo:

«Nosotros abandonamos el <todo-de-una-vez> (*le tout-à-la-fois*) que normalmente suele acabar con el <absolutamente-nada> de buena gana y a cambio de ello dividimos la meta final en diversas etapas seriamente consideradas y ponemos

de un modo u otro en un primer plano determinadas reivindicaciones para hacerlas (a las etapas que constituyen los objetivos parciales) *possibles...*» En el periódico *Prolétaire* de 19-XI-1881. Citado por E. Posse, *Der Marxismus in Frankreich 1870-1905*, Berlín 1930, pág. 30. El partido posibilista apareció, así pues, ya desde el principio como un partido reformista declarando todavía en una época en la que Bernstein seguía siendo un marxista estricto que el socialismo podía ser alcanzado a través de una socialización pacífica y gradual de la economía capitalista existente. Pero la política reformista condujo el año 1890 a la salida del ala izquierda del partido: eran los llamados allemannistas, así denominados por el apellido de su dirigente, Jean Allemanne. Después de esta escisión, los posibilistas se disgregaron poco a poco. Pero también los allemannistas se escindieron a su vez: en 1897, un grupo que rompía con el ala derecha fundaba un nuevo partido, «L'Alliance Communiste Révolutionnaire». De todos modos, hasta 1902 esta no fue más que una especie de apéndice del Partido blanquista.

El Partido blanquista, por su parte, tomaba como punto de partida el jacobinismo clásico de Auguste Blanqui. Los blanquistas habían fundado en 1881 un partido, el «Comité Central Révolutionnaire» que en 1898 se transformó en el «Parti Socialiste Révolutionnaire». Este partido era dirigido por Edouard Vaillant, quien junto a Guesde y Jaurès, fue uno de los más sobresalientes dirigentes socialistas.

Jaurès, por último, provenía, junto con Millerand y otros destacados socialistas parlamentarios, de una organización independiente. «Les Independents», que se había desarrollado en la proximidad de la revista fundada en 1885 por el socialista reformista Benoit Malon, *Révue Socialiste*, y su organización de propagandistas, la «Société pour l'économie sociale», organización que habría que comparar realmente sobre todo con la «Fabian Society» de Inglaterra.

El socialismo francés también se hallaba escindido por lo que hace al sindicalismo. Los guesdistas fundaron en 1884 una organización sindical superestructural, la «Fédération National des Syndicats». Sin embargo, el predominio político del partido parece que encontró resistencia y en el año 1892 se fundó junto a la «Fédération» una nueva organización sindical: la «Fédération des Bourses du Travail». Esto tuvo lugar sobre la base de la iniciativa de Ferdinand Pelloutier. De todos modos, cuando la primera organización se transformó en 1895 en la CGT, unos años más tarde, en 1902, la organización de Pelloutier acabó por fusionarse con la CGT en una organización sindical común.

[933] E. Posse, *op. cit.*, pág. 40; A. Noland, *op. cit.*, pág. 52; C. Willard, *op. cit.*, pág. 197.

[934] C. Willard, *op. cit.*, pág. 41 y s.

[935] «Los trabajadores parisienses, tan confiados cuando se trata de los radicales, son extremadamente desconfiados con respecto a los socialistas; se creen que les van a tender una trampa». Paul Lafargue a Engels, 4-VIII-1890. Engels-Lafargue, *Correspondence*, III, Moscú s. f., pág. 381.

[936] C. Willard, *op. cit.*, pág. 352.

[937] Este es un tema que se reitera una y otra vez en la correspondencia Engels-Lafargue. Véase: *Correspondence*, II, págs. 48, 50, 66, 104, 107, 109, 111 y s., 119, 122, 129, 131, 133, 142, 160, 165, 168, 181, 185, 208, 296 y 370.

[938] A. Zévaès, *De l'introduction du marxisme en France*, París 1947, pág. 108.

[939] Neil McInnes, *op. cit.*, pág. 6 y ss., protesta con razón contra la caracterización de Zévaès, pero cae a su vez en el extremo opuesto al condenar en su totalidad a los guesdistas sobre la base de una selección tendenciosa de la correspondencia de Marx y Engels.

[940] «Los colectivistas veían la originalidad y la fertilidad del método dialéctico. No lo utilizaban en el análisis de las específicas condiciones económicas, sociales y políticas francesas a finales del siglo XIX. No hacían uso de la praxis en tanto que fuente y criterio de conocimiento y de verdad. En lugar de esto, encorsetaban la realidad francesa en esquemas acabados. Refiriéndose a la refutación de las previsiones de los guesdistas por los hechos, Sorel podía proclamar triunfalmente la «quiebra del marxismo». C. Willard, *Les Guesdistes op. cit.*, pág. 214. La justeza de estas observaciones se vió reforzada por el mismo Sorel: «La postura de los discípulos de Marx ha contribuido mucho a hacer estéril toda crítica pues normalmente la crítica no se dirige a la teoría misma del maestro sino al desarrollo ulterior que encuentra en su escuela. Así lo que ha ocurrido es que los marxistas, en vez de desarrollar la obra del maestro, se han ocupado de toda clase de fantasías, de modo que gente seria en general no los ha considerado como intérpretes idóneos de Marx. Este, por tanto, se ha quedado aislado.

Así, por ejemplo, a nadie se le ha ocurrido creer que la concepción materialista de la historia pueda consistir en las paradojas, los chistes y las simplezas que Paul Lafargue ha escrito sobre el origen del derecho, la moral y la religión». G. Sorel, *La décomposition du marxisme*, París 1908. Citado aquí según la edición alemana, *Die Auflosung des Marxismus*, Jena 1930, pág. 24.

Como ejemplo ha de mencionarse tan solo, en este contexto, que Guesde nunca abandonó la creencia en la ley de bronce de los salarios, una concepción que ya fue duramente combatida por Marx y que estaba en abierta contradicción con la realidad. Una buena muestra de esto es J. Guesde, *La loi des salaires et ses conséquences*, Lille 1906, pág. 7 y ss. Citado según J. Guesde, *Ausgewählte Texte*, Berlín 1962, pág. 122.

[941] A. Zévaès, *De l'introduction du marxisme en France, op. cit.*, pág. 185 y ss.; y C. Willard, *op. cit.*, pág. 28. «¿Cómo han de llegar los trabajadores franceses a una mejor comprensión de las cosas? La misma edición francesa de *El Capital* es para ellos un libro cerrado bajo siete llaves; no solo para ellos, también para la masa de los que poseen instrucción. Lo único que conocen es mi ›Del socialismo utópico al...› y la influencia que ha ejercido es, de hecho, sorprendente. Ninguno de los dirigentes, y excluyo a Vaillant porque como blanquista tiene una táctica completamente diferente a la nuestra, sabe alemán». Engels a Bebel, 28-X-1885, MEW 36, pág. 378.

[942] «Una cosa es segura: yo no soy marxista». Engels a Bernstein 2 y 3 del XI de 1882, MEW 35, pág. 388. Tras citar esta frase, Engels le previene enseguida a Bernstein de exagerar *en demasía* la mala reputación que tenía el marxismo en Francia: los informantes franceses de Bernstein eran, precisamente, enemigos del marxismo.

[943] Cosa que se refiere también, por ejemplo, al acceso de cólera de Marx con respecto a los yernos en la carta a Engels de 11-XI-1882, MEW 35, pág. 110: «¡Longuet el último proudhonista y Lafargue el último bakuninista! *que le diable les importe!*» Emile Bottigelli ha mostrado que la causa determinante de estas expresiones era bastante inofensiva. Engels-Lafargue, *Correspondence*, III, pág. 501, nota 2. Marx

alababa, por otra parte a Longuet porque había hecho que Clemenceau se adhiriese al programa mínimo de los guesdistas. Marx a Sorge, 5-XI-1880, MEW 34, pág. 476.

[944] Engels a Bernstein, 25-X-1881, MEW 35, pág. 231.

[945] «La comprensión de la teoría es todavía incluso entre los dirigentes, bastante insuficiente...» Engels a Bebel, 28-X-1885, MEW 36, pág. 378.

[946] «La que indudablemente distingue a la mayoría de los guesdistas de los demás socialistas es el carácter sistemático de este trabajo teórico». C. Willard, *op. cit.*, pág. 31.

[947] V. I. Lenin, *Werke*, vol. 17, pág. 293. McInnes confiere gran importancia a este juicio de Lenin. McInnes, *op. cit.*, pág. 18. Lenin valoraba seguramente la belicosa actitud de Lafargue contra el neokantismo. Enseguida hay que decir que el juicio de Lenin proviene de un discurso que en nombre de la Socialdemocracia rusa pronunció ante la tumba de Lafargue.

[948] Al igual que otros marxistas de la segunda generación, Lafargue recurría de buena gana a la Antigüedad o a la Prehistoria. Las investigaciones sobre estas estaban en un nivel tal que el material disponible ofrecía muy pocos hechos concretos y dejaba libre, por tanto, un amplio espacio utilizable para formular ocurrencias y especulaciones referentes, por ejemplo, al problema de los orígenes de la creencia en Dios, del mito de Prometeo, del derecho materno, del origen de las ideas morales, del origen de la propiedad y su evolución etc. Sus estudios sobre el origen de los conceptos abstractos y sobre todo de los éticos y su evolución merece, de todos modos, ser señalado especialmente porque en su confección hizo uso de un material fáctico bastante amplio. Mostraba en él como es posible derivar históricamente lo abstracto y lo ideal de lo concreto y de lo material dentro de la formación de los conceptos. Véanse los artículos «Der Ursprung der abstracten Ideen», NZ, vol. 17:1 (1898/99), págs. 18 y ss. y 40 y ss.; «Der Ursprung der Idee des Gerechten und Ungerechten», *op. cit.*, vol. 17: 2 páginas 421 y ss., 464 y ss. y 488 y ss.; «Der Ursprung der Idee des Guten», *op. cit.*, vol. 18: 1, págs. 80 y ss., 106 y ss. y 176 y ss. El ejemplo propuesto por Lafargue proveniente de la historia de los idiomas coincide con increíble exactitud con los ejemplos que utiliza la lingüística actual; ver por ejemplo M. Schlauch, *The Gift of Language*, New York 1955, pág. 39, según el cual las letras griegas alfa, beta, pueden hacerse derivar a través de las escrituras hebraicas, moabitas y del Sianí de los símbolos egipcios de la cabeza de buey, de la casa y del agua. El procedimiento analítico utilizado por Lafargue no era, de todos modos, específicamente marxista sino que se basaba en una vieja tradición filosófica, el sensualismo inglés y francés; Condillac por ejemplo (*La langue des calculs*, 1798, primer capítulo) deriva como Lafargue el cálculo abstracto del cálculo hecho con los dedos.

[949] P. Leroy-Beaulieu, *Répartition des richesses e de la tendance à une moindre inégalité des conditions*, París 1880.

[950] Entre otras cosas explicaba el beneficio en parte como sustitutivo del gasto de las máquinas, en parte como un salario más distinguido, en parte como una escuela de las innovaciones. P. Leroy-Beaulieu, *Le collectivisme*, tercera edición, París 1893, págs. 268, 239, 279. (Las ediciones ulteriores no son más que reimpressiones de la primera edición).

[951] P. Lafargue, «La théorie de la plus-value de Karl Marx et la critique de Monsieur Paul Leroy-Beaulieu», *Journal des économistes*, tomo 27 (1884), págs. 379-391.

[952] Engels a Paul Lafargue, 11-VIII-1884, *Correspondence* I, págs. 229 y ss.; o bien: MEW 36, págs. 194 y ss.

[953] *Ibid.*, pág. 234 y s.; o bien MEW 36, pág. 197 y s. En una carta posterior de 24-VIII Lafargue escribió: «He hecho todas las revisiones y todos los cambios que proponías». *Ibid.*, pág. 237.

[954] Engels conocía, a través de Lafargue, la crítica de Pareto, pero nunca se manifestó sobre ella. P. Lafargue a Engels, 2-II-1893, *Correspondence*, III, pág. 308 y s.

[955] G. Sorel, «Sur la théorie marxiste de la valeur», *Journal des économistes*, tomo 30 (1897), pág. 222 y s., que se refiere en los párrafos introductorios precisamente a la disputa entre Pareto y Lafargue.

[956] K. Marx, *Le Capital. Extrait fait par P. Lafargue*, París 1893. La introducción de Pareto se cita por V. Pareto, *Oeuvres complètes*, tomo, IX, Ginebra 1966, págs. 33-70. Según Lafargue, el editor había intentado durante largo tiempo convencer a algún economista francés o alemán para que refutase a Marx. «...todos rechazaban enérgicamente esta dura tarea; se precisaba de un italiano para salvar a la economía anticuada. Por este motivo Italia está muy orgullosa». Lafargue a Engels, 2-II-1893, *Correspondence*, III, pág. 309.

[957] Así, por ejemplo, Pareto creía que Marx en su teoría del valor no había tenido en cuenta «el trabajo pasado que bajo la forma de capital continúa actuando sobre la producción». Pareto, *op. cit.*, pág. 41. Como es sabido Marx denomina a esto capital constante. Tampoco denomina Marx a «la renta que obtiene el capitalista por prestar su capital» plusvalía; para Marx la renta no es más que una parte de la plusvalía. *Ibid.*, pág. 50. Pareto creía también en la necesidad de «completar la teoría de Marx con la ley de bronce de los salarios de Lassalle». *Ibid.*, pág. 61.

[958] «La Economía Política ha mostrado ya hace mucho tiempo que la libre competencia es la condición necesaria para que el individuo y el género humano alcancen el bienestar máximo; los trabajos recientes de las ciencias han expuesto firmemente y con tanta precisión este teorema que realmente se le puede considerar como el teorema más claramente demostrado de las ciencias sociales». *Ibid.*, pág. 62.

[959] «Todo problema económico se retrotrae a un problema psicológico porque en el fondo de lo que se trata es de descubrir las reglas que presiden la acción humana». *Ibid.*, pág. 46.

[960] Sobre todo por lo que se refiere a la prolija argumentación contra el concepto de valores de cambio normales (precios normales) en Marx (así como en Smith, Ricardo, Marshall y otros). Para probar la inexistencia de los precios promedio Pareto aducía una estadística de precios sobre los cambios de los precios del hierro fundido en Glasgow en el período 1853-1882 pero sin tener en cuenta ni los factores de tendencia ni los de coyuntura existentes en la serie temporal. *Ibid.*, págs. 42 y 54 y s. Lafargue decía en su anticrítica que la serie temporal contenía también una variable aleatoria determinada por la guerra franco-alemana y que si no se tomaba a esta en consideración, la serie temporal era bastante estable. «Al considerar todo valor medio como sospecho no se da cuenta que lleva al descrédito a la matemática y a las ciencias que son llamadas exactas porque en los casos singulares estas ciencias son inexactas». P. Lafargue. «Réponse á una critique de Karl Marx», *L'Ère Nouvelle*, octubre 1894, pág. 125.

[961] «Si A, B, C,... son las causas que provocan un fenómeno no es difícil encontrar casos en los que los fenómenos sufren modificaciones aun cuando A permanezca constante, algo que excluye a A en tanto que única causa... Es fácil darse cuenta de que se podría demostrar que el valor de cambio solo está determinado por el capital si en esta teoría se modificasen algunas palabras». V. Pareto, *op. cit.*, pág. 46 y s. En consonancia con esto Pareto seguía afirmando que desde un punto de vista puramente formal se podría decir que los capitalistas eran explotados por los obreros. *Ibid.*, pág. 47 y s.

[962] K. Wicksell, *Über Wert, Kapital und Rente*, Jena 1893: «Así existe ciertamente en general junto al trabajo toda una serie de condiciones que, sin ser las mismas para las dos mercancías, podrían constituir *juntas* un mismo valor de cambio: ambas, por ejemplo, han requerido para la producción de la materia prima como para la fabricación de la mercancía acabada una cierta área de terreno, una cierta cantidad de fuerza motriz (carbón), lo mismo que para transportarlas hasta el mercado, etc.». K. Wicksell, *op. cit.*, pág. 18.

[963] V. Pareto, *op. cit.*, pág. 44 y s.

[964] Pareto propone el siguiente ejemplo. Supongamos que un zapatero y un transportador de agua intercambian los productos de su trabajo, zapatos y agua. Según la teoría de la utilidad marginal, el cambio se efectúa en el límite en el que por una parte, el «sacrificio» que le supone al zapatero acabar un último par de zapatos es igual al «sacrificio» que le supone renunciar a una ulterior tonelada de agua y, por otra parte, cuando el «sacrificio» que le supone al transportador de agua hacerse con una tonelada de agua más se iguala con el «sacrificio» que le supone la renuncia a un ulterior par de zapatos. Si les llamamos a estos cuatro sacrificios A, B, C y D la ecuación $A=B$ designa la situación del zapatero y la ecuación $C=D$ la del transportador de agua. Ahora bien, la teoría de Marx dice que el intercambio entre el zapatero y el transportador de agua se lleva a cabo porque el par de zapatos y la tonelada de agua cuestan el mismo tiempo de trabajo, es decir, que es necesario que se efectúe no solo $A=B$ sino también $A=C$. Este resultado *no* se sigue de la teoría de la utilidad marginal, pero *puede* derivarse de ella si se hacen dos supuestos más, a saber, que se midan los «sacrificios» con ayuda del trabajo y que el tiempo de trabajo que precisa el zapatero para procurarse él mismo una tonelada de agua sea igual al tiempo de trabajo que emplea el transportador de agua para conseguirla y que, viceversa, el tiempo de trabajo que utiliza el transportador de agua para hacerse él mismo un par de zapatos sea el mismo que utiliza el zapatero para producirlos.

[965] P. Lafargue, «Réponse à une critique de Karl Marx», *op. cit.*, págs. 118-123.

[966] *Ibid.*, págs. 129 y ss.

[967] *Ibid.*, págs. 123 y s. y 126 y s.

[968] B. Croce, *Thomas Campanella*, en: *Die Vorläufer des neueren Sozialismus*, I: 2 — *Von Thomas More bis zum Vorabend der französischen Revolution*, Stuttgart 1895, págs. 469-506.

[969] *Ibid.*, pág. 497.

[970] B. Croce, *Le comunisme de Tommaso Campanella*, en: *Matérialisme historique et économie marxiste*, *op. cit.*, pág. 267 y s.

[971] P. Lafargue, *op. cit.*, pág. 489.

[972] P. Lafargue, *Die Niederlassung der Jesuiten in Paraguay*, en: *Die Vorläufer des neueren Sozialismus*, I: 2, *op. cit.*, págs. 719-749.

[973] Fundamentalmente solo la colección de materiales del jesuita francés Charlevoix y la narración de viaje del geógrafo antijesuíta de Azara. Estos dos eran las autoridades normalmente aceptadas hasta finales del siglo XIX. Véase M. Mörner, *The Political and Economic Activities of the Jesuits in the La Plata Region*, Estocolmo 1953, págs. 11 y 196.

[974] P. Lafargue, *op. cit.*, pág. 749.

[975] *Ibid.*, pág. 747.

[976] Si tuviese que ser adecuado para este caso especial alguno de estos conceptos generales, el que más se aproximaría sería el segundo y, con mayor exactitud, se trataría de una especie de feudalismo patriarcal; contenía, al mismo tiempo, aspectos del esclavismo ya que la actitud negativa de los jesuitas con respecto a las rentas del trabajo (servicio personal) [en castellano en el original, N. del T.] «les hacía extremadamente dependientes de los esclavos negros como trabajadores en sus *Colleges*», M. Mörner, *op. cit.*, pág. 212 y *passim*. El hecho de que la colonización se orientase por las rutas comerciales no suponía, en sí mismo, ningún rasgo del capitalismo. P. Conzelman, *Wirtschaftswachstum und Wirtschaftsentwicklung im Jesuitenstaat von Paraguay*, Köln 1958, pág. 102. Para la Orden de los Jesuitas, las colonias de la región de La Plata no eran ninguna empresa productora de beneficios de tipo económico. *Ibid.*, pág. 92.

[977] P. Lafargue, *Le matérialisme économique de Karl Marx. Cours d'économie sociale*. París 1884. Citado aquí según la edición alemana, *Der wirtschaftliche Materialismus nach den Anschauungen von Karl Marx, Sozialdemokratische Bibliothek IX*, Hottingen-Zürich 1886. Engels le escribió lo siguiente a Laura Lafargue el 21-II-1884: «Sus últimas cosas denotan verdaderamente grandes progresos y solo con que le dedicase una mayor atención a ciertos puntos teóricos (pequeños detalles en su mayoría) se convertiría en una gran lumbrera en París, la Ville Lumière». *Correspondence*, I, pág. 181, o bien MEW 36, pág. 115. La proposición de traducción formulada por Engels se encuentra en una carta suya a Paul Lafargue de 10-V-1884, *Correspondance*, I, pág. 205, o bien MEW 36, pág. 145 así como en una carta de Engels a Florence Kelly de 13-VIII-1886, MEW 36, pág. 504.

[978] «Por encontrar una explicación de los múltiples fenómenos de la naturaleza y de la vida humana los hombres, al principio, en vez de buscar las causas en la confirmación de las fuerzas de la materia, han buscado refugio en el ser, que es algo que tan solo existe en su *imaginación*». P. Lafargue, *op. cit.*, pág. 4.

[979] La «darwinización» del marxismo todavía estaba más acentuada en Kautsky y Aveling. Compárese con H. J. Steinberg, «Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie», *op. cit.*, págs. 45-55. Lafargue, no obstante, destacó la diferencia existente entre darwinismo y marxismo: «La lucha por la existencia de los señores darwinistas no puede explicar la historia del desarrollo de la humanidad porque las condiciones de existencia de los hombres son muy diferentes a las de los animales y plantas». P. Lafargue, *op. cit.*, pág. 26.

[980] Tomando como ejemplo la división funcional del trabajo en un hormiguero, Lafargue aseguraba: «Del mismo modo ha tenido originalmente el poder feudal su utilidad en Europa y Asia». *Ibid.*, pág. 33.

[981] Lafargue consideraba a la concurrencia por una parte y a la oferta y demanda por otra como dos mecanismos interdependientes. Como ejemplo de que el último había dejado de funcionar aducía cómo una empresa especulativa había acaparado todo el petróleo en Francia: «Ella y no la ley de la oferta y la demanda era quien determinaba entonces el precio». *Ibid.*, pág. 10.

[982] Un examen de la bibliografía de Lafargue, que se halla en C. Willard, *op. cit.*, págs. 707-710, muestra como aproximadamente solo un tercio de los temas tratados por Lafargue tenía algún tipo de vinculación con problemas de su época, actuales.

[983] Engels a Mehring, 14-VII-1893, MEW 39, pág. 98.

[984] Lafargue a Engels, 26-XII-1891, *Correspondence*, III, *op. cit.*, pág. 149.

[985] A. Noland, *op. cit.*, pág. 27 y s.

[986] *Le Socialiste* de 11-IX-1892, citado según C. Willard, *op. cit.*, pág. 192.

[987] El discurso se reprodujo en *Le Socialiste* de 26-VIII-1893, citado aquí por C. Willard, *op. cit.*, pág. 192 y s. y A. Noland *op. cit.*, pág. 32.

[988] Laura Lafargue a Engels, 19-XI-1893, en *Correspondance*, III, pág. 314. Engels a Laura Lafargue, 31-VIII-1893, *ibíd.*, pág. 289 o bien MEW 39, pág. 119. Engels, de todos modos, había utilizado tras la victoria electoral de los socialdemócratas alemanes en el año 1890 la misma terminología que Guesde: «El veinte de febrero de 1890 es el día del comienzo de la revolución alemana». Engels a Laura Lafargue, 26-11-1890, *Correspondence*, II, pág. 363 o bien MEW 37, pág. 359. Lo grotesco de la declaración de Guesde se hallaba, según Engels, por consiguiente solo en que el partido francés era todavía muy pequeño.

[989] P. Lafargue a Engels, 10-X-1893, *Correspondence*, III, pág. 295.

[990] Casi el 50 % de la población activa francesa era en 1892 campesina. C. Willard, *op. cit.*, pág. 366. Ya en el Congreso de Marsella de 1892 se adoptó un programa de acción que fue distribuido en los pueblos en forma de panfleto. En uno de tales panfletos del año 1893 el «Parti Ouvrier» decía que quería «defender a los arrendatarios y aparceros contra los terratenientes que los explotaban». *Dokumente des Sozialismus*, IV, Stuttgart 1904, pág. 420.

[991] El texto del programa se halla reproducido en C. Willard, *op. cit.*, pág. 375.

[992] El escrito se publicó originalmente bajo la forma de un artículo en *Neue Zeit*, NZ, vol. 13:1 (1894/95).

[993] Engels a Sorge, 10-XI-1894, MEW 39, pág. 309. En todo caso no puede haber habido gran número de arrendatarios y aparceros que empleasen fuerza de trabajo. «Los 800 000 arrendatarios (*fermiers*) y los 500 000 aparceros (*métayers*) habían arrendado sus tierras de propietarios que no vivían en el lugar a menudo en unas condiciones que eran tan duras que la mayor parte de su trabajo, en dinero o en especie iba a parar a manos del terrateniente». H. Goldberg, *op. cit.*, pág. 190. Jaurès fue el único socialista del Parlamento que hizo algo en la cuestión agraria.

[994] Engels a Lafargue, 23-VIII-1894, *Correspondance*, III, pág. 341.

[995] Engels a Lafargue, 22-XI-1894, *ibíd.*, págs. 343 y s. o bien MEW 39, pág. 324. Por lo que se refiere al aburguesamiento del partido guesdista, Willard ha demostrado que los cuadros dirigentes se reclutaban en gran proporción entre la clase media. El secretariado local del partido o el tesorero eran a menudo taberneros y su negocio era el local de reunión. De los dieciocho diputados elegidos entre 1893 y

1898, nueve eran periodistas, abogados y médicos, tres comerciantes, tres funcionarios, dos pequeños empresarios y solo uno era obrero. C. Willard, *op. cit.*, pág. 365.

[996] Las ideas fundamentales se encuentran ya en forma esquemática en el artículo de Millerand «L'Évolution socialiste», *Revue socialiste*, tomo 22 (julio 1895), pág. 1 y ss.: «No podemos ocultar —porque para nosotros se trata de un caso de conciencia— que esta obra (el socialismo) para cuyo triunfo trabajamos nosotros, realizará esa transformación total, necesaria y fatalmente determinada, gradualmente y a través de ajustes sucesivos: la evolución hará la revolución». *Ibid.*, pág. 10.

[997] «Los socialistas entraron en la Cámara con una fuerza de unos treinta hombres. Poco después de abrirse la sesión se les unieron unos veintiocho diputados elegidos entre 1893 y 1898, nueve eran periodistas, abogados y médicos..., de los principios teóricos del socialismo científico, reconocen tan solo la necesidad de las reformas prácticas que reivindican los socialistas y les dan su apoyo. A esto se llega, sin embargo, actualmente». P. Lafargue, «Die Klassenkämpfe in Frankreich», *NZ*, vol. 12:2 (1893/94), pág. 710 y s.

[998] Engels a Laura Lafargue, 5-III-1892, *Correspondance*, III, pág. 160 o bien MEW 38, pág. 285.

[999] Lafargue a Engels, 23-II-1893 y Engels a Lafargue, 25-II-1893, *op. cit.*, pág. 239 y ss., o bien MEW 39, pág. 39 y s.

[1000] Laura Lafargue a Engels, 14-X-1893, *ibid.*, pág. 303. Paul Lafargue reconocía de buen grado el papel dirigente de Millerand y Jaurès en el Parlamento: «Jaurès y Millerand son, por el momento, los dos socialistas más temidos por los liberales. Un día podría ocurrir que verdaderamente fuesen peligrosos, pero esto querría decir que el socialismo sería tan fuerte que no les sería posible perjudicarle sensiblemente». Lafargue a Engels, 8-III-1894. Sin embargo Engels no compartía este optimismo: «Si vosotros contáseis con un sólido y fuerte ejército como el que suponen los dos millones de votantes en Alemania, esto influiría desde luego decisivamente en la confusa masa de los recién llegados. Pero con un partido dividido en marxistas, blanquistas, allemannistas, broussistas y muchos otros —istas, por no hablar de los exradicales *a la* Millerand, que dominan a todos los demás en la Cámara, es difícil decir a dónde os va a llevar esta nueva moda». Engels a Lafargue, 2-VI-1894, *ibid.*, pág. 331 y s., o bien MEW 39, pág. 254. Quería decir, evidentemente, que los guesdistas eran *demasiado* dependientes de Millerand: «Sin Millerand no habiéseis sabido sacar de las situaciones políticas el provecho que habéis sacado». Engels a Lafargue, 22-I-1895, *ibid.*, pág. 364 o bien MEW 39, pág. 392.

[1001] A. Millerand, *Discours prononcé à Saint Mandé*, le 30 mai 1896 en: A. Millerand, *Le socialisme réformiste français*, París, 1903, pág. 24.

[1002] *Ibid.*, pág. 25

[1003] *Ibid.*, pág. 28.

[1004] *Ibid.*, pág. 32.

[1005] *Ibid.*, pág. 34.

[1006] A nivel interno, los guesdistas dirigentes podían ser, de todos modos, muy críticos con respecto al programa de Saint-Mandé como muestra Lafargue en una carta a Guesde de 11-VII-1898 en la que habla con mucho desdén de «los tres dogmas del testamento de Saint-Mandé». Citado en Noland, *op. cit.*, pág. 51 nota 36.

[1007] «... *un socialismo de estado...*, que representa una de las enfermedades infantiles del socialismo proletario, una enfermedad que, por ejemplo, se ha padecido en Alemania durante más de una docena de años bajo la férula de la ley de excepción, donde *esta era la única forma tolerada por el gobierno* (y que este incluso favorecía). Y, sin embargo, solo se trataba de una minoría menguante dentro del partido quien cayó por poco tiempo en ella; tras el Congreso de Wyden esto ha desaparecido.

¡Pero en Francia tenemos una república! os dirán los exradicales —entre nosotros es diferente, ¡nosotros podemos utilizar el gobierno para adoptar medidas socialistas!— Por lo que se refiere al proletariado, la república se diferencia de la monarquía en que aquella es la forma política *acabada* para el dominio futuro del proletariado. Teneis, con respecto a nosotros, la ventaja de que ya la tenéis; nosotros, por nuestra parte, tendremos que perder 24 horas en conseguirla. Sin embargo, la república, como toda otra forma de gobierno, está determinada por su contenido; mientras no sea más que la forma de dominación de la *burguesía*, será para nosotros igualmente adversa que cualquier monarquía (sin tener en cuenta las formas que revista tal adversidad). Es, por lo tanto, una ilusión absolutamente carente de fundamento suponerle una forma socialista o confiarle, mientras siga bajo el dominio de la burguesía, tareas socialistas. Nosotros podemos arrancaros concesiones, pero lo que de ningún modo puede ocurrir es que vosotros os hagáis cargo de nuestro propio trabajo. ¡Si la pudiésemos controlar por una minoría que fuese lo suficientemente fuerte como para convertirse en mayoría de un día para otro!» Engels a Paúl Lafargue, 6-III-1894, *Correspondence*, III, pág. 235 y s., o bien MEW 39, pág. 215 y s. Lafargue hizo publicar este párrafo en *Le Socialiste*, pero de todos modos solo el 24-XI-1900.

[1008] A. Noland, *op. cit.*, pág. 50.

[1009] C. Willard, *op. cit.*, pág. 405, nota 8.

[1010] Así el guesdista Jean Dormoy con respecto al blanquista Marqués de Rochefort-Lucay.

[1011] C. Willard, *op. cit.*, pág. 406.

[1012] En contra de la directiva de su partido, Millerand tomó parte en otoño de 1901 en las ceremonias de recepción de los zares rusos. En 1903 votó a favor del Presupuesto, de un fondo secreto del Ministerio del Interior y de una resolución que aprobaba la decisión del Ministro de Guerra de incriminar a ciertos dirigentes sindicales por la publicación de unos folletos antimilitaristas. Millerand fue excluido de su partido cuando en ese mismo año votó en contra de una propuesta que urgía al gobierno para que tomase una iniciativa con respecto a la cuestión del desarme. A. Noland, *op. cit.*, págs. 126, 140, 148 y 157 y s.

[1013] Las declaraciones de Guesde a lo largo de la segunda mitad de los años noventa del siglo diecinueve se encuentran catalogadas en A. Noland, *op. cit.*, pág. 56 y en C. Willard, *op. cit.*, pág. 193. Así, por ejemplo, Guesde afirmaba que el sufragio universal había hecho supérflua una revolución y que aquel era el único medio de solucionar correctamente todos los problemas. Compárese también con Robert Baker, *Socialism in the Nord 1880-1914. A Regional View of the French Socialist Movement*: «A partir de esta fecha (1893) ni Guesde ni los que le rodeaban se apartaron de la creencia en una «revolución» proletaria, pero pacífica tal como fue descrita por Guesde en Lille en 1901: «La revolución está próxima. Pero no anuncia ni muche-

dumbres, ni pedradas, ni fusiles, ni cadáveres; la revolución será una pacífica cesión del poder». *International Review of Social History*, XII (1967), pág. 362.

[1014] E. Posse, *op. cit.*, pág. 72 y A. Noland, *op. cit.*, págs. 194 y ss.

[1015] Sorel a Croce, 1-IV-1898. En: «Lettere di Georges Sorel a Benedetto Croce», *La Critica*, vol. 25 (1927), pág. 107.

[1016] Solo Freund ha intentado, entre los biógrafos de Sorel, dar un cuadro coherente del revisionismo soreliano. M. Freund, *op. cit.*, págs. 92 y ss. Lamentablemente, este cuadro tiene dos defectos: primero, se concentra en dos elementos del marxismo sobre los cuales Sorel nada o casi nada tenía que decir (la teoría de la acumulación y la teoría de la plusvalía) y segundo, al igual que ocurre en la totalidad del texto de Freund, nunca se sabe dónde acaba Sorel y dónde empieza Freund.

[1017] Sorel hizo quemar prácticamente toda su correspondencia. Lo único que se ha salvado que esté fechado hacia el cambio de siglo es la correspondencia con Croce. Ver la Introducción a la edición francesa de la correspondencia Sorel-Croce en *La Critique Sociale*, marzo 1931, pág. 9.

[1018] Sorel a Croce, 9-X-1896, «Lettere di Georges Sorel a Benedetto Croce», Entonces había previsto era seguramente que «la minoría jacobina» se haría con la propiedad de las riquezas tras la conquista del poder y las utilizaría para sus propios fines. Sorel hace uso literalmente de la misma expresión en la reseña de la crítica de Garofalo a Marx. G. Sorel, «Superstition socialiste?» *Devenir Social*, noviembre 1895, pág. 747.

[1019] Sorel a Croce, 2-VI-1897, «Lettere di Georges Sorel a Benedetto Croce», *op. cit.*, pág. 45.

[1020] Sorel a Croce, 30-XI-1897, *ibíd.*, pág. 48 y s., nota 45.

[1021] Sorel a Croce, 27-XII-1897, *ibíd.*, pág. 52.

[1022] Sorel pensaba en primer lugar, a este respecto, en el *Anti-Dühring*. Como no dominaba el idioma alemán, conocía el *Anti-Dühring* solo a través de los extractos que se habían publicado en *Devenir Social* en junio-octubre de 1897. Por consiguiente no sabía que el *Anti-Dühring* era expresión de la concepción común a Marx y a Engels. En el prólogo a la edición de 1885, Engels había escrito: «como el punto de vista aquí desarrollado ha sido en su máxima parte fundado y desarrollado por Marx, y en su mínima parte por mí, era obvio entre nosotros que esta exposición mía no podía realizarse sin ponerse en su conocimiento. Le leí el manuscrito entero antes de llevarlo a la imprenta, y el décimo capítulo de la sección sobre economía («De la Historia crítica») ha sido escrito por Marx; yo no tuve sino que acortarlo un poco, desgraciadamente, por causa de consideraciones externas. La colaboración de Marx se explica porque siempre fue costumbre nuestra ayudarnos recíprocamente en cuestiones científicas especiales». MEW 20, pág. 9.

[1023] Sorel se refería a la expresión de Engels acerca de la economía como el factor determinante en última instancia de la historia.

[1024] Engels no negaba de ningún modo en su polémica con Dühring el papel de la violencia directa en la historia. Mantenía tan solo la opinión de que también esta (p. ej., la técnica armamentista) también estaba condicionada económicamente. Por lo demás, coincide con Marx, que caracterizó en *El Capital* a la violencia como «la partera de toda vieja sociedad preñada de una nueva». Véase MEW 20, pág. 171.

[1025] Sorel a Croce, 27-XII-1895, «Lettere di Georges Sorel a Benedetto Croce», *op. cit.*, pág. 51.

[1026] *Ibid.*, pág. 51 y s.

[1027] La traducción al francés solo se hizo en los años 1900-1902.

[1028] Sorel a Croce, 7-I-1898, «Lettere di Georges Sorel a Benedetto Croce», *op. cit.*, pág. 100 y s.

[1029] Sorel a Croce, 29-I-1898, *ibíd.*, pág. 103.

[1030] La expresión de Engels se encuentra —de todos modos, referida al movimiento obrero— en la última página del escrito *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (MEW 21, pág. 307). Engels aludía con ella a que el interés de los alemanes por la teoría continuaba fundamentalmente entre los trabajadores, que no tenían que poner sus ojos en carreras, ingresos, etc.

[1031] Sorel a Croce, 1-IV-1898, *ibíd.*, pág. 107 y s. El ejemplo da una buena muestra del diletantismo filosófico de Sorel observado por tantos comentaristas. La expresión «determinatio (y no definitio como escribe Sorel) est negatio» proviene de una carta de Spinoza a Jarig Jellis de 2-VI-1674. Spinoza se refiere al hecho evidente de que lo que es completamente infinito está indeterminado. Determinación significa limitación (negación), es decir, destacar ciertos atributos de un fenómeno y marginar otros. Véase R. Elwis (ed.), *The Chief Works of Benedict Spinoza*, New York 1951, II, pág. 369 y s. Hegel recogió exactamente esta acepción y la utilizó en la *Wissenschaft der Logik*, I, Leipzig 1963, pág. 132; con la diferencia de que reformuló la frase de Spinoza de este modo: «omnis determinatio est negatio». De aquí tomaron Engels y Marx la expresión y la utilización precisamente para demostrar: «Toda limitación o determinación es, al mismo tiempo, una negación». MEW 20, pág. 132. Todavía más claramente en Marx, *Das Kapital*, I, MEW 23, pág. 623, nota 41.

[1032] Sorel a Croce, 23-IV-1898, «Lettere di Georges Sorel a Benedetto Croce», *op. cit.*, pág. 169.

[1033] Sorel a Croce, 19-X-1898, *ibíd.*, pág. 174.

[1034] Sorel a Croce, 29-X-1898, *ibíd.*

[1035] Sorel a Croce, 27-XII-1898, *ibíd.*, pág. 176.

[1036] Sorel a Croce, 3-VI-1899, *ibíd.*, pág. 300.

[1037] Sorel a Croce, 15-IV-1899, *ibíd.*, pág. 303.

[1038] Sorel a Croce, 18-III-1900, *ibíd.*, pág. 361.

[1039] Sobre todo en una polémica en contra del positivista Garofalo bajo el título «Superstition socialiste?» en *Devenir Social*, noviembre de 1895, en particular pág. 731, donde compara, una vez más, a Marx con Darwin.

[1040] G. Sorel, «Die Entwicklung des Kapitalismus», *Sozialistische Monatshefte*, vol. I, octubre 1897, pág. 545. Compárese también con el prólogo a S. Merlino, *Formes et essence du socialisme*, *op. cit.*, pág. XLI.

[1041] G. Sorel, «Y-a-t-il de l'utopie dans le marxisme?» *Revue métaphysique et de morale*, n.º 7 (1899, marzo), pág. 152. Los estudios científico-naturales de Engels (*Dialéctica de la Naturaleza*) todavía no eran conocidos.

[1042] *Ibid.* pág. 153 y Prólogo a S. Merlino, *op. cit.*, pág. III.

[1043] Prólogo a S. Merlino, *op. cit.*, pág. X.

[1044] G. Sorel, *Préface pour Calajanni* (1900). En: *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, *op. cit.*, págs. 181 y s.

[1045] G. Sorel, «Les théories de Monsieur Durkheim», *Devenir Social* (abril 1895), pág. 7. Cuando esto fue escrito era ya una media verdad (la teoría cinética del gas no da, por ejemplo, la velocidad de cada molécula singular sino tan solo la velocidad media) y hoy, dado que cada vez más leyes físicas adoptan una expresión de leyes probabilísticas, en tan solo una verdad parcial.

[1046] *Ibid.*, pág. 8.

[1047] G. Sorel, «Betrachtungen über die materialistische Geschichtsauffassung», *Sozialistische Monatshefte*, vol. 2 (agosto 1898), pág. 374.

[1048] G. Sorel, «Étude sur Vico», *Devenir Social* (octubre 1896), pág. 808.

[1049] MEW 23, pág. 12.

[1050] G. Sorel, «Progrés et développement», *Devenir Social*, (marzo 1896) pág. 206 y s. «Marx utiliza las expresiones del lenguaje cotidiano de una forma fácilmente comprensible, pero no propone ninguna teoría científica». *Ibid.*, pág. 199 y s. Compárese también con G. Sorel, «Pro e contro il socialismo», *Devenir Social* (octubre 1897), págs. 864 y 874.

[1051] Prólogo a S. Merlino, *op. cit.*, pág. II y s. «La ciencia de los discípulos de Engels no tiene nada que ver con la ciencia de los científicos». G. Sorel, «Y-a-t-il de l'utopie dans le marxisme?», *op. cit.*, pág. 163.

[1052] S. Merlino, «Pro e contro il socialismo», *op. cit.*, pág. 87.

[1053] Prólogo a S. Merlino, *op. cit.*, pág. XII.

[1054] G. Sorel, «Die Entwicklung des Kapitalismus», *op. cit.*, pág. 544, nota 2.

[1055] Introducción a A. Labriola, *Essai sur la conception matérialiste de l'histoire*. En: A. Labriola, *Socialisme et philosophie*, *op. cit.*, pág. 186.

[1056] Recensión de A. Labriola, *Del materialismo storico*. En: *Devenir Social* (agosto 1896), pág. 765.

[1057] S. Merlino, «Pro e contro il socialismo», *op. cit.*, pág. 873.

[1058] «Y-a-t-il de l'utopie dans le marxisme?» *op. cit.*, pág. 173.

[1059] *Ibid.*, pág. 175.

[1060] S. Merlino, «Pro e contro il socialismo», *op. cit.*, pág. 873; G. Sorel, «Die Entwicklung des Kapitalismus», *op. cit.*, pág. 544, nota 2; G. Sorel, «Y-a-t-il de l'utopie dans le marxisme?», *op. cit.*, págs. 159, 163 y 173.

[1061] Al principio Sorel solo rechazaba la conducta social dirigida a una meta solo en su variante teleológica. Véase G. Sorel «Progrés et développement», *op. cit.*, pág. 196.

[1062] «El socialismo se realiza constantemente ante nuestros ojos y esto en la medida en que conseguimos damos cuenta de lo que es un comportamiento socialista, en la medida en que podemos controlar el desarrollo de las instituciones y, consecuentemente, en la medida en que esto desarrolla la ética socialista en nuestra consciencia y nuestra vida». G. Sorel «L'éthique du socialisme», *Revue de métaphysique et de morale*, n.º 7 (1899), pág. 298.

[1063] Prólogo a S. Merlino, *op. cit.*, pág. XXVI y s.

[1064] Sobre todo porque rompió completamente la unión entre el ahora y el futuro.

[1065] G. Sorel, «Y-a-t-il de l'utopie dans le marxisme?», *op. cit.*, pág. 175. Compárese con: M. Freund, *op. cit.*, pág. 317, nota 35: «Si Sorel redujese el socialismo a un *stato d'animo*, habría un contacto con la teoría de Pareto según la cual todo en la his-

toria es instinto y sentimiento. Pareto, por su parte, considera su teoría y la de Sorel como idénticas. Sin embargo, para Sorel el *stato d'animo* es un concepto valorativo mientras que para Pareto, los sentimientos son un hecho (a veces bien brutal) de un acontecer natural social».

[1066] S. Merlino, «Pro e contro il socialismo», *op. cit.*, pág. 873.

[1067] G. Sorel, «Betrachtungen über die materialistische Geschichtsauffassung», *op. cit.*, pág. 370.

[1068] Introducción a A. Labriola, *Essai sur la conception matérialiste de l'histoire*, *op. cit.*, pág. 186 y s.

[1069] G. Sorel, «Betrachtungen über die materialistische Geschichtsauffassung», *op. cit.*, pág. 375.

[1070] G. Sorel, «Étude sur Vico», *op. cit.*, pág. 911.

[1071] Introducción a S. Merlino, *op. cit.*, pág. XLII.

[1072] G. Sorel, «Étude sur Vico», *op. cit.*, pág. 809.

[1073] G. Sorel, «L'éthique du socialisme», *op. cit.*, págs. 283 y ss.

[1074] Introducción a S. Merlino, *op. cit.*, págs. XLIII y s.

[1075] G. Sorel, «Les théories de Monsieur Durkheim», *op. cit.*, pág. 24.

[1076] «Lo más significativo para la lucha de clases es conocer los estados de ánimo. La aristocracia puede ser numerosa e incluso ver aumentar sus filas y al mismo tiempo, sin embargo, puede estar llena de temor ante el futuro; en ella se pueden agudizar el miedo a quedarse aislada y la consciencia de la propia debilidad si tropieza con una fuerte resistencia». S. Merlino, «Pro e contro il socialismo», *op. cit.*, pág. 877.

[1077] G. Sorel, «Was man von Vico lernt»; *Sozialistische Monatshefte* (junio 1898), pág. 271 y s.

[1078] G. Vico, *The New Science*, New York 1961, axiomas LXXXI, XCI y XCVI, págs. 39, 42 y 44.

[1079] G. Sorel, «Étude sur Vico», *op. cit.*, págs. 785-817, 906-941 y 1013-1046. No existe ninguna duda acerca de la intención que abrigaba Sorel al escribir el estudio aun cuando solo se pronunciase sobre el particular con mayor claridad dos años más tarde en el artículo «Was man von Vico lernt». James Meisel parece haber sido el único en observar que en el estudio sobre Vico, escrito por Sorel en una época en la que todavía era considerado como marxista ortodoxo, este «utiliza» de hecho a Vico en contra de Marx. J. H. Meisel, *op. cit.*, pág. 67. Si en lugar del nombre de Vico se pone el nombre de Marx y en vez de la «Historia ideal» de Vico se coloca la concepción materialista de la historia, el estudio, en gran parte, pasa a ser susceptible de ser considerado como una muy sutil polémica contra Marx. Unos años más tarde, cuando Sorel ya había tomado públicamente posición a favor de Bernstein, hizo mención del estudio sobre Vico y de su importancia programática. Véase: G. Sorel, «La crise du socialisme», *Revue politique et parlementaire* (dic. 1898), pág. 607, nota 3; así como: «Les dissensions de la socialdémocratie en Allemagne», *Revue politique et parlementaire*, tomo 25 (julio 1900), pág. 51, donde hace referencia al pasaje incluido más adelante y escribe que las instituciones económicas destinadas a durar no pueden ser creadas mediante la violencia sino por la «legislación y los compromisos a que dan lugar los derechos adquiridos». Este planteamiento es esencial y coincide

con los principios fundamentales del marxismo. El paso de un régimen a otro ha de realizarse (como escribí hace algunos años) a través de un *punte económico*».

[1080] G. Sorel, *Étude sur Vico*, *op. cit.*, pág. 931 y s.

[1081] G. Vico, *The New Science*, axioma XCI, *op. cit.*, pág. 42.

[1082] G. Sorel, *Étude sur Vico*, *op. cit.*, págs. 932 y s.

[1083] *Ibid.*, pág. 933.

[1084] En este punto como, por lo demás, en todos en este contexto, lo que adquiere un interés primario no es el contenido de verdad del juicio emitido por Sorel sino, en un primer lugar, resulta interesante el objetivo «actual» de ese juicio. Es evidente que no resulta posible describir satisfactoriamente por medio de categorías reformistas la historia romana en general ni siquiera la época de la temprana república.

[1085] G. Sorel, «Étude sur Vico», *op. cit.*, pág. 934 y s.

[1086] F. Engels, *Über historischen Materialismus* (1892), MEW 22, pág. 302.

[1087] K. Marx, Entrevista con el diario de Nueva York *The World* de 18-VII-1871, MEW 17, pág. 643.

[1088] Engels a C. Schmidt, 27-X-1890, MEW 37, pág. 491.

[1089] Walras mismo publicó tres de sus artículos de temas de filosofía social y socio-políticos («Méthode de conciliation ou de synthèse», «Théorie de la propriété» y «Le problème fiscal») en la revista socialista de Malon *Revue Socialiste* del año 1896. Los artículos fueron publicados junto con algunos más en la colección de artículos *Étude d'économie social*, París 1896.

[1090] La reseña de Sorel se encuentra en *Devenir Social* (mayo 1896), págs. 468-474. Pareto escribió: «La teoría de Ricardo es exagerada y llevada hasta sus últimas consecuencias por Karl Marx», V. Pareto, *Cours d'économie politique*, I, Lausanne 1896, pág. 32. Sorel no dijo nada sobre esto. Su juicio definitivo sobre el trabajo de Pareto fue: «Resumiendo, este libro puede ser recomendado a todas aquellas personas que quieran conocer la economía política clásica tratada con un método estrictamente científico». G. Sorel, *Devenir Social* (1896), pág. 474.

[1091] V. Pareto, *op. cit.*, pág. 16 y ss. Pareto hizo suyo este planteamiento, evidentemente, solo después de la crítica a Marx de la Introducción al extracto de *El Capital* hecho por Lafargue (véase más arriba).

[1092] «Es, así, natural, en una investigación sistemática que progresa desde lo más abstracto a lo concreto, partir de la introducción más simple y más general». G. Sorel, «Über die Marxsche Werttheorie», *Sozialistische Monatshefte* (junio 1897), pág. 350. El artículo había aparecido en mayo del mismo año en el *Journal des économistes*, año 30 (1897) págs. 222-231.

[1093] *Ibid.*, pág. 348 y s.

[1094] «El método consistente en ascender de lo abstracto a lo concreto no es más que el modo que tiene el pensamiento de apropiarse de lo concreto». K. Marx, *Einleitung zur Kritik der politischen Ökonomie*. En: *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín 1963, pág. 248. Compárese con H. Grossmann, *Das Akkumulations und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, Leipzig 1929, págs. 287 y ss.; así como P. M. Sweezy, *Theorie der kapitalistische Entwicklung. Eine analytische Studie über die Prinzipien der Marxschen Sozialökonomie*, Köln 1959, pág. 6 y ss.

[1095] G. Sorel, «Über die Marxsche Werttheorie», *op. cit.*, pág. 348.

[1096] *Ibid.* pág. 345.

[1097] «Yo creo haber dicho bastante para dar a entender que las teorías expuestas en *El Capital* no son tan fáciles de comprender como a menudo se dice. La teoría del valor ofrece todavía muchas zonas oscuras». *Ibid.*, pág. 353.

[1098] El texto de Rudolf Hilferding *Böhm-Bawerks Marx-Kritik* (Viena, 1904) no dejaba tampoco de ser un esbozo, aun cuando fuese un esbozo genial.

[1099] S. Merlino, «Pro e contro il socialismo», *op. cit.*, pág. 868.

[1100] G. Sorel, «La loi des revenus», *Devenir Social* (julio 1897), págs. 77-607.

[1101] La ley de Pareto se puede escribir simplificada del modo siguiente: $N = A/X^i$ donde N es el número de personas con una renta de X o superior y A e i son parámetros dados. Según Pareto, el parámetro i tenía en diversas sociedades y en diversos períodos históricos aproximadamente un valor de 1,5. V. Pareto, *Cours d'économie politique*, II, Lausanne 1897 págs. 310 y ss. Pareto (al igual que hicieron más adelante otros economistas conservadores) adujo esta ley como una prueba de que las transformaciones sociales no podían modificar la distribución de la renta. Investigaciones ulteriores han mostrado que la ley no es utilizable para grupos sociales homogéneos. Por contra, es probable que sea aplicable a sociedades en las que una parte de la población vive de ingresos provenientes de riqueza de algún tipo. Parece incluso describir los llamados *screening processes*. Así, Winkler ha mostrado que con ayuda de la curva de Pareto es posible describir la distribución de las distancias con respecto a la ciudad de Viena de los lugares de nacimiento de los habitantes de esta capital. W. Winkler, *Grundfragen der Ökonometrie*, Viena 1951, págs. 143 y ss.

[1102] V. Pareto, *op. cit.*, págs. 312, 320 y 324 y s.

[1103] Si disminuye el valor del parámetro i se reduce también la proporción relativa de personas afectadas por una modificación de la renta dada. Supongamos que $i=2$ y que una cierta proporción de personas N tienen un renta de 100 000 DM o más. Si ahora ascendemos en un 10% en la escala de las rentas, es decir, a un límite de renta de 110 000 DM, la proporción de personas que tengan esta renta o una superior será un 20% inferior al número de personas en posesión de una renta de 100 000 DM o más. Supongamos, sin embargo, que $i=1,5$ y que una cierta proporción N de personas poseen una renta de 100 000 DM o más. Si ascendemos ahora un 10% en la escala de la renta, es decir, si vamos al límite de renta de 110 000 DM, entonces el número de personas que tengan esta renta o una superior solo será un 15% inferior que el número de personas que cuenten con una renta de 100.000 DM o más. Así el parámetro i mide la proporción del descenso del número de perceptores de renta con una clase de renta creciente. Como se desprende de la forma matemática de la ley, gráficamente puede ser representada por medio de una hipérbola en la que la cifra de los perceptores de renta se sitúa en ordenadas y el de la cuantía de las rentas en abcisas. Cuanto más bajos sean los valores que tome el parámetro i tanto menos cóncava será la hipérbola, es decir, tanto menor efecto tienen sobre las modificaciones de la ordenada las modificaciones que se producen en abcisas, es decir, tanto más equilibrada será la distribución de la renta entre los diversos perceptores de renta.

[1104] Pareto mostraba que la renta mínima era a la renta media lo mismo que i menos 1 a i: $R_{min}/R_m = i - 1/i$

Ahora bien, según esta expresión, valores bajos de la constante i conducen a una brecha mayor entre la renta mínima R_{\min} y la renta media R_m . V. Pareto, *op. cit.*, pág. 321, nota.

[1105] G. Sorel, «La loi des revenus», *op. cit.*, págs. 588 y 601.

[1106] *Ibid.*, pág. 603. Según Giffen, el número de las rentas crece al ritmo más rápido en las dos clases más bajas y en las dos clases más altas de renta.

[1107] *Ibid.*, pág. 600. Sorel se apoyaba para ello en investigaciones estadísticas de Rodhes y Yule.

[1108] *Ibid.*, pág. 605 y s.

[1109] *Ibid.*, pág. 606 y s.

[1110] E. Bernstein, *Die Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 50.

[1111] G. Sorel, «Die Entwicklung des Kapitalismus», *op. cit.*, pág. 545.

[1112] *Ibid.*, pág. 546 y s.

[1113] Sorel a Croce, 30-XI-1897, «Lettere di Georges Sorel a Benedetto Croce», *op. cit.*, pág. 49.

[1114] G. Sorel, «Was man von Vico lernt», *op. cit.*, pág. 272.

[1115] Prólogo a S. Merlino, *op. cit.*, pág. XL y ss.

[1116] G. Sorel, «Superstition socialiste?», *op. cit.*, pág. 747.

[1117] *Ibid.*, pág. 741.

[1118] G. Sorel, «Progres et développement», *op. cit.*, pág. 200 y s.

[1119] G. Sorel, «L'éthique du socialisme», *op. cit.*, pág. 288 y s.

[1120] La Comuna de París «no fue un intento de hacer realidad un gobierno del proletariado organizado... La lucha se desarrolló sin ninguna clase de decoro político, sin ninguna orientación ética, como una lucha de actos de violencia». G. Sorel, «La crise du socialisme», *op. cit.*, pág. 600 y s.

[1121] S. Merlino, «Pro e contro il socialismo», *op. cit.*, pág. 884.

[1122] G. Vico, *The New Science*, axioma XCI, *op. cit.*, pág. 42; G. Sorel, «Etude sur Vico», *op. cit.*, pág. 932.

[1123] Prólogo a Merlino, *op. cit.*, pág. III.

[1124] G. Sorel, «Was man von Vico lernt», *op. cit.*, pág. 272.

[1125] Originalmente en *L'Humanité Nouvelle* (marzo-mayo 1898).

[1126] «La política es una salida de urgencia frente a la que necesariamente hay que tomar medidas». G. Sorel, «La crise du socialisme», *op. cit.*, pág. 608.

[1127] Sorel escribió en julio de 1900: «La Socialdemocracia, al fin y al cabo, es una organización de trabajadores bajo la dirección de unos violentos oradores. Se trata de una *oligarquía de demagogos* que dirige a la clase obrera, le provee de sus lecturas, le dice a qué candidatos ha de votar en las elecciones y vive de su oficio de dirigente del pueblo». G. Sorel, «Les dissensions de la socialdémocratie en Allemagne», *op. cit.*, pág. 42.

[1128] G. Sorel, «L'Avenir socialiste des syndicats», *op. cit.*, págs. 58 y ss.

[1129] «L'éthique du socialisme», *op. cit.*, pág. 281.

[1130] «Jaurès tomó en aquella época la dirección efectiva del movimiento obrero francés, en tanto en cuanto se sustraía del elemento sindicalista. Superó ampliamente al muy rígido marxista Guesde gracias a su actividad política. Pronto Jaurès se convirtió, junto con Bebel, en el dirigente más destacado de la Segunda Internacional. Era un político de altura, el mejor tipo de entre los dirigentes obreros parla-

mentarios. No tan enraizado en la clase obrera como Bebel, se ganó sin embargo la confianza a través de su inagotable actividad, su dedicación, su entusiasmo sin par». P. Frölich, *Der franzoösische Ministersozialismus*. En: R. Luxemburg, *Gesammelte Schriften*, III, Berlín 1925, pág. 260. Comp. con A. Noland, *op. cit.*, pág. 72, nota 16.

[1131] «Todo lo que se puede encontrar en Sorel de antidemocrático y antiparlamentario es, sobre todo, su antijauresismo». G. Goriely, *op. cit.*, pág. 178. Comp. con M. Freund, *op. cit.*, pág. 116 y s. Anteriormente, Sorel había valorado a Jaurès por su actuación en el caso Dreyfus. G. Sorel, «L'éthique du socialisme», *op. cit.*, pág. 301.

[1132] Tanto Jaurès como Vaillant, el dirigente de los blanquistas, estaban más familiarizados con la obra de Marx que Guesde. C. Willard, *op. cit.*, pág. 29.

[1133] La crítica de Rosa Luxemburg a Millerand y a Jaurès todavía no ha sido superada por lo que se refiere a este punto: «Sí, incluso gestos y palabras aislados de Millerand le son servidos al público obrero como enormes triunfos del socialismo. Así, por ejemplo, la presencia del Ministro de Comercio en un banquete en la Escuela Industrial de Lille y el discurso que pronunció en él se presentan como «uno de los momentos máximos y más fértiles que registra la historia del socialismo y de la república» (Jaurès, *Petite République*, 18 de octubre de 1899).» R. Luxemburg, *Die sozialistische Krise in Frankreich*. En: *Gesammelte Werke*, III, pág. 329.

[1134] Jaurès finalizó en 1881 sus estudios en la *École Normale Supérieure* con el número tres (Bergson con el número dos). En un discurso pronunciado ante un público obrero en julio de 1890 se adhirió definitivamente al socialismo. Su evolución se vio acelerada todavía como consecuencia de la masacre de la ciudad textil de Fourmies en la que el 1 de mayo de 1891 nueve obreros textiles cayeron bajo las balas de los soldados. H. Goldberg, *The Life of Jean Jaurès*, *op. cit.*, págs. 22 y 64.

[1135] *Ibid.*, pág. 106.

[1136] Con el título *Les origines du socialisme allemand*, que citamos aquí por la última edición (París 1960), que es una reimpresión sin cambios de la versión de la *Revue Socialiste* (junio-agosto 1892).

[1137] Esto se desprende, de la forma más clara, del primer ensayo en el que, en el espíritu del idealismo subjetivo, decía sobre la relación entre la consciencia y la realidad exterior: «Si no existiese una consciencia para oír y para ver, no existiría ni luz ni sonido». J. Jaurès, *De la réalité du monde sensible*, París 1891, pág. 320.

[1138] «En el socialismo alemán, por consiguiente, se encuentra una sólida teoría dialéctica del devenir, de la libertad humana, de la naturaleza y de Dios». Los socialistas alemanes aseguraban y creían, ciertamente, que eran materialistas, «pero en los últimos recodos del socialismo sigue alentando el espíritu del idealismo alemán». Lutero había «puesto las bases del socialismo» y había sido el primero en «formular todas las respuestas a todas las objeciones que se le hacen al socialismo». Fichte, según Jaurès, «esbozó la teoría del valor que más adelante había de desarrollar Marx». J. Jaurès, *Les origines du socialisme allemand*, *op. cit.*, págs. 32, 34, 61 y s. y 101.

Con cierta justicia le podía, por tanto, informar Laura Lafargue a Engels que: «Jaurès, que se alegra de la benevolencia de Malon, pasa por ser un gran filósofo: *ancien élève de l'école normale supérieure á la faculté de Toulouse, etc.* (antiguo alumno de la Escuela Normal Superior de la Facultad de Toulouse, etc.). Su tesis doctoral en latín, que escribió para doctorarse en Derecho por la Sorbona, sobre «les origines du socialisme allemand» —muy alabada por todos los que no la han entendido— y

de la que he leído una traducción en la *Revue Socialiste*, es una caótica confusión de pseudofilosofía a la que es difícil encontrar parangón dentro o fuera de Francia». Laura Lafargue a Engels, 6-III-1893, *Correspondence*, III, *op. cit.*, pág. 247 y s.

[1139] «La dialéctica económica del socialismo está construida, a pesar de la apariencia suscitada por una exposición apriorística y metafísica, de hecho, *a posteriori*, y es tanto más valiosa cuanto que coincide con la realidad. En su aspecto racional, la dialéctica es un motivo de horror y de fastidio para los burgueses y sus profesores de economía porque en la concepción de lo existente que propone incluye simultáneamente su negación y la inevitabilidad del conflicto». J. Jaurès, *Les origines du socialisme allemand*, *op. cit.*, pág. 139 y ss. Estos juicios eran, realmente, citas un poco modificadas del prólogo de Marx a la segunda edición de *El Capital*, I. Véase MEW 23, pág. 28.

[1140] «¿Para qué proclamar el socialismo y reunir en ejércitos a todos los soldados del socialismo, si las cosas mismas tienden cada vez más, por su propio desarrollo, a la realización del socialismo y si el socialismo no puede ser realizado por los hombres sino que se hace realidad por sí mismo?». *Ibid.*, pág. 143 y s.

[1141] *Ibid.*, pág. 146 y s.

[1142] «¿No tiene ningún valor el que podamos acortar el período de embarazo y mitigar los dolores del parto? De este modo se podrían sustraer muchos siglos al dolor, a las lágrimas, a la injusticia. El hombre es verdaderamente revolucionario si comprende el curso cierto de las cosas, lo apoya y lo acelera. Por el contrario, si no entiende el verdadero curso de las cosas y le pone obstáculos, entonces es reaccionario por muy rebelde que sea y por muy lleno de fuerza orientada a la renovación que esté». *Ibid.*, pág. 145.

[1143] *Ibid.*, pág. 147.

[1144] K. Marx, *Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei* (1875), MEW 19, págs. 15 y ss.

[1145] Ver capítulo VI, apartado B, nota 54 del presente trabajo.

[1146] J. Jaurès, *Les origines du socialisme allemand*, *op. cit.*, pág. 150 y s.

[1147] Explicaba al mismo tiempo que él consideraba las teorías marxianas del valor y de la plusvalía, la teoría de la concentración y centralización del capital y la teoría del inevitable hundimiento del capitalismo «como sus propias verdades». H. Goldberg, *op. cit.*, pág. 110. Engels valoraba positivamente la sincera actitud de Jaurès, pero le criticaba su «socialismo de estado». En febrero de 1894 Jaurès había propuesto en nombre de la fracción parlamentaria socialista el monopolio estatal para la importación de cereales, monopolio que resultaría, en opinión de Engels, una medida proteccionista y que iba a hacer felices a los grandes terratenientes: «Entonces este señor Jaurès, este doctrinario pero —particularmente por lo que a la economía política se refiere— ignorante profesor, este talento tremendamente superficial, malgasta su locuacidad para colocarse en el primer puesto y hacerse portavoz del socialismo sin llegar a entender lo que este pueda ser». Engels a Lafargue, 22-1-1895 y 6-III-1894. *Correspondance*, III, pág. 364 y 325, o bien MEW 39, págs. 392 y 215.

Las posiciones teóricas de Jaurès parecen sufrir a veces el condicionamiento de su actividad práctica. En 1895 fue testigo directo de la huelga de los trabajadores del vidrio de Carmaux y vio con sus propios ojos cómo las autoridades movilizaban el

poder del estado en contra de los obreros huelguistas. Tras estas vivencias escribió una serie de artículos, expresión, en esencia, de una concepción marxista del estado. J. Jaurès, «Organisation socialiste». En: *Revue Socialiste*, tomos 21-22 (1895), marzo a agosto, págs. 257 y ss., 285 y ss., 513 y ss. 641 y ss., en particular, págs. 385 y 390 y s., 400 y 402 y s. Véase también: H. Goldberg, *op. cit.*, págs. 142, 151 y 163.

[1148] NZ, vol. 13:2 (1894/95), págs. 545-557, 577-586 y 624-631.

[1149] «Lo que siguió ha pasado a la historia como uno de los momentos de mayor eficacia del socialismo francés». H. Goldberg, *op. cit.*, pág. 112.

[1150] «La disputa entre Jaurès y Lafargue ha tenido lugar cinco años antes que aquella... controversia entre Bernstein y Kautsky que había de encontrar una resonancia mucho mayor». H. Hintze, «Jean Jaurès und die materialistische Geschichtsauffassung», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* vol. 68 (1933), pág. 211.

[1151] Aun cuando Jaurès se distanciase expresamente del materialismo ético y psicológico, sus ideas basculaban desde el materialismo precisamente en esa dirección premarxista: «Desarrollándose según una ley mecánica, la historia es, al mismo tiempo aspiración que sigue una ley ideal». J. Jaurès, *Idéalisme et matérialisme dans la conception de l'histoire. Oeuvres de Jean Jaurès*, VI, París 1933, pág. 18. Pero precisamente por ello, Jaurès no vio ninguna diferencia entre Feuerbach y Marx: «Ambos han interpretado el hegelianismo del mismo modo: el uno en la filosofía y el otro en la economía política». J. Jaurès, *Les origines du socialisme allemand, op. cit.*, pág. 33.

[1152] Jaurès reproduce esta cita de Marx que me ha sido imposible identificar: «Marx dice: «El cerebro humano no crea a partir de sí mismo una idea del derecho que sería vana y hueca; realmente, la vida, incluso la vida intelectual y moral de la humanidad no contiene más que un reflejo de los fenómenos económicos en el cerebro humano»». J. Jaurès, *Oeuvres*, III, *op. cit.*, pág. 13. De la síntesis realizada por el mismo Jaurès acerca de lo que para él era la concepción materialista de la historia, se deduce claramente que Jaurès entendía el materialismo de Marx exactamente de este modo. «Resumiendo, estoy de acuerdo con Marx en que toda la evolución ulterior no va a ser más que el reflejo de los fenómenos económicos en el cerebro, pero con la condición de que digamos que en este cerebro se hallan ya presentes, a través del sentido de la belleza, de la simpatía instintiva y de la necesidad de unidad, las principales fuerzas que actúan sobre la vida económica». *Ibid.*, pág. 15. Que esta no era la concepción que tenía Marx acerca de la relación entre la economía y la ideología es algo que se desprende no solo de los trabajos en los que aplica su concepción de la historia, sino de su clásico resumen: «El modo de producción de la vida material *condiciona* el proceso de vida social, política e *intelectual* en general». K. Marx, *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín 1963, pág. 15 (subrayados de B. G.).

[1153] G. Deville, *Principes socialistes*, París 1895, pág. XX.

[1154] «Tal es la concepción que desde un principio, como una oscura idea, por así decirlo, o una primera noción de su destino, se ha hecho la humanidad acerca de su evolución». J. Jaurès, *Oeuvres*, vol. VI, *op. cit.*, página 7.

[1155] «Aun antes de la experiencia de la historia, aun antes de la formación de este o aquel sistema económico, la humanidad porta una idea provisional de la justicia y el derecho y a este ideal prefigurado aspira a llegar pasando de una forma de la civilización a formas superiores». J. Jaurès, *Oeuvres*, vol. VI, *op. cit.*, pág. 7.

[1156] «En el encadenamiento de los movimientos del cerebro el presente se halla determinado por el pasado, mientras que en el encadenamiento de las ideas, de los conceptos conscientes, el presente aparece determinado por el futuro». *Ibid.*, pág. 13.

[1157] «Se pueden explicar todos los fenómenos históricos a partir del puro desarrollo económico, también se los puede explicar a partir del inquieto y continuo deseo de una forma superior de existencia». *Ibidem*. Jaurès negó que esta visión de la historia fuese dualista y ecléctica, pero nunca mostró cómo podría establecerse una vinculación entre ambas partes.

[1158] *Ibid.*, pág. 16.

[1159] *Ibid.*, pág. 18.

[1160] *Ibidem*.

[1161] *Ibid.*, pág. 11.

[1162] *Ibid.*, pág. 18.

[1163] «Los salvajes no conocen el concepto de justicia, no tienen ni siquiera palabras para expresar esa idea». P. Lafargue, *Réponse...*, *op. cit.*, pág. 24. De lo que carecen los hombres que viven en estadios sociales muy primitivos, más exactamente, no es de conceptos éticos generales en absoluto sino tan solo de los conceptos éticos más generales.

[1164] Engels escribió en febrero de 1895: «Jaurès va por el buen camino. Está estudiando marxismo, no se le debería exigir demasiado. Ya ha hecho progresos bastante grandes, mucho mayores de lo que yo me atrevía a esperar. Por lo demás ;no pidamos demasiada ortodoxia!» Engels a Plejánov, 26-11-1895, MEW 39, pág. 417.

En el campo de la concepción de la historia esto se tradujo en la *Histoire Socialiste de la Révolution Française* que redactó entre 1899 y 1903. En la introducción general al trabajo escribió:

«Sabemos que las condiciones económicas, las formas de la producción y de la propiedad, constituyen la verdadera base de la historia. Del mismo modo que para la mayoría de los individuos humanos lo decisivo en la vida en su profesión, del mismo modo que la profesión, que es la forma económica de la actividad individual, determina muy a menudo el comportamiento, el pensamiento, las aflicciones, las alegrías e incluso los sueños de los hombres, de este mismo modo, en cada época histórica, la estructura económica de la sociedad determina las formas políticas, los hábitos sociales e incluso la orientación general del pensamiento..»

Sin embargo, no olvidamos —Marx mismo, con demasiada frecuencia desdeñado por intérpretes estrechos de miras, no lo olvido nunca— que las fuerzas económicas actúan sobre los hombres.. El espíritu humano se apoya muy a menudo sobre el sistema social para superarlo o combatirlo; entre el espíritu individual y el poder social puede darse, así, simultáneamente la solidaridad y el conflicto. El sistema de naciones y la intercesión de las monarquías modernas emancipadas de la Iglesia posibilitaron la ciencia libre de los Keppler y Galilei; pero una vez en posesión de la verdad, el espíritu ya no depende de nada; ni de los príncipes, ni de la sociedad, ni de la humanidad; la verdad misma, con su ordenación y su encadenamiento, modifica, si se me permite expresarlo así, el medio inmediato del espíritu; y si Keppler y Galilei se apoyaron también para sus observaciones y trabajos en tanto que astrónomos sobre la base del estado moderno, de todos modos, después de hacer sus cálculos y sus observaciones, dependían tan solo de sí mismos y del universo. El mundo social,

que les sirvió de apoyo y de palanca, se abrió y ya su pensamiento solo conocía de las leyes del firmamento infinito.

Queremos hacer perceptible, a través de la evolución casi mecánica de las formas económicas y sociales, esta alta dignidad del espíritu libre, liberado de la humanidad por el eterno universo mismo... Nuestra interpretación de la historia será también simultáneamente materialista con Marx y mística con Michelet». J. Jaurès, *Histoire Socialiste de la Révolution Française*, París 1922, vol. I, págs. 23 y ss. Algunas formulaciones recuerdan a Engels, pero el matiz original persiste sin modificaciones.

[1165] J. Jaurès, «Question de méthode», *La Petite République*, 17-X-1899, *Oeuvres*, vol. VI, *op. cit.*, pág. 111.

[1166] *Ibid.*, pág. 112.

[1167] *Ibid.*, pág. 113.

[1168] *Ibidem*.

[1169] En diciembre de 1899 se formó un comité de unidad de los socialistas franceses. Las perspectivas para la unión con los guesdistas parecían buenas. Unos meses después había de reunirse en París el Congreso Socialista internacional y en aquel momento para Jaurès era importante ganar a los socialdemócratas alemanes para su posición en lo referente a la cuestión de la entrada de Millerand al gobierno de Waldeck-Rousseau. Esto puede contribuir a explicar la actitud relativamente tajante de Jaurès en contra de Bernstein. Compárese más adelante con las declaraciones sobre la situación organizativa en el año 1901 cuando Jaurès se había pronunciado a favor del reformismo económico.

[1170] J. Jaurès, *Bernstein et l'évolution de la méthode socialiste*. En: *Oeuvres*, vol. VI, *op. cit.*, págs. 117-140.

[1171] *Ibid.*, pág. 120.

[1172] *Ibid.*, pág. 119.

[1173] *Ibid.*, pág. 121.

[1174] *Ibid.*, pág. 126 y s.

[1175] *Ibid.*, pág. 128.

[1176] *Ibidem*.

[1177] *Ibid.*, pág. 130 y s. «Y un intenso estudio de la Revolución Francesa le convenció (como también a Tocqueville) de que una clase que en el marco de la vieja sociedad se ve continuamente reforzada por concesiones, encuentra estímulo para su voluntad revolucionaria». H. Goldberg, *op. cit.*, pág. 273.

[1178] *Ibid.*, pág. 131.

[1179] *Ibid.*, pág. 139. Como apoyo, pero también como crítica a la política de Jaurès, puede interpretarse, en este contexto, un párrafo de los artículos escritos por Engels para los socialistas italianos. (Ver el capítulo sobre el revisionismo italiano, nota 7.) Continúa del siguiente modo: «Evidentemente, no es tarea nuestra preparar directamente un movimiento, que no es exactamente el movimiento de la clase representada por nosotros... Si por el contrario el movimiento es verdaderamente nacional, nuestra gente estará en él sin que haya necesidad de convocatoria para ello y nuestra participación en un movimiento de esta índole es evidente por sí misma. Pero entonces deberá quedar muy claro y nosotros lo tenemos que anunciar públicamente, que tomamos parte *como partido independiente*, unidos por el momento con los radicales y con los republicanos, pero completamente diferenciados

de ellos... una oposición de extrema izquierda que avanzará hacia nuevas conquistas a partir del terreno conseguido. Tras la victoria conjunta, se nos ofrecerán seguramente algunos puestos en el nuevo gobierno, pero siempre de modo que quedemos *en minoría*. *Este es el máximo peligro*. Después de Febrero de 1848, los demócratas socialistas franceses (los de «Réforme», Ledru-Rollin, Louis Blanc, Flocon, etc.), cometieron el error de aceptar tales puestos. Como minoría en el gobierno, compartían voluntariamente la responsabilidad de las infamias cometidas por la mayoría compuesta por republicanos puros contra los trabajadores; mientras tanto, la participación de esos señores en el gobierno dificultaba completamente la acción revolucionaria de la clase obrera, a la que ellos decían representar». MEW 22, pág. 441 y s.

[1180] «A partir de entonces, ministerialistas y antiminnerialistas habían de seguir sus propios caminos en tanto que los primeros abrazaban el «socialismo reformista» y los segundos el «socialismo revolucionario». A. Noland, *op. cit.*, pág. 136.

[1181] J. Jaurès, *Oeuvres*, vol. VI, *op. cit.*, págs. 241-266.

[1182] Jean Jaurès había sido persuadido por el muy influyente (entre los socialistas académicos) Lucien Herr (alemannista y bibliotecario de la *École Normale Supérieure*) de que la entrada de Millerand en el gabinete Waldeck-Rousseau constituía asimismo una muestra de la fortaleza de la clase obrera: la burguesía no podía salvar la República sin recurrir a la ayuda del movimiento obrero socialista. Otros no pensaban que la República hubiese estado seriamente en peligro, consideraban a Millerand como un rehén en el gobierno burgués, y eran de la opinión que la política seguida por Millerand desde el gobierno no comportaba ventajas para la clase obrera. Se estaba de acuerdo, de todos modos, en que Millerand había actuado por su cuenta y riesgo al ofrecer a Waldeck-Rousseau sus servicios.

[1183] *Ibid.*, pág. 244.

[1184] *Ibidem*.

[1185] *Ibid.*, pág. 246.

[1186] *Ibid.*, pág. 254.

[1187] *Ibid.*, pág. 249. Jaurès había tratado precisamente este tema (fabiano) en una serie de artículos sobre la forma de la propiedad antes, durante y después de la Revolución francesa. Véase: *De la propriété individuelle*, *Oeuvres*, vol. VI, *op. cit.*, págs. 361-425. Quería mostrar que la forma y el contenido de la propiedad individual se había modificado constantemente a lo largo de la historia. *Op. cit.*, págs. 363 y ss. Además, que la legislación de la Revolución francesa y posterior (inclusive el *Code Civil*), había reconocido con claridad que el derecho privado de propiedad había de someterse en muchos puntos al derecho de propiedad de la familia y de la sociedad. *Ibid.*, pág. 369 y ss. Y, en tercer lugar, que el movimiento obrero socialista podía fundarse en esto para ampliar lisa y llanamente a partir de aquí las pretensiones legales de la sociedad (*utilité publique*). *Ibid.*, págs. 403 y ss. «Al mismo tiempo, la expropiación general de la clase capitalista a favor de la colectividad es hoy de utilidad pública y a través del poder de los acontecimientos, el mismo derecho burgués asume una significación revolucionaria. Los juristas de la revolución social pueden conseguir la transición de la legalidad burguesa a la legalidad comunista acogiéndose a los textos legales del derecho burgués». *Ibid.*, pág. 408. Jaurès se refería, en primer término, a la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* de 1789 según la cual a nadie se le podía arrebatar su propiedad «excepto cuando lo exija

abiertamente la pública necesidad, sobre la base de la ley y con la condición de que previamente sea pagada una indemnización». El texto inglés en: G. Lefebvre, *The Coming of the French Revolution*, New York 1957, pág. 191. Jaurès no decía nada acerca de qué actitud tomaría la clase burguesa al ver cómo se utilizaba en su contra el derecho burgués.

[1188] Jaurès hacía referencia al párrafo del *Manifiesto Comunista* en el que Marx y Engels describen la llamada pauperización absoluta bajo el capitalismo: «El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, descende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza». Marx-Engels, *Manifest der Kommunistischen Partei*, Peking 1969, pág. 48, o bien: MEW 4, pág. 473.

[1189] J. Jaurès, *Oeuvres*, vol. III, *op. cit.*, pág. 265 y ss. Jaurès hace referencia de nuevo al *Manifiesto Comunista* donde dice: «A veces los obreros triunfan, pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros». Marx-Engels, *Manifest...*, *op. cit.*, pág. 44, o bien MEW 4, pág. 470. Jaurès hace referencia asimismo a la Introducción a *Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie* de Marx donde este escribe: «¿Dónde reside, entonces, la posibilidad *positiva* de emancipación alemana? *Respuesta*: en la formación de una clase *con cadenas radicales*, de una clase de la sociedad civil que no sea una clase de la sociedad civil, de un estado que sea la disolución de los estados, de una esfera que posea un carácter universal por lo universal de sus sufrimientos y que no reclame para sí ningún derecho *especial*, puesto que, contra ella no se ha cometido ningún desafuero en particular sino el desafuero *en sí, absoluto*... que sea, en una palabra, la *pérdida completa* del hombre y que por lo tanto solo se pueda recobrar a sí misma a través de la *completa recuperación del hombre*. Esta descomposición de la sociedad, en tanto que clase particular, es el proletariado». MEW 1, pág. 390. Jaurès extrajo de aquí la siguiente conclusión: «De aquí se deduce la existencia en Marx de una tendencia originaria a aceptar solo difícilmente la idea de una elevación parcial del proletariado». J. Jaurès, *Oeuvres*, vol. VI, pág. 259.

[1190] *Ibid.*, pág. 260.

[1191] *Ibid.*, pág. 261.

[1192] *Ibidem*. El juicio no estaba del todo justificado. Engels escribió en el Prólogo: «No me he decidido a eliminar del texto las muchas profecías que contiene y, en particular, la profecía de una próxima revolución social en Inglaterra que me dictaba mi ardor juvenil. Lo sorprendente no es que hayan fallado tantas de estas profecías, sino que tantas hayan sido acertadas y que la situación crítica de la industria inglesa como consecuencia de la concurrencia continental y en particular de la americana, situación que de todos modos yo había previsto entonces con una inmediatez excesiva, se haya convertido desde entonces en una realidad». MEW 22, pág. 270. Pero, de todos modos, es cierto que Engels tenía cierta inclinación a profetizar un «Kladderradatsch» (estropicio, desbarajuste) en expresión de los dirigentes socialdemócratas alemanes.

[1193] J. Jaurès, *Oeuvres*, vol. VI, *op. cit.*, pág. 262 y s.

[1194] Véase H. Goldberg, *op. cit.*, pág. 456 y las fuentes mencionadas allí. En su último discurso poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, dijo Jaurès:

«Cuando el tifus complete la obra comenzada por las balas, los hombres desilusionados se volverán a sus dominadores sean alemanes, franceses, rusos o italianos y les exigirán una explicación por todos esos cadáveres. Y la revolución liberada les gritará: «¡Id y pedid perdón a Dios y a los hombres». Pero si logramos evitar la tortura, confío en que los hombres no olvidarán y dirán: «Tenemos que evitar que este fantasma se alce cada seis meses de la tumba y someta el mundo al terror». Hombres de todo el mundo: ¡tenemos que alcanzar nuestra meta de paz y de justicia!». H. Goldberg, *op. cit.*, pág. 467.

[1195] *Ibid.*, págs. 91 y s.

[1196] «Ser materialista quiere decir, en principio, reducir todo acontecimiento a movimientos necesarios de la materia, movimientos que son entendidos sin excepción en términos de procesos mecánicos que son consecuencia necesaria de procesos mecánicos anteriores... Quien utilice hoy en día la teoría materialista de la historia viene obligado..., a tener en cuenta junto a la evolución e influencia de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, las ideas jurídicas y éticas, las tradiciones históricas y religiosas de la época de que se trate así como las influencias de los factores geográficos y demás factores naturales entre los que se encuentran también la naturaleza del hombre y sus talentos espirituales». E. Bernstein, *Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 4 y ss.

[1197] G. Sorel, «Les dissensions de la socialdémocratie en Allemagne», *Revue Politique et Parlementaire*, tomo 25 (1900), pág. 65.

[1198] El cuadro ofrecido más arriba de la crítica soreliana de Marx coincide en muchos puntos con el que ya en 1903 dio Vittoria Racca en su introducción a una reunión de artículos de Sorel:

«En el terreno de la teoría, Sorel está en contra del dogmatismo absoluto, al que denomina clericalismo socialista. Está en contra de la onanista deificación de Marx, contra sus intérpretes y comentaristas infieles y contra aquellos que le quieren adscribir una ciencia universal o que creen que construyó un sistema cerrado dentro de la economía política o de la sociología. Sorel muestra, por el contrario, que Marx se contradijo frecuentemente. No acepta el materialismo histórico, que está concebido de un modo excesivamente grosero, y por lo tanto, tampoco cree que la cuestión social pueda ser resuelta por un cambio de la estructura económica. Niega que el socialismo constituya algo necesario o que esté fatalmente determinado y niega también la simplificada teoría según la cual las diferentes clases de los diferentes países son uniformes y pone de relieve las diferencias entre las clases basadas en la raza, las condiciones históricas, el desarrollo intelectual, etc. Tampoco acepta la todavía más simplificada teoría que reduce solo a dos las clases sociales en lucha a vida o muerte. Sorel no ve tampoco ninguna anarquía que no pueda ser eliminada en las fuerzas capitalistas, no cree en la teoría de la catástrofe y niega que las crisis sean cada vez más frecuentes y cada vez más intensas. Tiene por falsa la teoría marxista del valor en el sentido propio del término así como la ley de bronce de los salarios, la ley de la pauperización creciente y la ley de la concentración creciente de la riqueza y de la producción. Tampoco exagera los fallos y las sombras del capitalismo ni es de la opinión de que los trusts constituyen una señal del fin del capitalismo y un modelo del socialismo que se avecina. Ve la enorme complicación de los fenómenos sociales actuales y comprende, por tanto, todas las dificultades ligadas a su

transformación. No cree, por tanto, que sea suficiente hacerse con el poder estatal para llevar a cabo una transformación tal y niega que sea posible prever el futuro de la sociedad hasta en los más mínimos detalles». G. Sorel, *Saggi di critica del marxismo*, Milán 1903, pág. XI, y s.

[1199] *Bernstein Nachlaß*, IISG, D 82.

[1200] P. V. Struve, «Die marxische Theorie der sozialen Entwicklung», *Archiv für soziale Gesetzgebung und Statistik*, vol. 14 (1899), pág. 701.

[1201] La discusión entre marxistas y revisionistas no acabó, naturalmente, con la muerte del marxismo legal, pero adoptó otras formas (con el llamado economismo, o en la oposición entre bolcheviques y mencheviques).

[1202] «En ningún otro lugar de Europa hemos podido ser testigos de una consumación más rápida del fin lógico del bernsteinianismo, la formación de una fracción liberal, como entre nosotros, en Rusia». V. I. Lenin, *Ein Schritt vorwärts, zwei Schritte zurück. Eine Antwort N. Lenins an Rosa Luxemburg*. En: *Werke*, vol. 7, *op. cit.*, pág. 485.

[1203] En 1902 habían aparecido ya tres ediciones de las *Premisas*. «La publicación de las *Premisas* de Bernstein abrió realmente las puertas al revisionismo ruso... la aparición de las *Premisas* actuó como un catalizador y aceleró el proceso de la disidencia». R. Kindersley. *The First Russian Revisionists. A Study of Legal Marxism*, Oxford 1962, pág. 204. Este proceso se vio favorecido por la censura zarista, que en mayo de 1901 escribió en un informe que el marxismo «(ha) perdido la mayor parte de su fuerza e impacto no a causa de la censura sino a causa del hecho de que el movimiento se ha reblandecido incluso en el extranjero como consecuencia de la obra de Bernstein y de otros representantes del método gradualista». Citado por R. Kindersley, *op. cit.*, pág. 107.

[1204] *Ibid.*, pág. 204. Con anterioridad a 1899 el revisionismo ruso parece no haber tenido para Bernstein ninguna importancia. Según Kindersley, Struve se entrevistó con Bernstein en el Congreso de la Segunda Internacional que se reunió en Londres en 1896, pero no llegaron a establecer un contacto duradero. *Ibid.*, pág. 186 y s. Kindersley afirma erróneamente, sin embargo, que en el Archivo-Bernstein no se encuentra ninguna correspondencia con Struve. En el archivo hay una carta de Struve a Bernstein fechada el 28-V-1899, en la que Struve recomienda a Tugan-Baranovski quien quería ir a Inglaterra con fines de investigación. Véase *Bernstein-Nachlaß*, IISG, D 686. La afirmación de J. Frankels de que el «economista» Prokopovitch recibió la influencia de Bernstein en Berlín en la época anterior a 1898 es altamente improbable ya que Bernstein abandonó Alemania cuando Prokopovitch tenía siete años y regresó a Alemania solo en 1901. Compárese con J. Frankel (ed.) *Vladimir Aki-mov on the Dilemmas of Russian Marxism 1895-1903*, Cambridge 1969, pág. 32.

[1205] El libro fue también permitido por la censura ya que «la exposición no lo hace accesible para cualquiera». Citado por A. Leontiev, *Marx-Capital*, New York 1946, pág. 120.

[1206] Refiriéndose a la guerra ruso-turca de 1877, Marx le escribió a Sorge: «Esta crisis es un nuevo punto de viaje de la historia de Europa. Rusia... se hallaba ya desde hace tiempo en el umbral de una revolución; todos los elementos estaban preparados para ello. Los bravos turcos han acelerado años la explosión... La revolución comenzará *secundum artem* con juegucitos constitucionales, *et puis il y aura un beau tapage*. ¡Si la Madre Naturaleza no nos es excesivamente desfavorable todavía vere-

mos el júbilo! Las tonterías que hacen los estudiantes rusos son solamente síntoma, en sí mismas carentes de valor. Pero son un síntoma. Todas las capas de la sociedad rusa se hallan económica, moral e intelectualmente en plena descomposición.

Esta vez la revolución comienza en el Este, que hasta ahora había sido intocado bastión y ejército de reserva de la contrarrevolución». Marx a Sorge, 27-IX-1877, MEW 34, pág. 296.

[1207] Ver, por ejemplo, la polémica entre Engels y el populista Tkatschov en: F. Engels, *Soziales aus Rußland*, Leipzig 1875, MEW 18, págs. 556 y ss. y 584 y ss.

[1208] MEW 19, pág. 295 y s.

[1209] F. Engels, *Die auswärtige Politik des russischen Zarentums* (1890), MEW 22, pág. 11 y ss.; *Kann Europa abrüsten?* (1893), MEW 22, pág. 390 y ss. *Nachwort* (1894) a *Soziales aus Rußland*, MEW 22, págs. 421 y ss. El primero de los escritos citados se cerraba con estas proféticas palabras: «Europa se desliza como por un plano inclinado a una velocidad creciente hacia el abismo de una guerra mundial de una extensión y una ferocidad hasta ahora desconocidas. Tan solo una cosa podría pararla: un cambio de sistema en Rusia. Que un cambio de este tipo ha de producirse dentro de pocos años es algo indudable. Es de esperar que acontezca a tiempo antes de que se llegue a lo inevitable». *Ibid.*, pág. 48.

[1210] Engels a Vera Zasúlich, 23-IV-1885, MEW 36, págs. 304 y s.

[1211] El programa de la organización se encuentra en G. Plejánov, *Selected Philosophical Works*, Moscú s. f., págs. 400 y s.

[1212] Los trabajos más importantes de Plejánov son: «Socialismo y lucha política» (1883); «Nuestras diferencias de opinión» (1885); «Sobre la cuestión del desarrollo de la concepción monista de la historia» (1898). Todos *ibíd.*, págs. 57 y ss. 122 y ss. y 542 y ss.

[1213] «Plejánov... es junto con Marx y Engels quizá el teórico más importante de nuestro partido. Le coloco por encima de Lafargue». Kautsky a Adler, 26-1-1893, V. Adler, *Briefwechsel...*, *op. cit.*, pág. 118.

[1214] J. H. Keep, *The Rise of Social Democracy in Russia*, Oxford 1963, págs. 27 y ss., así como Th. Dan, *The Origins of Bolshevism*, London 1964, págs. 185 y ss.

[1215] El Manifiesto está reproducido en: *Dokumente des Sozialismus*, vol. 4 (1904), págs. 279 y ss.

[1216] P. B. Struve, *Kriticheskie zametki i voprosu ob ekonomiches kom razvitii Ros-sii*, San Petersburgo 1894. (En lo sucesivo se utilizará para los títulos rusos de libros la transcripción anglosajona).

[1217] V. I. Lenin, *Was tun?*, *Werke*, vol. 5, pág. 371.

[1218] R. Kindersley, *op. cit.*, pág. 232.

[1219] El discurso del Zar se encuentra reproducido en: *ibíd.*, pág. 180.

[1220] G. Plejánov, *op. cit.*, pág. 402.

[1221] Según las estadísticas oficiales, la industria se desarrolló entre 1887 y 1897 del modo siguiente:

Año	Empresas	Trabajadores	Valor de la producción (millones de rublos)
1887	30 888	1 434 700	1335

1890 32 254 1 318 000 1503

1897 39 029 2 098 200 2839

Fuente: P. Lyaschenko, *History of the National Economy of Russia*, New York 1949, pág. 526.

[1222] Sir John Maynard, *Russia in Flux*, Londres 1941, (Citado aquí por la edición de bolsillo de New York 1962) págs. 293 y ss. El autor visitó Rusia por primera vez en 1895-1896 y como miembro de la Fabian Society podía enjuiciar competentemente el socialismo.

[1223] «Y, mientras tanto, aparecía un libro marxista tras otro, empezaron a publicarse revistas y periódicos marxistas, todo el mundo, como por contagio, se hacía marxista, a los marxistas se les halagaba, se les lisonjeaba, los editores estaban entusiasmados por la extraordinaria rapidez con que se vendían los libros marxistas». V. I. Lenin, *Was tun?, Werke*, vol. 5, pág. 371. Compárese: B. D. Wolfe, *Lenin, Trotzki, op. cit.*, pág. 119. 26.

[1224] R. Kindersley, *op. cit.*, págs. 32, 39, 48, 83, 205, 217, 220.

[1225] *Ibid.*, pág. 83. Struve parece no haber aceptado la proposición

[1226] Citado por Kindersley, *op. cit.*, pág. 84.

[1227] Recensión de un trabajo sobre el desarrollo económico de la agricultura en Rusia. *Archiv für soziale Gesetzgebung und Statistik*, vol. VI, (1893), pág. 176.

[1228] Recensión del trabajo del populista Nikolai-on (N. F. Danielson) sobre el desarrollo económico de Rusia. *Archiv für soziale Gesetzgebung und Statistik*, vol. VII (1894) pág. 355.

[1229] R. Kindersley, *op. cit.*, pág. 49.

[1230] El cambio del título no surtió, de todos modos, efectos positivos. Toda la obra colectiva, con artículos de Struve, Plejánov y otros, que contenía también la crítica de Lenin, fue prohibida y secuestrada. El comentario del censor Matjev sobre la contribución de Lenin pone de manifiesto que las autoridades estaban al corriente de las diferencias entre los distintos tipos de marxismo. Sobre todo en la contribución de Lenin, escribía el censor, «la fórmula de Marx asume... el carácter de una doctrina dañina... la doctrina de la lucha de clases... que instiga a que los obreros se organicen para la lucha... (el artículo de Lenin es) el programa más sincero y más completo de los marxistas». Citado por R. Kindersley, *op. cit.*, pág. 78.

[1231] V. I. Lenin, *Der ökonomische Inhalt der Volkstümlerrichtung und die Kritik an ihr in dem Buch des Herrn Struve, Werke*, vol. 1, pág. 452.

[1232] *Ibid.*, pág. 520.

[1233] *Ibid.*, págs. 470 y ss.

[1234] *Ibid.*, pág. 434.

[1235] *Ibid.*, pág. 456.

[1236] V. I. Lenin, *Was tun?, Werke*, vol. 5, pág. 371.

[1237] También los marxistas legales de Rusia se vinculaban, en el plano filosófico, a la filosofía neoidealista. «Los marxistas legales se acogían al idealismo en vez de al materialismo». R. Kindersley, *op. cit.*, pág. 143. Ya en época temprana Struve se había lamentado de que el realismo de Marx y Engels viniese «desgraciadamente envuelto por la fraseología hegeliana», *ibid.*, pág. 112. Berdiaev declaraba todavía en 1900 que él se contaba entre «los fervorosos partidarios del marxismo». Explicaba, de todos

modos, que se trataba de un marxismo que eliminaba de sí «la dialéctica hegeliana y el materialismo filosófico». N. Berdiaev, «Friedrich Albert Lange und die kritische Philosophie in ihren Beziehungen zum Sozialismus», NZ, vol. 18:2 (1899/1900), pág. 133. Berdiaev era partidario del neokantismo; Struve y Bulgakov también. Véase R. Kindersley, *op. cit.*, pág. 112 y s. En cuanto a la teoría del valor, el marxismo legal ruso manifestaba también la misma orientación fundamental que el revisionismo en Europa Occidental: se quería conciliar la teoría del valor-trabajo con la teoría de la utilidad marginal. Ya en 1890, Tugan-Baranovski publicó un artículo sobre la teoría de la utilidad marginal en el que hacía la afirmación refiriéndose a la teoría del valor-trabajo y a la teoría de la utilidad marginal, de que «ambos principios de valoración... coinciden entre sí». R. Kindersley, *op. cit.*, pág. 54. Esta posición conciliadora se reforzó todavía tras la publicación del tercer tomo de *El Capital*. Bulgakov llegó a la conclusión, al igual que Sombart, Schmidt, Croce y más tarde Bernstein, de que la teoría del valor-trabajo poseía una validez lógica, pero no empírica. El valor se había convertido en algo «parecido a la voluntad libre inteligible de Kant, inaccesible para la investigación empírica, pero, aun, así, existente». *Ibid.*, págs. 157 y ss.

También Tugan-Baranovski quería reducir la validez de la teoría del valor-trabajo «tan solo en tanto que instrumento auxiliar metodológico», en tanto que «hipótesis convencional» y «ficción útil». *Ibid.*, pág. 162.

Struve, que en 1896 había declarado que no existía contradicción entre el primer y el tercer tomo de *El Capital*, retrocedió primero a Ricardo para, finalmente, mencionar la teoría de la utilidad marginal. En 1900 escribió: «Tal como veo yo las cosas, nuestro movimiento crítico en la teoría del valor se encuentra en el camino de una vuelta al realismo prudente de Ricardo al tiempo que intentamos unir este con los grandes logros realizados por la ciencia económica gracias a Gossen, Walras, Jevons, Menger, Wieser y Böhm-Bawerk. Merece una cierta atención el planteamiento que tiende a integrar una teoría realista del tipo que hemos esbozado en los marcos que ofrecen las grandiosas generalizaciones sociológicas de Marx». Citado por R. Kindersley, *op. cit.*, págs. 162 y ss. Bernstein parece no haber tenido noticia de estas especulaciones. Por el contrario, expresó su positiva valoración del trabajo de Leo von Buch «*Über die Elemente der politischen Ökonomie* con el subtítulo *Intensität der Arbeit, Wert und Preis der Waren* (Leipzig 1896) («Sobre los elementos de la Economía Política. Intensidad del trabajo, valor y precio de las mercancías)». Según Bernstein, este trabajo era «el producto de no poco rigor en el análisis y una valiosa contribución a un problema que en absoluto está completamente aclarado». E. Bernstein, *Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 41, nota.

El nombre de Buch pudo ser conocido por la posteridad única y exclusivamente gracias a esta nota a pie de página de Bernstein. Buch había observado, como inspector de Sanidad en San Petersburgo, que los trabajadores eran alimentados según principios muy diferentes a los de los caballos que arrastraban a los tranvías. Mientras que para los caballos cuanto más y mejor pienso recibían más larga era su jornada de trabajo, para los trabajadores ocurría lo contrario. L. v. Buch, *op. cit.*, pág. 2 y ss. Su descubrimiento motivó a von Buch a desarrollar una teoría del valor-trabajo fisiológica según la cual el trabajo humano es un «proceso de transformación de la energía potencial del oxígeno respirado y de la alimentación digerida en trabajo mecánico». *Ibid.*, págs. 25, 27 y s. y *passim*. Exponía en su libro algunas reflexio-

nes sobre la fisiología del proceso de trabajo. El único fallo era que estas reflexiones poco o nada tenían que ver con la Economía. Por lo demás tuvo la mala suerte de no ser bien entendido por su descubridor Eduard Bernstein. Buch le escribió a Bernstein: «Por lo que se refiere a mi trabajo, tengo que observar que usted no me ha entendido del todo bien». Buch a Bernstein 17-III-1901, *Bernstein-Nachlaß*, IISG, D 82. Buch es considerado con relativamente alguna extensión por H. J. Seraphim, «Neue russische Wert und Kapitalzinstheorie» *Sozialwissenschaftliche Forschungen*, I: 4, Berlín 1925, págs. 61 y ss. En la exposición de Bernstein, el trabajo de Buch aparece como una solución del problema de proporcionar a la teoría del valor-trabajo «un contenido concreto». E. Bernstein, *Voraussetzungen...*, *op. cit.*, pág. 41.

[1238] En torno al libro de Rosa Luxemburg, *Die Akkumulation des Kapitals*, Berlín 1912; con la más importante contribución crítica de Otto Bauer, «Die Akkumulation des Kapitals», *NZ*, vol. 31 (1912/13), págs. 831 y ss. 862 y ss.

[1239] Las contribuciones más importantes son las de R. F. Harrod, J. Robinson y otros en: A. Hansen R. V. Clemence, *Readings in Business Cycles and National Income*, Londres 1953, págs. 200 y ss.

[1240] Entre 1865 y 1890 se dobló el número de trabajadores empleados en las «más grandes empresas»: pasó de 706 000 a 1 433 000. P. Lyaschenko, *op. cit.*, pág. 487.

[1241] El escrito de Danielson fue traducido al alemán y publicado bajo el seudónimo de Nicolai-on, *Die Volkswirtschaft in Rußland nach der Bauernemanzipation*, Munich 1899. En los capítulos 15 y 28 de esta obra se encuentran resumidos los argumentos. Danielson era socialista, pero de todos modos, no estaba seguro de que los productores directos de la industria y de la agricultura pudiesen ser nuevamente unificados «sobre la base de una gran producción social apoyada en el libre desarrollo de las fuerzas productivas sociales, en la utilización de la ciencia y de la técnica y tendente a la satisfacción de las verdaderas necesidades y del bienestar de la población en su conjunto». *Ibid.*, pág. 520.

[1242] En su escrito «Nuestras diferencias de opinión», Plejánov escribió: «El paso en todo país de la economía natural de trueque a la economía monetaria conduce necesariamente a una violenta expansión del mercado interior y no hay duda posible de que este mercado en nuestro país va a corresponder en su totalidad a nuestra burguesía». G. Plejánov, *Selected Philosophical Works*, I, pág. 266.

[1243] El siguiente fragmento de una carta del año 1892 ofrece, sobre esto, un resumen de la historia de la industrialización europea tal como la veía Engels y una buena ojeada al complejo de problemas que trataban los populistas:

«Si Rusia tenía necesidad, después de la guerra de Crimea, de su propia *grande industrie*, no podía tenerla más que en una forma: la forma *capitalista*. Y al mismo tiempo estaba obligada a aceptar todas las consecuencias que se derivan de la *grande industrie* capitalista en todos los países. Ahora bien, yo no veo que los resultados de la revolución industrial que se está produciendo ante nuestros ojos en Rusia sean en nada diferentes de lo que son o han sido en Inglaterra, en Alemania, en Norteamérica. En Norteamérica las condiciones de la explotación agrícola y de la propiedad territorial son diferentes. Y esto es, desde luego, una diferencia.

Usted se lamenta del lento crecimiento de la cifra de trabajadores ocupados en la industria textil en relación con el crecimiento del volumen de producción. Lo mis-

mo sucede en todas partes. ¿De dónde provendría si no nuestro «ejército de reserva industrial»? (*El Capital*, cap. 23, 3 y 4).

Usted señala la sustitución gradual del trabajo de los hombres por el de las mujeres y los niños (*El Capital*, cap. 13, 3, a).

Se lamenta usted de que las mercancías mecánicamente producidas desplazan a los productos de la industria doméstica destruyendo así esa producción suplementaria sin la cual el campesino no puede vivir. Pero esta es una consecuencia absolutamente necesaria de la *grande industrie* capitalista: la creación del mercado interior (*El Capital*, cap. 24, 5) que se ha producido en Alemania en mi tiempo y ante mis ojos. Usted sigue diciendo que la introducción de las mercancías de algodón destruye no solo el hilado y el tejido domésticos de los campesinos sino también sus *cultivos de lino*; pues bien, lo mismo hemos visto en Alemania en la época que va de 1820 hasta hoy. Y por lo que se refiere a esta parte de la cuestión —la destrucción de la industria doméstica y de las ramas de la agricultura en que aquella se basa— me parece que el punto decisivo es que los rusos tuvieron que decidir si iba a ser *su propia grande industrie* la que iba a destruir su industria doméstica o si iba de ser *la importación de mercancías inglesas* quien lo hiciese. Con proteccionismo lo han hecho los mismos rusos, sin proteccionismo lo habrían hecho los ingleses. Esto me parece que está muy claro.

Usted calcula que el total de los productos textiles de la *grande industrie* y de la industria doméstica no aumenta, sino que, por el contrario, sigue siendo la misma o acaso disminuye. No solo es exacto ese cálculo, sino que no sería correcto de otra forma. Mientras la industria rusa se contenta con el mercado interior, sus productos no podrán cubrir más que el consumo interior. Este no puede aumentar sino lentamente y, me parece a mí, debe incluso disminuir en Rusia en las actuales condiciones.

Porque una de las consecuencias necesarias de la *grande industrie* es que *destruye* su propio mercado por efecto mismo del proceso mediante el que lo *crea*. Lo crea destruyendo la base de la industria doméstica del campesinado. Pero sin industria doméstica los campesinos no pueden vivir. Se arruinan como campesinos, su poder adquisitivo se reduce al mínimo y, mientras no se hayan instalado, como *proletarios*, en las nuevas condiciones de existencia, constituirán en muy precario mercado para las fábricas recientemente instaladas». Engels a Danielson, 22-IX-1892, MEW 38, pág. 468 y s. El contradictorio proceso que Engels describe aquí es, en realidad, el mismo que el caracterizado por Schumpeter como «proceso de la destrucción creadora» que consideraba básico en el capitalismo. J. A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, London 1947, págs. 81 y ss.

[1244] R. Kindersley, *op. cit.*, págs. 152 y s.; R. Luxemburg, *op. cit.*, págs. 221 y ss. y V. I. Lenin, *Werke*, vol. 1, pág. 519 y s.

[1245] O por decirlo con palabras de Marx: «...el comercio exterior... únicamente sitúa a las contradicciones en ámbitos más amplios, les abre un campo más grande». K. Marx, *Das Kapital*, II, MEW 24, pág. 464.

[1246] V. I. Lenin, *Werke*, vol. I, pág. 519 y ss.

[1247] *Ibid.*, pág. 99 y s.

[1248] *Ibid.*, pág. 95 y s.

[1249] *Ibid.*, pág. 94.

[1250] *Ibid.*, pág. 98 y s. Ponía esto en relación sobre todo con el nivel creciente de necesidades bajo el capitalismo. Véase también *IBÍD.*, pág. 379, donde Lenin dice que las reformas «aceleran la muerte de formas particularmente atrasadas del capital, de la usura, de la servidumbre de la deuda, etc. así como su transformación en las más modernas y más humanas formas del capitalismo europeo».

[1251] *Ibid.*, pág. 98.

[1252] M. Tugan-Baranovski, *Promyshlennye krizisy v sovremennoy Anglii*, San Petersburgo 1894. Citamos por la edición alemana: M. Tugan-Baranovski, *Studien zur Theorie und Geschichte der Handelskrisen in England*, Jena 1901, que se basa en la segunda edición, revisada, rusa. Las ideas básicas no experimentaron ningún cambio en esta segunda edición.

[1253] «Contradicción del régimen de producción capitalista: los obreros como compradores de mercancías, son importantes para el mercado. Pero, como vendedores de su mercancía —de la fuerza de trabajo—, la sociedad capitalista tiende a reducirlos al mínimo del precio». K. Marx, *Das Kapital*, vol. II, MEW 24, pág. 318, nota 32.

[1254] M. Tugan-Baranovski, *op. cit.*, págs. 25 y 231.

[1255] *Ibid.*, pág. 203. Compárese con el siguiente pasaje de Marx: «El motivo último de todas las verdaderas crisis es siempre la pobreza y la limitación del consumo de las masas en contraposición a la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si tan solo la capacidad de consumo de la sociedad fuese su límite». K. Marx, *Das Kapital*, vol. III, MEW 25, pág. 501.

[1256] M. Tugan-Baranovski, *op. cit.*, pág. 191.

[1257] *Ibid.*, pág. 33.

[1258] V. I. Lenin, *Notiz zur Frage der Theorie der Märkte, Werke*, vol. 4, pág. 48.

[1259] *Ibid.*, pág. 49.

[1260] M. Tugan-Baranovski, *op. cit.*, pág. 33.

[1261] Dado que la teoría marxista del subconsumo se basa en la teoría de la plusvalía, era lógico, ciertamente, que Tugan-Baranovski la rechazase. «Según esta teoría el beneficio proviene del trabajo no pagado. Una concepción de este tipo se basa, evidentemente, en el supuesto no declarado de que tan solo el trabajador tiene derecho sobre el producto fabricado». M. Tugan-Baranovski, *op. cit.*, pág. 227.

[1262] V. I. Lenin, *Notiz zur Frage der Theorie der Märkte, Werke*, vol. 4, pág. 50.

[1263] R. Kindersley piensa que «a este respecto no se trataba realmente de la ortodoxia marxista». R. Kindersley, *op. cit.*, pág. 150 y s. Da a entender que Lenin proyectó a los años noventa una discusión posterior. Sin embargo, las conclusiones de Kindersley no encuentran apoyo de hecho en las fuentes aducidas por él mismo y en ningún momento cita el artículo de Lenin *Notiz zur Frage der Theorie der Märkte* en el que, sin embargo, aparece por primera vez con claridad la oposición entre Lenin y los marxistas legales.

[1264] «Habría visto usted en —«Russkoje Bogatstvo» (en los dos últimos números)— los artículos de N. G. contra «Materialismo y lógica dialéctica», son extraordinariamente interesantes desde un punto de vista negativo. He de aceptar que no soy competente en lo que se refiere a las cuestiones planteadas por el autor, estoy enormemente extrañado de que el autor de las «Contribuciones a la historia del materialismo» todavía no se haya manifestado en la literatura rusa, no aparezca decididamente contra el neokantismo y que deje para Struve y Bulgakov el polemizar

sobre puntos concretos de esa filosofía como si asintiese ya a las concepciones de los discípulos rusos». Lenin a N. Potresov, 2-IX-1898, *Werke*, vol. 34, pág. 9.

[1265] Lenin a Potresov, 27-1V-1899, *Werke*, vol. 34, pág. 17.

[1266] *Ibid.*, pág. 18.

[1267] Lenin a Potresov, 27-VI-1899, *Werke*, vol. 34, pág. 24 y s.

[1268] Lenin a su madre, 1-IX-1899, *Werke*, vol. 37, pág. 222.

[1269] P. von Struve, «Die marxsche Theorie der sozialen Entwicklung» *Archiv für soziale Gesetzgebung und Statistik*, vol. 14 (1899), págs. 658-704. Como equivalente se pueden considerar las recensiones de Struve de las *Premisas* de Bernstein y «Bernstein und das sozialdemokratische Programm» de Kautsky. *Ibid.*, págs. 723-739.

[1270] *Ibid.*, pág. 700.

[1271] *Ibid.*, pág. 702.

[1272] «La mayor parte, por lo demás, la ha tomado Bernstein de los fabianos y especialmente de los Webb». *Ibid.*, pág. 739.

[1273] *Ibid.*, pág. 701.

[1274] *Ibid.*, pág. 724 y s.

[1275] *Ibid.*, pág. 689 y ss.

[1276] *Ibid.*, pág. 726 y s.

[1277] *Ibid.*, pág. 729.

[1278] *Ibid.*, pág. 660.

[1279] *Ibid.*, pág. 662.

[1280] *Ibid.*, pág. 664.

[1281] *Ibid.*, pág. 665.

[1282] *Ibid.*, pág. 674.

[1283] *Ibid.*, pág. 675.

[1284] G. Plejánov, *Crítica de nuestros críticos. Oeuvres philosophiques*, II, págs. 542-683, en particular págs. 574 y ss. Tocqueville dedicó todo un capítulo a demostrar que ciertas concesiones de la clase dominante alentaron las pretensiones del tercer estado: «En el siglo XVIII... desinteresadas convicciones y un sentimiento de compasión humana llevaron a la élite francesa a favorecer la causa revolucionaria mientras las masas se ponían en movimiento por sus sufrimientos y por su deseo de mejorar su situación. Así, el generoso entusiasmo de los primeros contribuyó a activar el odio y la codicia de la masa desencadenando de este modo, prácticamente, la revolución». A. de Tocqueville, *L'ancien régime et la révolution* (1856) citado aquí según la edición neoyorquina de 1955, *The Old Régime and the French Revolution*, *op. cit.*, pág. 187.

[1285] *Ibid.*, pág. 666.

[1286] Se basaba entre otros en Kant. Pero no aclaraba, evidentemente, —cosa sobre la que Plejánov llamó la atención— que Kant, en el lugar al que él hacía referencia, hablaba expresamente de modificaciones cuantitativas y no cualitativas. Ver I. Kant, *Kritik der reinen Vernunft*, Leipzig 1920, pág. 205.

[1287] «El concepto de revolución social es, en tanto que concepto teórico, no solo carente de valor y de sentido sino, precisamente, engañoso. Si «la revolución social» ha de significar una subversión total del orden social, entonces, para el pensamiento moderno no puede consistir en otra cosa que en un laborioso proceso de transformaciones sociales... Por lo que se refiere a nuestro objeto, las afirmaciones hechas

más arriba significan la eliminación epistemológica del concepto de revolución en tanto que concepto *teórico* independiente, concepto que pretende expresar un supuesto tipo particular de transformación social». Struve, *op. cit.*, págs. 673 y 683.

[1288] *Ibid.*, pág. 677.

[1289] «Si una revolución política viene a ser el punto final de esta evolución, lo transformador del proceso no reside ni en lo más mínimo en un acontecimiento de este tipo y muy bien puede ser pensado sin él». *Ibid.*, pág. 673.

[1290] *Ibid.*, pág. 684, nota.

[1291] *Ibid.*, págs. 683 y 695 y ss. «Los conceptos mutuamente excluyentes de capitalismo y socialismo son transformados y adaptados para que aparezcan como sistemas reales. El antagonismo entre estos dos supuestos sistemas reales se presenta como si cada uno estuviese llamado a devorar al otro. Y en realidad no son más que dos conformaciones diferentes de *una sola* totalidad viva, la sociedad. La existencia de luchas de clases en ella no ha de hacernos olvidar que el sustrato común sobre el que se desarrollan esas luchas de clases contiene ciertas condiciones generales de existencia que no pueden ser superadas por ningún conflicto de intereses».

[1292] *Ibidem.*

[1293] *Ibid.*, pág. 698.

[1294] *Ibidem.*

[1295] «Se olvidó que el socialismo es un ideal social y como tal posee siempre un derecho divino sobre una buena parte de utopía». *Ibid.*, pág. 703.

[1296] *Ibid.*, pág. 700.

[1297] R. Kindersley, *op. cit.*, pág. 212.

[1298] *Ibid.*, pág. 217.

[1299] B. D. Wolfe, *op. cit.*, pág. 162.

[1300] Th. G. Masaryk a Bernstein, 29-VII-1889, *Bernstein-Nachlaß*, IISG, D 450. Masaryk había publicado el año anterior el escrito *Die philosophischen und soziologischen Grundlagen des Marxismus. Studien zur sozialen Frage*, Viena 1899. Previamente, en febrero de 1898, Masaryk había publicado en el periódico vienés *Die Zeit* una serie de artículos bajo el título general de *Die wissenschaftliche und philosophische Krise innerhalb des gegenwärtigen Marxismus* («La crisis científica y filosófica del marxismo contemporáneo»), *Die Zeit* de 19-II, 26-II y 5-III de 1898. En ella había dado cuenta de las cuestiones debatidas en aquellos momentos. Véase también «Die Krise innerhalb des gegenwärtigen Marxismus», *Die Zeit* de 29-X-1898 y «Zur Krise innerhalb des Marxismus», *Die Zeit* de 29-IV-1899. En su reseña del escrito de Masaryk mencionado en la carta, Bernstein escribió resumiendo: «Masaryk ha dado con mucha corrección la prueba de que el marxismo precisaba de revisión y reelaboración». E. Bernstein, «Masaryks Kritik des Marxismus», *Die Zeit* de 8-VII, 15-VII y 22-VII de 1899. El autor no ha podido encontrar ningún indicio de que Masaryk jugase el papel que recientemente le ha sido atribuido por E. Kohak. Véase E. Kohak, «T. G. Masaryk's Revisión of Marxism», *Journal of the History of Ideas*, vol. XXV, n.º 4 (1964), págs. 519 y ss.

[1301] F. Engels, Prólogo a la 2ª edición de *Zur Wohnungsfrage* (1887), MEW 21, pág. 329.

AL LECTOR

La Editorial quedará muy agradecida si le comunica su opinión de este libro que le ofrecemos, informa de erratas, problemas en la traducción, presentación o de algún aspecto técnico, así como cualquier sugerencia que pudiera tener para futuras publicaciones.

En este libro Bo Gustaffson plasma el trabajo de 7 años de investigación junto con diferentes historiadores, entre ellos Eric Hobsbawn en el que analiza las bases ideológicas y políticas del revisionismo bernsteiniano y sus homólogos en Inglaterra, Alemania, Francia, Italia y Rusia.

A través del desarrollo del libro se pueden observar las conexiones entre los distintos autores y además de tener siempre como contraparte las ideas de Marx y Engels frente a los escritos de los revisionistas.

